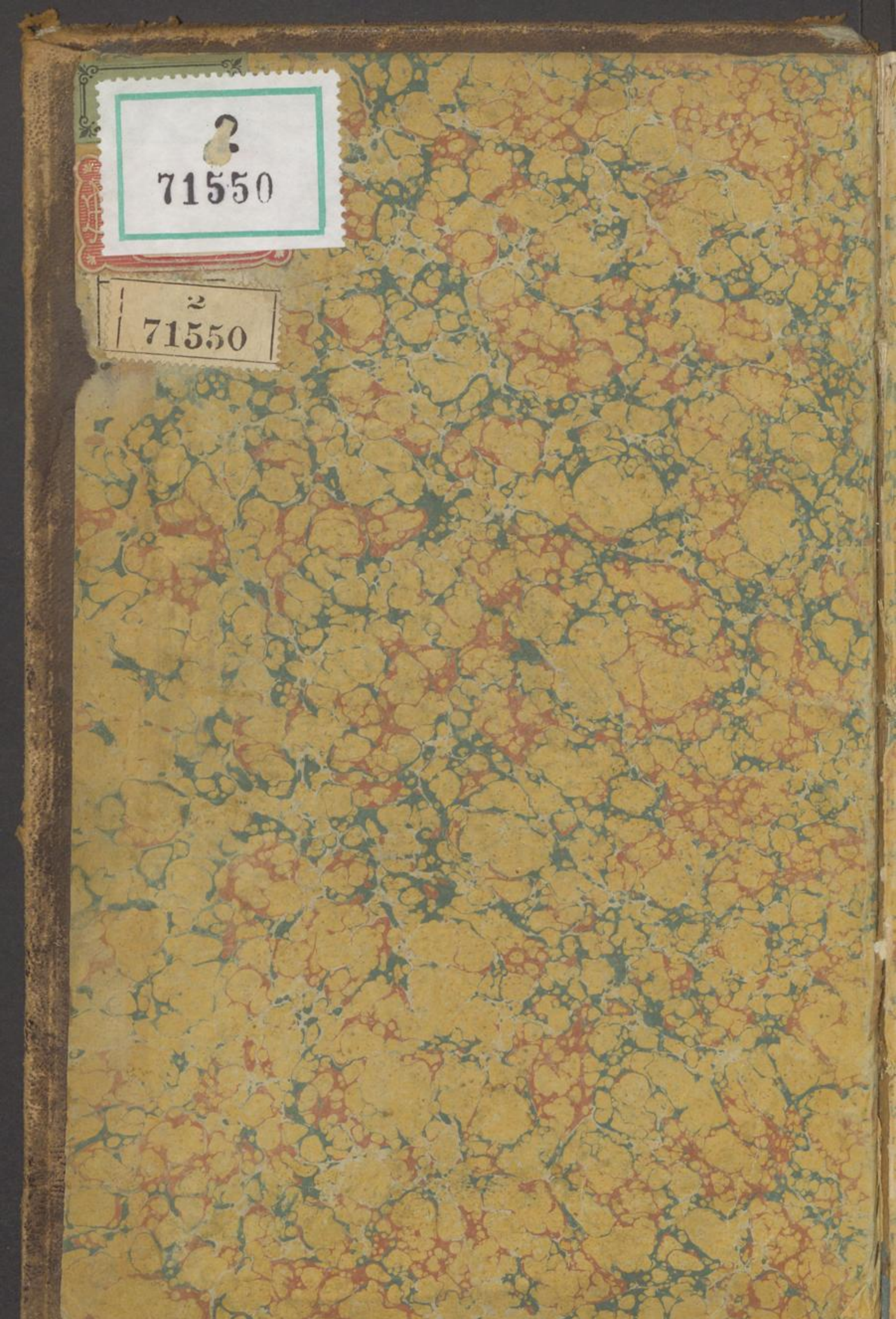
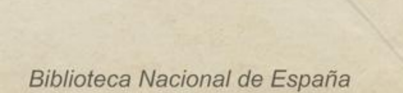

MURGUIA
HISTORIA
DE
GALICIA


2
71550
2
71550



HISTORIA DE GALICIA.





HISTORIA

DE

GALICIA

POR

MANUEL MURGUIA.

TOMO SEGUNDO.



LUGO.

IMPRENTA DE SOTO FREIRE, EDITOR.

MDCCCLXVI.





LIBRO II.



I.

Colonias semitas.

Es comun opinion que cualesquiera que fuesen los pueblos que ocupaban á Europa en la antigüedad, recibieron de Oriente una civilizacion superior á la que poseían. Para probarlo, recordaremos que á los fenicios, ó mejor dicho, á los semitas, debe el Occidente sus mas ricas y notables ciudades, el espíritu comercial que las animaba, la esplotacion de los metales y sus aleaciones, la escritura, en fin, cuanto convierte á los hombres primitivos, dados únicamente á la sencilla vida de los campos, en gentes que aman el bienestar, el lujo, la abundancia que proporcionan las riquezas, en una palabra, cuanto hace de los activos trabajadores de la tierra, los cultos, pero ambiciosos hijos de la ciudad. Sorprendidos por lo notable de su civilizacion, por la estension de su comercio, por lo lejano y numeroso de



sus colonias, unidas entre sí por el estrecho vínculo del interés, y por otra parte, no hallando al parecer á su alredor mas que pueblos bárbaros, nada de estraño tiene que semejante opinion haya tomado tanto cuerpo, y que hasta cierto punto sea una cosa innegable.

Sin embargo, aquel que busque la verdad ageno á todo espiritu de sistema, no podrá menos de comprender que los pueblos de Occidente, ocupados en su mayoria por hombres de raza blanca y lo que es mas, ariana, tenian,—puesto que todo induce á creer que los trajeron de su cuna,—muchos de los conocimientos de que se hace gracia á los pueblos semitas. A escepcion del alfabeto (1), debia serles conocida gran parte de la cultura oriental, y por lo mismo estar depositados en el seno de aquella sencilla sociedad los gérmenes de una civilizacion que no esperaba para florecer mas que el contacto de aquel pueblo de mercaderes, á quienes, sin ningun género de duda, debe gran parte del antiguo mundo occidental el fecundo movimiento

(1) Por los signos que hallamos esculpidos en el dolmen tumular de Espiñaredo (vid. tom. I, pág. 519), bien pudiera sospecharse que nuestros celtas conocian la escritura antes que los fenicios viniesen á España. Seria curioso poder comparar aquella inscripcion con la hallada en Francia recientemente, en el lugar denominado *Montagne de la Fée*, (Montaña de la hada) cuyas letras son tambien desconocidas. La persona á quien hemos consultado acerca de las halladas en Espiñaredo, supone que deben ser de los normandos. Lo dudamos por el monumento y el lugar en que las hemos hallado.

Por lo que toca á la cultura material de los pueblos occidentales antes de la llegada de los semitas, debemos advertir, que de los descubrimientos hechos en las habitaciones lacustres de Suiza, se adquirió la certidumbre de que aquellos hombres conocian entre otras cosas el cultivo de cereales, lo cual indica una civilizacion bien adelantada. La geologia probó despues que dichos pueblos databan de 8 ó de 10 siglos antes de la guerra de Troya.

á que dió origen el hecho de su grande y activo comercio.

Por lo demas y concretándonos á nuestro pais, debemos decir que el trabajo de las minas, que algunos atribuyen á los pueblos finicos, debia ser conocido de los antiguos hijos de Aria, por mas que, sencillos y parcos en sus necesidades, no fuesen, mientras no conocieron las colonias semitas, los pálidos buscadores de oro de quienes habla el poeta. La fábula parece decir con toda claridad cuales eran las riquezas de España, y lo que primitivamente atrajo á los fenicios á estas tierras mas occidentales: Hércules no arrebata á Gerion mas que sus ganados. En buen hora diversos pueblos semíticos hayan ocupado despues el litoral de España y trabajado sus metales, en buen hora los luditas de Ta-Neter (Tierra Santa) ó pheresianos hayan venido á Galicia, los de Sidon fuesen dueños de la embocadura del Ebro, de la Bética las colonias de Tyro, y todos juntos pheresianos, sidonios y tirios hayan esplotado nuestras minas y llevádose aquellos bronces buscados en el comercio fenicio, y el rico estaño hallado en Galicia. Obedeciendo á impulsos de una prudente reserva, hoy mas que nunca necesaria, podemos dudar que las colonias semitas hayan sido tan florecientes y numerosas desde los primeros tiempos, y sobre todo que se les deban todos los conocimientos de que se asegura les somos deudores. Para ello sería necesario suponer que la poblacion que aqui hallaron establecida estos pueblos, era amarilla, que los iberos eran de esta estirpe, y que los celtas no entraron en España

hasta el siglo XII A. de J. C., como asegura Rougemont, (1) cosa que no podemos admitir.

Estaban los celtas gallegos en posesion de las ventajas que les proporcionaba esta tierra fértil y fecunda, cuando las naves púnicas vinieron á dispertar en su ánimo deseos de un bienestar superior al que gozaban, y ánsia de poseer los para ellos hermosos y espléndidos objetos, que el mercader fenicio ó pheresiano, custodiado por su guardia de negros camitas, presentaba ante sus ojos en la playa en que desembarcaba. Las armas de bronce, los collares de vidrio, los utensilios de cobre, las telas de vivos colores, eran en un principio á los ojos de aquellos que conocian el *Kelt*, hilaban la lana y tegian con ella y el lino sus toscas vestiduras, cosa digna de la mayor estima. Por eso, y como pueblo primitivo, cambió gozoso lo que tenia en abundancia por lo que deseaba, y el codicioso semita llenó sus naves con el oro, el estaño y el cobre que se criaba en estas regiones, de cuya riqueza metalúrgica hay grandes recuerdos en los historiadores antiguos. Pronto á los primeros y afortunados arribantes debieron suceder

(1) F. Rougemont, *L'age du bronce, ou les semites en Occident; materiaux pour servir á l' histoire de la haute antiquité*... Neuchatel 1866. Cuando hemos escrito la parte relativa á la poblacion céltica, aun no se habia publicado este curioso libro. Ciertamente Mr. Rougemont. lleva su semitismo mucho mas allá de lo que el mismo se figura, pero no debe negarsele que ha iluminado con claros rayos el obscuro periodo de los tiempos antehistóricos en Europa, y mas de una vez hemos de valernos de sus noticias para historiar la época fenicia. El periodo de bronce ha sido estudiado con toda atencion y con gran copia de datos, por mas que á nuestro modo de entender, muchas de sus afirmaciones esten bien lejos de la verdad. Siempre hemos creido que en tales trabajos debian sus autores huir de todo sistema, pero desgraciadamente no sucede asi. Los sistemas, son la cáscara amarga de semejantes frutos.

otros nuevos, y á las riquezas que aqui hallaban, el deseo de conocer sus veneros y esplotarlos. De aqui nació el activo, largo é incesante comercio que los semitas hicieron en España y en esta region de Galicia. Llenos están los autores latinos de alusiones á las colonias que aquellos pueblos fundaron á lo largo de la costa que baña el Atlántico. A la cabeza se hallaba la tyriana Gades, ciudad opulenta, centro de contratacion fenicia en España y tal vez cabeza de las estaciones fundadas por aquellos atrevidos navegantes en las playas lusitanas y gallegas. De aqui iba el hermoso estaño y el cobre abundante, con que los gaditanos fabricaban aquellas hachas y espadas tan conocidas del mundo antiguo.

Hay motivos para creer que la region de Galicia que mas visitaron y aquella en que mas profundas raices echaron los semitas, es toda la parte de la ria de Arosa, marcada mas tarde por la via romana, que indica desde luego la ruta que seguian en sus espediciones á los pueblos cercanos. Es necesario haber visto aquel pais y aquellas aguas que debian recordar á los fenicios las del Mar Interno, para comprender los encantos que debian tener tan serenas y floridas riberas, para unos hombres que rendian tanto culto al bienestar material. En medio de aquellas ondas quietas y trasparentes, se levantan fértiles islas, tan gratas al alma del fenicio: en las orillas la suavidad del clima y la fertilidad del terreno, debian hacerselas doblemente queridas á sus ojos. Oasis de hermosura, descanso apacible en que la nave púnica buscaba refugio y se preparaba á surcar las ondas impetuosas que bañan el

pais de los Nerios, presentan aquellas comarcas notables vestigios y señales inequívocas, de que el colono semita ha puesto en ellas el pié. Apesar de que tierra tan hermosa, mares tan mansos y abundantes debieron atraer en todo tiempo hácia sí, toda clase de gentes, todavia la lepra, esa enfermedad completamente semita, se ceba en los descendientes de los que vinieron desde lejanos mares, á plantar sus tiendas entre las tribus célticas que habian levantado los menhires y dolmenes que se encuentran por aquellos sitios.

Orillas de aquellos mares se asentaba la fiel Lambrica, que apesar de su nombre céltico debia encerrar dentro de sus muros poblacion semita. El faro de la Lanzada alumbraba las cinco rias llamadas bajas, y era guia segura á las naves fenicias que surcaban aquellas aguas. Las torres de Oeste, restauradas mas tarde por los romanos y últimamente durante los tiempos medios, fueron muy amadas de los que, dejando las ondas salobres del Occéano, se dirigian á la gran Iria Flavia. En el cuidado que habian puesto en alumbrar toda la costa se comprende lo incesante de su navegacion, lo activo de su comercio con los celtas que poblaban las riberas en que se asentaba Bamio, que recuerda la region de este nombre en el Paropamiso, Dimo que trae á la memoria el de un rio de la Sogdiana, y en donde se hallaba la laguna del Carregal, (1) cuyas

(1) La laguna del Carregal, está situada en medio de un pedregal: se comprende asi facilmente que venga su nombre del sanscrito. Segun Pictet de la raiz *kar* lœdere, hacer daño, derivan muchos términos que significan dureza, y algunos nombres de piedras ó de cuerpos análogos. «En persa se encuentra *chârac, chârâ*, piedra, en armenio *char* id, *charag*, roca. Esto nos lleva directa-

muertas aguas ocultan tal vez los restos de aquellas habitaciones lacustres, en que moraron un dia (1) los que primero vieron arribar á sus ignoradas playas al comerciante pheresiano.

mente al irlandés *carraig*, *craig*, erse *cárr* cymrico *careg*, *craig*, armorico *karrek*, roca escollo.» Pictet. *Origenes Indo-européennes*, t. I. pág. 130.

(1) En el pais se asegura que bajo las aguas de dicha laguna se halla sumergida la fabulosa ciudad de Valverde, y que se han descubierto, y que se ven en el fondo de las aguas en dias claros, *grandes vigas*. Esto fue lo que mas nos hizo asegurar en nuestra opinion, de que en las lagunas, en que la tradicion local da por sumergida una antigua ciudad, deben encerrarse los restos de las habitaciones lacustres de los antiguos gallegos.

Escribe Boan en su *Historia del Reino de Galicia*, Ms., que de la laguna de Lamas de Eua (sic)-tal vez Lamas de Gaolos, que da origen al Tamaga, en el obisp. de Mondoñedo,--se contaban dos cosas estrañas que *podia afirmar de vista*: «la una que en ciertos meses del año se oye dentro del lago bramar un animal muy temerosamente y se oye gran trecho del lago, y queriendo muchos entrar y llegarse hacia donde son aquellos bramidos los oyen en otra parte: la otra es que cuando este lago, algunos años por gran falta de aguas se viene á secar parte dél, en aquello que queda como tremedales y lodazales se hallan cosas de hierro labradas y piedras cortadas, ladrillos, clavos y ollas y todas otras cosas de esta calidad que demuestran haber habido alli edificios y poblacion grande que admira á todos los que le ven.» Como se echa de ver por lo que acabamos de copiar, nuestra opinion respecto á la existencia de las ciudades lacustres en Galicia, parece confirmarse con las palabras de Boan.

Escrita esta nota, leemos en la curiosa obra de J. Fournet: *Du mineur son role et son influence sur les progrés de la civilisation*, etc. Paris 1862, que en el lago de Paladru, en el Delfinado, se ocultan segun la creencia de los habitantes del pais, los restos de una antigua poblacion. En el siglo pasado, escribe aquel autor, llegaban hasta asegurar que se veia el campanario y que de cuando en cuando se oian las campanas. Sin duda, añade, no se trataba de otra cosa que del ruido producido tal vez por el movimiento de las olas. De la misma manera pudieran esplicarse tambien los misteriosos bramidos de la fiera que, á la manera de una vaca, pensaban ver entre las aguas los que visitaban nuestro lago de Gaolos.

Lo que no debemos olvidar es, que una vez descubiertos los preciosos restos de las habitaciones lacustres de Suiza, los anticuarios franceses sospecharon que en ciertos lagos y pantanos de su pais pudieran hallarse iguales restos, como en efecto sucedió, y sucederia en Galicia estamos seguros de ello, si fuera posible emprender iguales investigaciones.

Si Lambrica fué la ciudad, centro ó estacion semítica de la ria de Arosa y pueblos comarcanos, Iria colocada casi al centro de Galicia y en medio de uno de los mas fértiles valles, debió proporcionarles las riquezas de los pueblos tamaricos, Noya las de los nerios, asi como la Coruña, primer centro y no menos rico de su comercio, apilaba en sus depósitos el estaño de los artabros y tal vez el de los pæsikos. Que todo parece probar que los semitas sostuvieron un largo tráfico con las tribus célticas de Galicia, y que los pheresianos, los hijos de Sidon, los de Tyro y por último los cartagineses no olvidaron jamas este pequeño y apartado rincon, que tan pródigo de sus riquezas habia sido para ellos.

Los nombres de lugares que se esplican por el fenicio, se encuentran en Galicia á lo largo de la costa, como para probarnos que no se habian internado en el pais, ó que su influencia habia sido escasa, lejos de aquellos sitios en que tenian sus factorias. Sin embargo, no negaremos que, aunque pocos, se hallan tambien hácia el centro—Mesia, Barcala, Láncara, Oca, Maceda, etc., son una prueba;—pero aqui como en la costa, se hallan rodeados de tantos otros nombres claramente arianos, que bien puede indicar esto que si es cierto que su comercio duró largos siglos, no lo es tanto que hubiesen poblado estos paises á la manera que pretenden ciertos autores. Si por esos nombres de lugares hemos de guiarnos, no cabe duda que los pheresianos se internaron en las rias que llamamos de las Mariñas. El *Narahio*, tal vez del semítico *nahar*, rio,

nos diria que visitaron los hermosos lugares que baña con sus aguas al desembocar en el Jubia, y que á Neda puede reconocersele origen semita. Siguieron despues bordeando aquellos mares, dejaron la ariana Cedeira, y doblaron el *Promontorium trileucum*, encaminandose hácia las risueñas comarcas, en donde los restos de las antiguas minas de Salabia nos hablan de una manera elocuente, de su paso y de la esplotacion de metales á que dieron lugar con su comercio. Las minas de Albaneda, en Asturias, y el nombre de Gijon, puramente fenicio, indican con toda claridad que tan activos navegantes se estendieron por toda la costa cantábrica, ó que cuando menos la visitaron con frecuencia.

Atraíales hacia estos paises mas occidentales de España, la riqueza de sus minas, la abundancia de puertos, y tal vez lo bien recibidos que eran de los naturales, pues tenian asi ocasion de cambiar su oro, su estaño, su plomo, su cobre, por trajes, vasijas, armas, etc., que debian ser para ellos cosas dignas de toda estima. Su influencia fue grande,—no se puede dudar de ello— en los pueblos de la costa y siendo un hecho que las principales ciudades gallegas antes de la dominacion romana, eran las maritimas, debe presumirse razonablemente que si sus fundadores no fueron semitas, fomentaron á lo menos su poblacion, con las riquezas que les proporcionaba el comercio con los dichos pueblos orientales. Apesar de su nombre ariano, Erizana, lo mismo que Lambrica y Brigantium, debió ser como estas una factoria fenicia. En frente de ella se levantaban las Cies, que si no llevan este nombre por haber produ-

cido el buscado estaño, pudiera suponerse lo recibieron, porque de aquellos lugares llevaban sidonios y pheresianos el estaño que Erizana recogia del`interior, asi como tambien el plomo arrancado á los ásperos senos del Xerez.

A poco que se medita acerca de las antiguas ciudades gallegas y la época de su engrandecimiento, se advierte que no todas florecieron á un tiempo, y que el pheresiano, ó el fenicio, no las ocupó sino paulatina y gradualmente. La tradicion vaga, es cierto, pero no por eso menos interesante, nos dice que los primeros pueblos de Galicia que esperimentaron la influencia semita, fueron los brigantinos, que vieron asi, antes que ningun otro en nuestra costa, levantar aquel notable faro, cuyo nombre es una prueba la mas terminante que se puede oponer á los que le niegan su verdadero orígen. Esa misma tradicion, viva todavia, recuerda la llegada de Hércules á la Coruña y la muerte de Gerion, sucesos que se refieren á los primeros dias de la influencia fenicia: mas si esto no fuera bastante para probar que el hijo de Sidon puso alli el pié pacífico y amigo, antes que en sitio alguno de la costa que baña nuestro Atlántico, bastaria saber que Strabon parece referir siempre á los ártabros el estaño que se sacaba de Galicia. Asi nos da á entender aquel notable geógrafo, no que se criaba alli únicamente, sino que de su puerto recibian aquella mercancia. Sin duda hubo de perseverar en la memoria de aquellos mercaderes el nombre de los pueblos con quienes hicieron primero tan productivo comercio, y de esta manera atribuirse á

tan rica comarca, el estaño que produjeron despues, veneros mas abundantes, pero conocidos mas tarde. Ademas, el puerto brigantino, cuyo clima apacible debia serles grato, continuó largo tiempo siendo la mayor y mas rica factoria del comercio fenicio en nuestra costa; por eso las tradiciones irlandesas se refieren siempre á la ciudad de *Brigandsia* y al alto faro que iluminaba aquellos mares misteriosos.

La preponderancia de la Coruña debió ser grande y no disputada durante largo tiempo. Tal vez las espediciones semitas no eran tan repetidas en un principio, y por eso se limitaban á ocupar aquel seno y los de las preciosas rias que le rodean. Mas los de Tyro, á quienes puede llamárseles los verdaderos esplotadores de Galicia, porque lo hicieron en mayor escala que los pheresianos y sidonios, aquellos cuya navegacion era principalmente á lo largo de la costa, desde Cádiz á la Coruña, que tenian que atravesar un mar tormentoso, sin hallar abrigo hasta tocar en la costa de la Galicia actual, tuvieron ocasion de visitar las apacibles riberas de la ria de Arosa y establecerse en ellas y paises cercanos. Asi perdió un tanto la Coruña su antigua supremacia, y asi nacieron Erizana, celebre en las guerras de Viriato, Lambrica en las de D. J. Bruto, Iria Flavia, cuya riqueza y poderio se comprende por el hecho de haberla escogido el Apóstol para su morada, y cuya poblacion semita amó tal vez el hijo del Zebedeo, por ser de su misma familia.

Es, pues, una cosa sencilla que la ciudad de los brigantinos no conservase siempre, el esplendor y gran-

deza que alcanzó en aquellos tiempos afortunados en que el audaz semita, la escogiera para servirle de escala en sus navegaciones á Irlanda. Un hecho ha conservado la historia que indica cuanto habia perdido de su primitiva importancia, en los primeros tiempos de la conquista romana. Cuando Julio César arribó á aquellas playas, los habitantes del *Gran puerto* se asustaron al ver,—ya fuese la escuadra latina que á toda vela se acercaba á su orilla, ya, cubierta de ramas al decir de Dion Casio, semejase isla flotante salida de las misteriosas profundidades del occeano:—señal inequivoca de que, si las naves fenicias no habian por completo abandonado aquellas aguas, al menos no las visitaban con tanta frecuencia como al principio. Es posible que algun dia se pueda afirmar con incontestables razones, lo que ahora no hacemos mas que sospechar, esto es, que la primera y mas notable ciudad que los semitas visitaron en España fue la Coruña, á quien solo Cadiz, por su admirable posicion, pudo mas tarde humillar y vencer por completo, como esta última fué á su vez vencida y humillada por Cartagena. Toca esto tan de cerca al antiguo comercio del estaño en España y lugares de donde se esplotó primero, que es imposible pasarlo en silencio.

Las fabulas con que algunos historiadores llenan el período ante-histórico de la península, podrian desde luego servirnos de guia en este momento, por mas que corran parejas y se confundan en sus recuerdos la Turdetania y Brigantia, ciudad esta última que no faltó quien la supusiese fundada por gentes egypcias. Mas

fuese esto cierto ó no, fuese la Coruña una ciudad con establecimientos allophilos, pheresianos ó sidonios, es un hecho curioso que la casi isla en que se asienta, tiene sobrada semejanza con Tyro, la colonia sidoniana, y con Cadiz, de origen tyrio. Como estas dos poderosas ciudades semitas, se asentaba en una lengua de tierra cuya entrada podia cerrarse perfectamente. Todavia Monelos (1) conserva el nombre con que el mercader sidonio debió conocer el puerto de los brigantinos. Por lo demas no deja de ser significativo, que las primeras indicaciones que conserva la historia, respecto del comercio semita en España, puedan referirse igualmente á Tartesso que á Brigantia, como si se quisiese darnos á entender que se trataba de los primeros semitas y no de aquellos otros que hicieron de Cadiz el centro y cabeza de la familia fenicia, establecida á lo largo de nuestro atlántico. En efecto, las tiranias de Geryon y las victorias de Hércules, tocan indistintamente al pais Turdetano y al de nuestros brigantinos, (2) es decir, á dos paises de los mas ricos en metales. Que allá como acá, las columnas de Hércules guardasen, bajo las rocas en

(1) Refiriendose Rougemont al comercio que los sidonios hicieron en la cuenca del Ebro, dice que Tolosa es un nombre semitico que significa, *el lugar de los interpretes*, *ó de los corredores* (entremetteurs) y añade: «Bilbao sucedió á Amamum, la ciudad de Baal *Chamman*, del sol y de sus columnas, y San Sebastian á Menosca, que recuerda el puerto fenicio de Hércules *Monœcus* que estaba situado cerca de Magrada, ó rio de *Melcarth*.» Rougemont, *Les semites* etc., pág 108. Convengamos pues, en vista de lo que escribe este autor, que si el nombre de Menosca, viene del fenicio, *Monœcus* mas puro ha conservado, el arrabal de la Coruña denominado *Monelos*, el nombre punico impuesto por aquellos audaces navegantes.

(2) Las armas de la Coruña y provincia de su nombre, que van al frente de este volúmen, responden perfectamente á la tradicion que se conserva.

que se asentaban, los huesos de Geryon, poco importa en este momento. Cadiz era de sangre tyria, y nació cuando la Coruña empezaba á decaer, ó las tradiciones irlandesas no significan lo que en realidad indican. Es cierto que Cadiz la sobrepujó bien pronto en riqueza y poderío, pero esto fue porque aquella ciudad era una colonia y la Coruña una simple factoria, que alli predominaron los hombres de raza semita y aqui el celta ártabro y brigantino que mas de una vez—por su indomable bravura—debieron hacer harto precaria la situacion del comerciante fenicio, en fin, por que la Coruña floreció en los primeros tiempos y Cadiz nació cuando el comercio semítico tomó el vuelo que indican sus numerosos establecimientos en ambos mares. Nótese que los romanos no solo confiesan siempre, que Cadiz era una colonia semita, sino que Tito Livio nos dice espresamente que los colonos gaditanos, trajeron con el Hércules tyrio, las instituciones políticas de la metropoli. En cambio de las ciudades gallegas nada escriben, y apenas hay en nuestro pais comarca alguna que podamos sospechar ocupada por aquellos navegantes, en que los infinitos nombres de lugares, no nos indiquen, por arianos, que nuestros padres no abandonaron sus puertos á los mercaderes fenicios: al contrario, puede asegurarse que si tuvieron aqui grandes fac-

en Galicia, ya respecto de la venida de un Hércules y su combate con Geryon, ya de la muerte de este último y construccion del faro sobre su sepultura. Quizás la antigüedad aludió, en su lenguaje simbólico, al semita vencedor, construyendo la torre, emblema de su poder, sobre el suelo en que reposaban los huesos del celta, del Geryon ó extranjero, que dominó y poblo, como ningun otro pueblo, esta preciosa parte de la península.

torias é hicieron con sus naturales un activo comercio, en cambio es un hecho evidente que, aparte de los restos de las pequeñas colonias llegadas tal vez en los últimos tiempos del poder tyrio á la ria de Arosa y á Iria, apenas se encuentran entre la poblacion actual hombres de su raza. Avieno lo da á entender bien claramente cuando dice que no solo las colonias cartaginesas, mejor dicho semitas, comerciaban con el habitante de las islas británicas, sino tambien la multitud indígena que se estendia entre las columnas de Hércules, es decir entre Cadiz y la Coruña.

Fijar la época en que los primeros arribantes semitas conocieron estos paises de occidente, es harto difícil. Mezclada y confundida la noticia de su llegada, con las fábulas de los tiempos pre-históricos en España, apenas si se puede indicar que el comercio sidoniano data del siglo XV al X, A. de J. C. Sin embargo, si recordamos que Moisés habla ya del estaño, tendremos una razon mas para pensar que los allophilos, semitas que invadieron el Delta del Nilo, visitaban á la sazon las costas españolas. Hay recuerdos materiales que asi lo indican; hay además las tradiciones, que tal vez encierran en medio del tejido fabuloso que las cubre, el hilo de Ariadna, que nos habrá de guiar en lo sucesivo, en este confuso y complicado laberinto.

Antes que el pheresiano y antes tambien que la negra nave del sidonio, hubiesen surcado nuestros mares, semitas de las orillas del Nilo llevaron á Egypto el estaño que conoció Moisés. Tenemos un recuerdo de aquel pueblo en el culto que se rindió en Galicia á Isis

y Osiris. En Braga y Astorga, lo mismo que en Iria, (1) se levantaron altares en honor de estas divinidades. Si se prefiere suponer que esos templos y las inscripciones que nos hablan de su culto, pertenecen al período romano, no olvidemos que Masdeu, al ocuparse de una lápida, hallada en Guadix, que se refiere á Isis, hace notar que las dedicaciones á esta diosa y Osiris, son hechas por personas cuyo nombre tiene derivacion griega, lo cual le inclina á creer que su culto fué introducido por gentes de aquella nacion. Es verdad que añade, que esta conjetura puede servir contra los que hacen ir á los egypcios á poblar á España, mas debe tenerse en cuenta que aquel ilustre escritor no

(1) Entre las inscripciones de Padron que atestiguan el culto de Isis y Osiris en la antigua Iria, pudieran algunos colocar la que publica Morales en su *Viaje Sagrado á Asturias y Galicia*, pág. 136, y es como sigue:

. . . .
. . . N O
O R I
S E S
D. S. P.

Castellá Ferrer publicó que no estaba como aquel ilustre escritor la habia copiado; pero, á decir verdad, la diferencia no es grande. Pasando por aquella villa en ocasion en que se estaba derribando la iglesia de Santiago, hemos podido ver el cippo á que ambos escritores se refieren, y aunque con escasa luz, copiamos la inscripcion, que difiere bien poco de la de Castellá, y sobre todo de la que publican los editores del *Viaje*, en nota al testo de Morales. Unicamente donde aquellos ponen una H y Castellá la indica, hemos leido M, que por mal formada, bien pudiera ser la H del IHS. que una mano posterior esculpió para cristianizar la piedra. En la antepenúltima línea, donde Morales leyó ORI y su anotador, y Castellá OR, leimos nosotros ORO. Lo que no pasaremos en silencio es que la que trae Boan, como tomada del Servando, es completamente apócrifa, debiendo advertir que en la edicion de la *Historia gótica* que poseemos, ni se lee dicha lápida, ni menos la larga cita que trae Boan, como copiada del Servando. Ignoramos si la copia que sirvió para la impresion de la obra estaba completa, ó es una nueva invencion del escritor orensano.

pudo conocer la antigüedad y en especial la semítica, como si viviese en nuestros dias, en que los grandes y recientes trabajos llevados á cabo por los mas insignes arqueólogos modernos, tanta luz han arrojado sobre los tiempos ante-históricos de Europa. Las tumbas semi-egypcias de Vendrell, los idolillos de Tarragona y Riotinto, en una palabra, todas aquellas antigüedades halladas en la península y que se presumen egypcias, probarian suficientemente, ya que no su poblacion en España, al menos la venida de los allophilos que trajeron consigo el culto de Isis y Osiris. En apoyo de nuestra opinion, pudiéramos añadir, que en Galicia no se conservan mas recuerdos de templos paganos, que los que se refieren al del Sol en Duyo, en lo que seria fácil reconocer el culto de Osiris, el de Isis y Diana en Iria, poblacion casi semita como hemos indicado y el que se cree de Diana en Lugo.

Hay en España una tradicion que refiere la lucha empeñada entre Hércules y Geryon y que pudiera muy bien referirse á los primeros tiempos en que los semitas ocuparon con sus establecimientos nuestro litoral. La mitología comparada, esa nueva ciencia á que tanto debe la historia, ha esplicado ya satisfactoriamente el mito de Hércules y presentádole bajo las diversas fases que adquirió en su desenvolvimiento; nada, pues, puede intentarse ya, en el terreno histórico, para esplicar aquella fábula. Sin embargo, no debemos olvidar que héroes reales, y pueblos cuyas espediciones y conquistas se simbolizaban en aquella divinidad, llevaron á cabo gloriosas y atrevidas empresas, ni pasar en silen-

cio que los pueblos de la antigüedad, presentan al historiador, como un escollo en que se estrellan sus mayores esfuerzos, fábulas y tradiciones en que los héroes y los tiempos mas diversos, se unen y confunden en un solo recuerdo. Tal vez en la tradicion española de Hércules y Geryon sucede esto, tal vez se encierran en ella, á la vez que los recuerdos védicos, los de una lucha tan remota como encarnizada, en que tomaron parte sucesivamente los diversos pueblos semitas que vinieron á España á esplotar las riquezas naturales de su suelo.

Cuenta la fábula que un hombre venido de Africa, llamo Deabo, á quien apellidaron despues Geryon, desembarcó en España con sus gentes, se apoderó de la Turdetania, en cuyo pais y comarcas vecinas, hasta mas allá del cabo Ortegal, reinó largo tiempo, y se hizo célebre por sus grandes riquezas, lo mismo en ganados que en metales. Los indigenas que contaban á Geryon como un tirano, siquiera les hubiese enseñado á cultivar los cereales y esplotar las minas, como aseguran algunos, vieron un dia arribar á Osiris y sus gentes, derrotar á Geryon y castigarle con la muerte. Los hijos de este supieron bien pronto vengarse; pero al mismo tiempo atrajeron sobre sí la cólera de Hércules, hijo de Osiris y de Isis, el cual vino á la península, combatió con los geryones, les dió muerte y sobre sus restos colocó grandes piedras y levantó las famosas columnas de que hacen mencion los escritores de la antigüedad. Dejando á un lado lo que hay en todo esto de confuso, de contradictorio y de mítico,

tendremos siempre un hecho, esto es, que un pueblo cualquiera llegado de Africa al mando de un Geryon, que en lengua caldea, y por lo mismo semítica, equivale á extranjero ó advenedizo, ocupó la region de España, rica en metales, sobre todo en cobre y estaño, abundante en ganados, por los fecundos pastos que posee, y en esquisita pesca, por las preciosas ensenadas que se hallan en su costa, y en especial en la de Galicia. Semejantes riquezas debieron ser tan pronto conocidas como codiciadas, y asi vemos que otro pueblo que podremos reconocer como allophilo, vino á disputarle tierra tan pródiga y abundante.

La tradicion africana hace venir á un Hércules,—que era el egypcio—á combatir con Geryon y á vencerle. En este Hércules, hijo de Osiris, se advierte bien pronto un semita semi-egypcio, un allophilo, el Archles ó Hércules de los Hyksos y su último rey. Segun aquella misma tradicion, este gefe murió en España: asi se comprende que hayan quedado tantos recuerdos de su dominacion, ya en el culto de Osiris y de Isis, la Neith de los egypcios, el Neton de los españoles, el Netaci de los gallegos. ¿Qué pueblo anterior á los allophilos entró en España? lo ignoramos (1), pero nos-

(1) Pudiera creerse que este *Deabo*, era un camita de la tribu de los *Havi*-m. «Como en las lenguas del norte de Africa,--dice Rougemont, página 252,--*ait* significa tribu, la de los Joppe, *ait Joppe*, ha dado su nombre á la raza de los *Æth-iopes*. Estos ethiopes, han podido mezclar sus mitos con la de los pheresianos sus vecinos.» Suponiendo esto, se esplica la presencia de los camitas en aquel bajo relieve, hallado en Tarragona, en el cual, segun los periódicos que dieron noticia del descubrimiento, estaban representadas las diversas gentes que habian poblado España. Apropósito de esto, pueden verse, apesar de su gran obscuridad, los versos de Avie-

otros creemos que la tradicion, confundiendo las cosas mas opuestas, como á veces sucede, hace venir de Africa á Geryon, cuando el que vino fué Hércules y sus allophilos. Geryon ó el extranjero,—como estos le llamarian, traduciendo á su idioma la palabra española que espresase igual idea—seria el gefe de los celtas que en efecto se establecieron en el pais que indican las fábulas, de los celtas que trajeron á unas comarcas pobladas por los habitantes de nuestras ciudades lacustres, el conocimiento de los cereales y la esplotacion de las minas. La historia, por boca de Justino, el abreviador de Trogo Pompeyo, nos cuenta la triste y maravillosa juventud de Habis ó Abydes, nieto de Gargoris, espuesto á las fieras y criado por ellas como Rómulo y como Cyro. Si como dice Breal (1), y todo viene á probarlo actualmente, no solo los pueblos llevan su geografia con ellos en sus emigraciones, encontrándose á distancias considerables los mismos nombres de rios y montañas, sino que sucede lo mismo con las leyendas que pueden llamarse locales, la de nuestro Habis, es una mas de las que, segun aquel escritor, forman el patrimonio religioso de la raza ariana. Prueba esto el establecimiento de los celtas en nuestras costas en una remota antigüedad, puesto que el citado Justino refiere que al mismo tiempo que Habis, reinaba Geryon *en aquella parte de España compuesta de is-*

no 738 y siguientes de su *Descriptio orbis terræ*, que ciertamente se presta á mas consideraciones que las que ha consignado Rougemont en su obra tantas veces citada.

(1) Michel Breat, *Hercules et Cacus, etude de mythologie comparée*...-Paris 1863.-Pág. 65.

las, que tan perfectamente cuadra á Galicia, en ellas abundante. Lo que debe notarse es que en uno y otro caso hace á un tiempo, de estos dos héroes, los civilizadores de España, pues ambos enseñan el cultivo de los cereales y el trabajo de las minas. De Habis añade Justino, que duró mucho tiempo el poder real en su familia. Esto no tiene nada de estraño, al contrario, indica con toda claridad que el dominio de este pais siguió en poder de los celtas. Lo mismo asegura el hecho de que los hijos de Geryon, es decir, su pueblo, muertos y desechos por Hércules, renacian como de sus cenizas, puesto que no fueron nunca vencidos por completo. La lucha parece haber sido encarnizada entre los dueños del pais y los nuevos arribantes, pero no decisiva; pactáronse treguas y los semitas tuvieron que plegarse ante el valor de tribus, como la de los nerios, cuyo orígen céltico señalan los escritores romanos, y como las de los ártabros y brigantinos, prontos á descubrir su raza por el mismo nombre que les distingue: de los pæsikos que recuerdan un pueblo escítico, en fin, de la república de los cybracos y la tribu de los gravios, de la de los callaicos y los tamaricos, las de todos aquellos pueblos constructores de los altares naturales, de los dolmenes y demas megalithos que se encuentran en nuestro pais, especialmente en aquellas comarcas habitadas por los celtas, y en particular por los kymricos, lo cual no favorece en nada la teoría de Rougemont, que hace gracia á los semitas pheresianos de unos monumentos que ya hemos visto, atribuidos por otros escritores á los pueblos finicos.

Bajo el nombre de Hércules (1), divinidad fenicia, símbolo elocuente de la actividad y valor de aquellos atrevidos navegantes, conoció la antigüedad las espediciones de los pueblos semitas. Al Hércules allophilo, sucedió en Galicia el pheresiano, y á éste el fenicio, ó, por mejor decir, el de Tyro; esto es, á los semitas allophilos ó Hyksos, siguieron los pheresianos, y á estos los sidonios, cuyo poder comercial heredaron los tirios. Dejaron los primeros grandes rastros de su paso, y abrieron estas comarcas, hasta entonces desconocidas al espíritu comercial del semita, al pheresiano, que ocupó su factoria de la Coruña, en donde recogia el estaño de los ártabros, y en cuyas playas descansaban las naves que hacian el viaje á Irlanda, si es que estos son aquellos que desde la costa de Galicia llevaron los brigantinos á poblar dichas regiones. Rougemont asi lo supone; asegura que los pheresianos gallegos, esto es, semi-célticos, pasaron á Irlanda, en lo cual se engaña. (2) Tal vez le bastó para asegurarlo saber que en Galicia, como en Irlanda, son comunes las construcciones dolménicas; pero nosotros que tenemos al dolmen y demas megalithos, como propios y característi-

(1) Hoefer, en su *Histoire de la Chimie*, parece indicar, que el nombre de Hércules, que llevan las torres de este nombre, pudiera derivarse de *harokel*, palabra que en fenicio significa, mercader.

(2) Este mismo autor, arrastrado por la verdad de los hechos, dice á la pág. 373 que los Silures (no hay noticia de que estos pueblos hubiesen ocupado ningun territorio gallego) y otros iberos de Galicia, fueron pobladores de Irlanda, en especial los brigantinos. Supone que estos últimos, bajo el gobierno de Simon Brec, ó Breogan, fueron á poblar aquel pais. Lo que no podemos comprender es que se haga á Brec representante de los brigantinos, tribu céltica, como el mismo autor confiesa, si Breogan traia su descendencia de Egypto.

cos de la raza céltica, vemos en esta coincidencia una prueba de que, como hemos dicho á su tiempo, fueron pobladores de la verde isla, los brigantinos que ocupan todavia la hermosa y fértil region que es cabeza de un pais que ha merecido ya, por sus desgracias, lo mismo que por la belleza de sus campos, el nombre de segunda Erin. Ademas, sospechamos que si á algunos semitas puede atribuírseles el hecho de la colonizacion de Irlanda con los celtas gallegos, es seguramente á los sidonios. La historia, lo mismo que la tradicion, parecen indicarlo asi, cuando aseguran que de Creta vino aquel verdadero Hércules, que la fábula hace llegar hasta Cádiz, y nuestras leyendas locales traen hasta la Coruña. Este fué el que erigió el faro de su nombre en Brigandsia, que las tradiciones irlandesas atribuyen á Breogan, venido asimismo de Creta. Asi se unen y hermanan ambas tradiciones, asi resalta la verdad que constituye su fondo comun!

Creta, centro y estacion del comercio fenicio en el Mediterráneo, veía llegar á cada momento los sombrios buques sidonios y á su armador, que venia á levantar en aquella isla las tropas mercenarias con que desembarcaba en los lejanos paises en que hacia su mas ventajoso comercio. En sus largas espediciones, teniendo que ventilar negocios con pueblos tan ásperos y fieros como todos los célticos, el mercader fenicio, el jefe, el Hércules en fin, necesitaba llevar soldados con que rechazar las agresiones de aquellas tribus guerreras. Creta le proveia de ellos; Homero nos habla de su inmensa y diversa poblacion, y Diodoro Sículo dice que

estaba esta isla perfectamente situada para hacer partir desde ella ejércitos sobre la tierra. Estos soldados no solo ayudaban y defendian al mercader fenicio cuando era atacado, sino que desembarcando en los paises ocupados por aquellos semitas, se asentaban en ellas y les ayudaban en sus trabajos. Veamos una prueba de esta verdad, en las escasas construcciones ciclopeas que se conocen en Galicia *en conflicto con las dolménicas*, contra lo que indica Rougemont y que solo podemos atribuir á los pelasgos cretenses, que debieron venir en cierta ocasion con el Hércules fenicio. Nos afirma en esta idea, el que los restos de la torre de Lobeira (Villagarcia), que no fué en su principio otra cosa que un faro fenicio, presenta en su base un ejemplo de la construccion ciclopea de la primera época. Esto indica la antigüedad del comercio fenicio en Galicia, pues los primeros pelasgos ocuparon á Creta 1415 años A. de J. C.

Hemos dicho ya que la Coruña, factoria semita, la primera de todas en Galicia, perdió todo el poderio y opulencia adquirida durante el período sidoniano, tan pronto como los hijos de Tyro fundaron á Cádiz y trasladaron á aquella ciudad el centro de su comercio en estos mares, pero debemos añadir que como si esto no fuera bastante, y tal vez en castigo del indomable valor de las tribus célticas que poblaban su comarca, los tyrios prefirieron para establecerse, la ria de Arosa y paises cercanos. Las torres que se encuentran todavia en su litoral y que pueden atribuírseles, la existencia de otros monumentos que desde luego tambien

pueden clasificarse como fenicios, son testimonios elocuentes de que, si los anteriores semitas habian conocido aquellas aguas, ningunos como los de Tyro las visitaron con mas frecuencia.

En España, como en Italia, el fenicio ocupó con preferencia el litoral y las islas, y en verdad que pocas comarcas presentan una disposicion natural mas apropósito que esta, para seducir á un pueblo que amaba las verdes islas y las risueñas riberas. Las preciosas ensenadas de las rias de Vigo y Pontevedra, y sobre todo la de la ria de Arosa, todas ellas con grandes islas, debian serles en estremo agradables, puesto que á la tranquilidad de sus aguas y á la hermosura y fertilidad de la costa se unia lo apacible del clima, y lo que para ellos era mas digno de estima, una crecida y numerosa poblacion con quien comerciar. Ademas, como no buscaban únicamente, en los paises en que se establecian, las riquezas metalíferas, sino que daban grandísimo aprecio á los lugares de abundante pesca; de aqui que, una vez conocida, no abandonasen en mucho tiempo una comarca marítima, que presenta sin exageracion, la mas rica y mas sabrosa variedad de pescados que se conoce. Puede pues asegurarse que la pesca fué una de las muchas riquezas que los fenicios esplotaron en Galicia: una prueba de ello es que no contentos con esplotar aquellos mares, siguieron el curso del Ulla, y fueron á buscar en Iria aquellas sabrosas lampreas de que habla Strabon, y que desde luego puede asegurarse las llevaban de aquí y no de la Betica, como parece indicar el geógrafo griego.

II.

Civilizacion semítica.

No se puede desconocer que habiendo sufrido Galicia, en especial en los pueblos de su costa, la influencia semita, han de haber quedado entre nosotros rastros poderosos, seguros recuerdos de su establecimiento; y en efecto, se perciben todavia, siquiera sea difícil asegurar si pertenecen de derecho á los fenicios ó si son hijos legítimos del sentimiento de los pueblos célticos. En nuestro pais será esto imposible durante mucho tiempo. El silencio de los escritores griegos y latinos, respecto de cuanto nos concierne, es grande, siendo mayor todavia la falta de aquellos monumentos que permitieron en otros paises levantar por completo el glorioso edificio de su historia primitiva. Ademas, está tan completamente descuidado el estudio de nuestras cosas antiguas, que el historiador no puede contar

nunca con mas que aquello que haya visto por sus ojos, y en presencia de los escasísimos datos que se poseen, establecer tímidamente sus teorias, pues sabe muy bien, que el mas sencillo descubrimiento puede variar cualquiera opinion y echar por tierra el mas profundo y meditado sistema.

Apesar del inmenso y asolador vacio, que en esto, como en otras muchas cosas nos rodea, no podemos menos de confesar que están tan vivos entre nosotros los recuerdos semitas, que no se puede desconocer que su influencia sobre los celtas gallegos fué digna de consideracion, por haberse ejercido durante largos siglos en los pueblos de la costa y siendo Galicia una casi península, con numerosos puertos, refugios bienhechores colocados entre los terribles mares de Portugal y los no menos fieros y ásperos de la costa cantábrica.

Religion, costumbres, armas, todo lleva impresa la huella imperecedera del influjo semita en estos paises, pero ellas nos indican al mismo tiempo, por su semejanza con las de los pueblos de la misma familia, que nuestros antepasados guardaron, apesar de todo, aquel fondo de creencias y costumbres que les eran comunes, y las modificaron obedeciendo al sentimiento propio de la raza á que pertenecian. A esto solo se limitó la civilizacion semita.

Contra las exageradas pretensiones de los que dan á las colonias fenicias una estension y unas consecuencias que no podemos admitir tratándose de Galicia, puede responderse que, como asienta

Renan (1), aquellas colonias, escepcion hecha de las que cubrieron la costa septentrional del Africa, no tuvieron jamás el carácter de verdaderos hechos ethnográficos, y que en ninguna parte fundaron un establecimiento definitivo de la raza semítica. Esto hemos indicado ya, y si no se hubiesen saqueado nuestros *túmulos*, si al contrario, se hubiesen estudiado con la minuciosidad que en otras partes, tal vez veriamos que en Galicia, como en los demas paises célticos de Europa, los cráneos que encerraban pertenecian á una misma familia, y que las ollas cinerarias, habian sido fabricadas por iguales manos. Lo único que los hombres no destruyen tan pronto, los nombres de lugares, nos fueron trasmitidos incólumes, desde que el hijo de Aria los impuso. Su muchedumbre (2) es elocuentísima en esta ocasion; por ellos es posible asegurarse que pudieron en efecto nuestros antepasados recibir religion y dioses nuevos,—quizás solo los nombres, quedando invariable el fondo de las primitivas creencias—que pudieron cambiar el hacha de silex por la de bronce, pero que ni la raza fué reemplazada en

(1) E. Renan, *Histoire generale et systéme comparée des langues semitiques*. Paris 1858.--pág. 51.

(2) Supone Nilsson que los celtas aprendieron de los egypcios la fabricacion de la cerveza, pero la lenguística no confirma, á lo que parece, esta opinion segun el mismo Rougemont confiesa. La cerveza que en Roma se creia de origen español, y se denominaba en lengua ibera *Cœlia*, *Ceria*, fué conocida de los antiguos gallegos segun escribe Strabon. Y, cosa digna de advertir, en Galicia en donde apenas se usa en la actualidad la cerveza, se conserva todavia un recuerdo de aquella antigua bebida en la palabra *pifon*, con que se designa entre nosotros el vino sin fuerza. Esta palabra se refiere perfectamente al *pivo*, slavo, (cerveza) y la creemos completamente ariana. Vid. Pictet. *Orig. indo-europ.* t.º II. págs. 319 y 320.

ninguna comarca de nuestro pais, ni siquiera mezclada con la de aquellos mercaderes. El mismo Rougemont confiesa, apesar de sus creencias, que los pobladores de Irlanda fueron los brigantinos, y que en su nombre no se halla rastro semita (1), no faltando ademas quien, como Curtius, suponga que el nombre fenicio cubria en realidad las emigraciones de los pueblos jónicos hácia el Occidente: y algo pudiera favorecer esta teoria, en lo que á nosotros toca, la lápida hallada cerca de la Coruña (2), dedicada al Hércules jónico.

Es necesario confesar que la influencia semita y su importancia ha sido por algunos tan exagerada, que aun cuando se interrogue nuestra antigüedad con ánimo ageno á toda clase de preocupaciones, es imposible defenderse de la especie de atraccion que tales afirmaciones ejercen en nuestro espiritu. Sin embargo, como aqui vemos un pueblo ariano, y monumentos que se apellidaron célticos, y que—ya se les suponga fínicos, ya pheresianos,—puede afirmarse desde luego, que se hallan con preferencia en paises ocupados por hombres de aquella raza, no podemos menos de rechazar instinti-

(1) Obra citada pág. 373.

(2) «En el libro de caja de todos los curatos de Santiago del año 1604, consta que á tres leguas de la Coruña y en el lado de la epístola de la iglesia de Soandres estaba esta inscripcion HÉRCULES JONICO, y que se mandó picar por ser de gentiles. La piedra habria sido de algun edificio romano, no siendo increible que en lo antiguo tuviesen los de aquel pais especial veneracion á *Hércules* con el epiteto de *Jónico*, que jamás he leido en libro alguno, sino en la inscripcion,» Sarmiento. *Sem. érud. de Valladares.* Verea y Aguiar, asegura en su *Historia de Galicia*, que apesar de haberse mandado picar, todavia se percibe dicha inscripcion.

vamente, cuanto tiende á hacer del nuestro, un pueblo mas ó menos semitizado. Dejando á un lado que los philisteos, lydios, frigios, etc., no son contados como semitas por todos los autores, es deber nuestro recibir con desconfianza cuanto toca á los tiempos semíticos en Galicia, y huir por completo de dar mas importancia de la que tienen á ciertos hechos, ni bien conocidos, ni bien esplicados todavia. Debemos, si, señalar la antigüedad, la grandeza, la duracion del comercio fenicio, en nuestro pais, y sospechar, que mas ó menos, los pueblos de la costa, han sentido su poderosa influencia, pero recordar al mismo tiempo que entre unas y otras gentes debió haber aquella valla natural, que los pueblos antiguos, en especial los guerreros pusieron siempre entre ellos, y las tribus comerciantes y por lo mismo débiles. Por esta razon será prudentísimo vacilar antes de atribuirles ciertas costumbres que se pueden tener por originarias de aquel pueblo y sospechar apesar de todo, que son arianas. Cuando la raza céltica las conservó á traves de tantos siglos y en la mayor parte de las distantes comarcas en que se asentaron sus hijos, bien puede presumirse que pertenecian al fondo de creencias que poseian antes de su dispersion. Recordemos que los fuegos del solsticio que Nilsson, supone en Dinamarca, hijos de la influencia fenicia, se hallan en Galicia como en los demas paises célticos que conocieron las irrupciones semitas, sin que haya razones poderosas para adjudicar á un pueblo, lo que muy bien puede ser patrimonio de otras gentes y de otra raza. La dificultad está en que todas las naciones célticas, sufrie-

ron mas ó menos la influencia semitica y en que es imposible por ahora, separar en ellas, los elementos arianos y los semitas, maxime si es cierto, como algunos aseguran, que se puede ascender á unos tiempos en que una y otra raza vivian juntas en el Imaüs. Otro tanto puede decirse respecto de las tres edades en que los arqueólogos han querido dividir los tiempos antiguos. Hijo como es este sistema de ciertos descubrimientos, que podemos llamar incompletos é incapaces todavia de arrojar la luz necesaria sobre los tiempos ante-históricos, ni satisfacen todas las exigencias, ni esplican la multitud de hechos que cada dia ponen en peligro una teoria por otra parte digna de todo aprecio, pues permite penetrar con alguna seguridad en las tinieblas primitivas. Largo tiempo despues de haberse fundido el celt de bronce de aleacion asiria, hallado en Castro de Rey, los celtas gallegos llenaban sus dolmenes tumulares, de hachas de piedra, y, segun noticias, se han hallado cerca de las inmensas minas de Montefurado, instrumentos de cobre templado (1), que tenian inscripciones latinas. Si á tan grandes dificultades, inherentes á las altas investigaciones históricas en los tiempos primitivos, se añade, el que, como Rougemont dice con toda verdad, España es un desierto (habla respecto de sus antigüedades) en que se corre á cada momento el riesgo de perderse, se comprenderá perfectamente la duda, la vacilacion, la

(1) Los romanos no pudieron esplotar dichas minas hasta despues del reinado de Augusto. Los instrumentos hallados, debieron haberse templado á la manera que lo ejecutaban los celtas franceses, y por tribus gallegas, por mas que llevasen inscripciones latinas.

parsimonia con que el escritor tiene que tratar esta época de nuestra historia, tan notable como la céltica, y como ella tan digna de estudio. Se comprenderá asimismo, cuan fáciles son los errores en que caen los estraños, aun los mas conocedores de nuestras cosas: asi se les vé asegurar, como lo hace el tantas veces citado Rougemont, que el comercio del estaño en Galicia fué sin importancia, que mas allá de la Coruña ya no se encuentran nombres de localidades semitas, y que aqui hay megalithos pero no celts, lo cual es inexacto.

No se necesitan en verdad grandes esfuerzos para probar que los semitas visitaron largo tiempo estas comarcas: los recuerdos y los monumentos lo atestiguan; pero en cambio hay, como hemos visto, grandes dificultades, para señalar los límites á que llegó su influencia sobre las guerreras tríbus que poblaban nuestro territorio. Nilsson (1) uno de los grandes campeones de la civilizacion fenicia en el Norte, asegura, entre otras cosas, que la edad de bronce no era indígena en aquel pais. Nosotros creemos que, por lo menos respecto de Galicia, no puede decirse lo mismo. Pictet en sus *Orígenes*, ha probado que los arianos no solo conocian la mayoria de los metales usuales, sino tambien el bronce, cuyo descubrimiento pudieron traer

(1) La obra de este notable anticuario dinamarqués no ha sido traducida todavía, que sepamos, ni al inglés ni al francés; asi cuando nos referimos á este autor, entiendase que lo hacemos, ya á las frecuentes citas que hace Rougemont, ya á lo que indica, respecto de su sistema, A Geffroy, en el escelente trabajo, publicado bajo el título de *Les études et les découvertes archeologiques dans le Nord*, en la *Revue des deux mondes*--1863.

consigo los celtas al separarse de la rama comun, y es un hecho que, si respecto de sus aleaciones, por ser contados los análisis, no se puede establecer base alguna, en cambio, nos es posible advertir, que los escasisimos bronces que conocemos, carecen de todo dibujo, é indican asi, ó una grande antigüedad, ó que habian sido fundidos por un pueblo que no daba tanta importancia como el fenicio á los adornos, pues segun el anticuario dinamarqués, un sentido simbólico va unido á los zigzags, al circulo con cuatro rayos y al doble circulo concentrico. ¡Y hé aquí una nueva dificultad! los celtas usaban con preferencia esos dibujos: hay mas, los pueblos en su ruda infancia, no pueden adornar mas que con un dibujo que podemos llamar rudimentario, los objetos de que se sirven.

Los que aseguran que la civilizacion de occidente se debe á los semitas, tienen, hay que confesarlo, un gran argumento en su favor, en todo cuanto se refiere á la religion de los pueblos célticos. El culto y sus ceremonias, los dioses y sus atributos, presentan tales semejanzas, que es imposible desconocer la influencia que respecto de estas cosas, debieron ejercer, sobre las sencillas tribus célticas, los afortunados esplotadores de sus riquezas. Sin embargo, aun se advierten, en esto mismo, tales contradicciones y vacios, que se puede asegurar, que llegará un dia, no está ya muy lejano, en que dicha influencia se reduzca á sus límites naturales, y en que se pruebe que al nombrar los celtas á Baal, no hacian otra cosa que dar un nombre semita á un dios ariano. Quizás se vea tambien que bajo los diferentes

nombres no se oculta mas que una sola divinidad con diversos atributos. Por lo demas, seanos permitido espresar nuestra satisfaccion al ver que Rougemont, sospecha como nosotros que el cabirismo y por lo mismo el druidismo fué conocido en España, y por esta razon en Galicia, que tanto tiempo estuvo en contacto con los semitas y su civilizacion. Los sacerdotes de Baal Zeus (en nuestro pais se conserva todavia el apellido Belzús) danzaban la pyrrica, al ruido de los cimbalos de bronce y al choque de las espadas que herian los escudos del mismo metal: todos estos rasgos recuerdan perfectamente la juventud gallega del ejército de Annibal que con tanto cuidado describió Silio Itálico. Como se vé la semejanza es completa, y sin embargo, ¿se puede olvidar que los celtas que se opusieron orillas del Rhin al paso de aquel conquistador, presentan segun las espresiones de Tito Livio, rasgos que recuerdan vivamente al soldado gallego?

Puede, á tal costumbre asignársele origen semita, pero no debe olvidarse que el nombre de la divinidad, nos da un dios griego, vestido á la fenicia. Por otra parte, no faltando quien tenga á los philisteos por griegos y por lo mismo á los Curetes (1) pudiera desde luego creérseles tales y comprender de este modo con que entera verdad escribió Renan, verdadero conocedor de los pueblos semitas, que los fenicios no eran grandes propagadores de religion. Esto parece desmen-

(1) Acerca de los *Curetes* y demas génios metalúrgicos, puede verse el curioso estudio de Rosignol, titulado: *Les méteaux dans l' antiquité, origines religieuses de la metallurgie ou les Dieux de la Samothrace, les Dac-*

tirse con las diversas lápidas que se conservan y hacen referencia á deidades semíticas, adoradas un tiempo por nuestros antepasados: semejante notable contradiccion, es uno de los problemas mas curiosos que tiene que resolver nuestra historia, si ha de esplicar el porqué unos pueblos que no admitieron ni la lengua, ni la organizacion política, ni toleraron verdaderas colonias, unos pueblos que conservaron íntegra su fisonomia, fueron á admitir únicamente lo que mas repugna al hombre, los dioses y la religion de los estranjeros. ¡Y sin embargo, esto es, lo que por ahora parerece mas cierto! Tal vez se deba á que los antiguos gallegos tenian una religion simplicísima, y que el contacto de los pueblos semitas les inclinó á adoptar sus dioses y misteriosas asociaciones; mas sea de esto lo que se quiera, no se puede negar, que, si como pretende Nilsson, son un recuerdo del culto del fuego, las grandes hogueras de la noche del 24 de junio, las danzas en torno de ellas y los saltos á través de las llamas,[1] aquí se conservan todavía, y nosotros las hemos visto en todo su apogeo en nuestra niñez, como tambien po-

tyles, les Cabires, les Coribantes, les Curétes et les Telchines, représentés comme des métallurges d' apres l' histoire et la géographie, Paris 1863.

[1] Sin duda alguna, el origen de la mayor parte de las costumbres célticas en que se hallan abundantes vestigios de la influencia semita, debe referirse á la época de la esplotacion de sus minas y actos religiosos con que darian principio, ó llevarian á cabo aquellos trabajos. Habiendo aquellas gentes abierto la mayor parte de las minas de la antigüedad y enseñado á los naturales de los paises en que se hallaban, un mejor método de esplotacion, nada se opone á creer que introducirian al mismo tiempo los ritos y misteriosas asociaciones metalurgico-religiosas de que se hallan tantos rastros, en la historia primitiva de Grecia y pueblos europeos, especialmente en aquellos en que abundaban los metales.

ner en agua y al sereno, las *Yerbas de S. Juan*, con cuya agua milagrosa se lavan y aun beben, mujeres y niños á la siguiente mañana (1). ¿Será esta costumbre, puramente fenicia, viva representacion de las danzas orgiásticas de los sacerdotes de Baal, que saltaban á través del fuego del sacrificio? ¿será céltica, contra lo que asegura Nilsson? Hé aquí lo que no se puede decidir. Nosotros la encontramos vivaz, en pueblos célticos que han sufrido la influencia semita; esto es todo. Por lo demas confesemos que los celtas, cuya sencillez de costumbres era grande, no debian de admitir sin gran repugnancia los cultos fenicios que por groseros y materiales debian serles repulsivos. A la pureza de sus inclinaciones eran contrarias las obscenidades de los cultos phallicos y de la Venus Astarté, de cuya adoracion

(1) Segun A. Geffroy, en los pueblos del Norte y Occidente de Europa, se conservan restos de las danzas religiosas de los adoradores de Baal en torno de las hogueras. En Irlanda sobre todo, apesar de que el clero debió oponerse á semejante costumbre, se veian algunos viejos, recitando plegarias al redor del fuego. Estos se encienden cada año en Grecia, Italia, Francia, Inglaterra, Irlanda, Scandinavia y hasta entre los slavos, asi lo indica Rougemont. La semejanza de esta costumbre, y la que se conserva en Galicia, va mas allá todavia, si se advierte que en los pueblos del Norte y en la noche del 24 de junio, las plantas medicinales de que han hecho provision las familias son espuestas y adquieren doble virtud. El agua en que se las espone, es guardada despues cuidadosamente en botellas, pues la cuentan como un poderoso antídoto para toda clase de enfermedades. Seria curioso saber si usan todos unas mismas plantas; las que los campesinos traen á vender á Santiago en aquellos dias, y se emplean con el objeto indicado, son, entre otras, *Digitalis purpurea*, *Achillea millofolium*, *Anthirrhinum arvensis*, *Matricaria chamomilla*, y algunas especies de *mentha*. Segun nos han asegurado, desde Rivadeo hasta Lugo, es decir en los pueblos del tránsito de la carretera, cuelgan á la puerta los manojos de yerbas, en vez de ponerlas en infusion, como se usa en Santiago y demas pueblos comarcanos.

no quedan grandes vestigios en Galicia á no ser que se crean tales, los templos de Diana, en Iria y Lucus Augusti. Y aqui es ocasion de advertir,—apesar de que en cierta manera contradice lo que acabamos de decir,—que en Pontevedra se conserva una costumbre, sin duda alguna degeneracion de aquella otra que respecto de los assyrios, describe Herodoto, con los mas vivos colores, contando el impuro sacrificio de las mugeres de Babilonia, hecho en honor de Mylitta; costumbre que aquel historiador encuentra en Chipre, una de las estaciones mas conocidas de los fenicios, y de la cual hemos creido hallar un rastro en aquella bendicion que las mugeres próximas á su alumbramiento, reciben, del primer transeunte, á quien abrazan demandándosela (1).

La historia primitiva de los pueblos europeos guarda secretos que tardará el hombre en poseer, por mas que el estudio de sus tres edades, y en especial la de bronce, haya permitido ya establecer ciertas verdades, que no esperan sino los nuevos descubrimientos que han de hacerlas indiscutibles. Gracias á su oscuridad, la

(1) No sabemos si es general en aquel pais esta costumbre y si está ó no muy arraigada, lo que podemos asegurar, es que á las mismas puertas de la ciudad, fué sorprendido alguno que la ignoraba, con el abrazo de una pobre aldeana próxima á ser madre. Las hondas y antiguas raices que esta creencia debe tener en la poblacion rural de aquella comarca, se comprenden no solo por lo costoso que semejante accion debe ser al pudor de una muger, sino tambien, por lo que pasó en el caso á que nos referimos. La pobre muchacha anonadada de vergüenza, no se atrevia á decir una palabra ni á pedir la bendicion deseada; fué necesario que su padre viniera á suplicarla por ella. De todo corazon le fué dada, por quien sabia cuanto hay de sagrado y patriarcal en la idea de que, trae la felicidad, la bendicion de un desconocido.

época de que tratamos no es ciertamente de las mas conocidas, y de las que menos se prestan á contradictorias hipótesis. Ya lo hemos visto, para muchos la civilizacion del Occidente, fué debida por completo al contacto de los semitas; mas sin negar al Oriente la gran influencia que debió ejercer sobre los pueblos occidentales, se necesita, en nuestra opinion, limitar esa influencia, en vez de darle la exagerada estension que algunos pretenden: que no habia de ser tanta la ignorancia de nuestros pueblos, ni tan grande su desgracia, que solo las ideas del mundo oriental, del cual estaban apenas separados por algunas generaciones, hubieran de dispertarlos de su letargo y traerlos á la vida de la inteligencia. ¿Por qué no se ha de admitir una civilizacion europea contemporánea de la de Oriente? Por el camino por donde aquellos pueblos llegaron al grado de esplendor en que los hallamos al alborear los tiempos históricos, siguiendo aquel órden de operaciones, naturales al espíritu humano, ¿no podrian acaso nuestros antepasados alcanzar la no muy alta cultura que poseian en los primeros dias del imperio? Si eran hombres de sangre ariana, si cuanto constituía su vida, esto es, su organizacion política y religiosa, era una continuacion de las primitivas tradiciones, nada debe estrañarnos que al arribo de los primeros semitas poseyesen ya una civilizacion, que tomó mayor incremento y se manifestó poderosa al contacto de aquella otra que habia florecido mas antes.

El hecho que se presenta á nuestra consideracion cuando volvemos la vista á nuestros tiempos primiti-

vos, es el de una sociedad en su infancia, pero que lleva dentro de sí los gérmenes de su futuro desarrollo. Una idea exacta de su situacion nos la darian nuestras poblaciones rurales, si pudiesen aislarse y vivir agenas á toda influencia que no fuese hija de sus legítimas necesidades y aspiraciones. Considérese asi que presion debieron ejercer en un principio las colonias semitas sobre sociedad tan sencilla, pero no por eso menos inteligente, cuando se presentaban á sus ojos como los representantes del poder, del lujo, de la riqueza, del bienestar! La historia es insuficiente para darnos á conocer con alguna exactitud tan remotos sucesos, las tradiciones se confunden y repiten, y apenas si los olvidados restos pertenecientes á aquellos tiempos y aquellos hombres, permiten sospechar lo que pasó en los dias memorables en que el celta abrió de nuevo sus ojos al mundo de los descubrimientos. Lo único que se puede decir es que llega un momento en que los pueblos europeos nos revelan una inteligente existencia y que coincide con la presencia de los pueblos orientales. Que al Hércules Tyrio se le suponga un héroe bienhechor de los pueblos que visitaba, ó que tal pretension haga asomar la sonrisa á los lábios de los que creen que jamás los semitas se ocuparon de otra cosa que de sus establecimientos comerciales, no es menos cierto por eso, que un gran comercio, ejercido siempre por naciones poderosas, trae consigo beneficios que hacen á veces soportar las iniquidades que engendra la fuerza y el dominio.

No se puede negar, que la leyenda que la antigüe-

dad forjó sobre los hechos y espediciones de Hércules, encierra en todas partes un ideal civilizador. Vése al semi-dios matar los monstruos, limpiar de animales dañinos ciertas comarcas, derrotar los tiranos, y encadenar á su poderosa voluntad, ya con la astucia, ya con la fuerza, todo aquello que se opone á sus deseos. El Hércules griego, á cuya fábula prestaron los demas sus rasgos distintivos, es una prueba de ello. Sus *trabajos* son de aquellos que agradecen los hombres. Algo, pues, hay de verdad en el fondo de tan maravillosa leyenda: se comprende asi, que la antigüedad simbolizase al fenicio y sus lejanas espediciones, en la divinidad que presidia los destinos de Tyro. En efecto, el comercio lleva consigo el poder, la fuerza, la dominacion; á donde vá necesita puertos seguros, necesita cómodos caminos, necesita paz, en una palabra, produccion y consumo, es decir, riqueza. Arribando á pueblos ricos, si, pero parcos y sencillos, todo tuvo que fomentarlo, siquiera fuese mirando únicamente al propio provecho; de aqui el que pueda decirse, que á los semitas y al movimiento vivificante á que dió lugar su comercio, debieron los pueblos occidentales el verse al poco tiempo poseedores de una civilizacion superior á la que gozaban antes.

Los primeros paises visitados por Hércules en España, fueron aquellos en donde los fenicios, de quienes era personificacion, pusieron los pies. La Turdetania y Galicia, ¡hé aquí las dos comarcas en que son mas vivos los recuerdos del semi-dios, es decir, los de su pueblo! ¡hé aquí los paises mas fecundos y mas

ricos en minas, los primeramente esplotados, los que atrajeron hácia si las primeras colonias semitas! Por lo que toca á Galicia, podemos decir que las tradiciones concuerdan perfectamente con lo que indica la historia y los monumentos que todavia se conservan en pie. Las regiones visitadas por el fenicio conservan todavia sus huellas poderosas, y en vano es negarlo: las primeras verdaderas ciudades de nuestro pais, nacieron al contacto del comercio semita, y se alimentaron de su tráfico con aquellos navegantes (1).

Iria y Lambrica, situadas en la embocadura de rios que desagüan en el mar, como tenian de costumbre aquellos pueblos, nos dicen asi quienes fuerón sus fundadores, mientras Brigantia, llena de los recuerdos del semi-dios, puede remontar sus orígenes á los mismos dias en que las primeras naves sidonias abordaron á unas playas que no habian visto hasta entonces mas que las toscas y rudas embarcaciones del celta. Lo apacible del clima, la fertilidad del suelo y abundancia de toda clase de metales, fueron sobrado estímulo para que aquellos mercaderes, no solo esplotasen ávidamente tales riquezas, sino tambien para que envolviesen en el mas impenetrable misterio su navegacion hácia las islas que producian el estaño. A esto se debe la confu-

(1) Pudiera creerse que hay alguna contradiccion entre lo que ahora decimos y lo que anteriormente hemos escrito, respecto á la escasa influencia étnica en Galicia, de los pueblos semitas que la visitaron; no la hay sin embargo. Es cierto que fundaron, ó mejor dicho, fomentaron la poblacion de ciudades comerciales, pero no fué, como algunos indicaron, trayendo colonos fenicios. La leyenda nos lo dice claramente, cuando asegura que Hércules fundaba las ciudades y las poblaba con los indígenas.

sion de los antiguos geógrafos en cuanto toca á la descripcion de nuestras costas y regiones estanníferas: por dar á sus noticias mas fé de lo que en realidad merecen, vinieron las modernas disputas sobre la situacion y número de las celebradas Casitérides, cuando aquellos autores no conocian, mejor que nosotros, los estraños paises de donde los fenicios llevaban tan preciado metal.

Confiesan los mismos que aseguran que debemos toda civilizacion á los pueblos semitas, que las minas de cobre de Salabia presentan indicios de haber sido esplotadas por los naturales antes de la llegada de aquellas gentes; era lo natural; mas como se carece todavia de los datos que ha de suministrar en Galicia el estudio de los utensilios pertenecientes á tan remota antigüedad, no podemos decir si antes de la edad de bronce se usó el cobre, como parecen indicarlo aquellas antiquisimas esplotaciones. Escribe Strabon, que los lusitanos—y ya sabemos cual era la extension que aquel geógrafo daba á la Lusitania—usaban picas de cobre, probando asi que conocian, como sus hermanos de las Gallias, el temple de este metal. Esta es la única noticia positiva que se conserva respecto de su uso, y es por lo mismo imposible decir si antes de la edad de bronce, hubo, siquiera fuese breve, una edad de cobre (1) como es de suponer. Lo que si es muy

(1) No hemos hallado utensilio alguno de cobre puro, sin embargo segun nos ha contado un aldeano que se emplea en abrir pozos, registrando el castro Nemenzo, cerca de Santiago, se hallaron entre otras curiosidades una gran tigera de cobre, y una fuente de servir la comida, de barro *amillarado*,

cierto, es que los escasos bronces analizados (1), nos dan una aleacion de las mas simples y por lo mismo mas antiguas, y que la que presenta, no solo aleacion sino forma etrusca, puede remontarse su antigüedad á la época en que los pelasgos entraron en la península. Nos permiten ademas contestar á las preguntas que Rougemont, vista la profunda noche que envuelve aquellos tiempos en España, deja sin respuesta: sí, aqui hubo una edad de bronce, puesto que se han hallado en Galicia; y nuestros bronces presentan, como se vé, la aleacion normal de 10 por 100, con pequeñas variaciones.

como el dijo sirviendose de una palabra gallega que dá una cabal idea del barro empleado en dicha vasija, la cual se deshacia al tocarla. Segun colegimos de su esplicacion la fuente debió haber sido cocida al sol, atestiguando asi la gran antigüedad de los castros. Si no se hubiesen perdido estos objetos, tal vez se probáse no solo la remota antigüedad de aquellos monumentos, sino tambien lo pronto que nuestros antepasados conocieron el uso del cobre y su temple.

(1) El primero de estos bronces es una pequeña hacha que poseemos y fué hallada en el, por todos conceptos notable, Castro de Rey, en Tierrallana (Lugo). Mide de largo 135 mm., su corte 47 mm., y es el núm. 1.º de la lámina de hachas de bronce que publicamos. Su aleacion es de las normales: cobre 88,6: estaño 10,2: plomo 1,2.

El segundo fué hallado en el puente de Coropó, cerca de Salvatierra, es una bella hacha etrusca, que posee el conocido abogado de Pontevedra Sr. Sancho. Mide de largo 20 c., y su corte que es recto 5 c. Su aleacion es la siguiente: cobre 72,2: estaño 25,5: plomo 1,8: hierro 0,5.--El dibujo de esta hacha lleva el núm. 2 en la lámina citada; pero puede asegurarse es completamente igual á la que describe Rougemont pág. 233, y fué hallada en Bolonia por M. Gozzadini.

El tercero es la lanza que se encontró en la Recadieira (Mondoñedo), pertenece al conocido arqueólogo Sr. Villaamil, y su dibujo se ve en la lámina de armas célticas que hemos publicado. Presenta la aleacion siguiente: cobre 85,4: estaño 13,3: plomo 1,3.

Hallóse tambien un trozo de metal que, segun nuestro amigo Sr. Villaamil, no se adivina que pudo haber sido: su análisis nos da un laton, el celebrado orichalco de los antiguos. Fué hallado en Zoñan (Mondoñedo), y está compuesto de 62,4 de cobre, y 27,6 de zinc.

¿Fueron estos bronces fundidos en Galicia por los sidonios? ¿son gaditanos? Es mas fácil lo primero. La idea de hacer de Cádiz—centro y hogar, durante el período tyrio, de las colonias y factorias semitas en España,—la única trabajadora de metales, no es nueva ni deja de ser disculpable, por mas que no pueda admitirse sin una prudente reserva. Asi como los estraños se equivocan respecto á la riqueza de estaño y esplotacion de nuestras minas, sucede lo mismo en lo que se refiere á la fabricacion de utensilios de metal. Todos los adjudica Rougemont á la colonia gaditana; á esta hace gracia de semejante gloria, y sin embargo, para asegurar tan resueltamente que solo de su re-

Estos análisis han sido hechos con todo el cuidado, que un químico tan notable como el Sr. Casares, sabe poner en todo cuanto sale de sus manos; podemos pues asegurar que son dignos de toda fé.

No son estos los únicos bronces hallados en Galicia, dos posee la Real Armeria de Madrid, y muchos mas debieron haberse perdido, por la ignorancia de los que los hallan y la incuria de los que debieran rescatarlos y conservarlos. En un folleto titulado *Sta. Cristina de Valeixe*, Pontevedra 1857, se halla á la pág. 20 y siguientes una carta firmada por D. José Gonzalez Alvarez, en la cual describiendo aquel pais se lee, que siendo niño el autor y yendo de caza halló en un sitio arenoso varios instrumentos de metal, tres de los cuales figuraban una especie de uñas cortantes, que se podian colocar en el estremo de un mango; el que escribe creia habian sido construidas para uso de escultores, pero bien claro se advierte que eran verdaderos celts de bronce. Halló ademas dos barritas de tres filos, como hojas de bayoneta, y un instrumento compuesto de dos barras paralelas, su longitud media vara, de latitud tres pulgadas y cuatro lineas de grueso, unidas por tornillos qne sujetaban asimismo por la parte interior unas puas, lo cual hacia sospechar fuese un instrumento músico. Todos estos utensilios estaban muy bien trabajados y adornados de bonitas labores. Unos decian que eran de bronce, y sin duda estaban en lo cierto, otros que mezcla de otro metal con plata, sin faltar quien asegurase era oro. Fueron vendidos á un ambulante comprador de metal y hierro viejo. Asi se perdieron objetos tan curiosos, asi se perderian otros, y asi seguirán perdiéndose á lo adelante, sino se dispierta entre nosotros el amor á esta clase de estudios, y deseo de poseer tan curiosos objetos.

cinto salieron, era necesario que conviniésemos en que era aquella la única colonia semita que habia en España, pretension que sin duda alguna no admitirá aquel autor. A nosotros, que creemos que no hubo en Galicia mas que factorias, que suponemos que despues de Brigantia, solo la ria de Arosa conoció verdaderos establecimientos fenicios, no nos cuesta trabajo comprender que en lugares en que tan ricos veneros de cobre y estaño hallaron, en donde la esplotacion fué tan pingüe y duró tan largo tiempo, no dejarian aquellos grandes metalurgos de fabricar utensilios de bronce. Si esta consideracion no bastara, recuérdese aquel pasage de Silio Itálico, al que tenemos que volver tantas veces, y en el cual se pinta à los gallegos, como grandes artífices, pues fueron capaces de hacer y regalar á Annibal el famoso escudo y armadura, que el gefe semita vistió en la tan larga como gloriosa segunda guerra púnica. Bien claro lo dice el poeta: alli no se trata únicamente de la armadura hecha por manos gallegas, sino que tambien se alaba el metal de de Galicia. Es aquel pasaje tan curioso y tan digno de estima, para todo lo que toca á la fabricacion de utensilios de bronce en la península, que no sabemos como ha podido pasar desapercibido, de los que tratan de estos asuntos. Sus palabras son terminantes; por ellas se viene en conocimiento de que, ni se ignoraba el temple de los metales, ni el damasquiado. A un estado de adelanto tal, no pudieron llegar los gallegos sin una larga práctica y sin las contínuas lecciones de los fenicios. Esto permite pensar, que muchos de los bron-

ces que los arqueólogos conocen con el nombre de gaditanos, fueron fabricados en Galicia, cuyos naturales tan aptos son todavia para la construccion de toda clase de obras mecánicas. Por de pronto sabemos por Silio Itálico, que la armadura de Annibal estaba perfectamente templada; es verdad que el poeta añade, que en las aguas del Tajo; mas la tradicion y la geografia antigua nos hablan de un Chalybis en Galicia, rival del bilbilitano, cuyas frias aguas daban un admirable temple á nuestras espadas. Los historiadores aplican al Chalybis aragonés las virtudes que el romano ensalzó; pero debemos advertir que el Chalybis gallego, ya sea el Cabe, como quieren unos, ya sea el celebrado Lethes como otros pretenden, es lo cierto, que ambos rios riegan un territorio denominado el uno de Lemos, Limico el otro, recordando ambos el Lemnos, griego, en cuya isla cayó precipitado del cielo Vulcano, el padre de los trabajadores de metales. Esto si queremos olvidar, que el nombre de Chalybis, quiere decir rio de los Chalybis, ó mejor aun, siguiendo la costumbre griega, el rio en que se templaba el acero. Como se vé, los recuerdos de unos hombres ocupados en la fundicion y temple de los metales, están vivos en aquellas comarcas y se descubren en los mismos nombres que llevan (1).

(1) En Rivas de Sil, cerca del sitio en que el Cabe se une á aquel rio, existen restos de antiguas esplotaciones metalíferas, en especial en el lugar llamado de Lousadela, como tambien en la jurisdicion de Rio. Grandes y extensas galerias, cuya antigüedad se remonta sin duda á los primitivos tiempos, prueban cuan rica de metales ha sido Galicia, y cuan saqueada fué por los pueblos semitas y por el romano.

Para llevar á cabo tan extenso y poderoso comercio, necesitaban estos pueblos sostener una activa y contínua navegacion: de aquí el cuidado que pusieron en iluminar los mares gallegos, tan llenos de puertos sosegados, asi como tambien de ásperas rompientes. Los altos faros y las torres que aun hoy se hallan en pié, lo mismo que las que puede sospecharse existieron á lo largo de nuestra costa, prueban claramente, no solo que los fenicios miraban con gran cuidado, cuanto podia auxiliar sus navegaciones, sino que en ese mismo cuidado se descubre el inmenso interés que los atraia hácia nuestros puertos. Estos recuerdos se encuentran hoy principalmente en la ria de Arosa, la última que, como llevamos dicho, estuvo en poder de los semitas y de los griegos, sus sucesores, en la esplotacion de nuestras riquezas. Hay mas todavia; como los fenicios se hubiesen ido internando en el pais en busca de los criaderos de metal, nos dejaron indelebles señales de su paso por las tierras del interior, en aquellas torres que el mismo Tito Livio confiesa existian en su tiempo, y que por las descripciones podemos conocer como semitas. Esto nos prueba que las esplotaciones de metal alentadas por el espíritu comercial de los fenicios, se hallaban, en los pueblos del interior, en completa y eficaz inteligencia, con los de las factorias establecidas en nuestro litoral. Indican tambien el gran movimiento

Baltasar Porreño, que en su *Nobiliario del reino de Galicia*, Ms., dice que el Chalybis era el Sil, añade que se colige esto de los restos de herrerias antiguas que se veian en su tiempo. No dice donde estaban, pero no deja de ser curiosa la noticia, puesto que aquel escritor vivió en el siglo XVI.

á que el hecho de su comercio dió lugar en nuestro pais.

Para el servicio de tan vastas esplotaciones como aquellas gentes tuvieron en Galicia, hubieron sin duda de construir las primeras rutas que hayan atravesado estas comarcas. Tal vez partia de aquí aquella larga y notable via, que desde los Pirineos marchaba á lo largo del Mediterráneo francés y atravesaba los Alpes por la garganta de Tende, poniendo asi en contacto, por tierra, las tres regiones en que se habian establecido sus mercaderes. ¿Qué lugares atravesaba la via por España? se ignora, mas nosotros sospechamos que la via romana que desde Braga venia *per loca marítima*, hácia nuestros principales puertos, no hacia mas que seguir paso á paso la primitiva, debida á los tyrios. Quizás venia desde Cádiz, á lo largo del Occéano, hasta Galicia. Se concibe fácilmente, que sosteniendo tan vasto tráfico con los pueblos marítimos, y siendo la costa portuguesa de las mas inhospitalarias, quisiesen estar por tierra en comunicacion directa con aquellos paises de donde la colonia gaditana recibia la mayor parte de sus mercancías. Ademas, para el servicio y esplotacion de las minas del interior, debieron abrir otros caminos, pues se conservan restos de una calzada, que se conoce en el pais con el nombre de cartaginesa (1); pero

(1) Los restos de la via denominada cartaginesa, se conservan en la jurisdicion de Neira de Jusá, y sitio denominado Sierra de Constantin. Entre el lugar de Campo de Arbol y Baralla, se ven sus restos hácia la parte superior de la actual carretera general que pasa á Castilla. Lo que hay de notable es que se advierten asimismo montones de piedras rodadas, que pudieran creerse restos de lavaderos de oro, y que unas cuantas casas que se

que á ser obra de los semitas, ningunos otros mas que los sidonios la construyeron, porque fueron los que mejor conocieron y esplotaron Galicia. Los tyrios hicieron de Andalucía su mansion favorita, y los cartagineses se alejaron mas todavia de nuestro pais, llevando su comercio de las orillas del Occéano á las del Mediterráneo.

hallan situadas en el punto en que dicho camino desemboca en la actual carretera, llevan el significativo nombre de *Calle del Sol.* Se supone que dicha calzada venia de la parte de Castilla, bajaba á Campo de Arbol, antes del Cerezal, y en aquel sitio subia por la cúspide casi de la Sierra de Constantin. En el dia no se conoce mas que algo de la caja, por haber aprovechado el antiguo material en la nueva carretera. Hay ademas en el pais la creencia de que habia un camino anterior al de los romanos, que, partiendo del Puente de Gatin, límite de las dos Canceladas, sobre el rio Navia, subia á Villaspasantes, Gomeal y seguia por la Sierra del Palo, bajando en el Bierzo al lugar de S. Clemente.

Es probable que el celebrado *camino francés*, se construyese sobre el antiguo fenicio. Se conserva memoria del siglo XVI, en que se asegura que dicha via pasaba por Tria-Castela y iba á Padron. Debe pararse la atencion en esta última circunstancia, pues el camino francés se construyó para los peregrinos que venian á Santiago.

III.

Esplotacion de metales por los semitas.—Las Casiterides.

Hemos hablado del metal que producia este pais y asegurado que el estaño occidental que primero conoció el mundo semita, fue el de Galicia. Verdad tan inconcusa para todo el que conoce nuestra historia, es harto contestada por los estraños; el que mas, llega á conceder que Galicia fuese un punto de escala, en el comercio del estaño que iban á buscar á las Sorlingas, y que los antiguos gallegos, eran osados navegantes que en las rústicas naves descritas por Avieno, cruzaban el borrascoso Occeano é iban á buscar á unas lejanas islas, lo que la tierra propia daba en abundancia. Olvidándose de las palabras de Strabon que asegura que los rios de los Artabros llevaban el estaño que las mugeres bene-

ficiaban lavándolo en cestos de mimbres, niegan á Galicia no solo la existencia en su territorio de las celebradas Casiterides, sino que llegan hasta asegurar que no fue nunca gran productora de aquel metal. Partiendo del supuesto de que, para nosotros, las Casiterides, consideradas como verdaderas islas del estaño esplotado por los fenicios, jamas existieron sino en la imaginacion de los griegos y latinos, que ignoraban por completo cuanto tocaba á las comarcas de donde aquellos navegantes llevaban una de las principales mercancías, vamos á probar que Galicia produjo grandes cantidades de aquel metal, que los pueblos semíticos lo llevaron de estas tierras durante muchos siglos, que nuestros criaderos estanniferos fueron despues objeto de una esplotacion notable por parte de los naturales, y por último que este mineral el mas raro del globo, se encuentra todavia entre nosotros, en bastante abundancia, para que permita su exportacion para Inglaterra, en donde se niega que nuestras minas lo produzcan. La tarea parecerá desde luego difícil y aun atrevida, pero confesamos que es tan sencilla, que solo el silencio de nuestros escritores, pudo permitir que los estraños adjudicasen esclusivamente á las Sorlingas la gloria de haber dado todo el estaño que consumió la antigüedad.

Con un buen sentido que no comprenden muchos, trató Plinio de fábula, lo que contaban los griegos (1) respecto á que el estaño venia en barcas de mimbre

(1) *Historia natural de Cayo Plinio*, etc., trad, por Geronimo de Huerta, Madrid 1629--tomo II pág. 626.

de unas islas del Atlantico, y añadió que en su tiempo era sabido que Galicia y Portugal lo engendraban. Jamas texto mas claro y terminante pudo oponer este antiguo reino á los que valiéndose de los contradictorios y confusos de Avieno y otros geografos, niegan que en Galicia estuviesen las Casiterides, ó mejor dicho, que fuese el pais del estaño. Las palabras de Plinio estan conformes con la historia y con la verdad. Afortunadamente estas son cosas, que el historiador puede probar con hechos y sin recurrir á la interpretacion de obscuros testos; y ya que Rougemont, valiéndose de los errados datos que presenta Smith, llega á asegurar que Galicia era la comarca donde le depositaban los barcos mercantes venidos de Cornwall, y que en Roma confundian la primer etapa continental, con el lugar de donde venia, deber nuestro es aclarar los hechos y ver si los que el escritor inglés asegura, con harta ligereza, son tan ciertos como supone.

No comprendemos como algunos autores, despues de confesar, y lo que es peor, despues de dar á la influencia semita en Galicia mas estension de la que realmente ha tenido, desconocen que otros intereses, mayores que los que podria engendrar una simple etapa ó depósito, debia atraerles á estos paises y hacerles vivir aquí. Si lo que ellos aseguran fuese cierto, bastaba á los fenicios poseer la Coruña ú otro puerto cualquiera en nuestra costa para hacer aguada y descansar; y se dijese que eran nuestros marinos los que iban á las Sorlingas en busca del metal, y que en Galicia estaban los depósitos á donde venian á buscarlo aque-

llos mercaderes, reflexiónese un momento que era imposible que unos hombres cuyo objeto durante largos siglos fué únicamente el comercio del estaño, pudiesen ignorar que su pais lo producia con una maravillosa abundancia. No, nosotros no negaremos que el metal de las Sorlingas haya sido conocido de la antigüedad, y estamos prontos á conceder,—porque lo creemos un hecho evidentísimo—que los brigantinos hicieron algun dia ese comercio en union de los sidonios; pero confiesen á su vez los demas, que antes del estaño de las Sorlingas, fué el nuestro, el cual consumió el oriente durante los primeros siglos de la edad de bronce. Si no fuera esto asi, ¿á qué venian los fenicios á Galicia? ¿por qué los sidonios hicieron de estos lugares su mansion favorita? A todo el que sabe que nuestro estaño está tan libre de impuridades como el inglés (1), deberan confesar que el de los bronces lacustres de Suiza, mejor que las Sorlingas, pudo provenir de las comarcas gallegas, por mas que Rougemont, que no dá por cierto muestra alguna de conocer á España por los españoles, escriba como última palabra, que los criaderos de Galicia no tienen importancia alguna!

Por fortuna, el pais gallego, que ha visto tan esplotadas por los romanos sus minas de oro, presenta donde quiera restos de inmensos trabajos mineros en su territorio. El cobre y el estaño se encuentran todavia casi nativos, por mas que los actuales criaderos se hallen punto menos que agotados por una larga y poderosa

(1) El Sr. Casares, nos ha asegurado, que, habiendo analizado el estaño de Monterrey hallólo purísimo y tan bueno como el de Cornwall.

esplotacion. En los pueblos del litoral, en las mismas islas, como la de Cortegada en la ria de Arosa, en las tierras del interior, se vén á cada momento grandes galerias, pozos profundos, grandes montones de escorias, en una palabra, las mas palmarias pruebas de que nuestro suelo fué materialmente saqueado por hábiles y codiciosos mineros. Si estos testimonios no fuesen bastantes, si se cree que sacamos de ellos mas de lo que en realidad se desprende de tales datos, recordamos que las *Cycas* ó Cies actuales, llevan un nombre, que como el valle del *Cinca*, otro pais productor de estaño en España, recuerdan perfectamente el de aquel metal en la antigüedad (1), y que, como si todo, hasta los nombres de localidades, quisiesen demostrar la riqueza metalífera de nuestro pais, la misma ria de Arosa, lleva un nombre, igual á aquel otro con que fué conocida Chipre, esto es *Ærosa*, la isla de los metales. ¡Coincidencia notable! Conservan todavia las Cies su nombre de isla del estaño, la de Arosa, el suyo de isla del cobre, ¡y todavia se niega á Galicia un don que pródiga la concedió la naturaleza!

«No existe ningun indicio de que jamás este pais haya producido mas estaño que al presente! (2) escribe Smith, despues de asegurar que el gobierno español no esplota ninguna mina de estaño (3) y que apenas

(1) Vide tom. 1., pág. 462, nota segunda.

(2) G. Smith, *The Casiterides, an inquiry into the commercial operations of the Phœnicians.* etc., London 1863.

(3) Lo que asegura Smith es cierto; pero debe advertirse que cuando en 1787 las minas de Monterrey volvieron á ser descubiertas, el gobierno español montó la esplotacion con un lujo administrativo tal, que no lo su-

si las comarcas estanníferas de toda España ocupan una milla inglesa cuadrada. Tales aseveraciones no pueden pasar desapercibidas para cuantos conozcan nuestro pais, nuestra historia y la del comercio de aquel metal. Contra opiniones tan temerarias como absolutas, está lo que nos dicen Molina en el siglo XVI y Boan en el XVII; está asimismo el inmoderado uso que en este pais se hizo hasta hace pocos años, de las vajillas de estaño (1). Aquellos dos escritores atestiguan no solo la abundancia y pureza del que se criaba en Galicia, sino que cuentan ademas que era grande el comercio que en aquellos siglos—los siglos del poder y de la riqueza española—se hacia de un metal que, segun el poeta, se vendia en planchas, escedia al inglés en calidad y

enchia las ferias de entrambas Medinas (2).

Esto sucedia en el siglo XVI: en el siguiente, viene

fragaban los productos, y por esto fué abandonada. En la actualidad se esplotan por ingleses algunos criaderos que tienen arrendados á sus dueños, y el metal que obtienen marcha al mercado inglés, en donde compite con el del reino unido.

(1) Apenas habia, hace veinte años, familia algo acomodada, que no se sirviese de vajillas de estaño. Todo lo que hoy en el uso doméstico, es de loza ó porcelana, era entonces de aquel metal, y nosotros recordamos en nuestra juventud, jarrones, platos etc. adornados con preciosas labores. Santiago fué siempre célebre por los muchos artesanos que se dedicaban á la construccion de toda clase de objetos de estaño, y es cosa sabida que el hospital de esta ciudad, tenia un oficial ocupado únicamente en la fundicion y reparacion de la vajilla necesaria á tan vasto establecimiento.

(2) En la glosa que aquel agradecido y entusiasta malagüeño, puso á los versos en que se refiere á las minas de estaño de Monterrey, dice «que ademas de ser tanto que en las ferias de Castilla principales, no venden de otro, es en calidad tan fino, que lo que de Inglaterra,

Boan á decirnos (1) que el estaño venia principalmente de Monterrey y su comarca, en donde habia muchas minas, que se tenia en mas precio que el mejor estranjero y que mezclado con metal campanil y cobre —nuestros gallegos no olvidaban las antiguas costumbres—fabricaban vajillas tan escelentes, que muchos señores de Castilla comian en ellas, y entendian ser de plata. Se conservan por fortuna estas curiosas noticias, entre tantas otras como habrán desaparecido, y ellas vienen á probarnos que la esplotacion de nuestras minas de estaño, fué activa y hecha en grande escala—por el favor que obtenia en el mercado,—durante los siglos indicados. Lo estraño es, que, usándose tanto aquel metal, viniendo el mas preciado de Monterrey, como escriben Molina y Boan, llegasen en menos de cien años á olvidarse aquellas minas, hasta el punto de que se dijesen descubiertas en 1787. Sin duda alguna, ó encontraron criaderos mas ricos, se olvidaron los antiguos, ó las que se dicen descubiertas en aquel año, debe entenderse que fueron entonces reivindicadas por el gobierno.

Era comun en el siglo pasado, crer que estas minas habian sido esplotadas por los templarios (2): asi

y de Flandes y Francia y de otras partes se trae á España, por muy preciado que sea, no hace á este ventaja, antes se tiene por cierto, que este escede á todo lo otro, y ansi se vée claro por los que dello tienen conocimiento.» Lic. Molina. *Descripcion de Galicia,* fól 23 v.º

Molina escribia en 1548.

(1) Boan *Historia de Galicia.* Ms. --Este autor escribia hácia los años de 1640.

(2) Cornide indica que no hay noticia que aquellos caballeros hubiesen esplotado las minas y lo que es mas importante, que no la hay tampoco de que tuviesen convento alguno hácia aquel pais. Esto no obsta á nuestro modo

lo escribia el ingeniero aleman, bajo cuya direccion habia puesto las minas el gobierno español, añadiendo, y esto es lo mas interesante,—que á unas nueve leguas de Monterrey, á una de Viana, en Penouta, entre Oriente y Norte, habia minas trabajadas por los cartagineses. No habiendo estos semitas esplotado á Galicia, como probaremos á lo adelante, será mas prudente adjudicar dichos trabajos mineros á los sidonios y tyrios: pero fuesen unos ú otros pueblos, queda probado el hecho de una esplotacion anterior á los romanos.

Comprendemos sin esfuerzo, lo fácil que es á los estraños caer en los errores de Smith, pero nos duele que ya que no conozcan nuestros autores, y ignoren particularidades que destruyen por completo sus opiniones, emitan estas con el aire de seguridad que lo hace nuestro inglés. Ignoraba sin duda que á sus arriesgadas y decisivas aseveraciones, puede contestarse con testos tan irrefutables como los de Molina y Boan, y con la lista de los terrenos estanníferos de Galicia, probarle la ligereza con que aseguró que los de toda España, apenas ocuparan dos millas inglesas cuadradas. A esto es contestacion sobrada lo que el ingeniero aleman escribe, que habia filones de mas de dos leguas de largo; (1) y si tal dato no bastara, con un mapa de Galicia al frente, puede juzgarse de la esten-

de ver, para sospechar que en aquellos siglos se hayan beneficiado dichas minas. Es sabido que la tradicion popular en Galicia, refiere á los templarios, las construcciones de los siglos medios y aun muchos hechos de aquellos tiempos que evidentemente no les pertenecen; puede pues asegurarse en vista de esto, que las esplotaciones que la tradicion atribuye á aquellos caballeros, pertenecen á la edad media.

(1) El *Apéndice 2.º* que publica

sion del terreno productor, sabiendo que los filones se presentan principalmente en Puente Caldelas, Avion, Lalin, Ribadavia, Orense, Allariz, Monterrey, abarcando una dilatada línea que vá de Este á Oeste. Y debe advertirse que en muchos de estos sitios hay minas en esplotacion, que benefician los ingleses; no se podrá decir que estos comerciantes, no saben en la materia, algo mas que sus arqueólogos. Es, pues, evidente, que las regiones estanníferas de Galicia son estensas, que producen un metal en algun tiempo preferible al inglés y en todo caso de igual pureza, que se puede presumir fueron esplotadas en los siglos medios, que en la moderna edad ha surtido á nuestros mercados, y en fin, que actualmente son beneficiadas por los mismos ingleses, repitiéndose en nuestros dias, aunque á la inversa, el mismo fenómeno que en los remotos tiempos, esto es, que los poseedores de grandes criaderos de estaño, vienen á esplotar el que produce otra comarca, á la cual les ligan los estrechos lazos de un parentesco, si bien lejano, no por eso menos cierto y poderoso. Fáltanos ahora ver si el primer pais que produjo el estaño occidental, fué Galicia, y si cuanto refirieron griegos y latinos acerca de las comarcas que lo producian, puede en sana crítica separarse de nuestro reino.

Cornide en su trabajo sobre las Casiterides, es una breve memoria escrita por el ingeniero aleman, director de las minas de Monterrey, en la cual se asienta entre otras particularidades, que eran infinitas las vetas nuevas descubiertas, que habia filones de mas de dos leguas de largo, y que el ancho de las vetas era variable aun cuando las habia de vara y media, y de 120 piés de ancho.

Conviene Rougemont en que la verdadera patria del estaño de Europa, son las Casitérides, que refiere á las Sorlingas y á la casi isla vecina del Cornwal, y por su parte escribe Geffroy, que es necesario que las Sorlingas hayan sido conocidas y esplotadas por los fenicios desde muy antiguo, dado que sea cierto, como algunos eruditos han sostenido recientemente, que de esas islas salió absolutamente todo el estaño que empleaban los habitantes del Mediterráneo, hasta aquel que habia servido para la fabricacion de una campana, de la cual M. Layard ha hallado un resto, en las ruinas de Ninive. Despojadas estas aseveraciones de lo que tienen de absoluto, se vé desde luego que la esplotacion de unas regiones estanníferas septentrionales, fué grande y empezó desde muy antiguo: la dificultad está ahora en decir en donde estaban situadas esas islas productoras del estaño. No vamos en este momento á renovar la enojosa disputa que á últimos del pasado siglo sostuvieron nuestro Cornide, Perez Quintero y Masdeu, pues para nosotros son puramente fabulosas dichas islas, sino á probar que cuantos esfuerzos se hagan por adjudicar á los mares gallegos ó ingleses, las celebradas Casitérides, serán inútiles, persuadidos como estamos, de que los geógrafos é historiadores antiguos que nos hablan de ellas, conocian, menos tal vez que nosotros, los verdaderos criaderos del estaño, con que el fenicio llenaba sus mercados. Empezamos por asentar que tanto las palabras de Diodoro Siculo (1) como las de Strabon, Mela y Avieno,

(1) Hé aquí el testo de Diodoro: «Las mas ricas minas de estaño son

jamás podrán alegarse de buena fé en esta cuestion; máxime si se recuerda lo que á propósito de ella escribió Plinio, para el caso, testimonio irrefragable, pues es el del buen sentido, protestando contra la fábula. ¿Quién es sino capaz de concordar las noticias de aquellos escritores y apropiarlas con entera verdad, ya sea á las Sorlingas, ya á las Cies? Las islas situadas en medio del Occéano, frente á la Celtiberia, mas abajo de la Lusitania y cercanas á los Artabros, debieron de ser sumergidas por las ondas, como la Atlantida, si es que alguna vez existieron (1). Avieno, que escribió teniendo presente el Periplo de Himilcon, pinta la navegacion á Inglaterra con tales colores, que mal se aviene con lo que el mismo dice de nuestros marineros que traian el estaño de aquellas islas en barcas de mimbre y cuero. Burlose Plinio de los que tal creian, y nunca con mas

en las islas del Occéano, frente á la Iberia, mas abajo de la Lusitania, y nombradas por esta razon, las islas Casitérides.» Diodoro Siculo, *Bibliotheque historique* traduite du grec par Hoefer, t.º II pág. 40. Strabon es mas claro y da mayores noticias y en ellas se apoyan los que las quieren llevar á las Sorlingas; pero Pomponio Mela y Avieno con sus contradiciones vienen á embrollar de nuevo, lo que en el mismo Strabon no está muy claro.

(1) Podia decirse, en defensa de Galicia y su posesion de las Casitérides, que las mas principales de las diez islas que se mencionan como productoras del estaño, han desaparecido. En efecto, desde la isla de Sálvora hasta el cabo de Finisterre, y por lo mismo en pleno Occéano,-siquiera sea cerca de la costa-se hallan los bajos de Corrubedo, de Baroñas etc., que pudieran hacer creer en el hundimiento de varias islas situadas en aquellos mares. Daria gran autoridad á tales aseveraciones el hecho ciertísimo y significativo, de que en dicha direccion se notan grandes desigualdades en el calado, tanto que, segun aseguran marineros prácticos en aquellas aguas, mientras en unos sitios se encuentra un fondo de treinta á cuarenta brazas, á distancia de uno ó dos cables, no se encuentra á trescientas ó cuatrocientas. La casualidad hace que todas esas sinuosidades se encuentren en una misma direccion.

razon; que al leer las palabras con que el poeta cuenta lo que dice el cartaginés, es cuando se comprende con toda verdad que los semitas, como mas tarde los griegos, evitaron con sumo cuidado, el dar noticias positivas de los paises de donde esportaban aquel buscado metal (1). Asi como lo prueba el hecho de aquel piloto que viéndose espiado en su derrotero, hizo encallar la nave entre unos escollos, siendo por esta accion premiado y resarcido por el erario público. ¿Qué cosa mas natural en unas gentes, á quienes convenia esplotar ellas solas semejante riqueza, que el decir traian dicho metal de unas islas lejanas, situadas en medio del Océano? ¿qué cosa mas natural tambien, que los que veian á los fenicios habitar con preferencia las islas, designasen á los paises productores de estaño con el nombre de Islas Casitérides?

La antigüedad presenta en esto ejemplos notables. Tarteso y Tarsis no significan en fenicio otra cosa, que tierra de los metales; de tal modo, que la misma Chipre fué llamada tambien Tarsis. Confiesa Rougemont, que el nombre de Tarteso ha sido transportado de Dertosa á Gades y del Ebro al Betis, y sin embargo, los que saben que los antiguos confundian á veces el curso de los rios, y reunian en un sistema hidrográfico dos regiones cuyas aguas corren en sentido inverso, no hallan inconveniente en asegurar que las Casitéri-

(1) Herodoto, que escribió despues de haber visitado á Tyro, confiesa que en su tiempo no habia quien supiese en donde estaba el pais del estaño ¡y esto despues de tantos siglos como en que este metal era una de las riquezas fenicias!

des son las Sorlingas y no las Cies, fiándose de las contradictorias noticias de aquellos geógrafos é historiadores!

Por lo que hemos escrito acerca de las colonias semitas, su alta antigüedad y su influencia en las costumbres de nuestros antepasados, se comprende facilmente que aqui hicieron los pueblos de aquella raza un gran comercio y una larga estancia. ¿Qué miras los impulsaban hasta tan lejanas tierras, cuando para llegar á ellas tenian que esperimentar las borrascas del turbulento mar lusitano? No era en verdad que el Hércules tyrio, animado de un sentimiento benéfico, viniese á traer á los altivos celtas de estas comarcas algo de la espléndida civilizacion oriental, no: lo que les atraía á estos lugares, lo que les hacia arrostr.. temerariamente los peligros de la navegacion de Gades á Galicia, eran los tesoros metalíferos en que abundaba esta region, el cobre y el estaño de que tan pródiga era, y que formaba una de las bases principales del comercio fenicio. La misma razon nos dice, que, habiendo en Galicia ambos metales, y no permitiendo las primitivas navegaciones apartarse de las costas, de aqui debieron llevar allophilos, pheresianos, sidonios, tyrios, en fin, todos los pueblos semitas que arribaron á estas playas, el estaño que conoció la remota antigüedad. Y esto es tan cierto, que la produccion y el comercio de aquel metal se recuerda en el nombre de algunas localidades; que no son únicamente las Cycas (1) las que

(1) Pudiera creerse tambien, visto lo que escribe Rougemont á la página 222, nota 2.ª, que la palabra *Cycas* viene del griego y equivale á roto, se-

pueden citarse. ¿Acaso la soberbia Cinania, la que tan noble respuesta dió á la arrogancia latina, llevaba otro nombre que el de ciudad del estaño?

Confesamos que solo una ciega confianza en los textos de los antiguos geógrafos, pudo dar lugar á las acres polémicas que se sostuvieron respecto de las Casitérides, no solo como islas productoras del estaño, sino como las mismas de donde los fenicios llevaban semejante metal. Por nuestra parte ya hemos dicho que no creemos en la existencia de tales islas, y que sospechamos que el nombre de Cycas, de que el actual Cies es corrupcion, proviene sin duda de haber sido un depósito semita de dicha mercancia, que se recibia, por Erizana, de los pueblos del interior; ahora añadiremos, que si algunas islas puede decirse que fueron un tiempo conocidas con el nombre, objeto de tantas disputas, son aquellas á quienes, cuando menos en el siglo XII, (1) se apellidaba todavia Casitérides.

Masdeu, cuya argumentacion contra Cornide y Pe-

parado, como en efecto lo están ambas islas. «No carece de interés, añade, advertir que las Sorlingas que han sido separadas de la Cornwall, se llaman asimismo Scilly, teniendo las lenguas célticas como el griego la raiz *Scull* y diciendo *scavillead*, por desgarrado.»

(1) Cornide fué el primero y el único que recordó que en la célebre division del obispado de Wamba, se dijo á propósito de los límites del de *Cale*, que tuviese por distrito de Albia hasta Losola, y de Olmos á las *Islas Casiterides*. Es sabido que, apesar de haberse probado que es apocrifa dicha division, se tiene como seguro que fué forjada en el siglo XII, en cuyo tiempo debian forzosamente conocerse en los mares gallegos unas islas que llevasen ese nombre, las cuales, segun se desprende de la *Division*, no podian ser otras que las Cies. Cornide debió insistir mas en esta particularidad, pues era un argumento tan poderoso en favor de su teoría, que el mismo Masdeu, no se atrevió á hacerse cargo de ella en la contestacion. No creemos que los ingleses puedan presentar parecido testimonio. Debemos advertir que en la edicion del Florez del citado docu-

rez Quintero, estriba en la ausencia del estaño en las islas que aquellos dos autores reconocen por las Casitérides, no ignoraba seguramente que el mismo J. César dice, que el de las Islas Británicas venia del interior: noticia bien digna de tenerse en cuenta al tratar este asunto. Los mismos ingleses, como Borlase, citado por Cornide, confiesan que en las Sorlingas no se hallan grandes señales de estaño y que este metal debió llevarse de la inmediata costa que lo produce en abundancia. Nosotros podemos decir lo mismo. La isla de Cortegada que está unida al litoral, tanto que en las bajas mareas equinociales, se puede pasar á ella á pie desde Carril, presenta, segun se asegura, pozos ó minas de estaño, mientras al pie de la cercana Cordillera del Barbanza; se encuentra en abundancia el hierro, y alguna localidad (entre Carreira y Corrubedo) conserva el nombre harto significativo de *Campo das minas*, que el P. Sarmiento vió cubierto de mamoas (1). Este ilustre

mento. (*Esp. Sagr.* t.º IV.) no se halla la voz *Casiterides*, pero si en el ejemplar de Idacio. Para esplicar esta correccion basta decir que aquel sábio escritor, opinaba como Harduino; que no habian existido semejantes *Casiterides*.

(1) Pudieran considerarse estas mamoas como el cementerio de la ciudad que se dice haber existido cerca del Carragal. No se pueden tener como pheresianos á pesar de hallarse en un pais situado en lo que puede llamarse, gran centro y lugar del movimiento semita en Galicia. Nuestras mamoas apenas presentan casos en que haya sido empleada la inhumacion y, ya lo hemos dicho cuando hemos tratado de estos monumentos, ellos no encierran en su mayoria mas que ollas cinerarias, tanto que de su abundancia en el pais viene el nombre de localidad *Oleiros*. El P. Sarmiento, que en todo dió pruebas del cuidado y atencion con que veia las cosas, describe las mamoas, que él-¡achaque de su tiempo!-cree romanas de la siguiente manera. «Las mamoas son los sepulcros antiguos de los romanos, en cuyo centro colocaban las urnas ó ollas cinerarias. Escojian un sitio retirado donde hubiese leña, alli quemaban los cuerpos, recogian sus cenizas y las metian en una olla y esta la enterraban

benedictino cree que el vulgo le denominó asi por que muchos pensaban que alli las habia; pero mas fácil parece que el recuerdo de las antiguas esplotaciones quedase unido al nombre de aquella localidad. Por de pronto, puede asegurarse, que toda la costa y lugares cercanos á los mares en que se levantan las islas objeto de tantas discusiones, presentan, ya restos de antiguas minas, probablemente de estaño (1)—como presumimos sean las celebradas *Cuevas del Fanfarron* (2)—ya variados y escelentes criaderos de aquel metal, como, entre otros, el de Puente Caldelas, tan proximo á los mares apacibles en que se levantan las islas de S. Simon y las Cies. El P. Sarmiento asegura que á tres leguas de

alli cerca. Despues si habia piedra, fijaban alredor algunas largas piedras ó losas y á su alredor amontonaban tierra y en tal cantidad que formaban un monte ó mamoa que tenia quince ó veinte pies de diametro y seis ó ocho de alto. A la dicha tierra de la mamoa alude la deprecacion *sit tibi terra levis*, y esto lei yo en una lápida que se desenterró de una mamoa.» *Semanario erudito de Valladares.* Como se ve la cremacion fue costumbre general en el pais y una prueba de que los celtas, en sus dos ramas, ocuparon el pais, puesto que segun el mismo Rougemont confiesa pág. 300, «en la Bretaña la cremacion está tan estendida que casi puede tenersela como el único y *primitivo* modo de enterrar; pero los huesos quemados, añade, reposan bajo túmulos, como en el Poitou los esqueletos inhumados.» Despues de escrito lo que á los monumentos célticos concierne, hemos recibido indicaciones de personas curiosas del pais, que vienen á dar mas fuerza á nuestras aseveraciones. En solo una mamoa nos dicen que hallaron huesos, mientras que en las abiertas por los aldeanos en el monte de Francos (Lugo) se encontraron granos de collar, iguales á grandes cuentas de rosario, y algunas piedras de chispa, celts.

(1) Lo decimos, porque Schulz en su *Descripcion geognostica de Galicia*, pág. 45, dice «En el terreno primitivo de Galicia no se han encontrado hasta ahora otros metales preciosos, mas que el estaño, del cual parece que *tenemos abundancia y en muchos puntos* etc.»

(2) Hállanse situadas estas cuevas á un cuarto de legua del Son, y casualmente frente á ellas terminan las sinuosidades submarinas de que hemos hablado en la nota 1, pág. 66. Estas cuevas no son otra cosa que notables galerias mineras, en cuyas paredes se advierten todavia las huellas del pico.

Pontevedra, en Gayolos, Cerdon y Muradas, en la parroquia de Antas, se descubrieron minas de estaño. El nombre de la parroquia indica que alli debió de haber bastantes dolmenes tumulares, *antas* en portugues, *antes* en gallego: tal vez aqui como en el campo de las minas, estaba el cementerio de los pobres mineros que arrancaban á las entrañas de la tierra el metal buscado por el semita.

Es necesario cerrar los ojos á toda luz, para no ver en tan curiosas indicaciones una prueba de que, al fenicio que ocupó el litoral de tan hermosa ria, le atrajo el comercio y esplotacion de metales y en especial del estaño. ¿A qué, sino, venia á esta tierra ocupada por una raza belicosa é indomable? ¿qué interes le movia á levantar las torres y faros que en su tiempo iluminaran toda aquella zona marítima? En el mismo interior, cercana á los actuales criaderos de estaño, se levantaba en el siglo XVI, cerca de Rivadavia, una torre que, no solo por su nombre, *Torre de Osiris*, sino tambien por su construccion puede considerarse como semítica. ¿No indicará esto que los fenicios conocian perfectamente las comarcas que en Galicia producian aquel metal? ¿Cómo no conocerlos quienes alentaron la inmensa esplotacion de Salabia, que, segun Schulz (3), denota un cubaje de mas de cuatro millones de metros cúbicos y prueba la

(3) No solo fueron esplotadas las minas de Salabia, sino tambien las de Albaneda. Ambas están en la Astúrias de hoy, y por lo mismo parecerá estraño que llamemos á las de Salabia gallegas. Están estas situadas á corta distancia de Rivadeo, y por lo mismo y por caer dentro de los límites de la antigua Galicia, las consideramos para el caso como pertenecientes á nuestro pais.

incalificable ligereza con que Smith escribió que no hay en Galicia indicios de que la antigua esplotacion haya sido mayor que la actual, que el citado autor reduce á la menor espresion posible?

Todos estos restos de los antiguos trabajos mineros los atribuimos á los indigenas, alentados y aun guiados por el comerciante semita. Pudieran, es verdad, tenerse por romanos; mas á parte de que su sistema de esplotacion era igual y de que, por lo mismo, solo se puede juzgar de su antigüedad por los objetos que se encuentran en el mismo terreno, tenemos que Galicia fue de las últimas provincias subyugadas por el imperio, que el codicioso romano siguiendo las huellas de su gran rival, el cartagines, se dedicó especialmente á trabajar las minas de oro y plata, y por último, que aquellos conquistadores siguieron esplotando las mismas minas que hallaron abiertas, sin que puedan serles nunca atribuidas por completo, las que presenten restos y objetos pertenecientes á dicho periodo.

Concluyamos. Galicia, pais que en la actualdad posee minas del mas puro estaño (1), que ha hecho un gran comercio de este metal en los siglos XVI y XVII, que presenta multiples y curiosos restos de una antigua y vasta esplotacion minera, que fue durante largos siglos visitada por los pueblos semitas, es, sin ningun género de duda, la primera y mas notable comarca que suministró á los fenicios el estaño que consumia el mundo antiguo, especialmente la Europa.

(1) G. Schulz et A. Paillete, *Notice sur quelques gisemene d' ètain*, que hemos traducido en el *Apéndice III*, del t.º I de esta obra.

Las Casitérides, consideradas como islas únicas productoras del estaño en aquellos remotos tiempos, no existieron jamás. Los antiguos escritores que no tenian de las comarcas estanniferas mas que vagas y confusas noticias, y que si alguna vez consultaban á los fenicios, no recibian de estos mas que falsas indicaciones, han contribuido á acreditar una especie que la sana crítica no puede admitir en manera alguna.

En fin, nuestras Cycas, es decir, las islas del estaño, las Casitérides de los antiguos, que todavia en los tiempos medios conservaban este nombre, no indican otra cosa, sino que las cercanas comarcas lo producian en abundancia, de la misma manera que el nombre de la isla de Arosa, isla del cobre, ó, si se quiere, de los metales (1), viene á decirnos que las apacibles aguas en que se asienta, bañan riberas fecundas en el cobre y estaño tan codiciados de los pueblos semíticos.

(1) Si como opina nuestro distinguido amigo, Sr. Rua Figueroa, (en su por todos conceptos notable *Historia de las minas de Rio Tinto*), la palabra *æs, æris*, es aplicable, no solamente al cobre, sino tambien á sus variadas aleaciones,—hasta el punto que este autor cree que por la frase *confectores æris*, puede entenderse, los preparadores ó fundidores de bronce,— el nombre de esta isla nos daria con toda seguridad, la verdadera patria de la mayor parte de los bronces que los anticuarios conocen hoy dia con el nombre de gaditanos.

IV.

Monumentos semitas.—La torre de Hércules.

Apenas se concibe un pueblo poderoso y floreciente que no haya dejado vestigios evidentes de su paso en los paises que visitó durante largo tiempo. Decir que los semitas ocuparon las comarcas del litoral, que hicieron un largo y activo comercio en nuestro pais, y que, aunque pequeñas, fundaron en él colonias, equivale á asegurar que Galicia debe de haber poseido monumentos fenicios, restos de su civilizacion y poder, ora hayan desaparecido para siempre, ora existan todavia modificados por una mano posterior, que les haya hecho perder sus rasgos mas característicos.

Si hubiésemos de creer, como pretende Rougemont, que los dolmenes, menhires, piedras vacilantes, en una palabra, todos los megalithos que hemos descrito y co-

locado entre los monumentos celtas, son producto de un pueblo semita, los pheresianos, aqui deberíamos enumerarlos y describirlos, empezando por ellos el estudio de los monumentos fenicios. Pero, habiendo rechazado la opinion de aquellos que los suponen obra de la raza finica, no hemos de ir á admitir ahora que son debidas al genio semita. Verdaderos hijos del pueblo céltico, se les ve alli en donde este prepondera; y en verdad, que darles el origen que quiere Rougemont, equivaldria á confesar, vista su muchedumbre, que Galicia fue poblada por los pheresianos; cosa que no podemos admitir, ya se atienda á lo que de la historia se desprende, ya nos atengamos únicamente á lo que nos dicen, bien claro por cierto, los hechos etnográficos. Acabamos de visitar el pais mas semita de toda Galicia, acabamos de recorrer el litoral de aquella ria que creemos fue el principal asiento de los hombres de esta raza, y nos ha maravillado ver hasta donde lleva la naturaleza el cumplimiento de todas sus leyes. La poblacion de los puertos presenta en su rostro las inequívocas señales de los hombres de quien desciende; mas apenas se aleja uno de la costa, apenas se respira el aire puro de la hermosa campiña que se estiende al pie de aquellas aguas, reaparece de nuevo el tipo céltico en toda su pureza y tambien con la notable abundancia que se advierte en el resto de Galicia.

¿Cuáles son pues los monumentos que en nuestro pais pueden adjudicarse á los pueblos semiticos? Los faros y torres que existen ó existieron, y todos aquellos otros, que en Galicia,—cuyas antigüedades empiezan

todavia á conocerse—puedan descubrirse y lleven el verdadero sello de las construcciones fenicias: que si es cierto que son escasísimos los que al presente conocemos, nadie podrá decir con verdad que son los únicos que existen, pues se ignora los tesoros que en esto encierra nuestro suelo. Desconocidos ó dispersos los materiales, breves y confusas las noticias que constituyen la historia del pueblo gallego, á cada instante tenemos que confesar que son bien pobres los cimientos sobre los cuales descansa el edificio de nuestras antigüedades. Apenas los escasos bronces que hemos descrito y analizado, nos permiten confirmar la influencia semita en lo que toca á la preparacion y aleacion de los metales, cuando el *celt* de hierro (1) recientemente descubierto en un castro del pais de la Ulla, viene á decirnos que fue este metal contemporáneo del bronce. Por su rudeza y su forma puede desde luego asignarsele una remota antigüedad, probando asi la presencia en Galicia, ya de esos pheresianos, á quienes se quiere hacer gracia de todos los monumentos denominados célticos, ya tal vez de los allophilos, cuya venida á estos paises no hemos hecho mas que sospechar. En vista de lo expuesto, habremos de contentarnos con aventurar las primeras conjeturas en este caos confuso en que á cada paso falta toda indicacion y todo dato

(1) Este celt de hierro no es recto: mide de largo 18 c. su corte 4 c. Lo posee nuestro amigo el señor D. Antonio Lopez Ferreiro, cura párroco de Vedra, jóven inteligente y entusiasta por la historia de su pais, á cuyo estudio se ha dedicado. Galicia le deberá algun dia, su *Historia eclesiástica*, en cuyo trabajo se ocupa desde hace tiempo, con una perseverancia, inteligencia y minuciosidad dignas de los benedictinos.

seguro. Nuevos descubrimientos, nuevos y concienzudos trabajos, permitirán mañana esplicar con mayor claridad, lo que hoy vemos confuso y asegurar como verdad iconcusa, lo que ahora solo puede adivinarse. Esta triste confesion de nuestra impotencia, actualmente mas necesaria que nunca, es una prueba de lo poco que sabemos acerca de las antigüedades gallegas y del lamentable vacío, en que se pierden los mayores deseos y las mejores voluntades.

Al pié de la pintoresca llanura en que el Umia desagua en el mar, formando aquel estenso playal que cubren las mareas y que tan preciosa perspectiva ofrece al que visita aquellos lugares, se cree reconocer aun los restos de la antigua Lambriaca, centro del poder semita en la ria de Arosa, y aniquilada por completo por las manos crueles del tiempo, de las aguas y de los hombres. En vano es interrogarla: las mas atentas miradas, no descubren otra cosa que las verdes laderas, el rio que se desliza, el mar que asciende ó desciende, la silenciosa naturaleza que rodea al observador: ni una piedra que haya resistido al empuje de las olas, ni el mas leve vestigio que indique que allí existió una rica y floreciente ciudad. Solo los vagos rumores de la tradicion, vienen á hablarnos, de un pasado, lejano para los sencillos hombres que habitan aquellas casas, en que los siglos medios dejaron impresas indubitables huellas, pero que toca á una época reciente, comparada con aquella otra en que la nave fenicia, doblando la punta de San Vicente, se adelantaba hácia el poderoso puerto cuya entrada alumbraba el faro que aun

hoy existe y cuyas derruidas paredes bate el mar en los dias de su ira.

La vista y exámen de los dos lienzos que se hallan todavia á corta distancia del pueblecillo de Santo Tomé, no permiten formar una idea exacta acerca de la época de su construccion y de su especial destino. La tradicion le supone faro y nosotros sospechamos que no fué otra cosa, y que su primitivo origen es fenicio. Desgraciadamente, las irrupciones normandas y árabes, hicieron necesaria la fortificacion de la costa, y, segun algunos, el Obispo de Santiago D. Diego Gelmirez dió la señal reedificando las *Torres de Oeste, Turres Augusti* durante la época romana. Levantáronse, pues, las que se hallaban arruinadas, se repararon las que estaban en pié y de esta manera se hizo dificilísima la clasificacion de tan curiosos monumentos. Ademas, sirviendo en los siglos medios á la vez que de faros cuya luz guiaba al navegante que se internaba en la ria de Arosa, de atalayas en que se encendian los fuegos que anunciaban la proximidad de las naves enemigas, sufrieron sus restauraciones en diversas épocas, y asi se vé que entre las denominadas *Las siete hermanas*, las hay como la de la Lanzada, que se cree la primitiva y fenicia, la de Santo Tomé, que puede tenerse por románica, la de Lobeira, que parece presenta un ejemplo de la construccion ciclopea, la de Miadelo, evidentemente del siglo XIII ó XIV, y las de Oeste cuya reparacion se refiere al siglo XII. Todas estas torres, monumentos incontestables del próspero, largo y antiguo comercio allí ejercido por los semitas y griegos asiáticos, debieron ser,

á escepcion de las de Miadelo (1), construidas por aquellos comerciantes. Nadie como ellos necesitaba iluminar aquella costa, pues sin duda alguna el aspecto de la ria debió haberse modificado profundamente, presentando entonces gran número de islotes y bajíos en que pudieran estrellarse las naves, haciendo forzoso el gran cuidado que todo induce á creer que pusieron en alumbrarla, los que habian hecho de tan hermosas y fértiles riberas su lugar favorito. En ninguna otra parte de Galicia se encuentran con tanta abundancia, ni tan cercanas unas de otras, hallándose tan perfectamente colocadas, que los nuevos faros se levantan en los mismos sitios en que estuvieron los antiguos (2).

Aunque es verdad que los fenicios, por la clase de relaciones que tenian con Galicia, atendieron mas que nada á la construccion de faros, es, sin embargo, natural que no dejasen de fabricar sus byrsas ó fortalezas, (3) sus enterramientos, en fin, todas aquellas diversas torres de que se conservan tan notables ejemplos en Cerdeña, Irlanda y, segun parece, en las Baleares. Es posible que todas hayan desaparecido. Cuando la pre-

(1) Eran dos torres, pues aunque no se halla en pié mas que un lienzo de una de ellas, se ven contiguas las ruinas de la segunda.

(2) Parece que en el mismo sitio en donde se encuentran las ruinas de la torre de Santo Tomé, se trata actualmente de levantar un faro, cuya necesidad es grande en aquella costa. De lo que debe cuidarse es de que la nueva construccion no se haga á espensas de la antigua; que no se aprovechen, como es costumbre y por un esceso de mal entendida economia, las piedras ya cortadas y labradas de una torre que merece ciertamente ser conservada, en la edificacion del faro que se proyecta.

(3) Llamábanse *Torres de Annibal* las que se hallaban en España y Africa, y en las cuales, segun Strabon, se encendian fuegos á las seis de la tarde.

ciosa *Torre de Hércules*, ha estado á punto de perecer, sufriendo bárbaras mutilaciones, nada de estraño tiene que de las demas no quede ni memoria. Gracias si las noticias de algun curioso nos permiten descubrir, por sus descripciones, un monumento fenicio, como sin duda alguna lo era aquella torre de Ossiris, que, segun Boan, se hallaba en Santa Maria de Amoeiro (1). Sus grandes piedras cuadradas y unidas con plomo indican una construccion semita y semejante á las que Mr. Saulcy describe en su obra, *L' Art Judaïque*.

Comun era á los fenicios el levantar torres ó faros para guiar las naves y alumbrar aquellos puertos que con mas frecuencia visitaban: los faros de Alejandria y Messina, no fueron los únicos que conoció el mundo antiguo; la misma Marsella que parece fué ocupada por aquellos mercaderes, antes que los griegos arribasen á sus playas, tuvo orillas del Ródano y cercanos al templo de Diana de Efeso, dos faros para guiar á los navegantes. Irlanda posee sus torres redondas, ese enigma de la arqueologia inglesa, como le llama Rougemont, las islas Baleares, sus *nuraghes*, como la Sicilia; pero en la península española, en donde no se han investigado todavia semejantes antigüedades, no se puede decir si existen en pié ó arruinadas ó han desaparecido por completo, las que indudablemente quedaron de los se-

(1) A dos leguas de Orense se derribó la primera vez en el reinado de Alonso XI «y por tan fuerte, dice Boan, *Historia de Galicia*, Ms. las esquinas de ella y hasta altor de una pica desde el suelo, están emplomadas las piedras y muy anchas de mas de dos varas y media castellanas, sus paredes nunca las pudieron derribar.»

mitas en nuestro territorio. Torre redonda era aquella que se deshizo en tiempo de Ambrosio de Morales, cerca de Gijon, ciudad semita, como ya hemos dicho, y tal vez lo eran las *Aras Sestianas* de Galicia (1),—como quiere Masdeu, aunque ignoramos con que fundamento,—pues este pais, que, como hemos dicho, fué grandemente esplotado por los fenicios, debió poseer estos y otros monumentos análogos, cuyos mudos restos hemos creido reconocer en algunos lugares.

Lo difícil de su clasificacion, las restauraciones posteriores que han sufrido algunas, nos obligan á ser

(1) Las *Aras Sestianas* eran segun aquel autor *Hist. Crit. de España*, tomo VII pág. 32, tres columnas dentro de las cuales habia una escalera hecha á caracol. Ignoramos por donde supo esto Masdeu, aunque sospechamos que tal noticia es hija de la descripcion que hace Ambrosio Morales, *Crónica general de España*, tom. I. fol. 202, de las que el cree *Aras Sestianas*, cerca de Gijon. Los autores latinos, no hacen mas que mencionarlas, dando algunos, como Mela, motivo á que se las crea erigidas en la costa asturiana, cuya opinion siguió Morales y ultimamente nuestro Cornide, que las coloca allí aun despues de las curiosas esplicaciones del P. Florez, *Esp. Sagr.* tom. XV, quien las restituye á nuestros mares y coloca en el cabo Villano. Puede creerse que eran monumentos bien diferentes de las aras griegas y romanas: estaban estos pueblos harto acostumbrados á levantarlas ó verlas levantar, fuera de los templos sobre las montañas, etc., y no iban á parar su atencion y mencionar como cosa notable, tres altares ó aras, cuyo nombre de *Sestianas*--asi escriben Plinio y Mela --dió origen á curiosas esplicaciones por parte de Morales, y nosotros presumimos, que sea una de las muchas palabras de los antiguos gallegos, que los romanos latinizaron despues de la conquista, dando lugar á los mas estraños errores. Montfaucon que cree que los antiguos establecieron alguna diferencia entre *Aræ y Altaria*, viene á ser de opinion de que casi significan lo mismo. Añade que los altares fuera de los templos eran comunes, que en el campo los levantaban á menudo los aldeanos, haciéndolos de musgo, etc. Sospechamos por esto que las tales *Aras Sestianas* que, segun Mela, fueron consagradas con el nombre de Augusto é ilustraba una comarca antes obscura, eran antiguos monumentos que tal vez algunos gallegos, ó mejor aun los mismos colonos romanos dedicaron á Augusto.

harto prudentes en nuestras aseveraciones. Sin rasgos característicos que las distingan, solo se puede sospechar que no fueron construidos por los romanos, pues no tuvieron interés ni ocasion para ello, por haber sido nula casi su navegacion á nuestra costa: y en esto debemos reparar, porque es fundamento que nos permitirá mas tarde negar el orígen romano que algunos asignan á la torre ó faro de Hércules, en la Coruña. En efecto, cuando se leen las historias romanas, en aquellos breves pasajes que se refieren á Galicia, se advierte que antes de la completa sumision del pais al poder latino, las tribus gallegas apenas tenian por capitales mas que pequeños burgos, ninguno de ellos notable y se vé asimismo que las ciudades de quienes hacen especial memoria, estaban situadas en la costa y eran verdaderos establecimientos comerciales. Erizana, Lambrica, Iria y Brigantium, que vieron arribar, ora las legiones, ora las escuadras romanas, orillas del mar se asentaban: ellas eran las ricas, las florecientes, las que escitaban la ira y la avaricia de los cónsules; pero apenas habia pasado un siglo desde que Roma tomara posesion de Galicia, cuando ya la decadencia de aquellas ciudades era tan visible, que se las vé absorbidas en los recuerdos históricos por Lucus Augusti, Bracara, la ciudad Lemica y otras del interior, indicando este hecho, con sobrada claridad, las tendencias y el espíritu de la colonizacion romana, mas agricultora que comercial. Abiertas las grandes vias que cruzaban España en todas direcciones, dejaron nuestros puertos de ser frecuentados; la cultura roma-

na buscó otro horizonte, se verificó un cambio radical en la vida del pais y las ciudades marítimas de Galicia, esperimentaron bien pronto la suerte de Cádiz, sin tener, como esta, sus dias de pasajera grandeza. Apesar de que Plinio asegura que desde aquella ciudad se navegaba por todo el Occéano alrededor de España y las Gallias, nosotros podemos decir que nuestros puertos no solo no son ya ricos en recuerdos latinos (1), sino que apenas los poseen, mientras abundan en el interior. Esto nos dá á entender que nuestros mares quedaron olvidados, que se apagaron los faros que el interés comercial mantenia encendidos, y que bien pronto estos monumentos del poder y de la actividad semita, debieron desaparecer en su mayoria.

Entre los que puede sospecharse que permanecieron, bien sea arruinados, restaurados, levantados de nuevo ya en todo, ya en parte, colocaremos el primero, el faro de la Lanzada, cuyas ruinas subsisten todavia. No afirmaremos que sea obra de los fenicios, porque ya hemos dicho que es arriesgada en esta ocasion toda aseveracion terminante, pero sí que el P. Sarmiento es de opinion de que á aquellos mercaderes se les debe, y que nosotros lo creemos asi. Los lienzos que existen en pié, lo mismo que las llamadas Torres d'

(1) Entre los escasos recuerdos romanos que se hallan en nuestros puertos y comarcas marítimas, debemos poner los que, segun noticias, se hallaron estos dias en Portosin, cerca de Noya. Parece que se descubrió un mosáico, tejas y otros varios objetos que se repartieron, destruyeron ó hicieron de ellos lo que pareció oportuno á las personas que intervinieron en el hallazgo. Hemos llegado en Galicia como en el resto de España, á un estado tal, en que hasta creemos inútil lamentarnos de semejantes desvastaciones.

Oeste, en la ria de Padron, parecen hechos de aquella manera, que, segun Vitruvio, era peculiar á los griegos y de cuya gran solidez, reconocida por aquel célebre arquitecto, es una prueba la resistencia que ofrecen sus ruinas á los desatados elementos. La torre de la Lanzada, que debió tener la forma de un cuadrilongo, está compuesta de pequeñas piedras dispuestas en hilera y colocadas sobre un lecho de cemento compuesto, con cal, arena y conchas; no se vé ventana alguna en los lienzos que se conservan y si solo unos pequeños agujeros cuadrados, como los que dejan los pontones de los andamios: tal debe presumirse al menos, por el órden con que se presentan. La misma disposicion ofrecen las d' Oeste, (1) compuestas de pequeñas piedras sentadas sobre un cemento de cal y arena, pudiendo decirse de ellas que llevan las señales de la reconstruccion romana. La fábrica de estas torres podia ser fenicia, porque ya sabemos cuanto debia á este pueblo la cultura griega: tenemos derecho á sospecharlo, máxime cuando vemos que todas aquellas torres se hallan situadas en pais abundante en

(1) Los escritores latinos no hablan mas que de una torre de Augusto, llamada despues *Castellum Honestum*, por la *Hist. Compostelana*, á la manera que la de Hércules se convirtió en *Castillo viejo*. Las ruinas que existen al presente nos dan dos torres, que nosotros presumimos levantadas por aquellos que dieron vida y animacion á la en otro tiempo rica y poderosa Iria. La reconstruccion romana puede sospecharse de la dedicatoria á Augusto; pero de la reparacion hecha en los siglos medios no podria dudarse aun cuando guardase completo silencio la Compostelana, por la imágen del Apóstol que en una hornacina se encuentra mutilada. Su nombre actual se deriva seguramente del que tuvo en la época romana, pues es sabido que el diptongo latino *au*, fué convertido en *o* por los gallegos.

granito y están construidas de la manera que hemos dicho. Es cierto que los romanos siguieron tambien en sus edificios el método llamado por Vitruvio *Cœmentitiæ*; pero ya sabemos que estos conquistadores no tenian interés alguno en levantar semejantes faros, y por lo mismo hay que adjudicarlos á aquellos que en otras riberas construyeron iguales monumentos.

Reclama ahora nuestra atencion la curiosa torre de Santo Tomé (Cambados), cuya harto difícil clasificacion dejaremos á los arqueólogos que hagan mañana un detenido estudio de estos monumentos, limitándonos á indicar, que si hemos señalado como época de su construccion los siglos XII y XIII, es porque creemos que presenta algunos caracteres que tal hacen presumir, y porque en dichos siglos el cercano pueblecillo de Santo Tomé, alcanzaba aquel grado de esplendor y riqueza que indican todavia las casas que se conservan en pié. Debemos advertir, sin embargo, que no hemos hallado ningun edificio en aquel pais que presente igual disposicion de las piedras, siendo de notar, que los que construyeron del siglo XII al XIII la derruida capilla que existe á poca distancia de la torre, no hicieron sus paredes de la manera que se advierte en aquella. Por algunos otros indicios pudiera sospecharse que es moderna (4); pero á esto diremos, que el palacio de los marqueses de Montesacro, que es del siglo XVII si mal no recordamos, tampoco presenta

(4) Si es moderna, el marques de Montesacro su poseedor, debe tener papeles en que conste la época de su fundacion. Sin embargo, Boan, que en su *Historia de Galicia*, Ms. describe á Cambados, no hace mencion de esa

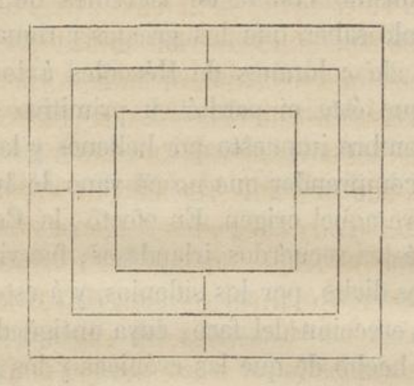
igual construccion, siendo de estrañar, que para una simple torre se halla puesto mayor cuidado y esmero que en otros edificios de mayor cuantia. La flecha ó torrecilla que se vé en el ángulo que existe en pié, recuerda algun tanto la torre de piedra de la colegiata de la Coruña, aun cuando semeja mas bien que una pirámide una farola, que tal la creemos. En ella debian encenderse los fuegos, cuyo resplandor saldria por los pequeños agujeros cuadrados que se advierten, ó colocarse el vigilante que cuidaria de que las naves euemigas no sorprendiesen descuidados á los habitantes de aquellos lugares. Subíase á dicha farola por una especie de chimenea sostenida por dos ménsulas, cuyo corte ha dispertado hartas dudas en nuestro ánimo, respecto á la época de la construccion de la torre. Como á un metro de distancia se ven agujeros cuadrados, que indican que á aquella altura se levantaba un piso de madera, en el cual se sostendria la escala portátil, que apoyándose en las paredes interiores de la chimenea, permitiria al encargado de ella, subir á la torrecilla y encender el fuego. Su altura y el mal estado en que se halla, no nos permitió subir y examinar la disposicion interior de la torrecilla ó flecha, que es pequeña, cerrada, remata con una pequeña pirámide, y está construida con el mismo esmero y de la misma

torre. No faltó quien nos asegurase que tenia á cada esquina una farola ó torrecilla igual á la que se conserva, pero un anciano á quien hemos preguntado, nos contestó la recordaba asi siempre. Lo que debe notarse es que tanto esta torre como la de la Lanzada, se desmoronaron de una misma manera, dando lugar á sospechar, si tendrian cierta forma que no nos atrevemos á indicar, por no tener bastantes pruebas para ello.

manera que el resto de la misma torre. Las piedras son cuadrilongas, labradas con cuidado, y ya que no se pueda decir que todas de un tamaño, debe indicarse que son bastante parecidas. No de otra manera las empleadas en los *nuraghes*. Esta torre, por la posicion que ocupa, pudo muy bien ser fenicia: alumbraba toda la ria de Cambados y la entrada del puerto de Lambrica sin que quepa la menor duda—por el sitio en que se levanta—que se construyó para servir de faro ó atalaya.

Si no de tan difícil clasificacion como la de Santo Tomé, al menos con graves inconvenientes para ello, se presenta la torre de Lobeira, deshecha ya, gracias á la punible incuria con que en nuestro pais se miran estas cosas. Levantábase en la cumbre del monte, del cual recibió el nombre, y desde ella se disfrutaba de una de mas bellas vistas que ofrece el pais, bastando saber que la ria de Arosa y todas las pintorescas comarcas que se estienden al pié, se divisan y registran desde aquella altura. Hace pocos años existian en pié parte de los lienzos que la formaban, al presente solo se vén algunas hiladas de piedras labradas, que descansan sobre grandes masas de granito, dispuestas de manera que permitiesen formar habitaciones, que bien podemos llamar ciclopeas.

En uno de estos grandes peñascos, se advierte el siguiente grabado



que es bien seguro tuvo su significacion y decia algo á los hombres que construyeron aquella torre.

Tales son las torres y faros que en region completamente semita hemos hallado, y á las cuales puede desde luego asignarse origen fenicio, ya sean algunas de ellas las construidas por aquellos mercaderes, ya los romanos las hayan restaurado despues, ya, en fin, hayan sufrido en los siglos medios la mas grande y trascendental de sus modificaciones. Una cosa debemos advertir para comprobar nuestras sospechas, y es que tanto cerca de la torre de la Lanzada, como de la de Santo Tomé, como de las d'Oeste, se ven cercanas las ruinas de templos consagrados á la Vírgen, y que no de otra manera las torres que hemos dicho haber existido orillas del Ródano, cerca de Marsella, veian levantarse á su lado el templo de Diana de Efeso, es decir, de la Astarté fenicia.

Si del origen semita de estos monumentos cabe dudar—escepcion hecha del de la torre Lobeira—no

sucede lo mismo con la de Hércules dé la Coruña, pues con solo saber que los griegos y romanos daban el nombre de columnas de Hércules á los faros fenicios, y que éste ni perdió su primitivo destino, ni olvidó el nombre impuesto por hellenos y latinos, bastaria para comprender que no en vano le hemos asignado siempre aquel origen. En efecto, la Coruña, que está unida á los recuerdos irlandeses, fue visitada, como ya hemos dicho, por los sidonios, y á estos se debió sin duda la ereccion del faro, cuya antigüedad se desprende del hecho de que las crónicas y los poemas irlandeses le suponen fundado por Breogan; de suerte que todo hace creer que á un caudillo semita ó un gefe celta á la devocion de aquellos mercaderes, lo erigió sobre las ásperas rocas en donde se estrella el mar impetuoso. Las *Tablas Eugubianas*, nos hablan de los fuegos que alli se encendian para alumbrar unos mares que visitaba la nave fenicia, y en verdad que solo el rumbo que llevaban las ciencias históricas en el siglo pasado y la especie de romanismo que aquejaba á nuestros escritores, pudo ser causa de que personas que, como Cornide, tan perfectamente conocian la historia de Galicia, atribuyesen origen romano á dicha torre. Nosotros creemos que si no se hubiese conservado á poca distancia la inscripcion del arquitecto Sevio Lupo, no habria tanto empeño por parte de algunos en creerla de fundacion romana: y sin embargo, dicha lápida, (1)

(1) En la coleccion de las lápidas romanas que daremos en los *Apéndices* de este tomo, se podrá ver el grabado que representa lo mas fielmente posible esta notable inscripcion.

fuente perenne del error que combatimos, pudo ser muy bien y tal creemos nosotros, una dedicacion á la roca, en que se halla esculpida. Solo asi se puede escapar á la censura que Laborde hacia á los coruñeses, en lo de llamar torre de Hércules, á una torre de Marte, que tal debian apellidarla atendiendo á la inscripcion votiva.

Es necesario confesar que Cornide saca una objeccion de gran peso, contra los que nos inclinamos á darle orígen fenicio, del silencio de los escritores romanos, máxime cuando estos no olvidaron ni la Torre de Augusto, ni las Aras Sestianas, de menor interés sin duda alguna que el faro altisimo que mereció confundirse en sus recuerdos con el de Alejandria. Bethan parece responder en cierto modo á esta objeccion cuando dice, que el consagrar á Marte los romanos este edificio es prueba de que ignoraban su orígen. Por nuestra parte creemos (1) que el silencio de los autores no es bastante para negar la existencia de la

(1) La torre de Hércules ha sufrido varias reformas, pudiendo decirse que la construccion primitiva se halla completamente desfigurada, pues falta lo que mas la caracterizaba, la gran escalera ó rampa que desde el suelo llegaba hasta la cima. Segun el Lic. Molina, que si no logró verla entera, pudo oir á los que pocos años atrás la habian arruinado, era, dicha escalera bastante ancha, tanto que podia subir hasta la cúspide, un carro de dos bueyes. Duda Cornide de esto, aunque asegura que no tendria menos de cuatro pies de ancho. El curioso puede ver la Memoria publicada por aquel ilustre coruñés, titulada *Investigaciones sobre la fundacion y fábrica de la torre llamada de Hercules*, etc., Madrid, 1792. A pesar de lo que en ella se lee, nosotros creemos que aquella torre debió haber sido hecha en cierto modo á la manera de las que levantaban los babilonios, tal parecen probar los muchos materiales que de ella se estrageron, no para las fortificaciones y empedrado de la Coruña, como era tradicion en tiempo de Cornide, si no para la fábrica del castillo de San Anton. Asi lo indica Boan, que

torre de Hércules antes de Trajano, pues nunca querrá decir mas sino que ignoraban que existiese: esto sin tener en cuenta que Strabon, Mela y Plinio escribieron sin haber visto á Galicia y en los primeros tiempos en que esta habia caido en poder de los romanos (1), quienes no podian conocerla sino de una manera incompleta. Lo que se desprende de aquel silencio, es que la Coruña no era entonces como en tiempo de los sidonios, el lugar á donde se venia á buscar el estaño gallego, y que, por lo mismo, su puerto era poco fre-

cuando visitó aquella ciudad no habian pasado cien años desde que la torre habia sido mutilada: que no se puede decir como quiere Cornide, que haya sido destruida cuando la Gran Hermandad, ya porque esta las arrasaba y la de la Coruña quedó en pié, ya porque aquella sublevacion popular se dirigió contra las torres señoriales, y la de Hércules pertenecia á la ciudad, que era realenga y que nada debió temer de la Hermandad. Toda la falta de Cornide viene de que, Molina que vivia en 1550, la dá ya por desmantelada, ignorando aquel docto escritor que el castillo de San Anton se empezó á construir en 1538, acabándose su fábrica en 1590. Segun memorias de aquellos tiempos, si se tardó tanto en hacer el castillo, fué porque la piedra venia en barcas, «siendo mucha de ella, de la alta y ancha escalera del castillo de Hércules, que aunque para este insigne edificio (el castillo de San Anton) fué bien empleada, estaba con ella hermoseada aquella torre y se miraba desde ella los navios que desde muy lejos se veian en la alta mar occéana.» Cornide no habla de buena fé cuando asegura que Molina ignoraba ya quien la habia derribado, cuando lo que aquel autor dice en prosa y verso, es que no tuvo consejo quien tal hizo. No dice otra cosa.

(1) Strabon vivió antes de Augusto, Mela, que era español, por los años 42 de Jesucristo y Plinio estuvo en España desde el 65 al 73 de nuestra era.

Por lo demas el mismo Verea y Aguiar, indica claramente, como y hasta donde debe entenderse el silencio de los geografos, cuando asegura que el cosmografo Istro Athtico, que se supone vivió en el siglo IV, formó su obra por las relaciones que habian dejado dos agrimensores publicos, despachado por el senado romano en tiempo de los cónsules J. César y Marco Antonio para hacer una completa descripcion del orbe. Véase ahora cuan imposible es asegurar que hasta Athtico, no se tuvo noticia del faro, puesto que bien pudo aquel autor hallarla ya mencionada en la descripcion de que se valió para la redaccion de su obra.

cuentado. El comercio del estaño inglés no se hacia ya por Galicia; ruta mas directa se habia hallado desde la Bretaña francesa: las naves gaditanas no necesitaban ir á las Sorlingas en busca de un mineral que nuestro pais daba en tanta abundancia, ni menos hacer escala en nuestros puertos para frecuentar la Irlanda y sostener el activo tráfico que indican las antigüedades semíticas que alli se conservan. Por lo demas podemos decir que no hay recuerdo de que las escuadras romanas mojasen despues de J. Cesar sus anclas en las aguas del puerto brigantino: asi se comprende con cuanta razon pregunta Verea y Aguiar, si puede creerse que los romanos con motivo de dos ó tres espediciones, para reducir á su dominio las Islas Británicas, hiciesen este magnífico faro, y que teniendo un tan corto trecho de mar entre aquellas y la Francia que tanto tiempo antes habian sometido, enviasen sus tropas desde Italia por mares y rumbos tan dilatados.

Se comprende que no teniendo los romanos motivo para levantar el faro de Hércules, no siendo grandes comerciantes, teniendo tantas vias para recorrer la península, y finalmente, siendo su tendencia, no fomentar las poblaciones marítimas, sino las del interior, á las cuales llevaron toda su actividad y poder, no fuesen ellos los que levantaron aquel insigne monumento, que bien merecia en verdad que el nombre del emperador á quien se llamó la yerba parietaria, se grabase al mismo tiempo que el del humilde arquitecto, que se supone dirigió la fábrica. En cambio, los fenicios eran grandes navegantes, habian construido otros

faros, dejaron vivos recuerdos de su paso en nuestro suelo, y necesitaban de todas veras una luz que los guiase, al dar la vuelta al tormentoso cabo de Ortegal, tan presente en su memoria, puesto que en las *Tablas Eugubianas* se habla al mismo tiempo que del faro de Breogan, de las tres montañas allí distantes. Queda todavia el último argumento que poner á los que del silencio de los escritores latinos deducen que este edificio no es anterior á Trajano, y es recordarles la gran rampa de que hemos hecho mencion. Esta y la carencia de escalera interior, que el mismo Cornide no niega, nos dan una construccion semita y ponen fuera de toda duda que á los fenicios se debe la torre ó faro de Hércules de la Coruña.

V.

Colonias griegas.

Entre las diversas gentes que se asegura vinieron á poblar á Galicia, cuentan casi todos nuestros historiadores á los griegos. Sonreíales esta gloria y les agradaba poder asignar á nuestro pueblo orígen tan ilustre; y en verdad que bien puede perdonárseles semejante error, á quienes nos daban por progenitores hombres que habian visto blanquear las cimas del Parnaso, al primer rayo trémulo y confuso de las auroras de un cielo inmortal. Recuerdos de aquellos versos en que la tan sencilla como sublime musa griega habia pintado la furia de Aquiles, la prudencia de Ulises, la fidelidad de Penélope, la sencilla ingenuidad de Nausicáa, nada tiene de estraño que los historiadores siguiesen las aventuradas aseveraciones de

Asclepiades, quien bajo el sereno cielo de España, creía hallar á cada paso cuanto puede recordar al ausente la patria adorada. Segun aquel autor, Diomedes fundó á Tuy y Teucro á Pontevedra, dando al propio tiempo vida á los helenes, cuyo nombre, si fuese verdadero, indicaria por sí solo el orígen de las gentes que poblaron aquel territorio. Mas, ¡con cuánta verdad pudo escribir el geógrafo Strabon, que los griegos no habian infestado menos á España de héroes fugitivos de Troya, que de héroes vencedores!

El error de Asclepiades puede sin embargo disculparse. Habiendo poblado la costa del Asia Menor diversas colonias griegas, en especial la iónica, á que perteneció Homero (1), que á cada paso rinde á su pueblo el culto de su amor, y siendo verdad, como con profundo sentido histórico aseguró Curtius, que en realidad el nombre fenicio encubria las espediciones de los ionios al Occidente, no debemos estrañar que hubiesen visitado las comarcas gallegas, y unido á los pueblos que adoptaban por nueva patria, los recuerdos del divino poema que habia nacido entre ellos y debia la inspiracion á lo mas puro de su sangre. Amaestrados por los frigios y los lydios, á quienes debieron las dulzuras de una civilizacion superior á la que poseian á su arribo á las playas asiáticas, bien

(1) Otfried Müller, en su escelente *Histoire de la litterature grecque*, traducida del aleman por Hilldebrand, Paris 1866, sigue la opinion que hace á Homero natural de Smirna. El ilustre escritor, cuya muerte prematura fué un dia de duelo para Alemania, asegura que los sentimientos nacionales y los recuerdos patrióticos que encierran las obras del gran poeta de la antiguedad, no pudieron ser dictados mas que por un corazon iónico.

pronto fueron rivales temibles para aquellas naciones. Aventajábanles en la alfareria y en la fundicion de bronces, industria harto semita; y como para probar una vez mas que la inspiracion y el arte crecen vigorosos en los pueblos ricos y potentes, la estatuaria, la arquitectura, la filosofia, la historia, la poesia, en fin, nacieron entre ellos, dispertando el genio de la Grecia, que tantas obras maestras debia producir para admiracion de la atónita posteridad. Con tales elementos ¿era posible que los ionios permaneciesen inactivos, y que, cuando mas, fuesen á Creta en busca del estaño que le proporcionase el tyrio su rival? Si los milesianos no hubiesen bebido profundamente, como escribe O. Muller, en compañia de sus vecinos del Asia Menor, en la copa del placer dulce y voluptuoso, si hubiesen sabido conservar en medio de la civilizacion y del movimiento que afluian de todas partes, la severidad moral y la virilidad de la antigua Hellade, Mileto hubiera sido lo que fué Atenas, la dueña de los pueblos.

La moderna ciencia histórica no ha logrado todavia disipar las nieblas que cubren los tiempos primitivos de la Grecia, su colonizacion en el Archipiélago y costa asiática y su íntima union con las naciones semitas que ocuparon la Palestina y la Fenicia. Los antiguos historiadores nada nos dicen respecto de estas cosas, mientras los monumentos, testigos irrecusables, historia á veces mas fidedigna que la escrita, vienen á probarnos que los griegos conocieron, en union de los fenicios, los pueblos de Italia y España. El hecho de esa union, que hizo de los griegos un pueblo mas ó

menos semitizado, es evidente; la posesion de las islas del Archipiélago y las contínuas relaciones comerciales entre unas y otras gentes, son asimismo una verdad indubitable. Ved, sino, á Cyniras, semita y rey de Chipre, regalando á Agamenon el poderoso escudo, gaje de amistad y alianza que debia serle fatal, y que prueba que la perfidia púnica era tambien dote del soberbio y desagradecido griego. Bien pronto Teucro, hijo de Telamon, ese mismo héroe á quien se supone fundador de Pontevedra, echa los cimientos de la Salamina chipriota, y casándose con la hija del desgraciado Cyniras, estrecha los vínculos que unieron desde entonces á los griegos y fenicios que habitaban la isla. ¿Fueron acaso algunos de sus próximos descendientes, los que viniendo en busca del estaño, no solo dieron en recuerdo de su patria el nombre de Arosa á aquella comarca de Galicia que asi se denomina, sino que, llamándose hijos de Teucro, fundaron algunas factorias en aquel pais, y dieron asi vida á la fábula griega? Si esto fuese cierto, pudiera creerse que el Diómedes de Tuy no es otro que el rhodio Dinomene, que en la época de la grandeza de Chipre y cuando sus hijos fundaban colonias, puso el pie en Sicilia, punto de escala del comercio oriental con los pueblos de occidente. Mas estos recuerdos, que bien podemos llamar legendarios, no los admite la historia. Siendo una verdad indubitable que las colonias fenicias no han tenido entre nosotros un verdadero carácter etnografico, con doble razon puede decirse lo mismo de las griegas.

Strabon, que conoció la obra de Asclepiades, fué

uno de los autores que mas contribuyeron á propagar, con el peso de su autoridad, la idea de una colonizacion hellenica en nuestro pais, tanto mas cuanto que aquel geógrafo llega hasta asegurar que muchos lusitanos (1) vivian á la usanza lacedemonia. El orígen de estos errores, mas que en la vanidad griega del buen gramático que les dió vida, estaba en la semejanza que ciertos nombres de localidad célticos, presentaban, con ligeras variaciones, con algunos otros griegos. Asi los *kraig*, *kraighes*, montañeses en céltico, se transformaron en *graios* ó *gravios*, griegos, (2) y los

(1) Ya hemos advertido en otra ocasion que el padre de los geógrafos incluyó siempre á Galicia dentro de la Lusitania. Por lo demas basta recordar que el mismo Strabon pone entre las costumbres comunes á gallegos, astures, cantabros y vascos, la que tenian los lusitanos de cenar sentados, que era lacedemonia, pero que la conocieron asimismo los primitivos romanos, y, lo que es mas significativo, los cretenses.

(2) *Kraig*, montaña escarpada y tambien rocas. No fué solo en Galicia en donde la semejanza de este nombre con el de graios ha dado lugar á la equivocacion que deploramos. Las diversas tribus galas que poblaron la Francia, tomaban el nombre, como advierte Thierry, de la naturaleza de su canton y de alguna particularidad de su vida, como pasó tambien en Galicia; asi pues las naciones, que ocupaban los valles de los Alpes, se dividian, segun las regiones, en *Penninos*, ó de los picos, *Craighes*, ó de las rocas, etc. Gracias á esto los Alpes occidentales se vieron convertidos en Alpes griegos, asi como nuestros celtas de las montañas cercanas á Tuy, en descendientes de los ætolios. Mommosen, en su *Histoire Romaine* trad. por Alexandre, Paris 1863, dice, tom. I, pág. 17, que halla entre los romanos una antigua palabra de orígen incierto, *Graius* ó *Graicus*, que servia para designar á los hellenos. Nosotros nos limitamos á recordar que Silio menciona en Italia un pueblo de *Gravios*, que lleva hoy el significativo nombre de Monte-alto.

El P. Florez que en su *España Sagrada*, tom. XXII, págs. 2 y 3, adopta la opinion griega y romana que hace griegos, á los de Tuy, opina que esta ciudad fué la capital de los Gravios y que recibió aquel nombre de *Tydeo*, padre de Diomedes, que segun dicen fundó dicha colonia. Si recordamos que el *Itinerario* de Antonino llamó á esta ciudad Tude (aunque Plinio escribe Tyde) que durante la edad

cilenos, en hellenos, para aquellos que, ignorando tal vez que sus antepasados habian tomado de los fenicios la mayor parte de su cultura, creian hallar á cada paso, en los pueblos que habian adoptado ciertos usos semitas, recuerdos de aquella pátria á quien acostumbraban á mirar como señora y maestra del mundo.

Para comprender hasta donde llegaba la mezcla y confusion de los griegos habitantes del Archipiélago y los semitas, basta recordar cual fué la primitiva poblacion de aquellas islas. Los chipriotas eran fenicios, y los rhodios, como hijos del Sol y de la mar, fenicios tambien, por mas que fuesen arrojados posteriormente por los pelasgos. Chio recibe en el siglo XIV, A. de J. C. colonias cretenses, es decir fenicias, y Creta, ocupada por aquellos semitas, fué el centro de su poder. Hay mas; los modernos trabajos históricos han probado que, asi como la religion griega contiene dogmas y culto semíticos, asi la omnipotencia de la civilizacion asiática, sobre todo en la Grecia meridional, se encuentra á cada paso, no solo en las nuevas formas de gobierno, sino hasta en el sistema monetario de pesas y medidas. Tan honda y legítima influencia tenia orígen en el ma-

media se denominaba Tuyd y que tal fué siempre con cortas variaciones su nombre, nos hallamos con otro error análogo al de los *Kraig* trasformados en *graios* griegos. En antiguo irlandés *túath*, *túad*, significa pueblo segun Pictet, obra cit. tom. II, pág. 391. En el kymrico *tût*, *tud*, y en el armoricano *tut*, *tud*, significa pueblo, gente. Atendido nuestro orígen céltico, ¿podrá dudarse un momento que el nombre de Tuy ó Tuyd significó desde un principio pueblo? Lo que no debemos pasar en silencio es que en la Umbria poblada por celtas y en donde hay una *Calátia*, se encuentra asimismo, segun Silio, cierta ciudad denominada *Tuder*, que es posible no tenga mas significado su nombre, que el de la ciudad gallega.

yor grado de cultura que alcanzaban los fenicios y en el poder y grandes riquezas que estos poseian, asi como en el contínuo trato é íntimas relaciones entre uno y otro pueblo. Por eso tuvo tanta parte en los altos destinos de la Grecia. ¿Cómo esta nacion habia de permanecer indiferente al comercio que tan pingües resultados daba á los fenicios? Era en verdad imposible; y los griegos asiáticos, mejor dicho, los ionios, siguieron bien pronto las huellas de aquellos mercaderes. Herodoto, Thucydides, Tito Livio, Aulo Gellio, etc. nos dicen con toda claridad que los phoceos de la Ionia, fueron los primeros griegos asiáticos que se atrevieron á emprender largas navegaciones, sin que falte por otra parte quien haga llegar un phoceo á la córte de un rey de Tarteso.

Era la Ionia un pais fértil, poblado en un principio por una raza enérgica. Si la posesion de un arte y una literatura, es signo evidente de la grandeza de un pueblo, los hombres que habian levantado en comun el Panionium, dedicado á Neptuno—divinidad que indica ya sus futuros destinos—alcanzaban un grado de civilizacion avanzada, cuando el divino Homero dejó oir sus cantos inmortales. La Ionia, aliada de la Assyria, tal vez en ódio á sus vecinos semitas, debió desde antiguos tiempos disputar al fenicio el imperio comercial de los mares occidentales. La rivalidad entre ambos pueblos se advierte á cada paso y no podia tener otro orígen que en los celos que Tyro sentia por Mileto, llegando hasta el estremo de que los fenicios apellidasen cobardes á los ionios, cuando los semitas no se distinguian mucho por

su valor. No es posible señalar la época en que los ionios dieron principio á sus espediciones comerciales; mas bien puede asegurarse que de la guerra de Troya data el amor de los griegos á las largas y lejanas espediciones. El vivo interés, que los habia unido contra aquella famosa ciudad, los dispersó despues de la victoria (1). Los viajes del prudente Ulysses, fueron hechos tambien por muchos otros héroes griegos de quienes no se acordó la musa de Homero. Aprendieron asi aquellos hombres á arrostrar los contratiempos de las grandes espediciones y conocieron nuevas y fértiles comarcas, mientras la envidia que les inspiraba el poder fenicio y la sangre semita que circulaba por las venas de aquellos aventureros, los arrastraba á practicar el comercio, fuente perenne de la riqueza de Sidon y Tyro.

(1) Siempre hemos sospechado que la destruccion de Troya no fué debida á las causas á que se atribuye generalmente, y que el robo de Elena no fué sino el pretesto. No se comprende de otra manera, dadas las costumbres de aquel tiempo, el resentimiento griego, por la afrenta hecha al rey de una de sus tríbus, el rencor que mostraron contra aquella ciudad los aventureros cantados por el divino Homero y la tenacidad y valor indómito de los troyanos en la guerra inmortal á la que los mismos dioses no pudieron permanecer estraños. Nosotros creemos, sobre todo comprendiendo el verdadero motivo y objeto de la espedicion de los argonautas, que un gran interés unido al espíritu de celos que les animaba, fué lo que les movió á la guerra contra la capital de la Frigia, entonces en todo el esplendor de su gloria y grandeza, y en el apogeo de su poder, puesto que lo tuvo para hacer frente durante tanto tiempo á las fuerzas de sus enemigos. Las disensiones entre los vencedores, en especial despues de la victoria, prueban el espíritu ambicioso que les dominaba: gracias á él pudieron los vencidos troyanos ver á los mas famosos héroes enemigos, heridos por la mano de los dioses, errar largamente por mares desconocidos, y ser igualados por la desgracia, vencidos y vencedores.

Hay mas; todo en aquellos lugares ofrecia el aspecto de un gran puerto y de una muchedumbre pronta á partir á la primera señal. En la costa asiática la multitud ionica se apiñaba á la orilla, Mileto era la ciudad rival de Tyro y á ambos lados del mar se oian unas mismas voces y entonaban iguales canciones. Cada dia la nave griega surcaba las ondas del sereno Archipielago y abordaba las floridas riberas de Chios, de Samos, de Lemnos y de todas aquellas otras islas que, semejantes á una numerosa escuadra, parecian dispuestas á dejar sus aguas y marchar hacia las lejanas y misteriosas regiones occidentales. La Providencia habia dispuesto las cosas del modo mas apropósito para que los hombres que habitaban aquellas comarcas sintiesen en su alma poderosos impulsos de lanzarse en busca de ignotos climas. Un sol ardiente, una naturaleza vigorosa, una raza jóven y enérgica cuya imaginacion se exaltaba con las relaciones de los aventureros semitas, una turbulencia contínua que arrojaba á cada momento fuera de la patria lo mas florido de su poblacion, eran sobradas causas para que, abandonando aquellas riberas, corriesen, en frágiles embarcaciones en pos de otros paises y de una tranquilidad que les negaba la patria ingrata ó inconstante. Italia, ese dulce refugio de la musa y del arte griego, las orillas todas del Mediterraneo alumbradas por un sol vivo y hermoso, les ofrecian, al par de cuanto pudiera recordarles la tierra natal, las ventajas de una naturaleza virgen y no esplotada todavia. Antes que ellos habian arribado ya los fenicios y señaládoles el camino que debian seguir en sus esploraciones.

No cabe duda,—ya se atienda á la tradicion, ya á los monumentos,—que España conoció colonias griegas mucho mas antes de lo que comunmente suele indicarse. Graslin y los que como él niegan esta verdad, ignoran que tanto Tarragona como Sagunto, presentan todavia á los ojos del viajero muros ciclopeos, (1) y que si estas reliquias de una antigua pero ya inteligente construccion, bastaron para dar como pobladores de Italia á los etruscos, no puede menos de estenderse esa poblacion á España y aun á Galicia, en donde, no solo pueden presumirse ciclopeos los cimientos de la torre de Lobeira, sino que, como hemos dicho ya, se ha hallado un hacha de forma y aleacion etrusca. Ademas, se conservaba en la antigüedad, la tradicion de una remota poblacion griega, puesto que, segun Justino, los gallegos se creian descendientes de los griegos. Por otra parte, no hay objeccion séria que oponer á las afirmaciones que se desprenden de la presencia en España de construcciones ciclopeas. Puede, es cierto, sospecharse como algunos autores lo han hecho ya, que el nombre de pelasgos es un error; pero esto mismo favorece mas aquella teoria, pues si tales construcciones se encuentran en el Asia menor, en la Grecia, en las islas del Archipielago, en Italia, en España, etc., ellas indican exactamente cuales han sido las colonias fundadas por aquel pueblo de gigantes, á quienes el célebre Dupuis proclamaba á principios de este siglo los civilizadores del mundo y en especial de Grecia, Italia y España. Todos sabemos que los fenicios construian con pie-

(1) Vid. Petit Radel, *Recherches sur les monuments cyclopéens.* Paris 1841.

dras cortadas en paralelogramo y dispuestas en hiladas regulares: por lo mismo, los monumentos cuyas grandes piedras tienen la forma de poligonos irregulares, deben adjudicarse á aquella tribu griega, por mas que no falte quien crea, como Rougemont, que los pelasgos no eran otra cosa que una rama semitica.

Mas de una vez hemos comparado las islas del archipielago y las colonias griegas del Asia, á un árbol que llevase dos frutas diversas á un tiempo, puesto que la rama ariana y la semitica, se hallaron bien pronto en íntimo contacto en aquellos lugares. En efecto, vense las islas del Archipielago, despobladas un tiempo, empezar á ser esplotadas por colonias fenicias, las cuales, en presencia del valeroso griego, ceden unas veces el territorio, otras lo ocupan en comun, y frecuentemente se quedan con factorias, que eran como puntos de escala, lugares de descanso en sus navegaciones á los pueblos occidentales. Al encontrarse ambas razas, sucedió lo que siempre en casos análogos, esto es, que los griegos, acostumbrados á los trabajos agricolas, se dedicaron al cultivo de los campos y dejaron á los fenicios en posesion de los mares. Mas las grandes fortunas que improvisa el comercio, el necesitar los fenicios de hombres de guerra con que poder rechazar en todo caso las agresiones de que podian ser victimas en los paises á donde llevaban sus mercancias, acostumbraron á los griegos á la navegacion y les impelieron al comercio de tal manera que antes que los ionios ocupasen las costas asiáticas, ya Minos rey de Creta era un rival temible para el mercader fenicio. Llevados, pues, en un principio

por los semitas y mas tarde navegando por cuenta propia, empezaron los griegos asiáticos á comerciar con las regiones europeas, mucho antes de lo que se recuerda en los libros de sus historiadores. ¿Qué indica el vellocino de oro, en busca del cual salieron los argonautas, mas que la riqueza fenicia que anhelaban para si los griegos?

Que hayan estos visitado las regiones mediterráneas de España, no puede dudarse: los nuevos ciclopeos de Tarragona y Sagunto lo proclaman, mientras Tito Livio asegura que esta última ciudad fué poblada por los isleños de Zacyntho (1). Es fácil que desde aquí se adelantasen á Cartagena y, doblando el Estrecho, se dirigiesen hácia Olissypo, que el buen Asclepiades se complació en poblar de recuerdos de la espedicion de Ulysses. Habiendo llegado hasta Cádiz, nada debe estrañarnos que el comercio del estaño los tragese hácia Galicia y las rias de Arosa y Muros, en donde no cabe duda que hicieron asiento. Sus descendientes se distinguen todavia, en medio de la poblacion semítica y céltica que los rodea, por la pureza de sus facciones, por lo cadencioso de la palabra y por un vivo sentimiento artístico, que parece les es congénito, y que pudiera tambien atribuirse á la union de las tribus célticas con

(1) Plinio escribe que el templo de Diana en Sagunto, contaba doscientos años de antigüedad, al tiempo de la destruccion de Troya. Los restos de una construccion ciclopea que se observan bajo un muro romano de Sagunto, segun escribe Petit Radel, prueban que sino una tan remota antigüedad como le dá Cornelio Bocchio, á quien siguió Plinio, tiene aquella colonia algunos siglos mas que la que le dán los que pretenden fué fundada por los phoceos de Marsella.

las semíticas. Hasta en sus mugeres, de noble porte y altiva hermosura, se encuentran aquellos rizados cabellos, que, valiéndonos de la comparacion griega, son semejantes á las violetas. Es verdad que no se puede decir que poseyesen verdaderas colonias, ni que, como los semitas, sus rivales afortunados, llenasen con sus factorías ambas orillas de la ria, á la cual dieron un nombre de su idioma, mas todo induce á creer que los herederos del poder fenicio, los ionios, cretenses y demas griegos insulares, arribaron á nuestras costas como hermanos y en compañia de los tyrios, separándose mas tarde como rivales. De todos ellos quedan recuerdos, que indican cuan profunda verdad encierra la aseveracion de Curtius, acerca de los ionios y sus espediciones: tal vez les debemos las hecatombes y la danza phirrica, tan querida de los frigios y demas griegos semitizados. Tal vez pudiera decirse que de ellos heredaron los gallegos la costumbre de consultar las entrañas de las víctimas para hacer sus predicciones. Lo cierto es que Rougemont, llega en vista de esto, á decir, que hoy todavia puede uno preguntarse, si algunas tribus acheas, hermanas de las tartesianas, habrán realmente llegado hasta el ángulo noroeste de la península, en donde se confundieron porcion de tribus pertenecientes á las mas diversas razas (1).

Habiendo acudido á los nombres de las localidades para probar en Galicia la presencia de los pueblos arianos, parece como que no debíamos olvidar aquellos otros que, cuando menos, se tienen por griegos, má-

(1) Rougemont. *Les Semites*, etc., pág. 283.

xime si se recuerda que eran estas las etimologias que mas se han estudiado hasta el presente. Y en efecto, asi como se hallan en nuestro pais nombres puramente semitas, asi tambien se encuentran otros, á que puede señalarse orígen griego, por mas que, perteneciendo este último idioma y el céltico á la rama ariana, pueda decirse que nada prueban. Por de pronto, el nombre de Hellenes fué ya bastante para que algunos eruditos, y entre ellos el P. Florez, asegurasen que los griegos habian poblado á Pontevedra y su comarca, por mas que pueda oponérseles el hecho elocuentísimo de que allí abunda como en el resto de Galicia el tipo céltico, y asegurar con alguna razon que la tribu de los hellenos, que Cornide coloca tambien en la comarca pontevedresa, no es otra que la de los cilenos, á cuya nacion pertenecian (1). La vanidad griega, que con solo cambiar dos letras, convirtió en hellenos á los celtas, contribuyó á estender el error, seguido por los romanos, que tal vez hallaron vivo en el pais gallego, el recuerdo de los establecimientos ionicos y cretenses. Es verdad que cile-

(1) Puede sospecharse que el nombre de Cilinos ó Cilenos, significaria acuáticos--lo cual se comprende perfectamente, por la posicion que ocupaba esta tribu,--ó tal vez comedores de anguilas. Pictet en sus *Origenes*, dice que en Europa solo las lenguas célticas tienen nombres particulares para la anguila, llamada en cornico *zilli* y en armoricano *silien*. Lo que debe notarse, pues es dato curioso, es que las monedas autónomas de esta tribu llevan grabado en su anverso un delfin. Todo el que sabe que estos animales abundan en la ria de Pontevedra, hasta el punto de que su corrida, forma una fiesta popular privativa de aquella ciudad, comprende cuan acertado andará el que negando la pretendida colonia hellénica, de la cuál segun los que tal pretenden era centro y cabeza la ciudad de los delfines, diga que los hellenos de Galicia no eran otros que los celtas de la tribu Cilina ó Cilena, en cuyas monedas se esculpia la imágen del animal que visitaba sus aguas.

nos y todo podian tenerse por griegos si se les consideraba como originarios de la frigia Celenia, en donde Hyanis, segun los mármoles de Paros, inventó la flauta; es verdad tambien que el Miño, que recorre caudoloso el pais de los graios, pudo traer su nombre de la Miniaya, (1) y que era fácil asimismo hacer venir el gratos ó gravios de Strabon del ionio Graïos, viznieto de Orestes; pero no debemos olvidar nunca—apesar de la notable coincidencia de que los recuerdos griegos se encuentren unidos á paises cercanos á aquellos en que los émulos de los fenicios hicieron su comercio—que los nombres de la mayor parte de las localidades de Galicia, que pueden presumirse hellenicos, se reproducen con una exactitud digna de notarse en los demas paises célticos, especialmente en Francia, en donde muchos de ellos se han modificado mas tarde de una misma manera en ambos paises (2) Aqui es cierto te-

(1) Es curioso ver como en Italia y en especial en Francia, alli donde hay derecho á suponer que habitaron tribus célticas, se reproducen los nombres de localidades de una manera digna de toda atencion. El poeta Rutilius, que nos ha dejado en su *Itinerario* los últimos verdaderos acentos de la musa latina, impregnados de aquella honda melancolia que sintió mas tarde Lord Byron, con quien se le ha comparado mas de una vez, Rutilius decimos, describiendo la costa de Italia, escribe estos dulcisimos versos:

Roscida puniceo fulsere crepuscula cœlo:
Pandimus obliquo lintea flexa sinu.
Paullisper fugimus litus *Minione* vadosum:
Suspecto trepidant ostia parva solo.
Inde *Graviscarum* fastigia rara videmus,
Quas premit æstivæ sæpe paludis odor;
Sed nemorosa viret densis vicinia lucis,
Pineaque extremis fluctuat umbra fretis.

(2) Nuestro Verea Aguiar, que en su *Historia de Galicia* admite la colonizacion griega, en la estension que le dán griegos y romanos, acude á los nombres de lugares para probar la verdad de sus asertos, aunque se equi-

nemos nombres de lugares que pueden decirse griegos, como el monte *Zóo*, cerca de Cuntis, el *Pindo*, cerca de Camariñas y otros mas como *Teo, Teis*, etc.: sin embargo, como nadie podrá decir que aquí como en Grecia no tienen un mismo comun origen ariano,—abstraccion hecha de que los romanos que tanto modificaron los nombres de nuestras tribus célticas, pudieron muy bien, para adaptarlos á su oido, y con la simple mutacion de algunas letras, tornar en griegos los que eran célticos, como sucedió con los gravios y hellenos—nada pueden por hoy significar en favor de la colonizacion griega en Galicia, de la cual ya hemos dicho que no ha tenido el carácter de un verdadero hecho etnográfico. Por lo demas, de la venida de los griegos á nuestro pais, no tenemos mas flaco indicio que el espresarlo asi los escritores griegos y romanos, quienes, dando erradamente como colonias hellénicas, tribus completamente célticas, quitan por completo toda autoridad á sus palabras. Si semejantes testos fuesen las únicas fuentes á que hubiese de acudirse para probar la presencia en Galicia de los hombres de aquella raza, desde luego podia perderse toda esperanza de conseguir

voca en dar á muchos de ellos origen griego, por ser probadamente célticos ó semíticos. Resende, citado por Verea, asegura que por curiosidad reunió hasta quinientos vocablos de origen griego. En nuestra provincia, añade el autor gallego, pudieran contarse mil: nombres idénticos con los griegos de ciudades, montes y rios se hallan en ella, y cita porcion de ellos que los presume tales, y añade: «Broa, nombre que se dá al pan de maiz, es palabra griega, que significa pan en general, ¿de donde les vino á los gallegos?» Del *bara* sanscrito, podia contestársele, de donde griegos y celtas, tomaron la palabra que en su respectivo idioma significaba pan. Asi, la mayor parte de sus etimologias griegas.

semejante intento. Mas quedan en favor de los que sospechaban que, ya los pelasgos, ya los diversos pueblos ionios, que compartieron primero y heredaron despues el poder y comercio fenicio, ocuparon tambien ciertas comarcas marítimas de Galicia, el hecho de observarse en ellas individuos de aquellas razas, el haberse encontrado restos de una construccion ciclopea, que por ser de las primitivas, indica lo pronto que aquí arribaron hombres de la familia pelásgica, y por último, aquella lápida dedicada al Hércules iónico hallada cerca de la Coruña y en litoral.

Pero hemos recordado á Hércules y parece como que esto mismo nos obliga á decir algunas palabras, acerca del semi-dios, á quien la fábula griega hace venir á España para derrotar á Geryon y robarle sus ganados. Se ha dicho ya que el Hércules que arribó á la península, fué el tyrio, es decir que el mercader fenicio y su divinidad nacional vinieron juntos, puesto que los pueblos de la antigüedad, no abandonaban la patria sin llevar consigo la deidad protectora y el fuego sagrado que debia continuar ardiendo, en otros climas, es cierto, pero en honor de la misma divinidad. Para muchos semejante fábula ha sido un gran dato con que probar la venida á España de las colonias griegas, y los que la niegan resueltamente, al menos en una mas remota antigüedad, como Graslin, se esfuerzan en esplicar el error de los que, abandonando, son sus palabras, el Epiro y los montes Ceraunicos, trasladaron el campo Erytreo y su triple Geryon á las playas del antiguo Tarteso. Tales distinciones son ya inútiles.

El mytho de Hércules está esplicado, sus diversos trabajos no son mas que reproduccion del eterno combate á que dió principio el vedico Indra, en cierto modo ilustre progenitor de todos aquellos dioses hellénicos que, significando la luz, renovaban cada uno y á su vez, las benéficas hazañas del héroe vencedor de Vritra. La lucha de Hércules con Geryon, no es mas que una variedad local de aquel mytho, que partiendo de las serenas márgenes del Indus se reproduce, en Grecia, en los encarnizados combates de Zeus y Thyphon, Apollo y la serpiente Phiton, Bellerophon y la Quimera (1).

El problema de las colonias griegas en Galicia, es uno de los mas difíciles de su historia y al cual no vemos todavia solucion posible. Vinieron los griegos mezclados y confundidos con los fenicios, en un principio al amparo del poder semita, mas tarde ocultos para nosotros bajo el nombre de aquellos mercaderes.

Esto es lo que sabemos, como tambien que de las pretendidas poblaciones de Teucro y demas héroes de la guerra de Troya no queda otra cosa, que la certidumbre de que los que siguieron á Asclepiades, fueron víctimas de aquel que creyó que los kraig, eran graios, los Cilenos, Hellenos, y que Tuid, recordaba una poblacion del hijo de Tydeo. Queda todavia una objeccion poderosa que oponer á nuestro argumento y es

(1) Estas conclusiones son hijas de los modernos trabajos de mitolologia comparada, que tanta luz está llamada á derramar en especial sobre la historia antigua, de los pueblos indo-europeos. El mytho de Hércules, ha sido perfectamente estudiado por Michel Bréal, á quien seguimos en su opúsculo titulado *Hercule et Cacus*, Paris 1863.

que Justino dijo espresamente, que los Galláicos pretendian venir de los griegos. Este es un doble error, que toca, principalmente, á la estension que se dió en un principio al nombre de aquella tribu que á menudo la vemos absorbiendo ella sola, los hechos y glorias del resto de las demas naciones célticas que ocuparon el hoy territorio gallego, sin que deba olvidarse nunca que dicha tribu estaba comprendida en el territorio de los graios, de Asclepiades. Lo que no puede negarse, es que los recuerdos de la poblacion griega en Galicia, radican principalmente en la ria de Arosa y comarcas vecinas, en donde el comercio tyrio tuvo su verdadero asiento. Que á su véz los griegos asiáticos ocupasen en compañia de los fenicios alguno de los citados territorios, no solo es creible, sino que tal es nuestra opinion. Añadamos, sin embargo, que estos griegos vinieron en época mas cercana,—tal vez del siglo IX al IV A. de J. C.—y que son por cierto diferentes, los que construyeron el muro ciclopeo de Villagarcia y los que abrieron la lápida que recuerda el culto del Hércules iónico en Galicia; los que fundieron el celt de aleacion etrusca, y los que nos dejaron como una eterna señal de su paso, los escasos pero vivos recuerdos etnográficos que no han podido borrarse todavia.

VI.

Colonias cartaginesas.

Entre las diversas colonias fundadas por los fenicios fuera de su pais, una sola estaba destinada á sobrevivir á la decadencia del verdadero poder semita, y ser como la última llamarada, la mas viva, es cierto, pero tambien la mas rápida y pasajera de todas.

Esta colonia fué Cartago.

Heredera de las pacíficas conquistas de los fenicios, —con tan noble perseverancia emprendidas y conservadas tantos siglos,—bien pronto sus naves hicieron el activo comercio que los hijos de Tyro habian sostenido hasta entonces. Donde quiera que se oía hablar la lengua púnica, alli el ciudadano de Cartago buscaba á su vez, como sus hermanos del Asia, aquellas riquezas para las cuales parecian haber nacido únicamente. El

sol de la Libya que encendia su sangre, el valor de aquella raza escogida que pobló la colonia africana, la fortuna y prosperidad de la desventurada ciudad cuyos orígenes contó Virgilio en versos inmortales, hizo de Cartago y de los cartagineses, los mas osados de los semitas, y tambien los mas crueles y ambiciosos de todos ellos; de tal manera, que entre los rhodios, foceos y demas griegos insulares, que heredaron el poder y el floreciente comercio de Tyro, Cartago supo llevarse la mayor y mejor parte. En Sicilia primero, mas tarde en las Baleares y España, aquellos mercaderes—animados ya de un espíritu de conquista desconocido de sus progenitores—fueron apoderándose de las ricas comarcas en que habian de encontrarse mas tarde con aquel valeroso rival que debia lograrlos vencidos. Abríanles fácil ruta los establecimientos fenicios, que reconocian en ellos á sus hermanos, y desde luego se aprovecharon los cartagineses de esta circunstancia, para hacer su comercio mas estenso, mas activo y de mas fáciles y pingües resultados.

Si por razones especiales amaban la Cerdeña y Sicilia, no desconocian ciertamente ni las riquezas de España, ni la facilidad con que las colonias semitas habian tomado tranquila posesion de las comarcas del litoral; comprendiéndose sin esfuerzo, dadas las costumbres tradicionales de su raza, que cuando en un principio vinieron á la península, siguieron el mismo sistema que sus antepasados, establecieron sus factorias, se entregaron al trabajo de las minas argentíferas y les fué asi hacedero allegar aquellas grandes ri-

quezas que, al decir de Diódoro Siculo, les pusieron en estado de poder pagar las tropas con que Cartago hizo las guerras de Sicilia, cuya pérdida les obligó á pensar en los nuevos y notables recursos que podian sacar todavia de España, á dominarla como conquistadores, en vez de ser huéspedes incómodos, hasta entre sus hermanos de las colonias fenicias aqui establecidas.

Sus principales colonias las fundaron, al decir de todos los historiadores, en Valencia y Murcia, ya porque su cercania á las Baleares y á la misma Cartago hacía estas playas doblemente interesantes para ellos, ya tal vez porque en un principio no eran bastante fuertes, ó no querian luchar abiertamente con los tyrios de Andalucia y demas semitas y griegos que moraban á lo largo de la costa española bañada por el Occéano. La decadencia de Tyro y la nueva prosperidad de Cartago, pusieron á cierto tiempo en poder de los cartagineses, no el comercio semita de España, pero si todo el poder y la influencia que este mismo poder engendraba. Asi, cuando los caudillos de aquella república necesitaban soldados con que abatir el orgullo de las colonias griegas de Sicilia y Cerdeña, de España llevaban la mayor y la mejor parte de ellos, y al esfuerzo y al valor de los iberos debieron mas de una victoria. La mas pura sangre española se derramó en Italia por el poder cartaginés bajo las banderas de los Hannibales (1).

(1) No recordaremos aqui los gloriosos hechos de Selinonte y de Himere, en que las tropas españolas penetraron las primeras por la brecha y decidieron la victoria á favor de los cartagineses en cuyas filas militaban:

Por estos tiempos, llegada Cartago á todo su apogeo, y rotos ya los poderosos lazos que unian las colonias semitas de España, á la metropoli, debieron estas ponerse bajo el amparo del poder cartaginés, que habia hecho de nuestra costa del Mediterráneo su principal asiento. Tal nos permite suponer, Gades, la ciudad tyria, que, atacada por vecinos indómitos y valerosos, solo debió su salvacion al auxilio de los cartagineses, que, como parientes, dice Justino, les socorrieron. El citado escritor añade, que esto mismo les dió motivo para estender sus conquistas, y aunque no dice hácia que parte, puede presumirse que fué hácia aquellos lugares, en que estos africanos habitaron con preferencia, y en los cuales, y para abatir la grandeza de Gades, fundaron la Nueva Cartago, centro y cabeza de sus colonias, como aquella lo era de las tyrias y ionias, establecidas en las costas de la Lusitania y Galicia, punto este último, en que puede decirse que no dominaron jamás los cartagineses, ni menos fundaron colonias, aunque sí estaban unidos á las que aqui estable-

bastará referir aquel hecho que recuerda Diódoro, para eterna afrenta de los generales africanos, y como una prueba de que siempre ha sido el valor, rasgo característico de la raza española. Sitiaban á Siracusa los cartagineses, cuando la peste penetró en sus reales é hizo tales estragos, que los gefes compraron por dinero su vida y la de los soldados de su nacion. El silencio de la noche ocultó á los mercenarios que combatian á su lado la indignidad de sus aliados, su huida y el peligro en que les dejaban. Cuando la luz del dia les permitió conocer lo desesperado de su situacion, faltóles la serenidad y apresuraron ellos mismos su propia ruina. Los sicilianos y demas naciones, no dando oidos mas que al temor, emprendieron precipitadamente la fuga, otros se rindieron. Solo los españoles, --que es propio del verdadero valor mostrarse en los momentos de mayor peligro,--formaron en escuadron, y con las armas en la mano pidieron una capitulacion, que no solo concedió el enemigo, sino que les alistó entre sus tropas estipendiarias.

cieron los demas semitas por los estrechos vínculos que naturalmente debian establecer la comunidad de los intereses y los lazos de la sangre. Hay, sin embargo, razones para sospechar, que en premio de sus servicios á las colonias tyrias de estas comarcas, y para tenerlas propicias, recibirian de ellas grandes donativos, y las hay tambien para creer que estos fueron cebo poderoso para que los cartagineses pensasen en estenderse hácia las tierras occidentales de España, y hacerse dueños de todos los puertos y factorias semitas, en ellas establecidas. Esto al menos induce á pensar la hábil política con que los establecimientos fenicios opusieron á las tendencias conquistadoras de Cartago, el valor de los pueblos célticos, á quienes bastaba para inflamar su ardor guerrero, decir que aquellos africanos venian en son de conquista, y que bien pronto, sino se apresuraban á defender su pátria, serian sus súbditos y esclavos. No necesitaban tanto los españoles de estas provincias, nacidos, como todos los de la península, para el combate, para lanzarse contra los invasores. Primero los turdetanos, los celtas del promontorio Cuneo, y los de los Algarbes, indicando esto mismo que Gades era quien los alentaba; despues los lusitanos, los vettones, y demas pueblos que vivían hácia el septentrion, que obedecieron sin duda al pensamineto que animaba aquella rica confederacion, de que era cabeza la Gades tyria.

Appiano Alejandrino, que nos dejó tan curiosas noticias acerca de los cartagineses y sus guerras, pudiera ser citado en apoyo de los que creyesen que aquellos africanos habian ocupado á Galicia y recordar con tal

motivo el pasage en que dicho historiador asegura que Hannibal conquistó desde el mar occidental al rio Ibero. Omision hecha del error que entraña esta aseveracion, pues se toma por conquista lo que fué alianza, ella nos indica con toda claridad que en estos paises occidentales, ó mejor aun, entre los pueblos semitas de Galicia y sus vecinos aliados, no habian dominado los cartagineses, hasta que Hannibal, con habilísima política, los unió á la suerte de Cartago, sacando de aquí aquella rica y valerosa juventud, tan vivamente descrita por Silio Itálico.

Su alejamiento de las costas gallegas se esplica perfectamente por el comercio que hicieron y comarcas que habitaron los diversos pueblos semitas que vinieron á España. Galicia fué donde primero los sidonios hicieron el principal asiento, probando asimismo la antigüedad del comercio del estaño gallego, que atrajo hácia esta comarca á Allophilos y Pheresianos; despues toda la costa que baña el mar desde Brigantium á Tarteso, ocupada en especial por los tyrios; últimamente los cartagineses que escogieron la costa del mediterráneo. Guiaban á los de Cartago otros pensamientos, les era agradable la proximidad á la costa africana, y cambiaron con facilidad el comercio del estaño y cobre por el de la plata de que tan ricas minas poseian, ya en España, ya en el propio territorio, acostumbrándolos á la esplotacion de los metales preciosos. Abandonaron, pues, el comercio del estaño, que habia traido á Galicia á los fenicios, y con este solo hecho nos dicen, que puesto que aquí nada tenian que buscar y que viniendo á

estas comarcas occidentales dejaban á sus espaldas á Gades, tantas veces su enemiga, y á multitud de pueblos hostiles á su dominacion, no debieron pensar nunca sériamente, mas que en ganar las voluntades de las colonias semitas de nuestro litoral, predisponerlas contra Gades y abrirse asi el camino de una lejana pero segura conquista. Algo de esto lograron realizar, cuando dueño Hannibal del mando, recorrió las provincias de España y atrajo suavemente hácia su partido á las tríbus occidentales. Semejante union, que se puede presumir tanto mas reciente, cuanto mas grandes eran las muestras de aprecio que Galicia daba á sus aliados, debió cimentarse en el viaje que, segun Appiano, hizo aquel célebre guerrero á estas tierras, cuando no hostiles, indiferentes al menos, á las victorias ó reveses de los de Cartago, á quien no conocian sino por las interesadas noticias de Gades. Esta ciudad, que se abrogaba el derecho de ser cabeza de las colonias semitas establecidas mas acá del Estrecho, debia ser asimismo para muchas de ellas una rival poderosa, para todas una tirana, puesto que, faltas ya del apoyo de Tyro, Gades les servia, al mismo tiempo que de nueva metropoli, de centro, en el cual se alimentaban todos sus intereses. Los cartagineses, que, durante la segunda guerra púnica, tuvieron mas de una ocasion para conocer la perfidia de los gaditanos, á quienes por su parte jamás habian amado, no dejarian de pintarles con vivos colores y con la elocuencia del poder, las tiranias de que serian objeto por parte de aquella ciudad, y las libertades que Cartago les ofrecia. Se comprende asi la fidelidad de

Galicia á aquellos conquistadores, y el que perseveren en estos paises algunas memorias, que pueden atribuirseles con toda seguridad. Entre ellas debe contarse aquella lápida latina, hallada en Lugo, en la cual Paterno, Quieto y Constancio pagan su voto á la diosa Celeste, divinidad puramente africana, la Venus cartaginesa (1), en la cual puede sospecharse que revivia el culto de la egipcia Isis, y de cuya adoracion no se halla, que sepamos, otra memoria en España.

Pudieran asimismo suponerse vestigios de la civilizacion cartaginesa, las monedas de suela de que hay tradicion fueron halladas en Betanzos. Nilson creyó hallarlas en Scania, en tumbas de la edad de bronce y parece que fue Cartago, la que preludió el papel moneda, como dice Rougemont, con la emision de monedas de piel (2). A pesar de que sabemos que aquella poderosa ciudad acuñó poca moneda, nos resistimos á creer que las halladas en Betanzos fuesen cartaginesas. Estos no la necesitaban ciertamente para llevar á cabo sus

(1) Publicó esta lápida, devolviéndole su verdadera leccion, el P. Risco, en el t.º XL de la *Esp. Sagr.*, página 21. Segun Montfaucon, *L' antiquité spliquée*, t.º IV, pág, 441, la Diosa Celeste era Urania, entendiendo por aquella diosa Venus ó la luna, ó tal vez la una y la otra. Cartago era llamada, segun S. Agustin, *Regnun veneris*, el reino de Venus. Se representaba á esta diosa en carro tirado por dos leones, con tímpano en la mano y corona en la cabeza. Risco, en el tomo citado, pág. 23, cree que esta fué una deidad cuyo culto introdugeron en Lugo, como en otras partes del imperio, los romanos. El docto continuador de la *España Sagrada*, dice, que no hay testimonio de que los cartagineses ó africanos pudiesen haber introducido en Lugo el culto de dicha deidad, mas esta no es razon digna de tenerse en cuenta, ya porque Lugo existia antes de los romanos, ya porque los cartagineses estuvieron, aunque poco tiempo, en Galicia, ya tambien porque el culto de la diosa Celeste no era otra cosa que la continuacion del de Isis.

(2) Vid. en el tomo I. de esta obra la nota 1.ª de la pág. 471.

transacciones mercantiles con las colonias españolas que les ofrecian en abundancia sus monedas autonomas. Su comercio no solo consistia en los tejidos y en las celebradas púrpuras, como algunos aseguran, sino que acaparando las riquezas argentiferas de España, debieron espender la plata en barra. Las monedas de cuero, fáciles de poner en circulacion en épocas ó muy patriarcales ó harto civilizadas, no podian correr en Galicia, que estaba bien lejos de uno y otro estado, y menos entre pueblos acostumbrados ya á mirar la moneda, no como un signo convencional al que se fija arbitrariamente un valor cualquiera, sino como un signo real y efectivo de un valor conocido. No negaremos en verdad, que las monedas de suela de Betanzos sean cartaginesas, pero si creemos que es mas prudente adjudicarlas, cuando menos, á los lejanos tiempos en que los allophilos vinieron á Galicia, quienes, como egipcios, podian conocer el uso de semejantes monedas, que seguramente fue comun á los pueblos semitas y no privativo de los cartagineses como algunos han creido.

Cartago no dominó en Galicia, Cartago no tuvo aquí establecimientos coloniales, Cartago, en fin, conoció á los gallegos y las colonias semitas de nuestras costas, cuando espiraba su poder, en medio de las incomparables grandezas de la segunda guerra púnica. Su influencia y poderío, su tardía é interesada amistad no sirvió á los gallegos y lusitanos mas que para atraer hácia estos paises, sobrado fieles á la desgracia de la ciudad africana, la ira, el encono y la venganza de las legiones de Roma. En cambio, les debemos que, con tal motivo

empiecen los historiadores latinos á ocuparse de las belicosas naciones que habitaban estas comarcas, y que al tiempo que las hacen aparecer en el mundo de la historia, sea de la manera gloriosa á que tenian derecho aquellas tribus gallegas que habian dado su generosa juventud para engrosar los ejércitos de Hannibal y perecer cubierta de gloria en los ardientes campos de Italia.

Que Cartago no dominó en Galicia, es una verdad que sospecharon muchos historiadores; mas no se puede negar que lo intentaba, puesto que hay noticias terminantes de que quiso antes de todo conocer estas tierras occidentales y saber el partido que podia sacar de su posesion. De su órden recorrió Himilcon nuestras marinas, dobló con su flota el cabo de Finisterre, y se alargó hacia el tormentoso Ortegal y costa asturiana y cantábrica. Este viaje se fija por los historiadores en el año 440 A. de J. C. (1) y por lo mismo indica que por

(1) El Periplo de Himilcon ha perecido, segun se sabe y escribe entre otros Heeren, *De la politique et du commerce des peuples de l' antiquité*, tomo IV, pág. 363. Sin embargo, Campomanes, dice en el prólogo de su *Antigüedad marítima de la república de Cartago*, que no habla de dicho Periplo, por cuanto gracias á la industria de un erudito, acaso verá la luz pública. No sabemos si esto sucedió, mas debemos decir que nuestro Florian de Ocampo, dejó en su *Crónica general de España*, un estracto del, algo mas completo que lo que tenemos por R. Festo Avieno, por mas que todo haga sospechar que llenó los vacios que se advierten en la célebre obra de aquel geógrafo, con las noticias que, acerca de estas naciones nos dejaron los griegos y latinos. Debemos advertir para gloria de nuestra nacion, que Campomanes, escribe en el citado prólogo, que Ocampo «fue el primero que entre los nuestros y aun de los estranjeros ilustró y disfrutó con conocimiento este monumento, (el Periplo de Himilcon), por mas que algunos, aprovechándose de sus noticias, suprimiesen su memoria.» Heeren en la obra y tomo citado, confirma las palabras de Campomanes, diciendo en la nota de la pág. 27, que cuanto se ha escrito mejor sobre Cartago, se debe á los autores

aquellos tiempos no conocian á Galicia los cartagineses, y que intentaban saber si podrian con alguna ventaja establecer aqui factorias á la manera que los demas pueblos semitas que habian arribado antes que ellos á nuestras costas. De su exámen debieron quedar harto satisfechos á juzgar por lo que el gefe cartaginés escribió en su Periplo. Pinta en él los mares de Galicia de una manera tal, refiere con tan cargados colores las dificultades de su navegacion, que mas se vé en él al hombre que escribe para desorientar á los estraños que pudieran aprovecharse de sus esploraciones, que no al que con generoso aliento, cuenta lo que vió y observó en su viaje, con la ingenua, sencilla espresion de la verdad. No sabemos si halló en nuestras costas colonias semitas, aunque naturalmente tal debió suceder, no sabemos tampoco si con ellas estrechó amistad alguna y echó los fundamentos de una futura alianza, mas si puede suponerse que las guerras de Sicilia y las enemistades con Gades, que era para los cartagineses la llave de estos mares, no les permitieron sino sobrado tarde y por tierra, llegar hasta estos estremos occidentales. Podemos sospechar tambien, dada la grandeza de Cartago y la necesidad que sentia de tropas mercenarias que reclutaba con preferencia en España, que el viaje de Himilcon tuvo tambien por objeto estrechar los lazos de

españoles. «Citaré, dice el docto escritor aleman, entre otras la obra muy recomendable de Campomanes, *Antigüedad*, etc.» Es consolador ver como los estranjeros hacen justicia al mérito de nuestros mas grandes hombres, entre nosotros olvidados, ó tal vez deprimidos por un ciego espíritu de partido.

Al Periplo de Himilcon, puede señalarse igual fecha que al de Hannon, pues ambos viajes se hicieron á un tiempo.

union entre Cartago y las colonias fenicias de Galicia, ofrecerles su apoyo y preparar el reclutamiento de estipendiarios, para las nuevas guerras que aquella república sostenia ó meditaba. Los de Gades, que dieron á Himilcon toda clase de indicaciones, respecto á las gentes y paises que venia á visitar, no debian ignorar el valor de los celtas aqui establecidos, sobre todo despues de aquellos tiempos en que algunas tribus nerias, abandonando su pais, se adelantaron hacia la Lusitania y se establecieron tranquilamente en ella.

Por el Periplo de Hannon, consta, que este llevaba en su flota treinta mil libyo-fenices, para fundar colonias allí donde le pareciese mas oportuno para los intereses de la república: mas de Himilcon, su hermano, no sabemos cosa parecida. No es fácil, sin embargo, que á un mismo y en una sola ocasion, quisiese desprenderse de un tan gran número de pobladores, ni que el ánimo del senado fuese esplorar las costas occidentales de España, para fundar allí nuevos establecimientos, pues no ignoraba seguramente que los poseian en aquellos lugares, sus hermanos los tyrios y que á ellos les convenia mejor ser dueños del Mediterráneo. Ni por un momento se puede creer que el trabajo de aquel navegante se redujese únicamente á averiguar que paises eran estos, que riquezas producian, que gentes le habitaban. Mas fácil seria quisiesen con tal motivo estrechar con las colonias fenicias de Galicia, los lazos comerciales que debian unirlos ya por aquellos tiempos, ó que deseosos de debilitar el poder de Gades, intentasen con hábil política, no solo apartarlos del amor y

confederacion con aquella poderosa ciudad, sino tambien atraerlos á la amistad de Cartago y echar asi los seguros cimientos de su dominio en estos paises.

Heeren, que tan perfectamente comprendió la índole y estension del poder cartaginés, escribe valiéndose de las noticias conservadas por Avieno y Scilax que conocieron el trabajo de Himilcon, que este debió ser naturalmente encargado de una mision idéntica á la de su hermano, y añade, que, segun indican aquellos escritores, los ciudadanos de Cartago poseian colonias mas allá de las columnas de Hércules (1). Sin embargo, no hay noticia alguna que permita pensar que las poseyesen, en Galicia, pues, como dice con entera verdad aquel escritor, nada prueba positivamente que hubiesen fundado establecimientos sobre la costa del Norte de España. Lo que si puede asegurarse visto el silencio de los autores, es, que si en alguna ocasion los cartagine-

(1) «Scilax, diciendo al principio de su Periplo que hay una multitud de colonias cartaginesas despues de las columnas de Hércules, sobre las costas de Europa, quiere sin duda hablar de las comarcas situadas mas allá de las columnas, pues añade que despues venian los pantanos y los bancos de arena: tal era ordinariamente la idea que se tenia de esta mar que se miraba como inaccesible, idea que no se puede aplicar al Mediterráneo.»

«Mas, ¿Cades y el pais colonial vecino de los fenicios, no pasa ya de las columnas de Hércules? ¿Cómo esta banda de terreno habia de quedar desconocida á los cartagineses y cómo no la ocuparian? En verdad que ignoramos los lugares en que se establecieron esas colonias y hasta donde se estendian, pero podemos afirmar que llegaban hasta el rio Anas (Guadiana) y hasta el Cabo Sagrado (Cabo de S. Vicente). Nada prueba positivamente que hayan fundado establecimientos sobre la costa Norte de España y la Gallia y sobre las islas de la Gran Bretaña, pero nosotros probaremos en el capítulo consagrado á su navegacion y comercio marítimo, que visitaron estas riberas, sobre todo las islas Sorlingas.--Heeren, *De la politique et du commerce des peuples de l' antiquité*, t. IV, pág. 110.»

ses lo lograron, debieran ser sus colonias de escasísima importancia: no queda de ellas recuerdo, y confundidas con las otras que existian de los demas pueblos semitas que aquí arribaron, puede decirse que se establecieron tarde y que desaparecieron pronto.

De lo que no puede dudarse es de que si Galicia combatió alguna vez contra Cartago, pronto se puso de su lado y le dió las mas grandes pruebas de fidelidad. La narracion de las guerras que precedieron en España á la segunda guerra púnica, lo demostró claramente. Nuestras ciudades semitas no eran como Gades, que miraba con receloso temor los aumentos de las poblaciones mediterráneas, á las cuales los cartagineses llevaban todo el movimiento de una vigorosa juventud. Al revés las colonias fenicias de nuestro pais, pues veian en los nuevos conquistadores hermanos de quien todo podian esperarlo, un medio de sacudir el yugo de Gades que los habia aniquilado yendo á las islas Británicas en busca del estaño,—como parece indicarlo Polybio— y ocasion oportuna de recobrar su antiguo esplendor y sus pasadas riquezas. Por desgracia, estas esperanzas eran ilusorias, y si los infortunios de Cartago, no las hubiesen puesto á merced de Roma, que estinguió nuestro comercio marítimo, no hubieran tenido á Gades por rival, es cierto, pero si á Cartagena; alejándose cada vez mas aquella prosperidad que ambicionaban á costa de los gaditanos, sin acordarse que cuando unos mismos intereses unen á los pueblos, el tratar de romperlos obedeciendo á un espíritu ambicioso, equivale á decretar la propia ruina.

VII.

Hamilcar.—Hasdrubal.—Hannibal.—Guerras de los cartagineses con los españoles.

Con breves palabras pinta Polybio la falsa política seguida en los negocios de la peninsula por cartagineses y romanos. Cuenta este escritor que cuando Hannibal sitiaba á Sagunto, los embajadores romanos le conjuraron en nombre de los dioses á que dejase en paz á los saguntinos, que estaban bajo el amparo de Roma y al abrigo de los tratados hechos con Hasdrubal. Hannibal les contestó entonces, que habiendo los romanos—con motivo de recientes disensiones en que se les habia tomado por árbitros—hecho perecer algunos de los primeros ciudadanos, él no abandonaria á las victimas de semejante injuria, porque los cartagineses—añadió—tienen por máxima defender á los oprimidos. Y de esta manera y con apariencias de una natural justicia, pre-

tendian romanos y cartagineses dominar á España, dandose el espectáculo de que mientras los Scipiones aseguraban aquí que venian á defendernos de la tirania cartaginesa, Hannibal en Italia, al dar libertad á los prisioneros que eran aliados de Roma, les decia que habia ido á aquel pais á librarles de la tirania romana. Rasgo comun á todos los conquistadores, pero que da una idea bien clara del espíritu que animaba á aquellos dos pueblos rivales, para quienes habia llegado el momento decisivo, en el cual, los hijos de la loba, ó los de la ardiente Libya, debian decidir en el campo de batalla, cual de ellos habia de perecer para siempre y cual dominar el universo.

Entregada Cartago á las disensiones civiles, hijas de aquel espíritu aristocrático á que debia su fundacion, los generales cartagineses no estaban seguros al otro dia de la victoria, de ser llamados ante el Senado y perder con el mando la honra y el sosiego. Asi le sucedió á Hamilcar, de la poderosa familia Barca, que acababa de dar en Sicilia grandes pruebas de valor, de talento militar y sobre todo, de rencor á los romanos, en quienes veía los mas crueles enemigos de su patria. Los ataques de que fue objeto (1)—que á tan grande hombre no debian faltar calumniadores, como dice Cornelio Ne-

(1) Entre los varios cargos que en el Senado se hicieron á Hamilcar, habia uno que tocaba á las costumbres, y es un rasgo que pinta las de Cartago en la época á que nos referimos. Parece que Hasdrubal, era un jóven de extraordinaria hermosura, y que Hamilcar le amaba con estremo, hasta el punto de vivir ambos bajo un mismo techo. Los enemigos de Hamilcar lograron que el magistrado encargado de velar por las costumbres, le prohibiese vivir con el jóven general; pero el Barca le dió su hija en matrimonio, y logró asi

pote—dieron un resultado contrario al que apetecian sus émulos, pues le afianzaron en el amor del pueblo cartaginés y señalaron como el único que podia en España, resarcir á Cartago de la reciente pérdida de Sicilia. Con tal propósito vino á la peninsula y desembarcando en Gades pasó mas allá del Occeano y dió principio á lo que los escritores griegos y romanos llaman conquista de España.

Los historiadores de Galicia aseguran, que Hamilcar llegó con su ejército hasta nuestro pais, pero Appiano que nos ha dejado juntamente con Diodoro y Polybio, curiosas noticias respecto de estas guerras (1), indica que los cartagineses no dominaron toda España y que esta parte occidental, jamás estuvo en su poder. Diodoro menciona rápidamente los pueblos con quien el cartaginés sostuvo durante nueve años una guerra contínua, y cita á los iberos (2) los tartesios y los celtas: los intereses de sus antiguas colonias le llamaban á

poder seguir en sociedad con Hasdrubal. Asi lo cuenta Cornelio Nepote, *Vita Hamilcaris*, en la cual parece disculparle de haber caido en aquel horrible vicio, que conoció mas tarde la Roma decrépita, que admiró á Antinóo. Por su parte Tito Livio, cuenta que cuando Hasdrubal, dueño del mando de España por muerte de su amigo, pidió al Senado cartaginés le mandasen á su lado á Hannibal, apenas salido de la pubertad, Hannon, enemigo encarnizado de los Barcas, se opuso á su deseo exclamando: «Sin duda Hasdrubal, por haber prostituido la flor de su juventud al padre de Hannibal, se cree con derecho á obtener este favor del hijo.»

(1) «Esta tierra-habla de España, tan rica y abundante de tantos bienes, se ingeniaron para ocuparla los cartagineses antes que los romanos, y ya se habian enseñoreado de una parte y la otra la saqueaban todos los dias con correrias, cuando los romanos vinieron y les tomaron de seguida todos los lugares que habian poseido; mas la otra tierra, en largo tiempo y con muchas fatigas, fué puesta bajo su imperio, etc.» App. Alexandrino, *Della guerre di Spagna*, trad. italiana de Ruscelli, Venetia 1575.

(2) Masdeu, quiere que estos ibe-

las costas del Mediterráneo; las esperanzas de dominar el resto del pais y mantenerle bajo el imperio de Cartago, le obligaban á pelear con los mal avenidos españoles que habitaban mas acá de las columnas.

Por desgracia, de tales guerras nada sabemos en particular: los historiadores romanos se limitan á consignar el nombre de los pueblos contra quienes peleó Hamilcar, nombrar sus principales gefes y referir sus derrotas: sin embargo, puede asegurarse que los paises en donde empezó la resistencia, fueron aquellos que se hallan situados en el ángulo sudoeste de la peninsula, pueblos que, si bien ligados algunos, como los celtas del Anas, al pais cuya historia escribimos, no caen bajo nuestro dominio. Primero los tartesios y los celtas del Cuneo y del Anas, despues los vettones y lusitanos, hé aqui los enemigos poderosos que suscitaron á Cartago los celos de Gades, que veía con temor los adelantos de Hamilcar. Los celtas estaban al mando de Istolacio, que perdió la vida en la refriega, los vettones y lusitanos bajo la direccion de Indortes, que se presentó con un ejército de cincuenta mil hombres á cortar el paso al vencedor. Debe presumirse que en esta ocasion los gallegos ó cuando menos los gallegos bracarenses, pelearon contra los cartagineses, en aquella infeliz jornada en que el valor indómito, no pudo suplir á la desgracia y falta de disciplina. Prisionero como la mayor parte de su ejérci-

ros sean un pueblo de la Bética que debia su nombre al rio Ibero, hoy Rio Tinto, diverso del Ibero de Aragon. La opinion de aquel historiador nos parece muy verosimil, atendidas las circunstancias de la guerra, y las riquezas metalíferas de aquella region esplotada tanto tiempo hacía por los semitas.

to, Indortes, esperimenta los efectos de la crueldad con que Hamilcar manchó la victoria, y aquel desdichado lusitano pierde la vida en una cruz, despues de haber esperimentado las mas crueles torturas, como si se quisiera asi aterrar á los demas caudillos que pudiesen seguir su ejemplo. Despues, dice Polybio, arrastró muchas ciudades á su partido por la persuasion y redujo otras por las armas, hasta que derrotado en una batalla perdió la vida en la refriega, (1)—en donde como escribe aquel historiador—tenia que habérselas con enemigos valientes y numerosos.

Huérfano el ejército cartaginés de tan gran caudillo, prosigue en sus conquistas bajo el mando de Hasdrubal, á quien sus poderosos enemigos de Cartago no pudieron arrebatar el mando. Su primera atencion fué la de castigar á los que habian vencido á Hamilcar, tanto que al frente de numerosas tropas se dirigió contra ellos, los venció y condenó á muerte. Pertenecian estos sin duda alguna, á las tribus vecinas y aliadas de los turdetanos; por eso aquel cartaginés despues de tomarles doce villas y apoderarse de todas las de la Iberia (2), se casa con la hija del rey de esta comarca, y los iberos le aclaman su general. Despues, con mas hábil política que su antecesor, busca la amistad de las tribus

(1) Acerca de la muerte de Hamilcar hay diversas opiniones: Diodoro asegura que murió en la huida al pasar un rio; pero Polybio, Appiano, y Silio Itálico, dicen, que pereció en la refriega.

(2) Asi lo escribe Diodoro, probando la razon con que Masdeu colocó la comarca ibérica, con la cual pelearon los cartagineses, en la Bética. Solo se esplica asi que diga Diodoro que tomó todas las ciudades de la Iberia, y que se casó Hasdrubal con la hija del rey de dicha comarca. La guerra de Hamilcar,

guerreras que poblaban estas regiones occidentales, y echa los cimientos de aquella noble y estrecha alianza en que hallaron los romanos el mas poderoso antemural á sus conquistas, y los cartagineses los mas fieles y decididos aliados. Pudo asi, y gracias á la paz de que gozó durante los ocho años de su gobierno, asegurar el poder de Cartago en España, y, con la fundacion de *Carthago nova*, castigar de la manera mas cruel á la opulenta Gades, arrebatándole el poder comercial que estaba ejerciendo hacía algunos siglos. Su tendencia fué á establecer las mas amistosas relaciones con los gefes indígenas (1); asi podemos asegurar sin riesgo, que de estos tiempos data la amistad de los pueblos gallegos con Cartago, que hacian mas estrecha y duradera los intereses de las colonias fenicias establecidas en nuestras costas, las cuales verian con alegria la naciente prosperidad de la ciudad fundada por Hasdrubal, y la decadencia de Gades, hasta entonces dueña y señora del comercio semita en España.

Tal era la política que cuadraba á los cartagineses, si habian de establecerse sólidamente en la Península.

Acusóse siempre á los de Cartago de ávidos de riquezas, y en verdad que nunca, como en tales momentos, dió aquella ciudad una prueba tan elocuente de la codicia que la minaba. Es cierto que no faltaba entonces quien á impulsos de un dulce amor á la pa-

no se puede en sana crítica llevar de estos lugares y los vecinos, ni menos trasladar á otros paises las ciudades que se mencionan en esta guerra, cayendo de su propio peso la enmienda que suponen algunos debe hacerse en el testo de C. Nepote, en lo que se refiere á los vettones.

(1) Polybio, lib. II, cap. 36.

tria desease la humillacion de Roma; pero ni los indignos magistrados vendidos al oro que Hamilcar enviaba de España, ni la degradada nobleza, que en odio á los Barcas y á la fraccion popular que sostenia la guerra, hacia causa comun con el enemigo, se mostraron á la altura en que las hazañas de Hannibal, habian colocado á los cartagineses, en cuyas manos ponia tan grande hombre el imperio del mundo. Cuando los pueblos llegan á un estado tal de corrupcion, ni los mas ínclitos capitanes, ni los mas supremos esfuerzos, son capaces de salvar lo que de antemano está condenado á la muerte: ellos son los que producen aquellos hombres, de quienes dice Tácito; nacidos para la servidumbre.

Con las riquezas de España sostuvo Hamilcar á su partido, apaciguó algunas conciencias y acalló las voces de sus enemigos. Hasdrubal, dueño del ejército y del gobierno de España, siguió igual conducta y, gracias á una activa é inteligente administracion (1), pudo elevar las colonias cartaginesas, y en especial á *Carthago nova*, á un grado de riqueza y esplendor tal, como ninguna otra ciudad alcanzó en mas breve tiempo. Con aquella notable prudencia y reserva propia de los hombres de su raza, que no desconoció un poeta latino (2), supo echar los verdaderos cimientos del poder carta-

(1) Polybio lib. II cap. 13.

(2) En el prólogo de la hermosa comedia de Plauto, titulada *Phœnulus*, que es como sabemos atribuido á Prisciano, se leen estos dos versos que pintan el carácter cartaginés.

Et is omneis linguas scit; disimulat sciens
Se scire: Pœnus plane est. Quid verbis opu'st?

El sabe todas las lenguas, pero disímula su saber; es un verdadero cartaginés ¿no es decir bastante?

ginés en España. Fomentar sus colonias, estrechar los lazos de amistad que debian unir mas tarde á Cartago y los pueblos que habitaban la península, esplotar aquellas fabulosas minas de plata que tanto encendieron la ingénita codicia cartaginesa, hé aquí los pensamientos que le agitaban y el objeto á que consagró todos sus esfuerzos. Cuando vió que los halagos no eran suficientes para domar los feroces pueblos con quienes negociaba, pretendió en vano aterrarlos con la crueldad de sus castigos. Tago, caudillo que hubo de mostrar, sin duda, un ánimo entero y rebelde á las exigencias de Cartago, fué crucificado de órden de Hasdrubal, que hizo pasear burlescamente su cadáver por los pueblos consternados y se negó á darle sepultura: agravio harto sensible al corazon de aquellos guerreros, cruel impiedad que no tardó en vengar un celta servidor de aquel gefe infortunado (1).

Este suceso puso al fin el ejército en manos de aquel quē fué uno de los primeros guerreros de la antigüedad, y, durante algunos años, azote y terror de Roma. Hannibal, basta decir su nombre, recogió la preciada herencia que su padre y cuñado le legaban, y jamás hombre alguno, se mostró mas pronto, tan digno del puesto á que le llamaba la suerte y los destinos de su pueblo. Criado en el campo de batalla, amamantado

(3) Tito Livio cuenta, que puesto á los mayores tormentos, el celta no solo no exhaló un quejido sino que se reia y burlaba de las crueldades de sus enemigos. Su desprecio á la vida y su entereza durante el largo martirio que sufrió, solo se puede comparar con el furor de los cartagineses y lo bárbaro de su castigo. Puede verse en Silio Italico este pasage, en el cual el poeta, se ajusta por completo á las noticias que nos ha dejado la historia.

en el odio á Roma, esperando siempre el ansiado momento en que las tropas de Cartago hollasen de nuevo la tierra italiana, apenas se vió al frente de aquel ejército, á costa de tantas fatigas y tan nobles esfuerzos conservado, cuando empezó á ocuparse de los medios mas seguros de llevar á cabo el pensamiento de toda su vida. España, á la cual le ligaban, ya los estrechos lazos de la sangre (1), ya el dulce amor que la tenia, ya, en fin, el pensamiento de que en ella el poder cartaginés se habia levantado de su postracion, y hallado los mas indómitos enemigos, es cierto, pero tambien los mas fieles aliados, España le ofrecia un asilo seguro, un pueblo donde reclutar facilmente aquella valerosa infanteria, que tanto conocian las colonias griegas de Sicilia. Erale, pues, necesario no dejar en ella, un pueblo rebelde, y si un pueblo amigo; por eso, con aquel tino propio de los grandes capitanes, supo grangearse el amor de sus soldados, inspirarles una confianza sin límites y hacerse amar de ellos, hasta el punto de que un historiador romano pudiese decir mas tarde, que jamás sus tropas se le habian sublevado. En su ardor juvenil habia decretado la guerra á Roma: pronto halló pretesto para franquear aquel Ebro que la soberbia latina habia dicho á Cartago que no lo traspasase. Tras de las ondas de este rio se hallaba una esten-

(1) Algunos escritores han considerado á Hannibal como español, y no sin fundamento, puesto que fue hijo de una señora española, y nació en el mar durante el viaje que hicieron sus padres desde la costa valenciana á Mallorca. A los nueve años vino á España con su padre, estuvo á su lado otros nueve años, y mas tarde y bajo el mando de Hasdrubal volvió á la Peninsula en donde se hallaba cuando la muerte de su cuñado puso en sus manos las riendas del poder.

sa y rica comarca, donde colonias griegas, hermanas de aquellas que en Sicilia fueran causa de la humillacion de Cartago, se asentaban ricas y poderosas; no se necesitaba en verdad tanto para escitar el natural impetuoso del jóven guerrero, y hollar los tratados con Roma.

En nuestro concepto todavia no se ha hecho notar el gran influjo que las ciudades griegas del Mediterráneo, tuvieron en las guerras punicas. Su rivalidad con Cartago, está bien manifiesta; las mismas ciudades fenicias que como Gades veian con secreto placer derrumbarse el poder africano, no se atrevieron á ponerse francamente al lado de Roma, si no cuando estos habian vencido: un secreto temor les indicaba que era ponerse al lado de su mas cruel adversario. Solo las colonias griegas lo hicieron, y Hannibal, por mas que diga otra cosa Polybio, al empezar sus hostilidades por Sagunto, hizo algo mas que dar comienzo á la guerra; castigó á un pueblo rival, deshizo una ciudad comercial poderosa y arrasó las viviendas de sus mayores enemigos. Ellos habian sido los que en Italia, Francia y España, suscitaron á Cartago un enemigo como Roma; en ellos halló esta ciudad sus mas fieles y útiles aliados, mientras la mayoria de los pueblos célticos que los odiaban, se unieron á Cartago. Las colonias griegas de España fueron las que abrieron las puertas de la pátria á los hombres del Lacio, mientras los celtas illergetes decian á los romanos--Id á buscar aliados en donde sea ignorada la suerte de Sagunto.--Una comunidad de intereses unia á todas aquellas colonias, para quienes el nombre de Grecia era el de su verdadera patria. Si un Scipion

desembarca su ejército en Marsella para detener á Hannibal que avanzaba hacia los Alpes, otro Scipion arriba con sus naves á la focea Emporias. (1) Veamos en la fidelidad de los pueblos del Occeano occidental á Cartago, una prueba mas de que en estos paises no se conocieron verdaderas colonias griegas, pues hubieran hecho causa comun con sus hermanos del Mediterráneo, y contrabalanceado el influjo de los semitas aqui establecidos; es seguro que no todas las tribus célticas que poblaban nuestro territorio, hubieran tomado enentonces las armas por Cartago.

¡Cosa bien digna de notarse! Fenicia y Cartago, verdaderos representantes del gran poder semita, que tuvieron la Europa antigua en sus manos, cayeron de su solio de mercaderes, al impulso de dos naciones arianas, pequeñas de territorio y escasas de riquezas, pero ricas de esa noble virilidad que engendra en los pueblos el ejercicio de las virtudes civicas y una mediania tan distante de la pobreza á quien todos corrompen, como de la opulencia que todo lo pervierte. Grecia des-

(1) Las colonias griegas, eran, por su soberbia, odiadas de sus vecinos. Concretándonos á España, debemos recordar que Hannibal atacó á Sagunto despues de oir las quejas de los turboletas, que solo sabemos que eran fingidas, por lo que nos dicen los escritores romanos, pero que debemos creerlas reales, por lo que el mismo Tito Livio cuenta que pasaba en Emporias. Estaba esta ciudad compuesta de dos poblaciones separadas por un muro; en una vivia la colonia griega, en la otra los españoles. Este escritor nos cuenta con una minuciosidad que debemos agradecerle, los cuidados y vigilancia con que los griegos vivian para no ser presa de los españoles de la otra ciudad, con quienes hacian el comercio. Los foceos de Emporias, á pesar de ser menos poderosos que los Masaliotas, *hicieron causa comun con los romanos y les fueron fieles*; asi lo dice T. Livio.

Esta parte de nuestra historia de España está todavia por escribir.

truye las murallas de Tyro y acaba con el poder semita de Asia; Roma aniquila á Cartago y deshace el poder semita en Africa, y con el termina aquel dominio comercial y político que durante tantos siglos y á traves de grandes vicisitudes, supo conservar en el mundo antiguo, aquella raza activa é ingeniosa.

No describiremos el sitio de Sagunto, ni cantaremos los heróicos hechos de aquellos habitantes: la musa de Silio los ha cantado con mas profundo sentido y verdad histórica de lo que se cree, si bien con estro apagado, como débil eco que era de la lira virgiliana. Hannibal, tras apretado cerco, doma el valor de sus habitantes, dignos por cierto de mejores aliados que los soberbios y presuntuosos romanos. El fuego devoró sus casas, la muerte estendió su imperio dentro de sus muros, y aquel que era, segun la espresion del poeta, hijo de las ondas tumultuosas, criado entre las fieras de la Libya, en un rasgo de rápida crueldad, que descubre en él la sangre africana, consuma aquella obra de destruccion. Perece Sagunto, pero deja tras sí el recuerdo de un valor igual á su desgracia, y de la infamia de aquellos que, lejos de correr en su ayuda, la abandonaron á sus propias fuerzas, ante un enemigo poderoso, que no podia menos de vencer. Delante de aquellos muros que Hannibal dejó en pié, fué donde, segun Silio (1), recibió nuestro guerrero el gran

(1) Silio Italico escribió en un tiempo en que empezaba la decadencia del arte latino; pero su obra debe ser consultada y tenida como una verdadera, aunque perifraseada historia, de las guerras que describe y cuanto á ellas se refiere, puesto que en dias como los que alcanzaba y en poemas como el suyo en que se ve al erudito tanto como al poeta, se perdonan menos los defectos

escudo que las naciones occidentales le enviaban, hecho de metal gallego, y por manos gallegas trabajado (1). Gaje de una amistad sincera, lo consideró el general cartaginés como una prueba de lo mucho que podia esperar de aquellos pueblos valerosos, que, orillas del Atlántico, conservaban con las antiguas costumbres, el valor primitivo de la raza céltica y la fidelidad sin mancha á las alianzas contraidas.

Cuenta el poeta latino que describió estas guerras, que, apenas rendida Sagunto, el vencedor voló hácia los pueblos situados á la estremidad de la tierra, y que desde allí pasó á Gades, á consultar los oráculos (2). En este pasaje, se vé claramente la alusion á los pueblos de la actual Galicia, desde donde partió para Gades, seguro de que dejaba tras de sí un pueblo valeroso, entregado por completo á la voluntad de Cartago. Es de

de la inspiracion, que las faltas históricas. Silio debió de haber disfrutado grandes y minuciosas noticias, pues algunos de los pasages de su poema y que mas podian crerse inventados, constan por Tito Livio. Nosotros no vacilamos en seguirle, en cuanto se refiere á Galicia, pues no cabe duda que poseyó grandes datos respecto de unas guerras, acerca de las cuales se perdieron los mejores trabajos. Diodoro, de quien nos faltan los libros en que se ocupaba de ellas, nos dice que un Sosilus de Ilium escribió la vida de Hannibal en siete libros; su pérdida, lo mismo que la de otros trabajos análogos es irreparable para la historia.

(1) Respecto del escudo y armadura de Hannibal, en cuya descripcion se ve al poeta inspirado por los versos de Virgilio, puede decirse tambien que hay un fondo de verdad grande, esto es, que los pueblos occidentales regalaron á aquel capitan el escudo y armadura de que se hace mencion hartas veces en el curso del poema. Recordaremos á propósito de esto, que, segun Tito Livio, en la derrota que Martius hizo esperimentar á los cartagineses, se halló entre los despojos, un escudo de plata en el cual se veia el retrato de Hasdrubal de la familia de los Barcas. Este escudo añade el historiador romano, se llamó el escudo de Martius y se conservó hasta el incendio del templo de Júpiter Capitolino, en que se quemó.

(2) Asi lo asegura tambien Ap. Alexandrino.

presumir que tan dulce amistad, jamas quebrantada, la debia aquella república á la influencia de las colonias tyrias, que todavia existian en Galicia, y le deberia asimismo, la muchedumbre de valerosos combatientes que, segun escribe Silio, marchó á formar parte del ejército de Hannibal. Iba la hábil y valerosa juventud gallega al mando de Viriatho (1), su gefe, y el poeta que nos describe con vivos rasgos sus belicosas costumbres, mencionándolos en segundo lugar entre los diversos contingentes que España envió con Hannibal á combatir en Italia, añade que la juventud etoliana de Tyde (2) marchó tambien á pelear al lado de sus hermanos.

Polybio nos ha dejado, tomado, segun él dice, de la lámina de metal que el mismo Hannibal mandó abrir en *Licinium*, el número y nacion de las tropas que dejó en España y de las que mandó á Cartago, y entre ellas no se hace mencion de mas pueblos españoles que los Thersitas, los Matianos, los Olcades, y los Iberos montañeses que envió á Africa; tríbus todas, cuya reciente sumision no le inspiraba gran confianza. Por desgracia, aquel capitan no escribió asimismo el nombre de las naciones españolas que llevaba consigo, aunque es

(1) Ignoramos si este nombre era el verdadero, ó si el poeta, recordando el de otro guerrero que mas tarde, segun el mismo dice, se hizo célebre contra los romanos, le nombró asi para pintar con una sola pincelada el valor de estos soldados y asimismo el de su gefe. Si esto fuera cierto, no dejaria de ser una objecion, que podrian oponer los gallegos á los actuales portugueses, para probarles que aquel célebre guerrero era natural de Galicia y no de Lusitania.

(2) Ya hemos dicho en el capitulo correspondiente, que, á pesar del origen que Silio señala á los tudenses, estos no eran griegos ni descendientes del hijo de Tydeo, sino tribus célticas, venidas á Galicia al mismo tiempo que las demas que poblaban nuestro territorio.

de suponer que la mayor fuerza seria tomada de la Celtiberia, y de las regiones todas que baña el Occéano. Consta, si, que despues de haber Hannibal franqueado los Alpes y acampado su ejército en las llanuras cisalpinas, su ejército se componia de doce mil africanos y ocho mil españoles (1), que en todas partes dieron muestras de ser tan bravos en la pelea, como sufridores de fatigas en las penosas marchas, que, á través de los pantanos, tuvieron que hacer, para penetrar en la Etruria.

La historia, dice Mommsen hablando de Hannibal, con un seguro tacto y el recuerdo de las grandes cosas, ha puesto en primera linea, entre sus admiraciones, el pasaje de los Alpes: en efecto, el general que logra despues de una larga, dificil y penosa marcha, en que no brilla menos el sufrimiento y alegre resignacion del soldado, que la habilidad y prudencia del gefe, merece sobradamente el elogio y la admiracion de los hombres. En esta espedicion, que tanto honra á España, ya porque parte de las tropas habian nacido en la península, ya porque el mismo Hannibal sentia en sus venas hervir la sangre española, iban, como hemos visto, los hijos de Galicia, y por lo mismo, en esta ocasion, como en otras análogas, cabe á nuestro pais parte de tan gloriosa empresa. Con entera confianza puede asegurarse, que la juventud de estas regiones occidentales iba en mayoria en el ejército de Cartago, y sospechar que algunas de aquellas espadas de bronce halladas en Cannas, semejantes, segun Wilde (2),

(1) Polybio, lib. III, cap. 46.

(2) Rougemont cree, que las espadas de bronce halladas en Cannas, pertenecieron á los soldados africanos.

á las que se encuentran en los antiguos túmulos de las Islas Británicas, habian caido de las manos de aquellos hombres que, por habitar en paises en que los semitas habian hecho largo asiento, no cambiaron tan pron-

Abstraccion hecha del texto de Polybio, siquiera se modifique por las palabras de Tito Livio, somos de opinion de que dichas espadas eran de los soldados españoles, en especial de los gallegos. Para nosotros está fuera de duda, que el dia que se logre reunir una mediana coleccion de bronces de Galicia, se verá que los adornos, si no tan ricos, son parecidos á los que se advierten en los objetos de esta clase, hallados en los túmulos irlandeses. No ignoramos que aquí debió usarse la espada de acero, puesto que nuestro Bilbylis fué escelente para el temple de estas armas; mas debe tenerse en cuenta que las absolutas aserciones de los historiadores latinos. tienen que ser en su mayoria reducidas á sus justos límites. Tito Livio que al describir el contingente español y galo que entró en combate en la célebre batalla de Cannas, no olvida, siguiendo en esto, como en otras muchas cosas, á Polybio, señalar la diferencia que habia entre las espadas de unos y otros guerreros, no dice si eran de diferente metal. Se limita á decirnos que las de los galos eran largas y sin punta, y que los españoles, acostumbrados á herir con la punta, mejor que con el corte, las tenian cortas y puntiagudas. Esto es lo que dicen los autores latinos. En cuanto á si eran ó no de acero, bastará decir que entre Calatayud y Sigüenza, casualmente en pais celtibero, en que las espadas de acero eran tan celebradas, se hallaron en el siglo pasado,--y de ellas dá noticia el infante D. Gabriel, en su traduccion del Salustio--dos espadas de cobre, de tan admirable temple que el mismo traductor escribe; «*hoy* dia tienen un corte que no se pueden tomar en las manos sin riesgo de herirse». Decimos esto como una prueba de que si bien fue general entre los españoles el uso de las espadas de acero, en la misma Celtiberia, lo fueron las de cobre, que podemos creer contemporáneas y que por lo mismo nada de estraño tendria que en Galicia se usasen á un tiempo las de bronce y las de acero. Empuñaduras de espadas se han hallado en las cercanias de Vivero, que si se conservasen, pudieran decir algo en nuestro favor. Una fue hallada en un castro á orillas del mar: era de oro, preciosamente trabajada y segun persona que la tuvo en sus manos, sus dibujos eran de aquellos que los anticuarios ingleses, llaman *spiral ornement*, el cual segun Worsace, era el mas peculiar y tambien el mas primitivo de los diversos dibujos que suelen presentar los objetos de bronce. Otra espada con vaina y con el puño de oro, se halló en el Castelo á media legua de la villa; y en el estenso juncal de Porto Chao, se halló otro objeto de oro que, segun el trazo que se nos ha enviado, sospechamos fuese un brazalete. Todo esto ha desaparecido. No decimos mas; es inútil.

to sus espadas de bronce por las de acero. Ellos sufrieron y soportaron todas las penalidades de una tan admirable como larga campaña; asi les toca parte de la gloria alcanzada entonces al lado de aquel que en el mundo antiguo fué amado de sus soldados, como solo lo fué despues otro guerrero, cuya voz poderosa parece oirse todavia entre nosotros. La guerra de Italia, en que nuestros antepasados pelearon al mando de su gefe Viriatho, fué una de las mas grandes y notables que conoció la antiguedad. Allí un hombre de genio logra tener en suspenso sobre Roma el rayo de su cólera, y sostenerse solo en un pais enemigo y á gran distancia de una patria, en que la traicion minaba sordamente su fortuna. Dejémosle pelear y hacer inmortal su nombre, dejémosle mas grande todavia en su derrota, ser siempre el mayor y mas encarnizado enemigo del poder romano. De él puede decirse, lo que el gran poeta inglés osó escribir en su patria, que creía haber vencido al hombre cuyas rápidas victorias habian puesto los reyes á sus pies:—El poderoso capitan ha caido, pero no bajo vuestros golpes, vencedores de Waterloo!

Al marchar Hannibal para Italia, dejó encomendada la conservacion de España á su hermano Hasdrubal, uno de los tres leoncillos que, segun decia su padre Hamilcar, criaba contra Roma. Menos afortunado que su hermano, pero no menos valeroso y hábil guerrero, se mostró en todas ocasiones digno de que los historiadores latinos, que jamás pecaron de imparciales, le apellidasen uno de los mas grandes generales que tuvo Cartago. Polybió escribe, que fué digno de su padre,

y al contarnos la sangrienta tragedia en que pereció con la espada en la mano, aquel hombre infortunado, no olvida decirnos que soportó siempre con noble altivez las vicisitudes de la fortuna. Diodoro Siculo, no le escaseó las alabanzas y Titio Livio, que con rápida y vigorosa palabra describe aquella batalla en que los españoles occidentales sellaron su amor á Cartago, pereciendo todos vuelta la cara al enemigo, dice que en ella llegó Hasdrubal al colmo de su gloria. Desgraciadamente para él, en España tenia que combatir no solo con el ejército romano, sino tambien contra el rencor de las colonias griegas del Mediterráneo, que le suscitaban toda clase de enemigos, contra las asechanzas de otras tríbus españolas, nunca amigas de sus opresores, contra la traidora Gades, cuyo amor jamás lograron los cartagineses, y finalmente, con los obstáculos que la insensatez del partido aristocrático de Cartago le oponia á menudo, segun indica Polybio (1). A cada momento los emisarios de los Scipiones, lograban sublevar contra los cartagineses, los pueblos sobrado tornadizos de las orillas del Ebro, y adelantándose hácia el corazon de España, les buscaban enemigos allí donde ellos creian estar mas seguros.

Los primeros encuentros entre romanos y cartagineses fueron fatales á estos últimos, pues á la derrota material y á los inconvenientes que esta traia consigo, para la suerte de las armas de Cartago en Italia, se unia el terrible desprestigio, en que caian entre la muchedumbre de tríbus españolas que, habiendo esperimentado el

(1) Lib. XI, cap. 2.

rigor y desabrimiento púnico, anhelaban ver destruido su poder y aniquilado su ejército. Sin embargo, quedaba á Hasdrubal el amor y el apoyo de los pueblos occidentales, fieles á la alianza contraida, y á ellos acudió siempre en los momentos de mayor peligro. Animados de aquel espíritu hostil, que las colonias semitas de Galicia supieran infundir en los pueblos de estas comarcas, comprendiendo aquellas que la lucha tenia que ser desgraciada para ellos si vencia Roma, y con ella el partido de las colonias griegas, sus rivales, no cesaron de fomentar el movimiento de resistencia contra los romanos, ni se negaron jamás á auxiliar á Hasdrubal, en cuantas ocasiones se les presentaron.

La fortuna de las armas se habia por fin mostrado propicia á los cartagineses, y la muerte de los Scipiones, parecia como que les dejaba libre el paso de los Pirineos, cuando la imprevision y el descuido que nace de una imprudente seguridad, el talento y valor de Lucio Marcio y la desesperacion de los romanos, hicieron estériles las anteriores victorias. Mas un nuevo Scipion, aquel á quien estaba reservada la gloria de vencer al héroe de la antigüedad, sin ser digno de tanta fortuna, desembarca en España y sus primeros pasos son fatales para la política romana. Era este general hombre en quien la ambicion y la prudencia ocupaban el lugar del verdadero valor, sin que careciese del necesario para saber arriesgar la vida en aquellos trances, en que, flaqueando el soldado, se necesita un supremo esfuerzo para lograr la victoria y sacar incólume el honor de sus armas. Todos convienen en que el jóven Sci-

pion ocultaba, bajo las apariencias de una austera virtud, las malas pasiones que hervian en su corazon. Por nuestra parte creemos que abrigó la ambicion de Cesar, y que si no logró lo que este, fué porque todavia no habia llegado el instante en que Cesar era posible.

Habiendo obtenido el mando de las tropas de España, y hallándose al frente de ellas, su primer paso fue una falta.—Salgamos, exclamó, de los confines del Ebro, límites indignos de nuestro espíritu—y sin embargo esos límites eran los que tenia que guardar con mas teson, porque si Hasdrubal traspasando los Pirineos llevaba á Italia los refuerzos con tanto empeño solicitados por Hannibal, poco importaria á Roma, la victoria de Cartagena, ya que no la libraba de caer en manos de su mayor enemigo y ver consumada su ruina. Mas á Scipion le guiaban otros pensamientos y á ellos obedeció siempre, mientras tuvo el gobierno de España. No hay duda que á no ser por la obligacion en que estaba de guardar el paso del Ebro, la idea de atacar á Cartago en su plaza mas fuerte (1) era la única conveniente

(1) Polybio nos da á conocer la feliz situacion de Cartagena y cuan interesante era para los cartagineses, diciendo, lib. X cap. 8, que era esta ciudad la que mas recursos ofrecia al enemigo y la que mas dañaba á los romanos. Scipion, durante el tiempo pasado en los cuarteles de invierno, adquirió acerca de esta plaza las noticias necesarias para el objeto que se proponia. Se le dijo que Cartagena era la única de casi todas las ciudades de España, que tenia un puerto capaz de contener una flota y tropas maritimas, que era muy cómodo á los cartagineses para venir directamente de Africa, que los tesoros y los bagages de los ejércitos enemigos lo mismo que todos los rehenes de España, estaban guardados alli, en fin que era este el punto mas importante y que no habia en su ciudadela mas de mil soldados poco mas ó menos, no figurandose nadie que ningun general romano se atreviese á acercarse á dicha ciudad, cuando los cartagineses ocupaban casi toda España.

y el mayor golpe y el mas decisivo que los romanos podian dar en España, á no existir Hasdrubal y su ejército y á tener quien contuviese las iras del general africano cuando se acercase á socorrer la plaza. Semejante intento, hijo de una ciega irreflexiva confianza y cuyo éxito para ser favorable tenia que ser rápido y decisivo, fue coronado por la fortuna, es cierto, mas ¡en cuán poco estuvo que no se perdiese la jornada! Solo al descuido del enemigo (1) debió el entrar como conquistador en aquella ciudad desde cuyos muros era muy posible que se hubiese podido presenciar pocos dias despues, la muerte del tercer Scipion, y la completa derrota del ejército romano: que Scipion lo mismo que Pompeyo, todo lo debió al favor de aquella diosa á quien la antigüedad pintaba ciega, para que no se le pudiese acusar nunca, de que brindaba con sus beneficios á los mas viles de los hombres.

De todos modos la toma de Cartagena, por inesperada, rápida y trascendental, fue el mayor golpe que los romanos dieron al poder cartaginés en España, resonó como un eco poderoso en el corazon de todas

(2) Es cosa sabida que la toma de Cartagena, mas que al valor romano fue debida al descuido de los cartagineses, que olvidaron que cuando bajaba la marea era fácil asaltar la muralla por la parte de occidente, como asi se lo habian esplicado á Scipion los marinos griegos de Tarragona. A no ser esto, no hubieran podido los romanos tomar á Cartagena, defendida por mas de diez mil hombres, contra las esperanzas de Scipion que no contaba que hubiese mas de mil de guarnicion. Considerese un momento cual seria la suerte del ejército romano, si los cartagineses hubiesen puesto algun recaudo hacia la parte de la marina, y si defendiendose algunos dias, pudiese Hasdrubal Barca, socorrer la plaza, y batir á los romanos lejos de los lugares en donde tenian los amigos que habian podido grangearse desde que habian puesto los pies en España.

aquellas tribus mal avenidas con el yugo africano, fue un dia de felicidad para Roma, que á cada instante tenia que soportar con varonil aliento las derrotas de sus legiones y llevó á su agotado tesoro las riquezas que guardaba la primera y la mas rica de las colonias cartaginesas de España. Todavia la poca prevision de P. Cornelio Scipion, pudiera dar grandes resultados, si hubiese corrido en busca de Hasdrubal y vencidole, en vez de dar principio á un paseo militar por los pueblos españoles, como si esperase únicamente á que Cayo Lelio su íntimo amigo y consejero que habia ido á Roma á dar noticia al senado de la feliz jornada de Cartagena, tragese el anhelado mando por tiempo ilimitado; que á tal objeto se dirigian todos sus esfuerzos.

Conseguido su intento, movióse con las tropas sobre la Bética, en la cual acampaba parte del ejército de Cartago, y en donde la sangrienta victoria de Bécula, conseguida sobre las tropas de Hasdrubal Barca, coronó su triunfo, pero sin impedir que el vencido corriese hácia Galicia y alli reclutando, segun escribe Appiano, sus mejores soldados, (1) se hallase pronto en disposicion de marchar al encuentro de su hermano. Ni habia tenido valor para seguirle despues de la derrota de Bécula, ni logrado impedir como lo deseaba, que Magon y Hasdrubal Gisgon se uniesen á Hasdrubal en los Pirineos, y acordasen el plan de conducta

(1) He aqui sus palabras: «Ma Asdrubale de Amilcare il quale attendeva ancora á far gente *sul mare Occeano verso Tramontana*, era chiamatto dal fratello Amilcare etc.» Este es el testo mas claro que se puede aducir para probar que los soldados españoles con que pasó Hasdrubal los Pirineos y los Alpes, eran en su mayoria gallegos.

que habian de seguir á lo adelante. Livio (1) nos dejó con el recuerdo de esta junta, un dato precioso para juzgar de las disposiciones de los pueblos de España respecto de los cartagineses, pues de las palabras que atribuye á Hasdrubal Gisgon, sabemos que los habitantes de la costa del Occéano hasta Gades, no conociendo á los romanos, permanecian fieles. Mal esplicaba el de Cartago los motivos de la fidelidad de estos pueblos occidentales á las alianzas contraidas, porque ¿cómo no conocer á los romanos con quien estaban en guerra? Mas fuese la causa que quisiera, la que les hacia permanecer leales, es lo cierto que de aqui esperaban los cartagineses su salvacion, y que á estos pueblos venian en busca de sus mejores combatientes.

En el año 208 A. de J. C., Hasdrubal Barca, habiendo reforzado su ejército con honderos, baleares y gentes de la España occidental, franqueó los Pirineos, atravesó las Gallias, pasó los Alpes, y un nuevo ejército enemigo entró en Italia á combatir contra Roma. Su campaña fué breve y desgraciada, pero en ella brilló, como siempre, el valor español. El desgraciado sitio de Placencia, que tuvo al fin que abandonar, el aislamiento en que se hallaba, la ansiedad en que le tenian la falta de noticias de su hermano, el temor de que sus despachos hubiesen sido interceptados, llenaron su espíritu de tristeza. Un secreto presentimiento parecia anunciarle su muerte y la ruina del ejército. Como hábil general todo lo previó, y solo se arriesgó á la batalla viendo que no habia medio de rehuirla. Conoció

(1) T. Livio, lib. XXVII, cap. 20.

que su estrella se eclipsaba y que se acercaban momentos de verdadero peligro. Durante la noche en que durmieron su sueño descuidado tantos guerreros, que no debian ver ponerse el nuevo sol que nacia, Hasdrubal buscó en vano un medio de evitar el combate. Cuando el nuevo dia amaneció, cuando vió que no habia medio de pasar aquel Metauro de escarpadas orillas y que las tropas romanas se apresuraban á detenerle en su retirada, entonces fue cuando Hasdrubal, al frente de los antiguos soldados españoles, en quien tenia su confianza, empeñó la accion con el ala derecha de los romanos mandada por Livio. Es inútil recordar aqui las vicisitudes del combate, el noble ardor y entereza del general, el valor y la abnegacion de españoles y ligurios; en tan desgraciada ocasion, los guerreros españoles que, segun T. Livio, conocian la táctica romana, pelearon con denuedo, y pagaron con la vida el amor que tenian al infortunado africano que no queriendo sobrevivir á la derrota de su ejército, se arrojó en medio de una cohorte y murió, dice el historiador latino, combatiendo, como convenia á un hijo de Hamilcar y á un hermano de Hannibal. Asi pereció aquel ejército formado á costa de tantas fatigas, asi murieron hechos pedazos los soldados españoles, que por ser en su mayoria hijos de estas tierras occidentales, hemos hecho mencion de ellos y de su fin glorioso.

Dos años habian pasado apenas, cuando Cartago volvió á pedir á Galicia y al resto de la España ulterior, nuevos sacrificios y un mayor contingente de soldados. Hasdrubal Gisgon y Magon, logran reunir un ejército

de mas de cincuenta mil infantes y cuatro mil y quinientos caballos, y con él emprenden otra vez la guerra contra los romanos: no parece sino que los generales cartagineses habian adquirido en España aquella entera y noble tenacidad, aquella conformidad en los reveses, que forma la base del verdadero carácter español, y que hace mas grande al hombre en los dias de su desgracia que en los prósperos y bonancibles. Tan supremo esfuerzo no fue sin embargo bastante á levantar á Cartago y ponerla en el pie en que se hallaba en España á la llegada de las primeras cohortes romanas. Pronto las tropas de Scipion alcanzaron al nuevo ejército, con grandes trabajos reunido, pero deshecho en el primer encuentro, que no por sangriento dejó de ser fatal á las armas cartaginesas. Nada valieron alli ni la entereza de Hasdrubal y Magon, ni los prodigios de valor que los mismos historiadores latinos confiesan haber hecho los españoles; todo concluyó en aquel dia memorable, pues desde entonces ya no pensaron en otra cosa los generales africanos, que en buscar refugio en Gades, que se preparaba con una fe verdaderamente púnica, á pagar su deuda de ingratitud á Cartago.

Sin grandes enemigos que combatir y en apariencia dueño de España, comunicó Scipion al senado tan feliz nueva. El júbilo y la alegria fue grande en Roma, puesto que se creia vencedora de los cartagineses y dueña de España á cuyos habitantes no conocian tanto como les era necesario. Los nuevos procónsules vinieron llenos de soberbia, con mas hábitos de soldados que de gober-

nadores, con mas dureza que prudencia: asi fue que la intratable aspereza romana, que tan mal correspondia con las primeras muestras de dulzura y mansedumbre empleadas por los Scipiones, dió pronto sus frutos. No se necesitaba tanto para que comprendiese España, que Roma los trataba ya, no como aliados, sino como vencidos, que aquella república queria suceder en el poderio de la nacion á los cartagineses, y que era necesario oponer á los nuevos señores una continua y completa resistencia.

Los que dieron el ejemplo fueron los mismos Indibil y Mandonio, á cuyo valor debieran mas de una vez los romanos el triunfo: ellos fueron los que, vencidos de las apariencias de mansedumbre de Scipion, se le unieron los primeros, y fueron tambien los primeros que quisieron borrar su falta. No contaban, es cierto, con mas que su valor; pero jamás las diversas tribus españolas, que sostuvieron la guerra contra Roma, fiaban en mas que en el propio esfuerzo. Asi fué fácil á los romanos irlas venciendo una á una y dominarlas, gracias á la falta de union y á las enemistades privadas que las tenian divididas, como escribe el mismo Tito Livio. La lucha entre aquellos dos jefes y los romanos fué breve, nada les valió su valor, nada la práctica en las cosas de la guerra; la estrella de Scipion brillaba entonces en todo su esplendor, y despues de una triste, aunque gloriosa derrota, se vieron obligados á recibir del hipócrita y astuto Scipion, un nuevo perdon y un beneficio nuevo. Bien conocia él que, á no mostrarse benigno, el fuego de la rebelion se estenderia poderoso,

que Cartago no estaba vencida y que los generales africanos podian venir á dar á las tropas españolas lo único que les faltaba para ser invencibles, esto es, la unidad. Por lo demas, no podian contar con su alianza, ni estar seguros de que las ciudades unidas á los cartagineses, por el estrecho vínculo de la fé jurada, no imitasen á la heróica Astapa, que dió en la Bética una prueba del nunca desmentido valor español, asi como Scipion y los romanos la dieron tambien de su desapiadada crueldad y de su avaricía mas que púnica. Hay mas todavia; en Gades, las reliquias del ejército cartaginés hacian imposible la posesion de aquella rica ciudad; todavia Massinisa, con sus ginetes númidas, recorria las campiñas de la Bética, y los pueblos de esta comarca y los celtas indomables del Cuneo y del Anas, y los que se estendian á lo largo de la costa de Galicia y la Cantabria, tenian en el propio valor y en las altas montañas en que vivian un escudo poderoso contra las legiones de Roma. Por eso el general romano acudió á otros medios que al de las armas, y la traicion de Massinisa, el poco apoyo que Magon hallaba en Cartago, al cual proponia renovar la guerra, el castigo que este tuvo que imponer á los de Gades, y su marcha, señalaron los últimos momentos del poder cartaginés en España. Cuando la abandonó Magon, la dejó en manos del mas cruel y mas grande de sus enemigos, los romanos, que aunque no era llegada todavia ocasion de dominarla por la fuerza, ni de irritar á aquellos bárbaros, que podian en un momento derribar su frágil imperio, ya habian dado hartas pruebas de lo que podia esperarse

de aquellos que, al poner las piés en el suelo español, aseguraban que venian á librarnos de la tirania cartaginesa.

Es cierto que Roma tenia tambien sus ciudades adictas y gentes que seguian su partido; pero estas estaban situadas y vivian hácia las riberas del Mediterráneo y comarcas vecinas, mientras los cartagineses tenian sus aliados, entre los que acampaban orillas del turbulento Occéano. Hay, sin embargo, un dato que pudiera muy bien indicarnos que los pueblos de estos paises occidentales no permanecieron tan fieles á Cartago como hay derecho á suponer por la historia, y que algunas de sus tribus hicieron alianza con los romanos. Cuenta Tito Livio, que despues de la toma de Illiturgis y Castulon, marchó Scipion á Cartagena á celebrar los juegos de gladiadores, que tenia preparados en obsequio de los manes de su padre y de su tio, muertos en España, y añade, que en ellos no se vieron figurar los atletas de la clase de los esclavos, ni los mercenarios que venden su sangre, sino combatientes voluntarios y no pagados, enviados algunos por los régulos del pais para dar una prueba del valor natural de las gentes de su nacion. Por su parte, Silio Itálico indica que no solo hubo en Cartagena juego de gladiadores, sino tambien carrera de carros y á pié, y otros juegos en que los combatientes probaban ó su destreza ó su valor y presencia de ánimo. El poeta concuerda en esta ocasion, como en otras muchas, con el historiador, pero al describir las fiestas entra en detalles que no creemos puedan admitirse con entera seguridad; pues de lo con-

trario no quedaria duda que la presencia en ellos de las gentes de Galicia, Asturias, Cantabria, etc., probaba —constando por Livio que habian sido enviados por sus régulos—la alianza de algunas tribus de estas comarcas con los romanos. Mas sea ó no cierto que las gentes de Galicia acudiesen á los juegos, sirvan ó no los versos de Silio para probarlo, no cabe duda que el poeta tomó de esto ocasion para describir las curiosas costumbres de los pueblos mas notables de España y pintarlas con una verdad que todavia se percibe distintamente. Aquel que nos dejó un cabal retrato de la juventud gallega que marchó á Italia al lado de Hannibal, no olvida por cierto á Galicia en los juegos de Cartagena. Sea que realmente los caballos gallegos hubiesen corrido en aquellos juegos, sea que el poeta quiso darnos á entender que los mejores caballos de España se criaban en Galicia y Asturias, es lo cierto que cuando pinta la ansiedad en que la alegre muchedumbre esperaba el momento en que los carros empezasen á rodar sobre la arena del circo, cuando nos dice que las cuadrigas empezaron la carrera, el primer caballo que nombra es Lampon, corcel que vuela y precede á los demas (1). Nacido en Galicia, precipita su carro á través de los aires, y deja atrás en

(1) En la descripcion de los juegos de Cartagena, seguimos fielmente la narracion de Silio, á quien en algunos puntos no hacemos mas que traducir. Sin embargo, creemos de nuestro deber llamar la atencion del lector hácia el curioso detalle que nos dá el poeta respecto al caballo asturiano, puesto que no solo prueba la verdad local de la narracion, sino que se comprende por él, que los corceles asturianos y gallegos eran de una misma raza. Todavia los caballos montaraces de Galicia llevan en la frente la blanca mancha de Panchatés.

su generosa carrera á los vientos rápidos. Al verle marchar la muchedumbre prorumpe en gritos y los aplausos resuenan en el circo. Sin embargo, no es para él la victoria; Cyrno, su auriga, á quien en vano le advierten modere la impetuosidad de la carrera, prosigue sin dar oidos á nadie ni aprovechar la advertencia. Mas prudente que él, Hibero,—que guia el caballo asturiano Panchatés, notable por la blanca estrella que ornaba su frente,—cuando vé que los corceles de Galicia no avanzan sino á latigazos y que el carro no rueda con la anterior rapidez, se inclina sobre el cuello del generoso bruto, le anima con el látigo y las voces, y logra vencer á su temerario rival.

Asi nos dá Silio á conocer aquellos veloces caballos, que la crédula antigüedad, llegó á suponer que sus hembras concebian del viento; veamos ahora como pinta á los hombres de la valiente y rubia estirpe de los celtas que vivian orillas del Lethes, cuya agilidad para la carrera advirtió siglos despues Ambrosio de Morales (1).

Cuenta el poeta, que, terminado aquel juego, propuso Scipion las corridas á pié. Entre los que se presentan en la arena, podemos asegurar que era gallego

(1) Este autor que cree en la fundacion griega de Tuy, escribe en su *Viaje Sagrado*, pág. 145, refiriéndose á aquella ciudad: «De griegos tambien es haber conservado la lucha, y usarla en las ferias y en los otros ayuntamientos de gran muchedumbre. La fiesta que con esto hacen es mucho insigne, porque tienen diversos géneros de maña y destreza, y siendo hombres de grandes fuerzas, se aprietan algunas veces tanto, que se ve como están á punto de muerte. Y entonces se sueltan por el peligro que sienten, porque todo se hace en buena amistad. Luchan en carnes como griegos, con solos pañitos, y tienen particularidades y leyes en la Fiesta que mucho la regocijan.»

Theron, que segun Silio bebia en la corriente, que bajo el nombre de Lethes, lame sus riberas con sus ondas olvidadoras. Empezaba la lucha, uno de los que hasta entonces, moderando los primeros ímpetus, habia quedado rezagado entre los últimos, se lanza con doble furia á la carrera. Era Theron. Se hubiera creido, dice Silio, ver al mismo Mercurio con sus pies alados recorrer la bóveda celeste, puesto que á todos deja atrás. Del último rango pasa al tercero, y no solo hace temblar al rival que le sigue, sino que el mismo Euryto, la esperanza de la liza, se turba al ruido de la alada carrera de Theron. Sin embargo, poco valen los grandes esfuerzos que este hace para lograr la victoria, poco importa que vaya pasando los rangos y que se halle ya al lado de Euryto que marcha el primero entre todos. El triunfo no es para él. Hespero, á quien acababa de dejar á su espalda, en acceso de rabiosa cólera, le coge de los largos cabellos que flotaban sobre su cuello de alabastro, le detiene un momento y hace que venza Euryto.

En los demas juegos no hallamos alusion alguna á las costumbres ni á los hombres de un pais, del cual tanto se acordó Silio, probando asi, que para los latinos, las tribus gallegas eran dignas de toda atencion, y que su fama corria parejas con la de los celtiberos, cántabros y lusitanos.

Sin que los historiadores romanos lo dijesen expresamente, desde luego se hubiera sospechado que los cartagineses debieron en mas de una ocasion tratar con sobrada dureza á las tribus españolas y abrumar-

las con escesivos impuestos. Acusaban en Roma á los cartagineses de avaros y de perjuros, y ni siquiera libraron de esta mancha á Hannibal (1) uno de los mas grandes hombres que produjo la antigüedad. A pesar de esto, si de algo puede acusarse á los cartagineses que vinieron á España, es de haber faltado al espíritu que animó siempre á los hombres de raza semita, y ocupar militarmente el pais de donde sus hermanos habian sacado la mayor parte de sus riquezas, y en donde ellos hallaron aquellos grandes recursos, que, segun hemos visto, no solo les permitieron las guerras de Sicilia sino que les pusieron en estado de amenazar á Roma, y tenerla suspensa de su rayo durante algun tiempo. Si la avaricia de los cartagineses fué grande, los romanos les escedieron; si los instintos de crueldad se dispertaron alguna vez en su pecho, los romanos supieron sobrepujarles. Cartago tuvo enemigos, pero mayores Roma, y si por lo largo y encarnizado de la lucha hubiésemos de juzgar, podria decirse desde luego, que era mas difícil á los españoles soportar el yugo romano que el cartaginés. En efecto, ambicionaban estos últimos la posesion de España, porque les permitia ensanchar su comercio, y para esto les bastaban las alianzas contraidas con la mayor parte de las naciones que ocupaban la península; los romanos al contrario, querian dominarla como señores, porque era un nuevo pais en

(1) Tito Livio, asegura bajo el testimonio de un romano que se lo oyó contar asi á Masinissa, que Hannibal y Hannon eran avaros, de tal manera que jamás, decia el númida, se vió tomar una ciudad á Hannibal y Hannon juntos, pues como les unia una grande y estrecha amistad, temian perderla en el momento del reparto del botin. Esto no es creible.

que sus procónsules podian enriquecerse. Jamás, las tropas de Hasdrubal se entregaron á las dilapidaciones que las de los dos Scipiones, jamás los españoles gimieron mas hondamente que bajo el yugo de la soberbia república latina. Si hemos de atender á las mismas noticias conservadas por los romanos, los cartagineses siguieron en la mal llamada conquista de España, diferente política que en Sicilia, y se comprende esto; cuando Hamilcar meditaba la guerra á Roma, cuando Hasdrabul pensaba llevar á cabo aquel noble pensamiento, no irian con torpe política á proporcionarse nuevos enemigos y privarse de los auxilios que podian en todo caso sacar de esta nacion. Si muchas de sus tribus, cambiaban de alianza, si algunas no eran muy fieles á la palabra empeñada, mas que á enemistad por Cartago, se debia á que los romanos conocieron bien pronto que el modo de acabar con el poder cartaginés en la peninsula, era suscitarle cada dia nuevos enemigos, y hacer que no confiase siquiera en los que le eran mas fieles. Esta hábil política, trajo sus naturales resultados, y Hasdrubal hubo de conocer el recelo en mas de una ocasion y manchar su nombre con crueldades que, á pesar de ser indignas de tan grande hombre, no sobrepujaron ciertamente á los que en aquellos mismos dias cometieron los romanos. España puede acusar á Cartago de haber atraido hacia ella los soldados romanos, pero no de otra cosa. Sus ávidos mercaderes no hicieron en todo caso mas que seguir las huellas de los fenicios, sus antecesores y á los griegos sus rivales; mas de los generales cartagineses no sabemos que se hayan mostrado con los espa-

ñoles ni escesivamente avaros, ni tampoco perjuros. A pesar de cuanto dicen los historiadores latinos, á Roma estaba reservado, el vencer á Cartago, en la crueldad, en la avaricia y en la falta de cumplimiento á lo mas sagrado de sus promesas.

VIII.

Conquista de España por los romanos.—La Lusitania, sus verdaderos límites.—Guerras de los lusitanos con Roma hasta el gobierno de Galba.

Apenas habian desaparecido en el horizonte las últimas velas cartaginesas, apenas las naves en que Magon abandonaba estas tierras, esperanza de Cartago, perdieron de vista las costas españolas, cuando los romanos se creyeron dueños ya de un pais en que tanta sangre latina habia corrido, y en el cual les esperaba una lucha larga y penosa y no siempre digna de Roma. Súbditos ó aliados, reconociesen ó no el poder de la soberbia república, es el hecho que los cónsules y pretores que venian á España, gobernaban estos pueblos en nombre de la ciudad de la loba, y trataban á los naturales como á rebeldes, para quienes el castigo mas ejemplar nunca era bastante á lo enorme de su culpa. Mientras los generales africanos estaban en la penín-

sula y les era dado agrupar bajo su bandera la muchedumbre belicosa de los pueblos lusitanos y celtiberos, los romanos no solo conocieron la necesidad de la benevolencia para con los españoles, sino que la practicaron; pero cuando vieron que no era dado ya á Cartago renovar las pasadas luchas, cuando creyeron convencerse de que España estaba ya entregada á los propios esfuerzos, sus tiranias y espoliaciones fueron sin número ni medida. Los historiadores latinos nos han dejado aqui y allá curiosos datos para apreciar cuán duros eran los romanos para los españoles, y cuanta avaricia encerraban sus corazones ¡ávidos de riqueza, pero Diódoro (1) llega hasta á decirnos, con esa ruda franqueza propia de un verdadero historiador, que si los cartagineses fueron avaros en todas ocasiones, los romanos no pensaron sino en no dejar nada á nadie.

Para la obra larga y penosa de la conquista, les auxiliaba grandemente el estado social de la península. Componíase su poblacion de multitud de tribus ó naciones, á las cuales faltaba, entre otros, el lazo estrechísimo de un comun idioma. Aunque en su mayoria tenian un mismo origen, habian experimentado modificaciones profundas, por cuanto los pueblos semitas y los griegos introdujeron con la cultura asiática, el muelle abandono y la dulzura de costumbres, que tan gran contraste hacian, entre los que habitaban orillas del Mediterráneo y los celtiberos, entre los turdetanos y los lusitanos y gallegos. Abundaban en las costas los pueblos mercantiles, sujetos por esto mismo, en sus

(1) Diodoro Siculo, lib. V, cap. 38.

decisiones mas graves, á los intereses que les daban vida, mientras en el interior, en las ásperas montañas en donde el celta vigoroso conservaba su altivo espíritu, no consultaban mas que á los propios naturales impulsos. Guerreros por el placer del combate, y preciso es decirlo tambien, por un natural instinto de merodeo, presentaban entonces los pueblos españoles el mismo aspecto que la Europa de los siglos medios, en los cuales el ejercicio de las armas era necesario á todos los hombres. Sus casas, mas que la habitacion del campesino, semejaban la tienda del soldado, en donde se veian al lado de los instrumentos de la labranza, que manejaban manos femeninas, los despojos de los enemigos vencidos en el combate. A cada momento tenian lugar las luchas mas encarnizadas entre las tribus de territorios vecinos: un dia caían los unos sobre la capital de sus enemigos, al siguiente iban estos á desvastar los sembrados y apoderarse de los ganados de los que les habian saqueado.

Semejante estado no podia menos de auxiliar grandemente á los romanos en la conquista, pues sucedió hartas veces que con la plata que arrebataban á unos pueblos pagaban los mercenarios que, venidos de no lejanas comarcas, les ayudaban á vencer á sus hermanos. Por eso la tribu que se rebelaba contra Roma, no contaba con mas que consigo misma, aunque la historia presenta ejemplos de la noble lealtad con que algunas de ellas se condujeron con los pueblos vecinos en guerra con los romanos. Habia celtiberos á sueldo de la república, los habia al de los turdetanos en re-

belion. La misma Roma con hábil política huyó en un principio de llamarse dueña de España, y solia acometer unas tribus en nombre de los intereses lastimados de las que se llamaban sus aliadas. Su modestia en este punto contrasta ciertamente con el orgullo proverbial de aquellos soberbios patricios, pues llegaron en un arranque de aparente moderacion á estimar válidas las razones con que Gades pretendia ser solamente ciudad aliada, y por lo mismo dueña de una ilusoria autonomia. Y en verdad, que mas de una sonrisa desdeñosa habrá hecho asomar á los labios del Senado las pretensiones de la ciudad tyria; que harto tiempo y ocasion sobrada tendria, de hacerle conocer la realidad de su alianza, cuando los indomables montañeses, defensores siempre de toda independencia, hubiesen depuesto sus armas.

Los pueblos occidentales, y en especial esta punta extrema de la península, fueron de los últimos que atacaron los romanos, y aun esto no muy formalmente en un principio, y sí como en castigo de haber tomado parte activa en las guerras viriáthicas, de tristes y humillantes recuerdos para Roma. Orillas del Mediterráneo y del Occéano, en las ágrias montañas celtiberas y en las llanuras centrales de España, las diversas tríbus que ocupaban su territorio, ora disputaban el paso á los ejércitos latinos, ora se adelantaban á medir con ellos sus fuerzas. Creyó en un principio la república que porque España sintió antes su esclavitud, que pensó en ella, ya la tenia en su poder; pero semejante error costó caro á la que aspira-

ba á regir con mano de hierro los destinos del mundo. Ya la division que hicieron de la peninsula, para su mejor gobierno, como se decia en Roma, indicaba á los españoles, que aquella ciudad aspiraba á reemplazar á los cartagineses en el dominio de esta rica y floreciente comarca. La multitud de riquezas que cónsules y pretores llevaron de España (1) en breve espacio de tiempo, eran cebo, mas que poderoso, para que aspirase á la posesion de una tierra tan fértil en metales

(1) En varios pasajes de Tito Livio, se hace mencion de las cantidades que los cónsules y pretores sacaron de España y entregaron al tesoro público. Lo que aquellos avaros romanos se reservaban, lo que daban á los soldados, lo que estos y sus gefes robaban puede colegirse, por la nota siguiente en que apuntamos las cantidades que ingresaron en el tesoro de Roma, procedentes de España. Entre los pretores que menciona el historiador, ni se halla Galba y los que le siguieron, todos mas avaros que sus predecesores, ni nombra mas que los que recibieron los honores de la ovacion. Sin embargo, y á pesar de tan imperfecto dato, se puede calcular la plata que los romanos sacaron de España, sabiendo que *Scipion*, entregó al tesoro público 14,342 libras de plata en lingotes, y una suma considerable de plata acuñada. *Lucio Cornelio Lentulo*, 44,000 libras de plata, 2,450 de oro, y dió á cada soldado 120 ases. *Cn. Cornelio Lentulo*, 1,515 libras de oro, 20,000 de plata y 34,550 denarios de plata acuñada. Este pretor gobernó la España citerior, su colega de la ulterior, *L. Stertinio*, entregó por su parte, 50,000 libras de plata, y con los productos de los despojos, hizo construir dos arcos, el del foro Boarium y el de la diosa Matuta Mater, y otro en el gran Circo. Sobre estos arcos puso estatuas doradas. *Helvio*, 14,732 libras de plata en barra, 17,023 en monedas con el cuño de un carro de dos caballos y 120,438 de plata de osca. *Q. Minucio*, 34,800 libras de plata en barra, 78,000 de monedas con el cuño de un carro de dos caballos y 278,000 de plata de osca. *M. P. Caton* 25,000 de plata en barra, 123,000 de monedas con el cuño de un carro con dos caballos, 540 de plata de osca, y 1,400 libras de oro. Distribuyó 270 ases á cada soldado y triple á los caballeros. *C. Calpurnio Pison*, 83 coronas de oro, y 12,000 libras de plata, y al mismo tiempo *Lucio Quincio Crispino*, igual cantidad de oro y plata. *A. Terencio*, 9,320 libras de plata, 80 de oro y dos coronas de oro del peso de sesenta y siete libras. *Quinto Fulvio Flaco*, 124 coronas de oro que pesaban treinta y una libras y 173,200 piezas de moneda de osca. Distribuyó 50 dineros á cada soldado, el doble á los centuriones y el triple á los

preciosos. Ademas, todavía Cartago, que volvia á cada momento sus miradas hácia este pais generoso, con el cual compartió las glorias y reveses de la segunda guerra púnica, llevaba soldados celtiberos, para defenderse en Africa; todavia recorrian sus emisarios las tribus iberas, derramando oro y fomentando enemigos á su poderosa rival. Era, pues, necesario que Cartago no pudiese pensar mas en España, que Roma enriqueciese su erario con la plata española, y que sus hombres, de insaciable codicia, no viniesen en vano á pelear con los naturales del pais, cuya conquista ambicionaba.

Los que primero resistieron á las armas romanas, fueron los catalanes. No podia menos de ser asi. Tarragona era el asiento, el cuartel principal de aquellos conquistadorés, y si bien los pueblos de la costa, por comerciales, por ser algunas colonias griegas y de las mas fieles, como espresa T. Livio, á la alianza romana no oponian resistencia, antes le ofrecian asilo seguro en sus desastres, los montañeses de aquellas comarcas, que, antes que ningunas otras, experimenta-

caballeros. Los aliados tuvieron parecida gratificacion y todo el ejército un doble estipendio. Este pretor, declaró al Senado que antes de ocuparse de los negocios públicos, queria cumplir los votos hechos el dia del último combate con los celtiberos, celebrar juegos en honor de Júpiter y levantar un templo á la Fortuna ecuestre, añadiendo con entera franqueza, que los españoles le habian proveido del dinero necesario para ello. Desde el año 206 A. de J. C. en que Scipion dejó el gobierno de España hasta el 181 en que le dejó Quinto Fulvio Flaco, transcurrieron solo veinticinco años, en los cuales solo diez gefes romanos--la mayor parte no gobernaban mas que un año y solo en una de las dos provincias en que habian dividido la peninsula,--entregaron al tesoro las cantidades espresadas. Abstraccion hecha de 173,200 piezas de moneda de osca, y de las 166 coronas de oro que entregaron Calpurnio y Crispino, resulta que el tesoro romano percibió 1.186,194 libras de plata y 5,540 de oro.

ron la dureza y desabrimiento romano, ni quisieron ni supieron soportar el yugo de la soberbia república, cuyos soldados saqueaban sus establos á cada momento, y se llevaban con esa crueldad, propia á los hombres de guerra, cuantas provisiones necesitaban. En otra comarca distante, pero en donde la codicia y el rencor latino habia hecho grandes estragos, en la Bética, en fin, intentaron tambien, con mas osadia que verdadero valor, rechazar el dominio de Roma. La fortuna no coronó estos aislados esfuerzos, mas fueron chispas que anunciaban el incendio, puesto que los cónsules y pretores, sin piedad para los vencidos, codiciosos y soberbios, no hacian otra cosa, que exacerbar los ánimos de los españoles. Por esto mismo la guerra estalló, y siquiera fuese sin concierto, no dejó sin embargo, de tener muchas veces en suspenso la atencion de la república, sobre todo desde que vió que sus victorias, compradas á gran precio, no eran jamás de resultados tan decisivos como las derrotas que ellos sufrian. Polybio trazó en breves líneas (1) el carácter de aquella guerra, en la cual se reconoce al momento, por lo que siempre han hecho los españoles, la fidelidad de la pintura. En efecto, los vencidos de hoy tornaban al otro dia con dobles brios á la nueva batalla, y parecia que aquella guerra de fuego jamás debia verse terminada. Semejante estado de eterna perturbacion no les desagradaba, antes la amaban pues les permitia enriquecerse á poca costa, y comprar los honores de la ovacion, con el dinero arrancado á los pueblos españoles.

(1) Polybio lib. XXXV, cap. I.

Cubrian asi sus crueldades, con apariencias de justicia, y en varias ocasiones se dió el extraño espectáculo de que se manifestasen mas humanos los españoles despues de la victoria que los romanos. Llevaban estos tan allá sus exigencias, que hasta intentaban que nuestros pueblos desconociesen los mas nobles sentimientos para con sus vecinos: la guerra de Numancia tuvo tan sacrílego origen. En vano los españoles hacian llegar sus quejas á Roma, creyendo, en su noble simplicidad, que el Senado era menos cruel que el ejército y los senadores menos avaros que los cónsules y pretores: bien pronto vieron que los mismos que les defendian habian sido en otro tiempo sus mas crueles perseguidores, y que el Senado no ponia en grave aprieto mas que á los que no se habian distinguido por sus larguezas.

Apenas habian dado comienzo á la guerra contra Roma los pueblos catalanes y andaluces, cuando un pueblo indomable, los lusitanos, se arrojaron á la lucha, y compartieron con los celtiberos la gloria de ser los que por mas tiempo, con mas tenacidad y mas ínclito valor, combatieron contra los ejércitos de la república. A cada paso publican sus anales los altos hechos de este pueblo heróico, á cada paso se vé obligado el historiador á confesar la noble entereza con que los lusitanos resistieron durante tanto tiempo el valor latino.

Quiénes eran los lusitanos? ¿cuál era el pais en dónde esta raza valerosa tenia sus viviendas y cuáles sus límites?

Hé aquí una cuestion que interesa de todas veras á la historia de nuestro pais, y que ciertamente necesita que se esclarezca (1). Ya el ilustre Herculano,—escritor de los pocos que pueden jactarse de haber llegado á un desapasionamiento, verdaderamente varonil, en cuanto se refiere á las glorias de su pátria,—escribió que la Lusitania de los tiempos célticos y de la dominacion romana tenia doble extension de la actual, y que se dilataba en un principio, tal vez hasta la extremidad septentrional de Galicia. Hija esta afirmacion, de los escasos datos geográficos que en este punto nos ha dejado

(1) «Reina--dice Herculano *Historia de Portugal*. t. I. pág. 15, refiriéndose á Strabon--en la descripcion de esta parte de la peninsula (la Lusitania) tal confusion, ora haciendo á los callaicos lusitanos, ora distinguiéndolos, ora incorporando bajo esta dominacion parte de aquellos, que evidentemente se conoce cuan inciertas eran sus ideas, sobre las antiguas distinciones de las tribus célticas despues de la conquista romana y de la division política de la peninsula hecha por Augusto, tiempo en que ya escribia Strabon. *Lo cierto es*, añade, *que en esta nueva division la Lusitania mudó enteramente de límites.*» Es tan seguro lo que dice el historiador de Portugal, que para convencerse, de que los romanos estendieron durante la conquista el nombre de Lusitania hasta los confines de Galicia, no se necesita mas que presentar los testos de Strabon, desnudos de todo comentario. Hablando este geógrafo del pais que producia el estaño, dice que este metal nace junto á los bárbaros que viven sobre Lusitania y las islas Casiterides. Cerca de los Artabros, añade en seguida *que estan en lo último de la Lusitania*, hácia el occeano y septentrion, etc. y mas adelante escribiendo de los callaicos, dice, estos dieron el sobre nombre de Callaico al que derrotó la Lusitania, é hicieron que muchos lusitanos se llamasen callaicos. Desde el Tajo hasta el septentrion, escribe en seguida, está la Lusitania que abraza mucha parte de la nacion española, acosada largo tiempo con guerras de los romanos. En vista de esto se comprende que el Miño sea para el geógrafo griego un rio de la Lusitania.

Será siempre difícil vista esta confusion, adjudicar por entero, como lo hacen los escritores portugueses, á los verdaderos lusitanos, es decir los situados entre el Tajo y el Duero, los hechos de armas contra los romanos, en que los escritores latinos hacen mencion de ellos. Estas mismas razones deben tenerse en cuenta al designar la patria de Viriatho, tenido por portugués, porque los latinos le apellidan lusitano.

la antigüedad, y sobre todo, de la confusion con Strabon, fija los límites de la Galicia y la Lusitania, no puede admitirse en la forma que la presenta aquel gran historiador; que si es cierto que el geógrafo griego dice que la tribu calláica hizo que muchos pueblos de la Lusitania se llamasen calláicos, no puede callarse que los celtas que habitaban en ambos paises no se conocian mas que por los nombres de sus respectivas tribus y que los romanos jamas conocieron bien—sobre todo antes del imperio, de lo cual Strabon es una prueba—la posicion y los límites de ellas. Sucedió con la Lusitania lo que con la Celtiberia y Cantabria, esas tres regiones tan célebres en los anales latinos y tan confusamente en ellos descritas. Ved sino á Plinio, dando motivo á suponer que se estendió la Celtiberia hasta Galicia, y á los demas geógrafos é historiadores, haciendo imposible el conocimiento de los verdaderos límites de unas comarcas que jamás—puede asegurarse con entera confianza,—tuvieron los que les asignan, cuantos siguiendo ciegamente á los latinos, se valen ya de estos ya de aquellos textos, confusos y en sana critica rechazables, para fijar la verdadera posicion y límites de dichas tres naciones.

Nosotros vemos que desembarcando los romanos en Cataluña, y teniendo que habérselas con las tribus celtiberas, denominaron asi á la mayor parte de los pueblos con quienes estaban en guerra, perteneciesen ó no á nacion tan belicosa. Vemos asimismo, que tan pronto como los lusitanos empezaron á oponerles séria resistencia, todos los pueblos occidentales con quie-

nes guerreaban sucesivamente, se tornaron para ellos en lusitanos, y que hasta que Bruto, despues de la guerra viriáthica, entró en Galicia, el nombre de este pais no suena casi en las historias de Roma. Lo mismo sucedió respecto de la Cantabria, de manera que todo nos inclina á creer que los nombres de estas regiones fueron dados vagamente y sin que conociesen los romanos sus límites exactos. Los estendian ó los retiraban, segun les parecia, y reunian bajo un nombre comun ciudades y tribus distintas, pero vecinas, á las cuales conocian á un tiempo, comprendiéndolos bajo una denominacion genérica, pero incierta. La Lusitania nos presenta de ello un ejemplo bien curioso, pues es imposible señalar los límites que esta provincia tenia en un principio para aquellos conquistadores. Polybio llegó hasta hacer de ella una region aparte, y Strabon y Plinio son autoridades bastantes para probar la verdad de nuestro aserto, esto es, que bajo el nombre de Lusitania, comprendian las diversas tribus célticas, que cuando menos, desde las orillas del Tajo, se estendian hasta los últimos límites de la actual Galicia. Tanto esta region, como la Lusitania, como la Bética, estaban pobladas en su mayoría por celtas, mas ó menos semitizadas en el litoral (1), pero llevando cada tribu

(1) Herculano que con suma rapidez, trata á la pág. 17 del tomo I de su Historia de Portugal, de las razas que ocuparon la antigua Lusitania, exagera la influencia de los fenicios sobre las tribus célticas del litoral, y aun del interior. Para ello se vale de la etimologia que de la palabra Lusitania, da Bochart, pero esto no es razon convincente, sobre todo para quien cree, fundadamente por cierto, como aquel ilustre historiador, que acaso el nombre general de la Lusitania provino del nombre de los Lusones que Strabon coloca en el nacimiento del Tajo.

su nombre peculiar. Ignoramos si les unian entre sí mas vinculos que los del comun peligro, si vivian aislados ó bajo una confederacion mas ó menos grande. Es de presumir que, gracias á su altivo carácter y al espíritu que parece haber animado siempre á las gentes de aquella raza, prefiriesen el aislamiento, pero que el trato con los pueblos semitas, en especial los fenicios, les inclinaria á las confederaciones. Nos constan sus alianzas; las monedas autónomas las señalan de una manera indubitable, pero se vé que á menudo estrechaban sus amistades entre ciudades y tribus distantes; por eso presumimos, que si mayores y mas vastas confederaciones hubiesen existido entre los celtas de estas regiones, y se conociesen bajo un nombre especial, no dejarian los romanos de advertirnoslo asi. Al denominar ellos, á estos ó á los otros pueblos celtíberos, lusitanos ó galláicos, no hacian otra cosa que buscar un medio de simplificar sus relatos. En hartas ocasiones no conocian las tribus que vinieron por primera vez á pelear al lado de sus antiguos enemigos; gracias que el soldado romano supiese hacer frente á aquellos hombres feroces é indomables; que á la república le importaba bien poco que se llamasen de esta ó de la otra manera.

Siendo, pues, un hecho que los latinos al relatar sus luchas con los lusitanos se referian á las tribus célticas que llevaban este nombre, y asimismo á los pueblos occidentales de España, contaremos, siquiera sea con suma rapidez, las luchas que sostuvieron contra el poder de Roma. No queremos decir con esto, que forzo-

samente los pueblos de la Galicia actual combatieron siempre al lado de los lusitanos contra las águilas de la república; pero séanos permitido asegurar que en mas de una ocasion debieron de pelear juntos, y que si en los primeros tiempos los celtas gallegos no se presentaron á compartir con sus hermanos de mas allá del Duero, las fatigas y los peligros de la lucha, conforme la guerra se fué estendiendo, los pueblos riberiegos del Miño y sus vecinos, entraron en campaña, sin que quepa la menor duda que tomaron parte activa en las guerras viriáthicas. Podíamos, es cierto, valiéndonos de la estension que se dió en un principio á la comarca lusitana y del hecho evidentísimo de que los romanos estendieron sus límites hasta Galicia, asegurar que los gallegos se hallaron en la mayor parte de los combates que nos refieren los historiadores latinos; pero esto seria abandonar la grave severidad histórica, para seguir el rumbo de los que creen erradamente, que lo que importa en estas ocasiones, es amontonar triunfos sobre su patria y referir á ella todas las glorias y bienandanzas posibles.

Es lo natural, que efecto de lo terriblemente castigada que fué Galicia en la batalla en que perecieron tantos hijos suyos al lado de Hasdrubal Barca, permanecerian tranquilos mientras los romanos no viniesen á molestarles. Que despues los agentes cartagineses procurasen fomentar en estas comarcas el odio contra Roma, que los verdaderos lusitanos les llamasen en su auxilio, no solo es fácil, sino que tal debió suceder, por mas que los gallegos no hiciesen, en nuestra opi-

nion otra cosa que enviar auxiliares, pero no presentarse en rebelion, por la razon sencillísima de que vivian en plena libertad y los romanos no habian acampado todavia en su territorio. Nosotros creemos que fué necesaria la iniquidad de Galba para que Galicia se conmoviese por completo. En aquella horrible y cobarde matanza, debieron perecer muchos hijos de este pais y resonar hondamente la narracion de la catástrofe en el corazon de los gallegos. Asi se concibe que cuando Viriatho levantó bandera contra Roma, de Galicia saliesen sus mas numerosos combatientes; de ello es una prueba el hecho de que la primera y formal irrupcion romana que sufrió, fuese inmediatamente despues de la muerte de aquel caudillo.

Como la codicia romana llevaba aquellos conquistadores hácia las comarcas abundantes en minas, y gustaban ellos de recordar bajo el sereno cielo de la Bética, y orillas del Betis coronado de olivos, el cielo de Roma y las márgenes del Tíber, en que florecian los rosales, de aquí que el pais andaluz les atragese con un doble y poderoso encanto. Por otra parte, los turdetanos, eran tan débiles guerreros, como dados á las dulzuras de la cultura oriental y las mugeres gaditanas, en cuyas venas corria la sangre semita, unian á los encantos de la belleza, la ardiente voluptuosidad de las que rendian culto á Mylitta, y se distinguieron despues en la misma Roma por lo gracioso y provocativo de sus danzas. Mas estos pueblos débiles, civilizados y que apenas osaban, sino ayudados por los mercenarios celtiberos á declararse en rebelion, estaban rodeados de

tribus célticas, enérgicas y arrojadas, á quienes las pasadas guerras habian dado aquella necesaria impasibilidad en la desgracia, fácil únicamente á los que saben que la ciega fortuna es mudable y favorece hoy á los que ayer parecia tener mas olvidados. Los romanos que amaban las fértiles y abundantes comarcas andaluzas, y que habian querido hacer de Cádiz una ciudad pretorial, se dirigieron gustosos hácia ellas, tan pronto supieron que el fuego de la rebelion, encendido tal vez por emisarios cartagineses, ardia poderoso. Suponian fácil el triunfo, grande el botin y agradable la resistencia en aquel pais que todos los invasores de España amaron con preferencia.

En aquellas ardientes llanuras, y orillas de sus rios, los romanos conocieron mal su grado, que no era solamente con los turdetanos con quienes tenian que pelear, sino que otros pueblos, en quienes la sangre y cultura asiática no habia hecho tantos estragos, bajaban á detenerles en su paso y á disputarles la victoria. Los resultados de sus campañas no debieron ser muy favorables á Roma, cuando sus historiadores guardan acerca de ellas un gran silencio. Los celtas del Anas y paises enclavados entre el Tajo y el Duero, y mas allá tal vez, les enseñaron bien pronto á conocer el valor de unas gentes tan llenas de una noble confianza en sus propias fuerzas, que en cierta ocasion, como cuenta Diodoro, obligaron á un jefe romano, á decirles—los lusitanos y celtiberos son muy altivos y tienen mucha ambicion, pero los romanos saben castigar á los culpables y despreciar las amenazas. Vale

mas, demostrar el valor por la accion que por la amenaza, y los lusitanos lo aprenderán á su costa.—El historiador añade por su parte, que el que tan orgullosas palabras acababa de dirigir á los lusitanos, «pensaba que valia mas morir gloriosamente en el combate que entregar sus armas y sufrir la mas vergonzosa esclavitud.» Por este precioso fragmento, se comprende cual era la situacion de los invasores, y cuales las pretensiones de los culpables á quienes Roma queria en vano castigar. En efecto, ante el valor de estos pueblos tuvieron que ceder mas de una vez las cohortes latinas. El mismo Caton que tan grandes progresos hizo en la conquista de la Península, no logró vencer la Bética defendida por celtiberos y lusitanos. Mas feliz que él, su émulo Nasica, de la familia de los Scipiones, á la cual jamás faltó la fortuna, logró por fin una victoria contra los lusitanos que habian entrado en la Bética, y saqueado las ciudades adictas á Roma, tornando á sus hogares cargados con el botin. Asaltados por los romanos, cuando iban mas descuidados y les estorbaba la custodia de los ganados y demas objetos que llevaban consigo, no por eso rehuyeron el combate, al contrario lanzáronse contra los enemigos, con una impetuosidad y valor tal que durante cinco horas estuvo en suspenso el éxito de la lucha. El mismo Nasica tuvo que hacer en aquel trance, un voto á Júpiter vencedor; y al cansancio de la marcha y la fatiga del combate mas que al valor de los romanos, se debió el que los nuestros volviesen la espalda y huyesen á la desbandada, pereciendo asi en tan infausta ocasion,

mas de doce mil lusitanos, segun cuenta T. Livio. Esta derrota tuvo lugar en el año de 194 A. de J. C., pero ni les intimidó ni hizo cesar las hostilidades. La guerra de España tenia el carácter de una perpétua rebelion, y el silencio de los escritores latinos no prueba que los lusitanos estuviesen en paz, al contrario, parecen indicar que las armas romanas ó permanecian inactivas por el temor ó no alcanzaban grandes triunfos de sus enemigos. Una prueba de ello, es que esos mismos historiadores, sobrado concisos, cuando tienen que relatar una derrota sufrida, se ven obligados á decirnos que el año 190 A. de J. C., L. Emilio Paulo fué atacado por los lusitanos cerca de Lycon, y derrotado con pérdida de seis mil hombres. Como se vé, pues, estos pueblos no esperaban ciertamente que se les vieniese á provocar á sus hogares, sino que salian de ellos, se adelantaban á los paises limítrofes, saqueaban las ciudades de la Bética que obedecian al poder romano y derrotaban su ejército, sufriendo á su vez, como acontece en todas las guerras, descalabros como el que les hizo sufrir L. Emilio (189 A. de J. C.) que fue terrible para estos pueblos, si es cierto que los resultados del combate fueron tales como los pinta T. Livio. Con justa prudencia obrará quien en esta y parecidas ocasiones, reciba con recelo y parsimonia, cuantos detalles nos dan los historiadores latinos, respecto de nuestras guerras con la república, porque sino ¿cómo esplicar que despues de tan deshecha derrota como la que acababan de esperimentar, siguiesen con la misma audacia que antes infestando la Bé-

tica, hasta el punto de que Cayo Atinio (187 A. de J. C.) se viese obligado á mover sus armas contra ellos?

De las turbulentas tribus célticas acampadas á lo largo de la costa, desde el Tajo hasta Brigantium, no podia esperarse mas que una guerra contínua. Su belicoso carácter no les permitia vivir en paz. El mismo Justino escribe que los lusitanos, cuando no tenian enemigos que combatir, luchaban entre sí, y se sabe que el riveriego del Miño, con una mano labraba la tierra, mientras en la otra llevaba el dardo agudo. Hé aquí porque los lusitanos—y ya hemos dicho en que sentido debe tomarse esta palabra—ya solos, ya acompañados de los celtiberos, ya incitando á la rebelion á los pueblos aliados ó sujetos á Roma, estaban siempre en guerra con los invasores.

Corria el año de 185 A. de J. C. cuando los lusitanos unidos á los celtiberos, vieron venir contra ellos uno de los mayores ejércitos que la república mandó á España. No por eso se retrageron los españoles ni dieron señal de temor, antes al contrario, con nuevo brio y audacia no esperada, se adelantaron en busca de los invasores. El ejército de Roma contaba con doble número de combatientes, y sin embargo sus jefes Quincio y Calpurnio no se atrevieron á dar principio á la campaña, sin engrosar sus filas con las huestes de las ciudades españolas que vivian en alianza con ellos. Solo entonces fueron capaces de presentarse ante su enemigo inferior en fuerzas, aunque no en incontrastable valor. Halláronse ambos ejércitos á orillas del Tajo, y el combate fue largo, encarnizado, de éxito dudoso.

Roma compró bien caro este triunfo, pues los celtiberos y lusitanos pelearon con aquella bravura que les era peculiar, y se defendieron con una indomable tenacidad: á su vez, los romanos mas pelaron por la vida que por el triunfo, el cual debieron á su superioridad numérica y al valor de Calpurnio, quien penetrando en los rangos enemigos con inusitado ímpetu, animó el espíritu de sus soldados que iban ya desbaratados, y les dió la victoria, que no por sangrienta y gloriosa, fue decisiva. Esto era lo peor para Roma que debia estar ya cansada de oir á cada momento, —á cónsules y pretores, que demandaban los honores del triunfo,—que la Celtiberia estaba sometida y derrotados los lusitanos, cuando á cada momento llegaban las mas tristes nuevas, á desmentir las palabras de aquellos que creian haber conseguido tanto. Despues de esta victoria nada sabemos durante algun tiempo de los hechos llevados á cabo por los lusitanos, lo único que consta es, que diez años despues de la afortunada campaña de Sempronio contra los celtiberos, y sin que se sepa que aquellos estuviesen en guerra con Roma, cayeron sobre Memmio al tiempo que desembarcaba en España y destruyeron su ejército. Así nos lo asegura Diodoro.

Era imposible que pueblo tan belicoso, pueblo que abandonaba á cada momento sus hogares y se adelantaba hasta el corazon de la Bética, viviese despues de esta victoria en paz con sus enemigos y esto por espacio de veinte años: sin embargo, los historiadores latinos lo dicen, y gracias que refieran la triste derrota

que en 175 A. de J. C. esperimentó el citado Memmio y que de las palabras de J. Obsequens, pueda colegirse que no fue la única. Es lo cierto, que los lusitanos, que hasta entonces habian peleado sin que sus gefes llamasen por sus hechos la especial atencion de los conquistadores, tuvieron la fortuna de que, un apellidado Púnico, por cartaginés ó por ser de esta raza, se pusiese á la cabeza de ellos, y anunciase desde luego las futuras victorias de Viriatho. Y es esta ocasion de advertir, que hablando de este caudillo, dice Appiano, en sus *Guerras hispánicas*, «que los españoles que vivian con sus propias leyes, *los cuales se llaman lusitanos*, bajo la conducta de Púnico, guerreaban en los paises sujetos al poder de Roma,» con cuyas palabras prueba este autor la verdad con que hemos asegurado que en estas luchas con los invasores, no fueron solamente los hombres de las tribus comprendidas entre el Tajo y el Duero, sino tambien los que del lado de acá de este rio, se estendian orillas del mar y llegaban hasta los últimos confines de Galicia, pues nadie negará que hasta Augusto, vivieron nuestros pueblos, mejor tal vez que los mismos lusitanos bajo el imperio de sus propias leyes. Asi, pues, tenemos derecho á creer que en el número de aquellos guerreros que al mando de Púnico, vencieron á Manlio (154 A. de J. C.) y á su sucesor Calpurnio, á quien pusieron en fuga con grandes pérdidas, se contaban tambien los de estas regiones. Alentado con tan buen éxito el nuevo caudillo, aumentó su ejército con los vettones sus vecinos, y dió principio con buen éxito, á la campaña, llevando

sus armas hasta el corazon de los paises sometidos á Roma. Desgraciadamente, poniendo sitio á una ciudad, murió sin que tan triste contratiempo fuese bastante á doblegar el ánimo de los lusitanos: al contrario, sublevados á su vez les celtiberos siguieron la guerra con doble arrojo y bajo el mando de su nuevo gefe Cesaron, batieron á L. Mummio, año de 153 A. de J. C. Con tal motivo tuvieron los romanos ocasion de conocer hasta donde llegaba el valor y la tenacidad de los españoles; la accion habia sido cruel y reñida, mas fuese que los romanos tuviesen por su táctica gran superioridad sobre el enemigo á quien lograron poner en fuga, fuese que los lusitanos aparentasen huir para atraerlos á lugar á propósito en que poder vencerlos, es lo cierto, que viendo que las cohortes que les perseguian en su retirada lo hacian con harto desórden, volvieron cara al enemigo, pelearon encarnizadamente y lograron la mas completa y señalada victoria. Perdieron los romanos nueve mil hombres, les tomaron su campo, les cogieron gran número de armas, y las banderas que cayeron en su poder, fueron llevadas en triunfo por la Celtiberia, como si quisiesen asi reanimar el valor de aquel pueblo indomable. Tan notables triunfos, hicieron mas atrevidos á los lusitanos, mas no lograron abatir el altivo carácter del nuevo pretor, y menos el de los españoles aliados á Roma, que pronto pudieron vengar la pasada derrota. En efecto, con las reliquias del ejército romano, que reforzó con reclutas españoles, asaltó un convoy lusitano, destrozó á los que le custodiaban, hízose dueño del botin, y con

este golpe afortunado reanimó el decaido espíritu de sus tropas.

En tanto, los descuidados lusitanos que se habian arrojado sobre los celtas del Cuneo y los vettones, tenian divido su ejército en dos cuerpos, el uno que sitiaba á Cunistorgi, capital de los cuneos, el segundo que estaba sobre Ocella, mas con tan poco recaudo que Mummio sorprendió á los primeros merodeando en desórden los campos vecinos, con lo cual pudo el pretor, tomar completa y fácil venganza de sus enemigos. Cuentan los historiadores latinos que quedaron en el campo quince mil hombres, lo que no es de estrañar, dada la situacion en que fueron sorprendidos, y que animados los romanos con este suceso, corrieron hácia Ocella, y arremetiendo con gran ímpetu á los que la sitiaban, los pusieron en tan desordenada fuga y acuchillaron tan sin piedad que, segun Appiano, no quedó uno que llevase á su patria la funesta noticia de su desgracia. Que los hechos pasasen tal como aquel escritor lo pinta, no podemos asegurarlo, solamente diremos que Mummio recibió en Roma los honores del triunfo por sus victorias sobre los lusitanos.

Sin embargo, estas victorias habian costado á la república sus mejores soldados, pues la guerra de España era un abismo sin fondo en que se hundian sus ejércitos. Los nuevos gefes tuvieron que venir con tropas de refresco y proseguir la no interrumpida lucha. El cónsul Claudio Marcelo, que acababa de llegar á la Bética, puso todo su cuidado en recuperar á Ocella, que los autores daban como sitiada por los lusitanos y á

estos derrotados en aquella infausta jornada, en que, al decir de Appiano, no quedó uno con vida. Sin duda alguna aquella ciudad cayó mas tarde en poder de los lusitanos, puesto que Marcelo se limitó á hacerse dueño de ella. Rendida Ocella, creyó prudente el cónsul no agriar á los vencidos, y se contentó con exigirles una contribucion.

Por su parte el pretor Attilio no estaba ocioso, puesto que llevaba sus intentos hasta el punto de querer sojuzgar á toda costa á los impetuosos indomables lusitanos. La rapidez y fortuna de sus primeros movimientos, la severidad con que castigaba á los prisioneros, puso en sus manos la mayor parte de las ciudades lusitanas, y parece como que dejó á estos pueblos en una inaccion y estupor vituperable, sino tratasen de sacudirla como indigna de ellos. No tardó mucho el pretor en conocer que sus crueldades no producian sino un bien rápido y pasagero.

Retirado á cuarteles de invierno, tuvo que sufrir con calma las irrupciones de aquellos que podian decir con entera seguridad, que habian sido vencidos muchas veces, pero jamás domados; que leyendo la historia de la conquista de España por los romanos, es cuando se comprende con cuanta verdad escribió Tito Livio, que estos pueblos no entregaban al yugo de Roma, mas que una cabeza rebelde. Asi lo comprendió Marcelo, el único entre todos los romanos que conoció desde luego el espíritu que animaba á los hombres de las comarcas españolas, y la política que debia seguir en la península. Este convencimiento, la bondad de

su carácter, de que dió tan notable prueba en la toma de Ocella, le inclinó á reanudar de buena fe las antiguas relaciones de amistad entre españoles y romanos, y hacer que desapareciesen asi los gérmenes de guerras tan funestas á los intereses de la república. Enviados especiales partieron para Roma, á hacer presente al Senado, que los rebeldes de España, eran hombres en cuya buena amistad podia fiarse, á haber mas sinceridad y menos ambicion por parte de los invasores; mas el Senado, lleno de aquella altivez y desabrimiento patricio que todo le parecia inferior á Roma y sus intereses, hizo tomar otro rumbo á los sucesos. Despacháronse á los embajadores, con respuestas de doble sentido,—respuestas traidoras y mas que púnicas, que tan mal cuadraban con la sencilla ingenuidad de los españoles esclavos de sus juramentos,—y se aseguró que Roma no debia aceptar la paz hasta haber tomado venganza de los rebeldes. Arrogante y fiera declaracion, pero que se avenia mal con el temor que la plebe romana sentia en su pecho al hablársele de España y de sus guerras! Menos vergüenza era para ella, conceder noblemente la paz solicitada por enemigos valerosos, que ver desiertas sus banderas y que su juventud rehuyese por cobarde temor el alistamiento, protestando, dice Polybio (1), cosas que era bochornoso decir, inconveniente examinar, imposibles de rechazar.

Tocábale á un descendiente de los Scipiones, animar con el brillo de la juventud y el ardor de sus palabras, el valor romano, y echándoles en cara su cobar-

(1) Polybio, lib. XXXV, cap. 4.

dia, levantar su espíritu y prepararlos á la abnegacion. En efecto, el fuego de sus palabras enardeció la sangre de los que momentos antes se negaban á seguir las águilas, juntose gran número de voluntarios, se preparó una notable espedicion contra España, se dieron órdenes de proceder con estremo rigor, y vinieron para satisfacer los deseos del Senado, dos hombres en quienes la avaricia, ocupaba en sus corazones el lugar de todos los demas sentimientos humanos. Apaciguada España, gracias á los esfuerzos de Marcelo, retirados á sus hogares los que fiaban sencillamente en el valor de la palabra romana, apenas sospechaban que en el momento en que se preparaban á gustar de algun sosiego, empezaban al contrario, las nuevas desgracias y las guerras mas crueles. Hasta entonces habian sido los romanos, avaros, despiadados, terribles en su venganza, tocábales ahora probar que no les eran agenas la traicion y el perjurio. Jamás, como en esta ocasion, reunió la suerte dos hombres mas iguales en sus designios y en la bajeza de sus acciones; abunda en tales rasgos su vida, que les hace tener por los mas viles de los de su especie. De alta estirpe el uno, el otro recien salido apenas de los rangos populares, sentian en su pecho una misma necesidad y obedecian á iguales impulsos. Un mismo pensamiento les dominaba, y se encaminaron á su logro resueltamente. Nada les detuvo. Estaba escrito que Lucio Licinio Lúculo, y Sergio Sulpicio Galba, el uno en la Celtiberia, en la Lusitania el otro, habian de hacer no solo aborrecible el nombre romano, sino tambien cubrirlo con una mancha de eterna infamia.

Dejemos á Lúculo guerrear con pueblos hermanos nuestros por la sangre y por la comunidad de intereses, pero cuyos hechos no tocan directamente al noble pueblo cuyo pasado historiamos, y veamos lo que Galba hacia en la Lusitania, teatro entonces de las mas sangrientas y tristes escenas que presenciaron los pueblos españoles, durante sus guerras con Roma. Los prósperos sucesos contra los primeros cuerpos enemigos que halló á su paso, fueron sobrado aliciente para que el pretor se arrojase con suma rapidez sobre los campos lusitanos, llevándolo todo á sangre y fuego (1). Sorprendidos los pueblos con la fortuna de las armas romanas, y aterrados con la crueldad de Galba, pidieron paces. Con tal motivo se apresuró el pretor, no solo á darles las mas grandes seguridades de amistad, sino que quiso mostrarse benévolo y benigno con ellos, ofreciéndoles terrenos que cultivar á los que quisiesen dejar la vida aventurera que traian. Treinta mil lusitanos, que creyeron en la sinceridad de las palabras de aquel á quien Ciceron llamó el mas grande orador de su tiempo, se dirigieron al campo romano, bien agenos por cierto de lo que iba á sucederles. Al verles reunidos, se apresuró el pretor á cometer la mas negra de las traiciones. Solo los historiadores romanos han podido describir sin horror la trágica escena que entonces tu-

(1) Cuenta Cornelio Nepote, en la vida de Caton, que este habia escrito una historia de las guerras de España, que terminaba en la pretura de Galba, el que *arruinó la Lusitania*. No debemos pasar en silencio que, á pesar de la estremada fortuna con que hizo sus campañas contra los lusitanos, no dejó el buen Galba de esperimentar, cuando menos, una derrota bastante notable, para que Tito Livio creyese necesario recordarla, segun se advierte en el *Sumario* del libro XLVIII, de su Historia.

vo lugar, y en vano será traer á la memoria de los hombres, lo que solo debe recordarse para eterna infamia de aquel romano sin entrañas: la dignidad humana se siente tan ultrajada ante el recuerdo de tan bárbara y cobarde matanza (1), que la pluma se niega á perpetuar un hecho, que para vergüenza de nuestra especie, no fué ni el primero ni el último entre los hombres. Asi como, ni la cólera, ni la venganza, ni un bárbaro espíritu de crueldad propia del soldado, fueron las que aconsejaron tan indigna accion, asi tampoco ni la piedad, ni la conmiseracion detuvieron la matanza; la avaricia, esa pasion de todas las humanas, la mas miserable y la mas ciega, fué la que dirigió el pensamiento de Galba. Los que perecieron al filo de la espada, le daban la seguridad de que por el terror que dispertaba su castigo, le dejarian en paz los lusitanos:

(1) «Algunos lusitanos enviaban embajadores (á Galba) para reanudar de nuevo los pactos hechos con Attilio, su antecesor, y que él habia roto. Los recibia con dulzura, se conformaba con lo que ellos decian, y, fingiendo dolerse de su desventura, y asegurándoles sabia demasiado que la causa que les habia inducido á romper los pactos y empezar de nuevo la gurrra, era la pobreza, les dijo: ciertamente que la libertad de vuestros terrenos y la pobreza os han obligado á ello, pero yo os daré un pais fértil y os pondré en tres sitios, en lugares buenos y abundantes. Con esta esperanza, abandonaron los lusitanos sus casas, y Galba, dividiéndolos en tres partes, les mostraba á cada una de ellas una campiña, en donde queria que se encerrasen, mientras él no les decia donde habian de fabricar la ciudad. Cuando llegaron los primeros, les mandó que, como amigos, depusiesen las armas, y como lo hubiesen hecho, los rodeó de fosos. Despues mandó venir sus soldados y los pasaron á cuchillo, sin que quedase uno solo. Lamentábanse ellos é invocaban los nombres de los dioses y la fé de los hombres. Asi, con gran presteza, hizo morir á la segunda y tercera banda, antes que supiesen lo que habia pasado á los primeros. Y asi se vengó con la perfidia, y castigó con ella la perfidia de los lusitanos, imitando á los bárbaros, pero no segun la dignidad del nombre romano.» Appiano Alejandrino, *De las guerras de España*.

aquellos otros á quienes un perdon mas traidor que la muerte les conservaba para la esclavitud, le proporcionaban grandes riquezas en los mercados de las Gallias: esto, despues que todos, muertos y prisioneros, habian dejado en su poder las ricas espadas, los brazaletes de oro, todos sus despojos, en fin, riquezas inapreciables, que lejos de saciar la codicia de Galba, la encendieron cada vez mas y le inclinaron á continuar en sus bárbaras depredaciones.

Dos años duró su gobierno, mas fué bastante para que acumulase gran parte de aquellas riquezas que hicieron de aquel, que habia de contar mas tarde un emperador en su familia, el hombre mas rico de Roma, segun escribe Appiano. Cuando abandonó España, dejó la Lusitania sobrecogida todavia con el terror que habia sabido inspirar por sus crueldades: dejóla en paz, pero no apaciguada, dejola quieta en apariencia pero hirviendo la cólera en el pecho de los hombres de estos pueblos occidentales. No faltaba para que estallase la tempestad, sino que un brazo valeroso y osado levantase la bandera de la rebelion. En tan supremo momento, un oscuro lusitano apareció recordando á los unos las traiciones de los romanos, presentando á los otros la patria oprimida y sujeta ya al yugo de Roma: á los pueblos de entre Tajo y Duero les gritaba, ya sois esclavos; á los que se estendian á lo largo de la costa desde el Duero al mar de los artabros, les mostraba sus hermanos oprimidos y les decia: «Hé ahi la suerte que os espera.» El lusitano que osaba desafiar el poder romano, era Viriatho.

IX.

Guerras viriáthicas.

Hijo de las ásperas montañas occidentales, jefe de una de las tribus célticas, que habitaban en el estenso y rico pais, que desde las orillas del Tajo llegaba hasta el litoral de los ártabros, Viriatho tuvo la fortuna de escapar á la matanza de Galba. Los historiadores latinos no se olvidan de decirlo asi, como si quisiesen darnos á entender de este modo, que por un capricho de la fortuna, el vengador de la traicion de aquel romano, escapó á la cruel espada de los legionarios, de quienes habia de ser mas tarde el asombro y el terror mas grande. Retirado en su patria, devorando en silencio la afrenta sufrida por los hijos de la noble estirpe á que pertenecia, sintiendo en el fondo de su alma ver á los turbulentos y valerosos pueblos de estas comarcas, vivir

en una paz vergonzosa, aunque abrumados bajo el peso de la sombria quietud en que se mantenian, dejó pasar los dos años que duró el gobierno de Galba, y en tanto se preparaba para la lucha que iba á dar comienzo. Conocia desde luego que era necesario se borrase un tanto el terrible recuerdo de la sangrienta escena á que habia escapado, y que en el pecho de los valientes celtas de estos paises desbordase la mal encubierta ira que les devoraba.

Si las presunciones del historiador pudiesen servir en esta ocasion á falta de datos mas positivos, nosotros nos atreveriamos á afirmar, que Viriatho era gefe de una tribu asentada orillas del Miño, y en íntimo contacto con los celto-fenices establecidos en las ciudades que comerciaban en nuestro estaño. Nos inclinamos á creerlo asi, cuando vemos que por primera vez, durante las guerras viriáthicas, los romanos se internaron en Galicia, que aqui se refugiaba Viriatho despues de sus mas importantes derrotas, y por último, que durante dichas guerras é inmediatamente despues de ellas, tres de los mas importantes establecimientos semitas de nuestro pais, fueron atacados por los romanos, como si pretendiesen de este manera, ya castigarles por haber fomentado la guerra, ya deshacer y echar por tierra, semejante refugio, amparo y aliento de los rebeldes montañeses. Desde el Tajo para acá, solo Braga sufrió el ataque de los romanos, despues fueron tres las ciudades gallegas, y lo que es mas notable enclavadas en su territorio relativamente corto, las que sufrieron el asedio de Serviliano y de Bruto: señal de que alli es-

taba el centro y nucleo de la resistencia, puesto que el que mereció en Roma el sobrenombre de *Galláico*, á pesar de que llegó con su espedicion hasta el promontorio céltico, y que dejaba á sus espaldas importantes ciudades semitas, como entre otras lo era Iria, no hay recuerdo de que los hubiese molestado.

Los historiadores españoles, siguiendo con demasiada facilidad á los latinos, aseguran que Viriatho era un hombre que de pastor pasó á gefe de los lusitanos (1).

(1) El nombre de Viriatho es una prueba mas de nuestro celticismo, asi como lo es de que este ilustre caudillo lejos de ser un brigante, ó cuando menos un pastor, era desde un principio el jefe de una tribu céltica.

Los portugueses lo tienen por natural de su nacion y algunos gallegos le creen de nuestro pais, sin que falte quien intente conciliar ambas opiniones, suponiéndole de la provincia de entre Duero y Miño. Por nuestra parte creemos que es este un punto histórico de imposible solucion. Los escritores latinos le llaman lusitano, es cierto, mas ya hemos visto como aplicaban indistintamente ese dictado, ora á los pueblos de entre el Tajo y Duero, ora á los que desde las orillas de estos rios se estendian hasta el litoral de los artabros.

La palabra Viriatho la descompondrán y esplicarán los versados en las lenguas célticas, mas, por lo que á nosotros toca, séanos permitido indicar que, en nuestro concepto, significaria para los antiguos celtas de Galicia, *el jefe*, *el juez supremo*. En la curiosa obra de Pictet, tantas veces citada, *Les Origines*, etc., hallamos una prueba de ello. De la raiz sanscrita *bharatha, bharanda,* rey, dueño, deriva en irlandés *barn*, *baran*, hombre noble, juez, lo mismo que en cymrico *barnwr*, *barnydd*, y en armoricano *barner;* en antiguo irlandés *brithem*, juez, en el moderno *breith, breitheamh* etc. En anglo sajon, *beorn*, principe, jefe; *bryta*, *brytta*, dueño, señor. Pictet, t. II, pág 393. No creemos, en vista de esto, aventurado el asegurar que la palabra Viriatho, segun la pronunciacion latina, equivale al *brithem* del antiguo irlandés, tanto mas, cuanto que los antiguos irlandeses estaban ligados por mas de un estrecho lazo á los celtas gallegos. Por decontado el nombre de *Viridomarus*, jefe de los edetanos, mencionado por Cesar, lo descomponen los anticuarios en *Guiredd-o-mawr*, el gran juez ó el funcionario (Beale Post, *Celtic inscripcions*, pág. 123) y todavia en breton se usan las palabras *gwir* en masculino, *gwiriones* en femenino, para significar justicia. Vid. *Dictionnaire français-breton* de Le Gonidec. Saint Brieuc 1847.

Para nosotros no es creible. Que el gefe de cualquiera de las tribus célticas, siendo, como era Viriatho, de costumbres sobrias y sencillas, hiciese la vida del campesino, no debe extrañarnos, puesto que los riveriegos del Miño y los que vivian mas acá de este rio, llevaban esa vida de modesta y sencilla mediania, que parece ser el estado mas agradable al corazon de los hombres de estos paises. Mas ¿cómo se comprende que un jóven, como lo era aquel caudillo cuando dió comienzo á la guerra, lograse desde el primer momento reunir bajo sus órdenes un ejército de diez mil combatientes, siendo un hombre, ya que no se quiera desconocido, al menos sin aquel prestigio que daba el ejercicio de la autoridad, entre aquellos guerreros todos igualmente sufridos y valerosos? Se sabe que, casualmente á la raza céltica cuadró siempre aquel estado político entre patriarcal y nobiliario, peculiar á las mas nobles ramas de la raza ariana, que sus gefes tenian derecho de vida ó muerte, en fin que á el solo le tocaba conducirlos y guiarlos al combate. Esta última consideracion bastaba por si sola, para probar que Viriatho, era desde luego el gefe de una

Un gran servicio haria á la ciencia histórica quien esplicase el significado de este y otros nombres que aparecen en la historia de España, pues estamos seguros han de arrojar algun dia viva luz sobre nuestros orígenes. Aqui, por no haberse conservado ningun dialecto céltico, tales estudios no son muy posibles, mas los anticuarios irlandeses y bretones pudieran intentarlo; les deberiamos asi curiosos datos para la historia del período romano, ni bien comprendido todavia, ni estudiado con aquel espiritu politico, que hace adivinar las verdaderas causas de los grandes sucesos. A esos anticuarios, pues, está reservada semejante tarea: en nombre de la gran raza de que descienden los irlandeses, bretones y gallegos, les pedimos que no la dén al olvido: que siempre es grato á nuestro corazon hallar en nuevas regiones hombres de nuestra familia y gentes que hablaron nuestra misma lengua.

tribu, en caso de que el nombre con que le conocieron los romanos, no significase, lo que en realidad parece significar, y que no fuese el mismo que, segun Silio, llevaba él que condujo las huestes gallegas que fueron á Italia en auxilio de Hannibal. Por eso, sin que creamos que tan ilustre capitan gana ó pierde, con que en un principio hubiese sido pastor ó gefe de una pobre tribu céltica (1), diremos que en nuestra opinion Viriatho,—brenh de una tribu situada en las ásperas montañas productoras del estaño, aunque en aquellas mas próximas al litoral,—con sus gentes y las que pudieron suministrarle con sus alianzas las ciudades semitas de su pais, se dirigió en busca de los romanos, y atravesando el territorio bracarense, vadeando el Duero, entróse por tierra de los verdaderos lusitanos, engrosando su ejército con los que se le unian al paso, y penetró en la Bética al frente de los diez mil combatientes de que nos hablan los historiadores latinos.

Todos ellos convienen en que el fuego de la rebelion, se encendió en comarcas distantes del dominio romano, que como sabemos ocupaba la Bética; los invasores habian sojuzgado por el terror el pais de entre Tajo y Duero, y solo se concibe que alimentándose la rebelion en pueblos relativamente lejanos del primitivo teatro de la guerra, pudiese aquel caudillo emprender sus gloriosas campañas. La marcha posterior de los sucesos, viene á probar aquel aserto, pues se ve que obligados los romanos, á guerrear con los que ellos

(1) El primer historiador nacional que se ocupó de Viriatho, fue Paulo Orósio, que aunque nacido en el convento bracarense, cuyos hijos tanta

llamaban lusitanos, tuvieron que internarse en su pais y buscar allá en sus últimos límites, los temibles enemigos que tan rudamente les combatian. La espedicion de Bruto, que fué, digamóslo asi, el castigo que impuso Roma á estos pueblos vencidos con la alevosa muerte de su jefe, salió de la verdadera Lusitania, y sus cuarteles de refugio estaban en Moron y Oliosipon, asi lo asegura Strabon en su geografia. Necesario es, pues, que nuestros hermanos de entre Tajo y Duero limiten algun tanto sus pretensiones, con respecto á ser ellos solos, los lusitanos que tanto tiempo desafiaron las iras romanas. Nosotros no diremos como el P. Sotelo (1), que la ingratitud de los escritores portugueses, llegó á oscurecer la memoria de los socorros que recibieron de estos pueblos, por referir á sola su nacion los hechos á otras comunes, solo si, que se hace necesario que aquella santa y severa imparcialidad de que ya dió ejemplo uno de sus mas ilustres historiadores, se estienda tambien á esta época de su historia, y que la gloria de aquel á quien Herculano no llama mas que *salvaje montañés*, y la de los pueblos de Occidente

parte habian tomado en las guerras viriathicas, no dudó un momento en seguir á los historiadores latinos. Apesar de que habian ya pasado bastantes años, apesar de que la civilizacion romana se habia arraigado profundamente en nuestras provincias, estamos seguros de que si aquel autor, que por cierto descubre á cada paso su odio á los romanos, hubiera consultado á la tradicion y no á los Livio, Appiano, Diodoro, etc., nos dejaria mas curiosas noticias acerca de tan ilustre compatriota suyo. Hé aquí las palabras de Paulo Orosio.

«Iisdem consulibus Viriathus in Hispania genere lusitanus, homo pastoralis et latro, primum infestando vias, deinde vastando provincias, postremo exercitus prœtorum et consulum romanorum vincendo, fugando, subigendo, maximo terrori romanis fuit omnibus.»

(1) P. Sotelo. *Historia de Galicia.* (Ms.) lib. IV cap. 13.

que segun dicho historiador, tornaron dudosa la victoria de Roma, se comparta entre los valerosos celtas que orillas del Tajo, del Duero, del Miño y del Tambre, levantaban sus pobres pero libres viviendas. No pedimos otra cosa.

Apenas se vió Viriatho dueño del pequeño ejército que habia logrado reunir, cuando siguiendo en esto la costumbre lusitana, marchó en busca del enemigo al seno mismo de la Bética. Amada esta última comarca por los romanos, ya por la fertilidad y hermosura de que nos habla Strabon, ya por las dulzuras de la vida que les proporcionaba su cuartel general, vivian tranquilos y descuidados, sin sospechar siquiera que se habia formado ya la deshecha tormenta que les amagaba. Apenas los nuevos pretores se habian establecido, y trataban de pasar en los ócios de una paz comprada por Roma con la traicion de Galba, el tiempo de su gobierno, cuando vino el jóven caudillo á molestarles. Al ruido de las desvastaciones con que los lusitanos señalaban su entrada en los paises que reconocian el poder de la república, Cayo Vetilio, gobernador de la provincia ulterior, les salió al encuentro, teniendo la fortuna de hallarles, no solamente poco acostumbrados á la disciplina y órden de batalla, sino entretenidos y dispersos por los campos que desvastaban. En tal ocasion y momento les sorprendió el romano, les mató bastante número de hombres, les dispersó por completo y les obligó, por último, á retirarse á un lugar áspero y estrecho en donde toda esperanza de salvacion era inútil, puesto que no les que-

daba mas recurso que entregarse ó morir de hambre. En tan solemne trance, se vió que por desgracia el ánimo de las muchedumbres decae bien pronto en el peligro y se rinde á los primeros reveses: viéndose cercados, los lusitanos enviaron sus embajadores al campo romano á pedir la paz. Opúsose desde luego á este paso Viriatho, que descubria asi su entereza, y cuando prontas á firmarse las capitulaciones parecia que, segun las promesas de los mensageros iba á estrecharse para siempre aquella alianza que prometia á los romanos *los mas fuertes y mas fieles de sus amigos* (1), el gefe lusitano llamó á junta á los suyos, y con vehemente elocuencia, les hizo comprender su ignominia y lo poco que habia que fiar de la palabra romana. Recordóles el hecho de Galba (2), y concluyó asegurándoles que él los sacaria á salvo del paso en que se hallaban. Con tales palabras y promesas devolvió á sus gentes la perdida confianza, y entonces fué cuando eligiendo, dice Appiano, por gefe á Viriatho (3), le juraron fidelidad

(1) Tales palabras ponen los historiadores en boca de los enviados lusitanos, como dirigidas al pretor.

(2) Cuenta Cornelio Nepote, en la vida de Caton, que este habia escrito una historia de las guerras de España, que terminaba en la pretura de Galba, el que *arruinó la Lusitania.*

(3) Desde luego se advierte una contradiccion entre lo que dice Appiano y lo que dejamos escrito, respecto á ser Viriatho, desde los primeros momentos, el gefe y autor de la rebelion contra los romanos. Nosotros nos hemos guiado para asegurarlo asi, por lo que dicen, siquiera brevemente, los demas autores latinos, comprendiendo que en la ocasion á que se refiere el autor de las *Guerras hispánicas*, los lusitanos no hicieron otra cosa, que poner su suerte en manos de uno de los brenh que los guiaban. Es esta una cuestion que toca á la organizacion política de los pueblos celticos de estas comarcas y que creemos no equivocarnos al decir que era igual á la de los celtas franceses. Por las relaciones de los romanos, se viene en coconocimiento de que los lusitanos pocas veces peleaban bajo la direccion de un gefe superior: al contra-

y se dispusieron á ejecutar sus órdenes. Este guerrero insigne, que pudiera compararse por su prudencia al gran Ulysses, dispuso que se colocase la caballeria al frente del ejército, simulando desear el combate, y mandó que tan pronto él montase á caballo, los demas se dispersasen por todos los senderos, marchando por donde pudiese cada uno, á reunirse á la ciudad de Tribola. Para proteger esta rètirada, retuvo consigo Viriatho mil caballos, y cuando los suyos emprendieron la fuga, dejando á Vetilio en la confusion propia á lo inesperado del lance, él se puso delante para detener el ímpetu y rabia de los burlados romanos. Ora fingia ceder al número y valor de los enemigos, ora avanzando atacaba sus primeros rangos: asi se sostuvo dos dias, durante los cuales pudieron los suyos ponerse en salvo, gracias á la serenidad y valor de tan gran caudillo, quien, despues de tan larga resistencia, volvió grupas al caballo, y con velocísima carrera huyó con los que le restaban protegido por las sombras de la noche, sin que los romanos, por la pesadez de sus armas, y la diversidad de caballos, pudiesen ir en su alcance.

Sintió el viejo pretor la afrenta, y se dispuso á vengarla marchando rápidamente sobre Tribola, á la cual

rio, parece que iban al combate dirigidos por sus gefes particulares, y que solo en momentos difíciles, como aquel en que nos cuentan que se vieron los lusitanos, se inclinaban á elegir un caudillo entre los de las diversas tribus que componian su ejército. Esto no obsta, sin embargo, para que Viriatho hubiese sido el primero que se lanzase contra el poder romano, arrastrando con su ejemplo á los demas lusitanos que tomaron parte en tan larga como gloriosa lucha.

se aproximó con tan mala fortuna como ciega confianza. En efecto, esperábale Viriatho, en un lugar poblado de espesos bosques, en donde se propuso dar una nueva leccion al que habia burlado no hacia mucho. Para ello dispuso que sus gentes se ocultasen en la espesura, mientras él, presentándose al descubierto delante de los invasores, fingia huir, siendo acosado por los romanos, con bien poca prudencia por cierto, y con tanta mas ira cuanto recordaban la pasada ignominia. Poco necesitó el lusitano para que sus perseguidores cayesen en el lazo que les habia tendido, pues iban confiados y ciegos de impaciencia por castigarle; por eso la confusion de los romanos debió ser grande, cuando arrastrados en la persecucion del enemigo, salieron de los bosques vecinos multitud de lusitanos y les rodearon por todas partes, arrojando sobre ellos el dardo mortífero, dando al viento sus imprecaciones, tendido el largo cabello sobre la espalda y entrando sin piedad por entre los rangos de los sorprendidos romanos. La matanza fué grande: el mismo Vetilio fué hecho prisionero por un rudo montañés, que viéndole viejo y obeso, le creyó cosa de escaso valor y le hizo pedazos. Tan señalado triunfo llenó de júbilo á los lusitanos y proporcionó á Viriatho aquel prestigio necesario para proseguir con ventajas la comenzada campaña: ademas, fué estímulo y aguijon para los prudentes, hizo mas osados á los valerosos, y fué, digámoslo asi, el prólogo de aquella gran epopeya, en la cual estos pueblos de occidente pusieron en peligro la dominacion romana en la península. Al ruido de tamaño

desastre se conmovió Roma, que se creia ya segura en España, y que despues de los dos años de quietud que siguieron al gobierno de Galba, pensaba que ya no habria en estos paises quien osase oponerse á las armas de la república. ¡Cuál sería, pues, su sorpresa, cuando llegó á su noticia que del ejército que tenia en la provincia ulterior, no le quedaban ya mas que escasas reliquias encerradas dentro de una ciudad; que habia muerto el pretor, y finalmente, que el fuego de la rebelion se mostraba de repente tanto mas terrible y amenazador, cuanto mas comprimido y oculto habia estado hasta entonces!

Tenian los romanos la virtud propia de los verdaderos soldados, esto es, la constancia y el aprecio del propio valor, asi que, reducidos á escaso número pero no abatidos, intentaron bajo el mando del questor de Vitilio, y con la ayuda de cinco mil aliados españoles, probar fortuna; mas como hubiese llegado la hora en que la soberbia de Roma debia ser mortificada, el ejército reunido por el questor fué deshecho y pasado á cuchillo, sin que quedase uno solo que, como dice Appiano, llevase la noticia á su casa. No fué mas afortunado el ejército de la provincia citerior, que al mando de Nigidio se adelantó contra Viriatho, con ánimo resuelto de reparar la honra del ejército romano, puesto que habiéndole atraido el enemigo con hábil maniobra hácia los profundos bosques de la Lusitania, logró hacerlo piezas y librar por un momento al suelo español de los ejércitos invasores. Tan contínuas y notables victorias, los distantes lugares en que se dieron, la pruden-

cia, astucia y estremado valor de aquel caudillo insigne, nos indican su incesante actividad, y sobre todo el conocimiento que tenia de la clase de guerra que debia hacerse á los romanos.

Acababan de obtener, Cayo Plaucio el gobierno de la provincia ulterior, y Cayo Unimano el de la citerior, cuando llegaron á Roma las tristes noticias de los descalabros sufridos por los anteriores gobernadores. Conmoviose el Senado, y ordenó se doblaran los contingentes que debian llevar los nuevos pretores, para que asi pudiesen atender á las exigencias de una lucha que se inauguraba tan fatalmente para la república, y pudiesen ademas obrar con aquella actividad y energia que es en tales casos la mitad del triunfo. En efecto, Cayo Plaucio, trajo consigo diez mil hombres y mil trescientos caballos, y Unimano otro cuerpo de ejército cuyo número de soldados no espresan los historiadores. Por fortuna para los lusitanos, las pasadas derrotas no habian hecho mas prudentes á sus enemigos, puesto que los pretores se arrojaron sobre la Lusitania, como si quisiesen aterrarla, ya con la audacia y rapidez de sus movimientos, segun lo habia hecho Galba, ya con los muchos soldados de que disponian. Cayo Plaucio queriendo vengar los anterios descalabros y ornar su frente con la corona victorial, voló el primero al encuentro de Viriatho, quien debió esta vez mas el triunfo á sus acertadas disposiciones. Sin duda alguna ó el ejército de Plaucio era mas numeroso ó no tenia tan bien armado ó tan diestro el suyo, cuando no quiso arriesgarse á presentar la batalla. Como hábil y pruden-

te general, comprendió que en ocasion tan solemne, era necesario vencer á todo trance, sino queria que recobrasen su ánimo los romanos, lo perdiesen sus soldados, y en una palabra, que la obra á que habia consagrado todos sus esfuerzos, se perdiese en un instante. Deseos traian los romanos de combatir y borrar con una gran victoria los pasados desastres, asi que Plaucio no esperó á que Viriatho se presentase, sino que fué en su busca. Pronto se hallaron unos y otros, y pronto el ruido de las armas y el sonido de las trompetas romanas dieron la señal del combate. Viriatho, que conocia el valor del enemigo, que sabia perfectamente que sus tropas estaban llenas de la varonil confianza, que engendraban en su corazon los grandes y continuos triunfos de Roma, hizo frente al principio al ataque de las cohortes latinas, pero despues fingió huir. Plaucio que lo creyó ya derrotado, dispuso le siguiesen en su fuga cuatro mil soldados, pero tan pronto como el lusitano, vió á este cuerpo lejos del campamento y por lo mismo privado de un pronto socorro, dió vuelta de improviso y se arrojó sobre él con tal impetuosidad y coraje que le deshizo y mató la mayor parte de los que le perseguian. Despues siguió su camino, pasó el Tajo, y fuese á situar en un monte poblado de olivos, que tenia por nombre, el monte de Venus. No hizo, sin embargo, esta marcha, sin ir hostigado por el ejército de Plaucio, que deseaba con ánsia vengar la muerte de sus soldados y la burla de que habia sido objeto. Halláronse de nuevo, diose una sangrienta batalla, y fueron vencidos los romanos, quienes esperimentaron tan grandes pérdidas, que el



pretor huyó á cuarteles y no osó despues salir de ellos, á pesar de ser la estacion mas propicia á la continuacion de la guerra. Roma quiso borrar esta afrenta, sujetando á Plaucio al juicio del pueblo y condenándolo, como espresa Diodoro, al destierro por haber envilecido el nombre romano; pero es lo cierto que Unimano que se apresuró á vengar la derrota de su colega, no tuvo mejor fortuna, y que derrotado á su vez tuvo que huir tambien, teniendo la pena de ver, como Viriatho—para escitar el valor y entusiasmo de sus compatriotas,—mandaba colgar como trofeos en las cumbres de la Lusitania, las togas y las haces romanas. Asi aquellas alturas, cuyas misteriosas soledades habian sido turbadas por los gemidos de las madres lusitanas, que pedían en vano á Galba sus hijos muertos á traicion, vieron ondear á todos los vientos las togas del invasor y brillar á los rayos del sol las soberbias haces de los mas soberbios de los hombres. Y todo esto pasaba siendo cónsul en Roma, Sergio Sulpicio Galba. Tales lecciones da la fortuna!

Para detener los progresos de Viriatho, ya que castigarlo no fuera posible, envió el Senado un cónsul y con él un ejército consular. Vino entonces á España Q. Fabio Máximo Emiliano, con quince mil soldados y dos mil caballos. Eran los soldados bisoños, mas asi y todo, harto se necesitaban en los presidios romanos de la Bética, en donde el ejército romano habia perecido al filo de la espada lusitana. Las pasadas lecciones, no pasaron desapercibidas para el nuevo general; sabia éste que Viriatho era un enemigo terrible, y por lo mis-

mo no se mostró con él audaz y atrevido, antes pecó de prudente, tanto que en su primera campaña, no hizo mas que sostenerse en sus posiciones y aguerrir los soldados con contínuas, aunque insignificantes escaramuzas. Por Appiano sabemos que en ellas llevaron ventaja los españoles; pero que las hábiles medidas de Emiliano, libraron á los romanos de una derrota como las ya esperimentadas. La nueva campaña la inauguró el cónsul felizmente para Roma, y Viriatho comprendió bien pronto que no se trataba ya de un enemigo vulgar, sino de un general astuto y avisado, que lejos de permanecer como al principio encerrado en sus cuarteles, iba al encuentro de los lusitanos, les dispersaba, penetraba en su pais, tomaba una ciudad, incendiaba otra, le vencia en algunos encuentros, y que antes de retirarse á cuarteles de invierno, habia hecho mudar de aspecto la guerra.

Bien sabia Viriatho, que mientras la Lusitania combatiese sola contra Roma, habia de ser fácil á la república hacer la guerra, y enviando dobles ejércitos y quebrantando los ánimos de los lusitanos, con una persecucion activa y sin piedad, irlos venciendo y domando poco á poco. Otra cosa sucederia si lograba levantar en el resto de la península nuevos enemigos á los invasores, que asi se distraian las fuerzas romanas, engrosaba su ejército y apartaba de su pais el imponderable rencor latino. Con este fin, hizo alianza con los pueblos vecinos á la Lusitania, con los heróicos numantinos, los fieros arevacos, los vaceos siempre belicosos, los celtiberos indomables, comprendiéndose

asi la verdad con que Floro escribe que Viriatho llevó la guerra allá y acá del Ebro y del Tajo. Al rumor de tan vasta rebelion, Lelio el sábio, que gobernaba la provincia citerior, corrió hácia Castilla, y probó desde entonces, asi al menos lo dice Ciceron, que no era empresa tan dificil vencer al lusitano. Sin embargo, Viriatho, mas grande todavia despues de sus desastres, que al otro dia de sus mas memorables triunfos, ni se desanimaba ni abandonaba la guerra. La Bética fué de nuevo testigo de sus victorias, y Quinto Cocio (1) despues de perder mil hombres y dejar en poder del enemigo hartas banderas, se vió obligado á encerrarse en Córdova y pasar alli el invierno mientras el audaz montañés tomaba á Ituccia, arrojaba de alli la guarnicion romana y continuaba sus escursiones por la Bética mal protegida por sus dominadores. Por desgracia, estos triunfos fueron turbados por la sumision de los pueblos confederados á quienes Metelo sorprendió con un numeroso ejército en los momentos en que, agenos á todos los cuidados de la guerra, se ocupaban en las faenas del campo.

Al año siguiente (142 A. de J. C.) vino Q. Fabio Maximo Serviliano, y con él vinieron tambien nuevas tropas para proseguir las hostilidades. Deseos grandes

(1) Cuenta Valerio Máximo, que Quinto Cocio, denominado el Aquiles, fué provocado por Píreso el mas ilustre y el mas bravo de los celtiberos, á quien obligó á declararse vencido. Este jóven audaz, dice el escritor latino, no se avergonzó de darle su espada y sus arreos militares, á presencia de los dos ejércitos. El valor de Píreso, debia ser grande, cuando Cocio no le mató, como habia hecho anteriormente, con otro celtibero que le habia desafiado, antes al contrario exigió del español que les uniesen los lazos de la hospitalidad, cuando se hiciese la paz.

traia Serviliano de que durante su consulado terminasen tan desastrosas campañas, por eso desde los primeros momentos dió notables muestras de actividad y valor; grandes dotes en verdad, si fuesen unidas á la prudencia de Emiliano. Para conseguir su intento, reunió á sus tropas, las de los auxiliares, y mandó venir de Africa diez elefantes, con lo cual se creyó en disposicion de desafiar las iras lusitanas, que si no las habia domado en Ituccia, supiera al menos, á pesar de los alaridos que daban, y del terror que inspiraban con su larga cabellera, como escribe Appiano, rechazar el ataque de los que intentaron hacerle levantar el sitio y tomar la plaza. Esta pequeña ventaja, mas era para animarle en sus intentos, que para hacerle vigilante y receloso de las estratagemas del contrario; sin embargo, apenas el cónsul recibió el socorro pedido al Africa, cuando se creyó en estado de poder batir á Viriatho. Animado de tan belicoso pensamiento, Serviliano, se adelanta hácia los lugares en que el lusitano tenia su ejército, le presenta la batalla, Viriatho la acepta, y al poco tiempo de combate se declara este último en retirada. Ignoramos si era real ó fingida, si abrumado bajo el peso de mayores fuerzas, ó simplemente como una estratagema, emprendió la fuga, es lo cierto que cuando los romanos le perseguian mas encarnizadamente, Viriatho se detiene, vuelve cara al enemigo, le derrota por completo, le mata tres mil hombres y ante él huyen tan despavoridos los romanos, que ni al abrigo de las propias trincheras creian hallarse seguros. En tan inesperado conflicto, Serviliano no atendió á otra

cosa que á salvar las reliquias de su ejército, y retirarse con ellas á Ituccia, como lo logró despues de grandes angustias y penalidades, pues el gefe enemigo, con la actividad que le era propia y de que dá testimonio el narrador de las guerras hispánicas, no le dejaba un momento tranquilo. Lo ligero de las armaduras lusitanas y la velocidad de sus caballos les permitian fatigar sin piedad á los romanos en su marcha, á quienes, ni en las altas horas de la noche, ni en las mas calurosas del dia, les dejaba gozar del necesario reposo. Por fortuna para los invasores, escaso Viriatho de mantenimientos y de tropas, se vió obligado á volver á la Lusitania y dar alli algun descanso á sus tropas, mientras el romano se apoderaba de algunas ciudades de la Beturia.

La nueva campaña no se abrió con mejor éxito; los romanos, que se habian retirado á las ciudades de los celtas cuneos, rompieron las hostilidades, moviéndose hácia la Lusitania, en donde les salieron al encuentro diez mil lusitanos, al mando de Curio y Apuleyo: nombres que indican por cierto, que la influencia romana habia penetrado mas adentro y mas vivamente en el corazon de los pueblos, que sus mismas armas. El encuentro fué fatal para los invasores, pues fueron vencidos y perdieron sus bagajes, y lo fué asimismo para los lusitanos, que compraron la victoria con la muerte de uno de sus gefes. Desde luego conoció Serviliano el peligro que corria, internándose en la Lusitania, dejando á sus espaldas descubierta la Bética, y muchas de sus ciudades en poder del enemigo; asi fué que des-

pues de recobrar los bagajes perdidos en el anterior encuentro, retrocedió hácia Andalucia, tomó tres ciudades en que los lusitanos tenian puesta guarnicion, hizo diez mil prisioneros y cometió con ellos uno de esos actos de crueldad, tan propios de aquellos tiempos y de aquellos hombres. A imitacion de los anteriores gobernadores que habian comprometido con sus escesos de venganza la suerte de las armas romanas en la península, condenó á muerte á quinientos de los prisioneros y los restantes los vendió por esclavos. No fué esta la única vez, en que el pro-cónsul dió muestras inequívocas de la desapiedada dureza de su corazon, pues, como algunas ciudades aliadas de Viriatho se le entregasen bajo la fe de la palabra romana, escogió quinientos de entre sus nobles y principales, y les hizo cortar las manos. Appiano dice que fue su hermano quíen tal hizo, pero no puede negar que era un romano, y que su palabra fué un perjurio.

En tanto Viriatho, que habia intentado en vano reparar las pérdidas esperimentadas en la Bética, cuyas ciudades y gefes le abandonaban, Viriatho, que habia visto á los romanos domar en breve tiempo á los pueblos castellanos y leoneses, comprendió que en tal ocasion, lo mismo que en otras análogas, no le quedaba mas recurso que retirarse á sus montañas y esperar ocasion oportuna de recobrar lo perdido en tan rápida como desgraciada campaña. Obligáronle esta vez los contratiempos sufridos, á retirarse al fondo de la Lusitania, mientras Serviliano,—así lo asegura el tantas veces citado Appiano—le perseguia de cerca en su

marcha, y le obligó á ampararse en la ciudad de Erisana, como la llama aquel historiador.

¿Dónde estaba situada esa ciudad? Los escritores nacionales dicen que lo ignoran, pero que atendiendo á las relacioues y teniendo en cuenta que en la Bética estaba el teatro de la guerra, no se puede sacar de esta provincia aquella heróica ciudad, que proporcionó al gefe lusitano un nuevo y salvador triunfo. A pesar de estas razones, nosotros creemos que Erisana estaba en Galicia, y en region cercana á aquella en que el Miño rinde su caudaloso tributo al Occéano. Olvidemos por un momento, que consta que la actual Bayona de Galicia, se llamaba Erisana antes de recibir con los fueros que le dió Alfonso XI, el nombre que hoy lleva; olvidemos tambien que esta ciudad, como depósito del estaño, y tal vez como fabricadora de armas de bronce, era poderosa y rica, y por lo mismo escitaba la codicia romana, hasta el punto de que César la molestase mas tarde, y hagamos á los que piensan otra cosa la siguiente reflexion: de los relatos de los historiadores latinos consta que Viriatho habia perdido las ciudades de la Bética, en que tenia guarnicion, y que á esto se siguió inmediatamente la alianza de las restantes con los romanos. ¿Cómo se concibe que aquel gefe permaneciese allí, en donde todo le era contrario y no se retirase á la Lusitania, como lo hizo en ocasiones menos críticas y cuando dejaba á sus espaldas en la Bética, no solo ciudades que le eran fieles á la alianza contraida, sino tambien ciudades con guarnicion lusitana? Aparte de que los historiadores latinos escribie-

ron de estas cosas con una desesperadora concision y harto confusamente,—pues se les ve á cada instante confundir los lugares, anteponer una accion á otra que tuvo lugar antes, de lo que es una buena prueba el mismo Appiano, que cuenta antes de la muerte de Viriatho, las espediciones de Bruto á Galicia, pudiendo dar asi lugar á la sospecha de si se verificaron durante las guerras viriáthicas,—aparte de todo esto, decimos, debe notarse, que si es cierto que Erisana (1) estaba sobrado lejos del teatro de la guerra, y que para llegar hasta ella tenian los romanos que hacer un largo trayec-

(1) Martinez Padin, en su *Historia de Galicia*, t.º 1, pág. 291, reduce ya, Erisana á nuestra Bayona, pero la mayor parte de los escritores españoles, que ignoran que aquella villa se llamaba antes Erisana, como dice Alfonso XI en los fueros que le dió, sostienen que la ciudad citada por Appiano, estaba en la Bética. Desgraciadamente los libros en que Tito Livio y Diodoro escribieron acerca de estas guerras, han perecido, por lo mismo no se puede decir si el nombre de dicha ciudad es el verdadero tal como ha llegado á nosotros ó resultado del error de los copistas. Para nosotros la posicion de Bayona, orillas de la mar, frente á las Cies (Casitérides?) y teniendo á su espalda un vasto pais productor del estaño y del plomo, nos hace sospechar --aparte de haberse conservado su nombre durante algunos siglos--que esta ciudad se llamaba Ærisania, ó ciudad de los metales, como Cinnania, cuya mas probable reduccion indicaremos mas adelante, equivalia tal vez á ciudad del estaño. Sin embargo, añadiremos con toda sinceridad, que las razones espuestas por Cortés, en su *Diccionario geográfico-histórico de la España antigüa*, artículo *Erisana*, nos han parecido dignas de tenerse en cuenta, siempre que se trate de esta cuestion con ánimo severo é imparcial. Si nos hemos inclinado á la opinion que sustentamos, es porque creemos, que si bien no es imposible que Erisana, no sea otra que Arsa, sobre todo cuando se ve que la primera ciudad que ataca Cepion al renovar las hostilidades es esta última, las razones que dejamos espuestas en contra, favorecen bastante á nuestro modo de ver, la reduccion que hacemos, en la inteligencia de que este y otros puntos de la antigüa geografia de España, están llamados á ser resueltos de una manera mas satisfactoria que hasta el presente, cuando los estudios históricos, tomen la direccion y el vuelo que han llegado á alcanzar en otros paises. De todos modos debemos advertir que favorece nuestra su-

to, atravesando paises enemigos, no lo es menos que se ignora el tiempo que tardó Serviliano en llegar hasta Erisana, y los sucesos parciales que tuvieron lugar desde que las ciudades de la Bética abandonaron el partido lusitano, y Viriatho se vió obligado á retirarse á su pais. Es para nosotros lo mas probable, que viéndose aquel caudillo en una de las mas terribles posiciones en que se halló durante la guerra, se retirase apresuradamente hácia los apartados lugares de donde le suponemes natural, y viniese en busca de recursos á las ricas comarcas en que Erisana, Cinnania y Lambrica se asentaban, siendo todavia, como en los dias de la prosperidad fenicia, ciudades poderosas y florecientes, que con la sangre semita conservaban vivo todavia el odio al poder y nombre romano. Tanto mas verosímil es esto, cuanto que apenas vencido Serviliano por Viriatho, propone este la paz y el romano la acepta, señal de que conocia perfectamente la situacion á que se veia reducido. Mucho dudamos que á pasar la accion en la Bética, y no tan lejos de sus cuarteles, la aceptase el procónsul. Este habia llegado hasta Erisana creyendo vencido á Viriatho y queriéndolo reducir al último estremo, para tener la gloria de vencerlo y terminar una guerra tan cruel y desastrosa para Roma. No obró en esta ocasion como mal capitan, sino en

posicion, el hecho de que en la villa de la Guardia, situada en la misma costa que Bayona, y á no mucha distancia de ella, existan en el alto monte de Santa Tecla los restos de un campamento romano, que lleva en el pais el significativo nombre de *Campo de Viriatho*. Bajo un gran peñasco deshecho hace años, se halló una estatuita de bronce, que segun la descripcion que de ella se nos hizo, representa un hombre desnudo, con barba, y en la mano tres bolas.

arriesgarse tan adentro y en paises que no conocia, dejando á sus espaldas pueblos enemigos; mas le disculpa y absuelve de esta falta, el hecho de que Viriatho, ya que no vencido, iba al menos aniquilado por las circunstancias, y que era aquella ocasion en que desplegando alguna actividad y firmeza, se podia acabar con él para siempre. Otros generales romanos se vieron cercados por Viriatho y supieron huir: si Serviliano no lo intentó siquiera, fué porque conoció que era mas terrible y mas comprometida para el ejército romano una retirada por aquellos paises, que no aceptar una paz que la ciega fortuna le obligaba á firmar. Por lo demas, y en apoyo de lo que acabamos de decir, bastará que añadamos, que cuando Cepion empezó las nuevas hostilidades contra Viriatho, no hizo la guerra en la Bética, señal de que alli nada tenian que temer, sino que la trasladó á los paises de los vettones y galláicos, como puede verse en Appiano, sin que deba entenderse aqui por galláicos mas que los de esta tribu, situada al N. de Braga,—tal vez entre los rios Limia y Miño,—y no muy distante de Erisana.

Sabemos, que habiéndose retirado Viriatho á Galicia, Serviliano fué á su alcance, y cercó con fosos y empalizadas á Erisana. Resistíase la ciudad, cuando una mañana, al romper el alba, aquel á quien puede aplicarse la hermosa espresion de los bardos, impetuoso como el fuego de las malezas sobre la montaña desierta, cae sobre el enemigo, deshace las empalizadas, atropella á los que las levantaban y obliga á Serviliano á abandonar el campo y retirarse á un lugar

incómodo y estrecho y de no muy fácil salida. Reducidos á tal estremo, y cuando los romanos esperaban á su vez ser castigados con aquella dureza de corazon de que su mismo general habia dado mas de un ejemplo, Viriatho propuso la paz, hallando mas noble, dicen las historias latinas, firmarla cuando era vencedor y no cuando fuese vencido. Hiciéronse, pues, las paces, y quedó estipulado que Viriatho seria amigo y aliado de Roma, y que unos y otros se habian de contentar con los dominios que poseian. Sin duda, hubo de tomar esta determinacion, viendo que el peso de la guerra caía todo sobre la Lusitania, y que las ciudades de la Bética, las tribus vaceas, y demas que habian estrechado su alianza con él, cuando le vieron fuerte y poderoso, no permanecian tan fieles á sus juramentos como era de desear atendida la santidad de la causa que defendian. Con razon advierte Lafuente, reseñando siquiera rápidamente los acontecimientos de estas guerras, que el espiritu de localidad predominaba todavia en aquellos españoles, para quienes parecia ser la mas difícil de las obras la union.

Gozaba Viriatho de la paz ratificada por el Senado, cuando Servilio Cepion, que habia seguido á Serviliano, que conocia la verdadera posicion del jefe lusitano, y que aspiraba como los anteriores, á la gloria de terminar esta guerra, de otra manera que por un tratado de paz, representó vivamente al Senado cuan contrarias eran al honor romano las cláusulas y el hecho del tratado, y pidió permiso para renovar las hostilidades. El Senado que en cuanto á fidelidad á lo pactado, corria

parejas con los cónsules y pretores, dió la licencia deseada, y entonces el ambicioso cónsul se movió contra Arsa, ciudad de la Bética, en donde se hallaba Viriatho. Sorprendido éste y viéndose en estado de no poder resistir, abandona precipitadamente á Arsa, que cae en poder de Cepion, y emprende la retirada perseguido incesantemente por el nuevo cónsul. Puede sospecharse que esta vez, como en la anterior, Viriatho corria á guarecerse en la parte de la Galicia bracarense, en donde le era mas fácil organizar un ejército; pero alcanzado por Cepion en la Carpetania, se vió obligado á renovar aquel arrojado ardid, que fué su primer hecho de armas contra los romanos, y sosteniendo con la caballeria el ímpetu de los invasores que le presentaron batalla, hizo que en tanto los infantes desfilasen, y cuando los creyó seguros, volvió grupas y huyó con la caballeria, dejando burlado al ambicioso y osado Cepion. Descargó éste sus iras contra los vettones, aliados naturales de los lusitanos, y se echó en seguida sobre los galláicos saqueando su territorio. Es esta la primera vez que los historiadores latinos mencionan la belicosa tribu riveriega del Miño, indicando de este modo que habian sus hijos tomado parte en las guerras viriáthicas. Lo mas notable en esta cuestion es, que estando situada dicha tribu mas acá de Braga, no mencionan aquellos autores á los bracarenses y si á los galláicos; cosa bien digna de que se advierta por los historiadores gallegos, para disipar algun tanto, ciertas pretensiones lusitanas de nuestros vecinos, y para probarles que no fueron ellos los úni-

cos que tomaron parte activa en tan memorables guerras.

Puede sospecharse que Cepion seguia en semejante ocasion las huellas de Serviliano y que iba á buscar á Viriatho en su retiro, al propio tiempo que á castigar á los que siguiendo su ejemplo, como espresamente añade Appiano, infestaban, son sus palabras, de latrocinios la Lusitania. Ya sabemos lo que con esto querian decir los romanos, asi que, en vez de escribir con aquel autor, que el cónsul iba á castigar las desvastaciones de los que se pusieron sobre las armas, al tener noticia del movimiento del ejército de la república, diremos que los hombres de la tribu gallaica y sus vecinos, se apresuraron á defender sus tierras saqueadas por aquellos conquistadores, á oponerles un dique poderoso y á defender su independencia comprometida desde el momento en que su jefe fuese vencido. Este en tanto, sorprendido como habia sido por la mala fé romana, en su estado poco á propósito para emprender la guerra con éxito, trataba de ganar tiempo y reforzar su ejercito; mas la velocidad con que Cepion cayó sobre la parte de la Lusitania, de donde esperaba Viriatho mayor número de auxiliares, movió á este á enviarle á tres de sus confidentes para enterarse de los deseos de los romanos. Cepion recibió con rostro afable á los enviados y logró corromperlos con promesas. Aulace, Ditalcon y Minucio, que asi se llamaban, le prometieron librarle de tan gran enemigo y tornando á sus reales, penetraron de noche en su tienda, le cogieron dormido y le dieron muerte. Asi acabó aquel grande hombre, el úni-

co capitan, al decir de Justino, que tuvieron los españoles, el Romúlo español como le llamó Floro, con un profundo sentido que hasta el presente no pareció advertirse.

Cuando á la mañana siguiente, supo el ejército tan lamentable catástrofe, los gritos y alaridos de los soldados dieron á conocer el amor qne profesaban á Viriatho. Con ese buen sentido práctico, que en tales casos pocas veces abandona á las muchedumbres, conocieron bien pronto que aquella pérdida era irremediable para ellos y que quedaban á merced de sus enemigos. Para honrar al que tanto habia sido para ellos, dispusieron en su honor las mas grandiosas exéquias: fué colocado su cuerpo con muchos ornamentos, dice el tantas veces citado Appiano, sobre la pira, se sacrificaron porcion de víctimas y se cantaron sus alabanzas en torno de la hoguera, en que se consumian sus restos inanimados: rasgo este último que descubre una costumbre céltica. Recogidas las cenizas—y puestas tal vez bajo las grandes piedras de un dolmen, que cubrió la tierra, á cuyo lado pasaron algun dia, sin conocerle, los que le amaban como á uno de los mas grandes hombres de su raza—tuvo lugar el combate de doscientos pares de gladiadores, en el cual se disputaron sus soldados el triste honor de morir en holocausto de aquel á quien tanto habian amado. Era este, segun los historiadores latinos que de él nos dejaron un cabal y cumplido retrato,—probándonos asi el recelo y cuidado que llegó á inspirar en Roma,—el hombre mas ilustre que produjo la España antigua. Parco en su comida, modesto en su

trato, justo en el reparto del botin, enemigo del fausto, valiente hasta la temeridad, prudente hasta el esceso, audaz y hábil á un tiempo, poseia todas aquellas cualidades que hacen de un capitan el ídolo de sus soldados y el terror de sus enemigos. Cuenta Diodoro que no abandonaba jamás su armadura de hierro, y Justino añade, que guardó siempre la misma sencillez que en su primer campaña, de manera, que el último de sus soldados parecia mas rico que el general; dormia armado, estaba dotado de grandes fuerzas, por lo cual fué admirado lo mismo que por su habilidad estratégica, y de tal manera llegó á captarse la voluntad de su ejército, que ni una sola vez se le amotinaron sus soldados, como han tenido cuidado de advertirnos Diodoro y Appiano. Este rasgo mas tuvo de comun con el grande Hannibal, como él enemigo irreconciliable del poder romano. El dia de su boda dió hartas pruebas de lo modesto de sus costumbres; ni se sentó á la mesa, ni gustó de los delicados platos que le presentaban y como mirase con desprecio las telas y demas objetos de lujo, y los que lo advirtieron le preguntasen por qué lo hacia, contestó, que pensaba que todas aquellas riquezas estaban á disposicion del que poseyese una lanza (1). Esta respuesta, notable por mas de un concepto, descubre en él, al hombre de aquella raza impetuosa que preferia la muerte á la pérdida de sus armas, cuyo ejercicio constituia la principal ocupacion de su vida.

(1) Diodoro Siculo que es quien dá esta noticia, describe largamente y con cierta complacencia los principales rasgos del carácter de tan ilustre capitan. En el siguiente fragmento nos da á conocer á Viriatho como hombre de inge-

Si como guerrero y como gefe era Viriatho un hombre terrible para los romanos y una halagüeña esperanza para los españoles occidentales, no era menos digno de estima como hombre político. No podemos formar idea cabal de sus intenciones, ni saber hasta donde sus aspiraciones alcanzaban, pues los autores antiguos nada nos han dicho espresamente; sin embargo, atendidos los relatos que de sus guerras nos dejaron, teniendo en cuenta cuan pronto se despierta la ambicion humana en aquellos á quienes sonrie el triunfo, puede presumirse que el gefe de la oscura tribu, cuyo nombre han olvidado sus mismos enemigos, abrigó algun dia la esperanza de dominarlas todas y formar asi un reino poderoso capaz de oponer á los ro-

nio y de un sentido práctico notable.

«En las bodas de Viriatho se habian espuesto muchas riquezas. Despues de arrojar sobre ellas una mirada preguntó á Astolpas:--¿Cómo los romanos viendo tantas riquezas espuestas en los festines, se han abstenido de apoderarse de ellas cuando tuvieron ocasion de hacerlo? Astolpas respondió que muchos romanos las habian visto, pero que ninguno habia soñado en cogerlas ni en pedirlas.---¡Por qué has abandonado á los que te dejaban gozar de tus bienes tranquilamente, para aliarte conmigo hombre oscuro y salvaje?»-Viriatho era ingenioso en sus conversaciones, y sin embargo no habia tenido por maestro mas que á la naturaleza. Los habitantes de Tycca, se declararon, ora por los romanos, ora por Viriatho y como continuasen obrando de esta manera, Viriatho se burló de su inconstancia y de su falta de juicio recitándoles esta fábula: «Un hombre, les dijo, de edad regular, se habia casado con dos mugeres, la mas jóven queriendo que su marido fuese de su misma edad, le quitaba los cabellos blancos, mientras que la mas vieja le arrancaba los negros; en fin gracias á estas dos mugeres se vió bien pronto calvo. Igual suerte está reservada á los habitantes de Tycca, los romanos matan sus enemigos, los lusitanos los suyos y vuestra villa quedará bien pronto desierta.» Se cuentan todavia muchas otras ingeniosas frases de este hombre, que no habia hecho estudios y que no tenia mas educacion que la del sentido comun. El hombre que vive con arreglo á los principios naturales, tiene la palabra concisa y segura por el ejercicio de la virtud. Diodoro, libro XXXIII. *Excerpt. Vatican.* pág. 97-98.

manos un dique inseparable en sus irrupciones. Comparándole el abreviador de T. Livio, á Rómulo, parece indicarnos ya cuales fueron sus intentos, siquiera, menos afortunado que el hijo de la Loba, no alcanzase á ver realizadas tan gratas esperanzas. Quizás armaron menos el brazo de sus amigos las promesas de Cepion, que la envidia ó el interés privado de los que sacrificaron á sus rencores la vida de aquel grande hombre y con ella la salvacion de la patria. El hecho es que los soldados le habian prestado juramento de fidelidad, que los gefes de las demas tribus lusitanas reconocian en cierto modo su autoridad, y que uno de los hombres mas poderosos de estos paises le dió su hija en matrimonio: no se aventurará, pues, quien asegure, como ya lo hizo Lafuente, que las tentativas de Viriatho iban encaminadas á reconstruir nuestra nacionalidad, á darnos aquel lazo de union, que al decir de los escritores latinos, nos hubiera hecho invencibles si lo hubiésemos alcanzado.

Al que conozca cuales eran las tendencias y costumbres celtas, no podrá menos de comprender lo difícil que era la obra emprendida por aquel caudillo. Hoy mismo, y despues de tantos siglos de una estrecha y no interrumpida unidad, les es imposible á nuestros pueblos prencindir de ese espíritu, que podemos decir de tribu, tan poderoso, especialmente entre nosotros; mal podian por lo mismo aquellos rudos montañeses deponer sus odios de vecinos ante el poder que se formaba absorbiendo los demas, siquiera tuviese por base las mas gloriosas victorias. Aquel de quien dice Jus-

tino, que mas le siguieron los españoles como hombre hábil para evitar los peligros que como general, probando asi la ruda independencia de nuestros antepasados y el carácter individualista que les distinguia, no debió intentar la unidad de los pueblos occidentales por otros medios que los de una vasta y poderosa confederacion. No debia ignorar, como era su tiempo y como era el carácter de los hombres de su raza. Si su generoso corazon ambicionó, en medio de los triunfos, algo mas que esto, aquellos que armaron el brazo fratricida y le hirieron á traicion en medio de su sueño, no dejarian de acompañar sus golpes con palabras que le hubiesen hecho conocer lo temerario de su empresa: que algo dice que fuesen hombres de distincion los que le dieron muerte, que fuesen sus soldados los que mas le lloraron. La historia nos dice que en las cosas y en los sucesos, en que se juega la vida y la suerte de las naciones, mas hay que temer de los altos y poderosos que de los pequeños y débiles; no hay ejemplo de que un ejército abandonase las banderas de su patria, las hay si, de gefes que, obedeciendo á secretos impulsos de odio ó de ambicion, no vacilaron en manchar su nombre con las traiciones mas infames.

Privado el ejército lusitano de su gefe, nombró uno nuevo, llamado Theuthames, nombre celta como las gentes que le eligieran. Se comprende, desde luego, que al distinguirle de esta manera, sabian perfectamente los soldados, que era digno de llevar en sus manos la espada lusitana. Por desgracia, si tenia el valor y la prudencia de Viriatho, no le acompañaba la fortuna,

puesto que ya en su primer encuentro con los romanos fué harto desgraciado. Tal vez los mismos soldados cansados de tan larga campaña, faltándoles aquella ciega confianza en su gefe que hace invencibles los ejércitos, no sostuvieron el combate con la energia necesaria; pero es lo cierto, que habiéndose Theuthames dirigido hácia Saguntia, en la Turdetania, y puesto sitio á dicha ciudad, Cepion, que le iba á los alcances, le obligó á levantarlo. Despues como los romanos le hubiesen cortado el paso y fuese Theuthames fatigado, pidieron la paz á los conquistadores, y estos que segun confesion de Diodoro, temian todavia á aquel ejército invencible cuando lo mandaba Viriatho, no vacilaron en capitular con los lusitanos bajo las condiciones por estos propuestas.

Asi terminaron las guerras viriáthicas.

X.

Espediciones de Decio Junio Bruto, denominado el *Galláico.*

Ni las paces concedidas al ejército lusitano, ni el furor y fortuna con que Cepion se arrojó sobre galláicos y vettones, fueron bastantes á aquietar los ánimos de las gentes que vivian del lado de acá del Duero: al contrario, uno como oculto pero poderoso movimiento, se declaró en todas las tribus que poblaban este vasto territorio y se lanzaron á la guerra contra Roma, con el denuedo propio de los hombres de su raza, y con aquel varonil desprecio de la vida, que no pudo menos de advertir el historiador romano. Estas gentes, hasta entonces no domadas y que mantenian vivo en su corazon el odio al hombre del Lacio, estas gentes, cuyas amistades é intereses venian desde hacia tiempo siendo contrarios á toda alianza con Roma, amaban sobre to-

do su independencia, y tenian por las fatigas de la guerra esa noble predileccion, que, como hemos dicho ya, constituia la ocupacion mas grave de su vida. La larga y afortunada lucha que Viriatho sostuvo contra la república, les acostumbró á mirar á los romanos con cierto desdén que no dejó de perjudicarlos y les inclinó á lanzarse de nuevo á la pelea, contra los soberbios y rencorosos romanos.

Cuenta Appiano, que muchas galláicos, imitando á Viriatho, recorrian en bandas el pais y desolaban los que se hallaban ya bajo el dominio de Roma. Añade ademas, que contra ellos fué enviado D. Junio Bruto. Las noticias que de este general nos han dejado los historiadores latinos, nos lo presentan como un hombre dotado de gran valor, de no escasa prudencia y de un aliento y superioridad notables. De ello dió hartas pruebas, ya en las ocasiones que se le presentaron en Galicia, ya tambien en aquella otra en que, segun Tito Livio, vengó, con una victoria debida á su valor, la derrota que los Iapides hicieron esperimentar al ejército de la república, al mando de Sempronio. Desde luego puede decirse que en Galicia alcanzó lo que ningun otro habia conseguido hasta entonces, sin que pueda negársele la gloria de no haber manchado sus triunfos con las grandes crueldades que los demas pretores.

Las breves y rápidas noticias que acerca de sus guerras nos dejaron los latinos, asi como la confusion que en ellas introdujeron, no permiten mucho, á decir verdad, ni estenderse en su narracion, ni menos

ponerlas en órden y describir los sucesos cronologimente. Gracias que sepamos que D. J. Bruto vino á España el 158 A. de J. C. y que su gobierno duró seis años, el mismo tiempo sin duda alguna que duró la guerra que estas tribus occidentales sostuvieron contra Roma. A Paulo Orosio debemos la importante noticia de la espedicion que los gallegos hícieron para ir á auxiliar á los lusitanos (1), cuando estos, muerto Viriatho, erraban á la ventura, esperando ocasion propicia de caer sobre los romanos y con una victoria señalada probar á aquellos orgullosos conquistadores que vivian aun los hombres que en Tríbola y en el monte de Venus los habian puesto en desordenada fuga. Sesenta mil hombres salieron de estos paises para ir en auxilio de sus hermanos, y se adelantaron hacia la verdadera Lusitania, llevando consigo sus mugeres á quienes el dolor no arrancaba una queja. Bruto les salió al encuentro, y despues de una lucha cruel y áspera, logró matar cincuenta mil y hacer seis mil prisioneros, logrando salvarse los restantes. Asi nos lo cuenta el historiador bracarense, con una concision desoladora, cuando por ser cosa que tan de cerca tocaba á su pueblo y á su gente, debió detenerse y contar menudamente los sucesos todos de aquella guerra memorable. Lo que hay de notable en todo esto, es que Appiano, nada dice de semejante espedicion,

(1) Esta noticia de Paulo Orosio parece estar en contradiccion con lo que llevamos dicho respecto á la estension que en un principio dieron los latinos á la Lusitania: para convencerse de lo contrario basta saber que Orosio, escribió en el siglo V.

ni de la victoria del romano, que por señalada bien merecia que se la mencionase. ¿No probará esto que, como sospechamos, los sesenta mil combatientes de que nos habla Orosio, no fueron derrotados en una sola accion, sino en una larga y áspera campaña; que no arriesgaron juntos una batalla, sino que fueron en diversos cuerpos y por caminos distintos en busca de los invasores? Nosotros creemos, y asi concuerdan las relaciones de ambos historiadores, que el ejército formado en Galicia, se esparció por el pais de entre Tajo y Duero, en bandas mas ó menos numerosas, y con tan torpe medida, debida sin duda al espíritu de tribu que les animaba, debilitaron sus fuerzas y facilitaron á Bruto el medio de vencer uno á uno, los que juntos hubieran sido invencibles. A pesar de todo, semejante tarea no era tan fácil á las tropas de la república, y Bruto se cansó bien pronto de aquella lucha estéril y de perseguirlos con tan poco fruto, á través de tan largo como desconocido pais. (1) Por esto, dice Appiano, considerando que el alcanzarlos fuese cosa de grandísima fatiga, y el no alcanzarlos de mucho vituperio, y el vencerlos de poca gloria, se dirigió á hacer daño

(1) Estas palabras de Appiano vienen á probar una vez mas la verdad con que hemos estendido la Lusitania hasta los últimos límites de Galicia. La espedicion de Bruto fué dirigida contra los gallegos, á quienes segun la espresion de aquel historiador, se cansó el pretor de perseguir por un *un tan largo y desconocido pais*. La verdadera Lusitania no era ciertamente tan estensa que cansase el recorrerla á ningun romano. En cuanto á lo de desconocida, bien se echa de ver que se trataba de paises no esplorados hasta entonces por los soldados de la república, y no de la Lusitania tal como la comprenden algunos de nuestros vecinos, pues dicha comarca la conocian entonces los invasores, tan perfectamente casi como la Bética.

á sus castillos, tanto porque pensaba castigarlos de este modo, cuanto porque esperaba dar ganancia á sus soldados. Lograba de este modo disminuir el número y la importancia de sus enemigos, puesto que por acudir al peligro en que se hallaba su pais, abandonaban las comarcas que habian invadido. Semejante medida no podia menos de traer los resultados que se proponia el pretor; las tierras amenazadas por el romano ó por él robadas, como escribe con una vergonzosa ingenuidad aquel historiador, eran al momento socorridas por sus hijos, que abandonaban la comun bandera; asi le fué fácil á Bruto ir venciendo poco á poco y separados, á los que juntos hubieran hecho huir de nuevo las águilas de Roma.

En la presente ocasion, como en otras muchas, el mayor enemigo de estos pueblos estuvo en ese instinto de fiera individualidad, que pasando del hombre á la tribu, de las relaciones de familia á las sociales, les ha dejado siempre entregados á los propios esfuerzos y por lo mismo fáciles á los mayores contratiempos. Acosados por Bruto de comarca en comarca, derrotados allí donde les encontraba el romano superior en fuerzas, en táctica y hasta en fortuna, eran diezmados y pasados á cuchillo juntamente con sus valerosas compañeras, aquellas de quienes se dijo que mostraban tanta constancia que no proferian una sola queja cuando las degollaban. En tal conflicto muchos de los que vivian en las tierras asaltadas por los romanos, se refugiaban en los montes con lo que poseian, sin que por esto se viesen libres del furor de los invasores, antes

iban á buscarles á los mas ásperos y ocultos retiros, en donde solo pidiendo gracia podian hallarla y solo entregándose á merced del vencedor, obtener nuevos campos y heredades en donde vivir y devorar en silencio la afrenta de su triste sumision.

Cuenta Appiano á quien seguimos con preferencia por ser el que mas noticias nos ha conservado acerca de esta guerra, que habiendo Bruto pasado el Duero, se adelantó como enemigo por el país bracarense, y despues de tomar muchos rehenes á los que se le rendian, llegó hasta las orillas del Lethes, siendo él, añade, el primero de los romanos que pensase en pasarle. En tal ocasion tuvo lugar aquella escena de que nos habla T. Livio y á la que alude Floro, cuando llama á este rio, temido de los soldados. En efecto, la superstición romana, no les dejaba pasar aquella corriente olvidadora, y Bruto para probarles que las aguas que corrian apacibles ante la temerosa mirada de las cohortes, no hacian perder la memoria á los mortales que las vadeaban, tomó una insignia y pasó el rio, desde cuya opuesta orilla llamó por su nombre á los soldados, para probarles que eran como las de los demas raudales, aquellas ondas desde entonces memorables. Desde allí pasó adelante, hasta encontrar otro rio, llamado Niben por Appiano, que es el único entre los antiguos que le nombra. Su reduccion no es posible; si se supone que era el Nœvis tendremos que el historiador ignoraba la posicion de este rio que corre entre el Limia y el Miño, y si queremos dar todo su valor á aquellas palabras, *pasó mas adelante hasta encon-*

trar el rio Niben, debemos referirnos al Miño, llamado tambien segun Strabon, Benis. Lo que hay en esto mas digno de notarse, es que Appiano prosigue diciendo, que despues de pasar aquel rio, condujo su ejército contra los de Braga, que le habian retenido un convoy de vituallas; solo suponiendo que Bruto tuvo noticia del ataque de los bracaros despues de pasar el Lethes y que vuelto á repasarlo se dirigió hácia el Nœvis (¿Niben de Appiano?) en direccion á Braga, pueden concertarse las noticias históricas y geográficas de este autor. (1) En otro caso ¿cómo suponer que pasando el Lethes y marchando mas adelante, se dirigiese contra los bracaros que dejaba á su espalda? Mas no nos inquietemos por estas pequeñas contradicciones, el mismo

(1) Solo entrando Bruto por Chaves, hácia las montañas de Monterrey y pais Límico, pudo, al retroceder hácia Braga hacer la marcha que indica Appiano, pues solo asi hallaba primero el Lethes, despues el Nœvis y en seguida pisaba ya el territorio bracarense. «Hay quien cree, dice Cortés y Lopez en su *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, tit. III, página 218, que el *Nevis Minius*, no son dos rios sino uno con estos dos nombres, asi como *Lethes Limia:*» ignoramos á que autor se refiere Cortés, pues Strabon con quien acota, escribe el Bœnis ó Miño. El Sr. Cortés, guiándose tal vez por el error de Mela, que viniendo de Braga para Galicia coloca antes el Miño que el Lethes, cayó en una falta imperdonable al presente, aceptando la leccion de Appiano, que no es posible sea admitida, sobre todo por aquel que se incline como el autor del *Diccionario*, á la opinion de que el Nœvis es el Miño. Nosotros que no tenemos gran fé en las indicaciones geográficas de los autores latinos, creemos que estos confundieron algunas veces el Lethes con el Miño y vice-versa, tanto que Strabon que dió pruebas de conocer este rio, al cual llama con razon el *mas caudaloso de la Lusitania* (y esto es una prueba mas de como estendian la Lusitania á la Galicia actual, en cuyo territorio nace y muere aquel rio) le dá asimismo el nombre de Bœnis, que en nuestro concepto pudiera ser Beonis y aplicarse al Limia ó Lethes, que nace en el lago conocido tadavia con el nombre de Beon. Bien sabemos que el geográfo griego apellida Belion al Lethes y que mal podia dar el mismo ó parecido nombre al Miño, mas no debemos olvidar que Plinio dá á este último rio, ademas del

Strabon que alude muchas veces y como quien conoce sus detalles, á la espedicion de Bruto, nos dice que al Bœnis (Miño) fué término de la espedicion de aquel romano, á pesar de que dicho rio corre por cierto á bastante distancia del promontorio Nerio, hasta donde llegaron Bruto y sus soldados. Lo cierto es que durante los seis años que duró la guerra, debió pasar el pretor sobradas veces aquellos rios y discurrir por nuestros campos en hartas direcciones: la rebelde Lambrica fué reducida mas de una vez, y ante los muros de la heróica Cinnania tuvieron los romanos que detenerse bastante tiempo. Por decontado puede sospecharse que las treinta ciudades que, segun Tito Livio (1), tomó de asalto, pudieran ser muy bien las treinta naciones que cuenta Strabon se estendian desde el Tajo á las fronteras de los ártabros, y que durante las hostilidades reconocieron por el momento el poder de la república. De todas esas diversas tribus, pero que tenian un mismo origen y costumbres iguales, salieron aquellos fuertes guerreros, de quienes, lo mismo que de sus mugeres, hace Appiano el mas cumplido elogio. Cuenta

nombre con que es hoy conocido, el de Lethes ó rio del olvido. Cuando tratemos de la geografia romana, entraremos en mas detalles acerca de este punto y otros tan obscuros como el presente, por ahora seanos permitido advertir de pasada que no es cierto como quiere Cortés en nota á Strabon, tit. I del *Diccionario*, pág. 97, que Appiano diga que el término de la espedicion de Bruto fué el Miño. Debió reflexionar Cortés, que aquel autor, dice que Bruto sitió á Lambrica, ciudad que bajo la fé de Mela, lleva el mismo Sr. Cortés al golfo de la Coruña, y mal podia por lo mismo ser el Miño que corre á bastantes leguas de distancia, el término de aquella espedicion.

(1) Tito Livio, Sumario del lib. LV. Appiano no dice que haya tomado tal número de villas, ni se conocian entonces tantas en la parte de la Galicia que recorrió Bruto.

este historiador, que los hombres iban gustosos á la muerte, que jamás en la pelea volvian la espalda, que no se lamentaban al morir, y que sus mugeres (1) se daban á sí mismas la muerte cuando caian prisioneras y mataban á sus hijos, como aquellos, dice, que mejor quieren morir que vivir esclavos. ¡Notable rasgo de un viril desprecio de la vida, que tanto admiraba la antigüedad en los pueblos que poseian virtud tan rara como admirable!

Naturalmente, espiritus tan inquietos, corazones que asi odiaban toda servidumbre, oponian á Bruto una barrera infranqueable. Libres, se oponian al paso de los romanos; vencidos, aceptaban las paces como una tregua, y su sumision á Roma no duraba mas tiempo que el que los romanos tardaban en abandonar estas ciudades, rebeldes á todo yugo. Asi nos lo dicen los historiadores latinos, y añaden que Bruto tuvo que guerrear y vencer de nuevo muchas de las tribus vencidas ya y en paz con la república. Un ejemplo de la temeridad y constancia con que defendian su independencia la tenemos en Lambrica, la cual habiéndosele entregado muchas veces, como se hubiese rebelado nuevamente, le causaba graves daños.

Las breves y escasas noticias que nos quedan acer-

(1) De la narracion de Appiano, parece desprenderse, que las valerosas mujeres que iban con sus maridos á la guerra y se hicieron acreedores á los elogios que aquel autor les prodiga, eran solamente las bracarenses. Abstraccion hecha de que, como ya hemos indicado en su lugar, la actual muger gallega está dotada de un varonil aliento capaz de las mas levantadas acciones, bastará saber que los sesenta mil gallegos de que habla Orosio, llevaron tambien consigo á sus esposas.

ca de la guerra que Bruto sostuvo contra los gallegos, apenas permiten sospechar que la mayor parte del tiempo que duró aquella memorable campaña, se pasó batiendo las numerosas bandas que discurrian por el pais comprendido entre los rios Duero y Miño, causando graves daños á los romanos, é impidiéndoles llevar mas adelante sus armas vencedoras. Dichas bandas, no eran ciertamente tan insignificantes como pudiera creerse, puesto que Vegecio nos cuenta que los españoles combatian en cuerpos de seis mil hombres (1); no debe, pues, estrañarnos que Bruto, que, segun testimonio de Appiano, se vió obligado para vencerlos, á atacar sus tierras y castillos, ocupase gran parte del tiempo de su gobierno en esta, por otra parte, no muy fácil tarea. Por de pronto, consta que fué ruda y áspera la oposicion que halló en los pueblos bracarenses, asi como tambien en los de la tribu galláica, sus vecinos, quienes, ni aun despues de vencidos y subyugados, dejaron de molestarle y oponerle todo género de obstáculos en su marcha hácia los pueblos de mas acá del Miño, cuyas apacibles riberas les servian de límites. Todo induce á sospechar que, viniendo Bruto hácia Galicia, hubo de dirigirse, con ánimo codicioso, hácia las montañas productoras del estaño y del plomo, y que una vez allí, hostigó á la ciudad de Cinnania con apretado cerco. De este suceso, asi como tambien del heroismo de los habitantes de aquella ciudad, tenemos noticia segura, por

(1) Vegecio escribe en su obra *Instit. rei militaris*, que los galos y los celtiberos y demas pueblos bárbaros, combatian por bandas de 6,000 hombres.

Valerio Máximo; desgraciadamente no las tenemos iguales, ni acerca de su posicion, ni de la época en que sufrió el asedio y asi son tantas, y tan diversas las opiniones de cuantos escribieron acerca de este asunto. Masdeu, á quien nadie negará la gloria de haber historiado el periodo romano, con una precision, una crítica, y una abundancia de datos, apenas oscurecidos por pequeños lunares, indica que no bien fueron derrotados los sesenta mil gallegos,—que él supone equivocadamente á nuestro modo de ver, fué en una sola accion y orillas del Tajo, pasó á sitiar á la ciudad de Cinnania, que reduce, lo mismo que nuestro Cornide, bajo la autoridad de Contador de Argote, al lugar de Gitania, entre Braga y Guimarans. Desde luego, adoptando semejante reduccion, es lo mas natural suponer que fué sitiada despues de la supuesta batalla y completa derrota de los gallegos, y por lo mismo al principio de la campaña, mas como todo induce á creer que fué en comarcas harto distantes, donde se asentó aquella poblacion, que llevaba en su nombre la prueba del comercio á que se dedicaban sus habitantes, de su propio peso caen los argumentos en que pudieran apoyarse para sostener semejante aserto. Los mismos portugueses difieren en la reduccion de aquella ciudad, si bien concuerdan en lo de colocarla en territorio perteneciente al moderno Portugal. Por su parte los historiadores gallegos, con la libertad que tienen todos para variar en cosas opinables, siguen el mismo rumbo, y trasladan á Galicia la gloria de haber contado entre sus antiguas ciudades, á la noble y varonil Cinnania.

Gallegos y portugueses acuden á los mismos argumentos, y unos y otros traen á la memoria los restos de edificios romanos y el hecho de conservarse mas ó menos corrompido el nombre de la primitiva poblacion en las miseras aldeas en donde se supone que estuvo asentada dicha ciudad.

No se puede negar que por efecto de su situacion, las tribus bacarense y gallaica, sostuvieron por mas tiempo y mas encarnizadamente la guerra contra los romanos, mas esta misma consideracion, nos dá derecho á pensar que si Cinnania hubiese estado situada orillas del Avo, siendo tan rica, tan populosa y tan considerable que pudiese permitir dar á los romanos respuestas como la conservada por Valerio Máximo, no dejaria Bruto de proseguir el cerco hasta rendirla, y no dejaria tambien aquel historiador de advertir esta última circunstancia. Cuando el procónsul entró en la actual Galicia, dejaba ya sujetos al yugo romano los paises de mas allá del Limia: quedaba Braga, que era la poblacion mas interesante de todo el pais, comprendido entre el Duero y el Miño, y no iba á ser seguramente Cinnania la única libre, la sola inespugnable en un pais conquistado, sobre todo teniendo en cuenta que tanto mas empeño se habria puesto en reducirla, cuanto mayor fuese su valor y su entereza. Bruto podia dejar á sus espaldas ciudades que se le rebelasen apenas hubiese abandonado su territorio; pero no ciudades vencedoras de las armas romanas. Esta consideracion bastaria para inclinarnos á la opinion de que Cinnania se hallaba situada en la actual Galicia, sino

creyéramos que están en lo cierto los que reducen dicha poblacion á la actual aldea de San Martin de Araujo (1).

(1) Lo dificil de la reduccion de Cinnania, ó Cinninia como quieren otros, se echa de ver leyendo las opiniones de los autores portugueses que de esto trataron, conformes todos ellos en llevar á Portugal dicha ciudad, asi como lo están los gallegos en traerla á Galicia. Cortés y Lopez, en su *Diccionario*, confiesa que si Cinnania no es la Lianiana, ó Ciliana de Ptolomeo y del *Itinerario*, nada puede decir de su correspondencia. En efecto, de ella solo sabemos que estaba en la Lusitania, circunstancia que hizo decir á los portugueses, que puesto que estaba en aquella provincia, del Avo para arriba, debia buscarse su reduccion. Este error adoptó tambien Masdeu, y esto es tanto mas de estrañar, cuanto el mismo confiesa en mas de una ocasion, que los límites de la Lusitania fueron mayores que los que comunmente se cree. Bruto guerreó en especial con las tribus bracaras y callaicas, asi como tambien con los pueblos que, desde la embocadura del Miño hasta el promontorio Nerio, se alzaban orillas del Occéano. En el territorio que estas ocupaban, hay, pues, que buscar el sitio en que estuvo aquella ciudad. Su nombre es en esta ocasion guia segura en este mar de conjeturas, y viene á dar mas fuerza á la opinion de los que, sin tener en cuenta esta circunstancia, la reducian á San Martin de Araujo. Si el conservarse el nombre de Gitania ¡á legua y media de Braga! ha bastado, como dice Argote, citado por Cortés, para reducirla á dicha localidad, igual argumento podia hacerse en favor de la aldea de Araujo, que, segun Sotelo, poseia ruinas de una ciudad denominada por los naturales Cinnania. Esto sin olvidarse de que segun este autor, se conservaban en su tiempo los cimientos de las murallas que eran muy gruesos y fuertes, en partes de ladrillo y argamasa, y en partes de piedra y de cal, y que, segun notó ya el Sr. Fontan en su gran *Mapa de Galicia*, pasaba al pié casi de dicha ciudad la via romana que entraba por Portelo de Homen. A pesar de estas razones el P. Sotelo, reduce Cinnania, á la actual Cangas en el golfo de Vigo, pueblo que conserva todavia su primitivo nombre céltico, de *Can*, villa' de donde vinieron con otros el nombre de *Cangos* pueblo que habita el Norte del pais de Galles, y el de nuestra Cangas. Cean Bermudez, en su *Sumario* de antigüedades romanas, pág. 222, la reduce á Sta. Comba y en territorio cercano al en que nosotros la colocamos, guiándose para ello, de la opinion de algunos escritores gallegos que no dice cuales sean y teniendo en cuenta que á media legua de distancia de dicha poblacion, existen ruinas de otra que puede y debe creerse romana. Todo aquel pais fué muy poblado y muy conocido de los romanos, pero debe tenerse en cuenta que mientras no se asentó por completo el dominio de Roma, en Galicia, las comarcas productoras del estaño, eran las mas ricas y pobladas, y que tan pronto como aquellos conquistadores llevaron toda su ac-

Cuando se opina que la mayor parte de las vias romanas de Galicia habian sido abiertas por los fenicios, cuando se sabe que las montañas de Bande, lo mismo que la sierra del Xerez (1) producian las primeras el mas puro estaño, la segunda el plomo mas abundante, cuando se vé que una ruta romana atravesaba aquellas imponentes soledades, cuando se conservan en ellas noticias de monumentos religiosos que acreditan la permanencia de los semitas ó de hombres que sintieron profundamente su influencia, y se vé que en aquellas comarcas mineras, pero agrestes y solitarias, y un tanto apartadas del litoral, no existia ciudad alguna importante que fuese como el centro activo y vigoroso de la vasta esplotacion que se verificó allí du-

tividad hácia las llanuras del pais limico y demas que le rodean, allá se trasladó la poblacion, decayendo la explotacion del estaño y tomando doble vida, la del hierro y el oro que buscaban entre las arenas del Sil.

(1) *Ban*, en céltico, es lo mismo que prominencia, altura. Segun Willians, en su precioso trabajo *On source of the non-hellenic portion of the latin language*, la palabra *ban* es el apelativo de muchas montañas, como Banuçdeni y Bannau (pronúnciase Bannae), las boyas de Breconshire y las montañas de Tal-y-van en Glamorganshire. Vid. Villians, *Essays on various subjects*. pág. 77.

Xeres de GIRI, en sanscrito montaña. Nuestros escritores, que en un esceso de lamentable romanismo, todo hacen deribar del latin, quieren que la palabra Xeres venga del *Girum* latino, por los giros y rodeos que daba allí la via; nosotros preferimos por ser mas natural, la primera denominacion. El país gallego, ya lo hemos dicho repetidas veces, está lleno de nombres apelativos, en que se conservan sin casi variacion alguna los nombres puestos por nuestros arianos. La misma ciudad de Braga y su tribu, de la cual los latinos con lo fácilmente que cambiaban la *c* en *g* y viceversa, hicieron Bracara y bracarenses, es lo mas fácil que no traiga su nombre de otro lado que del sanscrito Chrgu, que significa segun Pictet, la meseta de una montaña. Los que conocen la situacion de dicha ciudad dirán si le cuadra este nombre.

rante siglos, no puede uno menos de preguntarse, si es posible que en paises habitados por hombres, buscadores de metal, viviesen estos aislados, solitarios en medio de las mas ásperas montañas, sin un centro que alimentase su actividad, sin un primer depósito en que poder guardar los productos con tantas fatigas arrancados á la madre tierra. Esto no es concebible, y el nombre de Cinnania, que tal vez no significaba otra cosa que ciudad del estaño, viene á decirnos que la rica poblacion que resistió el cerco de los romanos, era ese centro y depósito, primer punto en que los comerciantes del plomo y del estaño recibian las primicias de aquella vasta y rica esplotacion. En efecto, reduciendo la antigua Cinnania á la actual aldea de Araujo, se vé que su posicion no podia ser mas ventajosa para hacer ese comercio: colocada entre la sierra del Xerez, las montañas de Bande y demas sierras que la rodean abundantisimas en estaño, recibia fácilmente los productos metalúrgicos de todo aquel grande y estenso pais. Al menos asi hay razon para sospecharlo. Se ven todavia los restos de una via romana, que atraviesa aquellas agrias montañas, los miliarios y demas lápidas con inscripciones latinas que se descubren en los lugares cercanos, nos prueban que alli hubo una numerosa poblacion, y en la misma aldea á que reducimos Cinnania, se conservaban á mediados del siglo pasado los cimientos de la antigua muralla que la cercaba y de otras construcciones, que acusaban, cuando menos la existencia de una poblacion de la cual no dan noticia los geógrafos romanos. Todavia

los rios Salas y Araujo corren á unirse al Limia bajo dos arcos romanos, y toda aquella fria y asperísima region, presenta las mas evidentes señales de que si es cierto que el hijo del Lacio hizo decaer lamentablemente las antiguas esplotaciones fenicias, no por eso las olvidó por completo, siquiera cambiase las minas de estaño por las arenas auríferas que arrastraba el Sil en su largo pero apacible curso.

Reducida Cinnania al actual pueblecillo de S. Martin de Araujo, queda dado un gran paso, para suponer que el cerco de dicha ciudad, debió haber sido puesto por Bruto, despues de haber sujetado á las gentes de la tribu gallaica, y emprendido sus conquistas hácia los pueblos de ambas orillas del Miño. Hallamos en una traducion de Valerio Máximo, que el sitio de Cinnania, tuvo lugar el año de Roma 617 (136 A. de J. C.) y aunque no debe callarse que en el testo latino no se halla fecha alguna, y que por otra parte ignoramos en que datos se habrá apoyado dicho traductor, no deja de ser estraño que asi se aparte de la comun opinion de los autores españoles, que aunque no fijan fecha alguna, suponen que dicha ciudad, se vió amenazada por Bruto al principio de la guerra. Por lo demas siendo el año 136, el tercero del gobierno del procónsul, concuerda esto con lo que llevamos dicho, esto es, que pasó algun tiempo desde que D. J. Bruto dió principio á la guerra, hasta el dia en que se presentó en son de conquista ante los muros de Cinnania. El P. Sotelo supone que despues de reducida Lambrica, y cuando el general se retiraba á la capital de la república, fué cuan-

do puso el sitio á aquella ciudad. Guióse sin duda por aquellas palabras de V. Máximo, *despues de reducida toda la Lusitania*, y tuvo en cuenta que solo estando de marcha podia Bruto, lleno de orgullo por las señaladas victorias que habia logrado, dejar sin castigo el pundonor cinnaniense, puesto que otros tan valerosos como ellos, habian sucumbido al poder y á la fortuna de Roma. El raciocinio de aquel docto jesuita, nos ha parecido siempre tan digno de tener en cuenta, que solo nos hizo apartar de su opinion, el hecho de que Appiano, que trató de estas guerras con alguna estension, nos dice terminantemente que despues de sujetar á Lambrica, partió el procónsul para Roma.

Es lo mas probable que Bruto, despues de vencer á los gallaicos, hubo de dirigirse hácia las ricas comarcas productoras del estaño, en donde Cinnania, centro y depósito de todo el comercio metalífero de aquellos paises, era sobrado incentivo para la codicia romana. El procónsul, que hasta entonces habia hecho la guerra en el fértil y apacible territorio comprendido entre el Duero y el Limia, ignoraba sin duda, que las altas sierras de donde el celto-fenice estraia el preciado metal, eran de clima harto diferente del que reinaba en los paises en que hasta entonces habia guerreado. Es posible que se adelantase hacia dichas montañas, á principios de otoño, y es posible tambien que buscando un facil paso al Lethes, siguiese la ruta fenicia que conducia á aquellas imponentes soledades, en donde la vista de tan ásperos lugares y la actitud de la guerrera Cinnania, le hizo comprender cuanto ganaba en apartarse de ellos, en

dirigirse hacia el litoral buscando un temple mas apacible y en dejar para mejor ocasion el castigo de aquella ciudad indómita. Lo ágrio y desabrido del terreno en que se hallaba situada, lo frio del pais, lo espuestos que estarian allí á los ataques y emboscadas del enemigo, le hizo desistir del proyectado cerco y contentarse con amenazar á sus habitantes y exigirles el rescate negado con frase tan enérgica, como la conservada por el escritor latino. Era largo y difícil el sitio, era ocasionado á cualquier desastre y las nieves del invierno podian hasta impedirle la retirada, mientras pasado el Lethes tan temido, y en el litoral cuyo clima podia compararse por su dulzura al de la misma Campania, la ciudad de Lambrica, depósito tambien del comerciante semita, le ofrecia un mas fácil triunfo. De todos modos el valor de los hijos de Cinnania quedó probado en aquella solemne ocasion, no solo por el sentimiento de dignidad con que se espresaron, como por el empeño con que *entregada casi toda la Lusitania*, intentaba ella sola proseguir la guerra. Aunque creemos que no debe darse un completo asenso á las palabras de Valerio Maximo, á quien la índole de su trabajo no obligaba á ser en aquel detalle todo lo escrupuloso que requiere la historia, consta desde luego que aquella ciudad fue de las últimas á sufrir el asedio, y que por lo mismo, es lo natural suponer que estaba situada en region que no hubiesen podido dominar por completo aquellos conquistadores. Tengamos en cuenta, que á pesar de ser tan rica y valerosa como se dice, ignorariamos su nombre y hasta su existencia, sin el pasage

de V. Maximo, en el cual se perpetúa el recuerdo de su heroismo. Gracias á él sabemos que los cinnanienses, enemigos irreconciliables del poder romano, fueron sitiados por Bruto, y ofrecida por este general la libertad á cambio de un cuantioso rescate, le respondieron:—Nuestros padres nos han dejado el hierro para defender la patria, y no el oro para comprar la libertad, de un general avaro (1).—Ciertamente,—añade el escritor latino,—hubiera sido mejor que los romanos lo hubiesen dicho, que no que lo escuchasen.

Es de presumir que levantando Bruto el cerco de Cinnania, y abandonando las altas sierras que la rodeaban, se dirigió hácia el Lethes que á poco trecho y por entre enhiestas y sombrias cortaduras deslizaba sus ondas olvidadoras, como las llamó Silio. Vadeada su corriente se dirigió hacia el litoral, y pasando el Miño, buscó aquel otro camino fenicio que se tendia á lo largo de las hermosisimas costas en donde la tribu de los spacos, y la de los cilenos habian hecho asiento. La fama de la riqueza de Lambrica le llevaron hácia ella, y despues de sujetarla al dominio de Roma, marchó siempre por la costa, hasta el promontorio Nerio, límite y término de su atrevida espedicion. Esta marcha á través de un pais rico y populoso, ocupado, sobre todo en el pais Presamarco, por celtas de los mas rudos y valerosos, no debió ser exenta de peligros. Mas de un encuentro debió haber sostenido contra las diversas tribus que ocupaban dichas comarcas, y no todos ha-

(1) Ferrum sibi á majoribus, quo urbem tuerentur; non aurum, quo libertatem ab imperatore avaro emerent, relictum. V. Máximo.

bian de ser felices para las armas romanas, por mas que la historia de aquella república guarde acerca de estos sucesos un lamentable silencio. En esta ocasion debió ser, cuando Bruto alcanzó aquella célebre victoria que T. Livio no se desdeñó de recordar, haciéndola posterior al paso del Lethes y por lo mismo en pais puramente gallego, y esto fue sin duda lo que hizo decir á L. Floro con frase mas breve y pintoresca que verdadera, que Bruto recorrió como vencedor las riberas del Occeano.

Es opinion acreditada que avanzó hasta las puntas mas occidentales de Galicia, que en el cabo Finisterre (el Nerium de los antiguos) visitó el ara ó templo dedicado al sol (1) y que desde alli vió con religioso temor, al astro diurno apagar sus rayos en las aguas del Occeano. Es esto tanto mas verosimil, cuanto que para los romanos terminaba alli la Lusitania, y Velleyo Paterculo nos dice que Bruto llegó hasta lugares de que apenas se habia oido hablar. Como su marcha no ha-

(1) Lo que dicen algunos escritores respecto á haber visitado Bruto el ara ó templo del sol en Finisterre, es un error, á que sin duda dieron orígen, las palabras de Floro, en las cuales se asegura que el procónsul no vió sin un religioso temor, y como si hubiese cometido un sacrilegio, ocultarse el sol en el Occéano. No hay noticia alguna de que los gallegos tuviesen antes de la entrada de los romanos, ara ó templo alguno dedicado al sol. Es posible si, que lo tuviesen en el promontorio Nerio á Osiris ó Baal, que eran lo mismo. Mas creible nos parece, que el *Ara* del sol, fuese levantada por el mismo Bruto, que aunque afectó desdeñar las creencias vulgares respecto á la fábula del Lethes, era como buen romano supersticioso, y no dejaria de creer que debia aplacar, con la ereccion de un ara, la cólera de aquella divinidad que segun los latinos, conocia todos los misterios y sabia revelar todas las perfidias.

Deben verse, por curiosas, las esplicaciones que da Strabon en el lib. III, cap. I de su *Geografia,* acerca de la puesta del sol en los puertos de España, bañados por el Occéano.

bia sido exenta de peligros, como los mismos soldados romanos abandonaban sus banderas y se refugiaban en las ciudades rebeldes—asi lo prueba el tratado entre Lambrica y el procónsul—como cada dia debian llegarle noticias que le probasen que sus conquistas no duraban mas que el tiempo que tardaba en ausentarse, y como por otra parte, no solo se le acababa el tiempo de su gobierno, sino que tambien habia reunido hartos despojos para comprar el triunfo, emprendió la marcha hácia el cuartel general romano, no sin detenerse de nuevo á poner el último y el mas terrible cerco á Lambrica que se le habia rebelado.

Era Lambrica una ciudad celto-fenice, situada á la embocadura del Umia, y por lo mismo cerca de los lugares en que hoy se asienta Cambados. No falta quien erradamente (1) la coloque en mas lejana comarca, pero

(1) Cortés coloca á Lambrica, en el golfo de Ferrol y para ello corrige el testo de Mela, suponiendo que la Flavia Lambris de Ptolomeo, capital de los Bædios segun este autor, es la misma Lambrica vencida por Bruto. A esta reduccion se oponen los testos de Mela y Plinio, mas el autor del *Diccionario geográfico-histórico*, corrige el testo del primero de estos geografos, leyendo Lambrica donde dice Abobrica y viceversa. Confesamos que esta correccion nos parece completamente inútil y que en realidad no sirve sino para embrollar cada vez mas, lo que en aquellos autores no está muy claro. Es un hecho que la Lambrica de Appiano, tenia que hallarse situada, en donde indican las ediciones de Mela, pues solo asi concuerda con las noticias que tenemos, respecto á no haber pasado la espedicion de Bruto del promontorio Nerio; no se la puede, por lo mismo, llevar mas allá. Cornide la pone entre el Grove y la Lanzada, y nosotros atendiendo á las razones que dejamos espuestas, la traemos un poco mas acá y la colocamos en la embocadura del Umia. Es evidente que dicha parte de la costa de Galicia, ha sufrido grandes modificaciones, mas no tantas que los golfos de Vigo, Pontevedra y ria de Arosa, sean reducidos á uno solo como pretende Mela. Para nosotros es evidente que este geografo describiendo nuestra costa á grandes rasgos, hizo caso omiso de las dos lenguas de tierra que interrumpen el gran golfo ó entrada que forma el

es imposible apartarla del lugar y situacion á que la redujo Cornide, guiándose por Mela. Al que haya visitado aquella comarca, al que sepa que celtas y semitas levantaban con preferencia sus ciudades en las embocaduras de los rios, no estrañará sin duda la reduccion que aceptamos como mas segura. Estensos playales, que en tiempos no muy lejanos se estendian mas adentro que al presente, ofrecian un local á propósito, para que las gentes que levantaban sus viviendas al pié de las ondas, estableciesen allí sus rústicas aldehuelas. Aquellos largos æstuarios,—á los cuales aludia sin duda Himilcon en su Periplo, y que eran surcados, segun Strabon, por barcas de cuero, hasta que llegó Bruto, en cuyo tiempo empezaron á usar de embarcaciones hechas del tronco de un árbol ahuecado, de que son una reminiscencia las sencillas *dornas* de Galicia,—estaban tal vez habitados por hombres que preferian, á la seguridad de los campos, la inquietud de las ondas tumultuosas, á la carne del buey silvestre, la de los mariscos, en que son pródigos aquellos arenales, en donde no dudamos que llegará algun dia

Occeano desde Cabo Silleiro á Corrubedo. Si hemos de hablar de estas cosas con la sinceridad que demanda la historia, diremos que en realidad no se puede sacar á Lambrica de ese gran golfo en que desaguan los rios Lerez y Ulla, sin que se pueda preferir para su colocacion, un lugar á otro, á no hacer aprecio alguno de la tradicion y demas auxiliares de la historia en estos casos.

Reina en Galicia, tal confusion en lo que toca á la geografia romana, que se deja sentir vivamente la necesidad de que una persona competente se dedique á su estudio, ilustrando este y otros puntos tan dudosos ó mas que el que es objeto de esta nota. Por nuestra parte no podemos adelantar gran cosa y lo sentimos; los trabajos de la estension del que nos ocupa tienen esta desventaja, y no es siempre permitido al autor consumir en pequeñas investigaciones, el tiempo que necesita para otras mayores y mas importantes.

en que el arqueólogo encuentre algo parecido á los kjokkenmoddings dinamarqueses. Lambrica, ciudad celto-fenice, cuyo nombre significa en céltico, ciudad de tierra, como si quisiese asi diferenciarla de las que se levantaban sobre las aguas, era una poderosa factoria semita, y tal vez uno de los mas ricos establecimientos de su clase en Galicia.

Habia Bruto seguido la máxima de Scipion, y dirigídose hácia las ciudades semitas de nuestro pais: dos pensamientos le guiaban; uno privar á los rudos montañeses del amparo que naturalmente hallaban en ellas, otro apoderarse de las grandes riquezas que encerraban dentro de sus muros; pues el procónsul probó en aquella campaña, que si no era tan avaro como sus antecesores, no habia, sin embargo, dado al olvido la máxima latina, de no dejar nada á nadie. El procónsul pudo asi allegar grandes riquezas, recogidas en estos paises, vírgenes hasta entonces á la avaricia y rapiña romana. No dice Appiano si el sitio de Lambrica fué largo y empeñado, como hay derecho á suponer; solo si indica, que Bruto era molestado grandemente por los de dicha ciudad una vez rebelados.

Es imposible al presente señalar el sitio que ocupaba, orillas del Umia, de pintorescas riberas, cuyo caudal corre á precipitarse en el mar, despues de regar las fértiles comarcas que se estienden á sus dos orillas. Al divisarla desde cualquiera de las alturas que la dominaban, el ejército romano debió experimentar una de las mas gratas sensaciones; el cielo de Italia no es mas claro, ni mas hermosas las riberas del Tiber. A lo

largo de los estensos æstuarios, se levantarian todavia las rústicas viviendas de los mas antiguos pobladores de la comarca, mientras asentada en la verde llanura por donde el rio tiende sus ondas apacibles, apareceria la ciudad que buscaba la codicia romana. Tres redondas colinas, semejantes á grandes túmulus, y que tal vez cubiertas por los robles sirvieron de *lucus* á los habitantes de Lambrica, se distinguen como inmobles y sagrados centinelas: mas allá tiende el mar sus olas inmensas y el sol teñia con sus vivos reflejos las aguas movibles y transparentes que bañaban los æstuarios. Si era por rica cebo poderoso para los romanos, no lo era menos por hermosa y apacible: alli podia establecer su cuartel de invierno y esperar á que la estacion les permitiese marchar hácia aquellas montañas en donde pensaba dar fin á su espedicion por la Lusitania.

Ignoramos cuantas veces se entregó Lambrica al procónsul y cuantas, por lo mismo, se volvió á poner en abierta rebelion: lo único que se sabe es, que, teniendo Bruto noticia de que esta ciudad se le habia declarado enemiga y le daba gran trabajo (tal vez, como Braga, se apoderaba de los convoyes que le enviaban por aquella ruta, lo cual induce á suponer que los romanos se habian estendido hácia las fronteras de los ártabros) se dirigió hácia ella con ánimo de castigarla severamente. Cuando las tropas de la república acamparon de nuevo delante de aquella infortunada ciudad, los habitantes rogaron al procónsul que les perdonase, puesto que le ofrecian rendirse á discrecion. Bru-

to accedió, pero bajo duras condiciones, y como si no bastasen, aun fué mas allá de lo que por ellas tenian derecho á esperar. Empezó por reclamar los romanos fugitivos que habian buscado amparo dentro de sus muros. Figurémonos cual sería el dolor de los nuestros ante semejante pretension, ellos que como todos los españoles, creian cometer el mayor de los crímenes entregando al que habia buscado amparo bajo su techo. Despues de tan dura exigencia vino otra no menos cruel para aquellos guerreros, esto es, que entregasen todo género de armas que poseyesen, y luego que le diesen los rehenes. Una vez conseguido todo esto, faltando Bruto á todo respeto á lo pactado y renovando en la forma, ya que no en la crueldad, el hecho de Galba, asi que los vió desarmados, les mandó salir de la ciudad—lo cual hicieron pacientemente, dice Appiano, —les llamó á parlamento y circundándoles con el ejército, les dirigió la palabra y en una oracion preñada de amenazas les recordó las veces que se le habian rendido y aquellas otras en que le habian hecho la guerra. Añade aquel historiador, que el procónsul les dió á entender que era posible les impusiese un castigo mas duro, pero que refrenando sus ímpetus se limitó á quitarles los caballos, los frutos y el dinero del erario público. Despues les dejó tornar á sus hogares desiertos. «¡Gran clemencia! ¡Esceso de generosidad! exclama Masdeu, restituir un albergue robado y con solas las paredes desnudas!» Mejor hubieran hecho los de Lambrica en fiar al propio valor la salvacion de cuanto tiene el hombre de mas preciado, la libertad y la pá-

tria, y no dejarlas á merced de un general estranjero duro y avaro como todos los de su raza.

Masdeu refiere los sucesos de Lambrica á Talabriga, situada á orillas del Vouga en Aveyro; sin embargo, Appiano nombra bien claramente á Lambrica, cuya existencía en los mares de Galicia nos consta por Mela. La causa de este yerro está en la confusion con que concibió nuestro autor la mayor parte de los sucesos de esta guerra, confusion que hubiera desaparecido, fijándose en que Bruto dirigió sus armas, no contra los verdaderos lusitanos que ya estaban sometidos, ó poco menos, cuando empezó su espedicion, sino contra las tribus que habitaban desde las orillas del Duero hasta el promontorio Nerio, consideradas en aquella época y aun mucho despues como tan lusitanos como las que vivian entre el Tajo y el Duero. Sabiendo que Talabriga estaba situada mucho mas allá del Duero y en region en que poco ó nada tuvieron que hacer las legiones que mandaba Bruto, se vé cuan notable es el error de Masdeu, y cuanto es necesario desvanecerlo.

Desde Lambrica, Bruto marchó á Roma; asi lo asegura Appiano, quien termina con tales palabras el breve relato de aquella afortunada espedicion, á la cual Velleyo Paterculo, llama preclara, añadiendo con tanta concision, como inexactitud, que penetró en todos los pueblos de la comarca en que guerreó, que tomó una porcion considerable de hombres y ciudades, que llegó hasta lugares de los cuales, apenas se habia oido hablar y que mereció el renombre de *Ga-*

llego (1). En efecto, Bruto que era considerado como uno de los generales mas famosos de su tiempo, obtuvo en Roma con los honores del triunfo, el sobrenombre de *Callaico* (2). Con los despojos de los enemigos consagró nuevos templos en Roma, que tantos otros habia visto levantar á costa de los infelices pueblos españoles, y el poeta Aecius, que segun Valerio Máximo nos dice, estaba envanecido de la amistad de Bruto, llenó con versos en elogio del procónsul los pórticos de los templos construidos con el dinero gallego, y gracias á acciones tan poco dignas de alabanza como el saqueo de Lambrica. Roma, cuya vida fué un largo combate, que amaba la guerra como todo corazon varonil ama los peligros y la grandeza de la lucha, que premiaba con largueza los hechos de sus generales para acostumbrar asi á la juventud al amor á las glorias militares, Roma, repetimos, dió á Bruto una prueba positiva de lo mucho que habia agradecido sus victorias, única alegria que le proporcionaron sus armas, ya durante la dura y terrible guerra viriáthica, ya en el memorable sitio de Numancia, situada *in capite Gallœcie fita*, segun espresion de Orosio.

(1) C. Velleyo Paterculo lib. II, cap. 7.

(2) El sobrenombre de *Callaico* le fué adjudicado á Bruto, por haber vencido, no á todos los gallegos, sino á los de la tribu callaica, que le habian opuesto grande resistencia. Para los romanos que empezaron entonces á conocer estos pueblos de Occidente, llegaba, como hemos dicho tantas veces, la Lusitania hasta el mar de los ártabros, por eso Bruto se apellidaba vencedor de los lusitanos y gallegos. El procónsul prefirió el sobrenombre de *Callaico*, como se vé en los Fastos consulares y en las medallas que aun hoy existen de dicho Bruto.

XI.

Espedicion de J. César á Galicia —Los herminios, su rendicion. —César recorre nuestra costa.—Se le rinde la Coruña.—Guerra civil, los gallegos siguen el partido de Pompeyo.

Con la marcha de Bruto, Galicia volvió á recobrar su antigua independencia, pues no hay, en verdad, razon alguna para creer que los romanos quedaron dueños de este pais, ni menos para sospechar que dejaron guarniciones. Todavia Roma, presa de las sangrientas discordias que la devoraban, no era ni tan fuerte y valerosa, que pudiese pensar en el completo dominio de España, ni la espedicion de Bruto habia sido una conquista, sino un castigo impuesto á aquellas apartadas comarcas, donde vivian los que, bajo las banderas de Viriatho, pusieran en peligro la dominacion romana en la península. Todavia esta no obedecia al yugo impuesto á medias, todavia la heróica Numancia osaba desafiar todo el poder de la ciudad del Lacio, y los pueblos lusitanos y cántabros podian decir, que en su mayoria,

vivian bajo las antiguas leyes y en completa libertad, cuando todo parecia anunciar que los rencores que tenian divididos á los ciudadanos de Roma, habian de manifestarse bajo el sereno cielo de España, y que los enemigos de Sila, lo mismo que los de César, habian de obtener en este apartado rincon de Europa, el último de los reveses, ó el postrero de los triunfos.

En efecto, destruida Numancia,—ciudad unida á Galicia por los estrechos lazos de la sangre y del territorio,—parecia como que las armas romanas tornarian á la inaccion, ó que, cuando menos, se emplearian en defender los intereses que la guerra civil, á la sazon encendida, hubiera puesto bajo su custodia: mas ¡cuán lejos estuvo de ser esto asi! Antes que las guerras civiles dividiesen á los romanos, antes que las ambiciones y los rencores de los Sertorio y los César hiciesen campo de su contienda estas tierras belicosas, los lusitanos, esos eternos enemigos de la ciudad de la Loba, habian hecho experimentar mas de un desastre á los soberbios cónsules. La historia conserva el recuerdo de la derrota de Calpurnio Pison, asi como las ventajas obtenidas por Cepion y Galva. Quince años duró esta nueva guerra; quince años en que el valor de los lusitanos renovó las antiguas victorias, sin que los descalabros que á su vez experimentaron lográran doblegar su espíritu.

Nosotros no diremos que entre aquellos combatientes se hallaban tambien los hijos de Galicia, ni recordaremos de nuevo lo que en realidad significaba el nombre lusitano; lo que llevamos dicho bastará para

que se crea que entre aquellas bandas belicosas, que fueron al seno mismo de la Celtiberia á buscar á Pison, se hallaban tambien algunos hijos de las guerreras tribus que vivian del lado de acá del Miño. Los historiadores latinos apenas recuerdan los sucesos de aquella lucha, y solo sabemos que por los años de 108 A. de J. C., las armas romanas al mando de Cepion y Galva alcanzaron de los nuestros tan señaladas victorias, que por ellas fué concedido al primero, el triunfo. Duró la guerra hasta el año 94, y á ella se refiere Julio Obsequens (1) cuando nos cuenta la derrota del ejército romano en 106 y cuando señala las victorias alcanzadas por las legiones en 103, 101 y 99 años A. de J. C., victorias que sabemos valieron el triunfo á Dollabela. Se dice que el último que domó á los lusitanos fué Publio Licinio Craso, que triunfó con toda pompa y magnificencia, añadiendo algunos modernos que fué él quien no solo halló el derrotero de las islas Casitérides, desconocido hasta entonces, sino tambien que las conquistó (2). Error

(1) Hé aquí los concisos datos consignados por J. Obsequens en su obra *De Prodigiis*

«Año de Roma 647 (106 A. de J. C.) derrota del ejército romano por los lusitanos.--A. de R. 650 (103 A. de J. C.) Derrota de los lusitanos, pacificacion de la España ulterior, pacificacion de los Cimbros.--A. de R. 652 (101 A. de J. C.) Victorias de las armas romanas en Lusitania.--A. de R. 654 (99 A. de J. C.) Los españoles fueron vencidos en varias batallas.»

(2) El P. Sotelo que es de opinion de que la venida de Craso á Galicia fué el año 88 A. de J. C, describe en su *Historia* la espedicion de aquel romano y la conquista de las celebradas Casitérides, que supone son las de Tambo, Arosa, Cortegada, etc. Añade que Craso salió de Francia y navegó por el mar Cantábrico hasta Galicia. La opinion que hemos sustentado respecto á las Casitérides, nos dispensa de rechazar como fabuloso el relato de nuestro buen jesuita, así como los de todos aquellos que aseguran que dichas islas estaban pobladas por gentes sencillas é inocentes, cuyos trajes, costumbres y rudimentario comercio des-

notable que no permiten adoptar las noticias que nos quedan, ni menos el mismo pasaje de Strabon que se cita como comprobante!

Con estos sucesos, coincidió la llegada de los cimbros (kimris), quienes, franqueando los Pirineos, se arrojaron sobre los fértiles campos españoles. No falta quien haga llegar estos invasores hasta nuestra Galicia, en donde es evidente la presencia de los hombres de esta raza; mas, ya lo hemos dicho, los kimris fueron derrotados por los celtiberos y obligados á retirarse á Francia, sin que hubiesen llegado hasta las comarcas en donde terminan las últimas ramas de aquellos altos montes que separan la España de las Gallias.

Esta espedicion de los cimbros trae involuntariamente á la memoria, las sangrientas batallas en que Roma experimentó reveses como solo habia conocido en nuestra península, recuerdan el nombre de Mario,

criben, guiándose por Strabon. Si hemos de dar crédito á lo que este escritor dice al final de su libro III, dando al olvido lo que habia escrito anteriormente, no hay duda que dicho geógrafo se refiere en esta ocasion á unas islas, que si no son las Sorlingas, dificilmente se puede decir cuales sean. Strabon nos dice que estaban situadas en alta mar y al Norte del puerto de los Artabros; pero para que se vea cuan seguras noticias tenia acerca de ellas, diremos que termina su relato y el del libro III en que se ocupa de España, con estas notables palabras: «Aqui termina lo que tenemos que decir de la Iberia, y de las islas situadas en *frente de sus costas.*» Víd. *Geographie de Strabon, traduction nouvelle par Amadee Tardieu.*—Páris, 1867 Lo que no debemos pasar en silencio es, que como ya escribió el P. Sotelo, no se puede, atendiéndose á las palabras de Strabon, asegurar, como algunos lo han hecho, que Craso sujetó por las armas á los habitantes de dichas islas, llegando alguno á suponer que la guerra que sostuvo aquel romano, fué con los gallegos brácaros. Esto seria lo mas fácil, puesto que las comarcas estanníferas estaban en pais cercano, si no hubiese Bruto, antes que Craso recorrido este pais.

y hacen pensar en aquellas guerras civiles, en las cuales este cónsul infortunado fué á la vez instigador y víctima. Devoraba á la ciudad de Rómulo, esa lucha eterna que estalla casi siempre en las naciones que creen tocar á la cumbre de todas las prosperidades y de todas las grandezas, siendo como un anuncio fatal de la próxima ruina y decadencia que las amenaza. Habian muerto los Gracos, víctimas del ódio aristocrático del duro patriciado romano, escuela de las grandes virtudes, pero tambien, y desgraciadamente, de las grandes liviandades y prevaricaciones de su tiempo. Pesaba Roma sobre Italia, sobre Roma pesaban los patricios y la soberbia aspereza del Senado se reflejaba en todas sus relaciones con los que, ora como vencidos, ora como aliados ó colonos, reconocian el poder dictatorial de aquel cuerpo, que era, hacia tiempo, dueño de la ciudad, carcomida ya por inextinguibles rencores. La señal de la lucha se habia dado, y Mario y Sila, vencidos y vencedores á la vez, representaban los intereses de la nobleza romana, y los de la plebe y las ciudades latinas víctimas del insaciable egoismo de los ensoberbecidos patricios. El fuego encendido al calor de la vehemente palabra de los Gracos, ardia inextinguible. Mario dejó con la vida el puesto al cruel Sila, y con él el predominio de los que anhelaban conservar las antiguas leyes porque les favorecian, sin querer comprender que lo que era tal vez bueno en una pobre ciudad, en un pequeño territorio y en los inciertos dias de su constitucion, no convenia ya á la que era cabeza de Italia, aspiraba al dominio del mundo y habia visto lla-

mar á sus puertas al hijo de la opulenta Gades, y al africano, al galo y al italiota.

Todos los poderes que defienden lo pasado, que se hunde, como todo lo que fué, en los insondables abismos de la nada, se distinguen al momento por la implacable dureza con que defienden cuanto aparece á sus ojos, santificado por la triple corona de las costumbres, de las leyes y el largo consentimiento de los hombres. En Sila halló la nobleza romana uno de esos seres funestos, cuyo vigor no alcanza á mas que á detener las tempestades, pero no á conjurarlas, y de los cuales parece servirse la Providencia, para que lo que haya de ser, sea. Contra el torrente amenazador que avanzaba, opuso desde luego una muralla inquebrantable, contra las pretensiones de los que pedian novedades, la callada é implacable cuchilla, que hiere, sin dar la razon de por qué hiere. Cuantos amaban en Mario al representante de la causa italiana, cuantos odiaban en Sila el poder de las antiguas familias, cuantos habian servido bajo las banderas del vencedor de los cimbros, eran sospechosos á los ojos del dictador, y hallaron en la muerte ó el destierro término á sus tristes inquietudes. Entre estos últimos se hallaba Sertorio, ese hombre de una heróica, pero funesta virtud, que llenó con sus desgracias la tierra y los mares, como dice Floro, con verdadera y enérgica espresion. Habia escapado milagrosamente á la espada de los kimris y al furor de los de Castulon, en donde la desenfrenada soldadesca que mandaba como tribuno, concitara las iras de aquellos españoles, y las de sus vecinos mas

cercanos. En ellos ejercitó Sertorio la bárbara crueldad romana. No perdonó mas que á los niños; degolló y vendió por esclavos á los habitantes de aquellas dos ciudades que osaron castigar la asquerosa impudicie de sus dominadores; que en esta ocasion no puede decirse de Sertorio, lo que dijo de él—quien es grande solamente por el nombre que lleva, y por la grandeza de la nacion cuyos destinos dirige,—que era el único de los jefes democráticos que tenia algunos sentimientos de justicia (1). Su compasion por los males que afligian al pueblo español, bajo el mando de los insaciables cónsules y pretores, se quedaba para cuando, errante por los mares, combatido por los elementos, y pesando como una eterna amenaza sobre su cabeza la sentencia de Sila, viniese á esta noble tierra á reparar tanta desgracia y oponer un dique poderoso á los escesos del tirano.

La España celtibera y lusitana, se rindieron bien pronto á lo dulce de sus palabras y lo halagüeño de sus ofertas. Gentes en quienes era congénita la pasion por la guerra, se alistaron en seguida bajo sus banderas, gentes que amaban la libertad de la pátria y buscaban en el nuevo gefe un hombre que les condujese contra las legiones y el poder romano, corrieron á su lado, creyendo hallar en él al nuevo Viriatho. Cuánto se equivocaban! el romano era fiel á su pátria, y las victorias que conseguia, ayudado por los españoles, eran para arrancar el poder de Roma de las manos de Sila, pero no á España del dominio de Roma. Como si sus ojos no viesen otra cosa que el Capitólio, como si su

(1) *Histoire de Jules César*, Paris, 1865. Tomo 1.º. pág. 268.

pensamiento no reposara mas que en las serenas y floridas márgenes del Tiber, como si, en fin, buscase un lenitivo á los dolores que le afligian, levantando en medio de su destierro una nueva Roma, que le hablase diariamente de aquella tan amada como infeliz, Sertorio trabajaba afanoso, ordenaba su ejército, instruia á los españoles en la táctica romana, establecia escuelas públicas, se formaba su córte, y hasta llegó á buscar en un nuevo Senado la imágen y la vida de aquel que llenaban sus mas crueles enemigos. Por eso valió mas á su pátria la rebelion de este romano, que las victorias y los esfuerzos de los cónsules y pretores, que pretendian haberla sojuzgado. El puso en sus manos esta España, jamás domada, que á cada momento parecia pronta á escapar del poder de sus dominadores. El hizo, por el amor, de este pueblo independiente un pueblo romano; y acostumbrándole á los hombres y á las cosas de Roma, haciéndole partícipe de las desgracias y prosperidades, de aquella en adelante, madre comun de grandes pueblos, parece como que le unció á su poderoso carro y tornóle en una de sus provincias mas fieles. ¡De tal manera imprimia en todas sus cosas el sello de su amor á la pátria ausente!

En la gloriosa guerra que sostuvo contra el poder de Sila, aquel á quien los lusitanos apellidaban el segundo Hannibal, no puede decirse con seguridad, que los hombres de la Galicia actual tomaran una parte activa. Por los lugares que fueron teatro de la guerra y por los que amó Sertorio, es permitido suponer que en esta ocasion cuantas veces los historiadores latinos

se refieren á los lusitanos, es á los que vivian mas allá del Duero, que ellos fueron los que formaron el grueso del ejército de aquel gran capitan y que los demas lusitanos solo enviaron algunos auxiliares, buscados entre los hombres de las tríbus que se asentaban entre el Duero y Miño. Las ásperas colinas de la Lusitania, por donde, segun Valerio Máximo, llevaba Sertorio su blanca cierva, no levantaban, segun toda probabilidad su cabeza en las tierras de la Galicia de hoy; asi, pues, por gloriosas que sean las empresas de aquel audaz y valeroso romano, y por mucho que ennobleciesen á nuestro pais, si se probara que sus hijos habian tomado parte en la campaña, tenemos que pasarlas en silencio. Aun no habia venido César á España, aun la insaciable codicia de aquel hombre turbulento no habia concitado de nuevo los rencores, que la muerte de Sila no fué bastante á apagar, para que la apartada Galicia tomara parte activa en las civiles contiendas. Necesitábase para ello que César le dejase los amargos recuerdos de su espedicion á estos paises, y que recordándoselos los pompeyanos y haciéndoles ver que sus hermanos de las demas tríbus estaban en su campo, la arrastrasen á la lucha, en que se pesaban los destinos de Roma.

Habia César visitado la España ulterior cuando, como questor, viniera acompañando al pretor Antistio, y si hemos de creer á algunos escritores latinos, portose en aquella ocasion con tan gran espíritu de justicia y equidad que apenas se reconoce en él al hombre que segun Suetonio, jamas demostró gran desinteres en sus gobiernos y magistraturas. Es de pensar, sin embargo, que

en semejante ocasion no se mostró ni duro, ni ambicioso, y que el pacífico estado en que parece vivian en su tiempo las provincias ulteriores y los mismos rendimientos que su cargo de pretor le proporcionaba, le quitaron el ánimo y la ocasion de acrecentar sus caudales. Ademas, tenia ánsia y necesidad de volar á Roma á cuyo dominio aspiraba desde su juventud, y mezclándose en las mas tenebrosas conspiraciones, ir conquistando paso á paso el poder que ambicionaba. Creese que tuvo parte en la conjuracion de Catilina, denunciada con mas rencor que justicia por el débil, aunque elocuente, Ciceron; mas no cabe duda que la tuvo y grande en aquella otra que, en union de Craso y Gneo Calpurnio Pison, tramó con el designio de apoderarse de Roma. El Senado que pagaba harto cruelmente sus intransigencias con el partido popular, no tuvo ni autoridad ni valor para castigarles y se contentó con mandar á España á Pison en calidad de pro-pretor. Quedose César en Roma, mas no sin concertar ambos que cada uno en su puesto promoveria los mayores disturbios.

Era Pison un hombre de tan corrompidas costumbres y se hallaba tan cargado de deudas, que apenas llegó á la España citerior, cuando empezó á causar á los pueblos las mayores estorsiones. Sin duda alguna sus tiranias sublevaron los ánimos de los españoles, de quienes se sabe que le opusieron resistencia y que le dieron muerte. Se cree que esta fue tramada en Roma; mas de las palabras de Diodoro, puede colegirse que murió á manos de aquellos á quienes trataba con la mayor dureza y avaricia, no perdonando siquiera á las ciudades que

se le entregaban y rendian. Esto pasaba el año 65, A. de J. C. y por lo mismo no hay grande inconveniente en asegurar que en la guerra á que dió lugar con sus crueldades el pro-pretor, tomaron parte los gallegos. Los escritores nacionales no la recuerdan, y el mismo Masdeu, que con tanta diligencia escribió este periodo de nuestra historia, pasa en silencio que, segun J. Obsequens, el año de Roma 692 (61 A. de J. C.) los romanos vençieron los lusitanos y gallegos: señal inequivoca de que la lucha habia continuado con varia fortuna.

Por desgracia, los anales latinos son por estos tiempos escasisimos en noticias relativas á España, tanto que ni los nombres de los pretores que siguieron inmediatamente á Pison se recuerdan; pero todo concurre á probar que la guerra habia estallado hácia estos paises septentrionales, que continuó vivamente á pesar de los esfuerzos hechos para sofocarla, que la derrota á que se refiere Obsequens no fue definitiva, que el mismo César, á su llegada á la España ulterior, halló inquieta y en armas la provincia de su mando, y que por la direccion que tomó en su espedicion se viene en conocimiento de que el foco de la insurreccion estaba en Galicia (1). No estrañemos, pues, que su primer cuidado hubiese sido el aquietar estos paises. Movianle á ello, juntamente con la obligacion que tenia, el ánsia del botin y los justos deseos de alcanzar el renombre que lograria llevando á

(1) Morales en su *Crónica general de España*, hace mencion de la noticia de Obsequens, pero yerra en creer que la victoria á que se refiere el autor latino, sucedió mas tarde. El triunfo de las armas romanas á que se refiere J. Obsequens, tuvo lugar en el consulado de Quinto Metello y de L. Afranio, y por lo mismo en el año 692 de Roma.

feliz término la empresa. En efecto, apenas llegó á España, organizó diez cohortes y las unió á las veinte que ya tenia, formando asi un cuerpo de ejército considerable, con el cual marchó contra los gallegos y lusitanos, segun testimonio de Plutarco. Por su parte, asegura Appiano (1) que César no atendió en España á hacer justicia, como era su oficio, sino que reunió un ejército y subitamente asaltó todas las ciudades libres y las obligó á pagar tributo al pueblo romano. De estas palabras parece desprenderse que el mismo pretor dió comienzo á la guerra, haciéndolo sin pretesto alguno y tal vez sin mas razon que la de allegar las riquezas que necesitaba para pagar las inmensas deudas que dejaba en Roma (2). Sin embargo, estuviesen ó no gallegos y lusitanos en guerra mas ó menos declarada con Roma, es lo cierto que, J. César se dirigió hácia los montes Herminios, en cuyas ásperas cumbres multitud de lusitanos habian hecho su vivienda, y despues de haberles intimado la órden de

(1) En sus *Guerras civiles*, lib. II.

(2) Segun Appiano, ascendian á veinticinco millones de sestercios, que hacen la enorme suma de cuatro millones setecientos cincuenta mil francos, segun reduccion de un moderno y apasionado biógrafo. Lo que no debe pasarse en silencio es que el autor de *Jules César*, al hablar de la conspiracion de Catilina, llama á sus cómplices gente perdida de deudas, y sin embargo, con una piedad verdaderamente paternal no se detiene un momento á considerar que era imposible que entre todos los que habia reunido Catilina á su alredor, hubiese uno solo que tuviese una deuda semejante, con tal que no fuese el mismo César. Catilina, injuriado por la dorada lengua de Ciceron, se defendió del cargo que se le hacia, respecto á haberse dejado arrastrar á la insurreccion á causa de sus deudas, y en una carta en que se advierte la honda amargura de su corazon, dice que todos saben que sus bienes eran bastantes para pagar sus deudas y que la generosidad de su muger y de su hija, le habian permitido salir fiador de las de otros. César no era tan afortunado, y sin la generosidad española, y sin la gloriosa espedicion á la Lusitania y Galicia, no hubiera podido pagarlas.

bajar á vivir en la llanura, dió principio á la campaña venciendo y degollando á los primeros que intentaron resistir. Los demas trataron de ponerse en salvo y aprovechando la ocasion en que el pretor se apoderaba de los pueblos cercanos, emprendieron la marcha hácia las comarcas gallegas llevando consigo sus familias y cuanto constituia su riqueza. Con rápido movimiento les salió César al encuentro, y ellos para entretenerle le abandonaron sus rebaños aunque inútilmente. César queria mayor botin, asi fue que no descansó, hasta que despues de seguirles con ánimo decidido, logró alcanzarlos y vencerlos.

¿En donde estaban situados dichos montes Herminios? Los portugueses y bastantes españoles pretenden que deben reducirse á la actual sierra de la Estrella (1); pero el P. Sotelo se empeña en que estaban en la region interannense. Las razones en que se apoyan los primeros no son por cierto mas convincentes que las de nuestro jesuita; mas por ser esta cuestion, en la cual la falta de datos positivos, no permite emitir con seguridad

(1) El P. Florez, es el que sostiene con mas empeño, entre los españoles, esta reduccion. Morales cree que son los que están «entre Duero y Miño á los confines de Portugal en Galicia y agora se llama la tierra de Tras los Montes.» Crónica de Esp., Lib. VIII, cap. 23. Lo comun al presente, es creer que dichos montes Herminios, deben reducirse á la actual Sierra de la Estrella, sin que por otra parte haya grandes razones para preferir una reduccion á otra, pues el primer argumento de Florez viene de que este escritor no ha querido acordarse en esta ocasion, que si bien Dion Casio, dice que los montes Herminios estaban en la Lusitania, es lo cierto que esta region llegaba hasta los ártabros, y por lo mismo cae por su propio peso, el argumento que el sábio autor de la *España sagrada*, creia mas concluyente. El no haberse hecho cargo los autores, de lo incierta y vagamente que los latinos señalaron los límites de la Lusitania, ha sido causa de muchos errores y sobre todo, de que los paises de la actual Galicia fuesen despojados de mas de una gloria.

el juicio propio, nos limitaremos á advertir que por lo que parece desprenderse del teatro de la guerra, debian estar los montes Herminios mas cerca de Galicia, puesto que no cabe duda que huyendo los lusitanos se corrieron hacia este pais, pasando el Miño y acercándose á la costa. Ya Masdeu advirtió con gran acierto, que los habitantes de los montes Herminios, debieron, en su retirada, dirigirse hácia el norte y no tomar el camino del Tajo, pues esto último era entregarse á sus perseguidores, y que asi no debe entenderse que la isla en que se refugiaron era, como quieren Florez y Resende, la de Peniche, cerca del Tajo, sino las Cies de Galicia (1). En efecto, persiguiendo César á los herminios, estos

(1) A causa de haberse ocupado los portugueses con mas generoso empeño que nosotros, al estudio de sus antigüedades é historia, y tambien porque lograron contar entre sus hijos á eminentes varones, las opiniones que sustentaron refiriendo á un breve país lusitano, lo que era propio de uno mas estenso, se han arraigado notablemente. Es muy comun ver á los escritores estranjeros adoptar sus opiniones y seguirlas ciegamente sin que pueda criticárseles por eso, puesto que nosotros todo lo hemos descuidado, olvidado y despreciado. En la vida de Julio César, escrita por el emperador Napoleon III,--á cuya obra, si bien pueden señalarse grandes errores en lo que toca á la apreciacion y defensa de los hechos y política de aquel guerrero, con cuyo ejemplo parece como que quieren santificarse iguales empresas, no se le puede negar sin una grande injusticia, que está escrita con una profusion y escrupulosidad de noticias verdaderamente notables, y que muchas veces resplandece por lo atinado de sus observaciones, respecto á sucesos que una historia que podemos llamar rutinaria hacia mirar bajo diverso aspecto,--en esa vida, repetimos, se asegura no solo que los montes Herminios, son los de la Sierra de la Estrella, sino que se sigue la opinion sustentada por Resende y en España por Florez, respecto á que la isla en que se refugiaran los herminios, fué la de Peniche. La autoridad de que necesariamente ha de gozar en tales puntos el libro de que nos ocupamos, cuando se sabe la atencion que se puso en aclararlos, hace necesario que apuntemos las razones que se nos ocurren para desvanecerla en cuanto sea posible. El duque de Bellune que visitó la casi-isla de Peniche en 1861, y hizo los reconocimientos que le habia encargado el emperador, con aquel cuidado que debe suponerse, aseguró, que no se podia

en su retirada debieron dirigirse hacia aquella comarca en que habitaban los celebrados calláicos, prontos siempre á dar auxilio á sus hermanos y vecinos, prontos tambien á pelear por aquellos á cuyo lado tantas veces habian desafiado las iras romanas.

dudar que en otros tiempos no haya sido una isla. Esta indicacion y las noticias que el autor de la *Vie de Jules César*, ha recogido en Brito, Resende, Carvalho, etc., le ha sido suficiente para asegurar que este era el lugar que habian escogido para su refugio los infelices herminios. No se disputa ciertamente que la casi-isla de Peniche haya sido en lejanos tiempos una verdadera isla, ni menos si presentaba un vado durante las bajas mareas por donde podian invadirla los soldados de César, de lo único de que se trata de saber es, si era lógico, que los herminios tomasen el camino del Tajo, entrándose torpemente en paises que obedecian á Roma. Masdeu, que fue el primero á notar este contrasentido, dice que lo natural era que se dirigiesen hácia el Duero, *con el fin de pasar mas adelante*, como dice Dion, y escapar de las iras del César. Por otra parte, una isla que en las bajas mareas aparecia unida al continente por una lengua de tierra que dejaban las aguas en descubierto, ¿podia jamas ofrecerse á los ojos de los fugitivos como un asilo seguro contra el enemigo? No por cierto. En cambio lo ofrecian las Cies, bastante separadas de la costa y solitarias en medio del mar, ya porque César no pensaria en atacarlas tan pronto, ya porque se creerian alli lo bastante ocultos para escapar ilesos á la persecucion de que eran objeto. Por otra parte, dado caso que la isla en que se refugiaron fuese la de Peniche, y las cosas hubiesen pasado tal como la refiere Napoleon III (t. I. pág. 406) ¿cómo se concibe que César en su impaciencia, los soldados en su cólera, al presenciar el desastre sufrido por sus compañeros, tuviesen bastante calma para esperar la escuadra y aprovechando los vados que le presentaba la naturaleza, y teniendo en cuenta la pasada leccion, no forzasen al dia siguiente el paso, puesto que durante la baja marea podian hacerlo sin riesgo, por ser corta la distancia? Esta consideracion bastaria para disuadir á los que niegan á las Cies el haber dado abrigo á los herminios, sino hubiera otra mayor si cabe, cual es que estando la isla tan cerca de tierra, poco costaba á los romanos sitiarlos y reducirlos por hambre, no necesitaban para ello escuadra alguna, inútil en aquellos bajos peligrosos, pues con dos naves que protegiesen el paso de los romanos por el vado, tenian de sobra. No pasaba lo mismo seguramente tratándose de las Cies, situadas en medio del Occeano, y que podian en todo caso ser socorridas de sus hermanos de la otra banda, á no poseer César una escuadra que lo estorbase. Uno de los mas ilustres partidarios de la reduccion de los montes herminios á la Sierra de la Estrella, sostiene como hemos dicho ya, que la isla á que se refugiaron los her-

Si se tiene en cuenta la actividad que desplegó César en esta ocasion, hay que reconocer, que ocupado en tomar al paso las ciudades que habia sujetado Bruto y que tornaron despues á su antigua independencia, dió tiempo á los herminios para refugiarse en Galicia, embarcarse y pasar sus familias y ganados á la isla de que nos habla Dion. Cuando el pretor llegó á las playas, en frente de las cuales se levantaban las Cies, se halló con la ciudad de Erisana, rica y populosa, conveniente para establecer en ella su cuartel general y espugnar desde alli á los fugitivos herminios. Sin naves con que atravesar el espacio de mar que mediaba entre las playas á que habian arribado los romanos y las islas, César hubo de recoger las rústicas barcas de mimbres y cuero de que nos hablan los antiguos historiadores y que le proporcionarian los habitantes de la ciudad, y embarcar en ellas sus soldados. Cuenta Dion que apenas habian desembarcado en la isla los primeros romanos, cuando empezó á bajar la marea y llevó lejos de la playa las lanchas en que habian venido. Entonces los her-

minios no podian ser las Cies por la distancia á que se hallan de la costa, sino la de Peniche, mas el P. Florez que es el autor á quien nos referimos, no probó tan cumplidamente como creia, que los montes herminios fuesen los de la Sierra de la Estrella. No seria estraño que los que traen dichos montes á la provincia interannense hiciesen notar que los herminios, (ger-minius? de *ger* ó *gir* montaña, del *gire* sanscrito) pudieran ser llamados asi por estar cercanos al Miño; que la Meidubriga lusitana de tantos modos escrita, no escluye que hubiese otra de este mismo nombre en las montañas en que vivia la tribu de los médulos, cuya ciudad ó centro seria, y que la sierra de Xerez era la verdadera *plumbaria* de Plinío, concluyendo por señalar que en este caso la marcha mas natural y mas breve á los fugitivos que se dirigiesen á la costa, era hácia Erisana, en frente de cuya ciudad se levantan las Cies. En el campo de las suposiciones tal vez no serian estas las mas desacertadas.

minios, aprovechando ocasion tan propicia, se arrojaron sobre los que habian quedado en tierra y los degollaron á todos, á pesar de la heróica defensa que hicieron, sin que se salvase otro que Publio Sceva, que se echó á nado y pudo asi tornar á sus reales.

La brevedad del relato de Dion, deja ciertamente hartos puntos vulnerables por donde sospechar que no escribió con entera puntualidad lo que pasó en aquella jornada, ó que los romanos trataron de atenuar su derrota con una relacion inverosimil é indigna de crédito. En efecto, por pocos que fuesen los herminios refugiados en las Cies, no habia César de enviar tan pequeño número de soldados que hiciesen posible una derrota tan cruel como la que esperimentaron. Lo que hay que creer es, que en esta ocasion,—por la distancia á que se hallaban los reales, y tal vez por la falta de embarcaciones en que poder mandar al cuerpo espedicionario nuevos refuerzos,—César obró con harta ligereza y precipitacion. Bastó que los romanos saltasen en tierra, para que las barcas en que habian hecho la travesia, quedando á merced de las olas impetuosas que asaltan los flancos de las islas, se alejasen de la orilla á la hora de la baja marea é hicieran imposible el reembarco. Para nosotros es lo mas probable, que habiendo saltado en la isla los romanos y dado desde luego principio al combate, se vieron bien pronto acosados valerosamente por unos hombres á quienes la desesperacion obligaba á los mas grandes esfuerzos. El que haya visitado aquellos lugares, comprenderá con facilidad, cuan difícil era su ataque, cuan fácil su defensa. Arrollados los romanos, ya fuese por el nú-

mero ó por el valor de los sitiados á quienes tan perfectamente ayudaban sus posiciones, hubieron de retirarse,—quien sabe si en desórden—y dirigirse á la playa con ánimo de embarcarse. Júzguese de lo que debió pasarles cuando vieron que las barcas se habian alejado de la orilla y que no les restaba ya otra cosa que vender caras sus vidas. Lo que sucedió entonces puede presumirse. Dion asegura que solo un romano cubierto de heridas logró salvarse à nado y que los demas perecieron al filo de la cuchilla lusitana. Sintió César este percance, tanto mas, cuanto que se veia obligado á detenerse en su espedicion, asi pues, y para no perder tiempo y poder lograr sus intentos, envió á Cádiz órden para que viniese su armada, á cuyo arribo pudieron los romanos pensar en el ordenado ataque de las Cies y sus defensores, quienes reducidos por el hambre al último estremo, hubieron de entregarse.

Desde aquellos lugares se dirigió César á la Coruña, costeando asi gran parte del mar gallego, y doblando el promontorio Nerio, término hasta entonces de todas las espediciones romanas. El puerto de los brigantinos, tribu ártabra, que se asentaba en una de las mas preciosas comarcas que posee Galicia, vió un dia arribar á sus playas la escuadra romana. Escribe Dion Casio, que cuando llegaron las naves al puerto, sus moradores se espantaron de su grandeza, y que por lo mismo se rindieron á la voluntad de César. No falta quien crea que todo este relato es una pura fábula, ni tampoco quien asegure que los brigantinos no se rindieron cobardemente, sino que, antes al contrario, comba-

tieron con los romanos. Apóyanse los primeros en que era imposible que los habitantes de un puerto que mas de una vez debieran haber visto, ó cuando menos oido hablar de las naves fenicias y cartaginesas, se maravillasen de las que traia el pretor, y los segundos acuden á una inscripcion que ignoramos que aprecio deba dársele. Nuestro Verea y Aguiar que califica duramente no solo el relato de Dion, sino á los que le dan crédito, ignoraba, sin duda, que no porque César no hubiese conquistado la Bretaña, dejaba por eso de haber hecho dos espediciones á ella, y que no porque la Coruña se le hubiese rendido, se desprendia de ello que hubiese conquistado á Galicia. Es el hecho que Plutarco concuerda con Dion y con Suetonio, en asegurar que J. César llegó hasta el mar esterior y que tomó muchas ciudades que hasta entonces no habian reconocido el poder romano. Despues de todo, se comprende que el pretor, no iba á formar un tan gran ejército para batir á los herminios solamente, sino que necesitando hacer méritos que alegar en los próximos comicios, necesitando asimismo dinero para pagar sus deudas, y estando la verdadera Lusitania en paz con Roma, mientras los galláicos y sus vecinos se hallaban en guerra, le era necesario disponer una espedicion hácia los paises de donde Bruto habia llevado tan grandes y múltiples riquezas, y tal vez pensar hasta en estender mas adelante sus llamadas conquistas. Si la inscripcion que trae Grutero y nos dá traducida Sotelo (1) es digna de crédito,

(1) Hé aquí segun Sotelo, la traduccion de la lápida: «Publio Decio, del linage de aquellos Decios que en la guerra latina y

entonces si que no quedaria duda de que César llegó—como lo creemos—hasta la Coruña. De dicha inscripcion se desprende asimismo que las tribus ártabras opusieron resistencia á los romanos. Nada de estraño tiene esto, tratándose de gentes y pueblos valerosos, entre cuyos recuerdos se contaba que al mando de Hannibal (1) habian ido sus hijos á Italia y apacentado sus caballos en los pantanos de la Etruria y en las risueñas y fértiles llanuras de la Campania. Del silencio de la historia nada puede colegirse; sin las breves palabras de Obsequens, ignorariamos que un año antes de la venida de César, los romanos habian tenido que batir á los lusitanos y gallegos.

Que aquel capitan hubiese tomado á la Coruña, en cuyo puerto penetró con una poderosa escuadra y un no despreciable ejército, se comprende perfectamente, si se tiene en cuenta que los pueblos de Galicia estaban acostumbrados á no temer cosa alguna por la parte del mar y á ver que los romanos invadian estos paises por tierra, siguiendo las antiguas rutas y anunciando su proximidad con la toma de una ciudad vecina, ó con las victorias alcanzadas contra los de las cercanas tríbus. Sorprendidos los brigantinos, no tuvieron tiempo pa-

galicia se ofrecieron por el ejército y ganaron al pueblo romano memorable victoria, aquí cayó muerto en la batalla contra los gallegos en el último estremo del mundo, de donde ningunas mas tierras se descubren, Lucio Sillano á tres millas de la Coruña me enterró en un sepulcro de mármol, estando presente toda la tercera legion de los priscos, la cuarta de los latinos, el Maese de campo y Pripilio alférez y los piqueros de la octava legion.» P. Sotelo, *Hist. de Galicia*, Ms., libro IV, cap. 22.

(1) Los ártabros fueron tambien, segun testimonio de Silio, á Italia al mando de Hannibal.

ra pensar en la defensa, y asi dice perfectamente Dion, que á la vista de las naves se sobrecogieron y entregaron sin resistencia, no porque les hubiese parecido la escuadra, por sus altos mástiles é hinchadas lonas, bosque flotante en medio de las ondas, sino porque aquellas orgullosas embarcaciones les decian bien claro cuan imposible les era resistir en aquellos momentos. Nada, pues, tiene de estraño que se entregasen desde luego, y menos todavía que al ver los brigantinos su ciudad ó burgo en poder de los romanos, tratasen de oponérsele y se le opusiesen en efecto, con éxito mas ó menos lisongero. Como, segun todas las probabilidades, César no habia hecho esta espedicion con pensamiento de conquista, no puso gran empeño en sujetar pueblos tan apartados y tan valerosos; tomó, pues, los tributos que les impuso, batalló brevemente con los hombres de la tribu brigantina y tal vez con las demas tríbus ártabras que le rodeaban, y despues de despachar la escuadra desde la Coruña, se dirigió por tierra hácia Cádiz, á donde le era urgente llegar, puesto que se acercaba el tiempo de los comicios. Dando él poca importancia á esta espedicion, se limitó á consignar en sus diarios los hechos mas notables que tuvieron entonces lugar, y los que despues de él historiaron estos sucesos, redujeron á mas breve espresion su relato. A pesar de todo, dos hechos importantes se desprenden de tan breves noticias: es el primero que César tuvo por mas rápido su viaje por tierra que por mar, á pesar de que tenia que recorrer tan gran espacio de terreno como hay de la Coruña á Cádiz, señal de que los

pilotos romanos no eran grandes conocedores de nuestros mares; y es el segundo, que debe tenerse por probable que César debió seguir una ruta que fuese á lo largo de la costa, no siendo dicha via otra que la que tantas veces hemos dicho sospechamos haya sido construida por los fenicios, puesto que los romanos no habian podido hacerla todavía.

Presenta esta llamada conquista de César, mas de un punto de contacto con la del mismo capitan á la Bretaña, y ambas pudieran llamarse mejor irrupciones breves y pasageras que conquistas, siquiera fuesen de amargos recuerdos para los pueblos que las sufrieron. Aseguran algunos escritores gallegos, que, á la vuelta y á su paso por Iria, César edificó el puente, que todavía recuerda en su nombre su origen imperial; mas no debe creérseles, pues el puente á que se refieren fué construido mucho tiempo despues, y la lápida que trae Boan, caso que merezca atencion, prueba esto mismo. No hay noticia de que aquel capitan se detuviese en su marcha, no la hay de que se viese obligado á expugnar las ciudades que hallaba al paso, ni á combatir con nuevos enemigos. Sábese únicamente, pues de ello da noticia Dion Casio, que despues de combatir á los lusitanos y gallegos, tornó á Cadiz lleno de riquezas, y que sus soldados alcanzaron tal botin, que en aquella ciudad aclamaron *imperator* á su general. Por su parte, Suetonio, nos ha dejado tambien sobradas indicaciones, por donde comprender cuan grande era el ánsia de riquezas que devoraba al pretor, puesto que llegó á mendigar y recibir de los aliados fuertes

sumas para pagar sus deudas; sumas que sin duda le fueron satisfechas con la idea de alcanzar por su mediacion la anhelada ciudadania romana (1). El autor de las *Vidas de los Césares* añade que entregara al saqueo varias villas de la Lusitania, aun cuando no le habian hecho resistencia y le abrieran sus puertas al llegar. Cesar se olvidó de recordar, en su famosa oracion á los de Hispalis, estos nuevos motivos de agradecimiento que debian tenerle los españoles.

Asegura Plutarco que á las glorias militares añadió aquel romano las civiles, y que su administracion fue beneficiosa para el pais que gobernaba; mas, á parte de

(1) César, cuya necesidad de dinero fué siempre tan grande, que le obligó á robar del Capitolio tres mil libras de oro, sustituyéndolas, segun cuenta Suetonio, con igual cantidad de cobre dorado, César que defendia los intereses de las ciudades aliadas, y á quien se recibió en la Gallia como al defensor de sus derechos, no podia menos de pedir á las ciudades españolas los donativos que cuenta Suetonio, sin que le faltasen motivos que le disculparan. El moderno autor de la *Vida de Julio César*, le defiende de este cargo y como hombre que sabe por esperiencia, *que no se mendiga á la cabeza de un ejército*, quiere darnos á entender que las riquezas que este romano sacó de España, «las obtuvo por contribuciones de guerra, por una buena administracion y por el reconocimiento de los que habia gobernado.» Afirmaciones tan gratuitas, están destruidas por los testimonios de Suetonio y Plutarco. Este último asegura que César saqueó muchas ciudades lusitanas, aun cuando no le hicieran resistencia y le hubiesen abierto las puertas, y esto lo hizo César, sin duda, porque sabia como su biógrafo, que no se mendiga á la cabeza del ejército, sino que se toma buenamente lo que se quiere. En cuanto al agradecimiento de los españoles, el discurso pronunciado en Hispalis, por su protector, nos prueba cuan grande fué. Convengamos despues de todo que para pagar sus enormes deudas, para quedarse con algunas cantidades con que poder seguir su vida de fausto y de grandeza, para hacer que sus soldados sacasen buenas ganancias y últimamente para llevar al tesoro romano una suma digna del y de la guerra que habia hecho César, necesitaba este, acudir ademas del método victorioso que cuenta Plutarco, á las demandas de dinero á las ciudades aliadas, á quienes sin duda ofreció en cambio, alcanzarles el derecho de ciudadanía.

que, en tan breve espacio de tiempo, no podia haber llevado á cabo tan grandes reformas que por ellas mereciese los elogios del biógrafo, viene á negarlo el testimonio de Appiano, que parece escrito á propósito para desvanecer semejantes pretensiones, al propio tiempo que para confirmar el hecho de haber enviado grandes sumas al tesoro de Roma. Estas, mas que el ruido de sus victorias, hicieron que fuese perfectamente recibido á su arribo á la capital de la república, pues parece fuera de toda duda, que sus enemigos, mas por impedirle ascender al consulado, que porque le creyeran merecedor de tal distincion, le concedieron el triunfo que rechazó, entrando en la ciudad en donde todo estaba preparado, para que lograse la ambicionada primera magistratura.

Es ageno de este sitio recordar las ambiciones de aquel hombre, mezcla extraña, como todos los de su especie, de grandeza y de miseria, de valor y de tristes complacencias, en cuyo pecho los mas nobles pensamientos eran á la vez amados y esplotados como escalon para alcanzar el dominio de la ciudad en que queria ser el primero. Concediérale el cielo las grandes dotes de inteligencia, que casi siempre niega á los hombres de accion, y llegaba á hora oportuna de recojer del suelo el poder que el soberbio patriciado no sabia ya contener en sus manos. Representante del derecho, heredero de las doctrinas y de los hechos de los Gracos y los Marios, fué la esperanza de los pueblos y el temor de los que en su dureza habian muerto la república. Alma templada para aquellos dias de miseria, se le vé marchar directamente á su objeto y esplotar

con el mismo ardor los votos de los comicios y las batallas ganadas á los pompeyanos, lo mismo la miseria de la plebe romana que los ardientes deseos de las ciudades aliadas. Eran tiempos en que muchos decian con Salustio, que la república herida y enferma necesitaba reposo á cualquier precio. ¡Y este precio fué el infando cesarismo que afligió al mundo y deshonró á la especie humana! Para que todo contribuyese á la desgracia de Roma, César tenia un rival; aliado suyo primero, despues enemigo irreconciliable, no vacilaron uno y otro en encender la guerra civil, y si bien los romanos no tomaron en realidad las armas por César ó por Pompeyo, sino por las ideas que cada uno de ellos representaba, es lo cierto, que en esa lucha criminal, Roma recibió el primero y mas sangriento golpe, que la púrpura imperial no pudo ocultar mucho tiempo. Pompeyo, hombre indigno del puesto que llegó á ocupar, habia dado de mano con César á las medidas populares, y obedeciendo mas tarde á las instigaciones de la vanidad sin límites que le devoraba, no titubeó un momento en ponerse al frente de la nobleza. Si es cierto que César se manchó con hartas mas debilidades que las que el sarcasmo de Ciceron le recordaba á cada paso, si es cierto que desde los primeros pasos aspiró imperturbable á la dictadura, lo es tambien que no se le pueden echar en cara las veleidades políticas que á Pompeyo, y que como hombre que sabia perfectamente que el aspirar á la dictadura no obsta para amar la justicia, jamás hizo traicion á la causa que habia abrazado, á pesar de que entrañaba en sí misma una revo-

lucion profunda y necesaria en las cosas y los destinos futuros de la república. Estaba ademas adornado de las dotes de un gran capitan, era activo, astuto, valiente, y sabia como pocos el arte de ganar las voluntades de los demas. La prueba de su superioridad se encuentra leyendo la historia de las guerras civiles, puesto que todos creian seguro su triunfo; sus enemigos los primeros. El patriciado sin valor, presintiendo ya su caida, no hacia mas que dar las pruebas mas palmarias de su ineptitud, y en realidad, César no conquistó el poder, sino que le recogió del suelo, en que el Senado lo habia dejado caer.

Por una de esas contradicciones especiales, España, que se habia acostumbrado ya á mirar las cosas de Roma como suyas propias, España, que se habia batido por Sertorio, cometió la imprudencia de tomar partido por Pompeyo y tomarlo contra sus propios intereses. Cesar, en los *Comentarios de la Guerra de España*, dice, con la breve sencillez de que hace gala, que los pueblos que en España se habian declarado por Sertorio y fueran vencidos por Pompeyo, temian á su nombre y los que le fueran fieles, habian recibido grandes beneficios de él (1), mientras César no era conocido. Sin embargo y á pesar de tan fidedigno testimonio, séanos permitido pensar que los pueblos españoles compren-

(1) Bien sabemos que Pompeyo habia prodigado el derecho de ciudadanía romana á los españoles, como se puede ver en Ciceron *Orat. pr. Balvo*, pero no seguramente á los lusitanos. Cuando estalló la guerra entre él y César, sus doctrinas eran contrarias á la concesion de este derecho á los provinciales. César, si, que fué verdaderamente pródigo en estos dones: multiplicó los títulos de municipios y colonias y dió con generosa abundancia el derecho de ciudadania á los españoles.

dian perfectamente sus intereses y que como estos estaban en armonia con los de César, otras causas habria que les inclinasen á abandonarle y abrazar el partido de Pompeyo. Algo debió influir en esto el recuerdo de su gobierno, cuando vemos que, casualmente, los pueblos lusitanos que tanto habian peleado por Sertorio, fueron los que mas defendieron á Pompeyo, y mas daños causaron á su rival. No debió, pues, dejarlos muy contentos de su administracion, á pesar de las alabanzas de Plutarco, cuando tan duramente se le opusieron, desconociendo sus intereses y dando al olvido los no muy lejanos recuerdos que los ligaban, por medio de César, con las ideas de Sertorio, tan caras al corazon lusitano.

Fuera de nuestro propósito nos llevaria el recordar aquellas campañas, la primera sobre todo, en la cual, está fuera de toda duda que tomaron parte los hijos de estos paises septentrionales. César nos ha dejado de ella un hermoso y animado cuadro, trazado con aquel vigor y rapidez que solia ostentar en sus escritos; campaña memorable, en que, sin combatir, se vió libre de sus mas grandes y temibles enemigos y logró deshacer el ejército con que los lugartenientes de Pompeyo pensaban eclipsar su venturosa estrella. Por Velleyo Paterculo, sabemos que, habiéndose hecho dar Pompeyo el gobierno de España, envió á ella á Afranio y Petreyo, el uno consular y el otro pretoriano, para gobernar en su nombre estas regiones. Cesar (1) es mas estenso y dice que envió á Vi-

(1) J. César. *De bello civili.*

bulio Rufo, y que, á su llegada á la península, Afranio, Petreyo y Varron, legados segundos de Pompeyo, se dividieron el mando de las provincias. Cúpieronle á Varron la Lusitania y la Vettonia, y le entregaron dos legiones, conviniendo en que Petreyo partiria de la primera provincia, y pasando por la segunda, se uniria con Afranio y sus tropas, mientras Varron protegia con sus legiones la España ulterior. Arregladas de tal modo las cosas, hizo Petreyo una leva de hombres y caballos en la Lusitania y lo mismo Afranio entre los celtiberos, cántabros y todos los bárbaros que ocupaban la parte del Occéano. Por esta noticia del autor de los *Comentarios* se viene en conocimiento de que, ya se incluya á Galicia entre los pueblos lusitanos en donde Petreyo hizo su leva, ya entre aquellos bárbaros que vivian orillas del impetuoso Occéano, de donde sacó Afranio nuevos combatientes, resulta siempre que las belicosas tribus ártabras que acababan de ser saqueadas por César, y las de los galláicos, que tambien conocieran la codicia de aquel hombre, debieron engrosar las filas de los pompeyanos y llevar á ellas no solo el rencor que sentian contra César, sino la indomable energía y el áspero teson de que dieron ejemplo en mas de una memorable jornada.

Eran Petreyo y Afranio los hombres de mas confianza de Pompeyo, ya por su valor, ya por su pericia militar; asi es que ellos sobrellevaron todo el peso de la guerra.

Para llevarla á cabo con éxito feliz, convinieron ambos en salir al encuentro de César, que, aunque ocu-

pado en las Gallias, se disponia ya á traspasar los Pirineos y venir á buscar el enemigo al pié mismo de sus reales. El ejército de que disponian eran numeroso: Afranio tenia tres legiones, Petreyo dos, sin contar ochenta cohortes en ambas provincias ulterior y citerior, y cinco mil caballos. Es de sospechar que en su mayoria se compusiese este ejército de españoles, de tal manera que—sin duda para dar uniformidad á los movimientos—los romanos cambiaron su táctica por la de los lusitanos y demas bárbaros, como dice César. Por desgracia para ellos, no era la táctica la que habia que cambiar, sino las tropas; y dejando á un lado los soldados romanos, prontos entonces á abandonar sus águilas y mudar de reales, combatir contra César con solos los hijos de esta España generosa, siempre fiel á sus promesas, siempre leal á los hombres en cuyo favor se declara.

Como hemos indicado, Afranio y Petreyo llevaron la guerra á los Pirineos. El Cinca y el Segre fueron testigos de los primeros encuentros y bajo los muros de Ilerda, ocupada y fortificada por los pompeyanos, se dió aquel encarnizado y cruel combate, en que la fortuna de César fue contrabalanceada por el valor de los enemigos. Los mismos elementos, parece como que quisieron tomar parte en la contienda: engrosáronse los rios con las nieves derretidas que bajaban de los montes vecinos, faltaron los bastimentos en el campo de César y para completar el cuadro, los lusitanos armados á la ligera y las tropas de la España citerior, que tenian la costumbre de no ponerse en marcha jamás, sin llevar

consigo sus odres (1), causaban grandes daños á los soldados de César que iban en busca de víveres y forrages. Que asi como César tomaba sus mejores auxiliares de los gallos y aquitanos, los pompeyanos tenian á su vez en los lusitanos y demas montañeses españoles, el nucleo de su fuerza, los soldados mas activos, los mayores sufridores de fatigas. Gallos y españoles peleaban por las cosas y los hombres de Roma, sin conocer que asi, en vez de aprovechar tan propicia ocasion de recobrar su libertad, no hacian mas que reconocer su esclavitud y hacerla cada vez mas pesada.

Seguir paso á paso los sucesos que tuvieron lugar durante aquellos dias en que no parece sino que todos esperaban que la fortuna les diese el triunfo, es enojoso é inútil en esta ocasion. Afranio perdió lo mejor del tiempo y la mas propicia coyuntura, permaneciendo en Ilerda, puesto que cuando se determinó á abandonar esta plaza, se vió obligado á combatir mal su grado con César, mientras este, activo y perseverante, vió cambiada la faz de la guerra en pocos momentos, gracias á la alianza de cinco ciudades celtiberas que le abastecieron del trigo de que carecia en sus reales. Comprendiendo que aquel era el momento oportuno, de acabar con los pompeyanos, emprende una atrevida marcha y cuando estos últimos se creian mas seguros, sintieron á sus espaldas el ruido de las legiones y de la caballeria enemiga. Sorprendido Afranio, á penas acierta á salir del paso á que se encuentra reducido, sin que ni él ni César, logren

(1) Los odres los llevaban vacios, llenándolos de aire cuando tenian que pasar algun rio.

verse en situacion bastante despejada para poder arriesgar el combate con alguna ventaja. César que queria combatir, que sabia cuan perjudicial era para sus designios que los pompeyanos ganasen las alturas y hallasen en Octogesa, una nueva Ilerda, les apremiaba de cerca, obligándoles á cada momento á fortificar un nuevo campo y á pelear. En uno de estos trances y queriendo Afranio trasladar su campo á un sitio mas estratégico, mandó que cuatro cohortes españoles tomasen la altura que deseaba y en la cual, si hubiese logrado establecerse, lograria mejorar su comprometida situacion. Los españoles marcharon á toda prisa, pero envueltos por toda la caballeria de César, y sin poder pelear, fueron pasados á cuchillo, á la vista de ambos ejércitos, sin que los suyos intentasen socorrerlos, á ellos que se sacrificaban voluntarios porque sus compañeros saliesen del terrible paso en que le tenia el enemigo, pues, cercados y sin agua, el enemigo los creia tan en su poder, que no queria para lograrlos vencidos, perder uno solo de los suyos! Seguro del triunfo, les dejó fortificar las reales y estableció los suyos á corta distancia: hubo un momento en que durante la ausencia de Afranio y Petreyo, los soldados de uno y otro campo se mezclaron y confundieron de tal modo que ya César recibia las felicitaciones de todos por su fortuna. Estaba sin embargo destinado, que los españoles habian de salvar esta vez mas el partido de Pompeyo, y sacarlo del apurado trance en que la inconstancia romana acababa de ponerle, puesto que apenas sabe Petreyo lo que pasaba en su campo, recoge una cohorte pretoriana española, y en union con sus criados

y algunos caballeros bárbaros que servian á sus órdenes, vuela á las trincheras, rompe las pláticas de los soldados, mata á los cesarianos que caen en su poder, y despues de exhortar á los suyos á ser mas fieles, les exige un nuevo juramento. Afranio que parecia pronto á rendirse á la fortuna de César jura en aquel momento solemne y juran asimismo los soldados vendidos ya al enemigo, puesto que durante la noche protegen la salida de los cesarianos que tenian ocultos en sus tiendas.

Petreyo tomó entonces la determinacion de marchar á Ilerda. La marcha fué cruel. César nos cuenta menudamente los incesantes peligros á que se vieron sujetos, y nos indica como en vista del estado á que les habia reducido, no quiso vencerlos por medio de las armas, sino por las privaciones y los apurados trances en que les ponia á cada momento. Esta habilísima conducta produjo sus resultados. Afranio tuvo que rendirse, y el primer cuidado de César fué licenciar en el mismo instante los soldados españoles, concluyendo asi la primera guerra pompeyana en España. Varron fué vencido tambien en la Bética sin combatir.

La segunda dió comienzo siete años mas tarde. El vencedor de Farsalia habia tenido la fortuna de ver aniquilados y dispersos á sus mayores enemigos. Muerto Pompeyo, su partido tuvo que llorar todavia la pérdida de aquel severo Caton, que con generoso ánimo se desgarró las entrañas antes que presenciar la muerte de la república. En tanto Scipion andaba errante por

los mares, y solo en esta audacísima España, como la apellida Appiano, hallaron acogida y auxilio eficaz los restos del ejército pompeyano. Acababa César de ser nombrado cónsul por cuarta vez, cuando—comprendiendo que era fácil que Cn. Pompeyo renovase los dias de Sertorio—se decidió á venir á la península, y combatir á los enemigos de su poder, que veian en nuestra nacion y en el numeroso ejército que habian reunido, la única esperanza y el recurso mas grande contra la ambicion de César. La república romana tenia entonces en España su único y último asilo, asi como tuvo mas tarde en un español el solo poeta que bajo el poder del mas sanguinario de los Césares, osó llorar su pérdida, en versos impregnados de aquel audaz valor, propio de la raza y de los hombres que viven bajo el cielo español.

El teatro de la guerra estuvo en la Bética, y la comarca Turdetana fué la que mas sufrió en esta ocasion, lo cual indica que los fieros lusitanos que en tal ocasion tantas pruebas dieron de su varonil aliento y fidelidad á la causa que propugnaban, pertenecian en su mayoria al país comprendido entre Duero y Tajo. Harto distantes los que vivian en estas tierras mas septentrionales, menos comprometidos que sus hermanos de mas allá del Duero, por las alianzas y los tratos hechos con los vecinos romanos establecidos en la Bética, que sabian mezclarlos é interesarlos mas directamente en las cosas de la ciudad que era ya su metrópoli, las tribus bracarenses y lucenses debieron permanecer tranquilas y agenas á una guerra en que ninguno de sus mas in-

mediatos intereses corria peligro. Sin embargo, si gracias ó las brevísimas noticias que nos dá César acerca de Cecilio Niger, gefe lusitano que mandaba en Lenium, y su espedicion á Sevilla, pudiera suponerse que el nombre de Lenium, poblacion desconocida, está mal escrito, ó que era él de la capital de los Leunios, pueblo perteneciente al convento de Braga, tendriamos desde luego que, cuando menos, una tribu situada, segun Plinio, orillas del Miño, tomó tambien parte activa en aquella guerra en que la fortuna de César brilló tanto como el valor de los pompeyanos y su desgracia.

XII.

Guerra cantábrica.—Toman parte en ella algunos pueblos de Galicia.—Heróico sacrificio de los gallegos en el monte Medulio.

A la tranquilidad de que disfrutó España durante los últimos tiempos de César, sucedió bien pronto una nueva guerra, la última que sostuvo nuestra patria por su independencia, y por lo mismo larga, tenaz, encarnizada y difícil para aquellos mismos romanos, á quienes miraban ya los hombres como dueños y señores del orbe. Asegurado en el poder, el sucesor de César puso todo su empeño en domar á los españoles que habitaban orillas del mar, desde mas acá del golfo aquitánico, hasta aquellos ulteriores paises en donde los Pirineos ven morir sus últimas ramas,—porque en realidad y á pesar de que los invasores enviaban sus cónsules á gobernar las provincias ulterior y citerior, ni todos los lusitanos les obedecian, ni menos podia decirse que los pueblos ártabros y cánta-

bros, que ocupaban la banda marítima de la citerior, reconocian para cosa alguna el poder de la célebre república. Vivian en su mayoria bajo las propias leyes y en una independencia tanto mas verdadera, cuanto tenia su asiento en el horror instintivo que sintieron siempre hácia toda clase de extranjera dominacion.

La conquista de España por los romanos, es, por mas de un concepto, digna de toda atencion, pues se observa, que no fué el valor de los conquistadores, ni su fortuna, lo que les hizo dueños de la península. En efecto, muchos pueblos antes sufrieron el yugo romano que lo sintieron, y otros llevados de las ideas de su tiempo, se creian esclavos de Roma á causa de haber sido vencidos por esta. Por último, aquellos que habian tenido en su favor la triple defensa, de la lejania, de la aspereza de los lugares en que vivian, y de lo mucho que detenian en su conquista á los romanos, los pueblos lusitanos y celtiberos y demas que moraban al centro de la península y cerca de la Bética, se vieron reducidos á la última estremidad en la guerra que sostuvieron, porque luchaban solos contra un coloso que les ahogaba entre sus cien brazos de hierro. Por eso la llamada guerra cantábrica, último y glorioso esfuerzo que los españoles hicieron en favor de su independencia, fué tan inútil como las anteriores, puesto que ahora, como antes, la desunion de las tribus que poblaban la peninsula, entregó á los rebeldes atados al carro del implacable vencedor. Mas, antes de relatar los sucesos que tuvieron lugar durante tan famosa campaña, séanos permitido hacer algunas

reflexiones, no muy agenas de este lugar, y sobrado necesarias ahora para que las dejemos á un lado.

Es sabido que los vascongados estuvieron, como los bretones, en la noble creencia de que jamás fueron subyugados por los romanos, y que durante su dominacion en el resto de España, vivieron ellos en una especie de independencia que les hacia mas bien aliados que súbditos de Roma (1). Esta idea, por halagüeña que sea, es por desgracia contraria á la verdad histórica. Y no se crea que nuestra afirmacion es hija de la torpe vanidad de otras provincias, que porque á tanto no alcanzaron, niegan á sus hermanos una gloria, que á ser cierta, seria inmarcesible, no; en Galicia mismo no falta quien sostenga que este pais ha vivido á la manera del de los vascongados y bajo el poder de unos régulos, cuyo nombre, número y hechos, se nos cuentan como si realmente hubieran vivido y gobernado en estas tierras. Con la idea de esa soñada independencia de los pueblos vascos, iba unida otra, no menos falsa, que consistia en creer que los cántabros fueron los únicos invencibles, y que estos no eran otros que los vizcainos. De aquí las célebres polémicas que á fines del siglo pasado sostuvieron algunos eruditos y en las cuales se apuraron de uno y otro lado las razones que creyeron

(1) Humboldt en sus *Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne*, pág. 108, da asenso á esta pretension vasca. No hay sin embargo motivo alguno para creerlo, al contrario, la guerra cantabrica tuvo lugar, segun todas las apariencias, por querer Augusto, hacer estensivo á los pueblos cántabros el movimiento de unidad á que habian dado principio los romanos en Andalucia. Una vez vencidos, nada estorbaba á Augusto, imponerles su voluntad, cuando los vendia por esclavos.

oportunas. De ellas solo nos queda en realidad la certeza de que eran hijas de los errores geográficos, ó mas bien de la falta de claridad con que griegos y romanos escribieron acerca de nuestros pueblos y de nuestras cosas. Los que les siguieron ciegamente erraron como sombras, sin que escapase el mismo P. Florez, quien, al asegurar que la Cantabria jamás habia pertenecido á la actual Vizcaya, ignoraba que su principal argumento se cae por su propio peso, cuando se considera que, si bien es cierto que los cántabros empezaron la guerra, hostigando á los turmódigos y autrigones,—señal, dice con gran error el docto agustino, de que estos pueblos estaban bajo el dominio de Roma, y que, añade, Floro les llama sus vecinos y por lo mismo no cántabros,—es lo cierto que lo eran tanto como los que querian arrastrarles á la rebelion, y que, al buscar el apoyo de Roma, no daban á entender otra cosa sino que, mas débiles que sus enemigos, no vacilaban en buscar el apoyo de los romanos, para vencer á tan incomodos vecinos; pero asimismo para labrar su ruina y echarse al cuello la cadena del esclavo. La historia escrita de la conquista de España por los romanos, entraña este y otros análogos errores. Todos ellos vinieron de que los escritores nacionales aceptaron ciegamente ciertos datos ni exactos ni completos, y de aquí que se sienta la necesidad de un profundo estudió de nuestra antigua geografia, para que á la luz que esta arroje se corrijan ciertos pasages de la revuelta historia de tan interesante como confuso periodo. Solo asi se podrá entrar con seguridad en la

narracion de aquellas gloriosas guerras. Hablamos de esto, porque, gracias á esa confusion, se vió Galicia despojada de mas de un triunfo, como acontece respecto de la guerra cantábrica, en la cual tenemos que reivindicar para nuestro pais la gloria que alcanzaron sus hijos en el Medulio, probando que los que allí perecieron, no eran ciertamente ni cántabros, ni asturianos, sino verdaderos gallegos.

Ya cuando hemos hablado de los límites y estension de la Lusitania, hicimos observar que los romanos no conocieron ni designaron bien las diversas regiones en que estaba dividida España, ni dieron noticia puntual de los pueblos que la ocupaban; ahora añadiremos que todo lo que sea guiarse estrictamente por los latinos, será hacer mas oscura nuestra historia y aumentar el número de los puntos opinables. España estaba poblada por diversas tribus, que gozaban de una verdadera autonomia, por mas que estuviesen unidas cierto número de ellas por los lazos de la amistad, de los propios intereses y de la region que ocupaban. Estas confederaciones, efecto de las causas que les daban vida, no siempre abarcaron un mismo número de pueblos, ni les fue dado á los romanos conocerlas tan perfectamente, como suponen los que dán á sus palabras una fé escesiva. No las conocieron durante la lucha, porque el hecho de la guerra no les permitia atender á ello; no las conocieron despues, ya por las divisiones artificiales que establecieron, trastornando la primitiva geografía, ya porque los autores que de ella trataron, lo hicieron apenas sometida España. Adviértese por lo mismo, que mientras

conocian perfectamente la Bética y pueblos colindantes, las costas todas del Mediterráneo y parte de la Lusitania, dán las mas palpables muestras de la escasez de noticias que tenian respecto de los paises que se asentaban del Duero para acá, siguiendo la costa hasta los Pirineos. Un ejemplo de ello lo tenemos en Galicia. ¿Quiénes eran los ártabros? ¿cuál era su verdadera situacion? Si se les considera como una tribu, al igual de los brigantinos, de los nerios, de los pesikos, será imposible decirlo; sin embargo, nosotros no vacilamos en asegurar que, bajo este nombre genérico puramente céltico, se comprendian las diversas tribus, que desde el promontorio Nerio, hasta un punto que es imposible designar en la costa cantábrica, vivian orillas del Occéano y paises cercanos. Su nombre lo dice bien claro *Ar*, sobre, *abbrhra* en sanscrito, Occéano, sobre el Occéano (1). La semejanza entre sí de las voces ártabras y cántabras salta á la vista; Humboldt lo notó ya, Muller el sabio editor de Strabon, tambien, y en efecto, al ver que el griego Posidonio escribe que el Miño nace en la Cantabria, no puede uno menos de preguntarse, si como quiere Bidassouet y la razon dicta, no caian dentro de dicha region todos los pueblos que se asentaban orillas de un mar que recibió el nombre del pais cuyas playas visitaba.

(1) Vid. Pictet, *Origenes*, t.º I, página 118--y su *Nouvel essai sur les inscriptions gauloises*, en la REOUE ARCHEOLOGIQUE, t.º XV, pág. 286 (año de 1867).

Entre las esplicaciones que se nos ofrecieron para hallar la significacion de las palabras *ártabro* y *cántabro*, hemos escogido la que nos parece mas propia y mas verosímil, pues no cabe duda de que los romanos consideraban estos pueblos como maríti-

Pues qué, ¿la guerra cantábrica no fué general á todos los pueblos asentados orillas del Occéano y mas especialmente á sus vecinos? Cierto que sí, por mas que los que siguen con toda escrupulosidad á Floro, no ven en esta guerra mas que cántabros y asturianos. Casualmente á estos últimos, que se apropian la gloria de haber tomado tan grande y esclusiva parte en la lucha, no les toca tan de lleno como se figuran. Los asturianos que se encerraron en el Vindius, no eran los astures cántabros, ó sean los marítimos, sino los de Astúrica, en cuyo convento jurídico, si es cierto que entraban los astures trasmontanos, cabian tambien muchos pueblos de la actual Galicia, y estos fueron los que perecieron en el Medulio.

Mal domados los pueblos ártabros despues de la espedicion de César, hubieron sin duda alguna, de recibir

mos. Teniendo en cuenta lo que dice el citado Pictet, en su escelente trabajo sobre inscripciones galas, esto es, que ningun terreno etimológico está mas lleno de inconvenientes que el de las lenguas célticas, diremos que no abrigamos la pretension de que la etimologia que proponemos respecto á la palabra *ártabro*, sea la exacta, aunque creemos que para la esplicacion de los nombres de localidades, hay que atender tanto como á la voz de que se cree que deriban, á las condiciones especiales de la localidad, cuyo nombre desea esplicarse. Por descontado, y á pesar de nuestros escasísimos conocimientos en la materia, séanos permitido pensar que la opinion de Humboldt, respecto á considerar, como «probablemente griegas las terminaciones» de los nombres *artabri* y *cantabri*, cuando se trata de pueblos y palabras completamente célticas, no debe considerarse como de lo mas prudente. Mr. Houzé, el sábio autor de los inapreciables *Etudes sur la signification des noms des lieux*, escribe, esplicando el nombre de localidad *Venazoubres*, que *dubr* significa agua, y entre otros cita á Zeus, *Gramat. celt.* que dá la palabra *cam-dubr*, como equivalente de curva aqua. Por su parte, Pictet, en su citado *Nouvel essai*, viene en apoyo de esta opinion, asegurando que el verdadero correlativo de la palabra *dabhra*, mar en sanscrito, se encuentra en el rio *Dubra*, hoy dia el *Tauber* en Alemania, asi como el *portus Dubris* en Inglaterra, al presente *Dower* (pronúnciese *Daubur*). Asi, pues, no puede dudarse un momento que bajo los nombres

19

á los enviados de las demas tribus cantábricas, que vendrian á proponerles, no solo una salvadora union, sino tambien la guerra contra los romanos, una vez que estos tan revueltos y encontrados andaban á la sazon. En efecto, algo debió pasar en España, cuando el divo Augusto, despues de abrir las apenas cerradas puertas del templo de Jano, se creyó obligado á venir á combatir aqui contra los mas irreconciliables enemigos de Roma. La guerra dió comienzo en los paises mas cercanos á aquellos otros en que los romanos tenian, no solo amigos y aliados, sino tambien establecimientos comerciales. Los hombres de las tribus turmodiga y autrigona, dieron bien pronto el triste ejemplo de la defeccion á la causa de la pátria y nosotros sospechamos que en semejante ocasion pasó á los cántabros,

de *ártabros* y *cántabros*, los antiguos celtas, especiales habitadores de estos paises, indicaban su condicion de pueblos marítimos.

En la obra de Beale Poste, *Celtic inscriptions*, se lee un glosario de palabras célticas, donde á la página 104 se encuentran reasumidas las diversas opiniones emitidas para esplicar la palabra Bro, pais, region, comarca, territorio, el pais propio, el pais natal, en armoricano segun Villemarqué, en gaelico una llanura, una planicie, un pais reducido y aislado segun Oven Pughe; bajo la forma *bru*, un arenal en la de *braes*, matorrales etc., etc., segun los autores que cita Beale Poste. Vid.

Siempre que tenemos que acudir, para probar nuestras opiniones, á las etimologias célticas, sentimos como nadie, todo el peso de nuestra insuficiencia en la materia. Escepcion hecha de que en tales cosas solo pueden emitir voto autorizado las personas dedicadas por completo á semejantes estudios, no se nos ocultan los mil errores á que puede conducir la ignorancia de las lenguas neo-célticas, y el tener que guiarse en estos trabajos por datos incompletos. Suplan tales y tan grandes inconvenientes, nuestra buena voluntad y el deseo ardientísimo de llamar la atencion de los sabios celtistas sobre un asunto tan necesario, si se ha de entrar algun dia con pié seguro en el estudio de nuestra antigua geografia. Abrigamos hace tiempo la conviccion de que un trabajo de aquella índole hará desaparecer hartos errores y esplicarán mas de un punto geográfico, hasta ahora envuelto en verdadederas tinieblas.

con sus hermanos turmodigos y antrigones, lo que á los astúricos con los brigecinos. La traicion ó la falta de valor, ó lo que es mas fácil, esos rencores tan comunes entre pueblos vecinos, dieron motivo ó sirvieron de pretesto á la guerra: asi parece indicarlo Floro cuando dice, que los cántabros no solo molestaban á las tribus ya nombradas, sino que querian obligarlas á entrar en la liga contra Roma. En efecto, se advierte desde luego, que, dada la señal de la guerra, esta se encuentra reducida á un corto espacio de terreno; al poco tiempo se ensancha, el fuego de la rebelion toma incremento, y la lucha se hace estensiva á todos los pueblos que habitan en los montes cantábricos y sus vecinos mas cercanos. No acostumbrado Augusto al género de campaña que era del agrado de los españoles, viendo que las victorias alcanzadas contra el enemigo, ni eran decisivas, ni bastantes á introducir el desaliento entre los contrarios, se impacienta y aburre, y el señor del mayor y mas soberbio imperio del mundo, desespera de vencer á un puñado de indómitos montañeses, enferma de tristeza, y tiene que abandonar su campo y buscar en Tarragona, no solo la salud que empezaba á faltarle sino tambien el descanso á su fatigado espíritu. En aquella ciudad fué sin duda en donde personas mas conocedoras de los usos y de los hombres de España, trazaron el plan de campaña que debia seguirse para dominar una rebelion, que á contar con un gefe como Viriatho, hubiera arrancado á Roma el mas bello floron de sus conquistas.

Tres ejércitos y una poderosa armada acudieron des-

de luego á los lugares donde la guerra era mas difícil y mas terrible, y mientras la escuadra, costeando el mar cantábrico, llevaba el desasosiego y la confusion á las gentes del litoral, los soldados romanos se dirigian contra los que habian buscado en los montes un asilo mas seguro y á quienes con hábil táctica dejaban sin el auxilio de sus hermanos los pueblos trasmontanos, que no se atrevian á abandonar sus tierras amenazadas por las naves de Augusto. Fué asi como en esta guerra denominada cantábrica, vino á caer la mayor parte del peso de ella sobre los pueblos astúricos, á quienes, lo mismo que á los cántabros, llama Paulo Orosio pueblos gallegos—*portio sunt provinciæ Galleciæ.*

La estension que dá Orosio á Galicia, incluyendo dentro de sus límites á cántabros y astures, puesto que escribia despues de la division de Constantino, nos prueba que la lucha empezó fuera de la Tarraconense, y por lo mismo que es justísimo pensar que del Ebro para acá, todos los pueblos que se sentaban en ambas vertientes de la cordillera pirenáica y paises vecinos, quisieron conservar á todo trance la autonomia de que intentaba despojarles Augusto, sujetándolos, como á los demas españoles, á la ley romana. Como esto era tocar á lo mas sagrado en la vida de estos audaces montañeses, la rebelion se presentó formidable: los dueños del mundo necesitaron, segun Orosio, cinco años de lucha para lograrlos vencidos. En este espacio de tiempo ¡qué de vicisitudes en la guerra, y qué de mudanzas en los mismos pueblos que desde un principio habian tomado parte en ella!

Del relato de Floro, á quien sigue Orosio casi á la letra (1), se desprende que entraron en la lucha las diversas naciones no sujetas todavía al dominio de Roma. Asi se advierte que cuando los invasores trataron de atacar sériamente la rebelion, los ejércitos formados ocupaban, uno la Cantabria, otro el pais astúrico y el último á Galicia; señal inequívoca que desde las estremidades de los Pirineos que baña el mar citerior, como dice Floro, hasta las ulteriores partes de Galicia, como escribe Orosio, se estaba en guerra con Augusto. Ademas, su estension y la imposibilidad de reducirla á un breve pais cántabro, como algunos pretenden, se comprende por el pasaje en que Velleyo Paterculo hace alusion á esta última y encarnizada campaña. *Despues de numerosos y variados combates, España se sometió*, dice aquel autor, probándonos que la guerra no fué cuestion de uno solo, sino de una porcion de pueblos españoles. No podia ser menos, dada su duracion; es cierto que las guerras viriáthicas duraron doble tiempo; mas, sin embargo, ¡qué diferencia entre las condiciones en que se hallaban los lusitanos de Viriatho y las que debian rodear á los cántabros, en plena rebelion, es-

(1) Orosio no hace, en la ocasion á que nos referimos, otra cosa que seguir paso á paso á L. Floro. Debemos notar sin embargo, que como natural de Braga, y por lo mismo gallego, entró en algunos mas detalles respecto á la parte que tomaron en la guerra los últimos pueblos de la dilatada comarca gallega de su tiempo. Sin él seria imposible probar que la guerra cantábrica se habia estendido hasta nuestros mares y que el Medulio era un monte de la Galicia actual. El amor á su pais le hizo añadir al relato de Floro las indicaciones á que nos referimos, y esta circunstancia pudiera muy bien citarse en apoyo de la opinion generalmente admitida, que hace á Orosio, natural de Braga, contra los que sostienen que nació en Tarragona.

tando sujeto el resto de España! Es verdad que Floro lo dice asi espresamente, añadiendo, que solo quedaban por pacificar dos poderosas naciones, los cántabros y los astures, que vivian independientes del imperio romano; mas la dificultad está ahora en saber cuales eran los límites de esas dos grandes naciones.

Si atendemos á lo que se desprende de las escasas noticias que nos ha dejado aquel autor, el territorio en que se sostuvo la guerra fué grande: llegaba desde las orillas del Pisuerga hasta las ulteriores partes de Galicia, es decir, cogia la dilatada línea, que ocupaban entre otros, los pueblos vaceos, astúricos (1) y galláicos. Es cierto que de los vaceos sabemos que eran, como los turmodigos y autigrones, molestados por los cántabros, quienes querian arrastrarles por la fuerza de las armas á la confederacion contra los romanos, y es verdad asimismo que partiendo de este supuesto, no puede creérseles en rebelion; pero á parte de que la guerra duró largo tiempo y con vario suceso y que tomaron parte en ella pueblos de quienes no se acordaron los latinos ó que designaron con el nombre genérico de cántabros, ¿cómo concordar las noticias que nos ha dejado la historia acerca de esta memorable campaña? Tres hechos culminantes presenta Floro en el breve relato que nos

(1) Por ser mas breve, llamamos *asturicos*, á los astures augustales, como los apellidaron los romanos para diferenciarlos de los trasmontanos que eran los que habitaban desde las montañas hasta el mar. Segun Ptholomeo, veinte repúblicas diversas cabian dentro de su territorio, entre ellas la de los Cigurros que eran los gallegos de Valdeorras.

Se cita una inscripcion latina de Ponteyo, *signifer* de la quinta cohorte de los Astures, en Intercatia, en la cual se veia grabada la efigie de un legionario asturicense, con su traje nacional y sus armas.

hace de estos sucesos: el primero, que los cántabros, que se habian hecho fuertes en Vellica (Aguilar de Campóo) se vén obligados á refugiarse en el Vindius (1); el segundo que los cántabros, encerrados en Aracillum (se ignora su verdadera reduccion) resistieron tres asaltos, pero que la plaza fué tomada; y el tercero que los cántabros, encerrados en el monte Ædulo (el Medulio de Orosio), se libran de la esclavitud dándose á sí propios la muerte. De todos estos lugares solo el primero pertenece á la Cantábria descrita por Florez! Y sin embargo, para Lucio Floro, todos eran cántabros, lo mismo los que combatieron al pié de Vellica, como los que se defendieron en Aracillum, lo mismo los que buscaron en el Vindius un asilo contra la venganza romana, que los que perecieron en el Medulio. En sana crítica ¿puede creerse que fuesen solo los hijos de la breve region cantábrica los que sostuvieron todo el peso de una guerra tan larga como encarnizada, ni que pudiesen resistir tantos y tan sangrientos

(1) Situan el monte Vindius, en las montañas de Leon, las cuales son un ramal que se desprende de la cordillera cantábrica y viene á morir en Galicia. Un moderno anticuario, publicó en *El Eco de Leon*, número perteneciente al 17 de Octubre de 1865, un curioso artículo titulado *Los montes Vindios*, en el cual guiándose por las Tablas de C. Ptholomeo, trató de hallar su probable reduccion. Segun él dichos montes «debian estenderse y ocupar todos los puertos que dividen á Astúrias de Castilla, desde el Vierzo inclusive hasta el rio de Cervera de Pisuerga, pues todo este terreno se hallaba comprendido entre los números 9 y 11 de longitud y entre los 44 y cuarto y 45 de latitud. De la longitud hemos hecho ya la demostracion, señalando los números que Ptholomeo marca á Interannio, Flavio ó Ponferrada (9 grados long.) á Astorga (9 y medio) y á Pisuerga (11 y cuarto); de la latitud se hace manifestando que á Astorga le señala con los números 44, á Leon con los 44 y cuarto, y á Lugo de los Astures, que se cree estaba cerca de Oviedo, los señala con los números 45 en cuyo centro estaban los montes Vindios.»

encuentros, y despues de ellos, atravesar todavía tan largo espacio como media desde las márgenes del Ebro á las del Miño? Si se dice que bajaron de sus montañas y se introdujeron en aquellas plazas, á la manera que en repetidas ocasiones lo habian hecho los lusitanos en la Bética, no se olvide que, segun el historiador romano, los vaceos eran sus enemigos, que, para los que le siguen, la guerra con los astures fué posterior á la completa sumision de los cántabros, y que, por lo mismo, mal podrian sostenerse tanto tiempo en territorios en donde romanos y españoles les eran contrarios.

Los inconvenientes que resultan de la concision con que escribió Floro y de la lamentable fidelidad con que le siguió Orosio, solo se salvan, suponiendo que para el primero de estos escritores, fueron cántabros todos los pueblos que tomaron parte en la contienda. La lucha empezó en paises cercanos al Ebro, ó si se quiere mejor, vecinos del Pisuerga, y por lo mismo en la verdadera Cantabria (1), el fuego de la rebelion se estendió á los pueblos astúricos y desde aquí llegó has-

(1) Opinamos que desde el promontorio Nerio al golfo Aquitánico, las diversas tribus que ocupaban la costa y paises cercanos, se llamaban ártabras y cántabras. La primera denominacion parece haber sido reducida á mas breves proporciones, mientras ganaba la segunda lo que perdia la primera. El designar los límites de la Cantabria, es algo mas difícil de lo que le pareció al Sr. Cortés, en su *Dicc. geogr. histor. de la España antigua*, art. CANTABRIA, quien asegura que las nociones que los antiguos nos han dejado acerca de dicha comarca y sus límites son las mas claras y precisas. Ageno es de este sitio el dilucidar una cuestion en que han tomado parte muchos de nuestros primeros escritores, sin que hayan logrado resolverla; por lo mismo y por no tocar sino incidentalmente á la historia de Galicia, dejamos á los que traten con mas estension este asunto y en especial á los vizcainos, el cuidado de probar que

ta los últimos confines de Galicia, mientras la escuadra romana surcaba amenazadora el litoral de estas naciones. Del lugar donde dió comienzo esta guerra se denominó cantábrica y contra los hijos de esta region peleó en vano Augusto, que se veia amenazado en medio de sus estériles triunfos por la vasta confederacion que habian formado la mayor parte de las tribus célticas de la citerior. Sus lugartenientes que prosi-

la Cantabria llegaba hasta el litoral francés. Para nosotros nada mas cierto: 1.° porque P. Mela á quien acude Cortés, para no pasar de Bilbao, los límites de su Cantabria, no tenia una idea tan exacta de la configuracion de la costa como nosotros, y quien hizo de los golfos de Vigo, Pontevedra y Arosa uno solo, no iba á tener mayor cuidado en la rápida descripcion de la costa cantábrica. Esto sin olvidarse de las primeras líneas en que trata de la Gallia, parecen escritas á propósito, para decirnos que eran cántabros todos los pueblos que desde los ártabros llegaban hasta el mar de las Gallias. 2.° Porque si se ha de atender á los que creen hallar origen scítico en la familia cántabra, no se puede con razon, establecer el límite del pais de estos bebedores de sangre de caballo, precisamente en las riberas del Nalon, que servia de frontera á la tribu pesika, cuyo nombre es scítico. 3.° Porque no se comprende que en un mar llamado de los Cántabros, no tuviesen estos un solo puerto (no dice esto Mela), dándose la extraña casualidad de que unos pueblos que no vivian en sus orillas le impusiesen su nombre, lo cual es un verdadero contrasentido. 4.° Porque la voz Cantabria, puede decirse con toda seguridad, servia para nombrar una vasta region y no un solo pueblo, era un nombre geográfico y no etnográfico: podian por lo mismo autrigones y turmodigos, ser muy cántabros, y ser molestados por las demas tribus de su confederacion. El hecho de empeñarse los cántabros en que estas tribus hiciesen la guerra á los romanos y obligarlas á ello por medio de las armas, parece como que indica, que los primeros se creian con algun derecho á que dichos pueblos, corriesen con ellos y como ellos, los azares de la guerra. Bilbao y demas pueblos vascongados que habian conocido la civilizacion y comercio fenicio, podian con razon temer una lucha, tal vez fatal á sus intereses comerciales, mientras los rudos habitantes de la montaña, para quienes era un placer el combate, desafiaban sin temor alguno las iras de Roma. Para terminar, diremos, que segun Beal Post, obra cit. pág. 105, CANT es una antigua palabra inglesa, que significa una proyeccion angular, ó la division de una superficie. Algunas observaciones pudieran hacerse en vista de esto.

guieron la campaña y lograron verdaderas aunque costosas victorias, no las obtuvieron sino despues de largo tiempo y tras grandes esfuerzos. Sin la traicion de los brigecinos seria probable que el ejército romano hubiese esperimentado una completa derrota; mas la defeccion de aquella tribu á la causa nacional, les abrió el camino de la victoria, mientras los nuestros, acosados por todas partes, como bestias feroces, solo en la muerte hallaban abrigo seguro. Los hombres del vasto convento asturicense, mostraron en esta ocasion, no solo su valor indomable, sino su gran prudencia y conocimiento de las cosas de la guerra (1). Entre ellos habia muchos que pertenecian á la Galicia actual y á la region del Vierzo, unida todavia por la tradicion, por la historia y por el lenguage á la gran familia gallega á que ha pertenecido. Asi, pues, ¿cómo negaremos sin una grande injusticia la parte que nuestro pais tomó en aquella guerra gloriosa y memorable?

Ignórase todavia si la derrota de los astúricos fué posterior á la sangrienta jornada del Medulio, puesto que de las palabras de Floro pudiera muy bien despren-

(1) Carballo en sus *Antigüedades de Asturias*, cita, á la pág. 36, un trozo de un libro antiguo, y en vista de él asegura que los jefes que iban al frente del ejército asturiano que combatió orillas del Astura, se llamaban el uno Liranto ó Loranto, otro Assur y el tercero Gauzon. Todo esto lo afirma bajo la fe de un Maestro Custodio que dice copió el pasage de un libro manuscrito que tenia en su biblioteca, compuesto por Lotario. Lo cierto es que Carballo, relata los sucesos de esta guerra con tanta confusion como seguridad en lo que dice, sobre todo, cuando tomando pie de las palabras de Floro, en que este indica que los movimientos de los ejércitos asturianos, no tenian la temeraria impetuosidad que caracterizaba á los bárbaros, y que su marcha era tan inesperada como prudente, describe el plan de batalla de los astures, que para el buen jesuita, eran los asturianos de su tiempo.

derse, (y esto es lo mas natural) que al mismo tiempo que Carisio alcanzaba, orrillas del Astura, la señalada victoria que cuenta aquel historiador, lograban Antistio y Firmio deshacerse de los indomables montañeses gallegos. Para nosotros es indudable que el último hecho de armas de esta guerra, fué la tristísima hecatombe del Medulio. El mismo Floro nos enseña que, al tener Augusto noticia de ella, vino al pais que habia sido teatro de la lucha á tomar las medidas que creyó convenientes para asegurar la paz de estas provincias y la de su naciente y glorioso imperio. Sin embargo, como hay quien asegura que los que perecieron en el Medulio no eran gallegos, sino cántabros, necesitamos probar que los que tal asientan cometen ó un error gravísimo ó una injusticia mas grave aun. No diremos ahora que muchos gallegos pelearon orillas del Astura y en Lancia, contra el ejército de Carisio, por mas que tengamos sobradas razones para suponerlo, (1), mas ¿cómo negar que tomaron parte en la lucha que los montañeses de la citerior, desde el Ebro hasta los confines del Occéano movieron contra Roma? Terminantemente lo dice Orosio y por lo mismo es inútil acudir, como Masdeu á la idea de que los cánta-

(1) Bien conocemos que trae graves inconvenientes, para la claridad y exactitud que debe reinar en la historia, el referirse, en lo que atañe á tiempos anteriores á la completa sumision de España, á las divisiones artificiales que hicieron despues los romanos. En realidad no se puede decir que los cigurros pertenecian durante la guerra cantábrica al convento asturicense; sin embargo, como puede suponerse que los romanos respetaron, al hacer dichas divisiones, las confederaciones anteriormente establecidas, por eso nos hemos inclinado á creer que lo mismo antes que despues, los cigurros y demas pueblos vecinos pertenecian á la vasta confederacion asturicense.

bros por despreciadores de la vida podian llevar á cabo alegremente, el glorioso sacrificio que presenció el Medulio. Olvidose el insigne jesuita de que el desprecio de la vida era tan peculiar á los gallegos, como las demas costumbres que Strabon escribió eran comunes á los pueblos lusitanos, gallegos, asturianos y cántabros. Por lo demas, el citado Orosio, dice, con toda claridad, que Antistio y Firmio, despues de grandes y peligrosas batallas, lograron vencer los últimos pueblos de Galicia, situados en la costa del Occéano y en pais montañoso y cubierto de selvas. De esto se deduce, que en nuestro pais, á parte de lo que los pueblos mas cercanos al astúrico debieron hacer en compañia de sus vecinos, se sostuvo la guerra con encarnizamiento, que los romanos corrieron hartos peligros en los diversos combates que tuvieron lugar en aquellos dias en Galicia, que los últimos pueblos sometidos fueron los gallegos, (1) y en fin, que si es cierto que ignoramos en que parte de la costa estaban situadas las tribus vencidas por Antistio, no lo es menos que los restos del ejército gallego buscaron en el Medulio abrigo y amparo contra las huestes romanas. Confesemos sino, que si los refugiados en el enhiesto monte á cuyos pies el Miño desliza sus gruesas ondas, eran verdaderos cánta-

(1) No se crea que por un exagerado amor al país, sostenemos que fueron los gallegos los últimos pueblos que en la guerra cantábrica, inclinaron el cuello bajo el yugo romano. Aparte de lo que con toda claridad indica Floro, la posicion topográfica de nuestras provincias, y la direccion de la guerra, nos lo hacen presumir. Si los verdaderos cántabros fueron los primeros rendidos, es porque resistieron los primeros á las legiones de Augusto, y esta es una gloria bien positiva.

bros, nada habian aprendido seguramente con la triste leccion del Vindius, en donde habian visto que si el mar podia llegar antes á su cima que el ejército romano, en cambio el hambre entraba facilmente en sus reales y los lograba vencidos.

Los desventurados que buscaron en el Medulio un refugio, supieron por esperiencia esta verdad; ni la natural aspereza de aquellos lugares, ni la altura del monte ni la muchedumbre de combatientes fué bastante á salvarles. Los romanos, que no querian tanto combatir como vencer, se alegraron al ver la ceguedad con que aquellos hombres les ofrecian la ocasion de destruirlos á poca costa. Para lograrlo, empezaron por abrir un foso de quince millas de circunferencia, desde el cual acosaban á los sitiados en todas direcciones. El que se acercaba al foso, caia herido por el dardo latino. Entonces fué cuando aquellos hombres, rudos por su natural carácter, no teniendo fuerzas para franquearse el paso, y lo que es peor, para continuar la guerra, viéndose reducidos al último estremo, recurrieron á aquella heroica accion, que habian llevado á cabo ya los saguntinos y los de Numancia, y reunidos en un banquete—siguiendo una costumbre propia de la raza á que pertenecian,—se dieron muerte entre la ruidosa alegria del festin. Buscáronla los unos entre las llamas de una encendida hoguera, otros se traspasaron el corazon con las ya inútiles espadas, los mas bebieron veneno del tejo (1),

(1) Segun se advierte en Plinio, el tejo, en especial el de España, encerraba en sus bayas un veneno mortal. Este naturalista, escribe que la madera de



tan conocido de la familia céltica, y asi escaparon todos á la odiosa esclavitud, mil veces mas aborrecible que la muerte. Esta triste y sangrienta escena, este terrible sacrificio, hecho por la libertad de la patria, que perdia en aquellos hombres sus últimos guerreros, hizo desde entonces célebre el nombre del monte en que tuvo lugar y el del pais en que se habia llevado á cabo.

La antigüedad, que sabia perfectamente cuanta abyeccion habia en el hecho y en las condiciones de la esclavitud (1), que sentia que era preferible la muerte á vida tan amarga como deshonrosa, ponia tan gloriosos hechos en el número de las cosas dignas de admiracion. Colocando entre las mas severas virtudes tan varoniles actos, dando menos aprecio á la vida que á la libertad, que en el ser humano es la entera posesion de si mismo, miraba como una prueba de grandeza de ánimo, el despojarse voluntariamente de lo que ya no era sino car-

dicho árbol estaba dotada de propiedades venenosas, puesto que barriles propios para vino de viaje, hechos en la Gallia con esta madera, habian dado la muerte á los que bebieran del liquido en ellos contenido. Los celtas que usaron bastante de la madera del tejo, sacaban del en efecto un veneno activo. César cuenta en sus *Comentarios* que el caudillo galo Cativolke se dió la muerte con dicho brevaje, y el mismo Virgilio, dice: Puedan tus abejas huir de los tejos apestados de la Córcega. (*Buc.* egl. IV.) Segun algunos etimologistas, la palabra tósigo, significa veneno estraido del tejo, dándose por estension, este nombre á los demas venenos.

(1) La esclavitud era entre los romanos tan cruel, como será siempre toda esclavitud, inclusa la mas humana. El romano de entonces, como hoy el dueño de negros, no diferenciaba en cosa alguna, el esclavo de una cabeza de ganado. Carecian de familia, trabajaban encadenados, y á menudo llevaban impresa la marca del dueño. El desprecio que inspiraban era tal, que la cortesana Adelphasia insulta á sus hermanas de infortunio, llamándolas, «miserables perfumadas de lodo, asquerosas delicias de los esclavos á quien no toca un hombre libre, desgraciadas mugeres de á dos óbolos, pasto de la canalla de los esclavos.»

ga enojosa y triste, y lo tenia como un signo de valor y de entereza en los individuos y en las naciones. El frigio no sabia morir; por eso, entre aquel esclavo y el español mediaba un abismo, el que media entre la cobarde debilidad y la severa entereza: prestábase el primero á las mas vergonzosas complacencias, mientras el segundo estaba pronto á dejar la vida antes que pasarla en el *ergastulo* á donde le llevaba su indómito coraje. ¿Cuál comprendia mejor la dignidad humana? El romano que pagaba á peso de oro el afeminado lydio, tañedor de flauta y cómplice de los vicios mas deshonrosos, establecia por cierto una bien noble distincion entre aquellos seres degradados y los esclavos españoles vendidos al mas bajo precio, puesto que se corria el peligro de no estar seguro con ellos y de no poseerlos mucho tiempo: que ellos como el *Manfredo* de Byron, podian decir á sus dueños,—¡Romano, no es tan dificil morir!

Galicia que se vió defraudada en mas de una gloria, no podia pasar por menos que el que se le disputase la alcanzada en el Medulio, que es de las mas inmarcesibles. Empezose por negar que fuesen hijos de esta region los que allí perecieron, y se concluyó por llevar á bien distantes lugares, el monte que habia sido testigo del ínclito valor de nuestros padres. Si Orosio no hubiese dicho que estaba orillas del Miño, ¿quién de entretantos como en aquella guerra han visto solo cántabros y astures, hubiese pensado que las ulteriores partes de Galicia habian tomado en ella parte tan activa como gloriosa? El escesivo amor á la patria, dice un moderno escritor, es

mal consejero para escribir la historia, y nunca como tratándose de este asunto se pudo ver mas clara tan gran verdad. Ya nada diremos de los que, como Mayans y otros le colocan en Vizcaya, con desprecio de cuanto hay de mas admirable en las composiciones históricas, la sinceridad (1); pero no callaremos que entre nos-

(1) El monte Medulio ha sido reducido por los historiadores á muy diversos lugares, *La Crónica general de España* y Carballo en sus *Antigüedades de Asturias*, aseguran que estuvo en S. Martin de Mondoñedo; Ferreras dice que en Otero de Rey. Entre los escritores gallegos las opiniones se dividen entre el monte de Cabeza da Meda hácia Rivadesil, como se ve en Cornide, y el de monte Medela entre Chao de Amoeyro y Orense. En los *Juegos florales* celebrados en la Coruña el año 1861, se propuso un premio á la mejor memoria sobre la *Situacion del Monte Medulio y sus incidencias históricas* y lo obtuvo la presentada por el Sr. D. José Villaamil y Castro,--que ciertamente brilla por lo sobrio, claro y preciso de su redaccion,--y en la cual se adopta la segunda de dichas reducciones. El Sr. Villaamil, se ocupó como no podia menos, de las lápidas que el P. Sotelo dice haber hallado el buen Fernandez Boan, quien en su *Historia de Galicia*, ms. escribe que su hermano D. Juan, abad de S. Andrés de Castro, le ayudó á descubrir en aquel lugar muchas antigüedades. Por las condiciones que concurren en ambos escritores y por los claros indicios de falsedad que presentan las inscripciones, carecen por completo de valor alguno. Segun Sotelo, amen de aquellas lápidas hallaron dichos hermanos «una estátua con baston empuñado cuya peana tenia esta inscripcion: M. AGRYPA · PCARET. FIR. ANT.LEG...» lo demas no pudo leerse añade, y en verdad que para su objeto era lo bastante. Otras inscripciones copia que pueden verse en dicha *Memoria*, y que por ser, segun todas las apariencias, de la misma mano, tienen igual valor y autoridad. En cuanto á la donacion llamada de Doña Urraca, haremos observar únicamente, que está en gallego y que se dice *trasladada fielmente* de otro pergamino, lo cual, á parte de la frase *capitan general*, que hizo notar el Sr. Villaamil, pone en grave apuro á los que se quieren servir de este documento para fijar la reduccion del Medulio, en el monte Medelo, cerca de Orense. En efecto, escritura en gallego y en el año 715 es cosa que no se compone, y bien harian en decir al menos que estaba traducida del latin. El documento mas antiguo que aparece escrito en nuestro dialécto, es uno que citó Padin, recogido tambien por Sobreira; lleva la fecha de 1016 y desgraciamente concurren en él tales circunstancias que obligan á tenerle por forjado largo tiempo despues y por no muy sabio escriba.

otros mismos se sustentan diversos pareceres respecto de su situacion, hasta el extremo de que, enamorado alguno de la ciudad en donde habia nacido y pasado su vida, y queriendo llevar á sus cercanias el Medulio, inventó lápidas y tal vez escrituras, que serian testimonio seguro de la verdad que se pretendia probar, sino fuesen hijas de una imaginacion forjadora de antigüedades.

Empezamos nosotros por reconocer la dificultad grande de señalar con precisa exactitud su verdadera reduccion, y por confesar que si algun dia se llega á un resultado mas positivo que los obtenidos hasta el presente, ha de ser gracias á detenidas esploraciones arqueológicas llevadas á cabo por personas dotadas de los conocimientos necesarios para esta clase de estudios. Ardua empresa considera el Sr. Villaamil y Castro, que se ocupó de este asunto, tratar siquiera de fijar la region en que el Medulio estaba situado, y por lo mismo, sin que creamos ser mas afortunados que los que nos han precedido, nos limitaremos á hacer algunas indicaciones, que, en nuestro concepto, deben ser tenidas en cuenta, cuando se estudie de nuevo asunto tan interesante. Es la primera de todas, la de que debe presusumirse que el nombre de Medulio (1) no es el apela-

(1) Para la reduccion del Medulio, se han guiado muchos, por la semejanza que algunos nombres de lugares presentaban, con el del monte en cuestion. Por desgracia, las voces *medula*, *meda* y *medeira* son comunes en Galicia, y si bien tienen un origen bien digno de notarse, no sirven en el presente caso para guiarnos en el laberinto de las suposiciones á que se han lanzado algunos autores. En Pictet, (*Origenes* etc., t. 1.º, pág. 123), hallamos en el artículo *montaña*, lo siguiente: «Sanscrito *mâla* monton; y sin duda, mas especialmente una cadena de montañas, del femenino *mâlâ*, línea, hilera, série, guirnalda, etc., probablemente de la raiz *mal* ó *mall* tenere, lo que

tivo del monte en cuestion, sino que sirve para indicar que pertenecia á la region ocupada por la tribu de los médulos. Es verdad que de la existencia de esta tribu no tenemos recuerdo alguno (1), sin duda por que se quedó confundida y olvidada entre aquellos otros pueblos cuyo nombre Strabon y Plinio no querian ni acertaban á pronunciar; mas, como sabemos que muchos de los nombres de localidades gallegas se repiten en Francia, algunos sin mudar letra, no hemos vacilado en creer que una tribu llamada de los Medulos recibió en Gali-

está unido, lo que tiene conexion. Comparo el irlandés *mol*, *mollan*, *meall*, *mull*, *mullach*, cymrico *mwl*, colina, monton, y el albanés *malli* montaña.» Sin duda alguna, si Pictet conociese las voces gallegas *medulas*, *medas* y *medeiras*, no dejaria de recordarlas. Todas ellas significan monton. El nombre de *medorras*, con que se conoce en algunos lugares de Galicia, las mamoas, (túmulus) tal vez no tienen otro orígen.

(1) Menciona el Ravenate, un rio denominado el Medulla, que pudiéramos muy bien citar en nuestro apoyo, como una prueba de la existencia en Galicia y en la localidad citada, de la tribu de los medulos. La existencia de un rio asi llamado, no puede ponerse en duda, aunque se diga que aquel geógrafo no fué de los que mejores noticias tuvieron de España, mas cual fuese ese rio desconocido de Strabon, Plinio, Mela, etc. y citado por aquel autor entre los famosos es imposible decirlo. Nosotros nos inclinamos á creer que acaso el Medullo, no es otro que el Miño, mas como el mismo Ravenate, cit este último como rio distinto, es algo difícil sostener semejante opinion. El Sr. Cortés que el *Aparato*, de su *Diccionario*, y en nota al pasage á que nos referimos, se inclina á creer que el Medulla es el Duero—«llamado así, añade, por nacer en el monte Edulio ó Medulio, que es el Urbion» cae en un error tan grande, que no hay mas que leer en su mismo *Diccionario*, los articulos Medulla y Medulio, para ver cuan ligero anduvo al escribir la nota á que nos referimos y cuan descuidado en no advertir la contradiccion en que incurre. En efecto, para el Sr. Cortés, el Medulla flum. no puede ser otro, son sus palabras, que el Sil, y el Medulio, es la Cabeza de Meda, con cuyas reducciones echa por tierra la anterior aseveracion. Sin embargo, debemos advertir, que si bien por el territorio que atraviesa el Sil antes de su confluencia con el Miño, pudiera dar lugar á la sospecha de que es el Medulla, en cambio es imposible olvidar aquel detalle que el mismo Ravenate da en otro libro, esto es, que el Medulla, desagua en el Occeano, cosa que solo pasa con el Miño.

cia, como en las Gallias, este nombre, por habitar en las alturas.

Los médulos franceses vivian en lo mas alto de los Alpes (1), y del relato de Orosio se viene en conocimiento de que no solo eran montañeses los que resistieron en Galicia al ejército de Antistio y Firmio, sino que todo hace creer que en las sierras de Caurel y San Mamed y demas estribaciones que de ellas se desprenden, fué donde los gallegos opusieron mas resistencia á los romanos. Colocando el Medulio en donde Cornide, esto es, en Cabeza da Meda, se vé que los médulos de Galicia llegaban tal vez hasta la confluencia del Sil y del Miño, lo mismo que los médulos franceses hasta la del Isar y el Rhône, teniendo estos por vecinos á los Ucenos, y los nuestros á los Ocellos. Si estas indicaciones no parecieren acertadas, ni aun verosímiles, pueden reemplazarlas, los que asi las juzguen, con otras mas claras y exactas, aunque sospechamos que no les será posible, vista la carencia absoluta de datos que hay respecto de esta cuestion.

¿Se hallarán algun dia los vestigios del foso hecho por los romanos? Esto es lo que han de decirnos nuestros arqueólogos (2). Los franceses han hollado con su planta el campo de Alesia, y supieron hallar en los fo-

(1) Hé aquí las palabras de Strabon: «y mas lejos, sobre las últimas cimas de los Alpes, los Medullos.» Mas adelante añade: «volviendo á los Medullos, se encuentran justamente, colocados sobre la confluencia del Isar y del Rhôn.» Libr. IV. cap. 5.

(2) Parece que en el camino que conduce de Santa Cristina de Parada á Junquera de Espadañedo, (en donde suponen en el país estuvo el Medulio), se creen reconocer todavia los restos del foso abierto por los romanos. Al menos asi lo asegura una tradicion lo-

sos abiertos por César, las armas romanas que atestiguaban al mismo tiempo que el valor y la desgracia de los antiguos galos, la fortuna del conquistador: es posible que algun dia puedan tambien nuestros hijos decir:—hé aquí el foso con que cercaron á los últimos defensores de nuestra antigua nacionalidad: hé aquí las espadas con que aquellos valientes montañeses se quitaron la inútil vida, por no sufrir la afrentosa esclavitud que les esperaba y no presenciar la de la patria. Sabremos entonces, cual fué el lugar en que se consumó tan cruento sacrificio en aras de una libertad cara á los hombres de ánimo levantado, y sabremos asimismo, si el Miño, que segun Orosio pasaba al pie del monte, era el rio de este nombre, ó el Sil, como quieren algunos, para llevar el Medulio á lugares sobrado distantes de aquellos en que parece fuera de toda duda que estuvo situado.

cal. No tendria nada de estraño, aun que debe entenderse, que la *Cabeza da Meda*, que es una de las mas elevadas cumbres de la sierra de San Mamed, pudo por su altura ser escogida para refugio de los gallegos perseguidos por Firmio y Antistio. Esto sin olvidar que su nombre quiere decir en castellano, cabeza de la meda ó de la montaña, y que tendrá bien tres leguas de circunferencia.

XIII.

La noticia del desastre sufrido por los españoles en el Medulio llevó al mismo tiempo á Augusto la de la sumision de los pueblos que se habian levantado contra Roma. Con tan fausta nueva abandonó el César á Tarragona, se dirigió á los paises que acababan de ser teatro de la guerra y dictando despues las disposiciones que creyó mas convenientes para asegurar la conquista, probó una vez mas á los españoles, que de sus dominadores no debian esperar jamás ni piedad ni conmiseracion alguna. Su primer medida fué obligar á los montañeses á abandonar las alturas y fijarse en los llanos y lugares que les designaron; despues exigió rehenes á las demas tribus, y últimamente vendió á los prisioneros en pública almoneda por esclavos, segun el derecho de la guerra, se apresura á decir L. Floro.

Tan hondos infortunios cayeron principalmente sobre aquellos desgraciados montañeses, que con una audacia y una perseverancia heróica, habian llevado el

peso de la guerra, puesto que las poblaciones del litoral, que tal vez habian alimentado la rebelion con sus consejos y su dinero, les abandonaron calladamente al rigor de su mala fortuna. En efecto, mientras cántabros, astúres y gallegos peleaban en las enhiestas cumbres que les servian de asilo, las ciudades marítimas, mejor dicho, las ciudades comerciales que á orillas del mar cantábrico se asentaban, ni se presentaron en rebelion, ni sabemos que hubiesen contribuido en manera alguna á asegurar la causa santa de la independencia de la patria. Hombres en quienes la sangre semita y la posesion de la riqueza producia sus naturales resultados, vieron, ya que no indiferentes, al menos con la mayor quietud, como los valerosos montañeses sucumbian bajo el peso de superiores fuerzas. En Galicia se sostuvieron los rebeldes en lo mas agreste de sus montañas, en el pais asturicense y cántabro hicieron lo mismo: en tanto, ni Bilbao, ni Gijon, ni la Coruña y demas factorias semitas se movieron. Bastó que una escuadra surcase amenazadora la costa cantábrica, para que se creyesen obligadas á mantenerse en una prudente, pero al mismo tiempo cobarde reserva. No vacilaron, por temor de perder sus intereses, en ser con su quietud unos poderosos auxiliares de los romanos. La lastimosa decadencia que las devoró mas tarde, fué su castigo.

Sujeta ya Galicia al poder de Roma, tuvo que sufrir resignada todas las tiranías que el hecho de la sumision entrañaba: perdieron nuestros pueblos su autonomia, vivieron despues la vida próspera, es cierto, pe-

ro al mismo tiempo aborrecible, de su dependencia, y fueron desde entonces súbditos de un imperio glorioso y dilatado, pero que en su mismo poder llevaba el gérmen de su disolucion y de su muerte. Los que, gracias á su entereza y energia lograron vencer al pueblo gallego, lo mismo que á los demas que constituían la peninsula ibérica, no tardaron en aprovecharse de las ventajas de su conquista. Hallaban, sobre todo en Galicia, un pais comparable por su fertilidad, riqueza y hermosura á los risueños campos de Italia. Las primeras colonias, esa gran presion á que acuden todos los pueblos conquistadores para asegurar por el momento su conquista, habian ocupado la comarca andaluza: el pais gallego, poblado por el indómito celta, ofrecia, despues de la Bética, á los nuevos emigrantes una tierra rica en metales preciosos, abundante en variados y deliciosos alimentos, de clima apacible, facil al comercio, tierras en donde el romano como el italiota podian recordar el sereno cielo de la patria ausente. Las colonias, pues, no faltaron en Galicia. Los romanos acudieron á ese medio vencedor, para atraerse las voluntades de nuestros antepasados, y los nuevos colonos trageron á los pueblos del interior una vida de actividad y riqueza como no la habian conocido hasta entonces. Los fenicios no habian hecho otra cosa que fomentar las poblaciones de la costa y tratar con las del interior y esplotarlos á la manera que en América lo hicieron por algun tiempo con los indios, los españoles que se habian establecido en las ciudades marítimas. Los romanos al contrario, menos dados á la vida del mar que sus rivales

los semitas, abandonaron los puertos y se refugiaron en el interior: debilitaron asi las grandes ciudades comerciales situadas orillas del Occeano y llevaron la vida, la actividad, el movimiento á los pueblos en que habian hecho asiento; por esto, mientras en cierto modo decaian el Puerto de los brigantinos y *Lambrica*, se alzaba en medio de fértil aunque dura comarca, *Lucus Augusti*, y mas allá del Miño, *Bracara* que llevó el mismo sobrenombre. La ciudad *Lémica* que habia visto á los semitas esplotar el estaño y el cobre y el plomo en que abundaban las cercanas comarcas, vió crecer su importancia á impulsos de la actividad desplegada por una colonia romana, que fue á establecerse alli. Las orillas del Sil, ese rio que en los recuerdos latinos, tanto se confunde con el Miño, sirvió como de guia á la nueva poblacion, que viniendo de la *Legio séptima gemina*, y de la gran *Asturica Augusta* entraban en Galicia por la hermosa y rica comarca del Vierzo—donde resonaba ya la lengua céltica,—y se establecia en las abundantes regiones que ocupaban los cigurros y demas montañas que tanto habian dado que hacer á las huestes de Antistio. La viña creció desde entonces en las ásperas pero calientes laderas de aquella comarca, y el celta pudo bien pronto, cambiar la cerveza por el víno, como cambiaba la braga por la túnica, la lengua materna por la de los conquistadores. El Sil que al igual del Tajo arrastraba arenas de oro, fue saqueado por legiones de esclavos al mando y gobierno de aquellos avaros romanos, cuya codicia era tan insaciable como inaudita. Las mismas minas de estaño abiertas

por gente semita, fueron registradas, esplotadas, casi agotadas. Nada dejaron incólume, en todo pusieron su mano, llevaron el lino de Zoela, el cañamo de los Cybarcos, la lamprea de Iria, hasta las flores. En cambio ¿qué dejaban? Si las cadenas dejasen de serlo por ser de oro, no hay duda que Galicia debió de regocijarse del cambio que esperimentaba en sus destinos. Numerosas vias, mas y mas seguras que las abiertas por los fenicios, cruzaron entonces el suelo gallego en todas direcciones y llevaron á las mas apartadas comarcas la vida exuberante que abrigaba en su seno el pueblo latino. Los que habitaban estos paises silenciosos se sintieron embriagados ante la magnificencia que desplegaban en todas sus cosas los vencedores. Los que levantaban el salvaje dolmen, como los que conocian la afeminada vida de los semitas; los que rendian culto al árbol y á la fuente, á la roca y al suelo ocupado por la tribu á que pertenecia, como los que adoraban á Baal; los que, por la sencillez patriarcal de sus costumbres recordaban á los severos arianos, lo mismo que los que sentian correr por sus venas sangre ionica y fenicia, todos se rindieron á la indomable energia desplegada por los romanos en los primeros tiempos de la conquista. La musa latina tenia acentos desconocidos para ellos, el arte encantos que ignoraban, la civilizacion toda, una supremacia incontestable sobre la que ellos poseian. No estrañemos, pues, que tan profundamente sintiesen los pueblos sometidos su propia inferioridad.

La historia nos dice, que jamás las naciones son dominadoras, sin sentir en sí mismas una superioridad

moral é intelectual sobre las que dominan; pero dicenos tambien, que la plena posesion de un poder enérgico y dilatado anuncia una decadencia moral presente, una decadencia material futura. El hecho de la dominacion entraña tales consecuencias, que no puede uno menos de reconocer que algo hay en ello de imposible, algo de atentatorio á la dignidad humana, puesto que, como planta á quien devora imperceptible gusanillo en los mas bellos momentos de lozanía, está destinada á dar vida en lo mas florido de la edad al monstruo alado que ha de devorarla: que los pueblos como los individuos solo llegan á la plenitud de su posesion en la víspera de su decadencia! Esto sucedió á Roma; mas cuando los romanos pusieron el pié vencedor en Galicia y vieron sujeta España á su carro de triunfo, era casualmente en aquellos dias en que la gran ciudad entraba con todo el vigor y actividad de la edad viril á gozar de las ventajas que habia amontonado sobre ella la fortuna. Rica, poderosa, activa, en todo imponia el sello de su grandeza; los pueblos españoles como los galos no tardaron mucho en ser súbditos de Roma por el amor, como antes por el áspero y terrible de la desgracia. Pudo, por lo mismo, decir L. Floro, que estos pueblos montañeses que tan duramente habian combatido hasta entonces contra Roma, le mostraron despues una fidelidad á toda prueba, y gozaron de una paz perenne. Mas hasta entonces ¡cuánto no tuvieron que sufrir! Desde que los romanos pusieron el pié en el suelo español, y sobre todo, desde que las naves cartaginesas, cruzando el mar de Gades, se alejaron de nues-

tras costas para siempre, la tiranía romana fué de las mas insufribles. Ni un sentimiento humanitario los hacia piadosos, ni los terribles reveses que esperimentaron, mas cautos y mesurados en sus relaciones con nuesros antepasados. Cónsules, legados, pretores, questores, todos venian á enriquecerse; los medios siempre eran buenos: los soldados buscaban grandes ganancias, Roma el medio de llenar su tesoro, el Senado, el de enriquecerse. La avaricia y la lujuria, la dureza de corazon y la falta de palabra eran sus rasgos distintivos: los españoles podian decirles—¡llevaos vuestra civilizacion, ahorraos vuestra amistad, dejadnos en nuestra barbarie ya que como hombres nos sois tan inferiores! No, ciertamente, no necesitó Roma llegar á los dias de los Césares, para sentir que la depravacion hervia en su seno: los vicios que con energica aunque ampulosa frase, echó en cara el español Lucano, á los romanos de su tiempo, eran bien antiguos en la ciudad de la loba. Los mas puros, los mas justos, los que mas se preciaban de rendir culto á los derechos de la humanidad, daban en España pruebas inequívocas de que eran verdaderos conquistadores. Las muestras de amor y cariño que prodigaron en los primeros dias de la conquista, se cambiaron bien pronto en crueles castigos, hijos de la ira: los españoles les probaron mil veces que aunque bárbaros, eran mas humanos y misericordiosos que ellos.

Empezaron los romanos por avivar entre las diversas tribus que llenaban el suelo español, esos odios inextinguibles entre gentes de diverso origen y entre

pueblos vecinos. Tan diestra politica, les valió mas que sus cohortes: los españoles estaban torpemente divididos por sus eternas rencillas, y jamás se les vió durante tan larga lucha combatir contra el enemigo comun á un tiempo y bajo un mismo estandarte. Mas distantes estaban por sus alianzas los pueblos bergidanos de Galicia, que de Roma: asi pelearon unos y otros sin tregua, es verdad, pero tambien sin concierto y sin ausilio. Viriatho no pudo mantener en la amistad jurada á sus vecinos mas inmediatos: los celtiberos se ponian á sueldo de sus vencedores de la víspera, para ayudarles en sus tiranias en la Bética, defendida á veces por bandas celtiberas tambien: los astúricos perdieron el fruto de su valor y prudencia, gracias á la traicion de un pueblo hermano. La idea de la nacionalidad española era desconocida de aquellos hombres; solo los lusitanos, compuestos en su mayoria por tribus célticas, parecieron comprender algo de los deberes que imponen en tales casos á los pueblos, la identidad de la raza, la defensa del pais por todos ocupado, y en fin, el comun peligro. Doscientos años duró la guerra, no general, no seguida, sino desordenada y desigual. Si todos los españoles hubiesen tomado á un tiempo parte en ella, Roma no hubiera vencido,—sus historiadores lo confiesan asi—y ciertamente es cosa que salta á la vista, puesto que en mas de una ocasion llegó á dudarse, durante el curso de la lucha, de quien habia de ser el dominio del mundo, si de Roma ó de España. Sin embargo, como faltaba entre nosotros el gran lazo de la unidad, los aislados esfuerzos por salvar nuestra inde-

pendencia, no hicieron otra cosa que retardar entre nosotros la época en que la nueva cultura debia dar sus naturales frutos. Es cierto que la lucha fué gloriosa, es cierto que mas de una vez las águilas romanas fueron deshechas, y que mas de un orgulloso pretor sucumbió á los golpes de la espada celtibera y lusitana; pero esto que tanto dice en nuestro favor, cede tambien en el de los romanos, que tras de tan larga y fatigosa lucha lograron subyugarnos.

Por su parte, los romanos siguieron en la conquista de España, una mas hábil politica que la que generalmente se les reconoce,—¡asi fueran igualmente tan piadosos como previsores!—una vez que T. Livio pudo decir con toda verdad que España sintió antes su esclavitud que pensó en ella. Supieron ayudarse de nuestras discordias, supieron mimar á las colonias griegas que les habian abierto los puertos de este pais envidiado, supieron aprovecharse de las ventajas que les proporcionaba la administracion política del pais, supieron, en fin, no amenazar, si no cojer, no quererlo todo de un golpe, sino ir apropiándose poco á poco lo que estaba á su alcance. Tarragona les vió arribar y establecerse dentro de sus muros: todos aquellos paises que se asentaban orillas del Mediterráneo, se les rindieron á su fortuna, y la Bética, esa hermosa comarca con tan vivos y entusiastas colores descrita por Strabon, sufrió bien pronto el peso de su yugo. Raza semitizada y que sentia en sí misma la dulzura del clima y de la vida que llevaba, no opuso gran resistencia á los invasores como tampoco la opuso la Turdetania, bajo cuyo cielo

tanto tiempo habia resonado la lengua púnica. El Anas fué como la primera infranqueable barrera que se opuso á su paso en la España ulterior. Vivaqueaban en sus orillas los indómitos celtas, hermanos de los del promontorio Nerio, y ellos y las demas tribus lusitanas, fueron para los romanos, durante largo tiempo, los mas tenaces y los mas indomables de sus enemigos. En la España citerior, en especial del Ebro para acá, ¡qué de luchas! ¡qué de sangrientos encuentros! ¡qué de alianzas y treguas mil veces rotas, renovadas mil veces! Aquí Numancia, célebre por su trágico fin, desafia ella sola todo el poder de Roma; mas allá, los muros que cercan y defienden á Lancia, son testigos del último supremo esfuerzo de los españoles por defender una independencia que no habian sabido conservar. No, ciertamente, no la supieron conservar, cuando con sus errores contribuyeron tanto como la hábil politica romana á consumar la pérdida de España: no hablemos ya de los celtiberos á sueldo de sus enemigos ni de los demas españoles que siguieron sus banderas y tomaron parte en sus disturbios, recordemos que los que ayudaron á los romanos á vencer á los cimbros victoriosos, fueron esos mismos celtiberos, los cuales, y de la misma manera que los lusitanos, parecian no haber nacido mas que para el combate. Si unas ciudades cierran sus puertas al ejército invasor, otras las abren; si unas odian el poder de Roma, otras compran la ciudadania romana. Los españoles como Retogones (1) que pre-

(1) Durante las guerras viriathicas, Retógenes, ciudadano principal de Nergobriga, seguia el partido de los romanos. Cuando Metello puso

ferian á su vida el honor de Roma, eran comunes. ¡Cómo no espiar tales errores!

En efecto, aunque España no sufriese mas que las tiranías de los cónsules y pretores que la gobernaban, bien castigada estaba, por sus innumerables y al mismo tiempo imperdonables faltas. La dureza y el despego con que los soberbios patricios trataban á nuestros pueblos y á nuestros hombres no tiene disculpa, ni comprendemos como pudo sufrirse. El piadoso Scipion fué de los primeros á usar de sangrientas y crueles represalias: en Illiturgis no perdonó ni á los pequeñuelos, entregó la ciudad á las llamas, y pasó á cuchillo á sus habitantes. Al mismo tiempo, Astapa, que renovó el heroismo de Sagunto, vió morir en el fuego en que consumia sus riquezas á los avaros romanos que las ambicionaban: asi lo cuenta T. Livio. Aquellos mismos á quienes un talento superior imponia mayores obligaciones, parecian hacer gala de faltar á ellas. M. Porcio Caton, que despues se decia defensor de los españoles en el Senado, fué de los primeros á manchar su nombre con las mas tristes crueldades; gracias á él, los Illergetes supieron lo que habia que fiar de la palabra romana (2); vendió por esclavos en pública almo-

cerco á la ciudad, iba aquel español en sus filas, y los sitiados que lo sabian, quisieron sacar provecho de esta circunstancia. En efecto, cuando los romanos se preparaban á dar el asalto, los de la ciudad pusieron en la muralla á los hijos de Retógenes, que debian asi, ser víctimas de las armas romanas. Metello, en vista de esto, se dispuso á levantar el sitio, por mas que el español le conjuraba á mirar por el honor de Roma, sin consideracion á su propia sangre.

(2) Estando Caton en Ampurias recibió los embajadores del gefe de los Illergetes, que venian á poner en su conocimiento el apurado trance en que se hallaba su ciudad, sitiada por los

neda á sus prisioneros y una esclava española se dió muerte antes de ceder á los deseos de aquel viejo impúdico. Por lo regular, los cónsules romanos estaban dotados de las cualidades de Luculo y Galba, esos hombres fatales en quienes á una avaricia sin límites se unia una crueldad inconcebible. A todos ellos podian aplicarse las palabras con que P. Scipion Emiliano, condenó el nombramiento de aquellos dos cónsules; los unos nada tenian, á los otros nada les bastaba. Y en efecto, ¿qué riquezas habian de saciar á un L. Casio que dejó libres por una suma convenida á los que desde Roma habian venido á asesinarle? (1) Jamás, como en esta ocasion, se hicieron iguales por su vileza el asesino y la víctima.

Por fortuna, á Roma que triunfó de los pueblos españoles por la falta de unidad que esperimentaban, le debemos en último resultado, nuestra nacionalidad. Aunque no fuese mas, bastaba esto, para tener como trascendental para la suerte futura de los pueblos que ocupaban la península, el hecho de la con-

enemigos de Roma. Los embajadores le conjuraban en nombre de la alianza y amistad que les unia á que corriese en su defensa. Ofreciólo asi Caton, y á presencia de ellos escogió las tropas y las hizo embarcar, mas apenas habian partido dos de los embajadores (el cónsul habia logrado á fuerza de obsequios que el hijo del gefe de los Illergetes que venia en la embajada quedase á su lado, como huésped querido, pero en realidad como en rehenes), cuando mandó desembarcar las tropas y abandonó á su suerte á los infelices aliados.

(1) Que contraste tan notable no ofrece la miserable codicia de Casio, con el hecho de aquellos jóvenes españoles que se ofrecieron matar á Epacto (asesino del padre de Peneco y tirano de su pais,) por una suma que debia ser pagada despues de su muerte, á sus padres que vivian en la pobreza! Este rasgo de piedad filial, lo conocemos por V. Máximo; él establece la profunda diferencia de carácter de los españoles y romanos de aquellos tiempos.

quista y absorcion de España por el imperio romano. La unidad, ese bien supremo de las grandes naciones, se la debimos á Roma. Gracias á las vias que cruzaron toda España, se conocieron los pueblos unos á otros; gracias á la comunidad de intereses, los hombres que vivian orillas del Occéano, no se creian ya estraños á los que moraban en las del Mediterráneo; gracias, en fin, á que para todos brilló el sol de la civilizacion romana, pudieron nuestros pueblos aspirar á un mismo ideal. Religion, arte, poesia, legislacion, todo cuanto forma la vida de las naciones, llevaba entre nosotros el sello de la superioridad romana; que es rasgo comun á la verdadera civilizacion el estenderse pronto y profundamente entre las gentes en que penetra. Ciertamente, España estaba dispuesta á esta obra de regeneracion. Las estériles y largas luchas sostenidas hasta entonces habian dejado cansados los ánimos; todos sentian la necesidad del reposo y de la paz y paracian dispuestos á sacrificar sus mas caras aspiraciones, en aras de estas dos egoistas divinidades. Mientras á los intrépidos celtas les fueron bastantes las antiguas frugales costumbres, la guerra, lejos de ser para ellos una plaga, fué sí la única ocupacion digna de ellos; mas cuando Roma deplegó ante sus ojos atónitos el faustuoso aparato de sus grandezas, entonces se rindieron á su destino, por mas que al hacerlo asi perdiesen á un tiempo su pátria y su libertad.

LIBRO III.

I.

Descripcion geográfica de Galicia en los tiempos romanos.—Tribus que la poblaban, su situacion, sus ciudades mas importantes.—Rios, promontorios, islas de que dejaron noticias los geógrafos antiguos.

Despues de las victorias alcanzadas por Antistio y Firmio en los últimos pueblos de Galicia, quedó de hecho esta region sujeta al dominio de Roma, y sufrió en su constitucion las naturales modificaciones que el hecho de su sumision entrañaba. La primera fué la de su division territorial. Las diversas tribus que desde la embocadura del Duero á la frontera de los ártabros formaban parte de la belicosa nacion lusitana y pertenecian á la España ulterior, fueron agregadas á las de los ártabros y pasaron á la provincia citerior, divididas en dos grandes conventos jurídicos, cuyas capitales eran Braga y Lugo, sin que por eso faltasen gentes que, ocupando parte del territorio de la actual Galicia, caían,

sin embargo, dentro de los límites del convento asturicense, que tenia por capital á Astorga.

Los historiadores, y sobre todo los geógrafos antiguos, que se ocuparon de España, y por lo mismo de esta gran parte de su territorio, no lo hicieron, por desgracia, con aquel exacto conocimiento de los lugares, que se requeria para que sus indicaciones pudiesen ser hoy admitidas sin reserva. Tanto Mela como Plinio, que conocieron personalmente la Bética, hablaron de las demas regiones guiándose por datos tan imperfectos, que á cada paso se vé el segundo de estos escritores en la imprescindible necesidad de rectificarlos. Agregóse á este inconveniente el que Galicia, última de las regiones sometidas, fué por lo mismo conocida mucho mas tarde, y que los romanos que no habian querido pronunciar la mayor parte de los nombres de los pueblos de las Gallias, hallaron los de sus hermanos los galláicos, de una rusticidad superior á su amor á las palabras armoniosas. Por esto, no solo callaron el apelativo de muchas localidades, sino que modificaron segun su labio el de aquellas ciudades que se veían obligados á mencionar, variaron á menudo su ortografía, y esta obra de confusion se aumentó con las faltas inherentes á las copias.

Poblada Galicia por numerosas tribus célticas que conservaban con empeño las costumbres de la raza á que pertenecian, vivian esparcidas á la manera que aun hoy observamos, sin que sus pequeños burgos tuviesen grande importancia. Se necesitó que los romanos, creando dos grandes centros administrativos, trajesen á ellos

la vida, el movimiento, la poblacion y el lujo de las ciudades populosas de que estaban bien lejos, por cierto, aquellos *centros* que, conocidos tal vez entre los naturales con el nombre de *burgos*, no valian ni significaban mucho mas que los *vicos* latinos. A esta circunstancia se debe, sin duda, que los antiguos geógrafos no hayan dado noticia de pueblos que, como el de los Britones, alcanzó tiempo andando el incremento y preponderancia necesaria para ser cabeza de una sede. ¿Qué geógrafo nos dá noticia de la ciudad de *Aunona*, que, segun se desprende del relato de Idatio, hubo de ser en el siglo en que este autor vivia, una de las principales de Galicia? ¿Quién menciona á Cinania? Esto se comprende; unas ciudades perdian de su importancia, en tanto que otras venian á la vida, y como los tres geógrafos que nos sirven de guia vivieron en un tiempo relativamente igual y en el cual Galicia acababa de salir de la oscuridad á que le tenia condenada su propia independencia, apenas si conservan memoria de nuestras poblaciones del litoral y el nombre de algunas tribus, que no sabemos siquiera si eran ó no las principales. Á cada paso en las monedas y lápidas se mencionan ciudades que sin esta circunstancia serian perfectamente desconocidas para nosotros, de tal manera, que la sola inscripcion del puente de Chaves, una de las mas importantes de Galicia bajo el punto de vista geográfico, dá como existentes en un reducido territorio, pueblos que, ó dichos geógrafos no mencionan ó lo hacen con tal ortografia, que gracias si es dado sospechar su identidad. Por otra parte, el nombre de ciudad

que dán á menudo al *centro* de una tribu, no siempre debe tomarse en su verdadero sentido, como tampoco creer que la mayoria de las mansiones del *Itinerario*, fuesen mas que simples mansiones. Sucede ademas que unas veces conservan el nombre de las ciudades y callan el de la tribu á que pertenecian; otras callan su verdadero nombre y la apellidan ciudad de tal ó cual tribu; ahora pasan en silencio todas cuantas circunstancias podian servirnos para fijar su situacion, ahora hacen esto imposible, gracias á los equivocados detalles que consignan. Las ciudades maritimas, con ser tan fácil de señalar su posicion, no fueron mas afortunadas que las del interior, puesto que vemos á Mela,—que describe á grandes rasgos nuestra costa—hacer un golfo de tres, y á Plinio dar á entender que ciudades del interior estaban orillas del Océano. El mismo Ptolomeo, á pesar de sus grandes apariencias, no ofrece mejores fuentes: en una palabra, los datos geográficos que acerca de Galicia nos dejó la antigüedad, apenas si bastan para convencernos de la gran necesidad de corregir sus textos y ilustrarlos convenientemente (1). Nadie ha tomado sobre sí trabajo tan pe-

(1) A pesar de que la geografia de la Galicia romana, ha sido bastante cultivada por nuestros escritores, está bien lejos de haber alcanzado siquiera, aquella perfeccion necesaria para poder entrar hoy en su estudio con algun desembarazo. A las dificultades inherentes á esta clase de trabajos, se unió la confusion con que hablaron de nuestro pais los antiguos geógrafos, y la desgracia de que las personas que como Cornide tanto hicieron por darnos á conocer con alguna exactitud la Galicia romana, si bien unian un profundo conocimiento de las fuentes históricas y el del pais de que se ocupaban, carecian de ciertos conocimientos que podemos decir actuales y daban demasiada fé á los antignos textos, cuando en nuestra opinion, es este el primero y el mayor escollo que hay que evitar. No se puede negar que á aquel docto co-

noso, y por lo mismo nuestra geografia romana estará, quisiéramos equivocarnos, sobrado tiempo sumida en las tinieblas en que la dejaron aquellos geógrafos, quienes, tras de no conocer, ni con mediana exactitud siquiera, el pais que describian, y tras de ignorar la lengua que hablaban sus habitantes, no vacilaron en aumentar la confusion, con las escasas noticias que dejaban, con la variedad de ortografia con que escribian los nombres de la mayor parte de nuestras poblaciones, y por lo equivocadamente que daban noticia de ellos, nombrando despues á los que estaban antes que otros y vice-versa. Por desgracia, personas que no conocian Galicia vinieron á aumentar las dificultades indicadas, con reducciones que solo se pueden perdonar sabiendo cuan imposible es hablar con acierto de paises que no se han visto, y nuestros autores dando demasiada fé á

ruñés, debemos lo que hoy se conoce de mas selecto y acertado en la materia, ni menos callar que desde que él murió cesaron casi por completo estos estudios en Galicia; circunstancia tanto mas lamentable cuanto que en la época actual han tomado los estudios históricos un vuelo y una direccion que hace imposible el conocimiento de nuestras primitivas antigüedades, sino llegamos á conocer antes, con su verdadera ortografía, el nombre de las tribus que poblaban estos paises á la llegada de los romanos, su número, su posicion y sobre todo el significado probable de su nombre.

En el presente capítulo no podemos nosotros estendernos á mas que lo que alcanzaron los que nos han precedido en estos trabajos; otra cosa seria ir mas lejos de lo que permite la índole de esta obra. Sin embargo, y á pesar de la rapidez con que tenemos que describir la Galicia romana, nos atreveremos en ocasiones, á esponer el juicio que nos merezcan algunas reducciones, y en otras apuntaremos aquellas particularidades que nos haya sido posible allegar; mas esto con la natural circunspeccion qne creemos necesaria en tales trabajos. Por decontado advertiremos, que habiendo dicho tantas veces que muchos de los nombres de las tribus gallegas, se repiten en las Gallias y demas paises de verdadera poblacion céltica, es justo que creamos prudente seguir en la ortografía de los que se hallen en este caso, la usada en dichos

textos que apenas si la merecen, llevaron á su colmo la lamentable confusion que nos atrevemos á señalar.

Como si todo esto no bastára, nos hallamos con que Galicia no tuvo antes, ni durante la época romana la misma estension. Cuando los romanos pusieron el pié en España, las diversas tribus que poblaban nuestro territorio, se conocian cada una por su nombre peculiar, que ya fuese recuerdo de las de sus hermanas de las Gallias, ya como creemos mas probable lo hubiesen tomado de las cualidades mas sobresalientes de la localidad que ocupaban, nos dán á entender con toda claridad á que raza pertenecian los hombres que lo habian impuesto. Las leyes, las costumbres, la religion, el arte, era comun á nuestros antiguos callaicos y sus vecinos montañeses; en esto está bien terminante Strabon, cuyo gran tino para darnos á conocer los pueblos por seme-

paises, y tener en cuenta para su reduccion á las modernas localidades, el significado de su correspondiente apelativo, y las condiciones topográficas del pais en que se asentaban.

Para la redaccion de este capítulo nos hemos servido del escelente *Mapa* de Cornide, y tuvimos presentes las curiosas investigaciones sobre varios puntos geográficos del P. Sarmiento, los de Riobóo y las papeletas que se conservan en la B. de la Acad. de la Historia, debidas al benedictino Sobreira y á Cornide. Por desgracia sus trabajos dejan bien que desear y harto necesita nuestro pais que una persona competente tome sobre sí tan difícil como gloriosa tarea. Y ya que de estas cosas tratamos y de unos estudios entre nosotros poco menos que muertos en la actualidad, séanos lícito recordar aquí los nombres de aquellas personas que á últimos del pasado siglo ayudaron con sus luces al infatigable Cornide. Fueron estas, los PP. Alfonso y Rodriguez aquel General cisterciense y este Abad de la Espiñareda. D. Ignacio Benito Avalle, antiguo cronista del reino, D. Juan José de Quiroga, señor de Figueredo, D. Pedro Gonzalez de Ulloa, honorario de la Acad. de la Historia y Abad de Cobelas, en el Obispado de Orense, y D. Pedro Martinez Moreno, de Sabuguedo, en el de Astorga. Así lo dice el mismo Cornide en su *Memoria* sobre la Galicia antigua, ms.

jantes rasgos, está generalmente reconocido. Por la raza estaban unidos á la verdadera nacion lusitana, en cuyos términos tocaban; lo estaban igualmente por las colonias semíticas que habian conocido. Asi, pues, al dividir los romanos la España en citerior y ulterior, partieron el actual territorio gallego en dos mitades, una occidental que se alargaba por la costa hasta tocar el promontorio Nerio—que segun Plinio, forma la division de las tierras, de los mares y del cielo— que pertenecia á la ulterior y era conocido bajo el nombre genérico de Lusitania; otra septentrional que comprendia parte del litoral cantábrico y entraba dentro de la provincia citerior. Cuales fuesen sus límites en lo interior, es imposible presumirlo, y en nuestra opinion no existieron, puesto que los romanos no habian penetrado en estas tierras en el tiempo en que hicieron dicha division. Confesamos desde luego que no se halla dato alguno especial en los autores antiguos, con que apoyar esta opinion,—aparte de decirnos Plinio que en su tiempo estos pueblos habian mudado de demarcacion;—sin embargo, todas las conjeturas vienen en nuestro apoyo; solo asi se podrán esplicar ciertas noticias contradictorias, solo asi se podrán esplicar las razones que obligaron á Strabon á estender los límites de la Lusitania hasta los ártabros y porque aseguró Posidonio que las fuentes del Miño estaban en pais cántabro (1).

(1) «Fuese cual fuese el término de esta primera division, (la de España citerior y ulterior) es lo cierto que mientras duró en su vigor primitivo, se llamaba España citerior todo lo que no era Galicia, Bética y Lusitania, y que estas tres provincias eran las que formaban la España ulterior. Consta perteneció Galicia en un principio á la ulterior por el Epitomador del libro

La division de Augusto fué fruto de la pacificacion de España y del mas exacto conocimiento que los romanos tuvieron de su territorio. Gracias á esta division, todos los pueblos que hoy caen dentro de la Galicia actual, entraron á formar parte de la nueva provincia tarraconense. El Duero los separaba de la Lusitania, y si bien los límites de dicha provincia son fáciles de señalar, no lo es tanto decir, si ya entonces se dió el nombre de Gallætia, á todo el territorio ocupado por los pueblos pertenecientes á los conventos bracarense y lucense, ó solo se le aplicó vagamente en un principio

LVI de la historia de Tito Livio; así como tambien que dividida despues la España en tres provincias, vino la misma Galicia á pertenecer á la citerior por cuanto formaba parte de la Tarraconense, como veremos en Plinio.» Pereira de Figueiredo (P. Antonio) *Dissertaçoes*, en el tomo IX de las Memorias de la R. Acad. de Ciencias de Lisboa, 1825.

Las aseveraciones del escritor portugués que acabamos de citar, encierran un fondo de verdad imposible de negar, pero entrañan asimismo un grave error que no puede dejar de advertirse si se quiere como nosotros queremos, sostener que la mitad de Galicia pertenecia á la citerior y la otra mitad á la ulterior. La verdadera causa de dicho error está en la confusion que introdujo en nuestra geografía el hecho de que no habiendo habido una Galicia en el verdadero rigor de esta palabra, hasta despues de su completa sumision en tiempo de Augusto, sino una tribu galláica que en efecto caia dentro de la ulterior, se quiere hacer extensiva á otras tribus, lo que convenia á una de ellas. En efecto, la Lusitania llegaba en un principio hasta los ártabros, el promontorio Nerio, era su último mojon, digámoslo así, y pertenecia á la ulterior. Dentro de sus límites estaba la breve nacion galláica, y por lo mismo formaba parte de dicha provincia. Como hasta ahora no hemos visto que se haya tenido en cuenta tal circunstancia, y se tomó muchas veces,--y esto porque los mismos romanos dieron márgen á semejante confusion--á la tribu de los galláicos por todas las que ocupaban el hoy territorio gallego, de aquí el que sea posible decir con apariencias de razon, que toda la Galicia pertenecia á la ulterior. Para nosotros esto es inexacto; los pueblos que desde las riberas del Duero llegaban hasta el promontorio Nerio, pertenecian en efeclo á aquella provincia, lo mismo que sus hermanos de la Lusitania propiamente dicha y la Bética, en cambio todo nos inclina á creer que los ártabros y demas naciones asentadas orillas de la mar cantábrica, entraban en la citerior.

hasta que fué sancionado por Constantino, quien dividiendo la península ibérica en siete provincias, llamó á una de ellas Galicia (1) é incluyó dentro de sus límites aquella dilatada zona, en que se asentaban los conventos jurídicos de Brácara, Lucus, Astúrica y quizás parte del de Clunia. Comprendia el primero de dichos conventos veintiseis ciudades, y en él se hacia justicia á ciento setenta y cinco mil hombres libres; el segundo solo contaba con dieciseis ciudades de poca fama y bárbara nomenclatura, segun Plinio, y ciento sesenta y seis mil hombres libres. Al asturicense daba tambien la Galicia de hoy su contingente de pueblos, no menos famosos que sus hermanos de Braga y Lugo.

Señalan algunos los límites del convento bracarense, entre el Duero y el Lerez, que, como sabemos, desagua en Pontevedra; mas esto lo hacen con tan poco tino, cuanto que el testo de Ptholomeo está bien claro y no admite duda, una vez que, describiendo el costado occidental de la tarraconense, nombra las bocas de los rios pertenecientes al convento jurídico de Braga y concluye en el Miño, que era su limite natural. El error de los que tal asientan, viene de adoptar ciegamente aquel otro en que cayeron los latinos, haciendo hellenos á los cilenos, cuando á nuestro modo de ver, los pueblos hellenos de Galicia no existieron sino en la imaginacion de los que creyeron hallar en nuestro pais tribus de origen

(1) El nombre de esta provincia se ha escrito de muy diversa manera: la mas comun y usada en las lápidas es *Gallœtia*, mas en los manuscritos de los antiguos geógrafos, es comun hallar entre otras las siguientes variantes *Galecia*, *Gallatia*, *Gallicia*, etc., como puede verse en la *Lista de las provincias* de Polemius Silvius, y en la *Cosmographia* de Ethicus.

griego. ¿Ignoran acaso los que llevan dicha nacion desde Pontevedra á Tuy, que en Vigo y territorio cercano se hallaban ya los spacos y que Pontevedra no se llamó jamás, que sepamos, Pons Hellenis? (1) Es cierto que Plinio dice con toda claridad que pasados los cilenos, entraban los hellenos, los gravios, el castillo de Tyde, todos de linage griego: por desgracia, los aficionados á ver en los gravios los verdaderos descendientes de Diomedes y á fijar en Pontevedra la capital de los hellenos, no se hacen cargo de que aquel geógrafo, reduce la region que se dice griega, al territorio tudense (asi lo entendió tambien Cortés, á quien no se le podrá acusar de anti-hellenista), y que establece una division bien profunda por cierto, entre las gentes que supone griegas y aquellas otras que habitaban cerca de las Cycas (2).

Comprendia el territorio bracarense diversas tribus, cuyo orígen céltico se echa de ver hasta en aquella curiosa aseveracion de Mela, gracias á la cual pudiera asegurarse que en su mayor parte estaba habitado por los gravios á partir de la embocadura del Duero para acá. Si atendemos á lo que realmente significa el nom-

(1) Dando al olvido que el mismo Cortes, viene en su *Dicc. geográfico,* á aumentar la obscuridad, asegurando que el nombre de Helleni, no es solamente apelativo de una nacion, sino tambien de una ciudad que dicho escritor reduce á Goyan, al occidente de Tuy, nos hallamos con que Pontevedra se llamaba *Duo Pontes*, segun se vé en el *Itinerario de Antonino.*

(2) Verdaderamente el pasaje de Plinio es de una confusion asombrosa: pone dentro del convento lucense las islas de Corticata, (Cortegada) y Aunios (Ons), esta última en la ria de Pontevedra, hellena ya y por lo mismo bracarense, y en este último convento coloca las Cycas, (Cies) en la ria de Vigo, contra lo dicho por Ptholomeo y lo que de sus mismas palabras se desprende. No hay mas que leer con alguna detencion el párrafo en que describe el convento jurídico de Braga, para convencerse de ello.

bre de grovios ó gravios, no cabe la menor duda que Mela quiso dar á entendernos en esta ocasion que el convento bracarense estaba en su mayor parte habitado por montañeses, entre cuyas tribus puede contarse como la primera, la de los *bracaros*, cuya capital *Bracara Augusta* (hoy Braga) era cabeza del convento jurídico de su nombre. Esta notable ciudad, citada por el poeta Ausonio entre las mas ricas de España, muestra todavia los restos de su antigua grandeza y perteneció al territorio gallego hasta el siglo XII en que se separó para formar parte, como los demas pueblos que la cercan, del naciente reino portugués. Allí acudian en demanda de justicia las veintiseis ciudades de que nos habla Plinio, ó como pudiera presumirse mejor, las veintiseis naciones que comprendia dicho convento. De ellas solo pudo nombrar sin fastidio aquel escritor á los ya citados brácaros, á los bibalos, cœllerinos, callaicos, œquesios, limicos, querquernos, leunos ó lubenos y seurbos. Ptholomeo no es tan culto y menciona ademas á los turodoros, nemetanos, gruios, y narbasos. Por su parte, la inscripcion de Chaves nos dá asimismo noticia de los interannenses, aobrigenses y tamaganos; de este modo y perseverando el recuerdo de algunas ciudades que se alzaban dentro de su territorio, venimos á tener una idea aproximada de las principales naciones que componian el convento bracarense.

Puede asegurarse desde luego que es imposible señalar los límites de cada una de ellas, y que en ocasiones es sobrado dificil,—por la escasez de datos y variedad de opiniones—la reduccion de sus ciudades ó cen-

tros. Sin embargo, puede asegurarse que inmediatos al Duero se hallaban los *seurbos*, república ó confederacion, que algunos reducen á la actual villa de Serva al N. de Amarante. Venian despues los *bracarenses*, de quienes hemos hablado, y á su derecha los *cœllerinos*, cuya capital *Cœliobriga*, reduce Cornide á Celorico de Basto. A la derecha de Braga y confinando con los cœllerinos, estaban los *interannenses*, de cuya nacion era sin duda capital *Interannium Flavium* (1). Tenemos noticia de ellos por la inscripcion del puente de Chaves, á cuya obra concurrieron y ocupaban una vasta region, siendo sus vecinos los *narbasos*—mejor tal vez *ar-vaceos*, sobre ó cerca de los vaceos (2)—y su foro. En esta comarca colocan algunos á *Tuntobriga*, y es posible que dicha ciudad perteneciese á la estensa confederacion de los narbasos, puesto que Ptholomeo la supone lindante con los vaceos mas occidentales.

No cabe la menor duda de que los antiguos pobladores de Galicia amaron las montañas, y en especial, aquellas de donde extraian el estaño; de aquí el que llenasen la parte montañosa del pais que describimos, diversas tribus, de las cuales solo el nombre ha llegado hasta nosotros, sin mas indicaciones. Entre ellas tenemos á los *leunios* ó *lubenios* como escribe Ptholo-

(1) Cortés llama á esta ciudad *Interannium Gallœcie*, á pesar de que el mismo confiesa, que no es otra que la *Interannium Flavium*, (Ponferrada segun dicho autor) que Ptholomeo coloca en la region astura.

(2) La posicion de los *narbasos*, consta por Ptholomeo quien nos los da tocando con los vaceos, *Interiora horum tenent vaccœi*. Cortés quiere que el nombre de esta tribu venga del hebreo *Nerba* ó *Narba*, tender redes, poner asechanzas; equivalente, añade, á la lemosina *brigantes*, de donde Braganza. Creemos aventurada é inútil semejante etimología.

meo; estaban, segun Plinio, á la orilla izquierda del Miño, aunque algunos los colocan en el litoral y les dán por capital á *Cambœtum*, guiándose por el citado Ptholomeo. De lo que escribe este geógrafo, se desprende que los *luancos* eran otra nacion diversa de los leunios ó lubenios, puesto que le dá por capital á *Merua* ó *Merva*, cuya situacion es difícil de averiguar. Cornide los pone orillas del mar y sobre los leunos mas para nosotros, son todos un mismo pueblo. Inmediatamente despues y siguiendo hácia las ásperas sierras de Leboreiro y Penagache se hallaban los *quarquernos* (1) que ocupaban las montañas de Bande: se supone que su capital era *Aquæ Quarquernorum*, que se reducen á Bande, con bastantes probabilidades, y eran mansion de una de las vias romanas que dè Braga iban á Astorga. En las frias regiones del Xerez debia tener asiento la tribu *Galeka*, de la cual—y á pesar del gran valor y nombradia de sus hijos—solo por Plinio nos consta su existencia como nacion diversa de las que poblaron la vasta region gallega. (2) Ignoramos cual hu-

(1) Se cree comunmente que este nombre indica que el pais que ocupaban era abundante en encinas, *querqus* en latin. Sin que rechacemos esta etimología, y despues de hacer notar que no todos los que publicaron la lápida de Chaves, leyeron de una misma manera, *querquernos*, pues hubo quien transcribió *quargerni*, diremos que el nombre de esta tribu debia ser céltico. En bajo-breton *gwernek*, significa lugar en que hay álamos y tambien pantanos. Segun advierte Le Gonidec, en su *Dict. Breton-français*, esta palabra entra en la composicion de diversos nombres de lugares y de familia.

(2) El P. Florez, cayó en lamentables errores al hablar de la tribu galáica, que dice estuvo asentada en el pais que media entre el rio Cavado y el Miño, llegando á subdividirla en seurvos y lubenos. Desde luego puede asegurarse que no hay motivo fundado para tan gratuitas suposiciones; pues gracias que sepamos que existió una tribu de aquel nombre y que pertene-

biese sido su capital; mas puede presumirse que *Caladunum*, mansion citada en el *Itin. de Antonino*, les pertenecia. Su nombre es completamente céltico, *cale* duro y *dunum* montaña; por lo cual y por su posicion al pié casi de la sierra del Xerez, nada tiene de extraño que fuese una de las ciudades de los gallaicos. Si se adopta la reduccion que de la heroica *Cinnania* hemos hecho, á San Martin de Araujo, esta seria la capital de aquellos valerosos guerreros que tanto dieron que hacer á las águilas romanas. Los bibalos debian confinar con ellos y ocupar en su compañia, lo mismo que los *tamaganos*, æquesios y limicos, las altas sierras de San Mamed y sus principales estribos. Aqui los *bibalos* y su foro en comarca que riega el Bubal, señalando perfectamente su posicion, á su lado los *tamaganos*, cuya capital *Aquæ Flaviæ*, hoy Chaves (1), parece recordar

cia al convento bracarense. Hay sí razones para presumir que ocuparon el pais que indicamos, pues por áspero y montañoso, cabria á sus habitantes el ser denominados *Caleti*, que equivale en céltico á *hombres duros*, esto en calidad de montañeses. Los picos de Ancares los mas altos y ágrios de toda Galicia presentan en su nombre una prueba mas de la razon porque se debe sospechar que los celtas gallegos como los de las Gallias, conocieron dicha palabra con la misma significacion en ambos paises, pues Ancares, no viene de otro lado mas que de *Ancaleti*, que segun Villemarqué equivale á *los duros*. (Vid. Legonidec, *Dict. Français-breton*, en el prólogo escrito por Hersart de la Villemarqué, titulado *Essai sur l' histoire de la langue bretonne.)* Todo el razonamiento del P. Florez se funda en los pasajes de Appiano y Strabon, respecto de la guerra de Bruto con los gallegos, mas el docto agustino se olvidó en aquel momento que cuando menos el general romano, puso sitio á Lambrica, situada segun Mela bastante mas acá del Miño, y que el término de la espedicion de aquel procónsul no fué el que señala Strabon, sino el promontorio Nerio, último límite de la provincia ulterior que Bruto gobernaba.

(1) No falta quien como Cortés haga á *Aquæ Flaviæ*, capital ó centro de los æquesios y no de los tamaganos. A la verdad no vemos la razon en que se funden, pues nada hay terminante

todavia los prósperos y pasados tiempos de la dominacion romana; mas arriba y al nacimiento del Támaga los *æquesios*, cerca de estos los *æbisocios* y en aquellos lugares en que los montes que la circundan vierten sus aguas en la laguna de la Limia, los *limicos* cuyo foro corresponde al actual Ginzo. A su derecha estaban los *nemetanos*, cuya capital *Volobriga*, se reduce á Viana del Bollo; á su izquierda los *turodoros* (1) de quienes era centro segun Ptholomeo *Aquæ Lææ*; colocan algunos esta tribu del lado de acá del Miño, y todo porque, dejándose llevar de Strabon, aseguran que los griegos *Amphiloquios*, ocuparon la comarca que se estiende desde aquellos lugares en que el Avia desemboca en el Miño y este rio por la parte que recibe el Sil; mas esto no es admisible. Los turodoros estuvieron donde Cornide pone á los amphiloquios y tuvieron que ocupar un estenso terreno de uno y otro lado del Miño, pues parece que ellos, como los bibalos vivieron en tierras que regaba por una y otra ribera aquel rio que, con el Sil, servia de límite al convento bracarense. Es cierto que Plinio escribe con toda claridad que despues de los cilenos entraba el convento bracarense, y es asimismo cierto, que aunque se crea como nosotros, que estos cilenos llegaban hasta los spacos, siempre resulta que

respecto de esto en los antiguos geógrafos. Hay sí el hecho de que Chaves, está situada orillas del Támaga, y que los tamaganos eran una tribu notable que como se vé tomaba el nombre del rio que bañaba sus tierras.

(1) Asegura Humboldt, que tanto el nombre de *turodoros* como el de *Turoca*, viene del vascongado *iturria* que significa fuente, manantial, y en verdad que semejante etimologia es bien poco digna de atencion, tratándose de pueblos tan célticos como los gallegos. Tanto los turodoros, como los de Turoca, recuerdan con mas razon á los *Turones* franceses que al vasco *iturria*.

las Cycas, la embocadura del Miño y la insigne ciudad Abobrica las coloca en dicho convento. Sin embargo, Ptholomeo que conoció las diversas naciones que poblaban á Galicia, no menciona á ninguna de aquellas y solo sí nombra á los gruios y su capital Tyde, lo cual prueba en puridad que los límites de demarcacion no eran tan exactos que no comprendiesen á tribus establecidas á una y otra banda de los rios que dividian ambos conventos. Pasó esto exactamente con los turodoros, cuya capital *Aquæ Lææ*, segun Ptholomeo, no es tal vez otra que el *Aquæ Ocerense* del Ravenate, que reducen algunos á Orense, sin que debamos callar que el rio Cea pasa á alguna distancia de esta última ciudad. Los *bibalos* y su foro se hallaban en igual caso, lo mismo que los *aobrigenses*, y su centro la insigne *Abobrica*. De los aobrigenses ó abobrigenses, nos dá noticia la inscripcion de Chaves, y de su ciudad sabemos por Plinio, infiriéndose por su nombre, que la tribu debió tomar el suyo del que llevaba la capital. Su reduccion es bastante dificil, y nosotros que en esta ocasíon adoptamos la menos seguida, por parecernos, sin embargo, mas acertada, creemos que es la moderna Ribadavia, porque su nombre nos dice bien claro que se trata de una ciudad situada sobre el Avia (1).

(1) Son escasísimas las noticias que se conservan acerca de la ciudad Abobriga, ó Abobrica por la facilidad con que los latinos mudaban la *g* en *c* y viceversa. Plinio se limita á llamarla insigne, y aunque pudiera suponerse como quieren algunos, que por nombrarla despues de las Cies, y mencionar en seguida el Miño, estaba cerca de la embocadura de este rio, no creemos que deba adoptarse dicha suposicion, puesto que la Bayona, á la cual quieren reducirla algunos, no es otra que Erisana, de quien hablaremos mas adelante. Segun Humboldt, Mannert la identifica con Brigantium. Mela la co-

Tales son las diversas naciones de que nos queda memoria hayan habitado el convento bracarense. Sin embargo, no callaremos que, como hemos supuesto cuando tratamos de las guerras de Augusto con los gallegos, una tribu desconocida, ó mejor dicho, no mencionada por los geógrafos antiguos, los *medullos* en fin, vivia en aquellos parajes en que el Sil rinde su caudal al Miño, hallándose por lo mismo situada entre la de los æbisocios y los turodoros. Cerca de estos coloca Cornide á los *amphiloquios*, pueblo del cual no tenemos otro noticia que la que dá Strabon. Estos griegos son de la misma estirpe que los hellenos, y no hay ra-

loca entre los gallegos lucenses y en el litoral. Ptholomeo no la nombra. Con tan imperfectos datos se comprende lo fáciles que son las conjeturas. Cortés en su *Aparato*, corrigió el texto de Mela para concordarlo con Plinio, y traslada Lambrica al golfo de la Coruña, sin hacerse cargo del error histórico que entraña semejante enmienda. Tambien dice que su nombre viene de *ados* voz griega, que significa lo de abajo y *briga*, ciudad, de donde vino Bayonas por desgracia las etimologías griegas están demas tratándose de nuestras antiguas ciudades gallegas. A lo que no puede callarse es que diga que Plinio coloca á Abobriga sobre el Miño, y que este rio corre á mucha distancia de Rivadavia, cuando dicho autor no indica tal cosa, y el Miño si bien no corre al pié de aquella villa, pasa cerca y recibe el Avia. Cornide hizo de Lambrica y Abobriga, una misma ciudad, pero sin razon para ello, una vez que para concordar á Plinio con Mela, hay que tener en cuenta que cada ciudad pertenece á distinto convento. Por nuestra parte confesamos que es sobrado difícil su reduccion sino se coloca en Rivadavia, añadiendo que es imposible concertar ambos autores, porque Plinio la pone en el convento bracarense y Mela en el lucense, porque este la hace marítima, y aquel nada dice respecto de su situacion. Desde luego diremos que si se cree que Abobriga es la capital de los aobrigenses que concurrieron á la obra del puente de Chaves, como con su acostumbrado tino conjeturó, dice Cortés, el P. Florez, es todavía mas urgente su reduccion á Rivadavia. Todas las tribus que contribuyeron á la fábrica del puente estaban situadas en un territorio determinado, en el cual podian entrar fácilmente los aobrigenses, mientras los de Bayona que vivian á doble distancia de Chaves, no tenian interés ni motivo alguno que les moviese á tomar parte en semejante obra.

zon para creer mas en unos que en otros; por eso no los hemos mencionado.

El convento asturicense entraba en Galicia juntamente con el Sil; los *cigurros* ó *gigurros* (1) y su foro, que reducen hoy á Valdeorras, le pertenecian por completo. A su lado se veian los *tiburos*, cuya capital *Nemetobriga*, mansion de una de las vias que atravesaban nuestro pais, recuerda en su nombre su sagrado destino. Hoy se la reduce á un pequeño pueblo cerca de Tribes, sino es esta última poblacion á donde corresponde (2). No ha faltado quien, guiándose ciegamente por ciertos datos é ignorando que en Galicia consta la existencia de una tribu denominada de los *britones*, dió á *Bretoña* por ciudad de los pœsikos, y hizo por lo mismo entrar por aquella parte de este antiguo reino al convento asturicense. Quien tal error cometió no reflexionó que todo aquel pais hasta el Navilubion pertenecia al lucense. Y haremos aquí una observacion: las divisio-

(1) Humboldt, que á cada momento cree encontrar origen vasco en los nombres de las tribus gallegas, que son, no nos cansaremos en repetirlo, completamente célticas y hermanas de las francesas, quiere que el apelativo *egurros*, recuerde el *egurra* vascongado, que significa madera. El nombre de esta tribu, no se escribe egurros, sino *cigurros* y *gigurros* y aun *ciguranos*. Dos lápidas trae Cean en su *Sumario* y en ambas se les llama *gigurros*. Otro tanto sucede con las que publica Masdeu.

(2) Tanto Cornide como Cortés, son de opinion que Nemetobriga estuvo donde hoy Mendoya, cerca de Tribes. El Sr D. Eduardo Saavedra, en *Indice alfabético de las correspondencias atribuidas á las mansiones de los itinerarios*, que acompaña á su *Discurso* de recepcion en la Acad. de la Historia la reduce á Puente Navea, cerca tambien de Tribes. Sin embargo bueno será advertir que *Trev* (se lee *Triv*) pl. *Treve*, significa en céltico, villa, sitio poblado, caserío, y que de esta palabra se formaron los nombres de muchos pueblos, que acusando desde luego su antigüedad, pueden como en el caso presente servir de fácil guia, para la reduccion de las antiguas poblaciones.

nes eclesiásticas se hicieron casi siempre, sufriendo la influencia de las divisiones civiles, en vigor al tiempo de su creacion. Cuando vemos que el obispado de Astorga entra en nuestro pais y coje bajo su dominio espiritual casi toda aquella zona que en otro tiempo pertenecia al convento asturicense, nos será permitido pensar, que los pueblos que en la Galicia actual cogia dicho convento eran, con escasa diferencia, los mismos que aun hoy pertenecen al antiguo obispado de Astorga.

El convento jurídico de que era capital Lucus Augusti, era el que mas dilatada region abarcaba, y el que, cayendo casi enteramente dentro de nuestro pais, no se entraba en otras tierras, á no ser por la parte de Asturias, en donde cogia la region comprendida entre el Eo y el Navia. Segun Plinio, reunia dieciseis ciudades (naciones) de poca fama y el número de hombres que acudian allí á pedir justicia, ascendian con escasa diferencia á ciento sesenta y seis mil. Por este dato se viene en conocimiento de que, á pesar de que este convento encerraba dentro de sus límites una mas vasta estension de terreno que el bracarense, estaba sin embargo menos poblado y eso que cogia una dilatada zona marítima; señal inequívoca de que el comercio semita habia decaido en Galicia de una manera lamentable, no tanto por las guerras que aqui se sostuvieron contra Roma, como porque la república llevó la vida á los pueblos del interior, y porque Cádiz absorvió todo el movimiento comercial del mar exterior. *Lucus Augusti* pertenecia á la nacion *cœpora*, gran tribu, si hemos

de dar fé á Ptholomeo, que llegaba desde Lugo á Iria-Flavia. No es de creer, sin embargo, que ocupase tan considerable estension, pues, á pesar de lo dicho por aquel geógrafo, cuya claridad en este punto parece como que no deja lugar á duda alguna, será prudente, consignada ya aquella opinion, advertir, que todo induce á sospechar que no faltaban otras tribus intermediarias, las cuales por muy célticas y de muy bárbara nomenclatura, como diria Plinio, se escaparon á los recuerdos latinos.

Si seguimos la descripcion de Galicia, partiendo de la embocadura del Miño, en que dejábamos del lado de allá á los leunos, nos hallamos con que los *graios* ó *gruios*, *gravios* y *grovios*, que de todos estos modos se les denominan, ocupaban las montañas y se estendian por el hermoso pais que riega aquel rio caudaloso que, á poco trecho de *Tyde* (Tuy), capital de los dichos graios, rinde tributo al Occeano. En su region ó perteneciente á otra tribu desconocida, tenemos á *Erisana*, hoy Bayona, célebre durante las guerras de Viriatho. Cuando de ellas hemos hablado ya digimos algo acerca de esta ciudad, que todos colocan en la Bética. Entonces confesamos con entera franqueza que los datos porque nos guiábamos para reducir Erisana á Bayona, no nos parecian tan concluyentes como fuera de desear; mas al presente, y gracias á una moneda, que ostenta en su leyenda el nombre de esta ciudad (1), ya no puede prestarse atencion alguna á las in-

(1) En una noticia de las sesiones de la Academia de Inscripciones de Paris, se lee, que Mr. Longperier hizo á aquella sábia corporacion una comunicacion sobrado importante, acerca de la escritura hebráica llamada *cuadrada*. Con tal

geniosas esplicaciones de Cortés y Lopez. Erisana no es de ningun modo una corrupcion de Arsa: Erisana, no es quizás otra que la Bonisana que el Ravenate coloca entre las ciudades gallegas cercanas al Occéano (1). Sus vecinos eran los *spacos*, tribu lo bastante pequeña para tener por centro un simple *vicus*, del cual nos quedó noticia por el *Itinerario:* ocupaba sin duda alguna la llanura del Porriño, y llegaba hasta el mar orillas del cual se levantaba el *Vicus spacorum*, que reducen á Vigo, los autores que en España se ocuparon de estas cosas, aunque á nuestro modo de ver no muy acerta-

motivo se ocupó aquel anticuario de una moneda con leyenda bilingue que publicó Eckel y que hasta el presente se habia adjudicado á Cádiz por razon de su tipo, asi como tambien á una pretendida ciudad de Odacisa. Un numismata español, el Sr. Zobel de Sangronis que estudió esta moneda la adjudica á Salacia. Las razones en que se apoya, respecto á la region á que pertenecen dichas monedas de leyenda semítica, han parecido escelentes á Mr. Longperier, pero cree que el nombre de la ciudad es Erisana. Este sábio frances cree asi mismo que Erisana estuvo cerca del Anas: no nos estraña su opinion porque las cosas de Galicia son por lo regular poco conocidas de los españoles para serlo de los extranjeros, mas debe quedar fuera de toda duda que si la leyenda de la moneda en cuestion, debe interpretarse *Erisana*, esta ciudad no es otra que la que en Galicia ocupaba el sitio que la moderna Bayona. Como factoría semita, como centro en donde, segun todas las probabilidades, se depositaba el estaño que venia de las comarcas vecinas, siendo este el principal comercio de los fenicios, y siendo por lo mismo una ciudad tan semita como Cádiz, Málaga, Addera etc., nada tiene de estraño que sus monedas estuviesen escritas á la manera que aquellos comerciantes solian hacerlo en las de sus principales colonias.

(1) Cortés y Lopez hace venir, como hemos visto ya, el nombre de Bayona de la palabra griega *ados* lo de abajo y *briga* ciudad. Aparte de que nuestra Bayona no está ni mas alta ni mas baja que los demas puertos de mar, diremos que si esta ciudad era como suponemos, el depósito de los metales y en especial del estaño, que se explotaban en las cercanas regiones metalíferas, podia hallarse alguna semejanza entre el nombre de *Bayona* y el que tuvo tambien el estaño en sanscrito, que se llamaba *Yavanestha*, esto es, deseado por los Yavanas. Una etimología vale bien seguramente la otra. Vid. Pictet. *Origenes*, tom. I, pág. 62, nota.

damente. (1) Confinaba con los spacos, la famosa nacion *cilina* ó *cilena*, cuya capital parece fué *Aquæ celenæ*, Caldas de Cuntis, la *Aquæ calidæ* de Ptholomeo, que algunos quieren sea Orense, sin notar la contradicion en que caen, pues entran el convento lucense en el bracarense, y hacen celtas á los que denominan griegos amphiloquios. Los cilenos ocupaban una gran estension de terreno, y en su region estaba la simple mansion *Duos Pontes*, hoy Pontevedra, imaginario centro de una tribu hellénica, tan imaginaria como su pretendida capital. Tambien caia dentro de sus límites la célebre *Lambrica* (2), que hemos colocado á la embocadura del Umia, y que Mr. Huot denomina Pria Lambriaca y reduce á Padron (3). Que *Iria-Flavia*, el verdadero nombre latino de Padron, se hubiese llamado *Pria*

(1) Asegura Cean, en su *Sumario de antigüedades*, que *Vicus spacorum* era de los grovios, y añade que en San Pedro de Belá, á legua y cuarto de Tuy, y en el valle de Louriña se encuentran vestigios de una ciudad romana, que segun él, se supone fué llamada Celia ó Zoela, cabeza de los spacios, region subalterna de los grovios, como ignoramos las razones en que se apoya este escritor para decirlo, no damos la mayor importancia á tales afirmaciones.

(2) Del vasco *lambroa*, hace derivar Humboldt el nombre de esta ciudad y el de *Flavia Lambris*.

(3) Humboldt hace derivar el antiguo nombre de esta poblacion, del vascongado *iria* que en aquel idioma significa villa, lugar, comarca. Habiendo dicho autor hallado una *Iria* en los Turinianos, la cree de origen vasco. *Iria* en sanscrito significa brillar (micare) y en efecto el pais en que se asentaba esta poblacion era todo lo alegre y risueño y inundado de luz que se necesita para merecer aquel epiteto. Sin embargo, atendido el origen que le hemos asignado le creemos semita. Recordando el mismo Humboldt á los Ilienses de la Cerdeña, advierte que su principal fortaleza se llamaba *Iria* ó *Ilia*. La llegada á Cerdeña de los iberos al mando de su gefe Norax, que dió nombre á ia ciudad de Nora, consta de Pausanias, pero tanto en *Norax* como en *Nora*, no se recuerdan, segun confiesa aquel autor ninguna radical vasca. Rougemont cree reconocer todavía en la Cerdeña, los restos de una poderosa civilizacion lybio-semítica.

no consta en manera alguna; mas fácil es que los que escribieron este apelativo lo equivocasen, como se vé en el *Itinerario*, puesto que las lápidas que se conservan, referentes á aquella localidad, todas se conforman en denominarla Iria, lo mismo que Ptholomeo y el Ravenate. Algunos la suponen cabeza de los cœporos; es fácil que la hubiese sido; pero no creemos puedan afirmarlo los que aseguran con Ptholomeo, que dentro de aquella nacion estaban Iria y Lucus Augusti. Los *tamaricos* ó *tamarak* (1), presamarcos de Mela (2), venian despues. Sus límites los designa con entera claridad este autor; caian entre los rios *Sars* y *Támara*. Su capital fué *Noela*, hoy Noya, situada cerca de la desembocadura del Tambre. Ocupaban una gran region, y en las leyendas relativas á la predicacion del apóstol Santiago y descubrimiento de su cuerpo, se hace mencion de un burgo de los tamaricos, que se dice ocupaba el sitio del moderno Santiago. Hay en este pais la tradicion de que estaba cerca la ciudad de *Janasium*, y aunque en tales

(1) La terminacion *ac* se empleaba en el idioma céltico, para formar un adjetivo de un sustantivo, así de *Támara*, hicieron *Tamarac*, los del Támara.

(2) El nombre de *prœsamarcos* que dió Mela á los celtas que ocupaban el pais regado por el Sar y el Tamara, ha permitido á Cortés y Lopez, entrar en curiosas esplicaciones y obligó á Cornide á señalar en su *Mapa* una region prœsamarica. Cortés concluye sus razonamientos, asegurando que los tamáricos, eran mediterráneos y los prœsamarcos litorales, pero se olvida que el mismo Mela añade, «el resto de la costa está habitada por los tamaricos y los nérios,» no quedando por lo mismo lugar á semejante distincion. Nosotros creemos que con ambos nombres se designa una misma tribu y que los prœsamarcos deben llamarse prœsamaricos. Es preciso añadir que el pais que Mela indica como de los prœsamarcos, llevó durante la Edad-media, el nombre de *postomarcos*, palabra en que pudiera reconocerse fácilmente la de Mela, pero que no falta quien descomponga, en *post-marcos*, esto es, despues de los marcos ó mojones.

asuntos las tradiciones son en Galicia bien poco dignas de atencion, sin embargo no dejaremos de notar que á una legua al Oriente de Santiago, se conservan vivos recuerdos, ya que no sea de una antigua poblacion, al menos de una gran explotacion minera, puesto que los lugares cercanos al de Gamas, que se cree corrupcion del Janasium, llevan nombres que como el de Fornais, de fornaces, hornos, parecen referirse todos á una gran explotacion metalífera. (1) Si á esto se añade que se hallan cerca restos de una de las vias romanas que de Braga iban á Astorga, tendremos que el burgo de los Tamaricos á que se refieren dichas leyendas, no estaba precisamente donde al presente Santiago, sino mas arriba, tal vez en donde la tradicion habla de la ciudad de Janasium.

De la otra orilla del Támara, y en pais montuoso, se asentaban los *arrotrebas*. De esta nacion, que muchos confundieron con los ártabros, gracias á las esplicaciones de Plinio y Strabon (2), era *Claudimirum*, Brandomil, que posee todavia un precioso puente romano y es abundante en recuerdos y antigüedades celto-romanas. Su puerto era el que algunos denominan *Portus*

(1) En efecto en los lugares que indicamos se encuentran restos de antiguas explotaciones metalíferas. Parece que la mina que allí habia era de plata; una compañia inglesa la explotó tambien y en la actualidad, hay quien trata de seguir beneficiándola.

(2) En opinion de Saulcy los romanos llamaban ártabros á los que los griegos arrotrebas. No puede adoptarse semejante opinion, griegos y romanos, les llamarian mejor ó peor, pero con la misma palabra céltica con que eran conocidos de sus vecinos. Debe pararse la atencion en el hecho de que, mientras Plinio asegura que se llamaban antiguamente arrotrebas á los que en su tiempo artabros, Strabon, dice, que en su tiempo se daba á los artabros mas voluntariamente el nombre de arrotrebas. ¿Por quién hemos de guiarnos?

parvus artabrorum (1), Muros, en opinion de Sarmiento, Cée, segun el traductor italiano de Ptholomeo, viéndose por los grados que este le marca, que estaba cercana al promontorio Nerio. Que los arrotrebas eran una nacion diversa de los ártabros es cosa que no debe dudarse, pues aunque los errores y las esplicaciones á que dieron lugar, causaron no poco estrago en nuestra geografía, no por eso debe echarse en olvido que, como hicimos notar en otra ocasion, al igual de los A*treba*ti ó A*treba*tatii de los ingleses, que estaban orillas del Támesis, Támara, nuestros Arro*treba*s se asentaban orillas tambien de otro Támara; esto sin contar con que Ptolomeo pone dentro de la region ártabra, con quien confundió á los arrotrebas, á dos ciudades, cuyos grados indican claramente que estaban situadas antes de los nerios y su promontorio. Eran los *nerios* (2), ó *yernos*, como tambien se les denomina, de los mas celebrados celtas de Galicia: su parentesco con los del Guadiana, ya hemos dicho que lo notó Strabon: en su promontorio terminaba la linea occidental de lo que llamaban los romanos mar exterior. Hasta allí llegó Bruto; apenas hay gentes en Galicia mas conocidas de aquellos conquistadores que estas, y sin embargo ignoramos cual fuese su centro, y no sabemos con seguri-

(1) Hallándose algunos autores con que los latinos, tan pronto daban el puerto de los ártabros, en la Coruña, como cercano al promontorio Nério, admitieron dos puertos de los ártabros, denominando al uno *parvo*, y al otro *magno*. Bastó que Ptholomeo llamase magno al de la Coruña, para que, queriendo concertar su doctrina con la de Mela, admitiese otro puerto parvo de los ártabros. En sana crítica esto no puede admitirse sin reserva.

(2) Hasta en la palabra *Nerium*, halló Humboldt orígen vascongado!

dad que gentes confinaban con ellos. El *promontorio Nerio*, ó *céltico*, ó *scítico*, como tambien le llamaron, se reduce á Finisterre; mas es imposible decir que pais abarcaba aquella tribu. Colocada en medio de los arrotrebas y de los ártabros, pertenecia, como vemos por Mela, á la vasta confederacion ártabra, que, segun dicho autor, llegaba de los Nerios á los Astures. Y hé aquí señalada con bastante claridad la estension que ocupaban aquellas naciones, cuyo orígen céltico señalaron los antiguos. Como hemos indicado ya, es imposible sostener la idea de que los ártabros eran una nacion, como la de los cœporos, tamaricos, etc.: contra los que asi piensan están los hechos, está la existencia de otras tribus que vivieron en verdadero pais ártabro. Al ver lo poco que conocian los romanos el convento lucense, en especial hácia el centro; al ver la desmesurada estension que daban á los cœporos y ártabros, dentro de los cuales, fuera de toda duda, estaban comprendidas otras tribus cuyos nombres conocemos en parte, hemos pensado si quisieron con esto establecer una nueva línea de divisoria dentro de aquel convento, poniendo á los pueblos que caían á su derecha entre los ártabros, entre los cœporos á los de la izquierda. Hasta donde llegaban los nerios no puede decirse, solo sí que doblando la tormentosa punta de Cabo Roncudo, y bajando hácia la Coruña, se encuentra el pais de Bergantiños, ocupado en otro tiempo por la famosa tribu de los *brigantinos*. Se supone que el centro de esta gran nacion era *Brigantium Flavium*, que reducen á Betanzos, y que su puerto era la Coruña, ó sea el *Por-*

tus brigantinus ó el *portus magnus artabrorum*, que de ambas maneras le denominan. Muchos son los que no se conforman con tal diferencia y creen que el puerto y la ciudad de los brigantes era la Coruña. En favor de su opinion pudiera citarse aquel pasaje de Ethicus, que, describiendo á España, dice, que la ciudad de Brigantia está en Galicia, cerca del altísimo faro, con lo cual señala, sin que pueda quedar lugar á duda, acerca de su situacion siendo fácil probar que ocupaba el mismo sitio que la actual Coruña (1). Esta tribu estaba muy poblada, Mela nos habla de su golfo, en donde veían agolpadas la mayor parte de sus poblaciones, harto conocidas de la antigüedad, lo que sí es cierto, que conoció la influencia semita y que el javalí consagrado á Hércules les servia de enseña. Es posible que llegasen hasta el *Promontorium trileucum*, ó *Lapatia corum* (2) segun Ptholomeo, hoy Cabo de Ortegal, tan conocido de los marinos que viajaban por aquellos mares tormentosos; mas, segun algunos, hay que colocar antes á los *iadones*, cuyo centro debió ser *Libunca*, situada cerca del nacimiento del Narahio. Inmediatamente despues entraba la region de los *bædios* ó *hedios*, cuyo nom-

(1) En ningun geógrafo latino se ven tan claras como en Ethicus, las huellas de la antigua amistad y relaciones que debieron unir á los gallegos de Brigantia, con los irlandeses, puesto que al hablar, con la suma rapidez que lo hace, del alto faro brigantino, no se olvida de decir que miraba hacia Irlanda, y al describir esta isla, dice que su parte mas saliente, avanza sobre el Océano cantábrico y mira de lejos á Brigantia, ciudad de Galicia que le hace frente en la direccion del viento africano al cierzo.

(2) Segun Humboldt *Lapatia*, es palabra de origen vascongado: viene de *lapa*, crustaceo que se adhiere á las rocas, y de la desinencia *tza* que indica la abundancia. Los que conozcan dicha localidad podrán decir si esto es exacto.

bre céltico recuerda, lo mismo que el de los brigantinos, el de otras tribus galas: parece que su capital era *Flavia Lambris* (Vivero), y que despues de ellos venian los *egovarros* (1) denominados *namarinos*, y los *cybarcos* que estaban ya mas lejos de la costa. No se sabe cuales eran sus centros, ni que ciudades caian dentro de sus límites: solo podemos sospechar de los cybarcos que se dedicaban en especial al cultivo del cáñamo (2), como sus vecinos los zoelas eran grandes cultivadores del lino. Con los zoelas y pœsikos entraba ya la region asturiana. (3)

(1) Segun Humboldt, este nombre es de origen vasco: *Ego-varri*, es decir, la nueva morada. A pesar de la autoridad de que goza con justicia tan ilustre como profundo escritor, nosotros no participamos de su opinion, primero porque esta era una tribu ártabra, y por lo mismo céltica, y segundo porque su nombre pudiera estar mal escrito, y deber leerse *egovarcos*, en vez de *egovarri*, cosa que se comprende, teniendo por vecinos á los *cybarcos*, cuyo apelativo es completamente ariano. Esto caso que los egovarri, denominados namarinos, por alguna razon, no sean los mismos cybarcos, y los dividiesen en marítimos ó que tocaban á la costa y mediterráneos.

(2) «Como una prueba de que los céltas británicos han cultivado el cáñamo, sin haberlo recibido del mediodia de Europa, se puede allegar que los kimris, no tienen una palabra que corresponda á *cannabis*, pero que poseen un nombre original, *cywarch*, *cowarch* arm. *kouarch*, *koarch*, *cuer* del cual el irland.--eric *corcach* parece ser una contraccion. Esta palabra está compuesta de *cy*, *co*, el *cum*, *co*, latino que indica la posesion, y de *gwarch*, tegumento, cobertura, por alusion á la película del cáñamo.» Pictet. Orígenes, título I, pág. 319.

El nombre pues de *cybarcos* no solo nos da la certidumbre de que cultivaban el cáñamo, sino que indica al mismo tiempo que era una tribu céltica, y hablaba un idioma, sino igual, al menos parecido al de los demas pueblos de su raza.

(3) Mr. Littré, en su traduccion francesa de Plinio, no adopta la correccion que hizo Harduino, poniendo Navillubiones, en lugar de *Navia*, *Albiones*, que traen los mss. Añade aquel escritor que la correccion la hizo Harduino, guiándose por Ptholomeo, pero que cree mas prudente conservar dichos nombres como se hallan en los mss. No tendria nada de extraño que hubiese habido tambien en Galicia una tribu de los *Albiones*, situada orillas del Navia.

Dejando á un lado la costa y marchando tierra adentro hácia la capital, encontramos á la famosa tribu de los britones, que no por haberla pasado en silencio los geógrafos antiguos, carecemos de su noticia. Conservose su recuerdo en ciertas inscripciones y en los actuales nombres de localidad. Su centro parece haber llevado el nombre de *Britonia* que se reduce hoy á Santa Maria de Bretoña, poblacion que Cean coloca entre los pœsikos, con la cual confinaban los britones. Los *seburros* ocupaban la region asperísima del Cebrero, estendiéndose por la márgen derecha del rio Navia. Plinio los denomina *seurbos*, y de ellos parece que fué capital, segun Ptholomeo, *Tamalina*, que creen muchos reconocer en el *Timalinum* del *Itin. de Antonino*. Un ms. de autor anónimo reduce esta ciudad á Sárria: otros en la creencia de que dicho centro no es otro que la citada mansion, la colocan en Villartelin, atendiendo sin duda, á cierta semejanza que se advierte entre el nombre de la ciudad antigua y el del lugar á que se reduce; pero recientemente se cree estuvo en el lugar llamado de Baralla. La via que por aquí pasaba, es la que en el pais se denomina cartaginesa. En esta tribu se dice que coloca Ptholomeo á *Aquæ Quintinæ*, que no faltó quien digese era la moderna Villalba: sin embargo la opinion de Cornide que coloca estas aguas, en Villarquinte, nos parece la mas acertada. Cortés y Lopez, quiere que sea Guntin. Por último, los *lemavos*, como su nombre lo indica, ocupaban la tierra de Lemos, y era su capital *Dactonium*, que algunos quieren sea Chantada, pero que se cree que es Monforte.

Tales son las diversas tribus lucenses, de que nos quedan memorias. No son seguramente las únicas que existieron, pero de aquellas otras acerca de las cuales los romanos guardaron silencio, nada puede decirse todavia. Como en recompensa tenemos los nombres de algunas ciudades de que nos dejaron un recuerdo Ptholomeo, el *Itinerario*, y las monedas autonomas de Galicia, que vienen de este modo á aumentar la lista de los centros y poblaciones de los gallegos lucenses. Consta asi la existencia de *Burum*, hoy la Puebla de Buron (1), de *Olina*, en cuyo nombre quieren algunos hallar razon para asegurar que estuvo en Mondoñedo. El ms. á que nos hemos referido, la coloca en el Valle de Oro, no sabemos con que razon, y el señor Villaamil y Castro, despues de hacer notar las contradiciones en que cae Cortés y Lopez, al fijar su reduccion, concluye prudentemente por asegurar, que hasta ahora nada se ha adelantado, ni nada sabemos acerca de la oscura y desconocida situacion de esta ciudad. No es mas fácil señalar la de *Voeca*, otra de las poblaciones de que nos dá noticia Ptholomeo, y á las opiniones emitidas, y que presenta el Sr. Villaamil, puede añadirse la reduccion que hace el ms. citado, refiriéndola á Basma. A *Pintia* la coloca el traductor italiano en Porto Marin, y el anónimo ms. en la Pinza, opinion que concuerda con la del autor de la Cró-

(1) El nombre de esta poblacion trae á la memoria el de los eburones, que los etimologistas franceses tienen por céltica y dan el significado de ribereños. Humboldt, quiere reconocer orígen vasco en el nombre de esta ciudad gallega.

NICA DE LUGO. En cuanto á *Turuptiana*, nada podemos decir con seguridad; solo sí que se conservan monedas que dan derecho á sospechar que esta ciudad era capital de una tribu para nosotros desconocida. Los peces que se ven en su anverso, nos hacen pensar si estaria colocada orillas del Miño, ó mejor aun del Sil, por cuanto consta su estrecha alianza con los astúricos que entraban en Galicia con aquel rio. Tambien *Caronium* batió moneda, que ofrece la particularidad de ser parecida á la de Turuptiana; su nombre es céltico, como casi todos los de nuestra tribus, viene de *crwnn*, que significa helado, circunstancia que permite asimilarla al *Caranicum* ó *Caronicum* del *Itinerario*, situada orillas del rio Parga, como se puede sospechar por los peces de sus monedas, y en pais montuoso y frio. Pudiera ser que esta ciudad fuese aquella *Curunda*, en donde el magistrado de Zoela autorizó el tratado de alianza recíproca entre varias familias gallegas, de que dá noticia una larga inscripcion que publica Masdeu. Lo difícil que es señalar la posicion de Curunda, nos lo hizo sospechar, sin embargo, cercano al Navia; en territorio próximo al de los zoelos, hay un monte llamado Carondio, cuyo nombre será tal vez recuerdo de la ciudad ó burgo en que se autorizó el tratado en cuestion. En cuanto á *Ocellum*, las dificultades que se presentan para señalar su situacion, son grandes, por la multitud de opiniones que acerca del particular se han emitido. Los ocellos franceses, estaban cerca de los medullos, por eso no estrañamos la reduccion de Cornide á Orcellon á tres leguas de Ri-

vadabia, pues así se les ve cerca de los lugares en que creemos estuvieron situados los medullos de Galicia.

A poco que se estudie nuestra antigua geografía, se echa de ver muy pronto que los romanos conocieron con mas exactitud y con mayores detalles toda la parte perteneciente al convento bracarense y asturicense que lo que tocaba al de Lugo, y aun en este se advierte que si nos es algo conocida la banda del litoral, el centro, en especial la parte montañosa, ha quedado sumida en la mas triste soledad y el mas hondo silencio. Esta verdad salta á la vista cuando tratamos de saber que noticias tenian los geógrafos romanos acerca de los rios que fertilizan el país gallego; pues, á pesar de que el territorio lucense era mas estenso que el de Braga, mencionan mas rios y dan noticias mas seguras acerca del lugar de su desagüe, en este último convento, que en el primero. Pertenecia al bracarense el *Avus*, hoy Ave, en Portugal, que desembocaba en el Occéano antes de la capital y venia en seguida el *Celando*,—el Cavado, en opinion de los anticuarios portugueses,—por donde se sospecha se hacia aquel notable comercio que logró levantar á Braga á la altura y prosperidad de las principales ciudades de la época hispano-romana. Hallábase despues el *Nævis*,—el Neiva, segun Cornide,—y á poco trecho rendia al mar su tributo el celebrado *Lethes*. Fué este rio,—gracias á las escenas de que habia sido testigo durante la guerra con los romanos,—conocido de la antigüedad con diferentes nombres. El verdadero, y sin duda alguna el mas antiguo, es el *Limia*: viene de *Linn*, agua en sanscrito, y debe presumirse que este

es el nombre con que siempre fué conocido y de ello podria ser una prueba irrecusable el hecho de que los pueblos que vivian á sus orillas recibieron de él el apelativo *limicorum*. Segun Strabon, fué llamado asimismo *Belion*, y por otros *Lethes* y *Oblivio*, como escribe Plinio; el primer nombre lo recibiría del lago Beon ó de Belion, por estar consagrado á este dios fenicio (1), el segundo, ó sea el de Lethes, pudiera presumirse que los semitas, ó cuando menos algunos griegos semitizados, venidos de Creta, la madre de las grandes colonias semitas, se lo impusieron para recordar aquel otro rio de su pátria, á cuyas orillas la hija de Vénus olvidó á Cadmo; los romanos no hicieron otra cosa que traer á Galicia la fábula griega, y traducir la palabra Lethes; de aqui el nombre de Oblivio que le dieron aquellos conquistadores.

Emulo de este rio se presenta con sus recuerdos históricos y con su importancia material el *Minius*, del cual nos ha dejado Strabon curiosas noticias, mezcladas con algunos errores, puesto que llega hasta á asegurar, que el Miño, lo mismo que el Limia, descendia de la celtiberia y del pais de los vaceos (2). Nos dice tambien que es de los mayores rios de la Lusitania,

(1) Uno de los confluentes del Limia, es el Bean.

(2) El decir Strabon que el Miño venia de la Celtiberia, parece dar alguna razon á los que aseguran que el *Minius* de los antiguos es el Sil, y no el que hoy conocemos con aquel nombre. Posidonio al contrario, asegurando que nace en la Cantabria favorece la opuesta opinion; entendiéndose que en esta ocasion como en otras muchas, no tomamos en su rigor las palabras Celtiberia y Cantabria. Los antiguos geógrafos conocieron bien poco á Galicia y sus cosas: en prueba de ello bastaria citar la descripcion que del Miño, hace el cosmografo Ethicus: «El Miño dice, nace en los Pirineos, describe un cír-

que es como el Duero navegable ochocientos estadios, y que su entrada estaba dominada por dos grandes peñascos, á cuyo abrigo podian anclar los buques. Plinio añade que su embocadura tenia de ancho cuatro millas. De todas estas noticias se deduce que algun pequeño puerto, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, se levantaba en aquellas riberas. Es posible que dicho puerto estuviese donde la actual villa de la Guardia, pues se han hallado cerca curiosos vestigios de la dominacion hispano-romana. Sin embargo, y aunque no faltó quien lo diera por hecho y apellidase á dicha villa *Ostium Minii*, sin echar de ver el error en que caia haciendo nombre de poblacion lo que en latin bien claro no quiere decir sino *boca del Miño*, no puede asegurarse con tanta facilidad que hubiese alli mas que una simple estacion marítima, para los buques que hacian la travesía del rio y llevaban sus mercancías á Tyde, capital como sabemos de los Gravios. El silencio que los antiguos geógrafos guardaron acerca del Sil, rio de mayor curso y caudal que el Miño, hizo pensar á algunos escritores, entre ellos Sarmiento, Florez y Cornide, que el verdadero Minius de los romanos era el Sil, y no el que naciendo en Fuenmiñá, trae desde su nacimiento su verdadero nombre. Los que tal aseguran no se hicieron cargo de una circunstancia esencialísima para el caso, esto es, que los geógrafos griegos y latinos no mencio-

culo en torno de la ciudad marítima de Brigantio, y despues de un curso de trescientos diez mil pasos, entra en el Occéano occidental.» Si las noticias que da este autor acerca de la longitud del curso del Miño, pudieran considerarse exactas, no hay duda que este seria un dato irrecusable en favor del rio aquel cuyo curso tuviese la extension indicada.

nan mas rios que aquellos que desembocaban en el mar. Que el nombre del Miño pueda venir del color rojo de las tierras que atraviesa, como algunos pretenden, nada quiere decir para el caso, cuando hay en la Etruria otro rio de igual nombre y cuando el significado de la palabra Sil, es agua en sanscrito (1). Por fortuna sabemos que el Minio italiano no trae su nombre de aquel preciado color que los romanos recibian preferentemente de Efeso y de la Bética, una vez que Mela nos dice, que es de origen etrusco. Estas razones nos han inclinado siempre á creer que el Minius era aquel rio que, naciendo en las ásperas montañas lucenses, atraviesa en su largo curso toda Galicia, recibe entre otros afluentes de consideracion el Sil, y corre despues á rendir su crecido caudal al Occéano impetuoso (2).

Despues del Miño, menciona P. Mela al *Lœros*—hoy Lerez—cuyo nombre indica bien claro que pueblos célticos y no los fingidos hellenos se lo impusieron. Al mismo tiempo, menciona tambien al *Ulla*, que segun Humboldt, debia escribirse *Ula*, por creerlo derivado

(1) «Es difícil averiguar como Minium, el minio, tomó el nombre genérico; solamente sabemos que los romanos lo suponian derivado del *Minius annis*, que probablemente trajo su nombre del. Vitrubio dice: «*Minium inquid et Indicum nominibus ipsis indicant, quibus in locis procreantur.*» Es una curiosa coincidencia que hasta el presente Gwaith Mwyn, significa en gaelico, una mina de plomo. De Mœnus, ó Munus, metal, vino sin duda moneda, etc.» Willians. *Essays*, pág. 106.

(2) En una nota ms. que poseemos sin que podamos adivinar, quien haya sido su autor, leemos apropósito de esta cuestion:

«Sobre la puerta de la iglesia de Santiago de Samasas, está metida una lápida al parecer romana, cuya inscripcion se halla borrada y solo se lee esta palabra; MINII y no MINEI, lo que prueba ser en efecto romana; pues desde el siglo VII en adelante se empezó á llamar *Mineus*, al Miño; pero los romanos constantemente le llamaron *Mi-*

de la palabra *ura* que en vascuence significa *agua* (1). Este rio recibe el *Sars*, cerca de aquellos lugares, en que se levantaban las *Torres de Augusto*, y juntos forman la ria de Padron. Quiere Florez, que el *Via* de Ptholomeo sea el Ulla, mal escrito: podia ser tambien el Umia, por metátesis Viam, que desembocaba cerca de Lambrica, pero de ningun modo el Allons como quiere Cortés y Lopez, siguiendo á Cornide, aunque sin nombrarle, y guiándose por una inútil y errada etimologia. El *Támara* regaba el pais montañoso ocupado por las tribus que llevaban su nombre, y este es el último rio que griegos y latinos citan en la costa de Galicia, antes de los Nerios. Desde este promontorio, apenas si mencionan los que segun ellos desaguaban en el golfo de los ártabros; solo Ptholomeo dá noticia del *Vir*, que debe reducirse al Allons y no al Eo como quiere Cortés, sin hacerse cargo de que aquel geógrafo

nius, de donde se infiere que el verdadero rio Miño, es el que corre por Lugo y Samasas y no el Sil. De lo contrario no se entiende que al caso venia la expresion del Miño ó MINII, en un lugar tan distante del Sil, como lo es Samasas, si el dicho Sil fuese el verdadero y legítimo Miño, y no el mismo rio que corre por Samasas. Es lástima que Florez y Sarmiento no hubiesen tenido noticia de la lápida geográfica de Samasas.» Este es un lugarcito próximo á Lugo.

(1) El señalar la etimología que Humboldt da á la palabra *Ulla*, no quiere decir que la adoptemos sin restriccion alguna. El Ulla como el Umia, dos rios que desembocaban cerca de las ciudades *Iria* y *Lambrica*, cuyo origen semita hemos señalado, nos dan derecho á pensar si ambos nombres serán fenicios. El citado Humboldt quiere que *Lambrica*, (ya hemos dicho que para nosotros equivale á ciudad de tierra) venga de *Lamboa* ó *Lambroa*, bruma, y que *Iria* significa villa, lugar, comarca. A pesar de que diferimos por completo de la opinion de aquel autor, respecto á la etimología de Lambriaca, que equipara á *Flavia Lambris*, no callaremos, pues fuera indigno de la sinceridad con que deben tratarse estas cosas, que cerca del nacimiento del rio Lambre, se encuentra una parroquia denominada *Lambroa*.

no solo lo pone antes del *promontorio siguiente* (1), sino tambien del lugar que este último marca, sin tener en cuenta los grados que se le asignan en las *Tablas*. Esto sin olvidar que antes está el *Mearus*, ó *Metaurus* en algunos códices de Ptholomeo,—recordando el rio del mismo nombre en la Umbria,—que no es otro que el Mero que desemboca en la ria de la Coruña, *in magno portu*. El Nario, hoy Jubia? (2), recuerda á los semitas que le impusieron un nombre que significaba rio en su lengua. Por último, el *Nabiluvion*—Navia—cerraba la lista de los rios del convento lucense, bañando con sus aguas parte de la region pesika.

Tales son los rios que mencionan los antiguos, como mas notables entre los que desaguan en los mares de Galicia, sin que nos hayan dicho cosa alguna acerca de los que riegan las tierras del interior. Sin embargo, conocemos algunos por haber, como el Támaga, dado su nombre á los pueblos que se asentaban en sus orillas.

Aquí terminariamos nuestra tarea sino tuviésemos que añadir, que muchos son de opinion que hubo en Galicia un *Bilbilis* y un *Chalybis*, notables por el temple que sus aguas comunicaban á aquellas espadas, que,

(1) No puede ser mas grande el error de Cortes y Lopez todo por el empeño que mostró por llevar las *Aras Sestianas* y su promontorio á Asturias. Despues de todo, no se compende como cayó en la falta de reducir el Vir al Eo, que entra en el mar en Rivadeo, despues de haber dicho que aquel promontorio estaba mas aca de este rio. El testo de Ptholomeo no permite tantas libertades: primero está el promontorio de las Aras Sestias, despues la boca del rio Vir; no se puede salir de esto.

(2) Acerca de la reduccion del Nario, al Jubia, hay la no pequeña dificultad de que el Narahío, que aunque de mucho menos caudal, entra cerca de Neda á formar con el Jubia, parte de aquella ria, conserva, puede decirse que puro, el nombre impuesto por los semitas que visitaron aquellos fértiles y hermosos lugares.

al decir de Justino, eran preferidas por los guerreros gallegos. En efecto, siquiera sea cierto que en el Bilbilis aragonés se templaban las duras y memorables espadas celtíberas,—es mas que probable que el nombre del Cabe, no venga de otro lado que de Chalybis, que en rigor, equivale á tanto como rio en que se templa el acero. En cuanto al Bilbilis, que algunos creen reconocer en el Bubal (1) diremos que no repugna creer que hubiese en Galicia un rio, que poseyendo iguales virtudes, llevase el mismo nombre que aquel otro á cuyas orillas erró en su infancia y en su vejez el gran poeta que las ha inmortalizado.

Si el interior de Galicia, el número y colocacion de sus tribus, los rios que la riegan, los montes que se levantan bajo su cielo, eran tan poco conocidos de los geógrafos latinos, no se puede decir otro tanto de la parte del litoral, especialmente aquella que se estendia del Avo al promontorio Nerio, puesto que la sep-

(1) Castellá Ferrer, fué el primero á asegurar que las espadas preferidas, segun Justino por los gallegos, se templaban en un Bilbilis de Galicia. Hé aqui sus palabras: «Algunos entienden es este el Bubal, que corre á tres leguas de Orense, en cuyas aguas salen tan bien templadas las hachas y cuchillos que hacen gran diferencia á otras que se templan en otras aguas. Otros le tienen por el que pasa junto á Santiago, al pié del montezuelo á donde está el monasterio de monges de nuestro Padre Sto. Domingo, llamado Balbis y asi se llama el monasterio de Balbis. Yo he visto espadas antiguas templadas (segun la fama) con las aguas de este rio muy grandes cortadoras y muy seguras. Parece se conforma mas el nombre de Balbis con el de Bilbilis, pero por mas cierto se tiene que el Bubal, es el Bilbilis. El Calibdis, entienden algunos es el Cabe, que pasa por tierra de Lemos, cuyas aguas templan muy bien las armas.» Hasta aqui Castellá; debemos advertir, que el rio que corre al pié de Belvis, es el Sar, que no sabemos tenga á su paso por aquellos lugares otro nombre distinto. Belvis, viene sin duda alguna, de *Bal-visum*, valle del Viso. Belvis es palabra moderna, se llamó *Balbis*, segun se vé en una lápida que se conserva á la entrada de la iglesia de este convento.

tentrional de nuestra costa les era mucho mas desconocida. Acabamos de ver cuales eran los rios que desaguan en nuestros mares y merecian especial mencion de los antiguos. Completemos el cuadro y mencionando los promontorios é islas que mas se conocian y recordaban, en aquellos dias en que, el poder romano, habia llegado á todo su apogeo. Segun parece, cercano al Avè, se hallaba el promontorio *Avarum:* hay, sin embargo, dificultades para su reduccion, por cuanto,—como dice perfectamente el P. Florez,—en toda aquella costa no hay ningun cabo. Cornide y Florez lo reducen á Cabalos de Faon, Cortés y Lopez á Azuzar; pero nosotros tenemos por mas acertado creer que bajo aquel nombre, conocian los romanos la pequeña punta que forma la costa antes de la embocadura del Neiva. No falta quien le lleve mas adelante y le coloque cerca de Viana; mas hay que tener en cuenta que Ptholomeo lo marca entre las bocas de los rios Ave y Neiva. Tambien discrepan los autores en la reduccion del segundo promontorio, ó sea el *Orbium*, sin que podamos comprender como Florez, que cree en los pueblos hellenos, y por lo mismo bracarenses, dá á entender que pudiera muy bien ser el cabo Silleiro, cerca de Bayona, cuando segun su sistema pertenecia este pais al convento de Braga, y Ptholomeo dá el *Orbium* en el lucense. Algo mas consecuente Cornide, lo pone en la Lanzada; con todo, nosotros que opinamos que el Miño era la línea divisoria de ambos conventos, hallamos que en realidad, dicho promontorio no es otro que el cabo Silleiro.

El *Nerio* ó *Yerno*, que tambien escribieron asi su nombre, fué mas conocido de los antiguos y por lo mismo es facilísima su reduccion al cabo de Finisterre. Llamósele *Nerio* por vivir allí la tribu de este nombre, y *Céltico*, porque eran celtas los hombres que habitaban aquel pais, sin que falte quien crea que este es el *Œstrynio* de Avieno, no muy acertadamente á nuestro modo de ver, pues estamos con los que colocan este último en el cabo Ortegal. En cuanto á si, el promontorio ártabro que menciona Plinio, es ó no el citado Nerio, nada puede decirse, por mas que sea posible creer fundadamente que aquel naturalista se referia al cabo de Finisterre, puesto que para él eran ártabros los nerios. Sin embargo, hallamos mencionados en Ptholomeo, despues del Nerio, dos promontorios cuyo nombre calla, diciendo tan solo de uno de ellos que era el que tenia las *Aras Sestianas*, é inmediatamente despues cita otro que pudiera muy bien ser el ártabro, una vez que hay motivos para creer, que si no era el cabo de la Coruña, como pretenden algunos, estaba, sin embargo, en pais completamente ártabrico. Florez, que esplicó con bastante claridad el error de los que, fatigando á Mela, se empeñan en llevar á Asturias las Aras Sestianas (1)

(1) Parecerá estraño que despues de lo que ha escrito, aunque brevemente, Cean Bermudez en su *Sumario de Antigüedades*, pág. 200 acerca de las Aras Sestianas y los descubrimientos que hicieron en el Cabo de las Torres, en Astúrias, sigamos opinando que dichas Aras estaban en el cabo Villano. Comprendemos toda la fuerza que tiene el hallazgo del ara ó altar á que se refiere aquel autor: sin embargo y haciendo caso omiso de que las noticias de Ptholomeo, no permiten llevar de los mares de Galicia aquel promontorio, tenemos que las Aras sestianas, no debieron ser tales aras en el riguroso sentido de la palabra. Las piedras de límites, denominadas, *Aræ Phileno-*

y su promontorio, cayó á su vez en el de callar que entre el Nerio y el *Aræ Sestii*—que Plinio coloca en una península támarica—pone Ptholomeo uno nuevo, que es necesario reducir al cabo de Touriñao, y por lo mismo el de las Aras al cabo Villano, reduccion esta última mas conforme con las noticias que nos dejaron los antiguos, que la del docto agustino, pues á la verdad ofrece mas apariencias de península que el primero y se hallan en comarca de la cual puede decirse con Mela, que antes de sér conocidos aquellos monumentos, era una region oscura. Ptholomeo dá á entender bien claro cual era su posicion y como se hallaba antes de la desembocadura del Allons, puesto que dá despues del Vir un nuevo promontorio que puede ser muy bien el cabo de San Adrian (1), ó el de la Coruña como pretenden algunos, pero que ambos estaban en pais ártabro. Despues de este último ya no se halla mas que el

rum que servian para marcar los últimos límites del territorio cartaginés al E. en frente de Cyrene, eran segun parece dos columnas de barro arenisco con inscripciones que no han podido leer los modernos viajeros, y sin embargo se les llamaban aras. ¿Quién nos ha dicho, pues, que lo eran las sestianas? ¿nó podrian ser torres ó faros semitas, que los naturales ó los romanos dedicaron á Augusto? Por lo pronto Cortés y Lopez comete una falta, asegurando que Mela y Ptholomeo, están conformes en poner los citados monumentos en la costa asturiana, y esto no es exacto. Para el autor de las *Tablas*, como para todos los geógrafos de su tiempo, el mar septentrional empezaba en Finisterre, y no hay razon por lo mismo para suponer que los grados que marca están errados, cuando su doctrina se conforma con Plinio. No sabemos porque se quiere disculpar el error de Mela, que por cierto está bien confuso en esta ocasion, echándolo sobre los que estaban mas en lo cierto que él.

(1) Este cabo está frente por frente de las Sisargas que nosotros creemos son las Islas de los Dioses. Si se quiere que el promontorio artabro, sea el de Finisterre, no debe perderse de vista que ni cerca del, ni en lo que podemos llamar su territorio, se halla isla alguna notable.

Trileuco, ó sea el cabo de Ortegal, llamado tambien *Lapatia coru*, el cual, como hemos dicho ya, hay razon para suponer que es el *Œstrymnio*, asi llamado en la antigüedad, dice Avieno, *Œstrymnin istud dixiit œvum antiquius.*

Con la enumeracion de las islas de que nos conservaron los latinos algunas aunque confusas noticias, terminaremos la descripcion de la Galicia romana. Cornide no las mencionó todas en su *Mapa corográfico*, sin que comprendamos la causa; pero no se olvidó ciertamente de poner las *Cicæ*,—hoy Cies, en la ria de Vigo, —que eran las primeras que se hallaban en los mares gallegos. Hay quien asegura que estas son las celebradas *Casiterides*, opinion que favorece la *Division de los obispados*, de Wamba (1); mas dá la casualidad que las Cies no son diez, como especifica Ptholomeo, y sí dos solamente, no quedando por lo mismo lugar á las suposiciones, caso que no se acuda, como lo hizo Cor-

(1) Los que tienen por apócrifa esta *Division* están conformes en que fué forjada en el siglo XII, en cuyo tiempo se llamaban Casiterides las Cies. No falta quien como Fernandez Guerra, suponga que la *Division*, debe estimársele real y efectiva, y si es así, supóngase que autoridad no tiene la indicacion geográfica que encierra, cuando la *Division* fué hecha en el siglo VII. «Pero como en toda investigacion, dice aquel autor, se ha de proceder siempre de lo conocido á lo desconocido, necesitamos poseer un buen mapa eclesiástico de la Edad-media; y otro de los límites de los obispados góticos, segun las noticias que nos han trasmitido la *Hitacion de Wamba*, apuntamiento oficial de fines del siglo VII interpolado en el XII con ruda minerva y ánimo codicioso. Lejos de ser fantásticos y arbitrarios los nombres de parroquias en semejante documento citadas, estímense reales y verdaderas la mayor parte y guia firmísima para evidenciar las antiguas regiones. ¿Cómo fingirlos todos, habiendo interés en mezclar á lo mucho verdadero lo poco falso para darle vigor y autoridad? ¿Como han de ser fingidos todos cuando los mas de ellos se conservan aun, conviniendo con las regiones de Ptholomeo y las Chancillerías de Plinio y las comarcas recorridas por Strabon?»

nide, á comprender bajo aquel nombre las islas cercanas, hasta completar el número marcado por el geógrafo griego. Por nuestra parte ya hemos dicho que hay motivos para asegurar que no existieron semejantes islas productoras del estaño, y que si bien es cierto que el nombre de las Cycas se presta á mas de una justa suposicion en esta materia, puede y debe presumirse que dicho nombre lo recibieron de nuestros antepasados, no porque de sus senos se estrajese el preciado metal, sino porque en ellas estuvo el principal depósito de esta mercancia, cuando los fenicios y demas semitas hacian su comercio y explotaban las abundantes regiones estanniferas de Monterrey y paises vecinos. Ahora bien, si la Cicæ no son las Casitérides, ¿serán acaso aquellas otras que bajo el nombre de *Insulæ deorum* (islas de los dioses) menciona Ptholomeo en los mares de Galicia? El P. Florez se inclina á creerlo asi, ya porque aquel geógrafo las coloca cerca del Miño, ya por que es en él expreso que dichas islas eran dos solamente, circunstancias que concurren en las Cies. Sin embargo, la opinion del docto agustino no puede adoptarse, ya porque Ptholomeo pone primero las diez casitérides y despues las dos de los dioses, ya por que segun Plinio estas últimas no solo eran en número de seis, sino que estaban situadas frente al promontorio de los arrotrebas. Estos inconvenientes debió sentirlos Cornide, cuando les redujo á las islas de Ons y Donza, en la ria de Pontevedra; sin embargo, mejor fuera confesar con franqueza, que las noticias que tenemos respecto de dichas islas son tan confusas, que no permiten aventurar con

razon la menor conjetura. Desde luego podemos decir que contra la aseveracion de Cornide está la generalmente admitida de que la actual isla de Ons es la misma que Plinio llama de *Aunios*, (1) y sobre todo, que aun cuando se haga del cabo de Finisterre el promontorio de los ártabros, no se conciertan ambas opiniones. De la *Corticata*, cuyo nombre parece conservarse en la de Cortegada en la ria de Arosa, nos dá noticia el citado Plinio: no falta quien como Cortés y Lopez y otros, creyese que esta isla era la de Sálvora; mas confesamos que si en esta ocasion no se atiende á la semejanza de los vocablos, es dificil acertar con su verdadera reduccion. Galicia fué fecunda en islas, y hay motivos para asegurar que sufrió en su costa mas de una notable modificacion; por lo mismo, y dejando á un lado el hecho de que los antiguos no mencionaron sino algunas, será arriesgado siempre probar que las islas de los dioses son las Cies, como quiere Florez, las de Ons y Donza, como quiere Cornide, ó las Sisargas, como sospechamos nosotros. El texto de Plinio es clarísimo: estas islas estaban frente al promontorio ártabro; mas no sabiéndose con seguridad cual fué la posicion de este último (2), es por lo tanto dificil señalar la de las islas, á las cuales para mayor confusion llaman tambien algunos *Fortunatas*. Despues de ellas ya no res-

(1) Tan segura es esta reduccion, cuanto que el nombre actual de la isla es el mismo con que le ha designado aquel geógrafo. Los gallegos hicieron *o* del *au* latino, como hemos advertido en mas de una ocasion.

(2) El que estudie esta cuestion con ánimo desprevenido, se vé bien pronto encerrado en este círculo vicioso; las Islas de los Dioses están colocadas frente al promontorio ártabro, luego este, este es el cabo de S. Adrian, que tiene

tan en nuestros mares mas que las *Trileucas*, que generalmente se reducen á los islotes que se levantan frente al cabo de Ortegal.

Los que sostienen, como Cornide, que las *Casitérides*, estaban en los mares de Galicia, acuden al sistema de hacer de las Cies, Ons, Arosa y demas que se hallan en las rias de Vigo, Pontevedra y Arosa el grupo de las diez islas que segun Strabon y Ptolomeo formaban las celebradas Casitérides. Mas, ¿es esto probable? Ya hemos dicho cuando se trató del comercio y explotacion del estaño por los semitas, que en nuestra opinion, tales islas, como verdaderas productoras de aquel metal, no existieron jamás. Ahora, si se atiende á lo que buenamente pueda deducirse de los textos latinos, son tan vagas sus noticias, que es fácil y hacedero aventurar toda clase de suposiciones. Segun Plinio estaban frente á la Celtiberia (Florez corrige Celti-neria), segun Mela frente á los celtas gallegos, y ni uno ni otro señalan su número: dicen si, Plinio que son muchas, Mela que algunas; pero ambos convienen en que, en conjunto, se las llama Casitérides, por abundar en estaño. Ptholomeo las pone en el Occéano occidental, Strabon dice que se hallan cercanas unas de las otras y que se encuentran avanzando al Norte, en alta mar saliendo del puerto de los ártabros, y Diodoro Sículo añade, que

en frente las Sisargas. Mas como para reducir á estas últimas islas las de los Dioses hay que acudir á la coincidencia de que se levantan ante un promontorio, que decimos el ártabro, porque tiene delante de sí dichas islas, de aqui que esta argumentacion pueda tenérsela por viciosa. A pesar de todo, debe confesarse, que dicho cabo de San Adrian, está despues del Vir, en que dejamos reconocido al Allons, que está en pais ártabro, y que en frente de él se hallan las Sisargas, únicas islas que se encuentran antes de las Trileucas.

están frente á la Iberia, mas abajo de la Lusitania. Como se ve, toda clase de suposiciones se pueden aventurar con estas noticias, sobre todo si se tiene en cuenta que Ptholomeo las pone entre las islas de la Tarraconense, que Strabon que es el que dá noticias mas favorables para la reduccion á las Sorlingas, termina el libro III de su *Geografia*, diciendo: «aquí acaba cuanto tenemos que decir acerca de la Iberia y *de las islas situadas en frente de sus costas* (1),» y que Pomponio Mela despues de hablar de la isla Erythia en la Lusitania, añade que en los célticos hay algunas que porque son abundantes en plomo, se les dá en general el nombre de Casitérides. De todo esto suponemos que griegos y latinos conocieron poco y conocieron mal los lugares de donde los fenicios llevaban el estaño; que sabiendo que situados aquellos en la costa, recibian dicho metal de los pueblos occidentales de España, creyeron que se extraia de las islas que se hallaban en frente de dicha costa y de ahí el nombre que les impusieron. Se comprende esto, viendo que Ptholomeo no dá en nuestros mares mas que las Casitérides, é inmediatamente despues las de los dioses, islas estas últimas que si se reducen á las Sisargas, se vé prontamente que aquel geógrafo hizo de todas las que se hallaban desde Vigo á Finisterre, un solo grupo, al cual dió el nombre genérico de Casitérides. Strabon parece confirmarlo, cuando en nuestros mares no cita mas que dichas islas.

(1) Geographie de Strabon, trad. par Amadée Tardieu. Paris, 1867, tomo 1.°, pág. 289.

II.

Galicia al tiempo de su sumision al imperio.—Modificaciones introducidas por Augusto.—Política romana.

Quedan estudiados, hasta donde ha sido posible y nuestras fuerzas alcanzan, los orígenes del pueblo gallego, siquiera no hayamos traspasado los límites tras los cuales se oculta á nuestras miradas todo un mundo pre-histórico. Hemos hablado de los celtas, ese pueblo de quien nos queda la certidumbre de que no solo habitó en estos lugares, sino que de él desciende la gran masa de nuestra poblacion, y tratado despues de las colonias que sucesivamente y con mas ó menos influencia han dominado en nuestro pais. Paso tras paso hemos asistido á la constitucion de la sociedad gallega, conocimos sus primeras manifestaciones, y llegamos, por fin, á aquel punto principal y notable de su historia, en que rotos ya los lazos que le

unian á un pasado misterioso, entra de lleno en la comunidad de los grandes pueblos, siquiera sea por la triste y desolada puerta de la servidumbre. Nueva vida se presenta ante sus ojos; los gérmenes de poder y de inteligencia que encerraba, podrán desarrollarse en todo su vigor; el habitante de la desconocida tribu aspirará á todos los goces y á todas las dignidades que pueda ofrecerle Roma, y considerando á esta ciudad como la madre y señora del universo, hablar su lengua, adquirir sus costumbres, vivir su vida, aspirar á su ideal, moverse, en fin, en la atmósfera vertiginosa, pero grata á su alma, de la civilizacion latina.

Es un problema histórico, que tardará en resolverse, el saber si España, como las Gallias, deben contar ó nó como fausto el hecho de la dominacion romana, que arrancando á las numerosas tribus que las poblaban á la vida aislada y egoista que hacian, las arrojó de lleno en el mundo activo y poderoso de que Roma era fecundo centro. Sin embargo, para decidir esta cuestion, para saber si fué ó nó la dominacion romana beneficiosa á los pueblos que la sufrieron, es necesario saber lo que poseian antes y lo que recibieron despues de mano de sus dominadores. Lo que poseian, lo ignoramos. Sabemos únicamente que pueblos civilizados, como los fenicios y los cartagineses, les habian traido algo de la refinada cultura que alcanzaron, y no es un misterio, que sentian vivamente el amor al suelo natal, y por lo mismo el de la independencia de la patria. Por lo demas, y en lo tocante á Galicia, desconocemos casi por completo cual hubiese sido su or-

ganizacion política, una vez que los autores latinos ni siquiera consignan los principales rasgos que en este punto distinguian á los gallegos de las demas gentes españolas. Es cierto que se puede sospechar cual hubiese sido su constitucion interna, en los momentos en que, vencidos por los legados de Augusto, entraban resignados á formar parte del gran imperio romano, pero esto de una manera sobrado incompleta para que pueda satisfacernos.

Los celtas de Galicia no debian de ser diversos de los demas individuos de su familia que ocupaban otras comarcas; al contrario, por su situacion, por lo lejos que vivian de los grandes centros de la actividad antigua, por lo temprano que debieron llegar á esta punta mas esterior del mundo,, es lo natural que fuesen entre sus hermanos aquellos que mas puras guardasen las costumbres arianas. En efecto; por las escasas indicaciones que nos dejaron griegos y romanos, podemos asegurar que asi sucedió, y podemos tambien añadir, que ellos mismos parecian conservar un recuerdo de su noble orígen, en aquella palabra, *ártabro,* con que fueron conocidas algunas de sus tribus (1). Lo que nos falta

(1) Segun escribe Gobineau, *Essai sur l' inegalité des races humaines*, tomo II, pág. 107 y sig.--los hindus, llamaron al pais sagrado, á la India legal, *Arya-varta*, es decir, la tierra de los hombres respetables; escribe asi mismo que el nombre primitivo de los arianos-iranianos, á los cuales pertenecian los medas, fué *Arioi* y añade que una rama de esta familia, los persas, habian empezado por llamarse *Artaioi*. La semejanza de este vocablo con el de *ártabro*, pudiera dar lugar á algunas reflexiones, pero nos limitaremos á hacer notar que en efecto como quiere este autor, la raiz *ar*, siguió á todas partes las diversas ramas de la raza aria- na, de que es una buena prueba el nombre con que fueron conocidas las tribus que poblaban parte del litoral gallego. De todos modos, ya se crea que la palabra *ártabro* significa pueblos situados

saber es, si gentes de raza inferior habitaban á Galicia cuando llegaron aquellos pobladores, y en caso afirmativo, si desaparecieron pronto, como parece darlo á entender la multitud verdaderamente digna de notarse de nombres de localidad arianos que hay en Galicia, ó si quedaron como base de una poblacion servil, sujeta desde luego á la ley y voluntad del vencedor.

Atendiendo á lo que aun hoy mismo forma la constitucion del pueblo gallego, se puede deducir con seguridad, que nuestros progenitores vivian, cuando los romanos se apoderaron de este pais, á la manera que las demas gentes arianas. Esparcidos por el haz de toda esta preciosa comarca (1), amando especialmente las montañas, presentaban entonces el mismo aspecto que segun Strabon, distinguia á los pueblos bretones. Una casa y á su alredor un campo, hé aquí la principal de sus viviendas; el *burgo*, tal vez reducido y de escasa importancia, era el centro de la tribu: en él viviria el gefe ó *brenh*, que seguramente seria electivo como en todos los pueblos de la rama ariana. Decio J. Bruto en

orillas del mar, como hemos indicado á la pág. 288, ya se piense que con ella quisieron nuestros celtas, conservar un vivo recuerdo de su primitiva pátria y de su glorioso nombre, siempre tendremos que el orígen ariano de dichas tribus, no puede en manera alguna, desconocerse.

(1) A pesar de las encontradas noticias que acerca del clima gallego dejó consignadas Strabon, seguimos creyendo, que si en los tiempos remotísimos de la época glacial, pudo este pais participar de la temperatura general á Europa, cuando escribia Strabon era ya Galicia un pais privilegiado. Polybio lo da á entender asi y el mismo Strabon contradice todas sus aseveraciones, cuando asegura que la comarca comprendida entre el Tajo y la frontera de los ártabros, era rica en frutos y ganados, cosa difícil si la parte septentrional de España fuese tan fria y de suelo tan áspero, que hiciese de ella, como quiere aquel geógrafo, la vivienda mas miserable.

sus guerras contra los gallegos, apenas asedia mas de dos ciudades, mientras ataca multitud de castillos, segun escribe Appiano. Sin duda alguna, estos castillos no eran otra cosa que nuestros castros, curiosas fortificaciones, cuya disposicion indican bien claro que, careciendo de ciudades muradas, ó mejor dicho, teniéndolas escasas, aquellos *célticos*, que segun Strabon vivian dispersos en aldehuelas, las levantaban en el lugar mas á propósito para la defensa de sus casas y sembrados. Asi se explica que falten los castros tan pronto abandonamos los paises gallegos. Su multitud confirma aquella observacion que nos conservaron los romanos, esto es, que los gallegos miraban los combates como la ocupacion mas digna de los hombres. Para ellos nada mas noble que la guerra; las mismas mujeres dejaban los cuidados del campo é iban, como hemos visto ya, á pelear al lado de sus padres y maridos. Las guerras entre unas y otras tribus eran eternas; asi lo cuenta la historia, siendo este un rasgo mas, comun á la familia ariana. Tenemos por cierto que estos pueblos trataban acerca de los negocios públicos y cuanto tocaba á sus intereses generales en asambleas mas ó menos notables, segun la importancia de las tribus y confederaciones; asi lo hacian los celtas franceses, asi tambien los lusitanos y demas gentes de la provincia ulterior, en la cual entraba parte de la Galicia actual, y asi tenia que ser, dado el régimen político bajo el cual vivian. Confirma todo esto un pasaje de Suetonio en la *Vida de César*, donde dice que éste visitó siendo questor las asambleas del pais, para hacer justi-

cia por órden del pretor (1). Esto en el órden político; en el social podemos asegurar, contra lo que alguno ha escrito, que nuestros celtas conocian el matrimonio, puesto que, Strabon escribe que se casaban al estilo de los griegos (2).

Una cosa, sobrado interesante por cierto, se ignora todavia, esto es, si los antiguos gallegos tuvieron la esclavitud, esa infamia y castigo del mundo antiguo, si siempre aborrecible, mucho mas cuando el esclavo pertenece á la misma raza del que lo posee. No faltaron ciertamente á nuestros celtas ninguna de las fecundas fuentes de donde se alimentaba la esclavitud en los antiguos tiempos, no; si entraron por derecho de conquista en este suelo, la raza que ocupaba el territorio, inferior como finesa, quedó de hecho entre ellos en la condicion servil, siendo tal vez los fineses los pálidos buscadores de oro, á quienes Gobineau dá como trabajadores de las minas, los que estrajeron de las duras entrañas de la tierra gallega aquel purísimo y preciado estaño que el mercader fenicio venia á bus-

(1) Pudiera creerse que los límicos, los bibalos, los narbasos y cuantas tribus tenian por centro ó capital un *forum*, conocieron dichas asambleas. Sin embargo, y atendiendo á las diversas acepciones que tuvo dicha palabra, entre ellas la de mercado, no se puede asegurar terminantemente, pues tambien pudieron denominarlas así, por estar en ellas las autoridades y tribunales de cada una de las tribus mencionadas.

(2) No ha faltado quien, con sobrada ligereza por cierto, haya asegurado que nuestros antiguos gallegos, conocieron la comunidad de mugeres. Strabon dice lo contrario, como acabamos de ver, y añade mas adelante, por ser cosa curiosa, que entre los *cántabros*, el esposo llevaba la dote, y que las hijas heredaban, con la obligacion de casar á sus hermanos. Ya hemos dicho en mas de una ocasion, que aquel geógrafo, dijo terminantemente que las costumbres de los lusitanos, gallegos y cántabros eran unas mismas. Cuando hay alguna en que difieren como en el caso presente, lo advierte.

car aquí desde las regiones natales. La guerra que en la antigüedad era, como sabemos, una de las causas mas poderosas que alimentaban la esclavitud, debió darles á su vez su contingente de esclavos, y lo que es peor, de esclavos de su propia raza. Sin embargo, si atendedemos al ódio instintivo que los hombres de este pais tuvieron á tan oprobioso y tristísimo estado, si recordamos, que segun Strabon, nuestros progenitores llevaban siempre consigo el veneno que debia poner término, cuando lo deseasen, á sus penas y padecimientos, debe presumirse que si ellos podian aprovecharse de las ventajas de la esclavitud, no estaban muy dispuestos á soportarla. No recordamos que la historia de Galicia haga, antes del período romano, mencion de un esclavo: solo en la de España se habla de aquel que vengó con la muerte de Hasdrubal, la que este cartaginés habia dado á su amo Tago; mas ¿quién ha dicho que aquel hombre valeroso era un esclavo y no un *adipto*, uno de aquellos seres que solo se conocieron en España, los cuales, unidos por los lazos de la afeccion á un gefe digno de tan gran sacrificio, no sobrevivian á su pérdida, sino para vengarla? Por lo demas, y segun lo que se desprende de los datos históricos que poseemos acerca del pueblo gallego antes de la conquista romana, no se puede admitir sin reserva la idea de que conociese la esclavitud, sobre todo con la horrible dureza y en la grande escala que desde el tiempo de Augusto en adelante. Se encuentra mas fácil que hubiese hombres dedicados á los trabajos serviles, viviendo por lo mismo en una condicion muy parecida á la de la

servidumbre, aunque no debe echarse en olvido que el carácter distintivo de las tribus que poblaban entonces estas comarcas era el de la rapiña. Es este un dato curioso y que sirve de mucho para dilucidar tan difícil cuestion, pues es evidente que por mas que habitasen fértiles comarcas, les parecia mejor ir á la Bética á buscar con la punta de la espada lo que sus vecinos mas débiles no osaban disputarles. Viriatho, fiel al espíritu de su pueblo, hallaba que las riquezas de su suegro estaban á disposicion del que tuviese una lanza. Esta vida aventurera solo cuadra á gentes que no dejan tras de sí grandes riquezas encomendadas al seno de la tierra: asi se vé á los lusitanos durante la guerra de Roma, perder en las luchas que sustentaban, por querer conservar el botin que consigo traian, en especial el ganado, que en mas de una ocasion fué causa de sus mayores desastres.

No es esta ciertamente la única razon que tenemos para creer que antes de la dominacion romana no se conoció la verdadera esclavitud en Galicia. Otra hay mas convincente y que parece decidir la cuestion; esto es, que los trabajos rurales, que en todos los paises que tenian esclavos estaban encomendados á estos últimos, corrian en la antigua Galicia á cargo de las mujeres. Ellas eran las que labraban la tierra, ellas tambien las que, como refiere Posidonio, lavaban en cestas de mimbres las arenas estanníferas del pais de los ártabros. Plinio dice, que á los conventos jurídicos de Braga y Lugo, acudian en demanda de justicia 347,000 hombres libres, y no cabe duda, dadas las costumbres

romanas, que debe entenderse por hombre libre el cabeza de familia (1). Siendo esto asi ¿qué poblacion numerosa no encerraba Galicia? ¿habría todavia sitio para los esclavos? Asi se comprende que P. Mela asegurase que España era fecunda en hombres.

Desde luego puede asegurarse que entre nuestros antepasados entró la verdadera esclavitud con la dominacion romana; al menos cuenta la historia que subyugadas por Augusto, las belicosas tribus que vivian á lo largo de la cordillera cantábrica, vendió el César por esclavos y en pública almoneda, gran parte de aquellos infortunados españoles, y aun cuando calla, en donde y á quienes fueron vendidos, puede creerse que fué en España; señal de que en las provincias sujetas al yugo de Roma, ya no era ni extraña ni aborrecible la esclavitud. ¡Qué diferencia entre lo que pasó en esta ocasion, y lo que hizo Galba! Los lusitanos que hizo prisioneros en aquella jornada célebre por la infamia con que cubrió el nombre del avaro pretor, tuvo que venderlos en las Gallias, tal vez porque en España no era fácil su venta y eso que en la Bética, no debia ser extraña la poblacion romana ni á sus convecinos de raza semita, la

(1) Suele suponerse, para los cálculos de poblacion, que cada familia se compone de cinco individuos, y aunque respecto de Galicia bien puede decirse que esta cifra no es por cierto muy exajerada, resulta que, calculando que cada uno de los hombres libres de los dos conventos, lucense y bracarense, era cabeza de familia, nos hallanos con que nuestro pais tenia en tiempo de Plinio una poblacion de cerca de dos millones de habitantes, igual casi á la que hoy sustenta. Es cierto que entra en la cuenta todo el pais portugués, situado entre Duero y Miño, pero tambien lo es que la estadística no se habrá llevado á cabo con una rigurosa exactitud, y que no van comprendidos, los habitantes de aquellos pueblos, que á pesar de estar dentro de los límites de la actual Galicia, correspondian al convento asturicense.

posesion de esclavos. Por su parte Augusto debió vender sus prisioneros en España y venderlos á los soldados que dejando á un lado la lanza y tomando el arado, se preparaban á cambiar la vida militar por la civil, Roma por la colonia en que su brazo habia ganado el pedazo de tierra que se les repartia. Además, por L. Floro sabemos que, inmediatamente despues de la paz, las minas gallegas y asturicenses fueron explotadas, y que *los naturales buscaron para los romanos* las riquezas que hasta entonces no habian sabido aprovechar para sí. Y hé aquí una, por cierto, bien curiosa indicacion, que parece hecha á propósito, para que podamos suponer que con la dominacion romana entró la esclavitud, y que toda aquella falanje de desgraciados mineros, cuya penosa y miserable vida nos cuenta Diodoro, pertenecian á la multitud guerrera que, amando la independencia de la pátria, habian querido defenderla á costa de su vida! Resulta pues, que, caso de que Galicia hubiese conocido antes de Augusto la esclavitud, cosa que no cabe negar ni afirmar, no pudo haberla conocido, ni con la extension, ni con la dureza que distinguió al período romano, puesto que, si la tuvo, debió ser la real, no la personal (1). La muchedumbre que no per-

(1) «Hay dos suertes de esclavitud: la real y la personal. La primera es la que adhiere el esclavo á la tierra, asi era como estaban los esclavos entre los germanos. Segun Tácito no tenian que hacer servicio alguno en la casa, daban á sus dueños una cierta cantidad de cereales, de ganado y de tejidos. Esta especie de servidumbre se conoce todavia en Hungria, en Bohemia y en muchos lugares de la baja Alemania. Los pueblos sencillos no tienen mas que una esclavitud real, porque sus mugeres y sus hijos tienen sobre sí los trabajos interiores de la casa. Los pueblos voluptuosos tienen una esclavitud personal porque el hijo pide el servicio de los esclavos en la casa.» (Montesquieu, *Esprit des lois*, lib. XV, cap. X).

tenecia ni á la casta sacerdotal, ni á la noble, debia hallarse en una posicion muy semejante á la de los adscriptos de la gleba. Así pasaba en el fondo de los bosques germánicos en donde, segun Tácito, el dueño no se diferenciaba por su educacion del esclavo; así pasó en medio de las tribus gallas, que en tiempo de Ciceron tenian, lo mismo que los gallegos, por vergonzoso el trabajo de la tierra; así debió pasar en Galicia, en donde la multitud, la plebe, viviria en aquella servidumbre que César señaló en la Gallia, sobrado parecida á la de los tiempos medios, puesto que no tenia entrada en las asambleas, pero si en el ejército, á donde iba á defender con su valor la libertad de la pátria y la posesion del suelo que cultivaba como dueño. Nosotros no comprendemos otra esclavitud, dadas las condiciones y las costumbres de aquel pueblo: no necesitaba mas. Es cierto que así hacemos salir de su seno la raza servil, contra la opinion de los que creen que formaban su núcleo los fineses,—ese pueblo amarillo, inferior bajo todos conceptos al ibero y al celta, y al cual, segun Gobineau, debimos no solo los sacrificios humanos (1) sino tambien aquel instinto adivinatorio de que habló Silio, y que á ser cierta la teoría que aquel escritor sustenta, acusaria una mezcla harto pronunciada, del elemento fínico,—pero nosotros creemos mas lógico, tratándose de pueblos como el celta, atribuirles á sí mismos, como primitivos, las cosas primitivas.

(1) Strabon cuenta, que en sus sacrificios á Marte, los lusitanos y demás montañeses inmolaban el macho cabrio, *los prisioneros de guerra* y los caballos. Antes habia dicho que cortaban las manos derechas á sus cautivos y las ofrecian á los dioses.

Los escasísimos datos que nos han dejado los romanos acerca de la organizacion de los pueblos españoles, no arrojan por cierto gran luz sobre el estado político de los pueblos gallegos antes de su dominacion. Tampoco nos las dan respecto del régimen que ellos establecieron. Sabemos, sí, que Augusto siguió en Galicia la misma hábil política que en los demas paises sujetos al poder de Roma, que se trató con empeño de que desapareciesen aquellas ciudades que, por populosas, por ricas, por su importancia y por el influjo que ejercian sobre las demas, y hasta por sus recuerdos gloriosos en las guerras contra sus dominadores, podian avivar en adelante el mal apagado fuego del patriotismo, ser eternas irreconciliables enemigas de Roma, y dando el ejemplo, renovar la heroicidad de Numancia y agitar la poblacion de los campos, pronta á sacudir el yugo que aborrecia. Las ciudades marítimas, y por lo mismo semitas fueron tambien castigadas, y Augusto estableció para el nuevo pueblo que trataba de formar, centros nuevos, poblaciones casi-romanas. Las tres capitales de los tres conventos jurídicos, dentro de cuyos límites caia la Galicia de hoy, fueron fundacion suya, colonias latinas que llevaban en el sobrenombre la prueba incontestable de su orígen (1). Braga, como

(1) Augusto siguió en España la misma conducta que en las Gallias y fundó ó aumentó con colonos militares varias ciudades, en los paises recientemente conquistados. La fundacion ó aumento de estas ciudades destinadas á ser capitales de los conventos jurídicos que creaba, obedecia á un pensamiento altamente político, puesto que todas ellas, llevando por sobrenombre, el del César, que las daba vida, se hallan situadas en los paises que mas dieron que hacer á los romanos. De ello es una prueba, el hecho elocuente de que las

Lugo y Astorga, nacen el mismo dia en que empieza la servidumbre de la pátria. Augusto obliga á los gallegos á abandonar las ciudades situadas en la montaña y destruye, llevando toda la vida al interior del pais, aquellas otras que orillas del mar eran gloria y orgullo de nuestros antepasados. Cincuenta años mas tarde, ni Mela, ni Plinio, recordaran á Cinania, Erisana quedará olvidada, apenas hablarán de Lambrica, y la Coruña, visitada por César, verá borrado su nombre y confundida entre los demas puertos, naturalmente sin su importancia, que bordaban las orillas siempre hermosas del golfo de los ártabros.

No sabemos si los gallegos recibieron ó no el *jus latii* como los celtiberos á quienes Strabon pone ya entre los *togati*, es decir, entre los que habian aceptado las costumbres y la vida romana: presumimos que si y que lo recibieron inmediatamente despues de su sumision, asi como tambien que por haber sido el último pais que en España entró á formar parte del imperio romano, no se conocieron entre nosotros las ciudades federadas, ni las libres é inmunes. Húbolas sí, coloniales, y hubo asimismo municipios (1) como el celenen-

tres provincias en que dividió la España, tenian por capitales de los conventos indicados en cada una, las siguientes poblaciones: La BÉTICA, Gades, Córduba, Hispalis, Astigi. La LUSITANIA, *Emerita Augusta*, *Pax Iulia* y Scalabis. La TARRACONENSE, Carthago nova, Tarraco, *Cœsar Augusta*, Clunia, *Asturica Augusta*, *Lucus Augusti* y *Bracara Augusta*.

(1) Los municipios comprendian dentro de sus límites, territorios algo mas extensos que lo que puede uno figurarse por los que hoy conocemos. Despues de las colonias, la condicion de los municipios era la principal entre los provinciales, pues tenian el derecho de la ciudadanía romana y se gobernaban por sus propias leyes, aun yendo á Roma. Sus habitantes, tenian las prerogativas de un verdadero ciudadano romano, escepto que no podia votar en los

se, mencionado en las actas del concilio de Toledo, el de Lais que recuerda Idatio, y el Iriense, de cuyo Senado nos quedó memoria en una lápida inédita todavia. Algunos quieren que los cybarcos formaran una república independiente, fundándose en que Plinio la llama tal república; mas de su independencia poco debemos fiar, cuando se la vé mencionada entre los pueblos del convento lucense, y por lo mismo bajo el poder de Roma.

Es un hecho que los romanos conservaron, donde quiera que establecieron su dominio, las antiguas costumbres, y que, como si fuesen pequeños estados dentro de uno grande, admitian la diversidad inmensa de condiciones que se advierte durante su período, lo mismo entre los pueblos que los individuos, diversidad que pasó á través de la época bárbara, se prolongó y aumentó durante la Edad-media, y llegó en cierto punto hasta nuestros dias. Fuese esto resultado de una hábil política, como pretenden algunos, para tener asi á las naciones subyugadas, sin ese lazo estrecho del comun interés y necesidad, sea al contrario, como creemos, que Roma no sintió tan profundamente como fuera de desear el ideal político, con respecto á los pueblos que domi-

comicios, ni aspirar á las cargas públicas. En cambio les era permitido nombrar sus magistrados. Los municipios provinciales pertenecian tal vez á la primer especie de municipios que distinguió Niebuhr, *Histoire romaine*, tomo III, pág. 79 y sig.—entre los romanos, ó mejor aun á la tercera. Lo que parece cierto es que las ciudades municipales,—y ya sabemos que significado daban los latinos á la palabra *civitas*, diversa de *urbs*, que es la que responde á la ciudad moderna—llevaban este nombre, porque tanto ellas como las demás poblaciones que estaban bajo su dependencia, gozaban de su derecho, de sus propias leyes.

naba, es lo cierto que esas diferencias existian entre unas y otras ciudades y muchas veces dentro de ellas mismas. Venia esto del diverso orígen que la mayor parte traia á la colectividad, y de la idea que del derecho tenian los latinos. Los que gozaban de un privilegio por ilusorio que fuese, lo tenian como inherente á su personalidad, y querian llevarlo consigo á donde quiera que fuesen. La única igualdad que conocieron los provinciales fué la del fisco, y la del absoluto gobierno del cónsul: el tributo igualaba á todos (1), las tiranias del gobernador pesaban lo mismo sobre el indígena que sobre el hijo del colono romano. Nadie se libraba, las colonias pagaban su impuesto, y si el súbdito recordaba á sus dueños que era ciudadano romano, y como Gavio exclamaba: *Sum civis romanus*, podia sucederle que el pretor le crucificase en la playa y mirando á Italia, respondiese á tan memorables palabras con aquellas otras tan crueles como irrisorias,—¡contempla desde ahí la Italia, mira la pátria, mira las leyes y la libertad! (2).

No ha faltado en estos tiempos quien animado de un estraño espíritu paradojal, asegurase «que es moda declamar contra la horrible presion, ejercida, dicen, por

(1) Sabiendo que las ciudades *inmunes*, ó libres de impuestos, estaban obligadas, cuando el estado pedia doble diezmo á las provincias, á pagarlo tambien, y que el ciudadano romano que tenia bienes en las provincias, no se libraba de pagar el primero de dichas contribuciones, se comprende la verdad con que dijo Ciceron que las provincias eran las haciendas del pueblo romano, *quasi prædia populi roman.*

(2) Recuerda este hecho V. Duruy, en su libro *Etat du monde romaine vers le temps de la fondation de l' empire*, pág. 214.

el imperio romano sobre los pueblos que de él dependian bajo el nombre de provincias» (1); mas las razones que aduce para ver en las Gallias bajo el poder romano, el simulacro de un gobierno representativo, deben de pesar bien poco en el ánimo de todo aquel que estudie dicho período á la luz de los hechos. Otro tanto valdria, querer presentarnos los tiempos medios como una época de grandes libertades, porque algunas ciudades gozaban de privilegios, hoy mismo dignos de envidia. Mas no es esto asi: la igualdad en los derechos como en los deberes, constituye en las naciones que no han dado al olvido los títulos inherentes á la personalidad humana, la verdadera justicia. En buen hora que las ciudades provinciales continuasen gobernándose sin la intervencion directa del poder central, en buen hora que asambleas mas ó menos numerosas é importantes decidiesen á veces de los negocios interiores del pais, que no por eso dejaban de ser súbditos de Roma, y lo que es peor, de tener sobre las decisiones de sus senados y asambleas, la voluntad omnímoda del gobernador, investido por la metrópoli de todos los poderes y de una autoridad absoluta sobre las personas y sus bienes. ¿Qué les quedaba, pues, á los provinciales? A los pueblos dominadores nunca tienen que agradecerles los oprimidos las pocas libertades que les toleran, pues lo hacen porque no saben ó no creen prudente quitarlas todas, ó porque quieren dejarles una vana sombra de

(1) Vid. Aug. Bertrand, *Le Temple d' Auguste et la nationalité galloisse*. Paris 1864, y en especial su articulo titulado, *La Gaule, gouvernement représéntatif sous le romaines*, inserto en el tomo IX de la *Revue Archeologique*, pág. I.

una mas vana autonomía, ó porque las tienen por de tan escasa importancia, que no vacila por eso su poder. Esto fué casualmente lo que pasó con Roma y las provincias. Por lo demás, las asambleas de las Gallias debian parecerse mucho á las que César reunió en Córdoba y en la Lusitania, y por lo mismo sabemos para lo que eran y lo que significaban.

Debemos confesar, sin embargo, que lo que aparece como un rasgo constante de la política romana, es la habilidad con que trató siempre en los pueblos conquistados de dejarles las antiguas leyes y la organizacion amada de los indígenas, á condicion de que admitiesen algunas modificaciones—en lo mas esencial casi siempre—y que dichas leyes fuesen sancionadas por el gobernador. No de otra manera admitia en su Olimpo los dioses gallos y españoles, á trueque de que estos pueblos dejasen levantar á su lado altares á Júpiter Optimo Máximo. No de otra manera les dejaba la mayor parte de sus tierras, reservándose el derecho de apropiarse desde luego la tercera parte para los colonos romanos: que sobre todas las libertades, todos los senados, todas las asambleas, toda grande independencia municipal que parecia dejarles, flotaba como una sombra amenazadora el espíritu romano. Podia la *fórmula* ser muy grata al alma y á la tradicion de los provinciales; no por eso dejaba de estar sobre ella la voluntad del gobernador. Roma mandaba, no administraba: he ahí el secreto de sus complacencias. Enviadle vuestros trigos, vuestro vino, vuestros aceites, vuestros perfumes, vuestras lascivas gaditanas, vuestros hijos

para el circo, y sobre todo aquellos soldados animados del valor que faltaba ya al hijo del Lacio, y él os dejará en cambio que voteis estátuas, que levanteis en comun los puentes y hagais las calzadas, que hoy escribais en vuestras lápidas el nombre de un César y mañana lo borreis, si asi os lo permiten: cuidad únicamente de no acordaros de que sois hombres y que tuvisteis pátria, porque Roma, como Tiberio, ama la paz en sus estados.

No es posible desconocer que la dominacion romana produjo tambien grandes bienes; mas como se adquirian á subido precio, no hay corazon generoso que no haga gracia de ellos bien pronto. No falta quien lleno de una ciega admiracion por aquella que puede llamarse la mas grande legislacion de la antigüedad, asegure que los tiempos del imperio fueron los de una perfecta equidad y justicia,—sin comprender que no basta que la ley se escriba, sino que es necesario que se cumpla;—pero es lo cierto, que á pesar de esas tan justas y sensatas leyes, la tirania que sufrieron entonces los provinciales fué sin límites, puesto que los mismos derechos que Roma les habia concedido, estaban siempre bajo aquella eterna amenaza, de que tales privilegios no tendrian fuerza, sino en tanto que asi agradase al pueblo romano (1). Ademas las provincias lograron tales derechos, en los dias de la

(1) Recordando Appiano el tratado concluido entre Graco y los celtiberos, añade: «mas cuando el Senado concede privilegios á algun pueblo, pone siempre la condicion de que solo tendrán fuerza mientras le plazca al pueblo romano.»

decadencia y cuando ya no les servian. Inútil era que Vespasiano diese á los españoles el *jus latii* (1) y que Caracalla hiciese ciudadanos romanos á los hombres libres; ni aquel derecho significaba ya gran cosa, ni era codiciada la tal ciudadania. Sobre todo ello estaba la terrible igualdad de los impuestos y las tiranias del censo que con tan duras palabras describió Salviano.

Roma reasumia y contenia en sí misma, la civilizacion antigua que tocaba á su fin, en medio de interminables y tristes angustias. Para mayor desgracia, no comprendió su mision, y lo único que pudiera salvarla, los tiempos, le fueron adversos. Como si Dios quisiera castigar aquella nueva Babel, envió sobre ella todas las doctrinas y todas las aspiraciones; lo que pertenecia al pasado y lo que aspiraba al porvenir. El adorador de Isis ocultaba en la sombra sus infames misterios: no bastaba cerrar sus templos y arrojar de Roma á los semitas, asquerosos propagadores de su culto, Roma era, hacia mucho tiempo, una vasta mancebia, y y si no corria por las venas de sus hijos sangre semita, se estendia al menos aquel fuego lascivo que á tan inmundas torpezas, condujo á los hombres de la raza á la cual eran gratas. La confusion empezó por las inteligencias, y Roma vió entrar con los dioses de los demas pueblos, los sistemas filosóficos que se dividian el mundo. El cristianismo coronó esta obra de destruccion, puesto que, como doctrina vivaz y austera, que se sentia llena del porvenir que le esperaba,

(1) El *jus italicum*, daba á las provincias uno de los atributos esenciales del suelo itálico, la exencion del impuesto territorial.

encerraba en sí misma el ideal á que el mundo antiguo aspiraba, y que la Roma de entonces no supo ofrecerle; que esta ciudad orgullosa no alcanzó á mas que á derrochar como el hijo pródigo la fortuna de sus padres y hacer comun á todos los pueblos la miseria y la desolacion, que fué su castigo! Sibaris y Rhodas, Mileto y Tarento, coronadas de rosas y sumidas en la embriaguez, se han establecido dentro de tus muros, le dijo Juvenal, tenia pues, que perecer como aquellas ciudades prostituidas.

La historia no puede ser testigo de una tan profunda como merecida decadencia, sin sentir en sí misma algo de la vergüenza de tan gran caida, puesto que el resultado de semejantes faltas no fué por desgracia, la ruina de Roma únicamente, sino tambien la del mundo antiguo. Los bárbaros que sumieron la Europa en las inmensas tinieblas de los tiempos medios, no le hicieron por cierto tanto daño, como aquella que se llamaba cabeza del orbe. La humanidad fué la que todo lo perdió en la completa noche que siguió á la caida de Roma: esta ciudad que tanto habia insultado y escarnecido con sus excesos la dignidad humana, dejó perecer entre el rumor de sus festines, la antigua cultura. Para ella la virtud era un vano ruido del pais de los sueños, como decia el poeta griego; por eso no contaba en los dias del imperio, ni Gracos, ni Syllas. Los Césares no caian á los golpes de Bruto, sino á los de una soldadesca desenfrenada, y á los de una plebe en la que en vano se buscaria un rasgo que recordase el antiguo romano. Era aquella ciudad como una vieja impúdica en quien

solo la impotencia superaba á sus liviandades. No busqueis en ella nada de cuanto levanta el espíritu del hombre y le dispone para el bien; con los antiguos nombres no se conservaban las antiguas virtudes, ni la varonil entereza de los pueblos que no han caido en tan hondas torpezas. ¡Ah! confesemos que cuando la historia está unánime en acusarla, señal de que habia cometido grandes faltas. Desgraciadamente, Roma habia tomado el mundo por cómplice, y este fué castigado al mismo tiempo que ella.

III.

Galicia bajo la dominacion romana.

Fué tan grande, tan directa y de tal modo aceptada por los pueblos españoles la influencia romana, que los mismos autores latinos confesaban, que ninguna otra provincia del imperio se parecia mas á Italia que la Iberia. Dió la señal la Bética, cuya sangre harto semitizada animaba seres apacibles, para quienes la dulzura de la vida era el bien supremo. La historia nos dice, que costó bien poco trabajo á sus hijos, hablar la lengua de Ciceron y pulsar la lira de Virgilio. Si el primer extranjero que obtuvo el consulado de Roma fué un español, célebre por sus victorias sobre los garamantas, si el primer poeta y el primer emperador extranjeros son españoles tambien, recordemos que el suelo de la Bética los habia producido, y comprenderemos asi, lo pronto que esta provincia aceptó la vida y

cultura latina. Los celtiberos les siguieron bien pronto en el amor á Roma y á todas sus cosas; solo los ásperos montañeses lusitanos, callaicos, astures y cántabros, que no habian depuesto su odio tradicional al nombre romano, y que sentian en su alma algo del varonil aliento de sus antepasados, eran los que inspiraban algun recelo á la metrópoli, á pesar de que bien pronto se rindieron á la fatalidad de su destino: que si es cierto que las inscripciones hispano-latinas que conservan mas puros los nombres indígenas, son las de Galicia, no lo es menos, que las costumbres romanas fueron admitidas bien pronto por nuestros antepasados. Tal obliga á creer aquella curiosa tessera, que recordaba el tratado de hospitalidad celebrado entre varias familias de Zoela, el año 27 de J. C. (1).

(1) Esta *tessera*, es citada á cada momento, por cuantos escriben acerca del derecho de hospitalidad y clientela en Roma. Masdeu la publica en el tomo VI de su *España Crítica*, pág. 298, en donde puede verse. Segun dicho autor, el patriarca de Jerusalen Camilo Massimi, llevó de España á Roma, la lámina de bronce en que estaba abierta la inscripcion. El primer tratado se firmó á 29 de Abril del año 27 de J. C., siendo cónsules en Roma, Marco Licinio Crasso y Lucio Calpurnio Pison. Por él consta que «la familia Desonca de la ciudad de Zoela y la familia Tridiava, de la misma ciudad, renovaron el antiguo tratado que tenian de hospitalidad, é incluyeron en él á Alisalio, prometiéndole su amistad y la de sus hijos y descendientes Firmaron los hermanos Arausabios, hijos de Ceno; Turayo, hijo de Clouto; Docio, hijo de Fleso; Magilon, hijo de Clouto; Bodecio, hijo de Burrayo; y Elcso hijo de Clutamo.—Abieno, hijo de Pentilo, magistrado de Zoela, autorizó el tratado en Curunda.» El segundo tratado, se hizo el 11 de Julio del año 152 de J. C., siendo cónsules en Roma, Sexto Acilio Glabrion, y Cayo Valerio Omullo. Dice así: «Las familias Desonca y Triadava, con las mismas leyes de union y de amistad que arriba se han dicho, recibieron por amigos á Sempronio Perpetuo Orniaco, de la familia Avolgica; Antonio Arquio, de la familia Visaliga; y á Flavio Fronton, de la familia Gabruagéniga, los tres naturales de Zoela. Firmaron Lucio Domicio Silon y Tito Flavio Severo en Astorga.»

Augusto, que conocia por experiencia la mala voluntad de estos pueblos, llevó á cabo la division política que queda indicada, y dejó á su sucesor Tiberio el encargo de terminar, con el envio de las legiones, la sumision de un pais, que sin duda alguna inspiraba todavia al César las mas vivas inquietudes. En efecto, ni las nuevas colonias habian alcanzado el desarrollo que lograron despues, ni los bravos montañeses dejaban de mirar con ojos inquietos las mudanzas que se operaban en sus leyes y costumbres. Sobrado recientes los males que inevitablemente produjo un cambio tan radical en las cosas del pais, no era posible que nuestros antepasados, ya que no pensasen en sustraerse á la dominacion romana, fuesen al contrario á amarla y á entregarse confiadamente á sus halagos. No estaba esto ni en sus hábitos, ni en la fuerza de las cosas. Pasó si, que aunque los colonos latinos no vinieron aqui en la abundancia que á la Bética, un verdadero enjambre de especuladores cayó sobre Galicia, trayendo á ella la febril actividad de los primeros dias del imperio. En tanto, entregados los naturales á sus no interrumpidas ocupaciones, tornáronse en agentes in-

Este tratado de hospitalidad, *vetusto* ya como dice la inscripcion en el año 27 de J. C. en que se renovó, podia probar tambien qne esta costumbre era antigua entre los gallegos y no que la hubiesen tomado de los romanos inmediatamente despues de su sumision al imperio. De todos modos consta por la *tessera* á que nos referimos, que si los tratados de hospitalidad eran conocidos en Galicia antes de Augusto, el que renovaron las familias Desonca y Triadava, se revistió de todas las formalidades que marcaba la ley romana. Fué escrito en latin y grabado en bronce, como se usaba en tales casos, revelando desde luego una pronta y notable influencia de las costumbres romanas sobre las de nuestros celtas, cuyos nombres tan perfectamente se conservan en el primer tratado.

termediarios que facilitaban aquel estenso y animado comercio que acusan las muchas vias que conoció entonces Galicia, iguales solamente, por su número (1), á las que cruzaron el suelo siempre amado de la Bética. Los romanos, que se arrojaron sobre este pais, como sobre el resto de España, para esplotarle, comprendieron bien pronto las riquezas que atesoraba, de tal modo que en lugares en que no se recuerda hubiesen existido grandes poblaciones, orillas de mares apacibles, se descubren á veces restos de antiguas construcciones, que por su riqueza y su lujo se echa de ver que pertenecieron á comerciantes romanos enriquecidos, que amaban, mas que el tumulto de la metrópoli, la augusta soledad de la hermosa naturaleza que les rodeaba. Ellos tenian en sus manos el comercio y los cargos públicos del pais: las lápidas nos lo dicen bien claro. Los nombres verdaderamente indíge-

(1) «Roma como potencia continental y que presumia de eterna, puede decirse que resolvió en España cuantos problemas de explotacion y dominio son imaginables. Cubrióla de una red caminera, *mas densa en Andalucia y Galicia por ser mas ricas*, menos apretada en Cataluña y Valencia por la comunicacion del mar; con anchas mallas en el no fértil centro de la Península; y en Portugal con los nudos unicamente precisos para conservar el imperio. Construida hace veinte siglos, coincide casi siempre con las arterias abiertas hoy para la comunicacion y el tráfico.» Fernandez Guerra, en su contestacion al *Discurso de recepcion* en la Academia de la Historia del Sr. D. Eduardo Saavedra.

La verdad que encierra esta tan atinada observacion, es palpable tratándose de Galicia. Comprendemos porque los romanos acertaron tan perfectamente en cosa que parece no debia interesarles mucho, y fué porque procedieron en ello, como quien dice *in ánima vili*. Sin embargo, no se puede desconocer que si bien no olvidaron jamás, sus propósitos de conservar por la fuerza, lo que por la fuerza habian adquirido, en cambio, atendieron siempre que les fué posible al público interés y cuanto tocaba á la prosperidad de unos paises que miraban como cosa suya .

nas solo se ven en el pedestal sobre el cual se levantaba la estátua del guerrero galláico ó asturicense: los pocos gallegos que lograron grandes puestos en la milicia y la política, eran romanos ó hijos de romanos. L. P. Reburro pertenecia á la tribu Quirina, Q. Poncio Severo á la Pomptina (1). Los Adronos, hijos de los Veroti, y los Cludamenis y Andergis, eran los verdaderos gallegos y no tenian cargo alguno con que honrarse. Los mismos nombres griegos que se leen en algunas lápidas sepulcrales, eran de romanos que seguian en las provincias una moda en uso orillas del Tiber. Nuestros montañeses fieles á sus costumbres, se enterraban en los antiguos túmulos, en donde apenas se encuentra una lápida, ni aun en los de época conocidamente romana.

No es necesario recordar aquí el interés que tuvo Augusto, al hacer la division de provincias, en dar al Senado y pueblo romano el gobierno de las mas tranquilas, mientras él se reservaba el de aquellas otras cuya reciente sumision ó indómito valor hacia necesaria en ellas, la presencia de sus legiones. Bastará con que se haga notar que por la adjudicacion que hizo de las tres provincias de España, se viene en conocimiento de cuales eran aquellas á las que se temia y cuales las que habian ya inclinado el cuello al yugo de los vencedores; quienes aceptaban el hecho de la dominacion y quienes aparecian, tal vez con su actitud belicosa, un peligro ó una amenaza para Roma. La Betíca fué la única provincia española que Augusto concedió al pueblo; las otras dos, esto es, la Lusitania y la Tarraconense en la cual aca-

(1) Vid. *Ilustraciones*.

baba de ser comprendida Galicia, quedaron bajo la vigilancia y gobierno del Cesar. Un Consul fué enviado á esta última provincia, probando así, no solo la importancia de tan vasto territorio, sino tambien el temor que abrigaban de que los mal domados montañeses levantasen de nuevo el grito de rebelion. Para acudir al instante á sofocar cualquier movimiento que estallase, el Cesar dispuso que el Consul, cuya residencia habitual era Tarragona, tuviese á sus órdenes tres legiones y tres legados: uno de ellos con dos legiones «guardaba y observaba, dice Strabon, toda aquella comarca situada del otro lado del Duero, en direccion del N. es decir, la *Lusitania de los antiguos, llamada hoy dia la Gallecia* y con ella, las montañas que la cercan al N. y que habitan los astures y los cántabros» (1). Escasa importancia supieron dar los

(1) Hé aquí el texto de Strabon: «Esto es lo que acaba de suceder; en virtud del reparto de las provincias entre el pueblo y el senado de una parte y el príncipe de la otra, la Bética ha sido adjudicada al pueblo, y se envia para administrar la nueva provincia, cuyo límite oriental está cerca de Castlon, un pretor asistido de un questor y un legado. El resto de la Iberia pertenece al príncipe que envia para representarle dos legados, el uno pretoriano y el otro consular: el pretoriano asistido asimismo de un legado, está encargado de hacer justicia á los lusitanos, es decir, á las poblaciones comprendidas entre la frontera de la Bética y el curso del Duero hasta su embocadura, pues toda esta parte de la Iberia ha recibido el nombre especial de Lusitania. Todo lo que está despues de esta provincia (y es la parte mas extensa de la Iberia) está bajo el gobierno de un legado consular, que dispone de fuerzas considerables, puesto que tiene bajo sus órdenes tres legiones y casi tres legados Uno de ellos á la cabeza de dos legiones guarda y observa, toda la region situada mas allá del Duero en direccion del N., es decir, la Lusitania de los antiguos, llamada hoy dia Galicia, y con esta comarca, las montañas que la cercan al N. y que habitan los astures y los cántabros. El territorio de los astures es atravesado por el rio Melsus, un poco mas allá está la ciudad de Nœga, despues y cerca de Nœga, se encuentra un æstuario formado por el Occéano que marca la division entre los dos pueblos. Toda la continuacion de la cadena hasta el monte Pirineo, está bajo la

escritores nacionales á esta noticia, y sin embargo, bien pocas nos han conservado los antiguos que mas diga á los ojos del verdadero historiador; porque en efecto ¿qué cosa indicará mejor los lugares en donde la guerra llamada cantábríca, se mostró mas encarnizada y cuales eran los pueblos á los que se temia mas, que la distribucion de las legiones romanas? Habiéndose querido privar á Galicia de la gloria de haber tomado parte en dicha guerra, ¿no dirá algo á los que tal pretenden, el hecho de que el pais gallego, mejor dicho los conventos asturicense, lucense y bracarense, fuesen los mas vigilados y por lo mismo los mas temidos? ¿Qué importancia daban los conquistadores á los pueblos riberiegos del Ebro dejándolos al cargo de un legado sin tropa alguna (1),

guardia especial del segundo legado y de la otra legion.» *Strabon*, Trad. francesa de Tardieu, tomo I, pág. 273 y 74.

A propósito traducimos este pasage, porque no todos lo hacen de una misma manera, introduciendo por lo mismo no pequeña confusion en su estudio. Por decontado hay quien traduce cohorte, en vez de legion, sin acordarse que mal se aviene con lo de que, el cónsul disponia de numerosas fuerzas; quien suprime el párrafo siguiente, «y con esta comarca (Galicia) las montañas que le cercan al N. y que habitan los astures y cántabros,» y por último quien dice: «el segundo con una cohorte gobernaba los contornos de los Pirineos,» cuando segun la traduccion de Tardieu, Strabon indica por cierto una cosa bien distinta. Como se ve las diferencias son harto sensibles, para que dejemos de notarlas, pudiendo desde luego, asegurar, que en favor de la traduccion francesa de que nos servimos, está el que fué hecha directamente del griego, teniendo á la vista las mejores ediciones de Strabon, y el de que restituido asi el texto, está completamente conforme con las indicaciones de la Historia. En efecto, dos legiones guardaban Galicia y parte montañosa del convento asturicense, la tercera vigilaba la cordillera cantábrica, y de esta manera el cónsul tenia sujetos á los pueblos que habian tomado parte en la última guerra.

(1) El pasage de Strabon que hemos trascrito en la nota anterior, es ciertamente de una importancia notable, importancia que aumenta á medida que se leen los párrafos que le siguen. Por ellos se vé, que los romanos nada tenian que temer en España, escepto á los montañeses que vivian á lo largo

una vez que aquellos celtiberos habian aceptado voluntarios con la toga la dominacion romana? Y no se diga que los invasores obedecian en ello á un sentimiento de justa prevision, no; los lusitanos del tiempo de Augusto habian dado, en compañia de los que despues se denominaron gallegos, sobrados dias de luto á Roma, y sin embargo, no dice Strabon, que el pretor que la gobernaba tuviese á sus órdenes soldado alguno. Estos estaban en aquellos lugares, donde la última y terrible guerra habia hecho ver á Roma nuevos y encarnizados enemigos. Tal vez, al comprender todos estos pueblos, antes lusitanos, bajo la demarcacion tarraconense, no obedeció á otra cosa Augusto, que á la necesidad de poner en la mano de un hombre de su confianza, las riendas del gobierno de los pueblos que mas recelo le inspiraban, y las legiones necesarias para vigilarlos y contenerlos. Los soldados romanos vivaqueaban en las

de la cordillera cantábrica, desde el Ebro á los confines de Galicia. Véase pues con cuanta razon la hemos circunscrito á estos lugares cuando tratamos de tan interesante como gloriosa guerra, y como no estuvimos fuera de propósito, asegurando con Orosio que los gallegos habian tomado parte activa en ella. Sino fuera esto asi ¿se necesitarian acaso dos de las tres legiones que guarnecian la tarraconense, para tener á raya á estos pueblos? No ciertamente, pues de lo contrario tienen que confesar los que limitan la guerra á un reducido pueblo cantábrico, que Galicia pacífica, inspiraba á Roma mas recelo, que la apenas apaciguada Cantábria. He aquí la continuacion del pasage á que nos referimos, pues de su lectura se desprenden muchas mas reflexiones favorables á Galicia, de las que nosotros pudiéramos hacer. «En cuanto al tercer legado, prosigue el príncipe de los geógrafos, vigila el interior del pais y contiene con su sola presencia, los *togados*, como quien dice las poblaciones *pacificadas* las cuales parecen en efecto haber tomado con la toga romana, la dulzura de costumbres y hasta el carácter y el génio de los italianos. Estas poblaciones son las de la Celtiberia y las de las dos riberas del Ebro hasta el litoral.»

comarcas situadas del Duero para acá, Galicia en una palabra, como afirma Strabon; puesto que aqui tenia el núcleo de sus fuerzas, señal inequívoca de que en estos paises era mayor el peligro, ó de que fermentaba entre sus hijos un poderoso espíritu de rebelion.

En un principio residía el legado en Braga, siendo al mismo tiempo Lugo por su preciosa posicion (1) ciudad presidial; pero despues, cuando tuvo lugar la division de Constantino, que elevó á Galicia al rango de provincia, y de presidial que era, se tornó en consular, (2) parece que la residencia del gobernador hubo de variar, sin que sepamos si fué ó no en Astorga en donde se estableció definitivamente. Desde luego importaba esto bien poco á los gallegos; cónsul ó legado, desde Braga, ó desde Astorga, la tirania romana venia con las haces, sin que pueda adivinarse hasta donde esta llegaba, puesto que un gobernador duro y avaro tornaba la provincia que le habia cabido en suerte, en la mas triste y miserable vivienda. Los gobernadores como Verres, fueron sobrado comunes, en los cuatro ángulos del imperio, y como si ellos no bastaran, qüestores y publicanos, venian á completar el cuadro, haciendo que

(1) La situacion de Lugo, se prestaba perfectamente al pensamiento estratégico de los romanos: colocada dicha ciudad en el centro de Galicia, podían, en un momento, acudir las tropas á los lugares en que se manifestase el mas pequeño síntoma de descontento. Los franceses lo comprendieron así tambien y por eso establecieron allí, durante la ocupacion de este reino en 1809, su cuartel general y hicieron de Lugo el centro de sus operaciones militares.

(2) Galicia, provincia presidial en tiempo de Valentiniano (364 á 375) era consular imperando Honorio (385 á 423). Aunque no tenemos dato alguno que lo confirme, somos de opinion que fué á Theodosio, padre de Honorio y gallego segun Idatio, á quien debió esta provincia ser elevada al rango de consular.

los provinciales tuviesen, como dijo Orosio, por mejor la suerte entre los bárbaros, que bajo la dependencia del fisco. El solo impuesto territorial alcanzaba al diezmo de los productos; el mismo ciudadano romano que poseia terrenos en las provincias no se libraba de pagar esta contribucion una vez que el suelo pertenecia á la república, y los propietarios no eran otra cosa que meros usufructuarios de él. Pocas veces, como entonces, la idea de la propiedad, estuvo mas lejos de lo que hoy consideran algunos como indisputable y eterno! El impuesto personal que era calculado segun el censo, y sobre todo las requisiciones que eran tambien de diversas maneras, venian á hacer mas precaria la suerte de los provinciales. Prestábase, por su índole, el último de estos tributos á toda clase de escesos por parte del poder, y aun cuando los españoles habian alcanzado, no solo el privilegio de pagar una suma fija en vez del diezmo en productos, sino tambien el de recaudar por si mismos los impuestos, no se vieron por eso libres de las aborrecibles tiranias del censo y de las iniquidades de los proveedores que tasaban á su antojo aquella porcion de efectos de primera necesidad, que estaban obligados á vender á la metrópoli.

Preciso es confesar, que á pesar de todo, trageron los romanos á Galicia el movimiento de que antes carecia. Industriales y mercaderes vinieron á estos paises y tomaron á su cargo la esplotacion de sus riquezas. Aquellos caballos, velocísimos y sufridores de fatigas, que eran conocidos en Roma con el nombre de *asturiones*, iban de Galicia, lo mismo que de la Lusitania y

Asturias (1). Las flores que se criaban bajo este cielo templado, eran tan apreciadas de los romanos, como el lino de los de Zoela, blanco y suave y por lo mismo amado de los semitas (2). Las *lacernas gallaicas* (3), ese manto que los hijos de Lacio, trageran de las Gallias, y que vestian igualmente nuestros gallegos, eran usadas en Roma, prefiriéndose allí las *beticatas* que se fabricaban en Galicia. No era esto solo lo que alimentaba la industria del pais; nuestros mares y rios tan pródigos en escelentes pescados, permitian á los romanos hacer aquí un comercio lucrativo y proporcionar á la metropoli nuevos medios de satisfacer la insaciable gula que se habia apoderado de sus habitantes. Los pescados salados y curados que esportaban, eran tan escelentes como los que recibian del Ponto, y en tan grande cantidad, que el mismo Strabon no se ha olvidado de decírnoslo asi (4). Mas en lo que sobresalieron

(1) Hemos visto algunos dibujos representando caballos montaraces de Irlanda, y nos sorprendió desde luego su semejanza con los que se crian en Galicia. Sin duda alguna pertenecen á una misma raza.

(2) Segun Masdeu, el lienzo zoélico, era usado en Roma para sábanas. Las togas de lino, con guarnicion de púrpura, fué el vestido con que los baleares iban á la guerra. Masdeu dice, que segun Polybio y Tito Livio, este era el traje de todos los españoles en general, no recordamos sin embargo mas que un pasaje en que se haga referencia á dichas togas de blanco lino, y es refiriéndose á los soldados sacados de la poblacion céltica del promontorio Cuneo y paises cercanos. Dicho traje era puramente semita y no tiene nada de extraño lo adoptasen las gentes de las ciudades maritimas, en donde fenicios y cartagineses hacian su comercio.

(3) La *lacerna* consistia, en un ancho manto cerrado como la *pœnula*, pero abierto por delante y sujeto con un broche, sobre la garganta. Era bastante larga para llevarla sobre la toga, ó cualquier otro vestido, y tenia un capuchon que se podia echar sobre la cabeza. Parece que este traje fué tomado de los galos. Vid. Rich. *Dict. des antiq. romaines et grecques*, art. LACERNA.

(4) Strabon dice, que el pescado

aquellos dominadores fue en el trabajo de las minas: no siguieron en esto, es cierto, el ejemplo de los fenicios; pero sin olvidar los antiguos criaderos de estaño, cobre y plomo que aquellos habian dejado abiertos, se entregaron con codicioso empeño á la esplotacion de las arenas auríferas que el Miño y el Sil arrastraban en sus corrientes. Fue tan grande la fortuna con que se dedicaron á esta lucrativa ocupacion, que, segun Plinio, sacaban todos los años veinte mil libras de oro, de Asturias, Galicia y Portugal. Y esto se comprende perfectamente, puesto que, segun parece, otros rios, sino tan célebres por esta causa como el Miño y el Sil, arrastraban tambien arenas auríferas, ó Silio Itálico, se equivocó de una manera lastimosa, cuando dijo que el Lethes, rival del Pactolo, llevaba sus arenas brillantes por el pais de los gravios. Todavia se conservan en varios puntos de Galicia los restos de la esplotacion aurífera (1) que llevaron á cabo nuestros antepasados

salado iba de la Turdetania y paises situados fuera de las columnas de Hércules, en los cuales se comprende la costa de Portugal y Galicia. Aunque este geógrafo escribió al poco tiempo de la sumision de Galicia, y por lo mismo cuando apenas si era conocida, debemos pensar que la salazon del pescado por ser una industria semita, era demasiado conocida de los gallegos. Los fenicios que se establecieron en nuestras costas habian hecho ya con nuestro pescado un comercio notable; así parece indicarlo Polybio, cuando dice que los peces de la Lusitania, por su abundancia, por su excelencia y hermosura, eran superiores á los del mar italiano. Aunque Polybio comprendia á Galicia dentro de la Lusitania, bien se puede decir sin asomo de jactancia que los peces á que se referia, iban de nuestros mares; todavía la ria de Arosa, los produce con la abundancia que indican los antiguos sin que sepamos que le excedan ni en la variedad, ni en su esquisita calidad, mas que los que se crian en aquella otra ria, de Galicia, explotada como la de Arosa por los semitas.

(1) Segun leemos en Schultz, *Descrip. geognost. de Galicia*, pág. 32 y siguientes, los romanos no se limitaron

para saciar la avaricia de sus dominadores, como se conservan tambien, señales inequívocas del tráfico que hicieron del *minio* que extraian de los terrenos en que abundaba.

Para sostener su vasta dominacion, Roma necesitaba soldados; mas por su desgracia ya no era esta ciudad aquella que obraba prodigios. Sus hijos querian mejor ceñir la frente con rosas, que con la dura corona de roble, cara en otros tiempos á los verdaderos romanos. Por eso se vió obligada á pedir á las provincias los soldados que necesitaba para mantenerlas sujetas á su yugo. Bastábale despues, hacer pasar las cohortes españolas á la Germania y las germánicas á España, para vivir tranquila. Sin embargo, á esta última nacion, cuyo carácter belicoso conocia perfectamente, fué á la que Roma pidió mas guerreros y los pidió mas sin tregua. Galicia fecunda en ellos lo mismo que los demas pueblos de la tarraconense, hubo de darlos con tan generosa abundancia, que llegó ocasion en que la Asamblea de Tarragona tuvo que advertir á sus dueños, que por ese camino, privada la agricultura de sus mejores brazos, se labraba la ruina de la provincia. Habia en el ejército romano, durante los tres primeros siglos, una cohorte de asturianos y gallegos, y tres de britones de Galicia; despues segun se vé en la *Noticia de las dignidades del imperio*, habia una legion de britones? una cohorte de

á explotar las arenas auríferas del Sil y el Miño y otros rios de Galicia, sino que saquearon los terrenos diluviales, en los cuales hallaron las grandes cantidades de oro á que se refiere Plinio. Segun Humboldt España producia en tiempo de los romanos tanto oro, como el Brasil y el Oural reunidos dan actualmente en las épocas mas prósperas.

gallegos lucenses, y otras dos de gallegos de la ciudad apellidada *Cohorte Gallica*. Tenian asimismo, un escuadron de caballería de gallegos de Britonia, dos de Auria (Orense?) y uno de gallegos brácaros, de cuyo convento jurídico, era uno de los ocho cuerpos de tropas auxiliares que habia en España. Asi escribe Masdeu, guiándose por las noticias epigráficas que habia podido reunir: sin embargo, Galicia dió mas soldados que estos. El epigrafista aleman E. Hubner, que gozó la copiosa coleccion de inscripciones publicada por Henzen, asegura que sin contar con la cohorte de gallegos y asturianos de que hemos hablado (1), habia cinco mas de gallegos lucenses, puesto que la quinta guarnecia la Illyria

(1) Segun el mismo Hubner, consta la existencia de una segunda cohorte de asturicenses y gallegos, que en tiempo de Domiciano guarnecia la Pannonia, y por una lápida que publica Masdeu, la de otra compuesta de asturicenses, gallegos y mauritanos tingitanos, en tiempo de Trajano. Debemos advertir que aunque nos aprovechamos de ellas, comprendemos que las noticias que acerca de este interesante asunto suministra la lapidaria, son imperfectísimas é inducen á mas de un error. Con decir que el número de individuos que componian una cohorte, variaba segun formaban la legion cinco, seis ó diez mil hombres, y con añadir que se dió tambien el nombre de cohorte á las tropas auxiliares que no estaban divididas en manipulos, bastará para comprender lo imposible que es saber el número de soldados que suministraba Galicia. Una cohorte, era la décima parte de una legion, si las dos Galicias, lucense y bracarense, no daban mas que diez cohortes (entre los asturicenses consta la existencia de una sexta cohorte de gentes de aquel convento, y por lo mismo podemos sospechar que los de Lugo y Braga, darian tambien mas de cinco cada uno), tenemos que por mucho que se eleve la cifra de soldados gallegos apenas llegaban á diez mil, cosa que no se conforma con la noticia de que este pais habia dado con pródiga abundancia sus hijos al ejército de Roma. En cuanto á los soldados britones, de que nos habla Masdeu, entiéndase que este autor intentó mas que probó, y que si bien creemos, que puesto que hubo una ciudad Brittona, pudo dar soldados, nunca seria con la abundancia que indican las lápidas atribuidas á los britones gallegos, pues entonces vendrian á dar ellos solos mas que el resto de Galicia, cosa que en buena lógica no se comprende.

en tiempo de Neron, y otras cinco de gallegos bracarenses, de las cuales, la tercera se hallaba en la Bretaña en tiempo de Adriano, y la quinta en la Germania.

Por fortuna, la organizacion militar que establecieron los romanos en España, hacía necesario, si los esfuerzos de Roma no habian de ser completamente inútiles, la apertura de grandes vias de comunicacion que permitiesen á las legiones llegar pronto á los lugares en que pudiese ser necesaria su presencia. Hijas de un doble fin estratégico y económico, fueron las llamadas *vias militares*, las cuales, atravesando á Galicia en varias direcciones, por el centro de sus montañas y orillas de sus mares, la envolvian en una red de caminos que ponia en comunicacion entre sí la mayor parte de los pueblos gallegos. Unas seguian la ruta trazada por los fenicios, otras se idearon de nuevo; pero todas ellas se ejecutaron con aquella esplendidez y seguridad de que solian dar muestras los romanos. Lo que no se puede poner en duda, es que se llevaron á cabo, obedeciendo á un pensamiento altamente beneficioso para el pais: los que las trazaron comprendian perfectamente cuales eran las necesidades de Galicia, cuales sus centros productores, cuales, en fin, las localidades á que habia que dar vida, si se queria que alcanzasen algun dia aquella preponderancia necesaria á su bienestar y desarrollo. Desde luego puede decirse que admira ver tan grande acierto en gentes que desconocian este pais y sus necesidades: hoy mismo no las hubiera ideado mejor un alma agena á las pequeñeces de localidad y que solo atendiese á lo que mejor conviene al pais. Puede

decirse por lo mismo que no irá descaminado aquel que asegure, que en general los actuales ferro-carriles no debian seguir otra direccion, y que hacer otra cosa, será atentar contra la felicidad de Galicia. Que este ejemplo pueda ser útil á la hora presente, una vez que abrigamos iguales deseos y experimentamos idénticas necesidades!

Las vias principales que iban de Braga á Astorga y correspondian á la red general de caminos que envolvia á España, surcaban á Galicia en varias direcciones. Solo una parte puede decirse que fué descuidada, quizás por su escasa poblacion, ó por las dificultades naturales que presentaba. Una via venia por la costa, *per loca marítima*, y apenas hacia mas que seguir paso á paso, la que suponemos trazada por los semitas; costeaba los mares gallegos, desde el puerto de Cale, y ora aproximándose al mar, ora internándose algun tanto, llegaba hasta la Coruña, marchaba recta atravesando la montaña, tocaba en los pueblos mas interesantes que se hallaban al paso, y despues de visitar á Lugo iba á encontrarse con la que por distintos lugares venia por las montañas productoras de estaño. Era esta última la principal de las dos ramas que salian de Braga, y atravesaban su convento. La primera entraba por la Sierra del Xerez y no salia del convento bracarense, sino para atravesar el territorio de los cigurros y unirse en el Vierzo con la línea que venia por Lugo. La segunda pasaba por un pais de escasa importancia, y despues de tocar en Chaves, iba recta á buscar el pais vacco. Puede decirse que Galicia quedaba encerrada

dentro del gran círculo que formaban sus principales vias. Otras de órden inferior venian á completar la red de caminos que los romanos trazaron para dar vida á Galicia; los atajos que aun se encuentran, prueban que trataron de rectificar el trazado primitivo, ó aprovechar la proximidad á la via de algun pueblo importante para enlazarlo con ella (1).

Naturalmente, la influencia romana en Galicia siguió la misma marcha que en el resto de España: el idioma, la religion, el arte latino entraron aquí con los hombres de aquellas tribus quirina, pomptina y demás que se establecieron en el pais y monopolizaron los cargos públicos. Los indígenas quedaban como vil rebaño mirando con ojo receloso la prosperidad de los advenedizos y tal vez, con honda tristeza, las desgracias de la patria. Romanos eran, segun Diodoro, los que esplotaban las minas españolas, y por lo mismo las de Galicia; romanos los que constituian aquella compañia de comercio que existió en Braga, y de la cual dán razon las inscripciones; romanos en general, los nombres que aparecen en las lápidas votivas y funerarias. Colonos é hijos de los colonos eran los que tanto en el pais límico como en el de los cigurros, plantaron la viña y esplotaron los metales en que abundaban ambas regiones. Asi, pues, no se equivocará quien asegure, que si bien el pais entró de lleno bajo el dominio de Roma, sus hombres vivieron en aquel aislamiento tan propio de nuestros gallegos y del sistema de su poblacion. No queremos decir con esto que el pais rechazase por completo las

(1) Vid. *Ilustraciones.*

costumbres romanas, no; gentes fáciles á las dulzuras de la vida, entraron bien pronto en la que les enseñaban á practicar los romanos. No pasaron dos siglos sin que hubiesen dado ya sus naturales frutos, las estrechas relaciones que el comercio engendra, lo desconocida que era la idea de una nacionalidad, y sobre todo, la predicacion del cristianismo.

No recordamos que se haya hecho notar todavia, la gran influencia que la doctrina cristiana y el movimiento intelectual á que dieron lugar las herejias, ejercieron sobre los pueblos de origen neo-latino. Sin embargo, fué tal y tan grande el movimiento á que dió vida la idea cristiána, que apenas se concibe, como no se ha parado la atencion en ello. Roma cabeza del mundo lo era asimismo de aquella Iglesia que se apellidaba universal, y que proclamando la igualdad del hombre, tendia á hacer de las provincias del imperio una gran nacion unida por toda clase de vínculos. Este pensamiento que armó contra los cristianos el brazo de cuantos amaban en Roma, la supremacia de la raza latina, fué sin embargo providencial para aquella ciudad. Habiendo hallado la inteligencia humana esta salida, no buscó otras manifestaciones, salvándose asi el poder de la Roma pagana: que bien poca importancia debian dar á las cosas terrenales, los que solo pensaban en las del cielo y su Cristo! Para comprender esto, bastará saber que el rasgo caraterístico de la verdadera sociedad cristiana, fué la de un entero alejamiento de las cosas mundanas y la humildad que sentian en si mismos, todos aquellos á quienes un poeta gallo[1], lla-

maba viles esclavos y comparaba al melancólico héroe de Homero, de quien se cuenta que, ofendido por los hombres, sintió en si mismo tan sombrio dolor, que le hacia odiar al género humano. La comparacion era hermosa, pero no exacta, puesto que, en el seno de la Iglesia se refugiaron todas aquellas almas puras que, cansadas de presenciar el espectáculo de Roma, volvian los ojos á su nueva patria eternal, para no gritar como Bruto, ¡virtud no eres mas que un nombre! A no ser el cristianismo, es facil que de aquella noble arcilla de que estaban hechos los Gerónimos y Agustinos, saliesen nuevos Spartacos y Viriathos y Cativolkes nuevos: mas ¿como pensar en los males presentes y por lo mismo perecederos de una patria terrenal, los que solo creian digna del hombre aquella otra sempiterna, el cielo? Por lo demas, seanos permitido creer, que los cristianos provinciales no podian escapar por completo á la influencia de la sociedad romana, en medio de la cual vivian: que si es cierto que los himnos de la Iglesia eran mas agradables á su oido que los versos de Virgilio, en cambio al hablar la lengua del Lacio, y al adoptar por segunda patria á Roma, no parecia sino que aceptaba aquella lengua y aquella ciudad por suya. Esto contribuyó no poco, á estrechar los lazos de las subyugadas provincias con su metrópoli, de tal manera que, mientras en Galicia se oye la sola voz de un poeta pagano, que puesto que fué comparado á Horacio, cantaria como él las dulzuras de una vida desconocida para la multitud, en cambio no faltaban poetas cristianos, en cuyos versos, bárbaros tal vez, pero llenos de un

fuego intenso llamaban viva y poderosamente al corazon de los que creian en Cristo. Y es posible que la muchedumbre indigena, empezase á amar el latin, desde el momento en que los himnos de la Iglesia, vinieron á hablarle de lo breve y pasagero de la vida, y de las dulzuras que gozaban en el cielo los mártires y los escogidos.

Hemos dicho que Galicia no conoció durante el periodo romano, mas que un poeta pagano, y nada mas cierto, á pesar de que algunos han intentado probar que el satírico Marcial habia nacido en estos paises. No se necesitan grandes esfuerzos para desvanecer semejante error y probar que Marcial nació orillas de aquel rio inmortal en que se templaban las espadas celtiberas, duras y cortadoras como la lengua de su poeta: basta considerar, que si dirigiéndose de Aragon á nuestro pais, pregunta á Materno que quiere para la costa de Galicia, y le llama su compatriota, lo hace, no como gallego, sino como español. El que parece que fué hijo de las montañas tudenses, es Lucio, á quien el mismo Marcial compara con Horacio, y en verdad que debió haber nacido en esta tierra infortunada cuando sus poesias se han perdido, y no quedó de ellas mas que un tan leve recuerdo. Otro tanto sucederia con Materno, sino se conservasen los versos en que el poeta bilbilitano, le apellida observador escrupuloso del derecho, cuya boca venerable es el oráculo de la justicia (1). La suerte de Galicia fué siempre la misma;

(1) Marcial. lib. X. epigr. 37. Este es el epígrama de que se han valido Huerta y otros autores, para hacer gallego à Marcial; mas hay que confesar

y gracias al poeta, que salvó del olvido sus nombres, nos hallamos con que son los únicos que podemos recordar durante la época hispano-romana.

Y ¿es acaso posible que la civilizacion latina no hubiese llamado á la vida de la inteligencia mas que á estos dos hombres? Acaso los que con tanta vehemencia entraron en la lucha priscilianista, revelando que existia en el pais una grande actividad intelectual, ¿habian de ser insensibles á los halagos de la musa y á los placeres de la elocuencia? Para creerlo, se necesitaba que los gallegos hubiesen vivido divorciados por completo de la cultura romana, y esto es imposible que suceda en ningun pueblo ariano, especialmente en los momentos en que dos civilizaciones opuestas se chocan y se mezclan. Las grandes é intimas relaciones que crea el comercio, la vida que traen consigo el bienestar y la riqueza, son propicias al desenvolvimiento de la inteligencia; pero lo cierto es, que los pueblos tardan mucho en adoptar una lengua y una literatura extranjera: no hay que olvidar, que si la Bética produce Sénecas y Lucanos y Columelas, y la Celtiberia ostenta á Marcial y

que leido con atencion es posible que fuera mas fácil probar que Materno era tambien celtíbero, que no que Marcial era gallego. Estando el poeta en Aragon, fué cuando escribió, el libro X de sus *Epigramas*, y entre ellos está el que dirije á Materno, tal vez en Roma á la sazon, preguntándole: «teneis alguna comision que dar para la costa de Galicia á vuestro compatriota, á vuestro antiguo amigo?» De aquí se deduce que Marcial visitó á Galicia, y que presumia que Materno como gallego, tendria algo que mandarle para su pais; no se desprende otra cosa. Lo que no podemos menos de advertir es, que si efecto de la division de Constantino, pudo en algun tiempo tomarse parte del mar cantábrico por mar de Galicia, en tiempo de Marcial no era posible, pues nuestro pais estaba incluido en la tarraconense, y el mar gallego no visitaba entonces mas costas que las de los dos conventos bracarense y lucense.

Quintiliano, es porque estos paises llevaban ya, si asi puede decirse, siglos de vida romana. Galicia, al contrario, vivió aislada, y si bien conocia á los hombres del Lacio y sus costumbres, que tal vez imitaba, la influencia latina no fué ni tan grande ni directa como en aquellas dos comarcas, ni tan eficaz que al sujetar Augusto estos paises septentrionales, no tuviese que tratarlos como extraños. Tanto tardaron Lugo y Braga en ser grandes ciudades, como Galicia en entrar en la vida de actividad á que la suerte la llamaba; por eso, no creemos que vayan descaminados, cuantos piensen que la verdadera influencia romana en nuestro pais, data de los dias de Trajano, en cuyo tiempo, terminada la construccion de las vias que cruzaban este suelo, alcanzando las nuevas ciudades el notable esplendor á que llegaron, y recobrando algunas de las marítimas su pasada grandeza, logró Galicia lo que otras regiones sujetadas mas antes por los soldados de la república, lograran tambien mas antes que ella. Hasta este tiempo los recuerdos latinos son mudos para nosotros; despues no, debido tal vez al movimiento que el cristianismo introdujo, llamando á los indígenas á tan vasto como nuevo campo, vemos aparecer hombres como S. Dámaso y Prisciliano, anunciando que el pais gallego habia entrado de lleno en el proceloso mar de la civilizacion romana. Que si esta verdad puede ser mas sentida que demostrada, esperamos, sin embargo, que los descubrimientos arqueológicos que se hagan en lo sucesivo, vengan á darnos la razon en esta parte, haciendo ver, por medio de los productos de un arte

que bien podremos llamar galláico, cuando y en qué proporcion sintieron estos pueblos la verdadera influencia latina.

La existencia de un arte puramente gallo, no fué demostrada hasta hace pocos años en la vecina Francia, en cuya nacion tan gran vuelo han alcanzado estos estudios; por desgracia, en España estamos muy lejos de aquella prosperidad y carecemos en Galicia de cuanto pudiera ser en estos asuntos guia segura en la senda que recorremos. Y sin embargo, Galicia debió tener tambien su arte. Nada mas fácil que el creer que las estátuas que se conservan, representando guerreros gallaicos (1), siquiera rudas y de escaso valor artístico, no han salido de otras manos, que de las de los descendientes de aquellos que labraron el escudo y armadura de Hannibal, de los activos, inteligentes trabajadores de metales que, siguiendo las tradiciones del arte indígena (2), fabricaban los célebres vasos dorados que estimaba la metrópoli, y de los cuales se olvidaron

(1) En una de las láminas que ilustran esta obra, se ven fielmente dibujadas las dos estátuas de guerreros gallegos que se hallan á la entrada de los jardines del palacio de la Ajuda, cerca de Lisboa. Cuan curiosas sean dichas estátuas, se comprende á primera vista, pues no solo nos dan una cabal idea del traje militar de nuestros antiguos celtas, sino tambien del estado del arte entre los gallegos durante los primeros tiempos del imperio, á los cuales deben ser adjudicadas sin vacilacion de ningun género. No las describimos aquí, por cuanto se puede ver en las *Ilustraciones* de este tomo, el extenso artículo que acerca de esta curiosa antigüedad publicó Hubner en la coleccion de E. Gerbhard, de Berlin, titulada *Denkmäler, forschangen und berichte.*

(1) Le llamamos indígena á fin de evitar rodeos, y esplicaciones enojosas, por mas que creamos que el arte tal como debe considerarse, no fué conocido, antes de la dominacion romana, sino de una manera imperfecta, por los pueblos gallos é ibéricos. Los arqueólogos podrán para simplificar, llamarle arte, pero deben añadir rudimentario. Por lo demas, en esto como en todas las

de hablarnos los autores nacionales, por mas que Marcial los haya mencionado en su epígrama á Charino (1). Es posible que algun dia pueda estudiarse con gran copia de datos esta interesante cuestion; mas por lo de hoy, y aun cuando se tenga por producto de manos gallegas ya aquel tosco cobre hallado en Cuntis (2), ya el Hércules de la Guardia y el toro de bronce que se encontró en Abedes, nada puede decirse acerca del desarrollo que alcanzó el arte indígena, durante el período romano. Desgraciadamente, Galicia, que conoció las monedas autónomas, no las batió imperiales (3), y por lo mismo, este dato mas nos falta para poder apre-

cosas, la civilizacion antigua fué mas general de lo que todavía se sospecha, y los pueblos europeos se conocieron mas de lo que nos dan á entender aquellos autores que parecen creer que cada pais vivió en una especie de salvaje aislamiento. La civilizacion es como el sol y todos aman calentarse á sus rayos, los pueblos antiguos lo mismo que los modernos. Despues de todo, las tres grandes naciones neo-latinas, cuya base principal era la poblacion céltica, sintieron las mismas influencias semitas y griegas. La arqueología está llamada en este punto á disipar sobrados errores é iluminar con su luz la historia antigua de los pueblos europeos.

(1) Dirigiéndose el poeta á Charino, le dice que había comprado las grandes obras de arte y de metal precioso, y que «no le faltan verdaderos Gracianos, ni vasos dorados de Galicia.»

Nec dessunt tibi vera Gratiana
Nec quæ Callaico linuntur auro.

Este Charino es aquel hombre licencioso de quien nos dejó Marcial una salvaje pero viva descripcion, que pinta en un solo rasgo al hombre y la sociedad en que vive. Versos hay como aquel, *Culum no habet, et tamen cinœdus*, que la dignidad del hombre se resiste á traducir. ¿Qué habia de suceder á una ciudad y de un imperio, que cobijaba tales hombres y en donde el historiador se veia obligado á escribir, del jefe del Estado, las siguientes palabras, que dejamos tambien en latin: *Nec irruentium in se juvenum carebat infamia, atque ore in sexum utrumque pollutus?* Lampridio, *Vida de Commodo*.

(2) Segun la descripcion que se ha hecho de este cobre, es un bajo relieve que representa á *Minerva medicœ*.

(3) Ignoramos en que datos se habrá apoyado el autor de un manuscrito que hemos visto, y en el cual se aseguraba, que habia batido moneda romana la ciudad de Lugo. Por ser esta una espe-

ciar las disposiciones y habilidad de nuestros antepasados para que podamos llamar una de las manifestaciones mas notables del arte antiguo entre los pueblos célticos.

En lo que hemos sido mas felices, no mucho, sin embargo, es en lo que toca á toda clase de construcciones, pues aunque solo se recuerda que Chaves tenia anfiteatro, Braga curiosos y notables monumentos lo mismo que Iria, Coruña y Lugo, en cambio persevera en pié, en esta última ciudad la extensa muralla que la ciñe, obra de los romanos, como indica el adagio popular (1) y puede el arqueólogo admirar el precioso mosáico que conserva, hijo legítimo de la inspiracion y el arte latino. Los puentes que aun hoy subsisten, algunos en un estado de perfecta conservacion (2), atestiguan el cuidado que se puso en fomentar toda clase de adelantos materiales y lo bien que se comprendian en aquellos tiempos las necesidades del pais, cuyas riquezas se explotaban. Prueba de ello es que, nun-

cie no solo nueva sino interesante, la apuntamos esperando el dia en que pueda ser confirmada, si en efecto batió Lugo monedas imperiales, ó desechada por completo sino se encuentran. Todos los numismatas están conformes en asegurar que en Galicia no se acuñaron dichas monedas, y aunque nosotros así lo creemos por cuanto este pais fué el último sometido y el último por lo mismo que entró en la vida romana, y Calígula prohibió ya el año 60 de J. C. á los españoles batir moneda, es lo cierto que tambien se negó que hubiésemos conocido las autónomas ó celtíberas, y sin embargo se han hallado.

(1) *Quen fez á Lugo fez Astorga e ponte de Cigarrosa, e levou unha pedra no capelo, con que fez á Coronatelo.* Este adagio, por el gallego en que está hecho, puede conjeturarse fué compuesto cuando mas en el siglo XV.

(2) Entre otros varios recordamos el de Brandomil que es de los mejor conservados, el de Olveira que no lo está tanto, el de Puente Ceso pronto á desaparecer, y parte del de Orense. Cean en el *Sumario* da noticia de los siguientes: el de Cigarrosa, sobre el Sil, y el de Trives sobre el Bibey. No son estos los únicos que existen todavía.

ca, como entonces se aprovecharon mas las prodigiosas aguas minerales en que abunda Galicia, y en especial las sulfurosas. Los pueblos que entre nosotros llevaron el apelativo de *Aquas*, son numerosos (1): ninguna otra region de España, ni todas juntas nos aventajan en esto; mas como si no bastara, tenemos que en Lugo se conservaban, no hace mucho, los restos de sus preciosas termas, y que en Carballo, á seis leguas de la Coruña, se hallaron tambien vestigios de construcciones que probaban, que en la época hispano-romana, fueron muy usadas aquellas aguas medicinales. Todo indica, que el dia en que se conozca arqueológicamente el pais gallego, acabaremos de comprender, de cuan perfecto instinto estuvieron dotados los hombres de aquellos tiempos para aprovechar los dones naturales de Galicia. Para convencerse de esta verdad, basta recordar los trabajos que llevaron á cabo á fin de explotar las arenas auríferas del Sil. El colosal túnel de Montefurado, asi como el paso de la via romana, en el sitio denominado Codos de Larouco, se pondrán siempre en el número de aquellas obras, en las cuales el hombre demuestra el poder de la actividad y las maravillas de la inteligencia. Sus autores ¿fuéron gallegos ó romanos? No ha quedado de ello memoria; mas de lo que no puede caber duda es de que era imposible que

(1) En prueba de ello citaremos las que conocemos. *Aquae Celenae*, que se reduce á Caldas de Cuntis; *Aquae Flaviae*, Chaves; *Aquae Geminae*, baños de Molgas, segun Cornide; *Aquae Leae* de Phtolomeo, *Ocerenses* del Ravenate, ¿Orense?; *Aquae Originis* que colocan en Rio Caldo; *Aquae Quarquernorum* baños de Bande; *Aquae Quintinae*, Vilarquinte en la provincia de Lugo, segun Cornide, y *Aquae Salientis*, cerca de Santiago de la Medorra á dos leguas de Caldelas, si nos hemos de guiar por aquel autor.

tales obras se llevaran á cabo sin despertar el gusto y el génio de los naturales para esta clase de trabajos. Indígenas ó hijos de colonos, no faltaron durante este período romano, artistas inteligentes que levantasen los templos que habian de llenar los dioses de los extranjeros. El mal estado de la lápida (1) no permite asegurar si el arquitecto Lupo pertenecia ó no al convento bracarense; mas puede presumirse que eran gallegos, Apuleyo que construyó el templo de Diana en la Coruña (2), y el escultor Ambimogidus (3), de quienes dan noticia las inscripciones.

Hablar de los templos, es recordar los dioses en cuyo honor se levantaban, y recordar los dioses traer

(1) En otra ocasion hemos hecho notar la contradicion en que caian los que leyendo *Aquiflaviensis,* el adjetivo geográfico de la célebre lápida de la Torre de Hércules de la Coruña, hacian á Lupo lusitano, siendo bracarense, y por lo mismo gallaico. Ahora añadiremos, que si para esplicar dicha contradicion se recurre á que la citada lápida pudo ser abierta en los dias de Augusto y cuando el nombre de Galicia aplicado á los pueblos de los conventos bracarense y lucense, no estaba tan estendido, como se ve por Strabon, que no se tuviesen los de Chaves por lusitanos, como lo habian sido hasta entonces, tendremos que, si bien Lupo pudo decirse *aquiflaviense* y apellidarse lusitano, en cambio es evidente, como hemos sostenido, que la torre de la Coruña no se debe á los romanos y mucho menos á Trajano. Los geógrafos griegos y latinos no dejarian de mencionar monumento de tal importancia, si en efecto la erigiesen á la sazon aquellos conquistadores.

Hay que tener presente que segun Rada y Delgado *Viaje de SS. MM. y AA. á los reinos de Asturias y Galicia,* la palabra ARCHITECTUS, pertenece al bajo imperio.

(2) Consta de una inscripcion hallada en la Coruña, que publica Cean Bermudez, y puede verse entre las lapidas romanas que publicamos en las *Ilustraciones* de este tomo. Vid.

(3) De este escultor se conservó memoria en la inscripcion que publica Masdeu, *Hist. Crítica de España*, tom. VI, pág. 317. Segun este autor dicha inscripcion se lee en Braga cerca de una fuente donde hay una estátua. Por haberse hallado en Braga, por ser gallego el personage á quien representa la estátua en cuestion y por el nombre del artista, puede presumirse que era natural de Galicia.

á la memoria una de las fases mas esenciales de toda civilizacion; la religion. Los romanos que tenian la suya, la llevaban, digamoslo asi, con sus legiones y sobre todo con sus colonias, y nada mas cierto que si no la impusieron á los vencidos, fué porque el politheismo romano estaba unido por mas de un estrecho lazo al de los pueblos célticos de Europa, cuya comunidad de orígen con los dominadores del mundo, está ya demostrada. Lo mismo amaba el romano las rocas y las fuentes, que el celta y el griego; sagrados eran para él los lucos y los antros, y en los cultos célticos hallaba siempre, porque en efecto lo habia, un fiel trasunto de los cultos nacionales (1). Un tipo religioso primitivo, cu-

(1) «De un lado al otro de Europa, el culto exterior ofrece al principio de las sociedades, un cierto número de semejanzas que se pueden clasificar en nueve grupos principales, á saber: el culto de los árboles, el culto de las aguas, los bosques sagrados, los sacrificios humanos, el culto del toro, los centros sagrados, los recintos circulares y en fin la constitucion de la casta sacerdotal.» Toubin, *Essai sur les sanctuaires primitifs*, pág. 7. Si este autor hubiera prestado en su obra mas atencion al orígen y naturaleza de los mythos que á sus manifestaciones exteriores, no cabe duda que hubiera hallado mas semejanzas entre las antiguas religiones de Europa, que las que señala. Aunque se pueden hacer con ellas dos grandes y caracterizados grupos que las comprenda á todas, uno que para abreviar llamaremos pelásgico y comprende las religiones griega y romana, y otro el céltico, mas sencillo y natural porque en este punto se conservó en una dichosa infancia, es evidente que ambos están unidos con estrechos vínculos por su orígen ariano; por eso son tantas las semejanzas que presentan entre sí todos estos cultos, especialmente en los tiempos primitivos. En cuanto á sus dogmas, la antigüedad parece haber comprendido mejor de lo que sospechamos, el íntimo lazo que los unia y identificaba entre sí. Cuenta Lampridio, en la *Vida de Heliogábalo*, que cuando este príncipe construyó en Roma el templo que dedicó al dios de su nombre, hizo llevar á él, todas las reliquias que habia en los demás templos de la gran ciudad, de manera que el emperador decia: «que era necesario transportar el culto de los judios, el de los samaritanos y las devociones de los cristianos, para que los sacerdotes de Heliogábalo tuviesen el secreto de todas las religiones.»

yo orígen asiático no se puede desconocer, tenia unidos á los pueblos arianos por el vínculo de la religion, mejor todavia que por el del lenguaje. Poblaciones hermanas trajeron al suelo que ocuparon en Europa, un conjunto de creencias cuyo fondo general se halla en los *Vedas*, pero que, modificadas por las tendencias y el carácter especial de cada uno de esos mismos pueblos, y hasta pudiera añadirse, por las condiciones físicas de la nueva patria, parecen diferir entre sí casi tanto como sus lenguajes, hijos todos, sin embargo, de un mismo tronco. Al abrir, pues, Roma las puertas de su olimpo á los dioses extranjeros no los adoptaba ciegamente, sino que los toleraba como á deidades hermanas de las suyas.

Conocemos ya los dioses á quienes rendian culto preferente nuestros antiguos gallegos; mas, como al lado de las lápidas en que consta la existencia de Nabis, Coso, Endovellico, etc., se hallaron otras por las cuales vemos que Júpiter y demás dioses romanos recibieron tambien culto en Galicia, ocurre preguntar: ¿aceptaron nuestros antepasados la religion de sus dominadores? Creemos, que por completo, no. La religion es, sin duda alguna, la forma mas clara que reviste el patriotismo de los pueblos; por lo regular, antes que cambiar sus dioses á la fuerza, la muchedumbre prefiere abandonar el suelo de la pátria; solo cuando las religiones son afines se toleran sus cultos, y no se adoptan las nuevas sino de grado y lentamente. Roma no pudo, por lo mismo, imponer á los vencidos sus dioses: sucedió, sí, que las *gentes* latinas traian consigo á su nueva pátria, no

solo sus lares y sus penates, sino tambien las viejas deidades del Lacio, y aquellas otras que el génio de Grecia les habia hecho adoptar. Por eso las lápidas que se hallan en Galicia, atestiguando el culto de los dioses romanos en nuestro pais, pueden y deben atribuirse con preferencia á las colonias latinas que aqui se establecieron. Que algunos espíritus superiores, que aquellos de nuestros celtas que deseaban vivir en Roma y como en Roma, adoptasen por completo la religion de sus dominadores nada de extraño tiene, porque echaban asi mas seguro cimiento á su fortuna; pero bien puede asegurarse que la multitud permaneció fiel á las creencias nacionales y que solo las abandonó y eso de una manera incompleta, por el cristianismo.

Seria una cosa curiosa, la formacion de un mapa lapidario, donde se advirtiesen los lugares en que abundaban los votos á estas ó aquellas divinidades. Entonces se veria si, como nosotros sospechamos, las inscripciones que se refieren á dioses puramente romanos se encuentran en aquellos sitios en que tuvieron colonias latinas, mientras que las de los dioses locales se descubren indistintamente en los mas olvidados y en los mas notables lugares de Galicia, indicando desde luego que el culto nacional no desapareció con la libertad de la patria. ¿Qué otra cosa sino, prueba el hecho notable de que para una lápida referente á Júpiter, se encuentran cinco que recuerdan á Endovellico, y que los únicos templos paganos de que se conserva memoria entre nosotros, sean los de Isis y Diana, indicando de esta manera, no solo lo tarde que

aquí se levantaron, sino tambien la particularidad de que fueron consagrados á divinidades en quienes revivia el culto semita de aquella diosa adorada largo tiempo por los celtas gallegos bajo diferentes denominaciones? Este hecho es digno de ser notado por la historia, pues á falta de mas seguros datos, puede servir para apreciar en su verdadero valor la estension de la influencia semita en Galicia y arrojar alguna luz sobre aquellos tiempos que entre nosotros podemos llamar pre-históricos. Si para estudiar tan interesante fase del período romano, nos valemos de los únicos datos de que á la hora presente puede disponer el historiador, esto es, de las lápidas, nos hallamos con ciertas particularidades que deben tenerse en cuenta, si se quiere resolver con algun acierto la cuestion que nos proponemos. De su estudio resulta, que nuestros antepasados hacian revivir en el culto de los Lares, Genios y Ninfas, el antiguo y nacional de la familia, de la casa, y de las fuentes que amaban sobre todo los hombres de la raza céltica: que en el culto del Sol, se recordaba á Serapis y en el de Diana á Isis; que en los nombres de Hércules Ionico, diosa Cœleste, Higia, etc., se advierte al momento el orígen griego y semita de estas divinidades; que solo las lápidas consagradas á la Fortuna, Evento, Juno y Júpiter Optimo Máximo (1), nos hablan de

(1) Por las lápidas halladas en la Galicia romana, consta el culto que en estos paises se rindió á las diversas divinidades introducidas por los romanos, asi como tambien el de los dioses indígenas.

Las inscripciones publicadas por Masdeu, se refieren á las divinidades siguientes: en Braga, *Asclepio* y *Hygias*, griegos. *Evento*, romano. *Genio del mercado*, indígena. *Isis*, semita. *Júpiter*, romano. En el monte Canda-

unos dioses, hijos legítimos de la religion romana; y por último, que se halla vivo en Galicia el culto nacional, durante los primeros siglos del imperio, desapareciendo únicamente para dar paso á los misterios del cristianismo. Por lo pronto que esta religion entró en Galicia y por la enconada lucha á que dió lugar el priscilianismo, se puede congeturar, que la época en que la nacionalidad gallega se presentó mas vivaz y poderosa, fué casualmente al poco tiempo de haberse perdido, pues, aunque es cierto que se escribian en latin aquellas inscripciones votivas á Endovel, á Nabis, Netaci, Coso, etc., lo es tambien que se las puede considerar como una protesta contra la nueva religion, y como una prueba de que se mantenia viva en nuestro pueblo la idea de la antigua libertad. Por este rasgo se comprende con cuanta razon dijo un historiador latino, que España fué la única provincia del imperio que despues de vencida conoció su propio valor. En efecto y por lo que toca á Galicia, puede decirse que necesitó perder su autonomía para comprender cuan cara y cuan pre-

demo y en Galicia, *Jove Candamio*, indígena. En Montefurado y Galicia, á *Jove ladico*, indígena. En Freixo de Namaon, los *Lares turolicos*, indígenas. En Araujo, los *Lares viales*. romanos. En Chaves, las *Ninfas*, romanas. En Galicia, *Bandua*, indígena. En Ruanes de Galicia, *Baraeco* y *Rauveana*, indígenas. Cerca de Chaves, *Eiduorio*, indígena. En Padron, *Netaci*, indígena. En la Coruña, *Marte*, romano.

En las publicadas por Cean, se hallan en Lugo, á la diosa *Celeste*, semita. En la Coruña, á la *Fortuna*, romana. En Albarellos, cerca de Monterrey, *Juno*, romana. Por último, en otros varios autores se cuentan las siguientes: En Padron, *Isis*, semita, En Galicia, *Telluri*, romana. En Caldas de Cuntis, las *Ninfas*, romanas. En Galicia, *Jove Optimo Máximo*, romano. En la Coruña, *Hércules ionico*. Entre Braga y Chaves, *Jove Optimo Máximo*, romano. Tal vez esta lápida sea la misma que se dice hallada en Galicia y dedicada á la misma divinidad etc.

ciosa le era. Tal debió ser el movimiento de repulsion hácia Roma que se sintió en Galicia al poco tiempo de su conquista, que si Augusto temió y aconsejó á su sucesor mandase aquí sus legiones para mantenerla sujeta, Tiberio comprendió la necesidad de enviarlas y tener á estos pueblos bajo la presion de tan brutal amenaza.

Segun las inscripciones votivas que conocemos en nuestro pais, se rindió aquí culto al *Genio del Convento*, al *Genio del Mercado*, á los *Lares Turolicos*, á los dioses *Lares*, á los *Viales* y á las *Ninfas*: de esta manera lograban los sacerdotes gallegos, lo mismo que los de las Gallias, hacer frente á la religion romana, transigiendo con ella hasta donde les era posible, y conservando al mismo tiempo las tradiciones religiosas de su pátria. Esta verdad se comprende perfectamente parando la atencion en aquella inscripcion que recuerdan los Lares Turolicos, ó mejor dicho, los Lares de los Turolicos, en los cuales se descubre sin esfuerzo á los dioses tutelares de dicha ciudad gallega. Como si esto no bastara para probarnos que en efecto Galicia estuvo animada durante los primeros tiempos del imperio, de un natural espiritu de rebelion contra Roma y sus cultos, nos hallamos con que la deidad que en nuestro pais lo tuvo mas extenso y mas constante fué Diana, en cuyo culto revivia el aun no extinguido de Isis, á quien algunas inscripciones griegas, apellidan la de los mil nombres.

Es una cuestion histórica de bastante importancia, y que por ahora no podemos hacer mas que señalarla á la atencion de los eruditos, saber si el culto de Isis y Diana fué introducido por los romanos, ó

sí al contrario, como sospechamos nosotros, lo fué por los sidonios que veian en su Venus Astarté, la hermosa hija de las ondas, á quien el profeta Jeremías denomina la *reina del cielo*. Que Isis era la representacion de la luna, que tanto influjo ejerce sobre el mar, y que los fenicios como navegantes la adorasen, no debemos extrañarlo; griegos y romanos reconocian en ella, á una de las primeras divinidades marítimas, y sabido es como los griegos sintieron la influencia semita y como los romanos, conservando la antigua tradicion, consagraban á esta diosa un barco pintado á la egipcia. «Se encuentra rastro de su culto, dice Preller (1), en España, en la Gallia, en Suiza y hasta en la Germania, en donde Tácito nos habla de una diosa que asimila á la Isis egipcia», y en efecto, los germanos celebraban sus asambleas en el plenilunio y novilunio, y los gallegos adoraban al dios ignoto de que habla Strabon, en el plenilunio tambien. ¿Cuál era ese dios? ¿por qué los rudos hijos de la Germania, tenian sus asambleas á la luz del astro simbolizado por Isis, á quien el ateniense adoraba como á Minerva? Es sin duda porque la antigüedad partiendo de ideas muy sencillas en lo tocante á la religion, fué confundiéndolas á medida que trataba de hacerlas mas perceptibles, á medida que pasaban los tiempos, á medida que cada pueblo las recibia y modificaba á su manera. El estudio de la *Mitologia comparada*, esa ciencia nueva que apenas nacida tanta luz arroja ya sobre las antiguas religiones

(1) L. Preller, *Les Dieux de l' ancienne Rome, mythologie romaine*. Paris 1866, pág. 480.

politheistas, ha de resolver, estamos seguros de ello, mas de un problema de la intrincada historia religiosa de la mayor parte de los pueblos de la antigüedad. Las primitivas naciones no han vivido tan separadas unas de otras que no hayan influido mútuamente en lo que forma la manifestacion mas clara de la antigua cultura, en la religion, y por eso no debe maravillarnos hallar gentes semitas y lo que es mas monotheistas, que adoptan los mythos egipcios y adoran el toro de Dan y de Bethel, mientras se ven pueblos politheistas que invocan á sus dioses con las mismas palabras que lo hacia el hijo de Judá (1). Esperemos, pues, para resolver por completo estas cuestiones, aquel dia en que, mejor conocidas que al presente las diversas razas primitivas y sus emigraciones, mejor conocidos sus len-

(1) Asegura Emil. Burnouf (*La science des religions*, en la *Rev. de Deux Mondes*, números correspondientes al 1.º y 15 de Diciembre de 1864 y 15 de Abril de 1868) que la ciencia moderna ha demostrado que la tendencia original de los pueblos arianos es el pantheismo y la de los semitas el monotheismo. En efecto, la tendencia natural de los semitas, es el monotheismo; tal es, sin embargo, la influencia que ejercen sobre los pueblos, otros mas ricos, mas poderosos ó mas civilizados, si se hallan en contacto, que los fenicios adoptaron por completo el politheismo y lo que es mas raro, que los judios, que fueron en la antiguedad los mas caracterizados representantes de la familia semita, cayeron varias veces en la idolatria, á que se mostraron propensos desde su cautividad en Egipto y Babilonia. Lo verdaderamente digno de llamar la atencion es que, como dice Baecker: «cuando se compara el ritual de *Igubium* con el Levítico, se asombra uno de la semejanza de las prescripciones litúrgicas prescritas por Moisés, con las de las Tablas Eugubinas.» L. Baecker, *Les Tables Eugubines*. Paris 1867, pág. 18. Este autor añade que el eminente orientalista Munk, ha hecho igual observacion á propósito de la inscripcion de Marsella, y que el célebre Calmet, siguiendo á Tertuliano, dijo en su comentario al Levítico: «que comunmente los Padres enseñan que el demonio ha hecho imitar á los paganos las ceremonias de los hebreos.»

guajes y asi mismo las relaciones de los principales pueblos antiguos entre sí, una mano hábil, un espíritu superior, — reuniendo todas las noticias esparcidas, referentes á los ritos y dioses de la antiguedad, y comprendiendo la marcha y desenvolvimiento de los diversos mythos cuyo conocimiento ha llegado hasta nosotros,—abarque de una sola mirada el vasto conjunto de las creencias religiosas de los antiguos y trace con mano segura el grandioso cuadro del viejo politheismo. Es tanto lo que se necesita, que si llegase ese momento, podria decirse entonces que la antiguedad habría por fin descorrido el velo que la oculta á nuestras miradas.

No es, sin embargo, necesario un tan grande esfuerzo para conocer los lazos mas que estrechos que unian en lo tocante á la religion á la familia céltica de Galicia, Irlanda y Bretaña. Por poco que sepamos acerca de su historia primitiva, se echa de ver que estas gentes arianas, conservando el fondo de sus creencias naturalistas, habian modificado el culto nacional, gracias á una influencia extraña á su raza y adoptado los símbolos del extranjero, uno mismo en aquellos tres pueblos. Las religiones tienen todas la pretension de la originalidad, la de nuestros antepasados como las demás: si se preguntase al sacerdote gallaico de donde habia recibido el conjunto de los ritos religiosos que observaba, es posible que contestase que brotaran del suelo de la patria y se desarrollaran á la sombra del roble sagrado, al rumor de la fuente habitada por espíritus propicios al hombre y á la tribu á que pertene-

cia. Tal vez ignorase que el dogma que profesaba, constituia el fondo comun y verdaderamente original de la religion de la familia ariana. En efecto, los pueblos célticos adoraron con preferencia al sol y á la luna, de tal manera que el culto de estos dos ástros se descubre facilmente en el de los dioses que adoptaron nuestros antepasados, lo mismo en los que hemos convenido en llamar indígenas, siquiera hayan venido de los pueblos semitas, que los que, entre los hombres de estas tribus, introdujo despues el conquistador romano (1). Es cierto que puede decirse lo mismo de otros pueblos de la antiguedad, sobre todo desde que la idea de Macrobio—que en sus *Saturnales* refiere al sol la mayor parte de las antiguas divinidades—ha vuelto á aparecer en este siglo y uno de los hombres que mas se distinguen en el estudio de la mitología comparada Max. Muller, ha llegado por el camino de la filologia á idénticas afirmaciones (2), mas; es imposible desconocer que esta curiosísima circustancia se advierte con mayor claridad en los pueblos célticos á que

(1) Un mas completo conocimiento de las primitivas antigüedades de los pueblos célticos de Europa, en especial las de los bretones irlandeses y gallegos, permitirá mañana demostrar que un íntimo y profundo lazo les unia entre sí. En Galicia, en donde como hemos visto, las noticias relativas á su pasado son tan escasas y en donde las tradiciones populares no han sido interrogadas todavía para cosa alguna, la historia religiosa de nuestros celtas nos es desconocida. Y sin embargo ¡á que interesante y curioso estudio no podian prestarse! ¡que nueva y poderosa luz no arrojaria sobre el período de bronce de estos tres pueblos!

(2) Es evidente que cuanto mas se acerca á los tiempos primitivos de los pueblos de origen ariano, mas pura se encuentra la idea de que el sol es el padre de la vida y por lo mismo el ser á quien se debe rendir adoracion. La opinion de Muller, que adquiere cada dia mayor autoridad, gracias á los nuevos descubrimientos de la mitología

nos referimos, en cuyos ritos se percibe á cada paso el elemento semita. El Eudovel de lusitanos y gallegos lo mismo que el Belen ó Belino (1) de los galls y kimros, no es otro que el Baal fenicio, y en la actualidad un escritor breton, á quien tanto debe la historia poética de su raza, el vizconde de Villemarqué, asegura que los *curetes* fenicios coinciden en lo sustancial con los *korrigans* bretones (2). No olvidemos que allí donde consta el culto de aquellos dioses, se recuerda poderosamente el del astro diurno, del cual dice un poeta latino,

Sol Liber, Sol alma Céres, Sol Júpiter ipse.

comparada. no fué agena, como hemos visto á griegos, y romanos. Toubin en su *Essai* recuerda, pág. 96, el siguiente pasage de Aristophanes, que encierra por cierto dos grandes y profundas verdades: «*Trygeo*, Te revelaré una terrible conjuracion formada contra todos los dioses... La luna y ese ladronzuelo de sol, os arman acechanzas desde hace mucho tiempo y entregan la Grecia á los bárbaros.—*Mercurio*, ¿Con que objeto?—*Trygeo*, Por que os ofrecemos sacrificios, en vez de ofrecérseles á ellos, como lo hacen los bárbaros. Por eso nada desean tanto como vuestra ruina, á fin de recibir ellos solos nuestras ofrendas.»

En nuestros dias, uno de los mas originales novelistas franceses, el célebre Alphonso Karr, ha escrito en *Feu Bressier*, y á propósito del alma, dos poéticas páginas en las cuales se lee el siguiente pensamiento: «Todo el mundo sabe hoy dia, que nuestra alma, es una molécula del grande hogar de vida y de inteligencia que los hombres llaman sol.»

(1) Esta vérdad no puede desconocerse, asi como tampoco negar que no era otra cosa que el Sol. Baissac, en su trabajo: *De l' origine des dénominations ethniques dans la race aryane*, Paris 1867, viene á decir á la pág. 18, que *Beal*, *Beul*, *Bel* y *Belenus* pertenecen á una misma familia de nombres célticos, por los cuales se designaba al dios de la luz ó del fuego.

(2) Hersart de la Villemarqué, *Barzaz Breis*, *Chants populaires de la Bretagne*. pág. LI y siguientes. Rougemont *(Les semites)* asegura que el elemento semítico en las Gallias, se hace constar por los *Korr* y por su *Mercurio Corig*. Por si algo pudiera servir en estas investigaciones, no pasaremos en silencio que en Caldas de Reyes y otros puntos de Galicia llaman *corrichos* y *corri* á los cerdos jóvenes y por lo tanto pequeños, cosa que nos hizo pensar, en que el javalí estaba dedicado á Hércules y que el Hercules de los fenicios era el dios del comercio y correspondia á Mercurio. *Korr* en breton significa pequeño.

Diodoro nos habla de una isla en donde el padre de la luz era adorado sobre todas las divinidades y tenia sus sacerdotes ó bardos, *phœbitius*, como les denomina Ausonio, y en las tradiciones religiosas de Galicia, lo mismo que en las noticias que nos han dejado los griegos y latinos, hay motivos para suponer que el culto del sol y de la luna, asi como el de las divinidades que los representaban, fué general en nuestro pais. Creámos, pues, que mas que á una simple curiosidad se debe el que en la dilatada costa occidental de España, los dos promontorios que la limitan, esto es, el Sagrado y el de Finisterre, sino estaban consagrados al sol como todo parece indicarlo (1), al menos eran célebres entre nuestros antepasados por el culto que en dichos puntos se les tributaba. Para que se comprenda cuan curiosa es esta indicacion, conviene añadir, que despues de ambos promontorios, el mas importan-

(1) En el lib. III, cap. I de la *Geografia* de Strabon, puede verse lo que este autor escribe respecto del Promontorio sagrado. De todo ello parece sacarse en consecuencia, que estaba dedicado al Sol, que no se le visitaba de noche, que no habia templo ni ara alguna, que no se hacian allí sacrificios y por último que habia grupos de tres ó cuatro piedras á las cuales los visitantes daban vuelta primero de un lado despues del otro. El texto parece no estar muy claro en este pasage, y pudiera creerse que las piedras estaban clavadas y que las vueltas se daban al rededor de ellas. Si esto fuese asi, tendriamos que dichas piedras ó pilares estendidas por el suelo del promontorio, eran la representacion de los dioses, á quienes, segun la tradicion que recuerda Posidonio, estaba dedicado. Rougemont, (*Les semiles*, página 53) no deja de notar, que es posible creer que en los tiempos de su mas grande civilizacion, los fenicios seguian fieles á la antigua costumbre de adorar los dioses bajo la forma de pilares. Tal vez las piedras del promontorio sagrado representaban á Baal, ó el Sol. Respecto al promontorio Nerio, todos sabemos que la tradicion religiosa asegura que el Apóstol habia destruido las aras que estaban allí consagradas al astro diurno.

te en esta misma costa, era el *Cinthyo*, consagrado á la luna.

Una cultura mas adelantada y una imaginacion mas movible y ardiente creó entre los hellenos todo un mundo olímpico, mientras los pueblos célticos apenas si obedeciendo al influjo semita se apartaron de las antiguas tradiciones religiosas de su raza, y tuvieron á los últimos de su vida, dioses nacionales. Es que habia penetrado entre ellos un elemento estrangero, é impreso á sus viejos dogmas un carácter y una direccion extraña á la sencillez y á la profundidad de los mithos primitivos de la familia á que pertenecian. Alejados desde los primeros tiempos de su establecimiento en las comarcas europeas, de la civilizacion oriental, conservaban puras las doctrinas religiosas que habian traido desde su cuna; el sol símbolo del calor que engendra la vida que á su vez engendra el movimiento, era adorado por los primeros celtas que arribaron á las comarcas de Francia y España. Aquel vivo sentimiento naturalista que los llevaba á adorar los fenómenos y las fuerzas de la naturaleza, no se habia apagado en ellos con el transcurso del tiempo y el alejamiento de la patria primitiva, de tal modo que, aun despues de adoptados los ritos fenicios y obtenida como consecuencia inevitable una religion nueva, el celta gallego como el gallo y el kimro, seguian dando culto á las rocas, á las fuentes, á los bosques, al sol para ellos padre de la creacion, á la luna su hermana, que venia á hacer menos tristes las tinieblas de la noche.

La historia de las religiones célticas esta por trazar

todavia; poco, bien poco se sabe acerca de su marcha gradual y sus principales manifestaciones; pero, asi y todo poseemos una gran verdad y es que, despues de haber nacido puras en el suelo indiano, se modificaron gracias al influjo de los pueblos semitas y recibieron su último y poderoso desenvolvimiento en los dias en que su nacionalidad estaba llamada á desaparecer, esto es, en el dia en que penetró entre ellos el elemento griego y romano. Por lo demas es imposible desconocer que todos ellos presentan en su historia religiosa grandes identidades y que se percibe al instante en sus dogmas y en su culto no solo la comunidad de su origen, sino tambien iguales causas de su modificacion y desenvolvimiento.

Como en todos persiste intacta la creencia ariana de que el sol es el Dios por excelencia y de aquí á su personificacion no hay mas que un paso, no debemos extrañar que, bajo la influencia semita, adorasen el Osiris egipcio y el Baal fenicio (1), ni que Isis, que llenaba su sombra con las orillas del Nilo fecundante y

(1) Aunque no sabemos que en la Galicia actual, se haya hallado lápida alguna dedicada á Endovelico, cosa que no priva que las haya habido ó se descubran todavia, no se puede dudar de que aqui se le rindió culto. La mayoria de las inscripciones referentes á este Dios, se encontraron en Villaviciosa de Portugal, en pais por lo mismo de aquellos célticos cuyo parentesco con los del Nerio, consta por Strabon. Por mas que no se pueda dudar de que en Galicia se adoró al Baal fenicio, ó sea Endovelico, es agradable hallar en las tradiciones religiosas relativas á la predicacion del Apóstol pruebas de esta verdad. Se cuenta que los vecinos de Lamas de Aguadas (Gaolos) no quisieron recibir al Apóstol, cuando este predicaba el cristianismo en Galicia, por que adoraban al ídolo de Baal. Por este desacato, añaden, se hundió su ciudad y en su lugar apareció una laguna de legua y media de circunferencia, laguna de la cual hemos hablado en la nota 1, pág. 13 de este

Diana que puede decirse heredó su culto, fuesen divinidades amadas de nuestros progenitores. Indudablemente la influencia de las ideas religiosas de la India sobre los pueblos de la antigüedad fué grande; aquellos que como los celtas abandonaron los primeros la comarca ariana, vieron despues arribar á las costas de su nueva patria, los dioses personales, en quienes gentes de otra raza, habian simbolizado las fuerzas vivas de la naturaleza, á las cuales rendian ellos adoracion. Si los nombres de esos dioses les eran desconocidos, no lo eran del todo ni la idea, que les habia dado vida, ni los mithos á que venian unidos.

Consta por las inscripciones y la historia, el culto de Isis y Osiris en Galicia, en donde lo introdujeron los pueblos semitas que primero hicieron aquí el comercio del estaño. Su origen es egipcio, (1) por mas que Preller asegure que es alejandrino y por lo mismo griego. Si el fundamento sobre que reposa, es como el mismo confiesa, egipcio, poco importa que la concepcion y la imágen de los dioses sean hellénicas, pues se sabe la gran influencia de los egipcios sobre los semitas y la de estos sobre los griegos en especial los asiáticos.

volúmen. Gándara que en el tomo I, pág. 44, de su *Cisne Occidental* refiere esta tradicion, está conforme con Boan y asegura que se hallaron bajo las aguas, tejas, etc. Añade aquel autor que á los vecinos les apellidaban en su tiempo *Valuras*, ó como quien dice, gentes de Baal.

(1) Vid. S. Sharpe *Egyptian Mithology*. London 1863, en la parte que se refiere á la mitología del alto Egipto. No debemos callar, que segun ha notado Mr. Rougé *Etude sur le Rituel funeraire des Egyptiens*, REV. ARCHEOL. tomo I, las glosas de dicho ritual, atribuyen todo lo que constituye la esencia de un Dios supremo, á *Rá*, que en la lengua egipcia no significa otra cosa que el sol.

El mismo rumbo que Preller señala á la marcha de este culto, nos dice con sobrada claridad, cual fué el pueblo que lo introdujo en Occidente. Malta y Sicilia, que le recibieron primero, son los paises en que los recuerdos semitas se hallan en mayor número. No se puede, por lo tanto, negar que á estos afortunados navegantes se debe su propagacion, lo mismo en Bretaña que en Galicia y demas paises en que el comercio del estaño fué activo y la influencia de aquellos estrangeros evidente, en especial durante el período de bronce. El carácter maritimo de aquellas divinidades no deja lugar á la duda. En nuestro pais tenemos una prueba mas de la verdad con que hemos afirmado no solo la antigüedad del culto de Isis y Osiris y su anterioridad á la época romana, sino tambien su origen egipcio. Para ello basta recordar que en el corazon, digámoslo asi, de la comarca estannífera de Galicia, se halló en el siglo XVI (1) un monumento cuyo carácter semita es imposible negar, y que consistia en un aposento en medio del cual se levantaba una columna de mármol, que servia de pedestal á un toro de bronce. Fué este animal simbolo de la fuerza y de la generacion, y el sol como principio generador representado por aquel cornupeta de cuyo culto tanto rastro ha quedado en los antiguos pueblos, y tambien en las comarcas gallegas.

(1) Da noticia, aunque breve, de este monumento, Cean Bermudez en su *Sumario de Antigüedades*, pág. 216; dice fué hallado en Abades, feligresía del condado de Monterrey el año de 1580. No dice en donde vió consignado este hallazgo, y se limita á escribir que era un aposento, que llama romano, de 15 piés de largo y 12 de ancho, en medio del cual se levantaba una columna de mármol coronada por un toro de bronce.

En efecto, en aquellas localidades en que el culto del Sol y de el Isis consta de una manera positiva, entre los Nérios, á los cuales pertenecia el promontorio de su nombre y en Pria (¿Iria?) en que se rindió especial adoracion á Isis y Diana, la mayor parte de sus monedas llevaban en el reverso un toro saltando y encima el disco radiado con que es facil se quisiese representar al sol. La leyenda que se conserva en Galicia y da á aquel astro ojos de buey, tiene, como se ve, un origen bien remoto y prueba que si se conociesen las tradiciones y leyendas populares del pais gallego, no seria difícil que un nuevo Grimm, levantase sobre ellas todo el edificio de nuestra mithologia (1).

(1) El legendario gallego es fecundísimo; por desgracia ni se dá todavía entre nosotros importancia alguna á estas cosas, antes se las cree ridículas, ni ha aparecido aun en Galicia aquel hombre perdidamente enamorado de estas puras flores, de la poesía popular, que haya de recorrer el pais, sentarse en el hogar del campesino y del marinero, oir de sus labios los cuentos y narraciones con que se entretienen en las veladas y trasmitirlas despues en toda su pureza y sencillez. Júzguese de su importancia y utilidad por la siguiente leyenda, que creemos incompleta, pero que tal como ha llegado á nuestros oidos, encierra una profunda leccion, y sirve para ilustrar el asunto que tratamos. A muchas consideraciones se presta, mas haciendo gracia de ellas, nos limitaremos á publicarla y añadir que en los *Eddas*, en cuyo poema se encierra toda la poesía escandinava, hay un episodio de que pudiera creerse reminiscencia, el castigo que segun la leyenda impone Dios á la luna. En efecto, se asegura en los *Eddas*, que despues de la muerte de Balder, empezaba aquel riguroso invierno en que se suponia vivir la humanidad contemporánea del mitho. Entre las desgracias que segun el poeta sagrado debian hacer mas terribles y destructivos los dos inviernos que habian de seguir al primero, se cuenta la de que el lobo Fenrir rompiendo sus cadenas, devoraría al sol y la luna. Lo mas curioso en este caso, y lo que mas interés da á la leyenda popular, es que segun escribe Baissac en la memoria ya citada, el lobo que segun nuestra leyenda es el sol, llegó á ser entre los griegos el símbolo de la luz ó el dios-luz, efecto de la afinidad que la palabra *lykos*, lobo en griego, presenta con aquellas otras que en el mismo idioma equivalen á blanco, brillante. «Lo que prueba esto mejor, dice aquel autor, es que al mismo tiempo

Concluyamos. Diana recogió entre nuestros antepasados durante el periodo romano la herencia religiosa de Isis y obtuvo la preferencia del culto politheista de los gallegos. Las lápidas funerarias de Padron y Lugo, ostentan en su fronton el creciente, símbolo de aquella deidad, y en el mosaico de Lugo, que perteneció al templo de Diana, se le ve tambien adornando la cola de los delfines y coronando los cuernos de la enorme cabeza que representa al gran padre Occéano; indicacion mas que segura, de que el mosaico pertenecia á un tempo dedicado á aquella diosa, y que en Galicia se le conservó su carácter de deidad marítima. Veamos, pues, en todas estas particularidades una prue-

que se asociaba el lobo al dios-sol y que se hacia del dios un lobo, se asociaba la loba á la diosa-luna. Fué, en efecto, bajo la forma de un lobo como apareció Apollo á los telchines y delante del gran altar de su templo habia un lobo de bronce que no podia ser otra cosa que su emblema, etc.»

Hé aqui la leyenda.

»Mientras Dios andaba por el mundo, quedó interinamente el diablo ocupando el trono celestial, mas cuando Jesucristo resucitó y fué á la gloria, el diablo se negó á abandonar el puesto.—Déjame el trono, decia Dios.—No quiero, contestaba el diablo, y como no hubiese medio de arreglar el asunto, propuso este último se oyese á tres abogados que dirimiesen la contienda y digesen de que lado estaba la justicia. Estos tres abogados fueron el sol, la luna y una fuente. Fué á esta última á la que encontraron primero.—Vamos á ver fuente, dijo el diablo, ¿á quien pertenece el trono, á Dios ó á mí? y la fuente contestó qué al diablo. Dios dijo entonces á la fuente; para siempre permanecerás seca y nadie podrá apagar en tí su sed. Fueron al segundo abogado que era la luna, y habiéndole hecho la misma pregunta, dió igual respuesta que la fuente, y Dios dijo entonces á la luna; te condeno á andar de noche y á que el lobo te coma. El lobo era el sol al cual se acercaron por último para que diese su parecer, pero el sol contestó que el trono pertenecia á Dios. Entonces este dijo: caminarás de dia, con tu calor podrás secar las fuentes, y eclipsarás á la luna á quien perseguirás por los siglos de los siglos. Por eso la luna anda siempre de noche huyendo del sol, y los eclipses tienen lugar porque el astro nocturno intenta luchar con el sol y alumbrar de dia como él, mas como Dios lo ha querido, jamás vence.»

ba de que el politheismo romano no entró en Galicia de la manera absorbente que parecen darnos á entender algunos autores: que durante los dos primeros siglos y mientras el cristianismo no echó raices en nuestro pais, los dioses nacionales recibieron un desenvolvimiento curioso; que hay razones para creer que los dioses puramente romanos solo fueron adorados por las familias coloniales; que el culto de las divinidades secundarias que debian su individualidad á los hombres, á los pueblos, etc., era continuacion del que los naturales daban á los objetos inanimados, y que bajo el estendido culto de Diana, se perpetuaban el de Isis, la influencia semita y sobre todo las primitivas tradiciones religiosas de nuestros celtas.

IV.

Aparicion del cristianismo y su predicacion en Galicia por el Apostol Santiago.—Mártires gallegos.—Origenes de las iglesias de Galicia.

La historia antigua no tiene para los pueblos de Europa, una época mas interesante, ni mas curiosa, ni mas espléndida, ni mas providencial, si podemos decirlo asi, que la del imperio romano. Aquellos cuatro siglos que son como un estrecho lazo entre el mundo antiguo y el moderno, aquellos cuatro siglos mezcla extraña de grandeza y de miseria, de gloria y de desgracia para el hombre, aquellos cuatro siglos que tantas y tan locas y tan sangrientas y tan santas escenas presenciaron, ofrecen á la consideracion del historiador un mundo entero de fecundas meditaciones. En efecto, vése una civilizacion poderosa que llega á su apogeo y alumbra con sus rayos estensas comarcas, perecer y hundirse bajo el peso de aquellas muchedumbres bárbaras que vienen á consumar la ruina del imperio y á imprimir con la sangre germá-

nica un vigoroso movimiento á las gentes neo-latinas entre las cuales tan bajo habia caido cuanto se referia á sentimientos morales. Vése asimismo aparecer y estenderse en el seno mismo de una sociedad politheista, una religion monotheista, en cuyos dogmas estaba el gérmen de una inmensa revolucion y que venia á realizar el ideal á que vagamente aspiraba el mundo antiguo en sus espléndidas postrimerias.

Con vivos colores se ha descrito ya, la en aquellos dias, naciente sociedad cristiana, y hecho ver las ventajas que su doctrina salvadora trajo al mundo pagano; lo que todavia creemos que no se ha hecho notar como debiera, es el gran movimiento intelectual á que dió vida, ya con su predicacion, ya con la aparicion de las infinitas heregías que fueron á un mismo tiempo la gloria y la pesadumbre de la naciente iglesia, que daba asi una prueba bien elocuente de su virilidad y energia. Que entre las muchas ventajas que el mundo antiguo debió á la aparicion del cristianismo, ninguna como esta mas digna de ponerse al lado de la unidad del imperio y por lo mismo de la propagacion de la civilizacion romana! Si el poeta latino podia decir en los momentos mismos en que el poder de la gran ciudad se derrumbaba, «que llamando Roma á los vencidos á participar de sus derechos, habia hecho del universo una ciudad (1),» el cristianismo podia

(1) Fecisti patriam diversis gentibus unam;
Profuit injustis, te dominante, capi:
Dumque offers victis propii consortia juris,
Urbem fecisti, quod prius Orbis erat.
(Rutilio, *Itinerario*, lib. I.)

añadir que el habia hecho hermanos á todos los hombres y que realizando el ideal á que aspiraba el mundo antiguo, fundaba sobre seguras bases el edificio de la nueva civilizacion. Uno y otro hecho se ayudaban mútuamente: Roma realizando la unidad de los pueblos, el cristianismo consagrando esa unidad; Roma uniendo por los lazos sociales á todos los hombres, la doctrina de Cristo, uniéndolos por los del espíritu; en una palabra, Roma siendo el principio de una gran revolucion entre los pueblos semi-civilizados de Europa, el cristianismo siendo su corolario.

Todos sabemos que la doctrina cristiana halló desde el principio los mas terribles enemigos y que la capital del orbe, tolerante con todas las religiones, selló el cristianismo con bautismo de sangre. ¿Era acaso que el viejo politheismo se sentia morir y trataba de prolongar su vida á costa de la de los cristianos? No ciertamente. Los antiguos cultos siguieron en todo su apogeo y ni aun despues de la conversion de Constantino desaparecieron. ¿Era que de su doctrina se desprendian ciertas ideas contrarias á las mas comunmente recibidas en la sociedad neo-latina? El cristianismo fué acusado de enemigo del imperio; no afligia desgracia á Roma que no se le achacase, y en efecto, la nueva religion era, al mismo tiempo que un gran auxiliar de la unificacion del imperio, el enemigo mas cruel de la sociedad romana, roida por todos los vicios, azotada por las plagas mas trascendentales para los estados, la desmoralizacion y la servidumbre. Asi se comprende que las antiguas familias uniesen en un mismo amor, á Roma

y sus viejos dioses y persiguiesen con el látigo y con la espada, con la burla y el desprecio, á los cristianos y su culto.

Los orígenes del cristianismo, la historia de su predicacion y la de su propagacion durante los primeros siglos, están siendo objeto de graves estudios que vienen diariamente á demostrar el bienhechor influjo que ejerció sobre la sociedad romana durante el imperio. El fué como luz brillante que iluminó el abismo de corrupcion en que estaba sumido el mundo, al mismo tiempo que una prueba viva de que á la humanidad jamás faltará el sentimiento de su propia salvacion; que en el seno mismo del escándalo se nutre la paloma castísima que ha de anunciar al hombre la aurora de su redencion! El universalizó ideas consoladoras que solo abrigaban ciertos hombres y ciertas escuelas (1); él osó, en el hogar de la desigualdad, predicar la igualdad humana y en un tiempo en que los emperadores llevaban su locura hasta pedir adoracion, y los súbditos su bajeza hasta el estremo de ofrecérsela espontáneamente, los cristianos fueron los únicos que supieron morir, mejor que prosternarse ante las efigies imperiales.

(1) «El triunfo del cristianismo fué preparado por los mismos que se creian sus rivales y que no eran mas que sus precursores; les conviene este título, aun cuando muchos sean contemporáneos de la era cristiana, y otros posteriores, por que el advenimiento de una religion no data sino del dia en que ha sido aceptada por los pueblos, lo mismo que el reinado de un pretendiente data de su victoria. Es la humanidad que da á las ideas el derecho de ciudadania en el mundo, es la ciencia que debe dar en los que han llevado á cabo una revolucion, aun queriendo combatirla, el lugar que les corresponde en la historia del pensamiento humano.» Vid. el curioso estudio sobre el origen de los libros herméticos, que L. Menard hace preceder á su traduccion de *Hermes Trismegisto*. Paris 1866.

Podian algunos ser amantes de los pobres y afligidos; (1) pero solo el cristianismo tuvo por obligatoria la caridad: podia haberse dado ya en tiempo de Augusto el primer paso hacia la abolicion de la esclavitud (2) á los cristianos estaba reservado el herirla de muerte, proclamando que, como hijos de un mismo Dios todos los hombres son iguales; que si es cierto que el cristianismo no podía realizar sus aspiraciones en la sociedad antigua sin sufrir la influencia del medió dentro del cual se desarrollaba, lo es tambien que la parte verdaderamente original, aquella que constituye su esencia, se conservaba pura é intacta, en el fondo de sus variadas y múltiples manifestaciones. ¡Qué diferencia entre las sociedades comunistas de los cretenses á quienes el Após-

(1) Emil. Egger, en sus *Memoires d'Histoire ancienne et de Philologie*, Paris 1863, se ocupa de una inscripcion pagana, hallada sobre una tumba de la via Appia, en la cual el muerto se nos presenta como misericordioso y amigo de los pobres, *misericordis, amantis pauperis* (por pauperum). Con este motivo el ilustre sabio francés, entra en curiosas y profundas consideraciones, en las cuales se defiende la antigua familia humana y se nos presenta bajo su verdadero punto de vista. Sin embargo, sus afirmaciones van mas allá de lo justo: en el corazon del hombre no faltará jamás ese dulce impulso que le lleva á compadecer y sentir la mas honda piedad por los males que afligen á sus semejantes, proclamelo ó no el dato que cita. La filosofía y la sociedad antigua han dado antes de Sócrates y de los estóicos hartas pruebas de que conocian tan noble sentimiento; pero no se puede por eso desconocer que al poner el cristianismo entre las principales virtudes la caridad, dió en efecto, un grande y notable paso en la senda de la perfectibilidad humana.

(2) La multitud de libertos que se conocieron en tiempo de Augusto, probaria á falta de otras razones, que el movimiento contra la esclavitud habia empezado en Roma. Segun una inscripcion recientemente descubierta en Grecia, se ve que en aquel pais, solia darse libertad á los esclavos, ofreciéndolos á las dioses. Sin embargo, la esclavitud estaba de tal modo encarnada en el mundo antiguo, que el cristianismo naciente, no pudo combatirla de otro modo que proclamando la santa verdad de que todos los hombres son iguales.

tol llamaba vientres perezosos (1) y los agapes cristianos cuyo rasgo principal era la caridad! ¡Qué profunda es la separacion que se advierte entre la metempsicosis india y la idea madre del cristianismo, la idea de la otra vida!

No es esta ocasion de entrar en las consideraciones que naturalmente se desprenden de la aparicion de tales doctrinas, y del inmenso influjo que ejercieron sobre la sociedad neo-latina durante el imperio; bastará

(1) Mr. Carlos Wescher, en sus dos artículos sobre ciertas inscripciones de la isla de Rhodas y de la de Tera, (*Revue Archeologique* tomo X, página 461 y tomo XII, página 214), describe las sociedades semi-comunistas y religiosas de las islas del archipiélago griego. Cada asociacion tenia su caja comun, en la cual entraban, ya los dones voluntarios de los asociados, ya la contribucion personal que cada uno pagaba, y que en Atenas parecia no pasar de tres dracmas por año. Los miembros de estas sociedades, denominados *cranistas*, se reunian para los sacrificios y banquetes, y se sostenian mutuamente en sus necesidades. Las asambleas eran secretas y no se admitia ningun extrangero.

«El principio de estas reuniones es la libertad, su objeto el mejoramiento moral y material de los hombres. Las únicas condiciones que se exigen para la admision, son tres virtudes que pudieran llamarse cristianas, la santidad, la piedad y la bondad.

«Admitense las mugeres por las mismas razones que los hombres. Hay en esto, si se puede decir, el indicio de una nueva era. No está lejano el momento, en que sobre el pavimento de las basílicas cristianas se grave esta doble inscripcion, tierna y sencilla:

PRO VIRIS · PRO MVLIERIBVS ·

» Reunian el rico y el pobre en una sociedad comun. Admitidos en torno de una misma mesa, y participando de los fraternales agapes, son iguales ante la ley de la asociacion. Entre ellos se encuentran hombres sin padre y sin patria, es decir, libertos, y tal vez los mismos esclavos.» Wescher, de quien copiamos estas palabras, cree que estas corporaciones comunistas-religiosas, tuvieron su mayor incremento desde el periodo macedonico al romano, y concluye diciendo, que será para la Grecia un honor eterno, el haber dado, antes de la aparicion del cristianismo, tales ejemplos al mundo. Sin embargo, debemos creer, en vista de los epitetos, que sus miembros merecieron al Apóstol, que estas sociedades cayeron en aquellos estravíos de que las mismas agapes cristianas no se vieron libres.

que digamos que semejante á una rápida y poderosa inundacion, se estendió por el mundo el cristianismo y que España oyó su predicacion de boca de dos varones apostólicos. Es comun tradicion en la iglesia que Santiago el mayor, vino á predicar el cristianismo á España y lo es tambien que las comarcas en que mas vivos recuerdos quedaron de su paso, aquellas que distinguió con su predileccion fueron las de Galicia (1). La opinion mas admitida por los autores que tratan de este asunto, y tambien la que presenta mas visos de verdad, es aquella que asegura que, saliendo Santiago de la ciudad de Joppe, atravesó el mar interior y arribó á España en las playas del Mediterráneo. Dado este itinerario, es lo natural que ya que no visitase (algunos aseguran lo contrario) á Tarragona, ciudad importante y capital de una vasta provincia, entrase al menos por Cartagena, colonia cartaginesa y por lo tanto semita, pasase á la Bética y Lusitania, y avan-

(1) La predicacion del Apóstol Santiago en España, no fué admitida sin contradicion, y harto célebres fueron las contiendas literarias á que dió márgen. El Sr. D. V. de Lafuente, autor de la *Historia eclesiástica de España*, como si sintiese toda la dificultad de tratar este asunto, pasa por él como sobre áscuas. El curioso podrá leer, sobre todo, el precioso libro de Castellá Ferrer, *Historia del Apóstol Santiago*, que por cierto merece bien los elogios que algunos le han tributado. Ultimamente el P. Florez vino á dar con el peso de su autoridad, mayor realce á la opinion que sustentan cuantos admiten á Santiago predicando el evangelio en España. Hoy dia, esto es lo que se cree mas generalmente, puesto que á cada momento se descubren nuevos testimonios de esta verdad. Sin ir mas lejos, un autor francés, el abate Pardiac, en su libro titulado *Histoire de S. Jacques le Mayeur, et du pelerinage de Compostelle*. Bordeaux, 1863, cita en su apoyo estos dos versos de S. Adhelmo, obispo de Scherburn, en el siglo VII.

Hic quoque Jacobus eretus genitore vetusto
. . . .
Primitus Hispanias convertit dogmate gentes.

zando hasta el septentrion, visitase á Braga y se internase en Galicia, deteniéndose en estas comarcas, en donde parece que su predicacion produjo sus naturales frutos. ¿Vino á España con discípulos? Los hizo aquí? De los siete que segun todas las probabilidades (1) tuvo, se duda que fuesen todos compatriotas del apóstol. Desde luego el Papa Calisto II llega hasta afirmar que en su mayoria eran gallegos; cosa fácil, una vez que en Galicia y especialmente en Iria, estuvo la mayor parte del tiempo, que amó con preferencia estos paises, y que al tornar aquí sus discípulos con el cadáver de Santiago, parece que hicieron, como quien abandona una tierra ingrata y vuelve á las regiones natales, trayendo consigo las santas reliquias del mártir y del maestro querido. La tradicion asegura que el apóstol recorrió todo el pais gallego, y las iglesias de Braga, Iria y Lugo se glorian de haber sido de fundacion apostólica. Si en esta ocasion se entiende por iglesia la reunion de los fieles que hubiese en cada una de estas ciudades, no hay duda que tienen razon al creerlo; mas si se quiere decir que el Apóstol ó sus discipulos dejaron en ellas obispos,

(1) Hay variedad de opiniones, aunque no todas igualmente autorizadas, en esto de señalar el número de discípulos que tuvo el Apóstol; quien asegura que fueron veintiseis, quien que doce, como Jesucristo, mientras que la opinion general es que fueron siete. Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Esicio y Eufrasio. En la Bula de Calisto II, se espresa que tuvo muchos discípulos pero que los principales fueron doce, tres en Judea y nueve en España. Estos nueve los eligió en Galicia, dos de ellos quedaron en el país, los restantes marcharon con el Apóstol á Jerusalen y estos fueron los que trageron su cuerpo á Padron. «Novem vero in Galæcia dum adhuc vivere Apostolus elegisse dicitur, quorum septem, alici duobus in Galæcia prædicandi causa remanentibus cum eo Hierosolymam perrexerunt ejusque corpus post passionem per mare in Galæciam deportaverunt.»

desde los cuales arranquen no interrumpidas séries de prelados, entonces sí que se puede asegurar que no están tan en lo cierto como imaginan. Perseguido en un principio el cristianismo mas que por la ley, por las intolerancia de las turbas, si echó raices en Galicia fué seguramente en las ciudades, por que, cosa curiosa y digna de ser recordada siempre, ninguna revolucion política, social ó religiosa, que tienda á librar á la muchedumbre de las cargas y tiranias que sobre ella pesan, halla en ella auxiliares ni creyentes. El cristianismo no fué en esto, por lo general, mas afortunado: la misma palabra *pagano*, con que los cristianos denominaban á los adoradores de los ídolos, nos da á entender con toda claridad que se trataba de los ignorantes campesinos de los *pagos*, adheridos fuertemente á las antiguas creencias, los últimos por lo mismo en abandonarlas.

El movimiento á que dió vida la prodigiosa autoridad romana de los primeros dias del imperio, fué providencial para la mas pronta y mas fácil propagacion de aquella doctrina, contribuyendo grandemente á ello, la contínua corriente de relaciones que se establecieron entonces entre Roma y las provincias, pues traia á ellas uno como rumor poderoso que les hablaba de todas las grandes ideas que fermentaban en la metrópoli. Galicia, que como las demás provincias del imperio participaba de este movimiento regenerador, Galicia que acababa de oir la voz del Apóstol y que viera establecerse dentro de su territorio la cátedra cristiana, hubo sin duda alguna de contar con numerosos con-

vertidos. Braga y Lugo, cabezas de los conventos jurídicos, Iria populosa ciudad, Finisterre ó sea el celebrado Nerio, Bayona, ciudad semita como Iria pero rica y notable, la Limia pais no menos rico y poblado: hé aquí los lugares en que viven los primitivos recuerdos del establecimiento del cristianismo y propagacion de su culto en nuestro pais. Verdaderamente esto es lo único que nos queda, puesto que en las duras y trabajosas persecuciones de que fueron objeto cuantos seguian estas doctrinas, se perdieron ó quemaron las actas de los primeros que afrontaron el martirio, corona y gloria de solo aquellos á quienes la fé poseia por entero. Vivo primero en la memoria de los fieles, fiado despues á la tradicion, el recuerdo de aquellas persecuciones y de los santos mártires que en ella sellaron con la vida su amor á Jesucristo y á la naciente iglesia, pronto se borró, mezclando ó confundiendo esos recuerdos y por lo mismo, haciendo imposible una exacta y completa historia de la predicacion y propagacion del cristianismo en España, durante los tres primeros siglos. Por desgracia, la historia de este periodo, de suyo harto confuso, fué manchada por los sueños y falsedades de ciertos autores españoles á quienes ayudó en tan triste tarea, un escritor gallego fecundo en toda clase de invenciones: hé aquí por que es ahora imposible trazar con mano segura el cuadro de los primeros tiempos del cristianismo en España y por lo tanto en Galicia, que no fué á la verdad de las provincias que menos sufrieron con semejantes fábulas y mentiras.

La primera y formal persecucion de los cristianos en España, la ponen todos en el imperio de Neron, guiándose, tanto por las noticias que nos ha conservado la historia, como por aquella lápida de Clunia (1) que algunos reputan sospechosa y por la cual consta que aquel emperador recibió felicitaciones por haber acabado con la secta de los cristianos. Es evidente que este príncipe, dió pronto al olvido aquella máxima de Gallion, hermano de Séneca, *las contiendas de religion*

(1) La inscripcion de Clunia ha sido reputada por algunos epigrafistas como espúrea ó cuando menos dudosa. A. de Morales, que se hizo cargo de ella el primero, no la admite sin reserva, pues dice en su *Crónica*, libro IX, cap. 16, «Y porque no tengo yo toda la certidumbre que quisiera de esta piedra, trato de ella con este recato, y asi lo haré, como suelo, de todas las demás de que no estuviese muy satisfecho en la certidumbre.» A. Ferreras le pareció sospechosa, por ser del Anconitano; pero añade, que, segun Orosio, el edicto contra los cristianos se dió para todas las provincias. Florez buscó en vano esta lápida en Pisuerga, cosa que no nos maravilla, puesto que el mismo A. de Morales dá á entender que no era en Clunia y su convento, sino en la Bética, en donde se habia hallado. Masdeu la defiende, lo mismo que otras dos que se dicen halladas en Clunia, dedicadas á Diocleciano y referentes al mismo asunto y por último algunos estrangeros la rechazan, aunque á estos se les podia aplicar lo que con sobrada oportunidad y gracia, dijo á propósito de otra inscripcion nuestro Castellá, refiriéndose á Morales, esto es, que no la rechazaran con tanta facilidad si estuviera en su tierra. Para nosotros es evidente que esta inscripcion merece entero crédito, sobre todo desde que la de Rimini, á la cual nos referimos mas adelante, confirma uno de los hechos, por cierto el menos conocido, que se consigna en ella. He aqui la inscripcion:

NERONI· CLAVDIO·
CAESARI. AVG·
PONT· MAX· OB·
PROVINCIAM· LA
TRONIBVS· ET· HIS·
QUI· NOVAMGE
NERI· HVMANO
SVPERSTITIONEM·
INCVLCABANT.
PURGATAM·

Esto es: *A Neron Claudio César Augusto, Pontífice Máximo, por haber limpiado la provincia de salteadores y de aquellos que imbuian al género humano en una nueva superstición.* Masdeu la presenta de otra manera que la que se copia comunmente y es como la damos nosotros tomada de Ambrosio de Morales.

no son asuntos del foro civil (1)-sea porque entre las locuras á que se entregó entrase la de la persecucion de los cristianos, sea porque estos, y es lo mas verosímil, se habian hecho sospechosos al imperio, es lo cierto que desató contra ellos una persecucion cruel en todas las provincias que dependian de Roma, y que en España, como en los demás paises, fueron muchos los que padecieron martirio. Galicia no se vió por lo tanto mas libre que las demás comarcas españolas, y es lo natural que entre los cristianos gallegos como entre los demás, se cebase la furia de los procónsules, aun cuando se hayan olvidado sus nombres y se ignore su martirio. Entre los que se dice que padecieron en Galicia, apenas pueden citarse algunos sin riesgo de equivocarse. El P. Gándara (2) llenó todo un volúmen contándonos la vida y hechos de muchos de esos santos mártires; mas ni á él, ni á los que despues de él trataron de estos asuntos, se les puede seguir en

(1) Estando Gallion, español y hermano de Séneca, gobernando la Acaya, los judios le pidieron que condenase á muerte á San Pablo, por predicar una doctrina contraria á la religion que profesaban. Gallion les contestó entonces con las notables palabras que recordamos.

(2) P. Gándara, *El Cisne occidental*, etc. tom. I.

Por las fábulas con que los autores de los Dextros, Luintprandos, etc., embrollaron la historia eclesiástica de España, y por la escasez de verdaderas y auténticas noticias, respecto á los primeros tiempos del cristianismo, es sumamente difícil escribir con acierto y en breves páginas acerca de tan interesante como desconocido período. No siendo posible entrar aquí en grandes detalles y consideraciones propias de obras de distinto argumento, nos guiamos en esta ocasion por lo que sobre este asunto indica el P. Florez, en su *España Sagrada*: los curiosos pueden ver hasta donde llegaron los delirios de los autores de los falsos cronicones, leyendo al P. Gándara en la obra citada, que no se libró del general contagio de su tiempo en estas materias.

sus aventuradas afirmaciones. Las noticias de que se valió aquel sábio hijo de Galicia, no merecen crédito alguno, por haberlas bebido en las impuras fuentes de los falsos cronicones. Leyéndolas con atencion se descubre al momento su falsedad; á unos se les hace obispos de sedes cuya ereccion no consta en aquel tiempo; otros como la reina Lupa, son hijos de posteriores y erradas tradiciones; á estos se les confunde con los de otros paises; á aquellos se les hace padecer bajo el poder de Neron, cuando lo verosímil es que perecieron en tiempo de Diocleciano. Sin embargo, por mas que nada especial nos conste respecto á la primera persecucion de la iglesia gallega, no se la puede poner en duda, puesto que consta de una manera evidente, que la intolerancia romana se ensañó en la Tarraconense contra los primeros cristianos y que los de estos paises no quedaron libres de ella. La lápida de Clunia nos es de gran auxilio en esta ocasion, pues conmemora dos hechos coetáneos, el de haber limpiado la provincia de los ladrones que la infestaban, y el de haber acabado con los partidarios de la nueva secta. Lo primero es exactísimo; una inscripcion de Rimini viene á confirmarlo: por ella consta que en los años 60, ó 61, los astures (1) se sublevaron contra Roma, y que

(1) Trae Masdeu esta inscripcion en el tom. V. de su *Esp. Crit.*, página 418. El mismo nos dá su traduccion que es la que sigue: *A Marco Vetio Valente, hijo de Marco, de la tribu Aniense, soldado de la cohorte octava pretoriana, beneficiario del prefecto del pretorio, que recibió en la guerra Británica el precio de un collar, brazaletes y aderezo de un caballo; veterano, llamado otra vez á la milicia por el emperador y premiado con una corona de oro: centurion de la cohorte sesta Vigilante, centurion*

fueron vencidos por Marco Vectio Valente, á quien el emperador colmó de sus dones; la persecucion pues de los cristianos es verosímil.

La memoria de aquella sublevacion debe sernos grata. Por el territorio en que se manifiesta, por su vecindad, por los lazos de sangre que unian á los hombres del convento asturicense, con los de los otros dos conventos gallegos, puede asegurarse sin riesgo alguno, que nuestros autepasadcs tomaron parte en ella, y que los ladrones de que nos habla la lápida de Clunia, —siguiendo la conocida costumbre romana de llamar asi á cuantos en España defendian la libertad de la patria,—no eran otros que los astures de la inscripcion de Rimini, que osaron, cuando todos sufrian resignados la coyunda romana, declararse en rebelion y hacer frente á las águilas imperiales En cuanto á nuestros cristianos es evidente que muchos de ellos sufrieron el martirio: la inscripcion española junta ambos sucesos, y parece indicar que la sangre de los que defendian

de presidio, centurion de la cohorte décima sesta Urbana, centurion de la cohorte segunda Pretoriana, instructor de la caballeria, guardia de corps del principe, pretor de la legion trece Gemina, tribuno de la legion sesta Vencedora, premiado con corona aderezo de caballo y brazaletes, por el éxito feliz de sus empresas contra los asturianos, tribuno de la cohorte quinta Vigilante, tribuno de la cohorte doce Urbana, pretor de la legion catorce Gemina, Marcia, Vencedora, procurador del emperador César Augusto en la Lusitánia, patrono de la colonia. Le dedicaron este monumento diez guardias de corps del Principe, naturales de esta colonia, siendo cónsules Cayo Lucio Telésimo y Cayo Suetonio Paulino. Y aquí es necesario advertir lo que ya tenemos dicho, esto es, que los asturianos á que se refiere la inscripcion no son solamente los pueblos que conocemos hoy con este nombre, sino los del convento asturicense, en el cual, como se ha espresado ya, entraba parte de la Galicia actual.

la fe de Cristo, corrió juntamente con la de aquellos que defendian la pátria esclava. Por desgracia, todas las noticias que acerca de ambos acontecimientos se conservan, se reducen á las inscripciones citadas y á los versos en que Prudencio recuerda la persecucion y canta la gloria de los primeros mártires. Para un tan dilatado imperio como el romano, la sublevacion de los astures debia ser bien poca cosa; mas si Neron no estuviera cegado por la inmensidad de su poder, hubiera visto en ella fácilmente, la chispa que anunciaba el incendio en que debia perecer. No pasó mucho tiempo, despues del triunfo de Valente, sin que los pueblos de la tarraconense diesen la púrpura imperial á su proconsul.

En medio de estas perturbaciones, y las que siguieron despues, se estendió el cristianismo por toda España, de aquella manera victoriosa que indica San Cipriano, cuando dice que en su tiempo (siglo III), la península ibérica contaba con numerosas iglesias. No vivieron estas, ni se propagaron tranquilamente: las persecuciones de Neron se renovaron bajo el gobierno de algunos de sus sucesores, hasta que en tiempo de Diocleciano, estalló la última, pero la mas terrible de todas. A esta refiere el P. Florez todos los mártires que en Galicia murieron por la fé de Cristo en los tres primeros siglos, ya porque no nos quedaron especiales noticias de su martirio, ya porque la persecucion de Diocleciano fué la mayor de todas, y ya tambien porque en aquel tiempo el cristianismo habia adquirido tan notable desarrollo, que lo hacia fecundo en victi-

mas (1). San Victor, catecúmeno de Braga, á quien erradamente hace Contador de Argote, obispo de aquella ciudad, es uno de los mártires de quien nos queda memoria cierta. Negóse á sacrificar y coronar de flores los ídolos que recibian adoracion en el templo que dicen se levantaba orillas del Aleste, que circunda por oriente y mediodia aquella ciudad: por esta causa fué degollado. No sería este santo el único mártir que contase aquella populosa ciudad, cabeza entonces de la provincia gallega, pero no hay noticia de los demas. Lo mismo sucede respecto del resto de Galicia, pues el autor de la *España sagrada* solo admite, aunque rechazando las actas, á las santas mártires Marina y Eufemia (2), ambas pertenecientes al obispado de Oren-

(1) Vid. P. Florez, *España Sagrada*, los tomos correspondientes á las iglesias de Galicia y sus limítrofes. Allí se verá que gran trabajo tiene que hacer el que escriba la historia eclesiástica de nuestro pais para separar en estas cosas lo verdadero de lo falso ó sospechoso. Huerta, en sus *Anales de Galicia*, tom. I, á pesar de que parece rechazar las noticias de los falsos cronicones, se guia por ellos mas de lo debido y en casos en que nada se puede afirmar, sus palabras tienen mas seguridad de la que debieran. Este autor es de opinion que, cuando padeció San Víctor en Braga, padecieron igualmente Silvestre, Cucufato, Susana y Torcuato, estableciendo cierta diferencia entre estos mártires y los de los mismos nombres de que hablan los falsos cronicones. El P. Florez se ocupa de estos santos en el tom. XV de su obra, pág. 284 y siguientes, y allí puede ver el curioso lo que acerca de estos mártires dice el célebre agustino. De ellos quedó noticia, (escepto de S. Torcuato) en la *Historia Compostelana*, pues consta que D. Diego Gelmirez fué á Braga y trajo para Santiago sus reliquias.

(2) A esta última santa la hacen hija de un Lucio Catelio Severo y su muger Calsia, residentes en Bayona de Galicia, y padres de las nueve hijas que se dice nacidas de un parto. El P. Florez, en el tomo XII, pág. 122, se ocupó de este asunto y demostró todos los errores y anacronismos en que cayeron los autores de las especies referentes á las nueve hermanas mártires, tan imaginarias como la ciudad de Balcagia, y la presidencia de Galicia y Lusitania, de que hablan los falsos cronicones.

se, en donde tan grande es la devocion que se las tiene. ¿Es acaso que la fé de nuestros antepasados era tan tibia que no les permitia arrostrar la muerte por las nuevas doctrinas? ¿Es acaso que tardó tanto en penetrar el cristianismo en Galicia, que apenas se hallaba en los tiempos en que las persecuciones eran tan grandes y tan crueles, un adorador de Cristo á quien dar martirio? Esto no es presumible siquiera. Nosotros vemos que en tiempo de Decio dos obispos, el de Astorga y el de Leon, no dudaron en sacrificar á los ídolos por salvar la vida, cosa que si por un lado prueba la poca firmeza de ambos pastores, indica por otro que el cristianismo se hallaba no solo establecido en Galicia, sino estendido de una manera notable. Si esto no fuera asi ¿cómo se comprenderia la viva lucha priscilianista? Apenas Constantino permite profesar públicamente la nueva religion, cuando Galicia aparece, lo mismo que el resto de España, con numerosos Obispos y por lo tanto con numerosas iglesias. Estas no podian ser fruto del momento: siquiera no nos quede recuerdo de ello, debe pensarse que ya en el retiro y el silencio, ya públicamente, la cátedra cristiana tenia numerosos adeptos en el pais, y que en el momento en que los que se hallaban perseguidos y ocultos pudieron presentarse y hacer públicas sus creencias, lo hicieron asi. Pero, ¿qué mas? en los mismos dias en que Basilides y Marcial eran víctimas de las tristes debilidades de que nos habla San Cipriano, un Félix no duda en levantar la voz contra ellos y los fieles de sus diócesis en nombrar nuevos obispos. Esto sin olvidar

que Tertuliano, dice expresamente, que la fe se habia estendido por todos los ámbitos de España, *hispaniarum omnes termini*, y que con este testimonio y con saber, como sabemos, que las actas y demas libros sagrados fueron quemados durante la persecucion de Diocleciano, se explica la falta de noticias que se nota acerca de nuestros primeros mártires (1).

Este silencio y confusion encuentra tambien el que pretende escribir acerca de los orígenes de las sedes de

(1) Aquellos escritores que con la fabricacion de los falsos cronicones quisieron aumentar de una manera inusitada las glorias eclesiásticas de España, estuvieron bien lejos de imaginar el daño que le hacian con semejantes absurdos. Nuestro pais no fué por cierto de las provincias con las cuales se mostraron mas avaros: bajo la fé de los Dextros, Luintprandos, Haubertos y en Galicia Servando, escribió nuestro Pallares, en el episcopologio de Lugo, todo lo referente á los obispos de los primeros siglos, un anónimo hizo lo mismo con la iglesia de Iria y el P. Gándara pudo llenar con las mas curiosas novedades todo el primer tomo de su *Cisne Occidental*. No vamos ahora á ocuparnos en refutar aquellas fábulas, pero no es justo dejemos sin tocar uno de los puntos verdaderamente notables de nuestra historia eclesiástica, esto es, del lugar de naturaleza y martirio de los santos Facundo y Primitivo. Se sabe por sus actas, que estos mártires padecieron en Galicia á orillas del rio Cea, queriendo las tradiciones gallegas y las de la catedral de Orense, que fuesen naturales de este reino y que el rio Cea, sea el que pasa á tres leguas de aquella capital. Tan poderosas y dignas de tener en cuenta eran dichas tradiciones, que Huerta, lo mismo que Gándara, admite unos mártires Facundo y Primitivo orillas del Cea cerca de Sahagun (palabra que parece corrupcion del nombre del santo), cuyos cuerpos se conservan en aquel monasterio, y otros Facundo y Primitivo, martirizados orillas del Cea de Galicia, y cuyas reliquias posee la iglesia de Orense, cuando menos desde el año 1391, como puede verse en Muñoz de la Cueva *Not. hist. de la Sta. iglesia de Orense*, pág. 201. No es posible negar que á la tradicion gallega, hicieron mucho daño las falsedades con que Boan pretendió acreditarla. Fué tal el cuidado que este escritor puso para conseguir su intento, que causa disgusto ver hasta donde puede llegar en estas cosas un ingenio estraviado. Desgraciadamente, como en este asunto se inventaron lápidas y escrituras y se suponen ciudades que jamás existieron, es necesario ver que autoridad tienen y que

Galicia y série de sus prelados. Efecto de que, segun es sabido, el nombre de obispo y el de diócesis no tuvieron en los primeros siglos la significacion que al presente, y efecto tambien de que los que de estas cosas trataron, aun partiendo de aquel supuesto, se empeñaron en ver tales sedes y tales prelados, es grande la confusion y la dificultad de hablar con acierto de los principios de las iglesias gallegas. Aseguran algunos que

asenso puede dárseles. Suponen que cerca del rio Cea hubo una ciudad populosa denominada *Arsacia Cobaria*, ciudad de la cual no tenemos noticia alguna. Para dar á esta aseveracion algun aire de verdad, aparecen descubiertas dos lápidas, en que se menciona dicha poblacion y su municipio: por desgracia se les olvidó que Galicia no fué provincia sino desde Constantino y que desde Augusto no pertenecia á la Ulterior, como quieren dichas inscripciones, cosas ambas bien sabidas y aun probadas por las que publica Grutero, y á las cuales se refiere el P. Risco en el tom. XXXIV de la *Esp. Sagr.* pág. 45. ¡Lástima que Cean les haya dado cabida en su *Sumario de antigüedades*, sin echar de ver semejante prueba de su falsedad! Creyó Boan que ni con tales lápidas quedaban las cosas á su gusto y para darles mayor autoridad, sacó á relucir cierto pasaje de una escritura ¡de Chindasvinto, al monasterio de Melon!! El P. Gándara, saca en efecto todo el partido posible, que no es poco, del indicado pasage, pero no dice que ha visto él la escritura, ni sabemos que la haya visto nadie, antes al contrario puede sospecharse que solo el autor de las lápidas arsacienses ha gozado escritura tan curiosa y en la cual se dice pasaba por Arsacia, la via de Braga á Brigancia! Otras lápidas encontraron,—y podemos agradecerles hayan descubierto tan pocas,—en los lugares en que segun ellos estuvo situada la dichosa Arsacia. Huerta se refiere á ellas y prueba perfectamente su falsedad, Gándara las publica y se hallan en la *Historia Gótica* de Servando con señales manifiestas de ser todas de una misma mano. Lo mismo Gándara que Muñoz de la Cueva, parecen dar á entender que tanto la inscripcion del soldado Facundo siervo de Dios, como la del soldado Fernando de la familia Marcela, existian en su tiempo, aunque lo dudamos, pues no creemos que el buen Boan inventase inscripciones mas que en el papel. A pesar de lo dicho, no debe olvidarse que es constante en aquel pais, la tradicion de haber padecido allí ambos santos, tanto que el Lic. Molina, los pone como hijos de la actual Galicia y dice fueron martirizados cerca de Orense.

la organizacion del clero católico está basada sobre la del clero búdico (1); pero este es un error en que han caido bien pocos. La iglesia en su deseo de alcanzar la ansiada unidad, en la necesidad que sentia de ligar con vínculos estrechos á los perseguidos cristianos, no hizo mas que imitar en su organizacion esterna á los romanos, que sentian y obedecian á iguales deseos de unidad. La igualdad cristiana, purísima sobre todo en los primeros dias de la iglesia, parece como que no permitia superiores: los apóstoles, como discípulos de Cristo y propagadores de su doctrina, tenian iguales atribuciones, salvo la primacía de Pedro, y los que les seguian les imitaron por completo, lo mismo en la doctrina que en la conducta. Tan pronto la naciente iglesia contó con numerosos prosélitos, se reconoció la necesidad de una organizacion, y de ahi que siguiendo á los romanos, estableciesen al lado de la magistratura civil que aquellos tenian, la eclesiástica. En cada municipio pusieron un obispo, con un senado llamado presbiterio, compuesto de sacerdotes inferiores al prelado por las órdenes y el poder. La jurisdicion del obispo no pasaba mas allá de los límites del municipio, y

(1) «La organizacion primitiva del cristianismo fué en cierta manera municipal, existiendo cada iglesia por si misma y comunicando unas con otras las diferentes iglesias por medio de epístolas y enviados reconocidos. Las iglesias, no hicieron á decir verda mas que continuar el vasto sistema de sinagogas que cubria el imperio en la época de Augusto y que ha continuado entre los judios hasta los tiempos modernos.» E. Renan, *L' avenir religieux des societès modernes*, pág. 355 de las *Questions contemporaines*.—Paris, 1868.—Aunque en el fondo, la opinion de este escritor está conforme con la admitida generalmente por los que tratan esta cuestion, difiere algun tanto de ella por la manera con que está presentada; por eso la damos á conocer.

toda la estension que caía bajo su dominio, se llamaba tan pronto parroquia, tan pronto diócesis: asi se comprende como en Galicia los recuerdos de nuestras primitivas iglesias, están unidos ya á ciudades municipales como Iria, Cœlenis, Aquas Flavias y otras poblaciones que podemos decir recibieron aquel título, puesto que se conservan noticias de sus obispos, ya á las que eran cabezas de convento y de provincia, como Bracara, Lucus y Asturica. La division civil de Constantino, llevada á cabo casualmente en el siglo de oro del cristianismo, influyó no poco en el giro que se dió á la eclesiástica. Asi como el imperio tuvo diócesis y en ellas vicarios, asi la iglesia estableció á su lado exarcas ó patriarcas; asi como las diócesis se dividian en provincias con sus correspondientes capitales y sus cónsules, asi se tornaron en metropolitanos ó arzobispos los prelados que gobernaban las iglesias establecidas en dichas capitales, y por último, tal como las provincias se subdividian en conventos jurídicos y en estos cabian los municipios con su jurisdicion suburbana, asi parece que se establecieron tambien algunas diferencias, que no se está hoy en el caso de apreciar debidamente, entre los obispos de la ciudad cabeza de convento, y los que solo lo eran municipales (1).

(1) Vid. L' Abbé Martigny, *Dictionaire des antiquites chretiennes*, art. DIOCESIS, EVEQUES, etc., y el notable trabajo publicado por la iglesia de Sevilla, á mediados del siglo pasado, en el cual para rechazar las pretensiones de Toledo, el autor anónimo de dicho *Memorial*, entra en curiosas y acertadas investigaciones relativas á la organizacion de las iglesias en los primeros siglos del cristianismo. Es un trabajo verdaderamente digno de atencion y nos complacemos en recomendarlo á los que traten de estos asuntos.

Semejantes mudanzas no debieron ser admitidas en España sin repugnancia y sobre todo en Galicia, en donde el priscilianismo aflojó algun tanto los lazos de la disciplina. Los obispos que durante los tres primeros siglos de la Iglesia, sin negar el derecho superior del Papa, apenas estaban sujetos de hecho mas que á Jesucristo, no se hallarian muy dispuestos á perder de sus prerogativas; sin embargo, parece que obedecieron. El cánon del concilio de Antioquía (341) que mandaba reconocer por metropolitano al obispo que residiese en la capital de la provincia, cogió á Galicia separada ya de la Tarraconense, y formando, como hemos dicho ya, con los conventos de Braga, Lugo y Astorga, una provincia dilatada. El obispo de Braga, que era capital, se tornó en primado de todos los de Galicia; ocho siglos mas tarde aun disputaba esta iglesia á la de Santiago las prerogativas alcanzadas para ella por su primer arzobispo, el infatigable Gelmirez (1). La con-

(1) Este prelado se condujo con gran precaucion y firmeza y con una actividad notable en esta cuestion, probándonos esto mismo lo arraigadas que estaban en la iglesia las antiguas tradiciones. Para hacer metropolitano al arzobispo de Santiago, fué necesario valerse de la soledad en que se hallaba la iglesia de Mérida, capital de la antigua Lusitania, y pasar sus derechos á la sede compostelana. Sin duda alguna esto no bastaba á D. Diego, puesto que al mismo tiempo solicitó y obtuvo que el Papa le nombrase su legado en Galicia, conseguido lo cual y como para dar una sancion á los privilegios alcanzados, convocó á concilio á todos los obispos que podia, desde entonces, contar como sufragáneos. Faltaron algunos, en especial el de Braga, metropolitano que veia crecer al de Santiago á sus espensas y disminuir su autoridad, y como D. Diego en castigo le suspendiese del oficio sacerdotal, el Papa aprobó lo hecho por este prelado. Sin embargo, Gelmirez, no logró lo que queria respecto al metropolitano de Braga, pues Calisto II no solo se negó á pasar la dignidad de aquella á la iglesia compostelana, sino que á pesar de que D. Diego le habia convocado al concilio como legado pontificio y no

fusion que en todas las cosas introdujo la irrupcion bárbara, el dominio de los suevos, la division de Galicia que estos llevaron á cabo, dando por resultado dos capitales, y por lo tanto, dos obispos metropolitanos en el antiguo pais gallego, ha ocasionado no pocos errores, y fué causa de importantes querellas.

Siéndonos tan desconocidos é inciertos los orígenes de nuestras principales iglesias, no debemos estrañar que nos lo sean tambien sus episcopologios. De los primeros obispos de Galicia no nos quedan noticias seguras: el episcopado de San Pedro de Rates, que el P. Florez, á pesar de su crítica admite como discípulo del Apóstol y primer prelado de Braga, no tiene en su favor todas las opiniones, y en nuestro concepto, ni la razon tampoco, á pesar de la autoridad de que goza aquel distinguido escritor. Faltan, pues, las noticias referentes á los primeros obispos gallegos, y por lo tanto, las de sus iglesias respectivas, hasta los tiempos en que con la celebracion de los concilios, aparecen algunas veces sus nombres entre los de los demas que firman las actas. Por desgracia, los primerós concilios españoles se celebraron en otras provincias, y á ellos no acudieron nuestros obispos: he aqui como nos vemos reducidos en esto á una lamentable oscuridad y vacio que nadie es capaz de llenar. ¡Y sin embargo, Galicia, como las demas provincias españolas, tenia sus iglesias, y por lo mismo era necesario que tuviese sus

como primado de Mérida, el Papa dijo al de Santiago tolerase la desobediencia del bracarense. Al concilio para que fueron llamados de nuevo, acudieron varios obispos; el arzobispo de Braga envió en su lugar vicarios.

prelados! El número de esas iglesias nos es desconocido, pero puede sospecharse que no eran escasas, puesto que despues de la irrupcion bárbara perseveraron las principales, como fueron las de Braga y Lugo, metropolitanas durante la division del reino de los suevos, y las de Iria, Auria, Tyde y Britonia. Nos consta ademas la existencia, durante la época hispano-latina, de la de Aquæ Flaviæ (Chaves), en donde fué obispo Idatio, de la de Cælenis (Caldas de Cuntis), en donde tal vez lo fué Carterio (1) y la de Dumio, que gobernó mas tarde San Martin, llamado por tal razon Dumiense. Pero, ¿á qué cansarse? por la historia sabemos que eran muchos los obispos de Galicia (2). Idatio nos dice que al concilio de Toledo celebrado para condenar las doctrinas priscilianistas, acudieron Simphosio, Dictinio y otros que tenian sus sillas en esta provincia; mas debe advertirse que esta verdad no autoriza, en manera alguna, á aquellos autores de episcopologios gallegos

(1) Celenis era un municipio con gran estension suburbana; atendida su importancia, atendido á que tuvo obispos y que en dicho municipio se celebró tal vez aquel concilio contra los priscilianistas, objeto de tantos debates, como se verá mas adelante, y teniendo cuenta por último la importancia de Carterio en aquellas contiendas, nada tendria de extraño que fuese obispo de dicha diócesis.

(2) Es evidente que el número de obispos de Galicia era grande. Seguin asegura que al concilio celebrado en nuestro pais para condenar los errores de Prisciliano, acudieron diezinueve, segun consta, dice, del primer concilio de Toledo. En opinion de Quesnel ascendian á quince. La cuestion á que alude Idatio de haberse ordenado obispos en el convento lucense, contra la voluntad de Agrestio, prelado de Lugo, nos prueba dos cosas á la vez; una que el obispo de la capital del convento tenia cierta autoridad sobre todos los que podemos llamar municipales, y otra, que como indica el P. Florez, debió hacerse la ordenacion en un sínodo, tenido en alguna de las sedes de su convento necesitándose para la celebracion de dicho sínodo la presencia de algunos obispos.

que nos dán la série de nuestros prelados desde los primeros años del cristianismo, valiéndose para ello de las especies contenidas en los falsos cronicones. Noticias ciertas de algunos obispos de Galicia, solo las tenemos desde el momento en que se encendió la heregía priscilianista; noticia exacta y seguida de los prelados gallegos, solo es posible hallarla, despues de la irrupcion sueva, en cuyo tiempo parece que, disminuyendo el número de obispados y aumentando por lo mismo su territorio, adquirieron las iglesias episcopales el carácter que conservan aun, diverso hasta cierto punto del que tenian en los primeros tiempos.

Habia llegado por fin al cristianismo el momento decisivo de su triunfo: con la irrupcion bárbara y la destruccion del imperio, el politheismo, que tenia en aquella ciudad y en la política romana su último asilo, perdió su lazo de cohesion y con él la vida. El mismo pueblo, á pesar de que siempre es el último á olvidar, subyugado por tantas plagas como afligian entonces á Europa, entró en el seno de la Iglesia, á la cual llevaban algo de las antiguas creencias. Los cánones de los concilios nos dicen cuanto tuvo esta que luchar contra las viejas supersticiones gentílicas, adheridas fuertemente, no solo á las gentes de los campos, sino tambien á muchos presbíteros. Cuando en medio de los tumultos de la conquista se pierden todos los derechos, cambia la propiedad, y las leyes dejan de ser observadas, cuando se vive entre el disgusto de un amargo presente y el temor de un porvenir tristísimo y se siente todo el peso de una nueva y poderosa dominacion extrange-

ra, nada tiene de extraño que los hombres aprendan á sufrir y reciban resignados toda clase de yugos. El cristianismo, que comprendia todo el vigor de que estaba poseido, se sentia atraido insensiblemente hácia aquellos bárbaros, que al destruir á Roma, destruian á su vez el gentilismo. Los obispos cristianos eran mas respetados de los gefes bárbaros que de los procónsusules romanos; asi, pues, no solo vieron con gusto derribarse el imperio, sino que ayudaron á que desapareciese. La Iglesia recibia con ellos nuevos fieles, y lo que es mas, nuevos y ardientes apóstoles, que introduciendo en el cristianismo el elemento germánico, le dieron algo de su carácter melancólico, algo de la dulce y tierna poesia, propia de aquella raza y de la céltica, la cual resignada bajo el peso de su desgracia, se torna improductiva, necesitando que el ruido de aquella gran catástrofe la obligue á sacudir sus ligaduras, y levantándose de su tumba, volver, como Lázaro, á la vida, á la lucha, á la religion, en una palabra, á la patria que renace bajo el casco de los caballos germánicos.

V.

Prisciliano y su doctrina.—Movimiento intelectual á que dió márgen esta heregia.—Fin del período romano.

Apenas la conversion de Constantino permitió á los cristianos el libre ejercicio de su culto, cuando las iglesias de Occidente y sobre todo las de España, tomaron aquel notable vuelo y desarrollo que se advierte durante el siglo IV. Galicia que habia entrado ya de lleno en el movimiento romano, puede contar este siglo, sobre todo su segunda mitad, como uno de los mas ilustres y gloriosos de su historia, puesto que dió al imperio un Theodosio (1) y al mundo cristiano un Papa como S. Dámaso. Poetas, historiadores y hasta heresiarcas, contó Galicia en tan interesante periodo, dando de esta manera, una prueba de su actividad, de su inteligencia, de su vida. Es cierto que todo esto fué cuando nuestra provincia tenia límites doblados; mas no será nunca bastante esta consideracion, para privarla de la par-

(1) Vid. Ilustraciones.

te de gloria que le toca como á pais estenso y que caia dentro de dichos límites. Raza en aquellos tiempos varonil y enérgica, se halló por fin la nuestra, en plena posesion, digamóslo asi, de todas sus facultades. La grandeza material de sus ciudades que se sentian entonces llenas de sí mismas, engendró la de los individuos: cuando Braga fué opulenta como nos dice Ausonio, tuvo los Orosios y los Avitos. La riqueza de sus principales poblaciones fué resultado de su gran actividad: la Coruña adquirió de nuevo en tales dias la grandeza y preponderancia que habia tenido durante el periodo fenicio, y las demas ciudades del litoral (1) sintieron refluir á ellas la vida de que en un principio las habian privado las del interior, la política romana y la repentina decadencia de nuestro comercio.

No es esta ciertamente una simple aseveracion del historiador, desnuda de todo fundamento, no: como una prueba del estado floreciente á que habian llegado las principales poblaciones marítimas de Galicia, pudiera muy bien citarse el hecho de que las escuadras que de Alemania vinieron en tiempo de Constantino á molestar los puertos de la Betica, no pasaron de largo por nuestra costa, antes al contrario, viendo tal vez que sino de tanta fama como las provincias andaluzas, eran al menos tan ricas, tan bellas y tan apacibles como

(1) De poblaciones marítimas que en la actualidad carecen de verdadera importancia, sabemos que adquirieron entonces un notable desarrollo. Se nos ha asegurado que no hace mucho, se veia todavia en el dintel de la puerta de una casa de Muros, grabado un phallo, enseña bien conocida del libertino romano, y que dice por sí sola que la actual villa, tuvo en la época hispano-romana mayor importancia que al presente.

aquellas, desembarcaron en nuestro pais y causaron desde luego los daños consiguientes á lo imprevisto del ataque y la imposibilidad de una formal defensa. Escriben algunos autores gallegos, que los naturales se apresuraron á rechazarlas, pero lo único cierto es que los invasores, ó porque no pudiesen vencer la resistencia que se les opuso, ó porque habian hecho su botin en Galicia y pensasen reunirlo mayor en los puertos de la Lusitania y la Bética, marcharon hácia estas últimas provincias, á donde fueron á buscarles y á desalojarles de ellas los soldados de Constantino.

Estas inquietudes y las generales del imperio á las que nuestro pais no podia vivir ageno, turbaban la paz de que gozaba en medio de una prosperidad creciente, pero que estaba pronta á desaparecer gracias á las borrascosas y sangrientas escenas de la irrupcion bárbara. Esa prosperidad, esa riqueza, engendradoras de los verdaderos movimientos científicos y literarios, no podian ser estériles solamente en nuestro pais, y en verdad que no faltaron en el último tercio del siglo IV hombres dotados de grande inteligencia y cuyo mérito indisputable no han sabido ni podido negar sus enemigos. La historia nos dice que apenas el cristianismo se estendió por nuestro suelo de la manera absorbente que sabemos, en el momento en que esta religion pudo desenvolverse libre ya de toda traba, y con la posesion y el dominio y la estension empezó su verdadero poder, entonces fué cuando un hombre notable, encendió en Galicia el fuego ardiente de una heregia que por las circunstancias á que debió su aparicion, por

las peripecias que experimentó en su desarrollo, por el trágico, inesperado fin de sus principales fautores y sobre todo por la variedad de juicios que acerca de su gefe y aun de su secta formaron los contemporáneos, está destinada á llamar, mas que hasta el presente, la atencion de cuantos se ocupen no solo de la historia eclesiástica de España, sino tambien de la de su cultura. Nada mas cierto que esta heregia, ni cayó como un rayo en medio de la feliz comunion cristiana de Galicia, para traer á ella el trastorno y el disgusto que esperimentaron nuestras iglesias y sus principales obispos, ni menos nació el dia en que Marco, traspasando los Pirineos, trajo á estos paises, con los propios errores, los de Mánes á cuya secta pertenecia. Habia algo en la sociedad gallega de aquellos tiempos que la hacia apropósito para recibir ciertas doctrinas, habia un pueblo en cuyas antiguas creencias entraba por mucho el elemento semita, como hemos tenido ocasion de observar, y en cuyo culto, el sol y la luna recibian bajo diferentes nombres una adoracion constante y preferente. Habiéndose perdido los trabajos de aquellos hereges, lo mismo que las refutaciones de sus errores (1), apenas se puede juzgar de las doctrinas que sustentaban mas que por lo que los cánones de los

(1) Por Sulpicio Severo, sabemos que Marco difundió los errores de Manes, por lo tanto, hay razon para pensar que el priscilianismo fué en cierto modo una de las setenta sectas en que segun los autores, se dividieron los maniqueos. De su doctrina nos quedan sobradas noticias, para apreciarlas en su verdadero valor; estamos pues en el caso de buscar en esta heregia la luz que debe iluminar la obscuridad que se advierte en cuanto toca al priscilianismo.

concilios prohibian y por las incompletas noticias que respecto de ellos nos han dejado los autores contemporáneos. Por otra parte, en los concilios no se condenaron mas errores priscilianistas que los religiosos, cosa bien digna de lamentarse, por cuanto nosotros creemos que en esta secta entraba por mas la filosofía que la religion. En efecto, de la marcha que siguió en su desarrollo, y del caracter de su patrono si se ha de hablar con alguna propiedad, se deduce la idea que indicamos. Marco engaña á la noble Agape y á Elpídio, maestro de retórica; estos dos á Prisciliano (1). Hasta el momento en que este último aparece, nada hubo que temer del oscuro Marco, ni de la

(1) Acerca de Prisciliano y su heregia no sabemos que se hayan llevado á cabo grandes trabajos, pues en su mayoria se reducen á artículos de diccionarios, en que apenas se hace otra cosa que glosar las noticias que nos trasmitió Sulpicio Severo y las que se desprenden de lo consignado en los concilios de España celebrados contra aquellos herejes. Los escritores españoles no se han mostrado en esta parte muy cuidadosos de conocer tan interesante período de nuestra historia eclesiástica, ocupándose con preferencia en vanas disputas acerca de la pátria del heresiarca, á quien nadie puede consentir en la suya, como dice el buen cura de Fruime, y que sin embargo, es necesario que haya tenido alguna. Cernadas y Castro, en un papel en que trató de impugnar al P. Florez por lo que habia escrito acerca de este asunto y Alvarez Sotelo en su *Historia de Galicia* Ms. negaron, con otros autores que Prisciliano fuese gallego, fundándose en las mas especiosas razones. No hay sin embargo motivo para dudarlo. Prospero Aquitano que escribió á mediados del siglo V, dice, *Priscilianus episcopus de Gallaetia*, y Florez tiene buen cuidado de notar que Avila, ciudad de donde fué obispo el heresiarca, jamás perteneció à Galicia. La opinion de este autor está adoptada antes y despues de él por los principales escritores españoles y en verdad que no se comprende el empeño que algunos gallegos han mostrado en probar que no era hijo de nuestro pais, robándole así la gloria que le alcanza, por haber producido un hombre de las grandes dotes intelectuales de Prisciliano, sobre todo cuando no es posible negar que en Galicia fué donde mas estragos hizo su heregia.

Cuanto se ha escrito acerca de el

inquieta y elocuente Agape; solo cuando Prisciliano pone en la balanza todo el peso de su indisputable inteligencia, es cuando empieza el movimiento á que dió vida esta heregia.

¿Quién era Prisciliano? Sulpicio Severo nos lo dice; era un hombre elocuente, amigo de saber, poseedor de grandes riquezas y fácil dispensador de ellas, soportador de fatigas, en una palabra, un ser dotado de cuantas cualidades constituyen un espíritu superior. Su inteligencia fácil y viva, estaba por desgracia, manchada por una vanidad disculpable solamente en quien tanto debia á la naturaleza, vanidad que no le perdonaron jamás las medianias que se la echaban en cara, al mismo tiempo que la envidia se regocijaba de su caida. Sulpicio Severo, asegura, que su presuncion venia de los grandes conocimientos que tenia respecto de las ciencias profanas y de la magia, sin que podamos entender otra cosa por ciencias profanas, que la filosofía. Marcos, que sin duda alguna conocia las doctrinas alejandrinas, debió hablarle de aquella brillante escuela en que nacieron los sistemas gnósticos, y en la cual el genio griego y el semita se amalgamaron y pro-

y sus principales corifeos, es por desgracia escasísimo, á pesar que alguno hizo del priscilianismo objeto de un tratado especial. En efecto, en la memoria que bajo el título *De Historia Priscilianitarum dissertatio*, publicó en Roma año de 1750, el presbítero de Urgel D. Francisco Girves, no se hace otra cosa que presentar reunidos los datos que se conservan relativos á esta heregia, mas no apreciar como era necesario el estado de la sociedad española antes y durante las contiendas á que dió lugar su propagacion, ni menos presentar el animado cuadro que ofrecia entonces la península, á la cual, las novedades priscilianistas conmovieron hondamente, dando lugar á un movimiento intelectual como no se habia conocido hasta aquella época.

dujeron, entre otros, un Philon, judio que reflejaba, como vaso cristalino, las doctrinas platónicas. Prisciliano, á quien su génio natural le inclinaba á los estudios filosóficos, hubo de hallar en los discípulos de Marcos, ó tal vez en este mismo, un eco poderoso de aquella escuela, que puede llamarse, desde luego, último refugio de la antigua filosofia. ¡Y qué encantos no tendrian para él dichos sistemas, cuando en su seno se unian y hermanaban las doctrinas unitarias y místicas del Asia y el Egypto, con las diversas sectas filosóficas de la Grecia! He aqui el secreto de la grande acogida que el priscilianismo halló en Galicia, pais ariano, que habia sufrido la gran influencia semita que hemos indicado.

Si no se puede negar que la provincia gallega fué por completo priscilianista, y que abrazó con ardor sus ideas, sobre todo despues de selladas con la sangre del maestro, todo nos prueba que era porque respondia por completo á las exigencias del medio, en el cual se desarrollaba. En efecto, en Galicia y la Bética, las comarcas mas semitizadas de España, es en donde se enciende la heregía; conócela la Lusitania, aunque débilmente, y cosa notable, cuando sus sectarios perseguidos en la península, pasan el estrecho y buscan en el Africa un asilo, es en Cartago en donde le hallan, y en donde perseveran y se estienden sus doctrinas. Ignoramos si se ha hecho ya, pero de todos modos, estamos convencidos de que, una historia de las heregias que afligieron á la naciente iglesia, en la cual fuesen todas ellas reducidas á ciertos grupos principales, segun las ideas que sustentasen acerca

de Dios y su naturaleza, del mundo y sus principios, del alma y su origen, haciendo resaltar la afinidad que sus doctrinas tenian con las escuelas filosóficas que á la sazon estuviesen en boga, seria una obra utilísima, facilitaria grandemente el conocimiento de aquellas heregias, y les asignaria el lugar que les corresponde en la historia de su tiempo. En torno de la escuela gnóstica pudieran agruparse las mas notables, y sobre todo el priscilianismo que estaba unido á ella por los principales puntos de su doctrina maniqueista. Admitia la dualidad ariana; sostenia que Dios es la unidad absoluta y principio de todas las cosas; que la trinidad resulta de su esencia, su inteligencia y su poder; que el alma era una emanacion de Dios; que el Verbo no habia tomado carne; que las almas habian pecado en la mansion celestial y que en castigo fueran encerradas en los cuerpos humanos, hasta que al fin, libres de los lazos de la carne —pálidas Psychis que emprenden de nuevo su eternal viaje—volaban al eter á unirse con el espiritu creador, haciendo antes morada en la luna. Esta última creencia inclinaba á los gnósticos á la adoracion del sol y la luna, y á Prisciliano á las locuras de la mágia y á sostener que las almas estaban sujetas á la influencia de las estrellas, idea grata al pueblo gallego de entonces, que no habia dado al olvido todavia, su amor al astro diurno y á los dioses corporales que lo simbolizaban. No de otra manera ciertos cristianos de oriente (1) lo mismo que los gnósticos, unieron al culto de Cristo el de Serapis, esto es, el del Sol, ó el del fuego, que en el

(1) Vid. Montfaucont. *L'antiqui- tèe espliquée*, tomo IV.

Zend-Avesta, es el símbolo de Dios. «Hay devotos de Serapis que se apellidan obispos de Jesucristo», dice Hadriano hablando del Egypto, y en efecto, los *abraxas*, esos amuletos de los gnósticos tan abundantes en los gabinetes arqueológicos, como curiosos y dignos de estudio, vienen á probarnos que el emperador conocia perfectamente al pueblo egypcio de su tiempo.—«Hay mas que apariencias, dice Montfaucont, de que aquellos falsos cristianos adoraban al sol bajo los nombres de *Abraxas* y *Mithra*, que significaban el uno y el otro el sol, y que ellos creian que Jesucristo, el sol de justicia, era lo mismo que el sol material (1).» Júzguese, en vista de esto, que influencia no ejerceria en el ánimo de la multitud gallega un sistema que les permitia confundir á Jesus con Osiris, es decir, al nuevo dios con el antiguo! ¿Como estrañar, pues, que el priscilianismo se desarrollase pujante y arrastrase en pos de sí, no solo las principales inteligencias de su tiempo, sino tambien

(1) La carta de Hadriano, que se puede ver en Vopisco, es curiosísima en cuanto toca á las cuestiones religiosas de que estaba poseida Alejandria. «El Egypto de que me dices tanto bien, mi querido Serviano, le encuentro yo ligero, movil, tornadizo. Los adoradores de Serapis son cristianos, los que se llaman obispos de Jesucristo, son devotos de Serapis. No hay un gefe de sinagoga judia, un samaritano, un sacerdote cristiano, que no sea astrologo, aruspice, fabricante de drogas. El mismo Patriarca cuando va al Egypto se ve obligado por unos á adorar á Serapis, por otros á adorar á Cristo. ¡Qué raza sediciosa, vana é impertinente! La ciudad es rica, opulenta, fecunda, nadie vive sin trabajar.» etc. La carta del emperador pinta perfectamente la febril actividad de aquella población y la confusion de los sistemas religiosos, que en ella se operó durante algun tiempo. Las escuelas filosóficas de la Grecia le llevaron todas su contingente, la India tambien, sin que faltase la Judea. El mismo suelo sagrado del Egypto, parece como que reveló á la que merecia ser la cabeza de aquel viejo imperio, los principales rasgos de su antiguo y misterioso culto.

las turbas indoctas á las cuales agrada siempre hallar en lo nuevo que se les impone, algo de lo viejo que pierden con tristeza y á veces como á despecho de sí mismas?

Los que como nosotros miren estas luchas cual signo evidente de una gran vitalidad intelectual, y sientan lo mismo por quienes las provocan que por los que las combaten, esa admiracion que debe inspirar á todos la realizacion de una obra de la inteligencia, no podran menos de confesar que, abstraccion hecha de sus estravios, el priscilianismo contribuyó notablemente á la propagacion del cristianismo en nuestro pais. El fué como un lazo de union entre el mundo que espiraba y la nueva aurora que venia á iluminar la tierra, facilitó el paso de las antiguas á las nuevas creencias, y puesto que ni los hombres ni las sociedades proceden por saltos y en la elaboracion de las ideas que nacen ponen la mayor parte de su vitalidad las que desaparecen, veamos en la predicacion del priscilianismo, como en la de todas las heregias, nacidas como quien dice con la iglesia, (1) un auxiliar poderoso del pensamiento cristiano, del cual brotaban y que en sus combates con él, no hacian mas que darle la palma de la victoria. Si se quiere una prueba de ello, véase como los es-

(1) San Pablo escribe á Timotheo, que evite las novedades profanas y todo lo que opone una ciencia llamada falsamente *gnosis*. En el capítulo IV de la primera epístola á Timotheo, versículos 2.º y 3.º se condenan ya dos de los principales errores de Prisciliano, es decir la prohibicion de los matrimonios y la de la alimentacion de carnes. Sabido es que creyendo los priscilianistas que el alma era un espíritu condenado á padecer en la tierra dentro del cuerpo de los hombres, aborrecian la procreacion, por que el nuevo ser que nacia era segun ellos una carcel mas para las almas.

tragos priscilianistas, se tornaron beneficiosos para la iglesia de Galicia, y cuando menos, hicieron que los obispos sintiesen la necesidad de unirse y formar reglas invariables de conducta, y conociesen que era urgente que á las iglesias sucediese la iglesia, á las creencias particulares el dogma, á la voluntad del pastor la disciplina eclesiástica. No á otra cosa, sino á esa especie de autonomia episcopal, achacaba Patruino, en la oracion pronunciada ante los PP. del concilio, dicho primero de Toledo, aquellos escándalos que, segun él, rayaban en verdaderos cismas. Semejantes turbaciones no venian como en cierta manera parece darlo á entender dicho prelado, de la confusion y libertad que reinaba en lo tocante á la ordenacion de clérigos y obispos, venian de que la mayoria de las ideas flotantes por aquellos tiempos respecto á una porcion de cuestiones vitales para la idea cristiana, aparecian, desaparecian, volvian á aparecer, ya bajo un aspecto, ya bajo otro, ya unidas con estas, ya con estotras doctrinas, segun eran las necesidades á que respondian, los paises en que se desarrollaban, los hombres á quienes trataban de imponerse. Estas ideas no venian al acaso, respondian casi siempre á ideas anteriores, á tradiciones vivas todavia en los pueblos que las recibian como á antiguas conocidas. Cuando esto pasaba, la heregia se estendia y fructificaba, puesto que estaba, digámoslo asi, en las entrañas del pueblo que la adoptaba, como sucedió en Galicia con el priscilianismo. Recuérdese á quien lo dude, aquel hecho notable consignado en el concilio que llaman primero toledano, y por el cual consta que el obispo

Hereno, creyó mas prudente seguir á sus clérigos,—que tan pronto supieron la muerte de Prisciliano, le aclamaron espontáneamente mártir y ortodoxo,—que no someterse á la voluntad del concilio y, como los demas prelados priscilianistas, abjurar de sus errores. Por el mismo concilio sabemos, que la ordenacion de Dictinio y la de Paterno, fueran hechas, segun lo confesó Simphosio, por la presion de la muchedumbre, que, tomando parte activa, directa y poderosa en la lucha, viene á probarnos, que las doctrinas sustentadas por Prisciliano y sus secuaces estaban en consonancia con las antiguas doctrinas y con las tradiciones religiosas de la sociedad gallega. En efecto, no podia menos de ser asi, y pues el maniqueismo tenia en el *Zend-Avesta*, de Zoroastro, (1) su verdadero origen, ¿qué estraño es que el propagado por Manes, el que Marcos enseñó á Agape, asegurando que habia dos mundos antitéticos, uno de la luz, del bien, de la perfeccion, otro de las tinieblas, del mal, de la confusion (2); predicando el dogma de la transmigracion de las almas, sosteniendo, en fin, que era una la naturaleza de Dios y la del hombre, obtuviese en Galicia el triunfo que señalamos? Ademas, la escuela alejandrina iba por los

(1) S. Gerónimo llama á Prisciliano, mago y gran discípulo de Zoroastro. Esto lo dice todo.

(2) Entre las ideas comunes á todos los sistemas gnosticos, se cuenta en primer lugar, la de la existencia de dos mundos antitéticos, doctrina que se desprende de las *Triadas bárdicas*, indicándonos asi su origen oriental. Este era uno de los principales puntos de la escuela priscilianista, pues en los capitulos propuestos contra ella en el concilio 1.º Bracarense, se anatematiza (cap. VII) al que cree como nuestro heresiarca, que el diablo salió del caos y las tinieblas, que no tuvo ningun autor, sino que es el principio de lo malo. Como se ve, pues, el diablo era

mil conocidos senderos de su doctrina al mas puro pantheismo, principio que entrañaban en si mismas, como si fuese su pecado original, todas las religiones arianas. Como si esto no bastase, los maniqueos adoraban al Sol y la Luna; para ellos el alma, despues de purificarse en sus múltiples trasmigraciones, traspasaba la region de la materia y se hospedaba en el astro nocturno, que la devolvia al Sol como al hogar de la eterna vida. Esta teoria recordaba, sin duda, á nuestros celtas las *salas aereas* de la doctrina druídica, en la cual halló Prisciliano, lo mismo que Pelagio, un auxiliar poderoso para la propagacion de su heregia. Coincidencia singular! como si una misma mano se complaciese en regir los destinos de las razas célticas, como si la suerte quisiese decirnos que no por vivir apartados dejaban los principales individuos de esta familia de experimentar unos mismos reveses y marchar por igual camino á idénticas transformaciones, Prisciliano conmueve las gentes célticas de Galicia, amalgamando los dogmas cristianos con las antiguas tradiciones de nuestro pueblo, y casi al mismo tiempo el ardiente Pelagio, con ese carácter duro y terco, propio de los hombres de su raza, da vida en su pais á una nueva heregia, que por lo vivaz que se mostró desde un principio, por su larga duracion, por el amor que los bretones

para Prisciliano, el *demiurgon*, de los gnosticos, autor segun ellos del mundo inferior. Toda la doctrina priscilianista respecto al alma, está contenida en la triada XIII. «Tres estados de existencia en los seres animados: el estado de rebajamiento en Annwn (el abismo), el estado de libertad en la humanidad, y el estado del amor, ó de la felicidad en el cielo.» Pictet *Le mystére des bardes* pág. 38.

le profesaron, se conoce al momento que al igual del priscilianismo, las doctrinas pelagianas tenian sus mas hondas raices en el seno mismo de la sociedad en que se desarrollaban (1).

Si las doctrinas priscilianistas no eran desconocidas ni repulsivas á los hombres de estos paises, el principal fautor de la heregia estaba dotado de las principales cualidades que se requieren para atraerse las mas opuestas voluntades. Sulpicio Severo nos ha dejado una breve pero exacta descripcion del heresiarca. Como Apolo presentaba unidas las dos bellezas, la del rostro y la de la inteligencia. De palabra fácil y elocuente, de presencia agradable, parco y sencillo en medio de las grandes riquezas que poseia, mas amigo de saber que del fausto, espléndido, virtuoso, inclinado á las especulaciones filosóficas mejor que á los pasatiempos del opulento, era la persona mas apropósito para propa-

(1) No debemos olvidarnos que el maniqueismo hizo grandes estragos en Francia. En Orleans, se hallaron cerca de tres siglos despues unos canónigos que confesaron pertenecer á aquella secta y que sufrieron valerosamente la muerte por sostener sus opiniones. —Predicando Pelagio que el pecado de Adan, no habia hecho daño á nadie mas que á él y no á todo el género humano, se acercaba en cierto modo á las doctrinas priscilianistas acerca del alma y sus transformaciones, y estaba dentro de las teorias de los bardos. El último, ilustre editor de las *Triadas bárdicas*, es de opinion, que seria necesario, por un lado reunir en los antiguos poemas bárdicos y las supersticiones populares, todo lo que pueda tener conexión con la parte druídica de las triadas, y por otro estudiar un poco la historia de la teología cristiana gállica, para ver hasta que punto hubo accion y reaccion entre estas dos influencias y adjudicar á cada una la parte que respectivamente han tenido en la formacion del neo-druidismo.» El que estudiase bajo este aspecto la heregía de Prisciliano, haria un gran trabajo y sin duda alguna probaria, así lo creemos, la razon que nos asiste para asegurar que las doctrinas priscilianistas hallaron en Galicia tan favorable acogida, por que estaban conformes con las antiguas tradiciones nacionales, respecto á la religion.

gar las ideas que habia abrazado. Su pecado era la vanidad, puesto que creia saber las cosas mas dificiles y ocultas. Hizo alarde de un recogimiento y una austeridad de costumbres, gratos á los que veian con dolor el espantoso abismo de impureza en que habia caido la sociedad romana. Los vicios y crímenes de que fué acusado, y por los cuales sufrió la muerte, no fueron probados, ni hoy se creen probables; el hombre está siempre dispuesto á acusar á sus enemigos y á creer exactos los mas vanos rumores. Tenian estos su principal origen en la necesaria comunicacion de los priscilianistas con las mugeres, ardientes propagadoras de una secta que las permitia tomar parte activa en la lucha. Por esto fueron acusados de flaquezas no muy disculpables en quienes sostenian que debia aborrecerse la procreacion, pero sí fáciles en los tiempos en que el culto de Isis arrastraba á sus adoradores á infames torpezas y en que los cultos mithriaticos (1) eran un baldon y una verguenza para el género humano. Despues de todo, la historia no fué mas piadosa con los enemigos de Pris-

(1) En las mismas catacumbas romanas, se han hallado, entre otros, un sepulcro en el cual los misterios de Mithra están perfectamente representados. El P. Garucci, que en la memoria titulada *Les mystéres du syncretisme phrigien, dans les catacombes romaines de Prétextat*, Paris 1854, concluye diciendo que estas sepulturas son de paganos, por mas que se hayan hallado en los lugares consagrados á recibir los restos mortales de los primeros cristianos, vá mas allá, sin duda alguna, de lo que permiten las indicaciones arqueológicas que hace en su, por otra parte, notable trabajo. No seria muy difícil probar una cosa que el docto jesuita sospechó sin duda, y que por el cuidado que puso en que prevaleciese su opinion, deja conocer desde luego, que comprendió las serias objeciones de que puede ser objeto, y las esplicaciones á que á su vez daria lugar sobre todo el segundo *arcosolium*, que se describe en la citada memoria.

ciliano, puesto que dejó consignado que los obispos acusadores no habian sabido hacerse amar ni aun de los mismos cristianos. A Magno y Rufo—depuesto mas tarde por herege—llama Sulpicio Severo, depravados, y dice de Idacio que era audaz, locuaz, impudente, sumptuoso y que le dominaba la gula. De cuanto se les achacó, sobre todo, de que en las reuniones secretas que celebraban se entregaban á los mas grandes desórdenes y torpezas (1), solo es seguro que Prisciliano, amó y fué amado de la hermosa Prócula, hija de Eucrocia, dos de sus principales partidarias; las demas acusaciones hay que dejarlas á un lado por cuanto ni en los cánones de los concilios celebrados contra estos hereges, ni en las confesiones de los obispos de su secta se alude á ellas; hay que ponerlas entre aquellas otras que los gentiles echaban en cara á los primitivos cristianos, groseras calumnias que el hombre jamás escasea á sus contrarios en el dia de la lucha. La historia del origen, predicacion y desarrollo de la heregia, nos dirá mejor que nada cuales eran las faltas de que

(1) Entre otras acusaciones, se pone en primer lugar, el que los priscilianistas oraban desnudos y se entregaban durante la oracion á los mas deshonestos escesos. A nosotros no nos parece la cosa tan exacta como quieren los autores que han tratado de esta heregia, ya por que á los mismos cristianos se les acusó tambien de adorar *antistis seu sacerdotis genitalia*, y todos sabemos que esto fué una infame calumnia, ya por que no comprendemos que á ser cierto pudiese en manera alguna San Martin de Tours, mostrar el piadoso celo de que dió ejemplo en los tristes dias en que fueron juzgados y sentenciados los principales fautores de la heregia. Sin embargo, citaremos aquí las palabras en que Sulpicio Severo se refiere al juicio de Prisciliano. «Qui Prescilianum gemino judicio auditum, convictum que maleficii, nec diffitentem obscænis se studuisse doctrinis, nocturnos etiam turpium feminarum egisse conventus, nudumque orare solitum, nocentem pronunciavit, redigitque in custodiam, donec ad Principem referrent.»

adolecia, cuales los vicios que entrañaba, cuales sus tendencias y aspiraciones, cuales, en fin, los medios de que se valieron sus partidarios para lograr la efímera y triste victoria que alcanzaron.

Desde el momento en que Prisciliano empezó su predicacion, hasta que el obispo Hyginio dió el primer grito de alarma, la secta que aquel propagaba, se estendió poderosa entre los hombres principales del pais gallego y sobre todo entre las mugeres, á quienes el heresiarca permitia la enseñanza, la predicacion y tal vez el sacerdocio. El obispo de Córdoba que tan hondas amarguras debia esperimentar mas tarde á causa de las doctrinas que fué el primero á condenar, dió aviso á Ithacio, hombre ilustre por su saber, pero arrebatado y no muy lleno de virtudes, como indica el tantas veces citado Sulpicio Severo. Sin duda alguna, á la actividad y al celo de estos dos insignes varones se debió la celebracion del concilio de Zaragoza, año 380, en cuyos cánones se condena especialmente á Prisciliano y sus doctrinas. Dos prelados gallegos, Simphosio y Carterio, firman aquellas actas; las firma tambien el obispo Idacio, pero, cosa que debe advertirse, se echa ya de menos en ellas el nombre de Hyginio, señal de que sino habia caido en los errores priscilianistas, estaba pronto á prevaricar y adoptarlos. A las decisiones del concilio, contestaron los hereges, elevando á su gefe y maestro á la silla episcopal de Avila, y Prisciliano que pareció protestar desde luego contra lo acordado en Zaragoza, no asistiendo á las sesiones, ya por creer alli inútil su presencia, ya porque se juntó sin darle avi-

so—pues de Idacio consta que asistió á otros concilios—marchó á Roma, no solo á reclamar contra los PP. del sínodo zaragozano, sino tambien á protestar de las decisiones de Graciano, que privaba de sus sillas á los obispos priscilianistas y los arrojaba de España. El Papa San Dámaso, á quien por gallego y por sabio, pensaria Prisciliano mover á su favor, se negó á recibirles, se negó San Ambrosio, á quien recurrieron despues, y tambiem el emperador á cuyo amparo trataron de acogerse. Sin embargo, ni tardó mucho San Ambrosio en admitir sus escusas, á trueque de lograr la paz de la iglesia española; ni menos el emperador en mandar que se revocasen las disposiciones tomadas contra ellos, y reponerles en sus sillas. Dícese que lo primero lo consiguieron con promesas y lo segundo con dávidas abundosas; pero lo cierto es que ellos no necesitaban mas para su completo triunfo, una vez que la benevolencia de San Ambrosio, parecia darles la razon, y la decision del emperador el derecho.

Despues de esto, la reaccion fué cruel: Idacio perseguido y solo contra los priscilianistas, tuvo, á pesar de la entereza de que en tales momentos dió muestras, que huir á las Gallias, dejando la estensa provincia gallega en poder de aquellos que, dueños de las principales sillas, contando con numerosos prosélitos, teniendo ilustres varones afiliados á su causa, no dudaron un momento en faltar á todas las promesas, romper toda concordia, violar lo pactado con S. Ambrosio y elevar á la silla de Astorga á Dictinio, hijo de Simphosio. Sin embargo, no gozaron tranquilamente de su triunfo;

la marcha de los sucesos puso en manos de Maximo el imperio de Occidente, y á este emperador acudieron luego Ithacio é Idacio con la fortuna que puede imaginarse, con solo saber que pintaron á los priscilianistas como favorecidos de Graciano y por lo tanto como enemigos del nuevo gefe del imperio. A fin de resolver tan delicada cuestion, ordenó Maximo que se celebrase un concilio en Burdeos (1) para examinar su causa. Juntóse y asistió á él Prisciliano para defenderse; pero la sentencia no dejó mas esperanzas á los priscilianistas que apelar al Cesar. Lo que pasó entonces es harto sabido; acusados y acusadores marcharon á Tréveris, á la sazon corte del emperador, y se dió comienzo á una nueva causa, en la cual no entendian los obispos, sino los laicos; no los prelados, sino los jueces. La nueva sentencia no se hizo esperar mucho, y la firmeza de S. Martin de Tours, la piedad que este santo mostró hacia los hereges, el empeño que puso en que no fuesen sometidos á la accion civil y el celo verdaderamente evangelico con que rechazó despues toda comunicacion con los obispos acusadores, no bastaron á conjurar el peligro que les amenazaba poderoso. Prisciliano, Felicisimo, Armenio, Latroniano, y Eucrocia, fueron condenados á muerte, y sufrieron la pena en Tréveris; Instancio y Tiberiano, fueron desterrados á la isla Sylina, é Hyginio vió ultrajada su

(1) Segun Thillemont en sus *Memorias*, no se conservan las actas del concilio de Burdeos. «Se pretende dice, que el P. Viguier, del Oratorio, tuvo las actas de este concilio y que habian pasado á poder de Mr. Faure, gran vicario de Reims; pero el público no tiene otra cosa que lo que S. Sulpicio y la *Crónica* de Próspero nos han conservado.»

senectud, burlada su desgracia, su pena sin mas consuelo que el que el piadoso Martin le prodigó en los tristísimos y angustiosos momentos en que se alejaba de la corte, en medio de los insultos de una muchedumbre inhumana. Perecieron despues Prócula, la amada del heresiarca, Asarino y el diácono Aurelio; se desató una terrible persecucion contra los que seguian las doctrinas priscilianistas, se les embargaron sus bienes, se mandó á España un magistrado que entendiese en sus causas, y se inauguró, en fin, un sistema tal de represion, que muchos españoles emigraron al Africa, para huir de los rigores de que eran objeto.

Como sucede siempre, tan crueles medidas no fueron suficientes á calmar los ánimos, agitados por el hecho mismo de la persecucion, antes los encendieron mas, dando motivo á que los que no habian tomado parte en la contienda, se decidiesen por los sectarios de Prisciliano. Sulpicio Severo é Idacio limicense, están conformes en asegurar que, apenas muerto el heresiarca, la heregia se estendió por Galicia de una manera maravillosa. Los cuerpos de los ajusticiados se trageron á España como reliquias, se los tuvo por mártires y fué tal el movimiento que se declaró á su favor, que los obispos acusadores fueron depuestos unos y otros abandonaron sus sillas voluntariamente. Jamás como entonces dió la implacable intransigencia mas tristes resultados! Dictinio que aspiró sin duda á ocupar el puesto de su maestro, escribió aquella obra titulada *Libra*, en que defendia y esplicaba las doc-

trinas priscilianistas. Las principales sillas episcopales fueron ocupadas por obispos hereges: allí donde el pastor se mantenia firme en la fé, era desde luego depuesto, como le sucedió á Ortigio, por la plebe que tomaba, segun hemos dicho ya, parte activa en la contienda, y Paterno fué nombrado para la silla de Braga por los partidarios de aquella heregia: en fin, puede decirse que desde el momento en que pereció Prisciliano, se aseguró, principalmente en Galicia, la perseguida secta, cuya duracion fué mas larga de lo que generalmente suponen los autores. Para convencerse de ello, no hay mas que leer las retractaciones que corren unidas al apellidado primer concilio de Toledo (1).

Sin duda alguna, tras de aquel fervor priscilianista, tras del empeño que sus discípulos pusieron en probar que el heresiarca habia sido católico, sus doctrinas se fueron relajando y los que las profesaban inclinándose un tanto hacia la verdadera iglesia y haciendo posible aquella avenencia y concordia que, debida al celo de S. Ambrosio, privó á la naciente heregia de sus jefes principales y por lo mismo de la vida y el porvenir que le aguardaba. Tal vez entró por mucho en ello, el empeño que algunos mostraron en conservar sus cátedras, que creian mas seguras bajo el amparo de la iglesia y no en el seno de la heregia, porque en efecto, ¿qué fé debe merecernos la confesion de un Symphosio, católico primero, mas tarde priscilianista, que vuelve al seno de la Iglesia de que se ha-

(1) Vid. Ilustraciones.

bia apartado con el mayor escándalo y dureza de corazon? ¿Qué aprecio merece un Paterno, que habiendole elevado los de su secta á la silla de Braga, reconoce su error leyendo á S. Ambrosio, conserva, sin embargo, su cátedra, viviendo en la heregia y entre hereges y aguarda al concilio para abjurar? El hombre de recto espíritu, jamás puede aprobar tales cambios, ni tales reservas. Errar es de hombres, reconocer el error en que se ha caido y confesarlo es de espíritus animosos, mas ¿qué hay de comun entre la retractacion de aquellos dos obispos y la del noble Dictinio? Confesando éste en medio del concilio su falta, diciendo: «Dios es testigo de que así pensé, si erré corregidme», se levanta á la altura de los verdaderos elegidos: (1) la santidad de su vida no desmintió despues la noble entereza y admirable sinceridad de que dió ejemplo en el momento de su confesion. ¿Acaso Symphosio y Paterno lloraron tanto sus estravíos que lograsen alcanzar como el obispo de Astorga, la blanca aureola de la santidad? Si los sucesos y las cosas que pasan á nuestra

(1) Contra lo que decimos acerca del desinterés de la abjuracion de Dictinio pudiera oponerse, que casualmente, consta que mientras se sostuvo por parte de los católicos la condicion impuesta por S. Ambrosio, respecto á que el obispo de Astorga perdiese su cátedra y quedase simple presbítero, no fué posible alcanzar la paz deseada, y que tan pronto se accedió á conservarle en su silla se celebró la concordia. En efecto, esto parece ser un argumento poderoso, mas debe tenerse en cuenta que así como S. Ambrosio queria privar á Dictinio de su obispado, por haber sido causa de que se hubiese malogrado en otra ocasion la paz que propusiera, los obispos priscilianistas, tenian interés grandísimo en que se respetase aquel hecho consumado, sobre todo por ser obra suya. Además, ni se creerian ellos seguros en sus cátedras desde el momento en que accediesen á semejante despojo, ni iban á dar tal muestra de despego, al que por su saber, habia logrado ocupar el puesto del gefe de la secta.

vista dan algun derecho para adivinar el verdadero carácter de los sucesos y de las cosas pasadas y si nada humano debe juzgarse ageno al hombre, diremos que todo, en esta ocasion, induce á sospechar que entre los prelados y principales sacerdotes priscilianistas y los obispos católicos se verificó una transacion en virtud de la cual y al precio de la abjuracion de sus errores, se conservó en sus puestos á los que volvian de nuevo al seno de la iglesia católica (1). Decimos esto por que es sabido que si la heregia perseveró pujante á pesar de faltarle los que antes eran en ella pastores y maestros, (2) no lo fué sino porque el pueblo tenia razones poderosas, como hemos visto ya, para seguirla.

(1) Muchos obispos católicos se negaron á admitir á los conversos, diciendo que debian ser depuestos de sus sillas, de tal manera que los esfuerzos conciliadores de los PP. del concilio, para lograr la estincion de una heregia, dieron por resultado otra nueva, la de los *Luciferianos*, llamada así de su gefe Lucífero, que en aquella ocasion fué una prueba viva de lo dañoso que es á las mismas causas que sustentan, el indiscreto celo de sus partidarios. Este cisma duró seis años, hasta que el Papa S. Inocencio aprobó lo acordado en el concilio.

(2) En el concilio hicieron pública retractacion de sus errores Symphosio, Dictinio, Paterno, Isonio y Vigitinio obispos. Segun S. Inocencio abjuró tambien el obispo Rufino. Comasio que era presbítero cuando asistió al concilio, y parece que mas tarde fué elevado al episcopado. Auterio, á quien se menciona al final de la sentencia, no sabemos que grado alcanzaba en la iglesia. El P. Florez cree que muchos de estos obispos eran de otras provincias, por no creer que hubiese tantos en Galicia; pero esto viene de que el docto agustino no tuvo en cuenta lo trabajoso y turbulento de aquel período, lo fácil que era la multiplicacion de prelados cuando la plebe tomaba parte tan activa en su nombramiento, y además porque como ya hemos dicho, los obispados de entonces eran, si podemos decirlo asi, municipales. Esto sin contar con que la provincia de Galicia cogia entonces casi una cuarta parte de España. Teniendo en cuenta estas consideraciones y sabiendo como sabemos que en el pais gallego de entonces, fué donde hizo verdaderos estragos el priscilianismo, no vemos razon que estorbe el creer que en su mayoria pertenecian á nuestra provincia.

No la abandonaron tampoco todos sus prelados, pues Herenas y sus clerigos, lo mismo que Donato, Acurio y Emilio, obispos cismáticos, quisieron mejor, son las palabras del concilio, «seguir á los hombres perdidos,» que no reconocer la sinrazon con que tenian á Prisciliano por católico y mártir, que habia padecido persecucion por los obispos. La heregia, pues, siguió largo tiempo en toda su fuerza entre la plebe y el bajo sacerdocio, como así lo da á entender Lucrecio en la oracion que pronunció ante los PP. del primer Concilio de Braga, y como se desprende de aquellas palabras de Idacio limicense, cuando dice, que la carta de S. Leon condenando cuarenta años despues, las aun no estinguidas doctrinas priscilianistas, fué admitida por algunos obispos gallegos, señal de que no todos la aceptaron (1). Mas, ¿á qué acudir á estas pruebas, cuando Paulo Orosio nos dice terminantemente, que era tal la situacion de Galicia en lo tocante á las cuestiones religiosas, que muchos abandonaron el pais por no poder soportarla? Asi lo escribe en efecto, aquel varon doctísimo, al gran Padre S. Agustin, y se concibe que tal sucediese cuando ni la santa paz con que el concilio primero toledano brindó á los priscilianistas, fué bastante á desvanecer todo motivo de disgusto y disension, ni las torpes medidas de rigor contenidas en el rescripto de Honorio (409), hi-

(1) Idacio. *Cronicon*, año de 447. No somos nosotros los únicos á sospecharlo, pues el P. Florez *Esp. Sagr.* t. VI pág. 122, aduciendo para otro objeto las palabras de Idacio, escribe, que este dice, que algunos gallegos no abrazaron tan sinceramente como debian los escritos del Papa, etc.

cieron otra cosa que soliviantar los ánimos no muy sosegados con los anuncios de la próxima irrupcion bárbara. Escriben algunos historiadores modernos que las medidas adoptadas por aquel emperador, hubieran estirpado la heregia á no sobrevenir la entrada de los suevos y los vándalos, pero los que tal piensan, desconocen al hombre y sobre todo al cismático. Es cierto que las bárbaras disposiciones de Honorio eran de tal naturaleza, que parece que nadie podria resistirlas, mas ellos olvidan que la crueldad no convierte, sino que santifica las causas que de tal modo se persiguen. No basta privar á los hereges de todos los derechos civiles, someterlos á los mas crueles castigos y dejarlos en tal estado que el mas vil esclavo de aquellos tiempos podia considerarse como un ser dotado de mas derechos que el mísero priscilianista, no basta mientras se les deje la vida; en el corazon de ese hombre tendrá un asilo la heregia, tanto mas seguro, tanto mas fiel, cuanto mayor sea el peligro. Poco importa que se le niegue el derecho de hacer pública ostentacion de sus creencias, él buscará en la soledad y el misterio la seguridad que le niegan las leyes.

Cuenta Santo Toribio, que á su vuelta de Oriente, halló que la heregia que el pensaba estinguida por completo, estaba viva aun y se cebaba en su propio rebaño, y que los priscilianistas no por estar ocultos dejaban de serlo: por esto y por lo que Idacio consigna en su *Cronicon*, esto es, que el año 445 se descubrieron algunos de estos hereges, comprendemos que no era tan escaso su número, que no fuese necesario todavia

que San Leon escribiese contra sus doctrinas, ni de tan poca importancia que no urgiese la celebracion de un nuevo concilio. En esta obra de confusion les ayudaban Hysa, cismático, desterrado á España y en especial los dos Avitos de Braga, que trajeron el uno los errores de Orígenes, y el otro los de Victorio, aunque concluyeron por adoptar ambos las doctrinas del primero, que por ciertos puntos de contacto que presentaba con el Priscilianismo, sobre todo en la cuestion del matrimonio, que la creian hija del demonio, no dejarían de encontrar algun apoyo entre aquellos sectarios. Sin embargo, si hemos de juzgar por los resultados, ni los partidarios de ambos cismáticos fueron numerosos, ni la heregia duró largo tiempo. Toda la vida, toda la influencia la tenia el priscilianismo, y en efecto, tan estendido estuvo, tanto arraigo tomó en el suelo gallego, que dos siglos despues de muerto Prisciliano todavia el segundo concilio bracarense, año de 572, tuvo que condenar en el canon X prácticas priscilianistas. No seria dificil señalar en otros posteriores, rastros poderosos de aquellas prácticas y lo que es peor de aquellas doctrinas, entre los errores que los PP. condenan y las supersticiones que anatematizan.

El movimiento á que dió lugar la lucha priscilianista y la abundancia de hombres verdaderos ilustrados que contaba Galicia en aquellos tiempos, prueban de una manera elocuente que tan pronto nuestro pais se vió en circunstancias apropósito para comprender y sentir el influjo de la cultura romana, entró de lleno y por entero en el vasto piélago de la civilizacion antigua

y dió señaladas muestras de que á los hombres que poblaban estas comarcas no los habia hecho Dios agenos á las dulzuras de la poesía, ni á las especulaciones de las ciencias filosóficas. No olvidemos que si nuestra raza, distinguida siempre por sus sentimientos religiosos se adhirió fuertemente á las doctrinas priscilianistas, fué porque estas parecian destinadas á unir las antiguas tradiciones á las nuevas creencias. Así se explica la larga duracion de la heregia y su hondo arraigo en nuestro pais, una vez que para combatirla se desplegó en Galicia igual ardor que en su predicacion.

Por Idacio consta que antes ó despues del concilio de Zaragoza, fué oido Prisciliano por algunos concilios (1) celebrados sin duda alguna en Galicia, puesto que no quedó memoria de ellos y el heresiarca logró, segun puede colegirse de los resultados, convertir á su doctrina á la mayor parte de los obispos que los compusieron. No fueron estos los únicos sínodos celebrados en nuestro pais durante las turbaciones priscilianistas: hay quien supone que se celebraron mas y entre ellos el que corre en las colecciones conciliares con el nombre de toledano I que algunos quieren fuese celebrado en Cœlenis, guiándose por aquellas célebres palabras que, á á pesar de las esplicaciones del P. Florez, quedarán

(1) Por desgracia, Idacio, que reunió en breve espacio noticias diversas, como el mismo Florez advirtió, no dice el tiempo en que se celebraron dichos concilios: gracias que nos conste su celebracion, la cual puede fijarse antes de la marcha de Prisciliano á Roma, y por lo mismo de la muerte de S. Damaso, año de 384, pues aquel autor dice al año de 386: «Oido (habla del heresiarca) por algunos concilios de obispos, marcha á Italia y á Roma.»

siendo siempre un enigma de no muy fácil solucion (1). En los falsos cronicones se hizo gracia á nuestro pais de nuevos concilios; el I. de Braga, *sub Panchracio*, inventado por Brito, lo mismo que los que

(1) No están conformes todos los autores en señalar el lugar en que se tuvo el concilio que corre con el nombre de toledano I, pues mientras la generalidad quiere que se haya celebrado en Toledo, no falta quien asegure que fué en el municipio celenense, perteneciente como ya sabemos, al convento jurídico de Lugo. Desde que el P. Florez con el peso de su autoridad y las grandes razones que adujo, se inclinó á favor de Toledo, los que tratan de estas cosas dieron como terminada la cuestion y decidida para siempre en favor de la ciudad de los concilios. Estraño parecerá por lo mismo que volvamos á este asunto, sobre todo si se tiene en cuenta que somos los primeros en confesar, que mas que todas las razones aducidas hasta el presente, pueden en nuestro ánimo las palabras de Idacio que, refiriéndose á un sínodo celebrado en el año 400, fija su reunion en Toledo y da acerca del tales detalles, que parece temeridad pensar que aquel autor se refiere á un concilio cuyas actas se perdieron, y al cual fueron despues adjudicadas las de otro celebrado en ciudad y region distintas. Sin embargo, á los reparos que han puesto algunos autores, y que á decir verdad no han sido satisfechos tan victoriosamente como se supone, podemos añadir algunos otros que, si no los creemos suficientes para sentar que no fué en Toledo sino en Celenis donde se celebró el concilio, en cambio los tenemos por de bastante peso para quitar parte de su autoridad á la decision del P. Florez en el asunto. Ante todo es necesario que nos convenzan de que las *Actas* del citado concilio, la *Regla de fe* y la *Sentencia* son todas de un mismo tiempo, para que de ellas puedan sacarse legítimamente consecuencias, que desde luego decimos que no pueden ser admitidas sin reserva. En efecto, del principio de las actas del sínodo, dicho toledano I, consta que los obispos que le firman fueron los mismos que redactaron la *Regla de fé*, pero de esto no se sigue que lo hiciesen en un mismo tiempo y en una misma ciudad; amen de que no habiendo asistido mas que diezinueve obispos, eran mas los reos que los jueces. Hecha esta advertencia, pasemos á lo principal y preguntemos ¿es cierto que del texto de Idacio se desprende *estrictamente* que Ortigio fué ordenado obispo de Celenis y depuesto de aquella silla por los priscilianistas? No en verdad: nosotros pensamos al contrario que lo que dice aquel autor, es simplemente, que Ortigio fué ordenado en Celenis y desterrado mas tarde por los priscilianistas. Ni allí se especifica la silla, sino la ordenacion, ni menciona el lugar de que fué desterrado, sino que espresa el hecho del destierro. Toda la argumentacion basada en esta noticia de Idacio, se viene, por lo tanto, al suelo, de su propio peso. ¿Es en-

Argaiz supone celebrados en Lugo, no merecen siquiera que se les mencione, aunque no asi el sínodo que segun Florez debió celebrarse en Galicia hacia el año

tonces Exuperancio el obispo de Celenis á quien cuadran las palabras objeto de tantas investigaciones? En ese caso diremos que es bien de extrañar que solo respecto del prelado celenense se entrase en tantos detalles, cuando no era costumbre—y eso que otras sillas mas desconocidas que esta nombraron sin decir á que convento pertenecian,—ni era Celenis de las que necesitasen tanta explicacion. Permítasenos, pues, suponer que las palabras *Hic conventus municipiis Celenis actus est*, espresan que allí se celebró el concilio y no como quiere Florez, que se refieran á la silla y destierro de Ortigio, pues ya sabemos que no consta de una manera evidente, que aquel obispo lo fuese de Celenis, ni que se le desterrase de este municipio por sus contrarios. Despues de todo no deja de estrañar que al principio de las actas se den los detalles que se indican acerca de la sede de Ortigio (bastábales ademas decir celenense, sin añadir el convento) y su destierro, cuando el lugar mas oportuno, si se queria que constase aquel heho, era en la sentencia de los PP y allí casualmente no se dice otra cosa, sino que se le devuelvan á aquel obispo las iglesias de que habia sido desposeido. Hay una objecion que oponer por Toledo que parece de gran valor, y es que siendo Galicia pais priscilianista no habian de juntarse allí los que condenaban dichos errores. Da verdadera fuerza á este reparo lo que escribe Idacio, respecto á haber sido en Toledo el lugar en donde se retractaron los obispos cismáticos y si se añade que en las actas se dice terminantemente que los PP. del concilio en cuestion son los mismos que dirigieron sentencia escrita contra los priscilianistas, parece como que ya no queda lugar á la duda. Sin embargo de esto, creemos que es posible esplicarlo todo, notando: 1.º Que la sentencia es anterior, como parece desprenderse de las mismas palabras de las actas á que aludimos, á la celebracion del sínodo llamado I de Toledo. 2.º Que siendo sinodo en que no se trataba asuntos de dogma, sino de disciplina, es probable se celebrase en Galicia, como pais en que mas se necesitaba restablecerla. Asi se ve que casi todos sus cánones se refieren á la ordenacion de sacerdotes y castigo de las faltas que podian cometer, cosa necesaria en Galicia en donde tantos estragos habia causado la eleccion de obispos y sacerdotes por los priscilianistas. 3.º Que de esta manera se acomoda facilmente el que las actas del concilio en que abjuraron los principales cismáticos, se redujesen á la *Regla de fé* y la *Sentencia*, y que los PP. se reuniesen mas tarde en el seno mismo del pais en que mas estragos habia hecho la heregia, para conocerlos mejor y oponerles el necesario remedio. El concilio, pues, en nuestra opinion, pudo celebrarse en Celenis, poco tiempo despues del año 400; sin embargo, confesaremos que estrañamos

447 (1). De todos modos, cuestion tan árdua y difícil, perdidas las actas conciliares, no es posible que se resuelva al presente de una manera satisfactoria. Que aquí se celebraron concilios en que se trató de la heregía priscilianista, parece evidente; lo indica con harta claridad todo cuanto se refiere al llamado primer concilio de Toledo, cuyas actas, cuya regla de fe, cuya sentencia, ni se aunan facilmente ni dejan de acusar una confusion lamentable en el asunto, á pesar de los grandes y notables esfuerzos que, para desvanecerla, hizo el sabio autor de la *España Sagrada*.

no poco que á un sínodo, celebrado en Galicia, dejasen de asistir los obispos gallegos recien admitidos á la comunion católica: este es para nosotros el punto que presenta una verdadera dificultad, y el único que nos obliga á decir que si bien creemos que las razones espuestas por los que aplican á Toledo el concilio, no son concluyentes, en vista de la circunstancia á que nos referimos, tampoco pueden serlo las que lo refieren á Celenis. Que se celebraron muchos concilios en aquellos dias calamitosos, es evidente; que los hubo en Galicia y que no se conservan sus actas, lo es tambien. Asi como consta por Idacio que los hubo antes, pudo haberlos despues de la muerte de Prisciliano, y por lo tanto nada debe estrañarnos que se haya achacado á Toledo lo que era de Celenis y que se hayan unido á unas actas, documentos que pertenecian á otras anteriores.—Concluyamos diciendo que sean las que se quieran las dificultades que pueda haber para reducir á Celenis el concilio á que aludimos, no se puede escapar del terrible conflicto en que ponen á los que lo refieren á Toledo, aquellas palabras objeto de tantas esplicaciones. *Hic conventus*, etc. El P. Florez hizo gran hincapié en que Surio puso dichas palabras en nota marginal y diferente letra, pero sin duda alguna ignoraba que en la Coleccion de los concilios ecuménicos y provinciales de J. Merlin, hecha antes que la de Grabbe, se halla la frase objeto de esta polémica, sin distincion de letra ni anotacion alguna marginal.

(1) Sabemos por la carta de S. Leon á Santo Toribio, que aquel Papa escribió á los obispos de España, mandando que tuviesen un concilio general para condenar de nuevo las doctrinas priscilianistas, y decia que si por lo calamitoso de los tiempos no podia celebrarse, no dejasen de hacerlo los obispos gallegos, que eran los mas interesados, á cuyo fin dejaba á cargo de Idacio, Ceponio y Santo Toribio, el que tratasen de reunir los

Si en lo que toca á los concilios puede haber y en efecto hay graves motivos para dudar que las cosas hayan pasado tal como es costumbre asegurar, en cambio, por lo que toca á los que tomaron parte en la contienda, todo está claro y esplícito. Ya al principio de la heregia, ya en los momentos de su mayor desarrollo, ya en fin en aquella hora suprema en que desertaron de sus filas los mas ilustres de sus campeones, nos son conocidos los nombres de los que tomaron parte en la lucha. Elpidio, maestro de Prisciliano, Symphosio que le siguió despues del concilio de Zaragoza, Dictinio que

obispos de esta provincia y tener sinodo provincial. Los prelados de la Bética, Lusitania, Cartaginense y Tarraconense se juntaron en Toledo, pero no los de Galicia que no pudieron asistir por estar ocupado este reino por los suevos. (Vid. Florez *Esp. Sagr.*, tomo VI, pág. 120 y siguientes). Convienen los autores en que los obispos gallegos tuvieron sinodo, y en efecto, las palabras de Idacio que alega Florez en apoyo de esta opinion, parece que no dejan lugar á duda: no se comprende que siendo aqui donde mas falta hacia el remedio y en donde vivian los obispos á quienes el Papa dejaba encomendado á su reconocido celo, fuesen á descuidar asunto tan interesante para ellos. Lo cierto es que aunque se perdieron las actas, puede decirse que consta su celebracion, del concilio I bracarense, por donde se sabe que el Papa remitió sus preceptos contra la heregia priscilianista al sinodo de Galicia. Se ignora el lugar en que se celebró, pero algunos quieren que sea en Celenis. El P. Florez dice que Baronio vá mas allá y asegura que consta asi de antiguos monumentos, y el sabio autor de la *Esp. Sagrada* añade, que se holgara en saber cuales son esos monumentos. Escriben otros que fué en Lugo, y Florez acude á la costumbre de celebrarlos en la metrópoli para adjudicarlo á Braga. Nosotros creemos que pudo muy bien ser en Braga, pero que no hay razon para preferir esta ciudad á Celenis, una vez que Toledo no fué metrópoli hasta el reinado de los godos, ni siquiera capital de convento, y sin embargo se celebraron allí concilios por presentar gran comodidad á los obispos, estando como estaba en el centro de la península. Lo mismo puede decirse de Celenis, sobre todo si se tiene en cuenta que Braga estaba, como quien dice, situada en un lejano rincon de la provincia de que era capital, mientras la ciudad celenense mansion de una de las principales vias que iban de Braga á Astorga, y situada sino al centro de la antigua Galicia, al meno

heredó el genio de su maestro, eran hombres de inteligencia y de pasion. El mas brillante poeta de su tiempo Latroniano (1), que segun San Gerónimo era comparable á los antiguos, siguió esta secta y murió al lado de aquel que le habia dado vida y que era, por confesion de cuantos de él escribieron, la mas vasta inteligencia y la palabra mas elocuente de su siglo (2). Las mismas mugeres que tomaron una parte tan activa en este asunto, tuvieron en Agape, en Eucrocia, y en Prócula (3) la maestra, la discípula predilecta y la esposa del heresiarca, todas tres dotadas de una ima-

en lugar equidistante de la mayor parte de las poblaciones episcopales, presentaba, como vemos, grandes ventajas para tener en ella el mencionado concilio. Tal vez se pueda añadir con razon, que se celebró allí por haberse celebrado ya en el mismo sitio, el que se dice primero toledano, y lo que es mas fácil, los demas sinodos, á que segun Idacio, concurrió Prisciliano antes de marchar á Roma. Este sinodo tuvo lugar el año 448, segun la probable conjetura del P. Florez.

(1) De este poeta sabemos que era natural de España.

(2) A Prisciliano y otros escritores de su secta se les achaca la fabricacion de varios evangelios apócrifos. Por S. Gerónimo consta que escribió varios opúsculos, pues aquel santo asi lo dice, añadiendo que algunos llegaron á sus manos. No nos quedan, dice Cellier, *Hist. gen. des auteurs sacrés et ecclesiastiques*, tom. VIII, p. 453, mas que algunos fragmentos de algunas de sus cartas que le hacen poco favor. Creemos que esto lo dirá Cellier considerándolos bajo el punto de vista religioso.

(3) Eucrocia y Prócula eran francesas. Cuando Prisciliano marchó á Roma á presentarse á S. Dámaso, el obispo de Burdeos, S. Delphin, le impidió entrar en aquella ciudad. El heresiarca marchó entonces al campo y se hospedó en casa de Eucrocia, viuda del ilustre poeta y orador Delphidio, la cual entró con su hija, en la secta priscilianista. Corrió el rumor de que Prócula tuvo un hijo de Prisciliano, mas parece que esto fué solo un rumor, puesto que tuvieron que añadir, que la jóven francesa ahogó en sus entrañas con medicamentos, el fruto de su estravio. El rigor con que fueron tratadas ambas mugeres no agradó á todos. Ausonio se queja en unos versos de que no hubiesen tenido piedad de la viuda y de la hija del insigne poeta de Burdeos, y Pacato en su *Oracion* á Theodosio, dice refiriéndose á la muerte de estas dos priscilianistas: «Yo recuerdo que la cruel

ginacion ardiente y de un valor á toda prueba. Por parte de los católicos lucharon tambien esclarecidos varones. Primero el elocuente Ithacio, Carterio (1) y San Dámaso: mas tarde Ceponio, Peregrino? (2) Idacio lémico, y Santo Toribio, opusieron á la heregia ya lo ardiente de la persecucion, ya la elocuencia de la palabra, ya la firmeza en desechar sus pretensiones. En esta lucha que empezó bajo el cielo de Galicia y que en este pais tuvo su principal teatro, puede enorgullecerse nuestra provincia de que fuesen hijos suyos casi todos los que tomaron en ella parte activa, directa y decisiva. Si el hecho y la importancia de la heregia, lo largo y encarnizado de la controversia y lo trascenden-

dad llegó hasta derramar la sangre de las mugeres, y que se han ejercido con ellas los últimos rigores de que se las libra en la misma guerra. ¿Y cuáles eran las razones importantes de esta barbárie? ¿cuáles los crímenes atroces de esta señora, viuda de un poeta ilustre, para llevarla al último suplicio? No se la acusaba de otra cosa que de ser demasiado religiosa, no se le echaba en cara mas que ser demasiado aplicada al culto de la divinidad.»

(1) Hay razones para creer que Ithacio era de la Bética. Carterio era obispo gallego, de Celenis sin duda; puede verse su biografía en nuestro *Diccionario de escritores gallegos.*

(2) De Ceponio, gallego, hablamos en el citado *Dic. de escritores gallegos*, y en dicha obra tendrán tambien un lugar, como escritores hijos de Galicia, Idacio lémico, y Santo Toribio. En cuanto á Peregrino, que algunos llaman obispo de Lugo, diremos que no tenemos de este obispo mas noticias que la especie que hallamos en una carta, cuya copia poseemos, que fué dirigida desde Sevilla por don Jose Cevallos al sabio doctoral de Lugo, don José V. Piñeiro «Yo no dige á V., escribe, que Peregrino era obispo de Lugo, sino deseaba saber si lo era de ahi. Peregrino fué obispo; pero se ignora de donde y en que año floreció. Su manuscrito se halla en el archivo de Toledo y en el monasterio de Cardeña: son muchos cánones contra Prisciliano. Se han impreso en Italia, y en el tomo V de la *Historia literaria de Italia* por Zacaria, se halla razon de esta obra. Ahora haga V. cuanto pueda por averiguar lo que pasó en Lugo acerca de los priscilianistas y puede ser que tope V. á Peregrino, ignorado de todos nuestros mayores.»

tal que fué para nuestro país, no diesen clara idea de la actividad intelectual y de la cultura de Galicia en aquel siglo, la tendriamos completa con solo recordar que habian nacido bajo su cielo un poeta como San Dámaso (1) un historiador como Orosio, (2) y un herege como Prisciliano (3).

Presentando como presentaba entonces el cristianismo el campo mas vasto á las especulaciones de la inteligencia, no debemos estrañar que nuestros principales hombres emprendiesen la santa peregrinacion á Oriente, ya para visitar los sagrados lugares testigos de la pasion de Jesucristo, ya para oir de labios de San

(1) La opinion admitida ya generalmente es la que hace á este santo natural de Guimaraens en el antiguo convento jurídico de Braga. Puede verse su biografia en Rodriguez de Castro, *Biblioteca española*, tomo II pág. 180. Sus obras se imprimieron varias veces, y la edicion mas correcta es la que hizo con notas en Roma, Antonio Maria Merenda, año de 1754.

(2) A Paulo Orosio, se le tiene definitivamente como natural de Braga; algunos quisieron hacerle de Tarragona, pero con tan poca fortuna, que sus argumentos no resisten á una crítica imparcial. A Orosio puede tenérsele, por lo tanto, como nacido en Braga, ó con mayor propiedad, como *bracarense*, esto es, del convento jurídico asi denominado. Fué una de las mas notables inteligencias que produjo la antigua Galicia en el siglo IV, como se echa de ver por las frases lisongeras con que S. Agustin se ocupa de él. Su *Historia omnimoda*, es sumamente apreciada y se hicieron de ella numerosas ediciones. Vid. Nicol. Antonio *Bibliotecha vetus*, art. OROSIUS.

(3) Dando ya por sentado que Prisciliano es hijo de Galicia, varios autores se arrojaron á señalar el lugar de su nacimiento que alguno quiere que sea *Aguas Caldas*. No sabemos que poblacion es esta, á no ser que quieran decir *Aquas cálidas* (Caldas de Cuntis) pero tal vez quisieron designar á Orense, pues vemos en Novais, *Historia de Oporto*, Ms. que unos le hacen hijo de aquella ciudad y otros de Tuy. Acerca de este heresiarca hemos dicho ya bastante, pero añadiremos que segun Thillemont, se advirtió ya en las notas á S. Severo, que aun habia en su tiempo martirologios en donde se encontraba entre los mártires, el nombre de Prisciliano. Añade que Pierre des Noels, ha dado todavia este título, á Latroniano, fundado en lo que dice S. Gerónimo. Fué ejecutado nuestro here-

32



Gerónimo, ó de otro sabio asceta aquellas dulces verdades que eran como flores, en que, místicas abejas, iban á buscar la miel de las verdades religiosas. ¡Con que alegria recuerda Idacio en los concisos párrafos de su *Cronicon*, que, todavia muchacho, habia conocido bajo el cielo de Jerusalem á San Gerónimo! ¡Qué feliz parece Orosio al contarnos que halló en Oriente á su convecino Avito, docto bracarense que pasó los mas floridos años de su vida dedicado al estudio y á la práctica de la virtud, en los lugares santos! ¡Qué piadosas peregrinaciones aquellas! ¡que agradables recuerdos despues para el mismo que joven todavia abandona los mares de Occidente y como arrastrado por una fuerza interior y desconocida, visita á San Agustin, oye de sus labios los mas sabios preceptos y marcha despues por su consejo á consultar con San Gerónimo, el remedio contra los males que, segun el obispo de Hipona, habian hecho mas daño en Galicia, que la espada de los bárbaros! Semejantes á las ardientes tardes del estío, en que el sol al ocultarse deja un rastro de viva luz que hace mas claro el crepúsculo, asi ellos, últimos re-

ciarca, el año 385. Su muerte fué sentida de la mayoria, como se puede sospechar de este nuevo pasage de la oracion de Pacato, á Theodosio: «Se ha visto, dice, sí, se ha visto esta nueva especie de delatores, obispos de nombre, soldados y verdugos de hecho, que no contentos con haber despojado estos pobres desgraciados de los bienes de sus antepesados, buscaban todavia pretestos para derramar su sangre y quitaban la vida á los que habian hecho culpables, de la misma manera que los habian hecho pobres: mas todavia, despues de haber asistido á su juicio criminal, despues de haber hartado sus ojos con sus tormentos, y los oidos con sus gritos, despues de haber manejado las hachas de los lictores y manchado sus manos con la sangre de los ajusticiados, iban con ellas á ofrecer el sacrificio.



presentantes de la antígua cultura, la vieron hundirse bajo el peso de las legiones bárbaras y empezar la nueva era. Astros brillantes, cuyos rayos iluminan la triste noche que comienza, asistieron á la muerte de Roma y al renacimiento de las olvidadas nacionalidades. Fueron lo mismo que místicas palomas que, presenciando aquel nuevo y terrible diluvio, volaron sobre las aguas, prometiendo á los pueblos sin esperanza, la vida, el poder, la cultura que creían perder para siempre.

ILUSTRACIONES.



ILUSTRACION I.

Signos grabados en las rocas y en algunas piedras dolmenicas de Galicia.

El aprecio que de poco tiempo á esta parte van conquistando en España los estudios de arqueología pre-histórica, lo mucho que con razon se espera descubrir en Galicia, relativo á tan remotos tiempos, y el deseo que siempre hemos tenido de que las noticias que cada dia allegamos, vayan á aumentar el comun caudal de las ya conocidas, nos induce á ilustrar, lo que llevamos dicho en el primer tomo de esta obra, respecto de nuestras primitivas antigüedades, con la noticia y dibujos de los signos grabados en algunas rocas naturales y piedras dolmenicas que se hallan en nuestro pais. Por otro lado, habiendo señalado constantemente los infinitos puntos de contacto que se advierten entre los monumentos, costumbres, tradiciones, poesia, etc., de los bretones y gallegos, creemos necesario añadir una nueva prueba de la verdad con que hicimos notar la identidad de origen de ambos pueblos, y asegurar que en Galicia, como en la Bretaña, se hallan monumentos megalithicos cubiertos de signos, bastante curiosos y notables para que sobre ellos se pare la atencion de los arqueologos.

En 1865 y 1866, aparecieron en Vannes los dos primeros cuadernos de una obra que bajo el título de *Recueil des signes scupltés sur les monuments mégalithiques du Morbihan*, emprendió L. Davy de Cussé, y en ellos se encuentran reproducidos fielmente los grabados que se ven en las losas de algunos dolmenes bretones. Si en los monumentos de esta clase que hemos reconocido en Galicia no hemos hallado mas que los que pueden verse en la cara interior de las grandes losas que forman el dolmen de Espiñaredo,—y que por su regularidad podemos suponer tienen un verdadero significado—en cambio se ven grabados en sobradas rocas, signos, sino iguales, al menos mas extraños y



caprichosos que los que nos da á conocer Mr. de Cussé. Las noticias que acerca de ellos nos han comunicado varias personas, nos pusieron en el caso de verificarlas y convencernos de que no eran obra de la casualidad, sino al contrario, que segun todas las presunciones, pertenecen á una remota antiguedad y fueron trazados por hombres de la misma estirpe que los que abrieron en las piedras de los dolmenes del Morbihan, los signos que nos dieron á conocer los anticuarios bretones. Las primeras rocas de que tuvimos noticia, son casualmente aquellas de que, efecto de circunstancias agenas á nuestra voluntad, no ha sido posible sacar copia de los signos que las cubren. En efecto, tanto de la que existe cerca de Rianjo, como la que se conoce con el nombre de *Pedra d'os riscos* (1) y se halla en la dehesa nacional de Sotomayor, cerca de Redondela, no podemos dar mas detalles que señalar su existencia, pues desgraciadamente la persona que de nuestra órden pasó á copiar los signos de la última de estas rocas, no pudo verificarlo el primer dia á causa del musgo que la cubria, y cuando se disponia á repetir su viaje fué asaltado por la muerte que privó á Galicia, ya que no de uno de sus mas ilustres hijos, al menos de uno de los de mas carácter y de los que mas entrañablemente la amaban, (2). Con

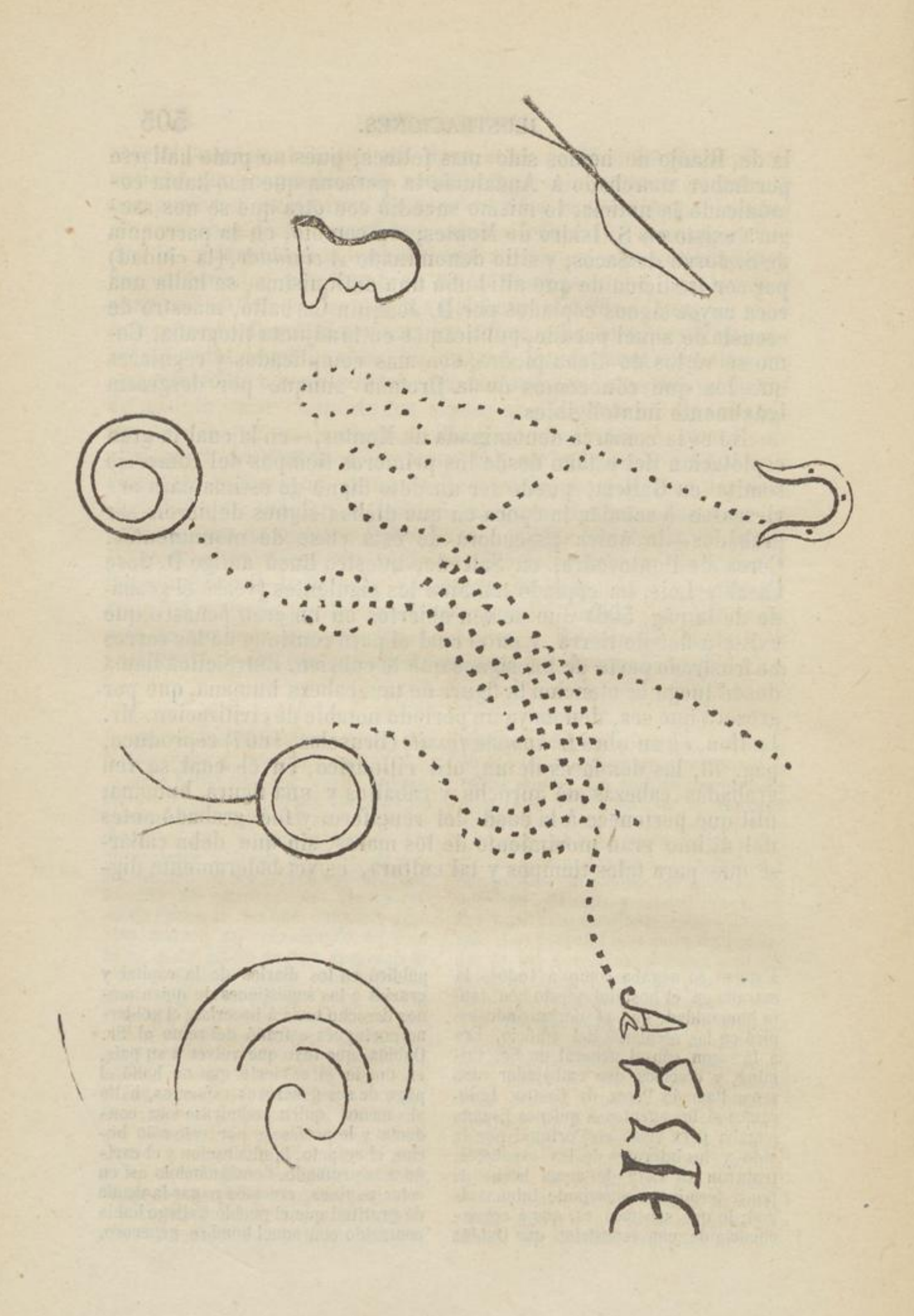
(1) La llaman tambien, *Pedra d'os Caldeireiros* y *Outeiro d'ouro*.

(2) Este entusiasta hijo de Galicia, fué D. Francisco Oubiña, persona en quien se hermanaban el amor al estudio, á su pais y todas sus cosas, con un carácter y teson notables, de que dió ejemplo en aquel triste asunto que le valió ser estrañado del vecino reino de Portugal. Lo que entonces pasó bien merece ser consignado en este libro, para gloria de tan desgraciado hijo de Galicia. Todos conocemos la gran emigracion gallega para Oporto y Lisboa; pero no todos saben las penurias y angustias que en aquellas inhospitalarias ciudades iban á pasar los infelices emigrantes. En los tiempos á que nos referimos, los gallegos que enfermaban en Lisboa, si no tenian con que atender á los gastos de su enfermedad, se veian obligados á morir tendidos en las calles, en donde en vano demandaban ausilio á hombres mas duros que las piedras sobre las cuales estrangeros sin hogar y sin familia, exalaban su postrer aliento volviendo en tan triste desamparo, los ojos á la pátria lejana. Los que no comprendemos el derecho con que se cierra á ningun pobre las puertas de un hospital, ni menos como hay valor para cerrarlas á un extrangero, no sabemos á que atribuir la punible indiferencia de nuestros cónsules y embajadores en Portugal ante semejante estado de cosas. ¡Los cónsules mas que para entender en las herencias, siquiera sean de gallegos, están para velar por los intereses de *todos* los subditos de la nacion que les paga para ello! Testigo nuestro Oubiña del amargo desden con que trataban á sus compatriotas, acudió á todos los medios que su buen deseo le sugirió para poner término á semejante estado de cosas, y un dia para que los agentes consulares de España conociesen en toda su horrible desnudez, la verdad de lo que pasaba, hizo conducir en una camilla al consulado general de España en Lisboa, á uno de los infelices gallegos enfermos

la de Rianjo no hemos sido mas felices, pues no pudo hallarse por haber marchado á Andalucia la persona que nos habia comunicado la noticia, lo mismo sucedió con otra que se nos asegura existe en S. Isidro de Montes; en cambio, en la parroquia de S. Jorge de Sacos, y sitio denominado *A cividade*, (la ciudad) por ser tradicion de que allí hubo una antiquísima, se halla una roca cuyos signos copiados por D. Joaquin Carballo, maestro de escuela de aquel partido, publicamos en la adjunta litografía. Como se vé los de dicha piedra, son mas complicados y regulares que los que conocemos de la Bretaña aunque por desgracia igualmente ininteligibles.

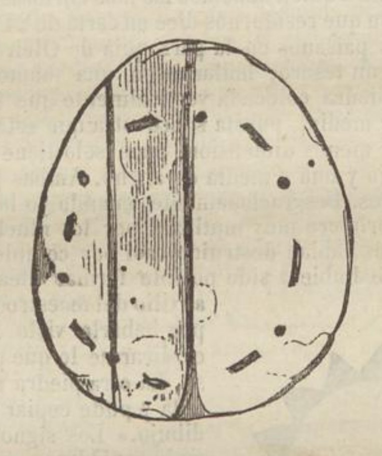
No es la comarca denominada de Montes,—en la cual la gran esplotacion del estaño desde los primeros tiempos del comercio semita en Galicia, puede ser un dato digno de estima para arriesgarse á señalar la época en que dichos signos debieron ser grabados—la única poseedora de esta clase de monumentos. Cerca de Pontevedra, en Salcedo, nuestro buen amigo D. José Casal y Lois, ha copiado tambien los siguientes (vease el grabado de la pág. 506) que se ven abiertos en un gran peñasco que existe á flor de tierra, y en el cual el paso contínuo de los carros ha frustrado parte de los signos que le cubrian. Entre ellos llama desde luego la atencion la figura de una cabeza humana, que por grosera que sea, denota ya un periodo notable de civilizacion. Mr. Le Hon, en su obra *L' homme fossile* (Bruselas, 1867) reproduce, pág. 73, las dos faces de un útil cilíndrico, en el cual se ven grabadas cabezas de aurochs y caballos y una figura humana; útil que pertenece á la edad del rengífero, y fué grabado antes del último gran movimiento de los mares, sin que deba callarse que para tales tiempos y tal cultura, es verdaderamente dig-

á quien se negaba como á todos, la entrada en el hospital y esto con tanta humanidad, que el desgraciado espiró en las escaleras del edificio. Era á la sazon cónsul general un Sr. Coming, y creemos que embajador otro señor llamado Perez de Castro. Ignoramos si los agentes á quienes España pagaba para velar en Portugal por la vida y los intereses de los españoles, trataron en vista de aquel hecho de poner término á semejante inhumanidad; lo que sabemos es, que á consecuencia de una esposicion que Oubiña publicó en los diarios de la capital y gracias á las sugestiones de quien menos derecho tenia á hacerlas, el gobierno portugués estrañó del reino al Sr. Oubiña, que tuvo que volver á su pais, en donde, si es cierto que no halló el pago de sus generosos esfuerzos, halló al menos quien admirase su conducta y le profesase por este solo hecho, el respeto, la admiracion y el cariño mas profundo. Consignándolo así en estas páginas, creemos pagar la deuda de gratitud que el pueblo gallego habia contraido con aquel hombre generoso.



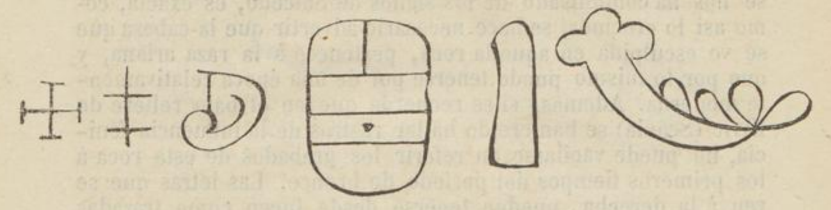
no de admiracion aquel dibujo (1); sin embargo, si la copia que se nos ha comunicado de los signos de Salcedo, es exacta, como asi lo creemos, se hace necesario advertir que la cabeza que se ve esculpida en aquella roca, pertenece á la raza ariana, y que por lo mismo puede tenerse por de una época relativamente moderna. Además, si se recuerda que en el bajo relieve de Kivic (Scania) se han creido hallar rastros de la influencia fenicia, no puede vacilarse en referir los grabados de esta roca á los primeros tiempos del período de bronce. Las letras que se ven á la derecha, pueden tenerse desde luego como trazadas por mano posterior.

A poca distancia de la aldea de Corujo, cerca de Vigo, se halla una peña á flor de tierra, en la cual se ve el siguiente grabado.



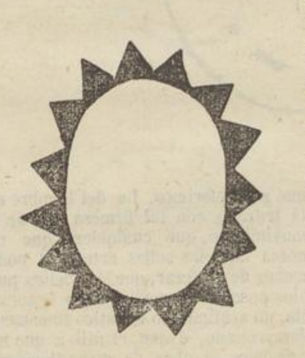
(1) Respetando las razones que hayan tenido arqueólogos tan notables como Lartet y Christy, para asignar tan remota antigüedad al útil cuyo grabado reproduce Mr. Le Hon, diremos que á nuestra razon repugna creer que en pueblos tan atrasados como naturalmente tenian que ser los que vivieron en la época del rengifero, pudiese haber un hombre capaz de dibujar con la gracia y seguridad que se echa de ver en aquel grabado, las figuras á que nos referimos. La del hombre está trazada con tal firmeza y tiene tal movimiento, que cualquiera que conozca algo las bellas artes, no podrá menos de confesar, que, ó aquellos pueblos poseian en medio de su ignorancia, un sentimiento artístico sumamente desarrollado, ó que el útil á que nos referimos es obra de otros tiempos y de otras gentes acostumbradas ya á vencer las dificultades del dibujo.

Por desgracia el que sigue, que nos ha sido remitido por el



Sr. Oubiña, no podemos decir en que piedra se halla, por habérsenos estraviado la carta en la cual nos hablaba de este monumento.

Finalmente, nuestro querido amigo D. Ramon Valle (de la Puebla), persona á quien debemos las mas curiosas noticias, respecto del pais en que reside, nos díce en carta de 24 Mayo de 1857: «Cavando unos paisanos en la parroquia de Oleiros, con el objeto de buscar un tesoro, hallaron en una mámoa, en el lugar de Lijó, una piedra colocada verticalmente que tiene de largo siete cuartas y medía, puesta sobre otra que estaba horizontal y es de mucha menos dimension, pues solo tiene dos cuartas y media de largo y una y media de ancho. Ambas piedras tenian dibujos grabados. Desgraciadamente, cuando yo las he visto, se hallaba ya la prìmera muy mutilada por los muchachos, que á fuerza de golpes habian destruido casi por completo el grabado del cual no me hubiera sido posible formar idea cabal, sin el auxilio del maestro de escuela que por haberla visto intacta, pudo explicarme lo que parecia confuso. La otra piedra no fué maltratada y pude copiar sin trabajo el dibujo.» Los signos grabados en ambas piedras, son en nuestro concepto de los mas interesantes.



El que se veia en la piedra superior parece representar al sol y ser por lo tanto símbolo de la divinidad. A Mithra se la representa en la figura de un círculo con ocho rayos; no deja, pues, de ser curioso, que el grabado á que aludimos, sea un ovoide radiado—representacion tal vez del huevo de serpiente druídica,—en vez de ser un círculo, y con

quince rayos en vez de los ocho con que se simbolizaba á Mithra. No debemos callar que segun nuestro amigo, los rayos estaban colorados con una especie de tierra rojiza, sin duda para figurar mejor los rayos del Sol. Los signos grabados en la segunda piedra deben parecerse algun tanto á los de New Grange, y tal vez aludan á la divinidad.

Para concluir: tenemos conocimiento—además de las rocas de Rianjo y Sotomayor y de un peñasco con signos de que nos dió cuenta el Señor Oubiña, aunque sin mas especial noticia que la de hallarse á cuatro leguas de Vigo, y ser tan curiosos como los de Sotomayor,—de algunas rocas con grabados existentes en tierra de Montes, de cuyos dibujos procuraremos sacar copia para evitar que se pierdan, si por desgracia son aprovechadas dichas piedras para construcciones. En Galicia deben hallarse muchos mas monumentos de esta clase; (1) si los dibujos que hoy publicamos sirven para llamar hácia estos curiosos y estraños restos de nuestra primitiva civilizacion, la atencion que se merecen, si sirven estas líneas para que se les respeten y libren de una segura destruccion, si sirven, en fin, para que otros estiendan estas esploraciones, nos daremos por satisfechos. Son las primeras muestras que se dan en España, de esta clase de monumentos y van á aumentar el catálogo de las piedras con signos que se conocen en Europa. «Mi objeto, dice De Cussé, en las breves líneas de que hace preceder su coleccion, al presentar este trabajo á los arqueólogos, es conservar á la ciencia, á pesar de la diaria destruccion de los monumentos megalithicos del Morbihan, los signos y esculturas que encierran, y ofrecer materiales que por la comparacion, traerán tal vez, el conocimiento de una nueva página de nuestra historia, ó la revelacion de usos y costumbres seguramente muy interesantes, si se ha de juzgar por la estrañeza de los objetos que se encuentran en los dolmenes.» Nosotros decimos lo mismo,

(1) No hace muchos dias hemos tenido ocasion de observar, en el llamado bosque de S. Lorenzo (Santiago) un peñasco cubierto de signos entre los cuales se ve una cabeza humana. Todas las trazas son sin embargo de que tanto los signos como la cabeza en cuestion, son sobrado modernos y aun recientes, debidos sin duda á los muchachos de aquel arrabal que se entretuvieron en semejante obra.

pero añadiremos para que se nos perdonen las faltas que copias y reducciones mas precisas puedan hacer notar en los dibujos que presentamos, que estos trabajos reclaman, como el mismo De Cussé confiesa, muchos años, si se han de llevar á cabo con la escrupulosidad que requiere el asunto. Ocupados en escribir la Historia de Galicia, apenas si podemos hacer otra cosa, al terminar la parte antigua, que llamar la atencion de los arqueólogos hácia esta clase de antigüedades, y prometer que si por desgracia no hay quien se dedique á semejantes trabajos, nosotros, terminada la actual tarea—volveremos á ellos, con el interés que esta clase de investigaciones nos inspira y el amor que profesamos á nuestro pais.

ILUSTRACION II. pág. 396.

Por las lápidas romanas, tenemos noticia de los siguientes gobernadores de Galicia, sacerdotes y hijos notables del pais, durante el período hispano-latino.

Cayo Cerecio Fusco, hijo de Cayo, de la tribu Quirina, natural de Aquæ Flaviæ (Chaves) condecorado con todos los honores públicos en su patria.

Cayo Junio Flaviano, procurador augustal en Galicia y Asturias, bajo el imperio de Nerva.

Cayo Valerio Arabino, natural de Bergido (el Vierzo), Flamen que obtuvo todos los cargos honoríficos, sacerdote de Roma y de los augustos en la provincia hispana citerior. Por el cuidado con que atendió al archivo censual, se acordó debia erigírsele una estatua.

Cayo Virio Fronton, del convento jurídico de Lugo, Flamen á quien la provincia hispana citerior, creyó digno de una estatua.

Coral, senador iriense.

Fabio Acon Catulino, presidente de Galicia en tiempo de Constantino II.

Lucio Albino Saturnino, legado augustal de Asturias y Galicia en tiempo de Constantino II.

Lucio Aradio Valerio Proculo, exactor de censos en Galicia durante el imperio de Constantino I.

Lucio Pompeyo Reburro Fabro, natural de Calubriga de los Gigurros, (Valdeorras) de la tribu Pomptina. Entre los diversos cargos que obtuvo, se encuentra el de procurador del Fisco, alferez y tesserario de la Centuria, corniculario del tribuno, y evocato del emperador. Masdeu, opina que tal vez el *Fabro* de la inscripcion signifique ingeniero.

Lucio Rancio Optato, legado augustal de Asturias y Galicia, bajo el imperio de Constante.

Lucrecia, sacerdotisa perpetua de Roma y de los augustos del gobierno bracarangustano.

Marco Flavio Salino, hijo de Marco, de la tribu Quirina, natural de la Limia. Fué decenviro de Tarragona, sacerdote bracarense, y Flamen de la España citerior.

Marco Valerio Pio Reburro, hijo de Lucio de la tribu Quirina, bracarangustano. Fué sacerdote augur de la tarraconense, á quien la España citerior levantó una estatua.

Marco Ulpio Beburro, del convento bracarense, Flamen de la España citerior.

N. N., prefecto de Galicia, bajo el imperio de Domiciano.

Quinto Manilio Capitolino, legado augustal de Asturias y Galicia en tiempo de Constantino I.

Quinto Poncio Severo, de la tribu Quirina y natural de Braga, ó su convento. Fué Flamen de la citerior.

Tiberio Junio Quadrato, de la tribu Quirina y de familia romana. Fué Prefecto del Ala segunda Flavia de españoles ciudadanos romanos.

Tito Salvio Anticliano, seviro augustal de los Gigurros.

Fruteldio Clemens, procurador augustal en Asturias y Galicia.

ILUSTRACION III, pág. 408.

El exacto conocimiento de las vias romanas en Galicia, es tanto mas difícil, cuanto, antes y despues de Cornide, nadie ha emprendido su estudio, para el cual se necesita no solo recorrer el pais, sino conocer á fondo la historia de las cuatro provincias gallegas. En nuestros viajes nos ha sucedido hallar restos de magníficas calzadas, que podemos decir sin principio ni fin; marchar por caminos modernos en cuyo trayecto se halla-

ban preciosos puentes romanos y percibir todavia trozos de una via principal que permiten rectificar en parte la direccion que algunos suponen que llevaba. Esto nos hizo convencer de una verdad importante, cual es la de que, ni el *Itinerario de Antonino*, puede darnos á conocer la red de caminos principales que cruzaba Galicia, ni las noticias de que al presente se dispone permiten rectificar con alguna fortuna el trazado que nos dió Cornide en su *Mapa corográfico*, obra que en efecto cuanto mas se estudia y maneja, mas se convence uno de lo acertado y concienzudo de aquel trabajo sin precio, á pesar de los ligeros lunares que en él puedan señalarse.

Por el *Itinerario*, solo tenemos noticia de las cuatro principales vias, que sí es cierto que atravesaban y encerraban el pais de una manera estratégica y completa, dejaba, sin embargo, á un lado sobradas é importantes ciudades. De la via marítima, sobre todo, puede decirse, que caso que siguiese la direccion, que con razon se supone, no era marítima mas que en el nombre, tan apartada iba de la costa, pues aun concediendo que Camiña fuese su primera mansion, y que *Vicus spacorum*, pueda fijarse en Vigo, solo estas poblaciones y *Duos pontes*, eran puertos de mar, despues ni la via toca en Iria, que puede considerarse como ciudad marítima, ni aun cuando se quiera reducir *Glandomirum* á Dimo (cerca de la desembocadura del Ulla en el mar) se puede decir que esta via iba *per loca marítima* como dice el *Itinerario*, puesto que desde *Glandomirum* se interna tierra adentro para ir á la Coruña, dejando á un lado y á sobrada distancia á ciudades que, como Noela, Finisterre, Áras Sestianas, etc., tan notables eran por su riqueza, por su importancia ó por sus monumentos. Sin embargo, los preciosos puentes que todavia se encuentran ya en Brandomil, ya en Olveira, ya en el Puente Ceso, prueban tanto por su posicion como por su magnificencia y grandeza, que desde Iria á Noela, como de Iria á Finisterre, y de Brigantium á la desembocadura del Anllons, iban rutas tal vez de segundo órden que ponian en contacto los puertos de aquel litoral con las principales ciudades del interior. Con el magnífico mapa de Galicia por Fontan á la vista, se puede seguir fácilmente el camino, que orillas de la mar y siguiendo casi los mismos accidentes de la costa, empieza en la Guardia y solo se interrumpe en la desembocadura del Ulla, volviendo á aparecer en la orilla opuesta y marchando, con algunas interrupciones, por toda la costa que sigue hasta morir en la Coruña. ¿Fué acaso abierta esta ruta durante la dominacion romana? ¿existia antes? ¿se trazó despues? he aquí lo que no se puede decir todavia; sin

embargo, ella enlazaba poblaciones y comarcas interesantes, para que en tiempos de una prosperidad y movimiento, como los de la época romana no fuese esplotada. Poco importa, para creerlo asi, el que dicha via presente la inmensa diferencia que á primera vista se ofrece entre caminos que se hacian para peatones, y aquellos otros por donde podian pasar las carrozas romanas y las legiones imperiales; hoy se sabe ya, que no todas las rutas abiertas por aquellos conquistadores, ó hablando con mas propiedad, que no todas las de su tiempo, presentan á los ojos del que las examina, aquellas partes denominadas *stratumen, ruderatio, núcleos* y *summa crusta*. Hay caminos construidos como calzadas y un tanto levantados del terreno que les rodea, método que parece haberse seguido en Galicia durante la Edad-media en las vias de alguna importancia, las hay que son simplemente caminos abiertos al pequeño tráfico, y como quien dice, á gentes humildes, asi como tambien se encuentran otras que presentan ambos métodos empleados alternativamente, vias en los lugares sólidos y secos, calzadas en los parages húmedos. Nosotros lo hemos observado en el pais de los nerios que es de aquellas comarcas gallegas, en que está mas acusada la antigua fisonomia, y esas calzadas se encuentran bajo las aguas de algunos riachuelos de escaso caudal que cortan el camino, indicando asi, cuando menos, que el recuerdo de tales construcciones no se perdió durante largo tiempo en aquellos lugares.

Si no estas vías, que podemos contar entre las de última clase otras, algo mas interesantes, en una palabra, caminos de segundo órden debian llevar á los pueblos de la costa, la vida que afluia al centro del pais, gracias á la gran red de caminos que la cruzaba. En efecto, Cornide, señala una ruta, que desde Libunca, orillas del Narahio venia á buscar la que desde la Coruña marchaba directamente á Lugo, asi como indica otro nuevo camino que, partiendo cuando menos de Burum, marchaba á unirse en Utaris con la via que de la capital del convento iba hácia Astorga. Despues de todo, entonces como hoy, ni todas las vias eran consulares, ni segun acabamos de advertir, dejaba de haberlas de segundo y tercer órden. Las llamadas vias militares están descritas en el *Itinerario*, pero las ramificaciones, los atajos, los caminos de segundo órden que iban á desembocar en ellas, y cuyos restos se perciben todavia, vienen á confundir al que pretende estudiar solamente aquellas de que nos da noticia tan notable documento.

Por un miliario recientemente descubierto á legua y media de Santiago, se viene en conocimiento, que apenas sujeta Galicia, cuando efecto del deseo y necesidad que sintieron los roma-

nos de cruzar España con la red de caminos que todos sabemos, se trazaron las vias que á nuestro pais correspondian, puesto que dicho miliario se labró en tiempo de Calígula, y indica de una manera probable la época de los primeros caminos romanos en nuestro antiguo reino. Segun se recuerda en algunos de dichos monumentos, los caminos militares de Galicia siguieron construyéndose bajo el imperio de Claudio y Neron, datando, segun parece, del tiempo de Vespasiano la construccion de la via marítima, ó mejor dicho su reconstruccion. Por un miliario de Tito, hallado en Volta da Coba, se sabe que durante su gobierno se construyó una *via nova*, de cuya obra cuidó su ministro en la Tarraconense, C. Calpetano Rancio. Parece, sin embargo, que las vias principales de Galicia se concluyeron ó restauraron en parte ó recibieron, como quien dice, su última mano en tiempo de los emperadores Trajano y Adriano, de quienes, no solo se sabe que renovaron la via de Braga á Astorga pasando por Chaves, sino que la mayor parte de los miliarios, cuya memoria se conserva, se refieren á su tiempo. Las memorias de los demas emperadores son escasas en esta clase de monumentos; mas debe recordarse aqui aquella inscripcion por la cual consta, que bajo el imperio de Maximino, se restauraron en Galicia *los caminos y los puentes que el tiempo habia gastado*. Una particularidad queremos advertir, por mas que sea insignificante, y es que los miliarios que conocemos pertenecientes á las cuatro provincias gallegas, casi todos ellos marcan la distancia en que se hallan colocados, refiriéndose á Braga, solo el que se encuentra en la Almuiña (Pontevedra) la marca á Lucus Augusti.

He aqui el trozo del *Itinerario de Antonino*, que se refiere á las vias de Galicia.

VIA 1.

Camino de Braga á Astorga, tiene de largo 247 millas distribuidas así:

Salacia.	mpm XX.
Praesidio.	mpm XXVI.
Caladuno.	mpm XVI.
Ad Aquas.	mpm XVIII.
Pinetum..	mpm XX.
Roboretum.	mpm XXXVI.
Compleutica.	mpm XXVIII.
Veniatia..	mpm XXV.

Petavonium. . . . . mpm XXVIII.
Argentiolum. . . . . mpm XV.
Asturica.. . . . . mpm XIV.

II.

Camino de Braga á Astorga, con 212 millas de largo.

Salaniana. . . . . mpm XXI.
Aquis Originis.. . . . . mpm XVIII.
Aquis Querquernis. . . . . mpm XIV.
Geminas. . . . . mpm XVI.
Salientibus.. . . . . mpm XIII.
Præsidio. . . . . mpm XVIII.
Nemetobriga. . . . . mpm XIII.
Foro.. . . . . mpm XIX.
Genestario. . . . . mpm XVIII.
Bergido. . . . . mpm XIII.
Interannio Flavio.. . . . . mpm XX.
Asturica.. . . . . mpm XXX.

III.

Camino de Braga á Astorga, de 399 millas de largo repartidas de esta manera:

Limia. . . . . mpm XIX.
Tude. . . . . mpm XXIV.
Burbida.. . . . . mpm XVI.
Turoqua. . . . . mpm XVI.
Aquis Celenis. . . . . mpm XXIV.
Pria. . . . . mpm XII.
Asseconia. . . . . mpm XXIII.
Brevis. . . . . mpm XII.
Martiæ. . . . . mpm XX.
Luco Augusti. . . . . mpm XIII.
Timalino. . . . . mpm XXII.
Ponte Neviæ. . . . . mpm XII.
Uttaris. . . . . mpm XX.
Bergido.. . . . . mpm XVI.
Interannio Flavio. . . . . mpm XX.
Asturica.. . . . . mpm XXX.

IV.

Camino de Braga á Astorga por la costa, tiene de largo 207 millas.

Aquis Celenis..	stadia	CLXV.
Vico Spacorum.	stadia	CXCV.
Ad Duos Pontes.	stadia	CL.
Grandimiro.	stadia	CLXXX.
Trigundo.	mpm	XXIV.
Brigantiam..	mpm	XXX.
Caranico.	mpm	XVIII.
Luco Augusti.	mpm	XVII.
Timalino.	mpm	XXII.
Ponte Neviæ.	mpm	XXII.
Uttari.	mpm	XX.
Bergido.	mpm	XV.
Asturica.		L.

Aquæ Celenæ. Caldas de Cuntis segun unos, Caldas de Reys segun otros; por nuestra parte cremos que, segun hemos dicho cuando se trató de la geografía romana en Galicia, el centro de la tribu Cilena, la ciudad episcopal y segun todas las probabilidades, la primera que conoció los concilios en nuestro pais, fué Cuntis. Sospechamos si, que con Caldas de Reys y Cuntis sucedió algo parecido á lo de la Coruña y Betanzos, conocidas ambas poblaciones con el nombre de Brigantia. En ambas Caldas, se conservan lápidas romanas. La *Aquæ Celenne*, que aparece en primer lugar en la via *per loca maritima*, no puede admitirse en manera alguna, pues los Cilenos, caso que llegaran hasta el Miño, no pasaban para allá, y mal podia haber aguas que fuesen suyas, donde ellos no habitaban. El Sr. Saavedra,—en el *Apéndice III* del *Discurso* que sobre vias romanas leyó en su recepcion en la Academia de la Historia, curioso trabajo al cual mas de una vez nos hemos de referir,—coloca esta mansion en *Caamiña Minii*, como *Aquæ Minii*, dice aquel autor; la etimologia es bien poco feliz: la sílaba *caa*, es comun en el dialecto gallego y no viene seguramente de *aquæ*.

Aquæ Originis. En Rio Caldo, fijan modernamente esta mansion, con bastante acierto á nuestro modo de ver; adoptando esta reduccion, hay que optar entre las tres variantes de

su nombre que se nos ofrecen, por la de *Aquæ Ogirinis*, que en nuestro concepto fué su verdadero nombre. Para convencerse de ello, basta recordar que Rio Caldo, nace en la sierra de Gerez, el Girum de los latinos, llamado tambien Ogirez, y que aquellas aguas llevaban segun todas las probabilidades el nombre de la localidad en que se encontraban. *Originis*, no es en este caso mas que una no muy afortunada correccion de los copistas.

AQUÆ QUARQUERNORUM. Bande.

ASTURICA AUGUSTA. Astorga.

ASSECONIA. En Assorey la colocó Cornide; mas el Sr. Saavedra opina que en manera alguna puede reducirse á dicha poblacion, sino á Quion. El tercer camino que nos da el *Itinerario*, pasa de Aquæ Celenæ, á Pria y de aquí á Asseconia, y verdaderamente la reduccion de esta última mansion, asi como la correccion de Pria, es uno de los puntos mas difíciles que presenta el estudio de los caminos romanos en Galicia. Dando de hecho que Pria debe corregirse Iria, resulta que el camino daba desde Cuntis un largo rodeo para ir á Asseconia. Recientemente se halló un miliario á legua y media de Santiago y las señales todas, son de que el camino romano pasaba por allí, viniendo directamente de Cuntis, atravesando el Ulla por el puente Bea y marchando directamente tambien á Arzua. Segun el Sr. Lopez Ferreiro, que se ocupó de este miliario, en una escritura de donacion del obispo compostelano Sisnando I, al monasterio de S. Sebastian de Pico Sagro, año de 914, al señalar los confines de las tierras pertenecientes á esta casa, se cita un camino ó *strata*, que no es otra que la que acabamos de señalar y al pie de la cual se halló el miliario en cuestion. ¿Existió acaso una ciudad Pria, colocada en el centro de las montañas, entre Cuntis y Asorey? ¿Seria necesario para señalar con mas acierto que hasta el presente la reduccion de Glandomirum, suponer que entre Duos-pontes y Glandomirum, debe colocarse una nueva mansion y que esta sea Iria Flavia? Esto es lo que no puede resolverse todavia.

BRACARA AUGUSTA. Braga.

BREVIS. Cornide ha fijado esta mansion en Erbo, (Deza), mas Saavedra cree debe referirse á Mellid.

BRIGANTIA. Escribe Saavedra que esta mansion debe reducirse á Betanzos, en donde se unian los caminos de Lugo y de Braga á la Coruña. No es de extrañar la confusion con que está redactado este artículo en la *Memoria* á que nos referimos, por que indistintamente se llamó por los antiguos Brigantia á la

Coruña y á Betanzos, cuyo nombre, es corrupcion del primitivo. Sin embargo el cosmógrafo Æthicus, no deja lugar à que se dude, de que la Coruña se llamaba Brigantia, pues coloca á esta ciudad al pie del alto faro que iluminaba el golfo de los ártabros.

Burbida. Cerca de Borben. Todavia se conserva un antiguo camino, que desde Tuy va siguiendo linea recta hasta Pontareas, desde donde se dirige recto tambien hacia la feligresia de Moscoso, dejando á la izquierda á Borben. De Moscoso pasa á Cavitel y de allí à Caldelas en donde se hallaba la siguiente mansion.

Caladunum. Hemos dicho ya que esta poblacion fué tal vez la capital de la tribu gallaica, y que estaba situada en las montañas productoras del estaño. Argote la reduce á Ciada, cerca de la aldea de Gralla, opinion que sigue Cornide. Las ruinas de que habla el autor portugués, no son en realidad, segun su descripcion, mas que grandes dolmenes tumulares descubiertos.

Caranium. Es el *Caronium* de Phtolomeo. Esta mansion la reduce Cornide á la Graña, entre Guitiriz y Parga; el camino va por unos pantanos á setecientas varas de Guitiriz y sigue linea recta, pasando por las *brañas* denominadas en el pais *Boedos*, hasta llegar á Moeiro.

Compleutica. Segun modernas reducciones, en Castrelo, al S. y cerca de Lubian.

Duos Pontes. Pontevedra.

Cigurrorum Foro. Esta mansion, que era capital de los Cigurros ó mejor dicho Gigurros (en las donaciones de la Edad-media, se les llama Jeurros) la coloca Cornide en S. Esteban de la Rua.

Genestario. Cerca de Gestoso.

Geminas. (Aquæ Geminæ). Dice Saavedra que el Sr. Fernandez Guerra, guiándose por los planos del Sr. B. Sibelo, ha fijado esta mansion en Sandiás. Cornide la reduce á Molgas. Algo cerca de Bande está Molgas y algo lejos Sandiás, para que pueda nadie que conozca el pais, aceptar sin las necesarias reservas, ninguna de ambas reducciones.

Glandomirum. Fija Cornide esta mansion en Cantomir, cerca de Tarragoña, á un lado de la Puebla, y Saavedra la coloca en Dimo. No falta quien la ponga en Brandomil, cuyo nombre presenta harta mas semejanza que Dimo con el antiguo. La reduccion á Dimo es la mas inverosimil: no se comprende que á una legua escasa de Iria, se hiciese mansion en aquel sitio, y no se llegase hasta la ciudad iriense. Desde luego

puede asegurarse que en el estado actual de estos conocimientos, es este un punto de mas que dificil solucion: ya se coloque Grandimiro en Dimo, ya en Cantomir, no es posible creer que el camino dejase de pasar por Iria. ¿Como no escogieron á esta ciudad por mansion, cuando les era forzoso pasar por ella? El camino por la costa, no podia atravesar la ria de Padron, mas que por el Puente Cesures, pues no hay recuerdo, ni habia tampoco necesidad, y ni tal vez posibilidad de echar un nuevo puente para pasar de Dimo á la orilla opuesta. Si se adopta la opinion de que *Grandomirum* es Brandomil, cosa que no nos parece dificil de probar algun dia, hay todavia mas necesidad de suponer que se hacía parada en Iria, por ser larguísima la distancia que media entre Duos Pontes y Grandimiro. Debe advertirse que cerca de Cantomir, se hallan todavia vestigios de una via romana.

INTERAMNIUM FLAVIUM. Segun Saavedra, el lugar de Omaniol en el reino de Leon.

IRIA FLAVIA. En el Itinerario *Pria*. La corrupcion que hacen en este punto los autores, guiándose por el Ravenate, presenta por hoy, todas las probabilidades en su favor, mas no creemos dificil que llegue á descubrirse que *Pria* é *Iria*, son dos diversas poblaciones.

LIMIA. Ponte de Lima.

LUCUS AUGUSTI. Lugo.

MARTIÆ. Puente Menjiboy, cerca de Marian.

NEMETOBRIGA. Puente Navea, cerca de Tribes, ó mejor aun el mismo Tribes.

PINETUM. En Piñeiro vello, hacia la Mezquita, la coloca Cornide; pero Saavedra opina que debe reducirse á Pontes.

PRÆSIDIUM. En Grallas, segun Saavedra; Argote la pone en Codezoso.

PRÆSIDIUM. Puente Caldelas.

PRIA. Vid. Iria.

ROBORETUM. El Sr. Saavedra corrigió á Argote que ponia en Valdetellas á Pinetum. El autor del *Mapa Itinerario de la España romana*, cree que cuadra mejor á Roboretum, aquella reduccion.

SALACIA. La Salacia bracarense se reduce con toda seguridad, á Asella, cerca de Salamonde.

SALANIANA. Moimenta, en el camino de Braga á Galicia por la sierra de Gerez. Asi Cornide siguiendo la opinion de Sarmiento. Modernas reducciones, la fijan en Travasos, en la feligresia de Moimenta, segun Argote.

Salientes. En Tioira, al lado de Foncuberta y cerca de los Baños de Molgas. Esta es la opinion de Saavedra: sin embargo, opinamos que esta mansion debe reducirse al mismo Molgas, como quiere Cortés, pues la advertencia que hace respecto á hallarse la palabra en ablativo, *salientibus*, como diciendo, se hace mansion en los manantiales, tiene gran fuerza.

Timalinum. Antes se fijaba en Villartelin; pero hoy se cree mejor que estaba en un lugar distante media legua de Baralla.

Trigundum. Son varias las reducciones que se hacen de esta mansion. Cornide la pone en Busto á dos leguas de Santiago y orillas del Tambre. Cean Bermudez, en Berreo, por hallar en sus inmediaciones, algunas ruinas; pero en la actualidad, se cree mejor que es en Sigüeiro donde estuvo situada.

Tude. Tuy.

Turoqua. Touron, cerca de Puente Caldelas.

Vicus Spacorum. Generalmente se reduce á Vigo esta mansion.

ILUSTRACION IV. pag. 414.

Estátuas de guerreros gallegos en Portugal y Galicia.

En el jardin del palacio real de la Ajuda, cerca de Lisboa, que hoy sirve de jardin botánico, están colocadas á los dos lados de la entrada, dos estátuas de piedra, notables: la una á la derecha, que á mi juicio tiene de largo 2 m. 50 c. (me faltó una medida para medirla con exactitud) y la otra unos 40 c. poco mas ó menos mas pequeña. Ambas son como se ve bastante colosales. Desde luego se advierte que no hay entre ellas diferencias notables, pues son sobrado semejantes, conociéndose á primera vista que se trata de dos estátuas de guerreros. Son de granito grueso, arenoso y blando, del que se encuentra en las montañas del Tajo y del Duero. Se hallaron segun lo que se lee en latin, en el pedestal de una y en portugues en el de la otra, *no Outeiro Lesenho perto da Vila de Montalegre, provincia de Tras-os-Montes*, en el año de 1785, y se conoce que estaban

colocadas al N. del Duero, en la provincia romana de Galicia y Asturias, perteneciente hoy á Portugal, y en las cercanias de la ciudad de Montealegre. Quien fuese el que las halló y quien el que las trajo á Lisboa lo ignoro, pues no hallé de ello noticia en los libros y manuscritos que llegaron á mis manos. Soy, sin embargo, de opinion, que José Freire de Montearroyo Mascarenhas (S. *Monatsberichte der Berliner Academie* 1861 *S.* 805) y Fr. Vicente Salgado, (1. a. a. O. S. 716) han ayudado á su colocacion. Yo las describo segun lo que se desprende de su vista y exámen. A la manera que en las obras de los antiguos, cuando el arte no habia alcanzado su verdadero desarrollo, las estátuas á que nos referimos, están derechas, los brazos pegados al cuerpo, las piernas unidas y la cabeza bastante inclinada hacia adelante. La obra es tan tosca, en especial hacia la parte superior de la cabeza, porque el granito, por blando, no pudo resistir á la accion del tiempo, que no puedo decir si el obrero (pues no me atrevo á llamarle artista), quiso indicar una cabellera tupida ó gorro de cuero ceñido con una especie de lenguetas ó carrilleras (Klappen) hasta las megillas, tal como se ven en los lanceros (lanzenreiter) de las numerosas monedas celtibéricas, que se encuentran en España aunque muchos de ellos llevan sobre la cabeza un casco con un gran penacho ó un sombrero con anchas alas. Sin embargo, hacia la nuca se percibe el cabello, que está bastante detallado. Las orejas son grandes y no están cubiertas por el cabello; la barba es poblada, pero los ojos y la nariz están tan groseramente ejecutados, que es imposible pedir mas en este asunto. Alredor del cuello corre el *torques* celtico, lo bastante grueso y abultado para que se le pueda tomar por un collar: el cuerpo,—cuyos hombros y espaldas son disformemente anchos,—aparece como cubierto por una estrecha túnica, puesto que en el pecho y en la espalda se perciben algunos adornos y al rededor del antebrazo, asi como cintas abultadas que deben marcar el estremo de la manga, dejando descubierto el resto del brazo. Estos se hallan unidos al tronco ó parte superior del cuerpo y doblados por el codo en ángulo recto: la mano derecha apoyada en una espada corta que pende de la cintura, semejante á los que usaban los lacedemonios, con el corte corvo y puntiagudo y el lomo recto: al mismo tiempo tiene la mano derecha á igual altura que la izquierda y tiene precisamente hacia la parte media del cuerpo y ceñido á él, un escudo pequeño y redondo. En el centro de este escudo se observa una prominencia, pero por lo demas carece de adornos. La cintura está rodeada de un abultado cintu-

ron en el cual se notan algunos adornos muy caracterizados, (en comparacion del grosero conjunto de la obra), que no carecen de cierta elegancia. Los muslos están cubiertos por la ceñida túnica que se prolonga hasta las piernas, las cuales están unidas, como queda dicho; semejantes á las esculturas asirias muestran una forma atlética, exagerada y tosca, presentando las rodillas muy pronunciadas. El hacer los pies fué obra dificil para aquel matador de la escultura, y casi puede decirse que no logró su objeto, pues si es cierto que las piernas son desproporcionadamente cortas, no sucede lo mismo con los pies. El pedestal sobre el cual se levantan las estátuas, es del mismo trozo de piedra en que fueron esculpidas: su forma es cuadrada y no presenta adornos. La espalda es enteramente plana, el pecho no tiene el arqueado que le corresponde, al paso que el vientre y los muslos se adelantan de una manera notable. Me presentaron copias en fotografia de las dos estátuas, tomadas desde una altura. Por el modelo en yeso de otra en un todo semejante que debemos al Sr. D. Alejandro Herculano, se formará una clara idea de las originales. En el pequeño puerto de Viana situado en la embocadura del Limia, en la provincia de Entre Douro é Minho, noroeste de Braga, pais perteneciente á la antigua Galicia, se halla en casa de un particular una estátua parecida á las anteriores. Pertenece á una viuda, la Sra. D. Francisca Casado, que vive en la Rua da Bandeira, al lado de la casa del Conde de Almada. Segun pude apreciar, tiene la misma altura que la mas pequeña de las de Montealegre y se diferencia de estas ultimas en que tiene la cara mas tosca y disformemente hecha. Los ojos cuyos bordes son triangulares, asemejan á la abertura ó ojos de la visera de un casco. Tambien el pelo se asemeja casi á una gorra de guerrero, la cual parece cerrarse por debajo de la barba dejando descubiertas las orejas. La cabeza ha sido separada del tronco, al volver á ponérsela, el torques ha sido destruido, pero imitado fielmente por el restaurador. La túnica es de corte triangular en el cuello: esto lo demuestra la estátua de Montealegre y por lo tanto no se puede confundir el torques con el cuello de la túnica. Tambien se observan en el pecho adornos caprichosos, la forma de cruz que presenta uno de ellos, hace sospechar que es adicion moderna, con lo cual el pueblo hacía cristiano al *mouro*, pues así se llama generalmente tanto en España como en Portugal á toda estátua antigua. Sin embargo no puedo asegurar si esta coincidencia es casual. En la mitad del brazo termina distintamente la manga de la túnica. La mano izquierda está debajo del escudo y lo sostiene por medio de cintas

que en forma de cruz rodean el antebrazo. En la mano derecha tiene un cuchillo semejante al de las estátuas de Montealegre y un brazalete en la muñeca. Este guerrero tiene tambien un cinturon y en el lado derecho se ve distintamente como está sujeto y sobrepuesto. El escudo que concuerda en un todo con el de las estatuas de Montealegre está adornado de otro modo y con mas delicadeza. Sobre este escudo se hallan colocadas dos cintas lisas cruzadas en forma de X; en el centro y estremos, presenta una elevacion redonda. Nada tiene de particular el emplear conchas como adorno de escudo en estas costas bañadas por el Occeano, y en la concha del peregrino de Santiago, que está un poco mas hacia el N. se observa el mismo uso algo modificado. Tambien le faltan los pies á la estátua de Vianna y en la parte anterior del pedestal sobre el que se levanta, está esculpida en bajo relieve y vista por la parte anterior, una cabeza. En medio de la tosquedad con que está trabajada no puede distinguirse si es hombre ó muger y si está ó no adornada, lo mas notable de esta estátua es tener una inscripcion en un lugar no acostumbrado, se encuentra en los muslos y no como es en las esculturas griegas, etruscas y latinas escrita en un muslo de arriba á bajo, sino en direccion horizontal en varios renglones sobre el paño del vestido empezando en la cadera derecha y estendiéndose hasta la izquierda y prolongándose ademas debajo de la túnica de tal modo que la inscripcion pasa de un muslo al otro en la misma linea. En el modelo estan indicados los sitios en que es visible la inscripcion con las cifras árabes 1. 2. 3. 4. 5.

Por efecto de las influencias atmosféricas se halla mucho mas detriorada toda la superficie anterior que los lados.

La primera copia de la inscripcion la ha hecho mi amigo el Sr. Augusto Soromenho, en Lisboa, corresponsal del Instituto romano y discípulo de Herculano; el cual, aunque no es epigrafista, está sin embargo, bastante práctico en la lectura de antigüedades de la Edad-media.

El Sr. Herculano posee un molde de yeso de la inscripcion y ademas ha estudiado el original y sacado un molde, que por efecto del estado de la piedra, solo sirve para juzgar de la inscripcion y para determinar aproximadamente la cronología de la escritura.

Con todos estos auxilios y á pesar de los esfuerzos que hice para no preocuparme con la primera, leí casi lo mismo que Soromenho (Véase la lámina). La terminacion pudiera leerse de esta manera *contu (berna) lis (et) frater* si esto no fuese una indica-

cion demasiado determinada del estado militar romano. Como al principio están claros del todo los nombres *L. Sesti*, (y con esto pudiera ocurrírsele á uno las *aræ Sestianæ*,) (*Monatsberichte der Berliner Akademie von 1861. S. 835*) debe entenderse el todo simplemente como una dedicatoria del hermano al difunto, como una memoria fúnebre en forma de estátua. La parte de la inscripcion, que no está bien clara, debe haber contenido, si esta esplicacion es exacta, el nombre del padre y apellido del difunto ó acaso su estado, su pais natal ó alguna otra determinacion. Pudiera decirse que el nombre paterno es *Clodam (e) nis f(i)li(us)*. En Valença do Minho, fortaleza portuguesa limítrofe situada frente al Tuy español á orillas del Miño, se encuentra en el mercado cubierto una inscripcion metida en la pared, y por desgracia, cubierta con pintura al óleo y borrada, de la cual debo tambien la primera noticia y molde al Sr. Soromenho. Con el auxilio de un molde, aun cuando imperfecto, leo asi:

DIS· MANIBVS
ALLVQVIo· ANDERGI· F
AETVRVAE· ARQVI· F·
MACRo· ALLVQVI· F· CL
VTIMoNI· ALLVQVI· F· CIVI
NIIIIINEIIVICIIF· FAC· C

La conclusion del renglon quinto y la mayor parte del renglon sexto no están claras. Sin que esto sea muy importante; pues probablemente estaria escrito allí el nombre de un tercer niño; pero lo que está bien claro y manifiesto es que la inscripcion representaba la lápida de un matrimonio con dos hijos. No tengo presente en este momento haber visto otros ejemplos de los nombres *Andergus* y *Aetura*.

Me acuerdo haber visto en una inscripcion del lugar de Arroyo del Puerco, en Estremadura (España) una *Amo(e)na Alluqui(so)* filia; y con respeto á *Arquius* ya he reunido en otro lugar varios ejemplos. (*Monatsberichte von 1861, S. 787 f.*) Casi todas las inscripciones de estos paises en las que los nombres usuales romanos son sumamente raros, ofrecen nuevos nombres de dioses y personas, propios de estos lugares. No existe entre *Clutimo*, *Clutimonis* y *Cludamo*, *Cludam(e)nis* de la inscripcion

del guerrero de Vianna, mas diferencia de la que hay entre los dos nombres *Ataecina* y *Adaegina* de una diosa lusitánica que he hallado en Mérida y Medellin y en el S. de Portugal. Por lo demas, encuentro el nombre *Clutamus* (al parecer) en dos inscripciones inéditas y mal conservadas de Lugo y Coria en Estremadura. El apellido de aquel L. Sestius (*L. Sesti* puede ser nominativo ó genitivo, lo último es lo probable, y en este caso el nombre del dedicante está en nominativo é independiente, *Corocc*(?) *orocauci (?)* se parece al nombre seguramente ibérico *Corocota* ó *Corocutta*, del cual he añadido en otro lugar (*Monatsberichte von 1861. S. 389*) un ejemplo hallado en una inscripcion, á los publicados por Haupt en las lecciones sobre el testamento de Grunnius Porcellus.

Pudiera creerse que se habian repetido por equivocacion las dos primeras sílabas, tanto mas cuanto que la segunda parte del segundo renglon está considerablemente mas alta que la primera. Despues sigue el nombre del hermano. Al principio del renglon parece que es indispensable (*Cl*)*audius* como complemento, sin embargo de que el hermano se llamaba Sestius. Esto pudiera acaso esplicarse diciendo que los dos hermanos habian recibido de distintos patrones el derecho de ciudadanos y con esto diferentes *gentilicia*, y por consiguiente eran *fratres uterini*; con esto concuerda el que aquí parece que falta el nombre del padre. Si se considera *udius* como terminacion del apellido del difunto, pudiera aun entonces leerse *Sestius* y ver en la siguiente el nombre del padre, del hermano y su apellido. Sin embargo, es en vano intentar el restablecimiento de esta parte de la inscripcion, aunque de ella pueda deducirse con toda seguridad que la estátua de Vianna no es la imágen de un Dios, sino un monumento fúnebre, y el guerrero que representa es un gallego dotado con el derecho de ciudadano romano. Sabido es que ya D. Brutus, cónsul en el año 616, obtuvo despues de su triunfo sobre los gallegos el nombre *Gallaecus* ó en la forma antigua *Gallaicus*; pero parece natural que antes que Augusto hubiese sometido á los cántabros y astures, no formasen de ningun modo los gallegos mas que una parte nominal de la provincia citerior. En los fastos triunfales de la mitad del siglo VII y VIII están consignadas una série de triunfos de *Lusitanis* y de *Hispanis*, sin que haya algo que indique haberse emprendido nueva guerra con los gallegos. Estos, lo mismo que los astures, continuaban rebelándose despues de la campaña de Augusto, segun lo demuestra la circunstancia de que Asturias y Galicia tuvieron desde el principio, segun parece, una administracion independiente, y

que en tiempo de Caracalla, cuando por todas razones se empezó á dividir en partes menores las grandes provincias, fué constituida en una provincia especial, *Provincia Hispania nova citerior* (*S. Monatsberichte S. 822 ff.*)

Las formas de la inscripcion parecen referirse mas bien al fin, que á mediados del siglo I, pues los caractéres ya son algo mas perfectos; son mas modernos que los de la ya citada inscripcion de Valença, los cuales pertenecen, sin duda alguna, al tiempo de Augusto; presenta la O y Q pequeñas. Las de Vianna podrán referirse á lo mas al tiempo de Neron.

De esta manera, está determinado tambien el tiempo de la estátua y confirmado ademas el antiguo teorema de que los principios del arte están sometidos en todos tiempos á las mismas leyes, y que la tosquedad por si sola no es de ninguna manera una prueba de antigüedad. Si las estátuas no tuviesen inscripcion, y ademas si esta no fuese latina, no faltarian personas que las hubiesen atribuido una antigüedad mucho mayor. Parece haber sido bastante comun entre los gallegos la costumbre de poner al difunto su propia imágen como memoria fúnebre. Pero probablemente no debe considerarse dicha memoria como retrato en sentido estricto, sino á la manera que las estátuas antiguas de los vencedores olímpicos, como una distincion genérica. A las tres estátuas tan semejantes entre sí, de que he hablado hasta aqui, pueden unirse aun dos de Galicia (España), de las cuales solo se han conservado descripciones, sin que pueda asegurar si existen todavia. La primera se encontró, segun refiere Mauro Castellá de Ferrer (Historia del Apóstol Santiago, 1610 f. 159 v.), cerca del convento de Celanova, en Castro de Rubiás, junto á Araujo.

La describe del modo siguiente: *figura de hombre de piedra, desnudos los brazos, con un sayo largo hasta mas arriba cuatro dedos de las rodillas, ceñido con una cinta gravada, desnudas las piernas; en las manos tiene una rodela, ó escudo redondo con una punta en medio.* Se ve por esta descripcion que la estatua era completamente semejante á las tres mencionadas. Ferrer continúa en el mismo periodo despues de la descripcion que se referia al escudo: *con el siguiente letrero.* Huerta (Anales de Galícia pág. 140), que escribe segun Ferrer y sin haber visto la estatua, entendió qúe la inscripcion estaba en el escudo: sin embargo parece que Ferrer no ha querido indicar esto. Segun su manera de espresarse únicamente parece indicar que la estatua ha tenido una inscripcion sin determinar precisamente el sitio en que se hallaba; aunque pudiera muy bien

haber estado en el escudo. Decia con el laconismo propio de la antigüedad, de esta manera:

ADRONO
VEROTI. F

De Ferrer la copió el P. Martin de Roa, en su Historia de Ecija y de aquí Doni. VI, pág. 239, ambos han escrito equivocadamente ADORNO. Tambien se encuentra el nombre de *Adronus* en inscripciones de Braga (*Monatsberichte von 1861. S. 795*).

A cuatro leguas de Orense entre las parroquias de Santa Maria de Bóveda y San Miguel de Padreda y en el lugar de Villar del Barrio, sirve de piedra limítrofe entre ambas parroquias, la mitad inferior de una estatua de guerrero completamente semejante á las cuatro mencionadas, segun comunicacion hecha á la Academia de Historia de Madrid en el año 1837 por el Sr. Marqués de Almenara y D. José Verea y Aguiar (autor de una Historia de Galicia). Aun cuando la Academia no conserva de esta estatua mas que un dibujo imperfecto, sin embargo la falta de los pies, y el tener el escudo redondo apoyado con el borde sobre el cuerpo, no dejan la menor duda de que esta estatua pertenecia á la misma clase de memorias. Estas cinco son las únicas conocidas; el que tenga ocasion de recorrer las numerosas localidades de Galicia y de la provincia portuguesa Tras os Montes, todavia no visitadas por los sabios, tendrá sin duda ocasion de hallar otras muchas. Las inscripciones halladas en dos de ellas, son lo suficiente para la determinacion del género y de la época de estas memorias, únicas hasta aquí. Nos dan una idea del traje y armas de los gallegos bajo la dominacion romana. Como en ambas inscripciones no se observa otra cosa mas que el nombre del difunto y en una de ellas ademas el del dedicante, no hay necesidad de suponer que dichos guerreros hubiesen servido en las cohortes romanas. Nos son conocidas dos cohortes de asturianos y gallegos (que no deben confundirse con cinco formadas únicamente de Asturianos), de las cuales la primera del tiempo de Neron estaba en Illyricum (*Henzen 5407*), y la segunda del tiempo de Tito de Domiciano en Pannonia (*Henzen 5428 y 5430*). Como aquí están unidos los gallegos con los asturianos, el pais de donde reclutaban sus tropas era la parte mas oriental de Galicia que limita con Asturias y Leon que es el Vierzo de hoy dia.

Ademas habia cinco cohortes *Callaicorum* de este modo y al mismo tiempo *Callaecorum* está escrito en ambos lados de

mismo diploma militar, (*Henzen 5430*) *Lucensium* ó *Luciensium et Gallaecorum* (*Henzen 5407*). La quinta de estas estaba igualmente en *Illyricum* en tiempo de Neron y en tiempo de Domiciano la encontramos con la segunda de Astures y Gallegos en *Pannonia*. El nombre de *Lucenses* lo recibian de su capital y el bosque sagrado mas tarde consagrado á Augusto *Lucus Augusti*, Lugo, en la actualidad, á diferencia de los *Gallaeci Bracari ó Bracarenses* del Sur, que habitaban junto al Miño y Douro llamados asi por su capital *Bracara Augusta*, hoy dia Braga. De los *Bracaraaugustani* habia tambien cinco cohortes; la 3.ª de ellas estaba en tiempo de Adriano en la Bretaña (*S. Rhein. Mus. XI. S. 24*); la quinta en la Germania (*Henzen 6852*). Todos los guerreros que representan las cinco estatuas pertenecen á los *Gallaeci Bracaraaugustani*, atendiendo al sitio en que se han encontrado. Si dos cohortes *Lucensium* de las cuales la primera en tiempo de Tito, estaba en Pannonia (*Henzen 5428*) y la segunda en el de Trajano en *Untermosien* (*Henzen 6857*), pertenecian ó no á las cinco de los *Lucenses et Gallaeci* es dudoso en medio del gran número de tropas reclutadas en estas comarcas que con arreglo al carácter montuoso del pais se componian solo de infanteria sin que aparezcan *Alae Gallaecorum ó Lucensium*. En una inscripcion de Lugo se encontró tambien un soldado de la *corstertia Luces*(*sis*), como ya se ha dicho en las *Noticias mensuales de 1861 pág. 820*. Por el contrario, de los Asturianos, tenemos noticia de cinco cohortes de infanteria pero tambien de tres Alae de caballeria; pues la parte del Sur del dominio de los asturianos, de los *Astures Augustani*, llamados asi por su capital *Asturica Augusta*, en la actualidad Astorga, comprende ya una parte de las vastas mesetas de Leon y Castilla, abundantes en trigo. Por consiguiente, aun cuando los guerreros que representan aquellas cinco estatuas no hayan servido probablemente en una de aquellas cinco cohortes de *Bracaraaugustani*, sin embargo, nos dan á conocer el trage y armas de los *Gallaeci Bracari* que eran y fueron indudablemente los nacionales.

Las monedas celtíberas que con tanta abundancia se encuentran en la cuenca del Ebro y en la costa oriental de España no se han encontrado nunca en esta parte mas occidental de la Península á Europa: circunstancia digna de atencion y que sin embargo suele ser desconocida é ignorada de los intérpretes transpirenáicos de estas monedas. Tampoco parece que faltan algunas memorias de piedras celtas aun cuando hasta aqui se conocen pocas de estas memorias. No puedo citar hallazgos de

armas y muebles que pertenezcan con seguridad á una época anterior á los romanos. Por consiguiente deben considerarse las estatuas mencionadas, como los únicos restos de una semi-cultura singular y bárbara.

Berlin. E. HUBNER.

ILUSTRACION V, pág. 466.

Fué Theodosio natural de Galicia?

Bajo la fé de Zosimo, autor coetáneo y de Idacio, casi contemporáneo y conterráneo, y por lo mismo digno de la mayor fé, se ha tenido hasta ahora al Emperador Theodosio por natural de una ciudad de *Cauca*, perteneciente á la antigua Galicia. Al adoptar la mayor parte de los escritores esta opinion, siguen otra, que no es tan probable como la primera, esto es, que la *Cauca* gallega de Zosimo y Idacio, debe reducirse á *Coca*, situada á la orilla izquierda del Eresma. En efecto, la *Cauca* vacea, perteneciente segun Plinio al convento jurídico de Clunia, no puede ser gallega, por mucho que se estiendan los límites de esta provincia. Con harta claridad lo ha demostrado en varias ocasiones el P. Florez, ya diciendo, y en ello estamos conformes, que los antíguos siempre estrechaban los límites de Galicia por el Mediodia á las márgenes del Duero, ya haciendo notar, con su discreccion acostumbrada, que aun despues del tiempo de Constantino, los vettones pertenecian á la Lusitania, y que Salamanca y Avila, siguen al metropolitano de Mérida, y no al de Braga. «El mismo estado, añade, (*Esp. Sagr*. t. XV, pág. 13) perseveró en tiempo de los suevos, como es cosa constante segun lo que se ha alegado en varias partes, sin embargo de haber estos traspasado el antíguo límite de Galicia, metiéndose en Lusitania hasta Coímbra é Idaña». Pudiera objetársele que los límites del reino de los suevos, sobre todo en sus principios, eran sobrado inciertos y que pues Idacio escribia en aquellos dias turbulentos, podia haber

caido *Cauca* en poder de los suevos y como estos se apoderaron de Galicia, comprender aquella ciudad bajo la denominacion de gallega; pero desde luego se ve que este argumento tiene mas apariencia que fuerza, puesto que para desvanecerlo, basta recordar, que los bárbaros respetaron en un principio las anteriores divisiones territoriales y que aun sin esto, los que presenciaron la irrupcion, jamás creyeron que fuese duradera, y por lo tanto con la estraña adhesion y fidelidad que guardaron á los romanos seguirian considerando legales las antiguas divisiones, y tal como si Roma les enviase todavia sus cónsules para gobernarlos. En el *Cronicon* de Idacio, se hallan á cada momento pruebas de esta verdad.

En la nota I, á dicho *Cronicon*, espone el P. Florez las dudas que apropósito de la pátria de Theodosio se le ocurren, y despues de decirnos que no puede ser Coca y pertener á Galicia, (como quiere Masdeu, acudiendo al argumento de la estension que dieron algunos á esta antígua provincia), concluye asegurando que hay que buscar la *Cauca* de Idacio, del Duero para acá, es decir, dentro de los verdaderos límites de la antígua Gallæcia. Cual fuese esta ciudad se ignora, y probablemente no lo sabremos nunca; por lo pronto el Cl. autor de la *Esp. Sagr.*, no acepta las reducciones de Bivar y Gándara, que quieren sea el pueblo de Coca, entre Braga y Valença do Minho.

Comprendiendo la dificultad de hallar la reduccion probable de una ciudad de la cual los geógrafos romanos no nos dejaron noticia especial, diremos que en esta cuestion, solo una cosa parece resuelta, esto es, que la *Cauca* de los vaceos, no es la pátria de Theodosio y que las hipótesis que acerca de la *Cauca* gallega y su situacion, se emitieron hasta ahora, no presentan por desgracia, grandes argumentos en su abono. No faltó sin embargo quien modernamente haya tratado entre nosotros, de arrojar alguna luz sobre tan difícil cuestion. El Sr. D. Antonio Gonzalez, cura de Sto. Thomé de Barja, en noticia comunicada á la Academia de la Historia, á propósito de una inscripcion hallada en su parroquia, se esfuerza en presentar algunas razones, que prueben como él quiere que la *Cauca* de Idacio, estuvo hacia los lugares en que el Sorga rinde su tributo al Arnoya. Desgraciadamente la inscripcion que dió motivo á sus suposiciones, necesita no solo una segunda y atenta lectura, sino tambien una entendida interpretacion, pues sin ningun género de duda, la piedra es un miliario, de los que señalaban el paso de una de las vias que desde Braga ve-

nian hácia Galicia y pasaban por aquel punto. En esta idea vino á confirmarnos, una inscripcion que publicó hace años el Sr. Barros Sibelo, asegurando haberla hallado verificando una calicata entre las mansiones IV y V del itinerario de Braga á Astorga, pues á nuestro modo de ver presenta por cierto notable semejanza con la que el Sr. Gonzalez compró y colocó en el paseo que hay sobre la huerta de la casa rectoral. El no señalar el Sr. Barros fijamente el sitio en que, con el trabajo y perseverancia que nos indica, logró tan feliz hallazgo, nos priva de la satisfaccion de saber que habia leido toda la citada inscripcion, y de poder afirmar de una vez que el Sr. cura de Barja, poco acostumbrado sin duda á tales lecturas, tomó el PROCOS de la inscripcion por el DDQCOCA que traduce *dedicavit que Coca.* Esto se comprende fácilmente; la P y la R pueden confundirse á poco que se hallen gastadas, con las dos DD y la O aun es mas fácil confundirla con una Q. Es de notar que la A final no la presenta el Sr. Gonzalez como una A completamente formada, antes por su trazado nos da á entender, que tomó por signo alfabético, lo que no era mas que un rasgo comun en las inscripciones ⋋ de que nos presenta un buen ejemplo la de Valdeorras dedicada á Pompeyo Reburro. Esto todo, dando al olvido que el nombre latino de la ciudad es *Cauca* y no *Coca.* El cotejo de la incripcion publicada por el Sr. Barros con la incompleta transcripcion que debemos al Sr. Gonzalez, dirá mas que nada, si son dos inscripciones diversas, ó una misma como sospechamos nosotros, desvaneciéndose por lo tanto, todo el edificio de las suposiciones levantado por el párroco de Barja. Dice así la que nos dió el Sr. Barros Sibelo:

IMP· CAES· DIVI SEVERI PII FIL
DIVI MARCI ANTONINI NEP·
DIVI ANTONINI PII PRONEP·
DIVI ADRIANI ABNFP·
DIVI TRAIANI PAR ET
DIVI NERVA ADNEPOT
M· AVRELIO ANTONINO PIO III· FEL AVG·
PAR· MAX· BRIT· MAX·
GER· MAX.
TRIB· POT· XVII· IMP· III·
COS· IIII· P· P· PROCOS·
M· P· XCIII

La inscripcion del Sr. Gonzalez es como sigue (1):

//////////////////////
//////////////////////
///////////////////NEP
DIVI ADR//////////////
DIVI TRA/////PART/////
////NERVAE A/////////
//////////ANT A////////////
//////MAX BRI////////
//////P· MAX· ///////
TRIB· POT· XA ////////
IX COS IIII F P P DDQ COCA.
//////////////////////

Es de notar, que el mismo Sr. Gonzalez, al presentar la lápida con las adiciones que en su concepto deben hacerse para restaurarla, no lee todos los renglones de la misma manera que aparecen en la anterior trascripcion: así y todo el cotejo puede hacerse fácilmente aunque este trabajo era escusado, si el Sr. Barros Sibelo, hubiese señalado puntualmente el lugar donde se halló el miliario á que se refiere, y supiéramos nosotros que su lectura está exenta de los yerros á que naturalmente puede arrastrar inscripcion tan mal tratada, como dá á entender el celoso párroco á quien debemos su conservacion. Hé aquí la nota que bajo el título de *Inscripcion de Barja*, nos remitió nuestro distinguido amigo y paisano D. Cárlos R. Fort, redactada en vista de las noticias comunicadas á la Academia de la Historia por el Sr. Gonzalez:

»D. José Antonio Gonzalez, cura de Santo Tomé de Barja, partido de Celanova, provincia y obispado de Orense, con carta

(1) No ponemos los renglones, tal como los dió dicho señor, ya porque se reproduce la inscripcion mas adelante, ya porque así es mas fácil el cotejo. Nosotros creemos que la distribucion de los renglones de la copia del Sr. Barros, no es, aunque esto importa poco para el conocimiento de la inscripcion, la misma que tienen en el original; sin embargo, nos guiámos por ella, para que á primera vista se pueda formar una idea mas completa de la semejanza que presentan ambas inscripciones.

fecha 23 de agosto de 1845, dirigió al Secretario de la Academia de la Historia esta inscripcion con algunas observaciones. La piedra que la contiene se halló á fines del siglo XVIII en el rio Arnoya al O. é inmediaciones de la aldea de Barquiña, una de las siete que componen dicha parroquia, y sitio donde el Arnoya se une con el Sorga. Estuvo en poder de Roque Feijoo y su hijo Ramon, labradores; la compró al segundo en 1841 Gonzalez, y la hizo trasladar al paseo que hay sobre la huerta de la casa rectoral, arrimada á esta, junto á la puerta del lagar. Está dicha piedra muy deteriorada, lo cual hace bastante difícil la lectura de la inscripcion.

»Esta piedra, dice Gonzalez, debió ser colocada, en su primitiva dedicacion, en paraje muy cercano al sitio en que fué encontrada, junto á la confluencia de los espresados rios Arnoya y Sorga, porque su gran pesantez no permitia viniese por tierra rodando, ni menos arrastrada por la corriente de algunos de dichos rios desde lejana distancia; no siendo tampoco verosímil fuese conducida de propósito á un lugar despoblado. Por tanto podemos asegurar que este monumento fué erigido muy cerca del sitio en que confluyen los sobredichos rios, y por lo mismo es creible que haya habido en estas inmediaciones alguna poblacion considerable, cuyos vestigios no seria tal vez dificultoso descubrir si se buscasen con cuidado.

»Me contentaré, prosigue, con elevar al conocimiento de esa Real é ilustrada Academia lo que á duras penas, y despues de asiduas investigaciones he sacado en limpio, en mi concepto, de la recien descubierta inscripcion de Barja, á saber:

NEPDIVIADR. . . . . , , ...
DIVITRAPART. . . . .
NERVAEA. . . . .
ANTA. . . . . , ...
MAXBRI. . . . .
P. MAX.TRIB.POT,XA. . . .
IX COSIIIIFPP DDQ COCA

»Opina Gonzalez que el monumento fué dedicado á Marco Aurelio Antonino el Filósofo, con motivo de que habiendo fallecido Lucio Vero en el año nono de su gobierno, en que era aquel su colega, quedó el mismo Marco Aurelio dueño absoluto del imperio, y la tierra libre de un mónstruo odioso. Lee, pues, dicho presbitero esta inscripcion asi:

IMPO. *Cæs. Divi Ant. Pii Filio*
NEP*oti* DIVI.ADR P*ronept.*
A
DIVITRV PART *Abnep. D.*
NERVAE A*elio Marco Auro.*
ANT*onino Aug. P. Parth Max. Germ*
MAX BRI*tanico Maximo.*
PMVX TRIB POTX I*mperij*
IX COS IIII F PP DDQ COCA

»Y en castellano: *Coca da y dedica al emperador César Elio Marco Aurelio, Augusto Antonino, Pio, Feliz Padre de la patria, Partico Maximo, Germánico Maximo, Británico Maximo, Pontifice Maximo, hijo del Divo Antonio Pio, nieto del Divo Adriano, biznieto del Divo Trajano Partico, tercer nieto del Divo Nerva, en el año decimo quinto de su imperio y en su consulado cuarto.*

»Encuentro, añade Gonzalez, dificultad en resolver si la voz *Coca* con que finaliza la leyenda, y que expresa seguramente el dedicante, es nombre de persona ó de pueblo. Tengo por verosimil lo segundo: porque si dicha palabra denotase persona, debia precederla el pronombre segun costumbre de los romanos; y aqui no le tenemos, á no ser que quiera darse esta atribucion á la Q. que sigue á las D. D, leyendo *Dat Dedicat Quintus Quintius, Quartus E. Coca.* Pero esta Q. hace un sentido escelente, unida como conjuncion á la última D. en la forma espresada: *Dat Dedicatque Coca;* y de este modo de leer se hallan infinitos ejemplares.... En esta suposicion, el nombre *Coca* designa, no á una persona particular, sino á un pueblo que dedica el monumento á M. Aurelio. ¿Cuál, pues, será ese pueblo dedicante?..... No será fácil acertar con la reduccion; pero si es posible dar con algun hilo en un tal laberinto, seame permitido aventurar la conjetnra siguiente:

»Apesar de que el conde Marcelino, el poeta Claudiano, Mariana y sus editores de Valencia hacen al gran Teodosio natural de Itálica, es incomparablemente mas probable que este inmortal Augusto nació en la antigua ciudad de Cauca en Galicia, como afirman Zosimo é Idacio, á quienes, entre otros muchos eruditos sigue el M. Florez. Y ciertamente, la autoridad de Idacio y Zosimo lleva grandes ventajas á la de Marcelino, por ser mas antiguos que este y coetaneos de aquel gloriosísimo príncipe: é

igualmente á la del vate Alejandrino que, si floreció en tiempo de Teodosio, no era su paisano, como tampoco el conde; por lo que pudieron estar mal informados acerca de la patria de tal emperador.

»No asi el famoso Idacio, varon eminente en santidad y letras, obispo gallego, escritor íntegro é ilustrado y conterraneo y vero de Teodosio, por cuyas prendas es acreedor á que se le dé entera fé, pues ni pudo ignorar la verdadera patria de su preclarísimo compatriota, ni hay razon para ofenderle con la sospecha de que ciego de pasion, faltó á la verdad por honrar á su pais, adjudicándole tan eximio vástago. Su testimonio, pues, no admite recusacion: es irreparable y evidentemente inferior á cualquier otra. Este autor, respetable bajo todos aspectos, al año primero de su inapreciable cronicon, dice espresamente: «*Theodosius natione Hispanus de provincia Gallæciæ civitate Cauca.*» No puede darse aceptacion mas decisiva acerca de la patria de Teodosio el grande, ni admite duda el que este incomparable César respiró el primer aire en Galicia. El argumento que se toma de este pasage del insigne Idatio en favor de esta opinion, es demasiado fuerte para poder deshacerlo, como pretenden los referidos editores valencianos de la Historia del P. Mariana, y negar á Galicia esta gloria, que tan poco puede ser menguante por la indecision de su neoilustrador el doctor Sabau y Blanco. Lo mismo puede aseverarse del emperador Arcadio, hijo de aquel esclarecido héroe gallego, pues nació estando Teodosio retirado en España durante la persecucion suscitada contra su padre; y siendo natural que este se refugiase en Galicia, su patria, aquí debió verificarse el nacimiento de Arcadio, como dice el Ilmo. Florez, cuya opinion favorece el erudito Tillemont en el tomo V de los Césares.

»Sabemos, pues, que estos dos emperadores eran gallegos; pero desgraciadamente nos es desconocida la situacion de la ciudad de Coca su patria; porque ni los que la reducen á la aldea de este nombre en Portugal, al N. O. de Ponte de Limia, ni los que la destierran á la villa de Coca en la provincia de Segovia, llevan camino. Tenemos, pues, que no se puede dudar racionalmente que el gran Teodosio y la ciudad de Cauca, su patria, pertenecen á Galicia; pero es preciso confesar que ignoramos el sitio en que estuvo aquella memorable poblacion, por no mencionarla los geógrafos antiguos, y seguiremos en esta ignorancia mientras no se descubran vestigios que le acrediten. Y aquí viene cabalmente mi vergonzante conjetura, arriba indicada.

»Si como parece muy probable, el final de esta inscripcion Coca, no es nombre de personas sino de pueblo, bien pudiera designar á la antigua ciudad de Cauca; y entonces tendriamos reducida á Barja la pátria de Teodosio: pues quedaba confirmada por esta memoria y su local determinado á las cercanias del pasage en que fué hallada: porque su mucho peso no admite la suposicion de que fuese traida de lejos á un despoblado, ni viniese de larga distancia arrastrada por las aguas del Arnoya ó Sorga, como queda observado. Es, pues, una piedra verdaderamente geográfica, puesta allí en nombre de la ciudad de *Coca Cauca,* que habla en ella, y conservada en el lugar primordial donde se colocó en su dedicacion, sin haber sido trasportada de otra parte: por lo que acaso podria conducir al descubrimiento de la antigua *Cauca* de Galicia por que debe examinarse con la mayor atencion esta lápida y el terreno en que se encontró. La variante que se nota en *Coca* á *Cauca* no debe embarazarnos, por ser tan sabido que el diptongo *au*, tanto en la escritura como en la pronunciacion se trasmuta frecuentemente en *o*.

»En Pos-data á la citada carta añade Gonzalez: Omiti decir, en confirmacion de que *Coca* denota en la inscripcion lugar y no persona, que la Q precedente está unida á la última D y bastante separada de la C de *Coca*. Esto es mi comprobante de que la Q pertenece á la D, como conjuncion y no á Coca como pronombre».

Como se vé el Sr. cura de Barja deseaba hallar la Cauca de Theodosio dentro de los límites de su parroquia, aunque en todo su discurso mas se ve el empeño que las razones. Todas ellas estriban en las palabras de la inscripcion, y ya hemos dicho acerca de esto lo que creemos necesario: así pues, hay que concluir por confesar francamente, que por hoy no sabemos en que punto estaba situada dicha poblacion y que probablemente no se sabrá nunca. Sin embargo, una cosa se podria adelantar, si una moneda, recientemente hallada en Vivero por nuestro ilustrado y laborioso amigo D. Joaquin Araujo, lleva en efecto la leyenda que nos indica. Segun él, en el reverso de dicha medalla se vé el caballo marino y debajo la palabra *Cauca*, que si está bien leida no cabe duda que puede presumirse con alguna razon que la *Cauca* gallega estaba situada á orillas del mar. Pudiera dar mas fuerza á esta opinion el hecho de que la *Cauca* vacea, no acuñó, que sepamos, moneda; al menos el P. Florez no recuerda ninguna batida en dicha ciudad.

ILUSTRACION VI. pág. 484.

I.

Concilio primero de Zaragoza, compuesto de doce obíspos, celebrado el dia 4 de Octubre del año 380.

Hallándose en la sacristia en Zaragoza, reunidos los obispos Titadio, Delfino, Eutiquio, Ampelio, Auxencio, Lucio, Itacio, Esplendonio, Valerio, Simposio, Carterio é Idacio, dijeron todos; léanse las sentencias: el obispo leyó.

I. Que todas las mujeres de la iglesia católica y fieles, sean separados de la leccion y reuniones de varones agenos, y que ellas no se junten entre sí con objeto de aprender ó enseñar, por que asi lo mandó el apóstol. Todos los obispos dijeron; anatema á los que en adelante no observen este cánon.

II. Que no se ayune los domingos, ni se ausenten de la iglesia en tiempo de cuaresma.

Ademas leyó: ninguno ayune en domingo por consideracion al tiempo, ó á la persuasion ó supersticion, y en cuaresma, no falten de las iglesias, ni habiten lo mas oculto de los aposentos ni las asperezas de los montes, los que perseveran en estas sospechas; si no que imiten y sigan el ejemplo y precepto de los sacerdotes: y no se reunan en villas agenas para celebrar las juntas. Todos los obispos dijeron; anatema al que asi obrare.

III. Que se escomulgue al que reciba en la iglesia la Eucaristia, y no la suma allí mismo.

Ademas leyó: si se probare que alguno no sumia en la iglesia la gracia de la Eucaristia alli recibida, sea anatematizado para siempre. Todos los obispos dijeron: asi sea.

IV. Que ninguno se ausente de la iglesia en las tres semanas que preceden á la Epifania.

Ademas leyó: en los veinte y un dias que median desde el diez y siete de Diciembre, hasta la Epifania que es el seis de Enero, no se ausente nadie de la iglesia en dias continuos, ni se oculte en su casa, ni marche á otra poblacion, ni se dirija á los montes, ni ande descalzo, si no que asista á la Iglesia: y el que estando en el número de los admitidos no lo hiciere asi, sea anatematizado para siempre. Todos los obispos dijeron: sea anatema.

V. Que no reciban otros obispos, á quienes los propios han escomulgado.

Ademas se leyó: que los que han sido separados de la iglesia por la disciplina ó sentencia de su obispo, no sean recibidos por otros prelados; y si á sabiendas los admitieron, príveseles de la comunion. Todos los obispos dijeron: el que de nuestra clase obrare asi, no tenga comunion.

VI. Que se escomulgue al clérigo, que por entregarse á la licencia, quiere hacerse monge.

Tambien leyó: si algun clérigo, por lujo y vanidad presunta espontáneamente se separase de su oficio, y quisiere aparecer como mas observante de la ley, siendo monge que clérigo, debe ser espelido de la iglesia, de manera que no sea admitido en ella, sino despues de muchísimo tiempo de ruegos y súplicas. Todos los obispos dijeron: sea asi.

VII. Que nadie se titule doctor, sin habérselo concedido.

Ademas se leyó: ninguno se apropie el nombre de doctor, sino aquellas personas á quienes se les ha concedido, segun lo que se encuentra escrito. Todos los obispos dijeron: sea asi.

VIII. Que no se dé el velo á las vírgenes que se consagran á Dios hasta la edad de cuarenta años.

Ademas se leyó: que no se dé el velo á las vírgenes que se consagran á Dios, sin probar ante el sacerdote, que han cumplido cuarenta años. Todos los obispos dijeron: place.

II.

Reglas de fé católica en contra de todas las heregias, y en especial de los Priscilianistas, hechas por los obispos de Tarragona, Cartagena, Lusitania y Bética, y remitidas con mandato del Papa de la ciudad de Roma, Leon, á Balconio, obispo de Galicia. Los mismos establecieron tambien en el concilio Toledano los referidos veinte capítulos de cánones.

Creemos en un solo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, hacedor de las cosas visibles é invisibles, por quien fueron criadas todas las cosas en el cielo y en la tierra; que este solo Dios, y esta sola Trinidad son de sustancia divina: que el Padre, no es el mismo Hijo, si no que tiene su Hijo que no es el Padre; que el Espíritu es el Paráclito, el cual ni es el Padre ni es el Hijo, sino que procede de ambos. El Padre, no ha sido engendrado, el Hijo sí, pero no el Paráclico, sino que procede

del Padre, y del Hijo. Es, pues, ingénito el Padre, engendrado el Hijo, no engendrado el Paráclito, si no procedente del Padre, y del Hijo. El Padre, es aquel de quien se oyó desde los cielos: *Este es mi Hijo en quien me complací bien, oidle.* El Hijo es el que dijo: *Yo salí del Padre, y vine desde Dios á este mundo:* Y el Espíritu Paráclito es de quien el Hijo dijo: *si no fuere yo al Padre; el Paráclito no vendrá á vosotros:* Que esta Trinidad es distinta en las personas, y es una substancia unida por la virtud é indivisible por la potestad y magestad, indiferente; fuera de esta, no creemos que haya ninguna naturaleza divina, ni de ángel, ni de espíritu, ni de alguna virtud que se crea ser Dios. Este Hijo de Dios, nacido Dios del Padre, antes de todo principio, santificó el utero de la Virgen Maria, y se hizo verdadero hombre de ella, engendrado sin semen viril: reuniéndose las dos naturalezas, esto es, la divina y la carnal en una sola persona, esto es, en Nuestro Señor Jesucristo; ni tampoco fué su cuerpo imaginario ó de algun fantasma, si no sólido, y verdadero: comió, tuvo sed, dolores, lloró y sufrió todas las injurias del cuerpo; últimamente fué crucificado por los judios, y enterrado, resucitó al tercer dia: conversó despues con sus discípulos, y el dia cuadragésimo, despues de la resurreccion, subió á los cielos: este Hijo del hombre, se dice tambien Hijo de Dios: y el Hijo de Dios se llama tambien Dios, Hijo del hombre. Creemos en la resurreccion futura de la carne humana: y, sostenemos que el alma del hombre, no es una sustancia divina, ó parte de Dios; sino una criatura criada por voluntad divina.

I. Si alguno creyere ó digere, que este mundo y todos sus instrumentos, no fueron hechos por Dios omnipotente, sea anatema.

II. Si alguno digere ó creyere, que Dios Padre, es el mismo Hijo ó el Paráclito, sea anatema.

III. Si alguno digere ó creyere, que Dios Hijo es el mismo Padre, ó Paráclito, sea anatema.

IV. Si alguno digere ó creyere, que el Paráclito es el Padre ó el Hijo, sea anatema.

V. Si alguno digere ó creyere que el Hijo de Dios tomó solamente carne sin alma, sea anatema.

VI. Si alguno digere ó creyere que Cristo es innascible, sea anatema.

VII. Si alguno digere ó creyere que la divinidad de Cristo fué convertible ó pasible, sea anatema.

VIII. Si alguno digere ó creyere, que el Dios de la antigua Ley, es distinto del de los Evangelios, sea anatema.

IX. Si alguno digere ó creyere, que el mundo fué hecho por otro Dios, y no por aquel de quien se escribió, *en el principio, hizo Dios el cielo y la tierra*, sea anatema.
X. Si alguno digere ó creyere, que los cuerpos humanos no resucitan despues de la muerte, sea anatema.
XI. Si alguno digere ó creyere que el alma humana es una porcion de Dios ó substancia divina, sea anatema.
XII. Si alguno digere ó creyere que deben tener autoridad, ó ser veneradas, otras escrituras, fuera de las que recibe la iglesia católica, sea anatema.
XIII. Si alguno digere ó creyere, que en Cristo no hay sino una sola naturaleza, de la divinidad y de la carne, sea anatema.
XIV. Si alguno digere ó creyere que hay alguna cosa que pueda estenderse mas allá de la divina Trinidad, sea anatema.
XV. Si alguno juzga que debe darse crédito á la astrologia ó matemáticas, sea anatema.
XVI. Si alguno digere ó creyere que los matrimonios de los hombres que se reputan por lícitos segun la ley divina, son execrables, sea anatema.
XVII. Si alguno digere ó creyere que de las carnes de las aves ó ganados que se han concedido para comerlas, debe uno abstenerse, no por castigar el cuerpo, si no por execracion, sea anatema.
XVIII. Si alguno en estos errores, sigue, ó profesa, la secta de Prisciliano, de modo que en el bautismo, hace de distinta manera, en contra de la sede de San Pedro, sea anatema.

III.

Empiezan los ejemplares de las profesiones en el concilio dicho primero Toledano en contra de la secta de Prisciliano: era CDXXXVIII.

Despues de haberse celebrado el concilio el primero de Setiembre, en el tercer dia del mismo mes, concluidas diversas conferencias tenidas entonces, se tomaron el dia 8 de las actas plenarias las profesiones del señor Sinfosio y señor Dictinio obispos de santa memoria y del señor Comasio, de santa memoria, presbitero entonces; las cuales hicieron entre otros en el concilio de Toledo, acerca de la condenacion de Prisciliano ó de su secta en esta forma.

Despues de algunas cosas, y entre algunas actas de poca entidad del mismo tiempo, el obispo Dictinio dijo: oidme, excelentes sacerdotes, corregid todas las cosas; porque la correccion se os ha concedido; pues está escrito: *A vosotros se os dieron las llaves del reino de los cielos*. Pero os ruego que estas llaves nos abran las puertas del reino; y no las del infierno. Si os dignais oirme, lo presentaré todo ante vuestra vista. Reprendo, pues, en mi haber dicho que es una sola la naturaleza de Dios y de hombre. Ademas dijo: yo no solo pido vuestra correccion, sino que arguyo y condeno toda mi presuncion acerca de mis escritos. Ademas dijo: Dios es testigo de que asi pensé; si erré corregidme. Ademas dijo: poco antes dije y ahora repito, que cuanto escribí, en mi primera caida, y en los principios de mi conversion, lo repruebo de todo corazon. Ademas dijo: todo lo anatematizo, esceptuando el nombre de Dios. Ultimamente dijo: condeno todo lo que se halla contrario á la fé, en union del mismo autor.

El Obispo Sinfosio dijo: en atencion á lo leido poco hace, en no sé que membrana, en la que se decia que el Hijo, era innascible, manifiesto que condeno esa doctrina en union del mismo autor que la escribió, la cual, ó supone dos principios, ó hace al Hijo innascible. Ademas dijo: yo condeno como á su autor la secta que se ha hecho. Item dijo: yo condeno la secta mala que se ha leido en union de su autor: dadme el escrito; le condeno con las mismas palabras. Y habiendo recibido la carta leyó lo que estaba allí escrito: todos los libros heréticos y en especial la doctrina de Prisciliano conforme hoy se ha leido, en donde se dice que escribió que el Hijo era innascible, lo condeno con el mismo autor.

El presbítero Comasio dijo: nadie ponga en duda que yo pienso lo mismo que el obispo mi señor, y condeno cuanto ha condenado: y que nada antepongo á su sabiduria, sino á solo Dios; y por lo tanto, no quiero que dudeis que yo he de hacer otra cosa, ó pensaré de otro modo, de que como he profesado, y por lo tanto conforme ha dicho mi obispo á quien sigo. Cualquier cosa que él haya condenado, yo tambien la condeno.

En la misma era, el dia 11 de Setiembre: profesiones de los obispos de santa memoria, señor Sinfosio, y señor Dictinio, y Comasio de santa memoria, entonces presbítero. El presbítero Comasio dijo: no temo decir frecuentemente lo que hubiere dicho una vez, con objeto de alegrarme. Sigo la autoridad de mi obispo Sinfosio, sigo la sabiduria del anciano. Siento lo que dije: y si lo mandais, lo volveré á leer del pergamino: todos los

que quisieren estar en la comunion con vosotros hagan lo mismo.

Y el presbítero Comasio leyó del pergamino. Siguiendo todos nosotros la fé católica y nicena, y habiendo sido leida la escritura que entrometió el presbítero Donato, como se lee, en donde dijo Prisciliano que el Hijo era innascible, consta que tal proposicion es contraria á la fé nicena; y por lo tanto condeno á Prisciliano autor de este dicho, con la perversidad de la misma doctrina, y con los libros que escrbió en union del mismo autor.

El obispo Sinfosio dijo: del mismo modo condeno con el mismo autor, los libros, que malamente escribió. El obispo Dictinio dijo; sigo la sentencia de mi señor y padre, genitor, y doctor mio, Sinfosio; hablo de lo que él habló; porque está escrito: *si alguno os evangelizare de otro modo de como se os ha evangelizado, sea anatema*, y por lo tanto, condeno en union de su autor todas las cosas que Prisciliano ó enseñó mal, ó escribió mal.

Copia de la sentencia definitiva sacada de las actas.

En el dia mencionado dijeron los obispos: léase la escritura de la sentencia; y leyó. Aunque hace ya mucho tiempo, que deliberando acerca de lo verdadero, despues del concilio de Zaragoza, en que se habia pronunciado sentencia en contra de ciertos y determinados sugetos: sin embargo, solo un dia se encontró presente Sinfosio: el cual declinando despues la sentencia, no quiso estar presente á oirla; de modo que seria árduo para nosotros oir á los ya dichos; no obstante la carta de Ambrosio, de santa memoria, que nos habia remitido despues de este concilio, manifestando que si condenaren lo mal hecho, y cumplieren las condiciones que la carta prescribia, volviesen á la paz (añádase á esto el haberlo aconsejado asi el Papa Sevicio de santa memoria) consta que nosotros tuvimos gran paciencia. Y si bien habian declinado el primer concilio convocado en la ciudad de Toledo, al que los habiamos citado, y en el hubiéramos oido, porque no habian cumplido las condiciones, que asimismos se hubieron puesto en presencia y audiencia de S. Ambrosio. Se sabe que Sinfrosio respondió, que él se apartaba de contar por mártires á los que decian serlo; mas que despues habia sido engañado y tentado por muchos, y hallamos que habia obrado algunas cosas de otro modo, y que no estaba

envuelto en ningunos libros apócrifos ó nuevas ciencias que Prisciliano habia compuesto. Y que Dictinio casi lapso por algunas epístolas, las cuales todas, condenaba por su profesion, y pidiendo la correccion, habia solicitado la vénia. Del cual consta, como Sinfosio hizo, haber condenado todas las cosas que Prisciliano habia escrito en contra de la fé católica y que en union de él las habia condenado con el mismo autor.

Ademas que se habia obligado por la multitud de la plebe á que Sinfosio ordenara de obispo á Dictinio; respecto al cual San Ambrosio habia decretado que por bien de la paz quedara como presbítero; pero que no recibiera aumento en su honor. Confiesan tambien haber ordenado á otros para diversas iglesias, en donde faltaban sacerdotes; estando seguros de que la multitud de la plebe de toda Galicia, era casi de la opinion de ellos. De este número era Paterno, ordenado obispo de la iglesia de Braga; y fué el primero que confesó haber pertenecido á la secta de Prisciliano, pero que despues de hecho obispo juró haberse separado de ella, mediante la lectura de los libros de San Ambrosio.

Además Isonio que al poco tiempo de haber sido bautizado por Sinfosio, fué ordenado de obispo por él, respondió que sostenia lo que en el presente concilio Sinfosio habia declarado.

Vegitino hecho obispo antes del concilio Cesaraugustano, habia condenado del mismo modo los libros de Prisciliano en union de su autor, como se lee en las actas acerca de los demas. A los cuales juzgarán los obispos á quienes se ha consultado.

Hermas habia querido mas bien seguir á sus clérigos, los cuales espontáneamente, aun sin ser interrogados, habian aclamado á Prisciliano por católico y santo mártir, y que habiendo dicho el mismo, que hasta el fin era católico habia sufrido persecucion por los obispos. Con cuyo dicho segun su juicio, cargó con la responsabilidad á todos los santos: muchos de los cuales ya descansaban, y otros que aun vivian. Este en union de todos aquellos, tanto clérigos suyos, como obispos cismáticos, esto es, Donato, Acurio, Emilio, y separándose de la profesion de estos, quisieron mas bien seguir á los hombres perdidos, decretamos de que sean separados del sacerdocio, del cual constaba hallarse convencido de otras palabras suyas por tres obispos, por muchos presbíteros ó diáconos, que habia mentido con perjurio.

Respecto á Vegitino, contra el que no se habia dado antes ninguna sentencia especial, hecha la profesion, que el sínodo recibió, establecemos que se restituya á nuestra comunion, aun-

que por la verdad católica de la fé y por error de la pública heregía, le permitimos que rija la iglesia para la que habia sido constituido obispo, y que será despues recibido en nuestra comunion, cuando conteste á la citada epístola.

Los demas que de la provincia de Galicia, habian asistido al concilio y habian permanecido siempre en la comunion de Sinfosio, si firmaren la profesion enviada por el concilio, queden en la contemplacion de la paz celestial, esperando con igual ejemplo lo que determine el Papa actual, lo que S. Simpliciano, obispo de Milan, y los demas sacerdotes de las iglesias; pero si no firmaren la profesion que les enviamos, no retengan las iglesias que detentan, ni estén en comunion con aquellos, que vueltos del sínodo, regresaron á sus iglesias despues de su profesion de fé.

Decretamos que Vegitino esté en comunion solamente con Paterno, y que el religioso anciano Sinfosio al que escribimos arriba lo que debia hacer en su iglesia, portándose con mas circunspeccion, con aquellos que le enviaremos; y esperará la comunion, de donde habia recibido antes la esperanza de la paz futura: lo que decretamos que se observe tambien con Dictinio y Anterio.

Establecemos que antes que se les dé la comunion por el Papa, ó por San Simpliciano, no ordenen obispos, presbíteros ni diáconos; para que sepamos, si es que ahora lo saben, que han sido perdonados bajo condicion, y que deben por último reverenciar la sentencia sinodal.

Deben tener presente nuestros hermanos y coepíscopos que han de poner gran cuidado que en ninguno de los espedidos de la comunion, forme reuniones en las casas de las mugeres, ni lea los libros apócrifos condenados; no sea que estando en comunion con estos, se hagan sócios suyos; porque cualesquiera que admitiere á estas, es cierto que tambien estará retenido con sentencia mas grave.

Decretamos que se devuelvan las iglesias de que se habia espelido a nuestro hermano Ortigio.

IV.

Concilio primero de Braga, de ocho obispos, celebrado en la era DXCIX, en el año tercero del rey Ariamiro, dia primero de mayo.

Habiéndose reunido en la iglesia metropolitana de la provincia de Braga los obispos de la misma provincia de Galicia, esto es, Lucrecio, Andrés, Martin, Coto, Ilderico, Lucecio, Timoteo, y Malioso, por mandado del referido gloriosísimo rey Ariamiro, estando sentados los obispos y tambien los presbíteros presentes, y de pié los ministros y todo el clero, Lucrecio, obispo de la mencionada iglesia metropolitana, dijo: Hace ya mucho tiempo, santísimos hermanos, que segun los estatutos de los venerables cánones y decretos de la católica y apostólica disciplína, deseábamos reunir un concilio provincial, el cual no solo es oportuno para las reglas y órdenes eclesiásticas, sino que tambien sirve para estrechar los vínculos de la concordia fraternal; porque congregados en nombre del Señor, los sacerdotes discuten entre sí en conferencia saludable lo que segun la doctrina apostólica obtiene la unidad de espíritu en el vínculo de la paz. Mas ahora que el piadosísimo y gloriosísimo hijo nuestro por inspiracion del Señor nos ha concedido el dia que deseábamos para esta reunion, y ya que nos encontramos congregados, tratemos ante todo, si os parece bien, acerca de los artículos de la fé católica; háganse patentes los estatutos de los Santos Padres, leyendo los cánones, y últimamente trátense con todo esmero algunas cosas que pertenecen al obsequio de Dios ó al oficio clerical, para que si por casualidad hay alguna variedad ó duda entre nosotros por el descuido de la ignorancia ó por la incuria de largo tiempo, lo concordemos segun conviene á una formula de razon y de verdad. Todos los obispos dijeron: la propuesta de tu beatitud es justa, pues nos hemos reunido para sacar alguna utilidad del arreglo de la disciplina eclesiástica. El obispo Lucrecio dijo: tratemos ante todo segun ya se ha dicho, de los artículos de fé: pues aunque ya hace tiempo que el contagio de la heregia priscilianista se ha descubierto y condenado en las provincias de España, sin embargo, para que á nadie ó por ignorancia ó engañado, como suele suceder, por algunas escrituras apócrifas, le quede algun resto de ese error pestilente, declárese con mas expresion á los hombres ignorantes que habitando en la última estremidad

del mundo, y en las postreras regiones de esta provincia, no han podido adquirir ninguna noticia de la nueva erudicion, ó muy escasa. Creo tambien que sabe vuestra beatitud, que en los primeros tiempos en que en estos reinos estaba en auge el nefandismo veneno de secta priscilianista, el beatísimo Leon, papa de la ciudad de Roma, que vino á ser próximamente el cuadragésimo sucesor del apóstol San Pedro, escribió por medio de Toribio, notario de su sede, al sínodo de Galicia contra la impía secta de Prisciliano, cuyos preceptos, los obispos de las provincias de Tarragona, Cartagena, Lusitania y Bética, celebrado entre concilio, y escribiendo una regla de fé, contra la heregia de los priscilianistas con algunos artículos, los dirigieron á Balconio, prelado en aquella época de la iglesia de Braga. Y toda vez que tenemos aquí á mano este ejemplar, lease, si os place, para instruccion de los ignorantes. Todos los obispos dijeron: es muy necesaria la lectura de estos artículos; pues poniéndose á los mas ignorantes de manifiesto los antíguos estatutos de los Santos Padres, conocerán las ficciones de ya hace mucho tiempo condenada heregia priscilianista, por la sede del beatísimo apóstol San Pedro. Se leyó el símbolo de fé con sus capítulos, los cuales por evitar prolijidad, no se insertaron en estas actas. Despues de la lectura de los capítulos, todos los obispos dijeron: aunque esta lectura se ha juzgado necesaria; sin embargo, para que aun el menos ilustrado conozca, con mas evidencia y sencillez lo que se ha execrado, habrá de declararse ahora en capítulos prévios, y de esta manera se condenarán los errores de Prisciliano, anatematizándolos: para que, en adelante, cualquier clérigo, monje ó lego que se hallare que opina como este, ó que le defiende, sea inmediatamente cortado del cuerpo de la iglesia, como miembro podrido, para que ni la comunicacion con él introduzca mancha con su pravedad á los fieles, ni resulte oprobio alguno á los ortodoxos, mezclándose con semejantes sugetos.

Los capítulos propuestos contra la heregia priscilianista y vueltos á leer contienen lo siguiente:

I. Si alguno no confiesa que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, son tres personas de una sustancia, virtud y poder, segun enseña la iglesia católica y apostólica, y por el contrario dijere, que es una solitaria persona, de manera que el Padre sea el mismo que el Hijo, y que el Espíritu Santo, segun dijeron Sabelio y Prisciliano, sea anatema.

II. Si alguno fuera de la Santa Trinidad introduce cualesquiera otros nombres de la divinidad, diciendo que en la mis-

ma divinidad hay Trinidad de Trinidad, como dijeron los gnósticos y Prisciliano, sea anatema.

III. Si alguno dice, que el Hijo de Dios nuestro Señor, no fué antes de nacer la Vírgen, segun dijeron Paulo de Samosata, Fotino y Prisciliano, sea anatematizado.

IV. Si alguno no venera como debe la natividad de Cristo segun la carne, sino que finge honrarla, ayunando en aquel dia, y en el Domingo porque no creyó que Cristo nació con verdadera naturaleza de hombre, como dijeron, Cerdon, Marcion, Manes y Prisciliano, sea anatematizado.

V. Si alguno cree, que las almas de los hombres ó los ángeles, son de la substancia de Dios, como dijeron Manes y Prisciliano, sea anatema.

VI. Si alguno dice que las almas humanas pecaron primeramente en la habitacion celestial y que por esta causa fueron arrojadas en la tierra, encerrándolas en cuerpos humanos como dijo Prisciliano, sea anatema.

VII. Si alguno dice, que el diablo no fué primero ángel bueno hecho por Dios, ni que su naturaleza fué obra de Dios, si no que dice que salió del caos y de las tinieblas, que no tuvo ningun autor, si no que es el primer principio y substancia de lo malo, como dijeron Manes y Prisciliano, sea anatematizado.

VIII. Si alguno cree, que el diablo ha hecho en el mundo algunas criaturas, y que él, de propia autoridad produce los truenos, relámpagos, tempestades y sequedades, como dijo Prisciliano, sea anatema.

IX. Si alguno cree, que las almas y los cuerpos humanos están ligados á las estrellas fatales, como dijeron los paganos y Prisciliano, sea anatematizado.

X. Si alguno cree, que los doce signos de estrellas (el Zodiaco), que suelen observar los matemáticos, están dispuestos para cada uno de los mienbros del ánimo, ó del cuerpo, y dicen que están arreglados á los nombres de los patriarcas, como dijo Prisciliano, sea anatematizado.

XI. Si alguno condena los matrimonios humanos, y aborrece la procreacion como dijeron Manes y Prisciliano, sea anatematizado.

XII. Si alguno dice, que la formacion del cuerpo humano es obra del diablo, y que las concepciones en el útero materno, reciben la figura por obra de los demonios, y por esto no cree en la resurreccion de la carne, como dijeron Manes y Prisciliano, sea anatematizado.

XIII. Si alguno dice, que la creacion de toda la carne no es obra de Dios, sino de los ángeles malignos como dijeron Manes y Prisciliano, sea anatematizado.

XIV. Si alguno juzga inmundo el alimento de las carnes, que Dios dió á los hombres para su uso, y no se abstiene de ellas por mortificacion de su cuerpo, sino mas bien porque juzga que quedará inmundo, de modo, que ni aun quiere gustar las verduras cocidas con carnes, como dijeron Manes y Prisciliano, sea anatematizado.

XV. Si algun clérigo ó monge tiene en su compañia algunas mujeres, que no sean su madre, hermana, ó tia, ó la que tenga vinculo de consanguinidad muy estrecho, y en vez de esto se sirve de algunas mujeres adoptivas, y cohabita con ellas, segun enseñó la secta de Prisciliano, sea anatematizado.

XVI. Si alguno en la feria quinta de Pascua que se llama *Cœna Domini*, en la hora legitima, despues de nona, no celebra misa en la Iglesia en ayunas, sino que, siguiendo la secta de Prisciliano, dice misas de difuntos despues de la hora de tercia de la festividad del mismo dia, quebrantando el ayuno, sea anatematizado.

XVII. Si alguno lee las escrituras que Prisciliano vició segun su error, ó los tratados de Dictinio que este mismo escribió antes de ser convertido, ó cualesquiera escritos de los herejes con el nombre de los patriarcas, profetas ó apóstoles, conformes á su error, y sigue sus delirios impíos, ó los defiende, sea anatematizado.

V.

Rescripto de Honorio contra los priscilianistas.

Quid de Donatistis sentiremus, nuper ostendimus: præcipue tamen Manicheos, vel Phrygas sive Priscilianistas meritissima severitate persequimur. Huic itaque hominum generi nihil ex moribus, nihil ex legibus sit commune cum cæteris. Ac primum quidem volumus esse publicum crimen: quia quod in religione divina committitur, in omnium fertur injuriam. Quos bonorum etiam publicatione prosequimur: quæ tamen cedere jubemus proximis quibusque personis; ita ut ascendentium vel descendentium vel venientium ex latere cognatorum usque ad secun-

dum gradum velut in successionibus, ordo servetur. Quibus ita demum ad capiendas facultates esse jus patimur, si non et ipsi pari constientia polluuntur. Ipsos quoque volumus amoveri ab omni liberalitatis et successionis quolibet titulo venientis. Præter ea non donandi, non emendi, non postremo contrahendi cuique convicto reliquimus facultatem.

In mortem quoque inquisitio tendit. Nam si in criminibus majestatis licet memoriam accusare defuncti, non inmerito et hic debet subire judicium. Ergo et suprema illius scriptura irrita sit, sive quolibet genere reliquerit voluntatis, qui aut Manichæus, aut Phryga, aut Priscillianista fuisse convincitur. Hoc quoque casu eadem illa circa gradus superius comprehensa conditione servata: alioquin nec filios existere, aut adire permittimus, nisi a paterna pravitate discesserint: delicti enim veniam parentibus damus. Servos etiam extra noxam esse volumus, si dominum sacrilegum revelantes, ad Ecclesiam Catholicam revistio fideliore transierint: perferri hujusmodi hominum cœtus domino, etsi non communione criminis implicato, sciente tamen nec prohibente contraxit, patrimonio nostro societur. Ac si dominus ignoravit, actor vel procurator posessionis coercitus plumbo, perpetuo metallorum operi deputetur: conductor si idoneus est, deportabitur. Rector provinciæ si hæc crimina dissimulatione vel gratia delata distulerit, aut convicta neglexerit, sciat se mulcta viginti librarum auri feriendnm. Defensores quoque et principales urbium singularum, necnon et officii provincialia decem librarum auri pœna constringet; nisi in his quæ a judicibus super hoc præcepta fuerint, exequendis, et sagacissimam curam et solertissimam operam commodarint. Dat. VIII kal. Martii, Romæ. Honorio septimum et Theodosio secundum Act. Cons.

Diremos despues lo que pensamos acerca de los Donatistas. Principalmente perseguimos con merecida severidad, á los Maniqueos ó Frigas ó Priscilianistas. Pero como á este género de hombres, por lo que toca á las costumbres y á las leyes, nada tengan de comun con los demas: primeramente queremos que su crimen sea público, porque lo que se hace contra la religion divina, se hace en contra ó en daño de todos. Confísquense sus bienes, los cuales mandamos ceder, sin embargo, á los parientes observando el órden de ascendientes ó descendientes ó en línea colateral hasta el segundo grado como en las sucesiones. A estos les concedemos el derecho de adquirir dichos bienes siempre que no profesen iguales doctrinas. Queremos tambien privarles de cualquier título porque puedan adquirirlos, por do-

nacion ó sucesion. Ademas de esto, si es convicto, le quitamos la facultad de donar, comprar y contratar.

El procedimiento (contra estos hereges) les alcanza aun despues de muertos, porque si en los crímenes contra la Magestad es lícito acusar la memoria del difunto, en estos debe sufrir el mismo juicio. Por consiguiente sea nulo el testamento ó cualquier género de voluntad del Maniqueo, Friga ó Priscilianista convicto. En este caso hágase lo que queda dicho acerca de los grados, cuidando de que se observe la condicion impuesta: de otra manera no permitimos que ni aun los hijos hereden á no ser que se separen del crímen paterno, en cuyo caso perdonamos el delito de sus padres. Tambien queremos que los siervos se juzguen sin culpa si revelando el nombre del amo sacrílego, hubiesen pasado á la Iglesia católica para su mas fiel servicio. Tambien queremos que se les lleven al amo estos hombres asociándolos á nuestro patrimonio, aunque no esté complicado en este crímen con tal que lo sepa y no lo prohiba. Si se ignorase el amo, el administrador de la posesion, cargado de hierros, sea condenado á trabajos perpétuos en las minas. El arrendatario, si es apto, destiérrese. El gobernador de la provincia si con disimulo ó por favor encubrió estos crímenes, ó no hizo caso de los convictos pagará la multa de veinte libras de oro. Los defensores y principales de cada una de las ciudades, como tambien los demas cargos provinciales pagarán asimismo diez libras de oro, á no ser que hayan puesto un sumo cuidado y medios para ejecutar lo mandado por los jueces. Dado en Roma el 8 de las kalendas de marzo, en el sètimo año de Honorio y segundo de Theodosio.

C. Baronio, Annales ecclesiastici,
tomo VI, pág. 461 y 462.

ILUSTRACION VII.

Coleccion de lápidas pertenecientes al periodo romano.

La coleccion de lápidas que publicamos, está muy lejos (es confesion que nos apresuramos á hacer) de aquella exactitud y seguridad necesaria en esta clase de monumentos. No puede menos de ser asi: recogidas en su mayor parte por diversas

personas y en diversas épocas, y no siendo fácil al presente por haber desaparecido muchas de ellas su rectificacion, nos vemos obligados á publicarlas tal cual han llegado hasta nosotros. Es este un estudio que—lo mismo que el de las monedas, el de las antigüedades prehistóricas, en una palabra, en todos nuestros principales asuntos históricos—necesita, sino una vida consagrada á él, al menos una atencion y un cuidado como no puede concederlas quien tiene que trazar todavia el múltiple variado y desconocido cuadro de la historia gallega.

Como se verá, son las inscripciones que publicamos, en su mayoria reproduccion de las que andan esparcidas por las obras que tratan de estas ó cosas análogas, de las que existen copiadas en diversos manuscritos y casi pueden tenerse por inéditas, y de las nuevamente descubiertas, y que si son de algunos conocidas, no se hallan al menos muy divulgadas, como hemos tenido ocasion de conocer, leyendo la curiosa *Memoria* de Hubner, respecto al detenido viaje epigráfico que hizo por España y en el cual no se ha olvidado, como es costumbre, de nuestras cuatro provincias. En vista de esto hemos creido que á pesar de las faltas y errores que indudablemente presentarán á los ojos de los inteligentes, será siempre un servicio hecho á los que se dediquen al estudio de las antigüedades gallegas, el darles reunidas,—y como formando un cuerpo de inscripciones latinas de Galicia,—todas aquellas que han llegado á nuestra noticia con probabilidades de autenticidad. No hemos incluido las que publica Masdeu, ya porque su obra es harto conocida, ya porque alli las halla reunidas el curioso, asi pues, solo damos lugar en esta coleccion, á todas aquellas que como hemos dicho ya, están esparcidas en libros y manuscritos, no muy fáciles de hallar los unos y no muy conocidos los otros.

Entre las que hemos escluido, se cuentan algunas publicadas por Cean, en su *Sumario de Antigüedades*, cosa que parecerá extraña, pues por haberse impreso su libro de órden de la Academia de la Historia, necesariamente esta habia de velar por que no se incluyese entre las verdaderas ninguna apocrifa: sin embargo la ignorancia en que siempre se ha vivido fuera de Galicia, respecto de las cosas de Galicia, fué causa de que en dicha coleccion se diese lugar á las inscripciones referentes á la dichosa *Arsacia Covaria*, fruto todo de la forjadora imaginacion de Boan. Tambien se encuentra en dicho *Sumario* una inscripcion publicada por el Amointano y reproducida por Brito y Ambrosio de Morales, que no presenta señal alguna de autenticidad. Hela aquí:

L· MANCINO COS· QVI IN REBELLANTES LV
SIT· ARMA MOVIT· ET IN HISCE MONT·
TRIG· LVSIT· MILL· DELEVIT· QVO· REMP·
POP· ROM· DONGE LATEQ· IN EXTR· TERR·
TVT· AVCT· Q· REDD· PRAEFECTI PERSING·
TVRM· LEG· XI MARSOR· ETLEG· V· PRIS
COR· LATIN· SIMVLACRVM
ERESERE·

Lo cual quiere decir segun el mismo Ambrosio de Morales: «Esta estatua ó trofeo, pusieron los capitanes de las compañías de caballos de la legion segunda de los Marsos y de la legion quinta de los latinos antiguos, al consul Lucio Máximo que tomó las armas contra los lusitanos, que se rebelaban y destruyó treinta mil dellos en estos montes, con lo cual dejó la república del pueblo romano muy estendida, segura y acrecentada, en lo postrero de lo de la tierra.»

Por la época á que se refiere y por el hecho que conmemora esta inscripcion, no podia menos de haber llamado la atencion de los historiadores. Ambrosio de Morales que la publica, sin prestarla grande atencion, dice á este propósito que no hay en las historias romanas, noticia de semejante triunfo, y por su parte el P. Pereira de Novais, en su *Historia de Oporto*, (Ms. existente en la B. de la Univ. de Santiago) y en la cual trata de probar que la Lusitania llegaba hasta los artabros, puso inutilmente el mayor cuidado en hallar una lápida que tan perfectamente cuadraba á su empeño. Yo he vivido, dice á la pág. 401, bien cerca del (el cabo de Finisterre en donde se supone hallada) de asiento cerca de diez y seis años, y guiado de la curiosidad de la antigualla, yendo á la villa de Finisterri, procuré informarme muchas veces de la noticia de este pedestal y nunca hallé ni entre la gente de este pais, como del lugar de Duyo, que fué la antigua ciudad de Dugio, quien me dijese alguna tradicion de memoria de esto, y con haber alli personas de mas de cien años (Novais terminó su obra el año 1631) no pude alcanzar cosa de esta noticia: solo hallé un viejo una legua y media de alli que me dijo que junto á la fuente Constante, habia tradicion se habian dado muchas batallas entre los antiguos y preguntándole si habia señales algunas solo me mostraron una sepultura antigua de mas de dos varas y media de largo, la lápida sin letras ni señal de quien fuese, &c.»

Como se vé esta inscripcion, tiene contra sí todas las razones

posibles, pues fué publicada por el Amoitano, que nó goza de gran autoridad, se refiere á un suceso notable, pero del cual nada nos dijeron los escritores latinos, no se halló quien tuviese noticia de ella, y por lo tanto puede asegurarse que es apocrifa y encierra por lo tanto una falsedad manifiesta. Desde luego y atendiendo á lo que llevamos dicho, respecto á haber casi siempre los romanos, estendido la Lusitania hasta Finisterre, nada de estraño tenia que llamasen lusitanos á los gallegos que perecieron en el sangriento combate que conmemora la inscripcion; mas, ¿era posible que habiendo los latinos contado los principales sucesos de las guerras viriathicas callasen un tan señalado triunfo? ¿Cómo se componen ciertos autores para concordar el hecho que recuerda esta piedra y lo que todos afirman respecto á no haber pasado Viriatho de los Vaceos para acá? Nosotros que hemos intentado probar que Erisana era Bayona, podriamos ciertamente sacar gran partido de esta lápida; cuando la hemos desdeñado, señal de que en nuestro concepto no merecia la menor atencion. Si hoy nos ocupamos de ella, es porque algunos creerian que solo por olvido ó ignorancia habiamos callado que existia y que no merecia aprecio alguno.

Las inscripciones inéditas que publicamos, son en su mayoria conocidas de los curiosos y amantes de esta clase de antigüedades. Las que se dicen existentes en Lugo y fueron comunicadas á la Academia por el Sr. D. Alejo Andrade, (algunas de ellas las publicó Masdeu, tom. XIX, y por eso no las insertamos aqui,) presentan faltas que solò una nueva lectura podría corregir convenientemente, mas por desgracia, su comprobacion es hoy imposible. Es cierto que aquel curioso arquitecto, puso gran cuidado en conservarlas, empotrándolas en el trozo de la muralla, que bajo su direccion se restauraba, mas lo hizo con tan poca fortuna, que por la mala calidad del granito, y mas que nada, por la accion del viento y las lluvias que las han lavado, se encuentran tan deterioradas, que se hace casi imposible actualmente su transcripcion, ni aun teniendo presente la primera lectura, y suponiendo las correcciones que deben hacerse en ellas. Mas afortunadas las que se hallaron en Padron, fueron perfectamente leidas por el Sr. D. Manuel Rodriguez Cobian, quien nos las ha comunicado con generoso desprendimiento, lo mismo que á otras personas que no dudaron un momento en publicarlas, callando tal circunstancia y haciendo creer que á la propia industria y aplicacion se debió su hallazgo. Publicamos algunas inéditas, entre ellas, una tan desconocida como curiosa, pues pertenece á las geográficas, igualándole en interes aquella otra,

que, descubierta en Caldas de Reys, es solo conocida de algunos curiosos y en la cual se menciona una nueva divinidad de los gallegos.

Entre las piedras miliarias se insertan tambien algunas completamente inéditas.

1.

En Viseu.

RVFIN ET
TIRO SCRIP
SERVNT
VEAMNVVICORI
DOENTI
ANCOM
LAMATICOM
CROVCEAIMACA
REAICOI · PETRANIO ET
ADOM · PORCOMIOVEN
CAEILOBRICOI

Debemos la noticia de esta notable inscripcion al conocido epigrafista aleman E. Hubner, quien en la primera sesion de la Academia de Berlin, del mes de Enero del presente año, ha comunicado una nueva copia hecha con el mayor cuidado por el doctor Gurlitt. Como fué hallada en Viseu, y por lo mismo, en region que no perteneció á la antigua Galicia, se estrañará, empecemos esta coleccion de lápidas, con una que no pertenece al pais cuya historia escribimos: la damos, sin embargo, el primer lugar, porque tenemos en cuenta, que aunque escrita en caracteres romanos, presenta, como la que damos á continuacion, palabras pertenecientes á una lengua desconocida, pero, sin duda alguna, de las que hablaban las diversas tribus célticas de la Lusitania y Galicia. Debe advertirse, que si la última palabra *caeilobricoi*, se refiere á la ciudad, centro de la tribu celerina, entonces este curioso monumento pertenece al convento bracarense. De todos modos, ya porque, en nuestro concepto, en la Lusitania de los roma-

nos se comprendian las tribus asentadas, cuando menos, desde el Tajo hasta las fronteras ártabras, todas de una misma estirpe y hablando idénticos lenguajes, ya tambien porque el pais en que se hallaron posee minas de estaño, que pudieron muy bien ser esplotadas por los mismos que saqueaban los criaderos stanníferos de Galicia, creemos deban figurar en esta coleccion, aguardando en tanto á que sábios celtistas, como Pictet, que con tan noble perseverancia se dedicó al estudio de esta clase de inscripciones, descifren las presentes y vengan á probarnos con nuevos datos que los hombres de quienes descendemos, pertenecian á la familia ariana y eran hermanos de los que ocupaban el suelo de las Gallias.

He aqui la transcripcion:

Rufin (us) et Tiro scrip (serunt) (v) eamuicori doenti au (u) gon lamaticom crouceaimaca reaicoi· petravio et adom· porcomiove (as) caeilobricoi.

2.

En Freixo de Namaõn.

IVNO
VEANVAERVM
TARBO~AN
CNVNARVM
SACRVM
CIRI
CVR

(Revue Arqueologique t XVII, pág. 392.)

3.

En Albergaria, (jur. de Viana del Bollo).

. . . .
. . . COS · VI· . . . .
. . . P· IX P· F . . . .
. . . VAC· XII· P· M·

(Cean Bermudez.)

4.

En la Almuiña (Pontevedra).

TRAIANUS · HADRIANVS
AVG · P · P · PONT · MAX
TRIB · POT · XVIII
COS · III A L AVG
M · P · LXXXXV ·

(Cean Bermudez.)

5.

IMP : CAES DIVI · IRA
IANI PAR/HICI · L · DIVI
NERVAE NEPOS TRAIANVS
HADRIANV ///////////////
C · P · P · PON ////////////
MAX · IR ///////////////////
VIII · COS · III ///////
A · LAVC /\ ///
//////// / ////

(Inédita.)

Sin duda alguna este miliario es el anterior publicado por Cean. Se conserva todavia en la quinta de los señores de Malvar, en donde lo mismo que otros varios, recogidos todos á últimos del siglo pasado, cuando se hizo la carretera, sirven de postes de una parra. Las hiedras que las cubren y lo gastado de las inscripciones, no permiten su transcripcion.

6.

En Astorga.

M ❦
MARRINIAE M · F ❦
PROCVLAE
CONIVGI · SANCTISSIMAE
CASTISSMAE
TRVTELDIVS CLEMENS
PROC
ASTVRIAE ET
GALLICIAE
. . . . TI . . . . ST

Publicó esta inscripcion con algunos vacios el Sr. Rada y Delgado. La nueva lectura del Sr. Lopez Villabrille, permitió llenarlos en su mayor parte y tenemos que en esta lápida, se conserva la memoria de un *Truteldio clemente,* ¿procurador angustal? de Asturias y Galicia.

7.

En Astorga.

I · O · M ·
/////// ACO · CATVLLI
NVS · VIR · CONSV
LARIS · PRÆSES
PROV · GALLAECIAE
PRO · SALVTE · SVA
SVORVMQVE
OMNIVM · POSVIT·

(Cean Bermudez, *S. de Antiguedades*, pág. 195.)

8.

En Baños de Bande.

IMP · CAE·
TRAIANO · AVG ·
PONT · MAX
TRIB · POT · XVIII · P · P ·
A BRACARA · AVG · M · P · XXXVIII

(Cean Bermudez.)

9.

En Baños (S. Juan de los) Bande.

NYMFS
BOELI
US RVF
VS PRO
SALVTE
SVA · V · S ·

(Inédita.)

Remitió copia de esta inscripcion á la Academia de la Historia en 1862, el Sr. Avila, su individuo correspondiente, obispo de Orense. Por ella consta que *Boelio Rufo cumplió el voto que habia hecho á las Ninfas por la salud que habia recobrado.*

10.

En el Burgo (Coruña).

D · M · S ·
G · IVL · SEVERO
AN · XLVII
IVLIA · SEVERA
MARITO
PIENTISIMO

(Cornide.)

11

En Cadones.

L · SCIPION · C
SILANO · CN
MAGON · GAD
T · FONTIO · P · S

(Cean Bermudez, *S. de Antiguedades*, pág. 218).

12.

En Cadones.

MEDAMVS ACRISI F
HIC · SITVS · EST
MONVMENTVM FECE
RVMT
ANCONDES
AMICO CARO

(Cean Bermudez, *Sum. de Antiguedades*, pág. 218.)

13.

En Caldas de Cuntis.

MYNP
HIS · C
NToNIvS
FLoRVS

Hay traslado de esta inscripcion en la Academia de la Historia, en donde la copió Hübner.

14.

En Caldas de Reys.

EDOVIO
ADAIVS · CEO
VTAI · V · S · L · M ·

(Inédita.)

Por esta preciosa inscripcion tenemos noticia de una nueva y desconocida divinidad de los antiguos gallegos. El nombre del dedicante es puramente indígena, y creemos que debe leerse *Adaius Ceclutai*, pudiendo desde luego agregarse, tanto por una como por la otra palabra, á la familia de nombres de que nos habla Hübner en su artículo sobre las *Estátuas de los antiguos guerreros*, &c., que publicamos. En cuanto al dios *Edovio*, á quien nuestro antepasado cumplió de buena voluntad el voto que habia hecho, nada podemos decir por ahora. Su nombre es para nosotros indescifrable.

15.

En Caldas de Reys.

C · IVL *ius* .... *fil*.
SER HISP*anus* · *ex civ*. ·
LI *m* I *c* OR
MIL · LEG · X *iiii*
GEM · 7 FABI
CELTIBERI·A
NN · XLII · AER
XVIII · H · SE · STTL

Así lo publicó Hübner, tomada de los manuscritos del P. Sobreira.

16.

En Caldas de Reys.

CΛV
TI ·
NTO

(Inédita).

Esta lápida está partida y no se leen mas que las letras transcritas.

17.

En Camba, jurisdiccion de Castro Caldelas.

IMP · NERVAE
CAES · AVG
PON · MAX
TRIB · POT · P · P ·
COS · III ·

(Cean Bermudez.)

18.

En Santa Comba (distrito de Bande).

MAX · SV
MVS · LOV
ESSI · F · LA
RIBVS · VI
ALIBVS
V · S · L · M ·

(Cean Bermudez, *Sum. de Antiguedades*, pág. 222)

19.

En Caparra (Estremadura).

D· M· S·
SECVNDVS
QVINTO· AVVNCVLO
MEO· LIMICO
PRO· MERITIS· POSSV
ANNORVM· LX
H· S· E· S· T· T· L·

(Cean Bermudez *Sum. de Antiguedades*, pág. 406.)

20.

En la Coruña.

TEMPLVM DIANÆ
MATRI· D· D· APV
LEIVS· ARCHITEC
TVS· SVBSTRVXIT

(Cean Bermudez, *Sum. de Antiguedades*, pág. 211.)

21.

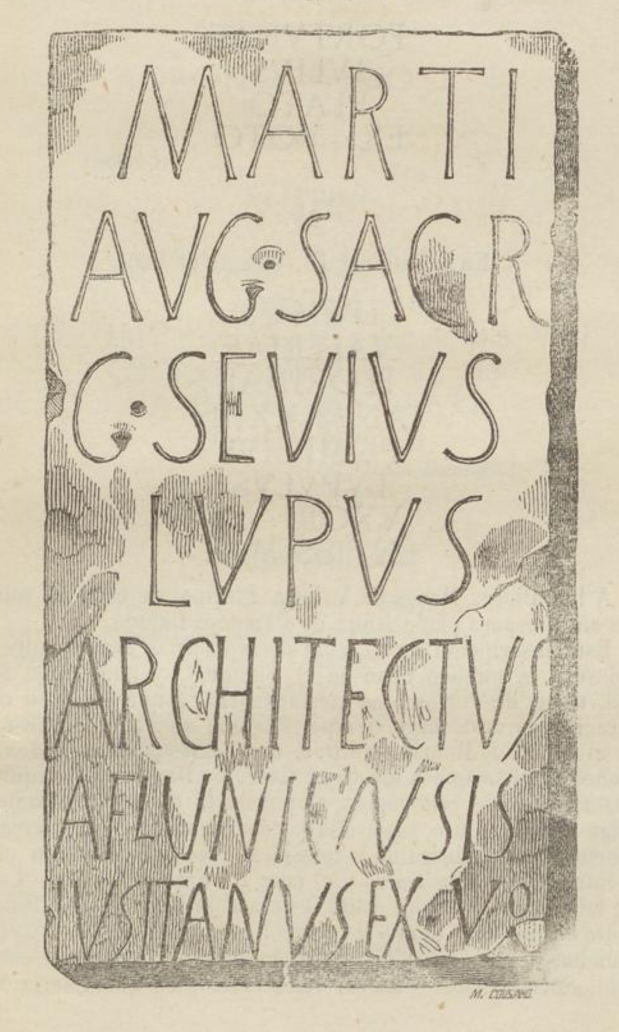
En la Coruña.

D· M·
GARRVNTIO· SERE
NO· AN· EX· FLACCINI
A· SEVERA· MARITO
PIENTISSIMO

(Cornide.)

22.

En la Coruña.



23.

En la Coruña.

FORTVNAE
IVLIVS
PLATO
EX · VOTO

(Cornide.)

24

En Castillones (S. Vicente de los)

D·M·S
VALERIAE
FLORINAE
AN · XXIII
POMPEIVS
LVPVLVS
VXORI · PI
ENTISSIMAE

A los Dioses Manes de Valeria Florina, de edad de veintitres años, esposa piadosísima de Pompeyo Lupulo.

Esta inscripcion de la cual corren hartas copias entre los curiosos, la publicó Cean en el *Sumario*, y aunque es sencilla, tiene de curioso las circunstancias á que debió su conservacion durante largo tiempo. Por una nota escrita y firmada por el lic. D. J. Rodriguez Eiras, en el libro parroquial de Castillones, consta que á los Sres. Garro de Reguengo, cumplia la conservacion de esta lápida, al pié de la cual dichos señores tenian una sepultura, y por ella pagaban anualmente tres ferrados de centeno á la fábrica de la iglesia. Parece que efecto de ciertas intrigas entre los Garro y el cura D. Gabriel Antonio Lago, que falleció en enero de 1802, este arrojó fuera de la iglesia la piedra en cuestion, dando asi lugar á un curioso pleito. En efecto dichos señores, recogieron la lápida y se levantaron con la renta. Seria curioso conocer los términos en que estaria con-

cebida tan estraña fundacion, sin ejemplo, estamos seguros de ello.

25.

En Castro de Rubiás.

ADRONO · VEROTI · F

26.

En el Gerez.

IMP · CAES · VESP · AVG ·
PONT · MAX · TRIB · POT
IX · IMP · XIIX · P · P · COS VIII
OPVS · AMP · V · D · D ·
A BRACARA · AVG
M · P · XXVII

(Cean Bermudez.)

27.

En Ginzo de Limia.

IMPERATOR CAESAR CAIVS IVLIVS VERVS MAXI
MINVS PIVS AVGVSTVS GERMANICVS
MAXIMVS DACIVS MAXIMVS SARMATICVS
PONTIFEX TRIBVNICIA POTESTATE V IMPERATOR VII. P. P.
CONSVL PROCONSVL ET CAIVS IVLIVS VERVS
MAXIMVS NOBILISIMVS
CAESAR GERMANICVS DACICVS MAXIMVS SARMATÍCVS
MAXIMVS PRINCEPS IVVENTVTIS FLAVIVS
IMPERATOR CÆSAR CAIVS IVLIVS VERVS MAXIMIANI FILIVS
PIVS FELIX AVGVSTVS MVROS ET PONTIS IN TEM
PORIBVS VETVSTATE COMLAPSOS
RESTITVI PRAECEPERVM CVRA
AGENTE Q. DECIO LEGATO AVGVSTORVM P R P. C. V.

(Inédita.)

Esta inscripcion fué remitida á la Academia de la Historia por D. Pedro Gonzalez Ulloa, cura de Chamusiños, hácia el año de 1759. Otra lápida igual, en la cual se recuerda á Quinto Decio, como legado del emperador en Galicia, publicó Masdeu en su Esp. Crítica, tom. V, pág. 496.

28.

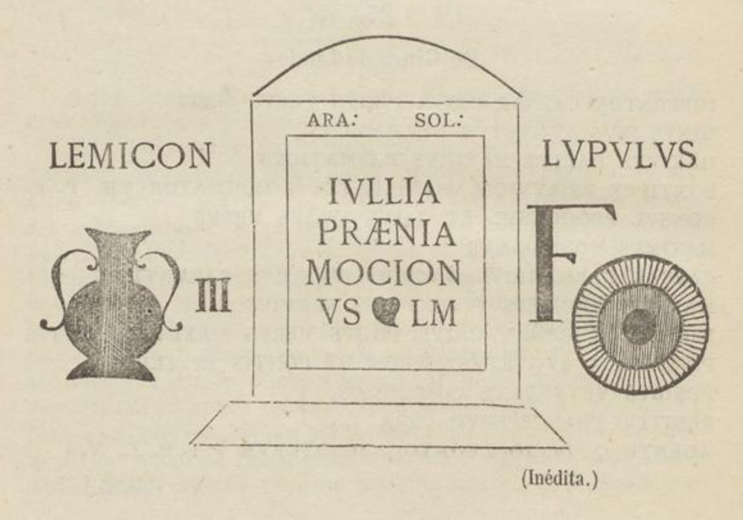
En Guiteriz.

D M
A PARRAQ
AVITIVS M
ANNORVM
LXV · HSE

(Cornide.)

29.

En la Limia.



(Inédita.)

Hemos hallado noticia de esta inscripcion en el *Epitome de la familia y casas de los Lopez y Lemos*, por Fr. Malaquias de la Vega, Ms. «Grandes ruinas que hoy se ven, dice hablando de la tierra de la Limia, y mas de seis padrones romanos, que solo podria negarlos el que no entendiese de antiguallas y le faltase el conocimiento de piedras y letreros romanos, y por escusar la proligidad solo pondré una, y las demas dejo ó para el curioso ó para el incrédulo que se satisfaga con tantas evidencias. Esta es á modo de pilastra, su asiento de basa de vara y tercia de alto y de tercia de ancho, y sostiene una piedra ancha de tres cuartas y vara y media de largo. En la pilastra que sostiene la cubierta está un hueco de mas de tercia á donde se hallaron cenizas y cantidad de oro: segun su inscripcion parece fueron cenizas, y tiene un letrero y es del modo que parece por esta demostracion.» &c. La manera como aparece dibujada es harto confusa, y se ignora donde deben ponerse las palabras laterales. Tambien se ignora la divinidad á quien Julia Prénia Mocion, cumplió el voto, á no ser que se suponga que al *Sol*, á quien por el *Ara Sol* de la primera linea, puede presumirse estuvo consagrada el ara.

Fr. Malaquias de la Vega, la interpreta de esta especial manera: «Esta ara al sol consagra de buena gana, Julia Prænia Mocion y su hijo Lupulo á las cenizas y memorias del Emineo tres veces consul.»

30.

En Lugo.

S · A · CR
VM ·PO·
EMAN
AE · CoLLE
GIVM · D
IVI ❦ AVG ·

(Hubner.)

31.

En Lugo.

SVLP
CLEME
NS IVE
IOVI OM
V · S · L · M ·

Asi la copia Andrade: el Sr. Rada la leyó de otra manera, á nuestro modo de ver no muy acertadamente, aunque el mal estado de la lápida no permite mejores lecturas. La dificultad está en las letras IVE. ¿Deberá leerse DIVI? De todos modos, esta es, como se vé, una piedra votiva consagrada á Júpiter Optimo Máximo, por Sulpicio Clemente.

32.

En Lugo.

REGO
NI/
M · S ·

(Inédita.)

Fué hallada en Lugo en 1802 al construir un acueducto; su copia fué remitida á la Academia de la Historia por D. José Maria Gil y Santiso.

33.

En Lugo (inédita).

FI · T
EX S
V-Γ-V

El Sr. Rada y Delgado unió esta inscripcion á la de Sulpicio Clemente, haciendo una de dos. Con poca diferencia, lee lo mismo que Andrade, y es como sigue:

EIE . . . .
EXS . . . .
V· E· V·

34.

En Lugo.

IVLIÆ POMPEIANÆ
//// POMPEI· VALENTINA
FILIVS

(Cornide.)

35.

En Lugo.

D M
QVINTI
ET NANTIE

(Inédita.)

A los dioses manes de Quintio y Mancia.

36.

En Lugo.

L· VALERIVS
SEVERVS
MIL· LEG· VII· C· P· F
)· CARISII· RVF *i*
ANN· XXV· Aꝝ· VI
H· S· E· T· T· L

Esta inscripcion la publicó por primera vez el Sr. Rada Delgado. La reprodujo Hübner con algunas modificaciones: las tres últimas letras del tercer renglon que lee Hübner C. P. F., transcribió Rada, G. F. I.; la primera del cuarto renglon V y las cuatro últimas del mismo las presenta de esta manera RU. FL. Tambien en los años hay diferencia. Rada lee XXX, donde Hübner XXV.

37.

En Lugo.

D · M ·
IVERA
SVVM

38.

En Lugo.

FI /I O
JO-PER
ISIMO
MATER

(Inédita.)

39.

En Lugo.

D · M · S
COMEAR
PVSAVINE
ANCVIM
L H

(Inédita)

40.

En Lugo.

DMS SEVERO IRN· HNIV GARIVARIO RAMV· OPF	DMS CAR· (LO NA· N· XC HINC· SE PVLTA EST

(Inéditas.)

El mal estado de las lápidas no permitió sin duda al Sr. Andrade, hacer una buena lectura de estas inscripciones. La segunda puede sospecharse que el nombre de la difunta era *Caraclona* ó *Caruclona*, debiendo la N aislada del tercer renglon estar de esta manera ΛΙ para decir que la que estaba allí sepultada habia muerto á los noventa años de edad.

41.

En Puente Navea.

MP· TITO CAE LEG VI /////
VES· PII VESPASIANO
AVG PONT· MAXI· RIB/////
POT· VIII· IMP///// P· P
COS· VIII
CAES· DIVI· VESPASI/////SIANO
/////////
VIA NOVA ///// TVRICA
C· CALP· RA////////// ALE

Este miliario sirve de apoyo al tinglado de una de las casas contíguas al Puente Navea; la inscripcion fué copiada y remitida á la Academia de la Historia por el arquitecto D. Alejo Andrade. Como se vé, se trata de la nueva via que en tiempo de Vespasiano se construyó desde Braga á Astorga, pasando por Lugo, como consta por el sitio en que fué hallada esta piedra. Por un miliario que publica Masdeu, t. V, pág. 431, puede rehacerse en parte, la presente inscripcion, por cuanto está fuera de duda que el ministro imperial, de quien se trata aquí, es el mismo C. Calpetano Rancio Quirinal Valerio Festo, de que nos hablan el miliario de *Volta de Cova*, y la inscripcion del Puente de Chaves.

42.

En Orense.

TELLVRI
C· SVLP·
FLAVVS
EX VOTO

Asi se publicó en el tomo V de las *Memorias* de la Academia de la Historia. Hübner la corrigió, leyendo *Flavius*, en vez de *Flavus*.

43.

En Padron.

FL· TERTVLIA· ME
SA· F· L· F· MARITO

(Cean Bermudez, *S. de Antiguedades*, pág 213.)

44.

En Padron.

D N N·
GRATIA
NO PERP

A Graciano, nuestro señor perpétuo.

Esta lápida lo mismo que las tres siguientes fueron copiadas por el Sr. D. Manuel Rodriguez Cobian, quien facilitó diversas copias á los amantes de esta clase de antigüedades. De su mano las tenemos nosotros, asi como el Sr. Barros Sibelo, que remitió esta y la siguiente á la Academia de la Historia, la cual en la *Noticia de sus actas* leida este año de 1868, las publicó por primera vez á la pág. 62.

45.

En Padron.

CAMBAVIVS
CORALI · F
SENATOR TRIES
·ANNOR ·L·
H· S· E·
S· T· T· L·

Esta lápida es curiosa, no solo porque conserva la memoria del *Senado Iriense*, sino tambien porque nos da el nombre de la populosa y rica ciudad que se asentaba en los lugares en que se halló esta piedra, El Sr. Barros Sibelo que quiso tal vez corre-

gir el texto, no hizo otra cosa que tornarlo ininteligible y robar á esta inscripcion lo mas notable y precioso de ella, por la cual consta que Cambabio, hijo de Coral, senador iriense, muriera de cincuenta años de edad, y estaba allí enterrado.

46.

En Padron.

D M S
IVLIA · M
FILIO · PI ·
NAVI · O: O
A/C · NL · BE
ANOR:
XIIII

(Inédita.)

47.

En Padron.

D M S
COR · C · H
RESIMO
AN · PM
L · IVLIA
VALENII
A · C · P P

(Inédita.)

Consagrado á los Dioses Manes. A Cornelio Chresimo de cincuenta años de edad poco mas ó menos, le puso públicamente esta lápida, su esposa Julia Valencia.

48.

En Queiruga (cerca del Son).

C·ATTIVS·ATTIANVS
RVFINVS·SEILIENSIS
ANN·XXII·H·S·E·AT FIVS
RVFVS·PATER·ET·SA
BINVLA MATER·FECE

(Inédita.)

Esta inscripcion nos fué remitida por D. Genaro Mariñas y Quiroga, que la copió en la iglesia parroquial de Queiruga, en donde se conserva la lápida. Es notable por el adjetivo geográfico. El pueblo Selliense *(Celium, Selium* y *Sellium)* que de estas tres maneras se halla escrito en los códices, segun Cortés Dic. geográfico, t. III, pág. 377) pertenecia á la verdadera Lusitania, y se reduce á Ceice, cerca de Tamar. Fué falta del que abrió la inscripcion, que olvidándose del rasgo de la primera L hizo una I? Se debe corregir Seilium siguiendo la leccion de esta lápida, digna de aprecio por la belleza de las letras y buen estado de conservacion? Es acaso que se refiere á otra localidad, v. gr. la que ocupó el castillo de *Seima*, del cual, segun parece, hay todavia vestigios en el castro de la parroquia de Queiruga? No se puede decir, sin embargo, y atendido á que allí se halló la piedra, puede suponerse lo último, por ser fácil la trasmutacion de la elle en ene, *Seina*. Cuentan que es tradicion que esta losa era la cubierta del sepulcro del hijo de un gobernador del castillo de Seima, y que fué arrojada por el mar, mas lo positi-

vo es, que estuvo sirviendo de ara en la capilla mayor de la parroquia desde tiempo inmemorial, hasta que en el año de 1822, el arzobispo Velez, en una visita, la mandó recojer por no tener los pilos de la consagracion.

49.

En San Martin del Rio.

D· M· S·
AVRELIÆ MANTIÆ
ANNORVN XVIII
AVRELIVS FRONTO
FILIÆ· F· C·

(Rada y Delgado, *Viaje de SS. MM. y AA. á Asturias y Galicia.*)

A los dioses manes de Aurelia Mancia de diez y ocho años de edad, hija de Aurelio Fronto que mandó hacer esta sepultura. Seria este A. Fronto, aquel legado de este nombre que segun Idacio en su *Cronicon*, y al año de 453, fué enviado con Marmeto, legado de las Españas, á tratar con los suevos? Si por casualidad lo fuese, tenemos que en Galicia, como todo el imperio, las principales familias, seguian fieles á la antígua religion.

50.

En Requeijo (San Julian de), Puente Cesures.

IMP· CÆS· DIVI· F· AVG· PON· MAX· TERRA· MARI· Q·
VIC.TORE· ILLIÆ FLAVIENSIS· PETENTE· ORDINE ET
POPVLO IRIE PONTEM· LAPIDEVM FEC· IN HONO
DIVI· AVG· ET DOMVS DIVINE FSIDES EX· HS·
CCLVI CIRCENCIBVS· LVDIS EQVITIORVM· D· D·

(Inédita.)

Con decir que conocemos esta inscripcion por Boan, es lo bastante para sospechar, que cuando menos está arreglada por aquel escritor. La publicamos, no como auténtica, pues bien se

echa de ver que no lo es, sino porque hemos notado que el buen Boan no siempre inventaba, sino que dada una inscripcion, quitaba, ponia, enmendaba, en una palabra, la dejaba de manera que sirviese para sus fines ulteriores, y de ello es una prueba la de San Payo (núm. 51) sobre cuyo motivo, si se nos permite decir asi, hizo la mas curiosa variacion. Dado semejante precedente, podemos admitir esta inscripcion, si bien hay que despojarla de lo que evidentemente se vé que es adicion, v. gr. *Iliœ flaviensis*, que tanta falta le hacia para probar que Padron no solo se llamó Iria, sino Illia.

51.

En Santiago.

D· M· S·
ATIAMO ET AT
TE TLVMPSA
VIRIA EMO
NEPTIS PIANO· XVI
ET S· F· C·

El que primero publicó esta inscripcion fué Morales: las variantes que ofrecieron otros autores, aun diferenciando en algunas cosas, conservan casi las mismas letras, con lo cual se conoce que la leyó perfectamente. Hubo razones que movieron á algunos escritores á empeñarse en que aquel célebre historiador no la transcribió con exactitud, y que lejos de ser esta piedra de gentiles, éralo si de cristianos. Lo cierto es que estaba sirviendo de piedra de ara en el altar principal de San Payo, y que de alli la mandó quitar el arzobispo San Clemente, por consejo de Morales. Este escritor dice, á la pág. 132 de su *Viaje Sagrado*: «Lo que de esta piedra se entiende claro, sin que pueda haber duda en ello es, que es sepultura de uno ó dos gentiles, por

tener el *Diis Manibus Sacrum*, que es consagrar aquella memoria á sus malditos Dioses que tenian de los difuntos. Lo demas, aunque las letras están tan claras, se entiende mal, por no tener distincion de puntos ni de palabras. Al cabo bien se entiende como uno llama nieta suya, que vivió 16 años, aquella para quien, y para sí mandó hacer aquella piedra y título». Como se ve las letras estaban claras, y solo el ser nombres indígenas el de *Atiamo* y el de su nieta *Attethumpsa Viriaemo*, pudo hacer que Morales asegurase que se entendia mal la inscripcion.

52

En San Felix de Sales (cerca de Santiago).

G · CAESAR · AVG · GERMA
NCVS · GERMANICI · CAES
F · TI · CAES · AVG · N · DIVI · AVG
PRONEPOS · PATER · PAT · PON
MX · TRIB · POT · IIII COS II
M

53.

En Sésamo (á dos leguas de la Coruña).

NAVIA
ANCETOTV
NRI · EX S ·) ·
SESA
VOTVN
POSSIT
Q · E · C · I ·

(Cornide.)

54.

En San Pedro de Soandres (cerca de la Coruña).

I· O· M·
HERKVLI IONICO

(Verea y Aguiar, *Historia de Galicia*, pág. 185).

Esta inscripcion, segun escribe el autor de quien la tomamos, está grabada en una piedra, cerca de la capilla mayor de la iglesia de Soandres. Se mandó picar en la visita del año de 1604, pero afortunadamente no lo hicieron tan bien que no se distingan las letras. Ademas, en un libro de la catedral de Santiago en que están apuntadas todas las feligresias y lugares del arzobispado, con tal cual nota, como indica el mismo Verea, se halla la copía de dicha inscripcion.

55.

En Rio Tinto.

CELER ERBVTI F LIMICVS·
BOREA CANTIBEDONIESI
MVNERIS TESSERA· DEDIT·
ANNO M LICINIO· COS·

En el Boletin (*Monatsbericht*) de la Academia de Berlin, publicó Hübner un artículo titulado *Nuevas tesseras de gladiadores*, que reprodujo la *Revue Archeologique* en su número de julio de 1868. En dicho trabajo se ocupa de la tessera cuya inscripcion acaba de leerse, á la cual aquel epigrafista llama interesante por mas de un concepto. Esta tessera fué hallada en 1867, y su descripcion la hizo el Sr. D. A. Guerra, en un artículo que apareció en la *Revista de Bellas Artes*. Como en ella se trata de un *Celer*, hijo de *Erbució*, que pertenecia á la nacion de los límicos, por eso le damos cabida en esta coleccion, no sin llamar la atencion sobre el hecho de que en esta tessera se habla de un hombre del pais del estaño, y fué hallada en una comarca notable por la larga y antigua explotacion del cobre,

56.

En Valdeorras.

L ❦ POMOEIO ❦ L ❦ F
POM ❦ REBVRRO ❦ FARRc
GIGVRRO ❦ CALVRIGEN
PROBATO ❦ IN COH VII PR
BENEFICIARIO TRIBVNI
TESSERARIO ❦ IN >
OPTIONI ❦ IN >
SIGNIFERO ❦ IN >
FISCI CVRATORI ❦
CORN ❦ TRIB ❦
EVOC ❦ AVG ❦
L ❦ FLAVIVS FLACIVVS
H EX T

57.

En Valdeorras.

T· SALVIVS ANTIDIANVS VI· VIR· AVGV
STALIS IN FORO GIGVRROR· PVBL

(Cean Bermudez, *Sum. de Antiguedades*, pág. 198.)

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE.

Páginas.

LIBRO II.



LIBRO III.

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
20	9	artabro y brigantino	artabro, mejor dicho brigantino
49	24 2.ª col.	Recadieira	Zoñan
—	35 2.ª col.	Zoñan	Recadieira
51	27	damasquiado	damasquinado
58	28	y se dijese	y si se dijese
59	17	deberan confesar	no le será dificil confesar
—	18	que las	que de las
106	9	nuevos ciclopeos	muros ciclopeos
108	1	eran estas	son estas
109	7	gratos	graios
111	11	y en litoral.	y en el litoral.
125	16	á un mismo y en una	aun mismo tiempo y en una
176	11	la resistencia	la residencia
215	18	en su	en un
235	30 2.ª col.	Chrgu	Bhrgu
248	22	*Gallœcie fita*	*Gallæcie*
312	21	montañas	montañeses
350	12	cœporos	brigantinos
380	30 2.ª col.	hijo	lujo
399	13	otra cosa	otro pensamiento
432	20	su sombra con	con su sombra
443	24	*cranistas*	*eranistas*
446	18	autoridad	actividad

ADVERTENCIA.

No habiendo remitido muchos corresponsales la lista nominal de los suscritores, nos vemos imposibilitados de publicarla en este tomo, y la daremos completa al fin de la obra.

PUBLICACIONES
DE LA CASA EDITORIAL-TIPOGRÁFICA DE SOTO FREIRE.

ENSAYOS CRITICOS

SOBRE

FILOSOFÍA, LITERATURA È INSTRUCCION PÚBLICA

ESPAÑOLAS,

POR

DON GUMERSINDO LAVERDE.

Licenciado en Derecho Civil y Canónico,
Catedrático del Instituto provincial de Lugo, individuo correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, etc. etc.

Forma un tomo de mas de 500 páginas y se vende á 30 reales.

GRAMÁTICA GALLEGA,

POR

DON JUAN A. SACO ARCE.

Presbítero,
Catedrático en el Instituto de 2.ª enseñanza de Orense.

Forma un elegante tomo en 4.º de mas de 300 paginas, en buen papel y esmerada impresion. Su precio 16 reales.

HORAS DE INSPIRACION,

POESIAS

POR

DOÑA EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.

Forma un tomo en 4.º de mas de 200 páginas de impresion, y se vende á 14 reales.

EL CABALLERO DE LAS BOTAS AZULES,

CUENTO EXTRAÑO

POR

ROSALIA CASTRO DE MURGUIA.

Esta obra nueva y original ha sido tan favorablemente acogida, que se está agotando la edicion.—Forma un tomo en 4.º de mas de 300 páginas á 20 rs.

RUDIMENTOS

DE

ARQUEOLOGIA SAGRADA,

POR

DON JOSÊ VILLAAMIL Y CASTRO.

Un volúmen en 8.º, 12 reales.

DEVOCIONARIO INFANTIL,

EN VERSO

POR

DOÑA NARCISA PEREZ REOYO Y SOTO.

Un tomo en 8.º, 8. reales.

PRÁCTICA DEL SISTEMA MÉTRICO DECIMAL

POR

DON JUAN A. RODRIGUEZ DE CANCIO.

Ademas de la esplicacion y práctica del sistema, contiene tablas de reduccion de las medidas y pesas castellanas á las del nuevo sistema, y vice-versa, y de las medidas agrarias en uso en toda la provincia y algunas de capacidad y su correspondencia en hectáreas, áreas y centiáreas, litros y centílitros; de forma que las comprendan aun las personas que no entiendan los decimales.

Se vende á 12 rs. ejemplar.

IMPORTANTE.

Los señores que gusten valerse de esta casa editorial-tipográfica para publicar sus obras, pueden contar con la prontitud y esmero en la ejecucion, con la seguridad de no perder y con un exito seguro, gracias á la especialidad y condiciones de esta casa.

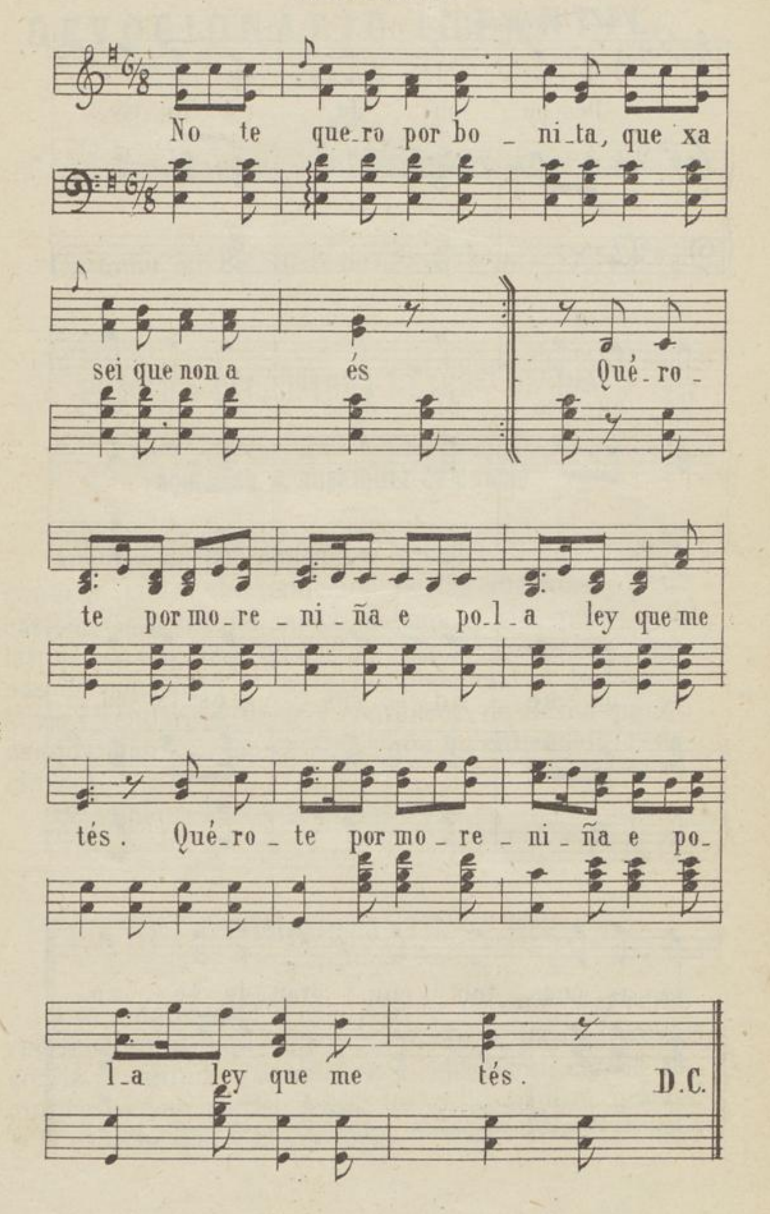
CANTOS POPULARES.

ANI - NOVO.



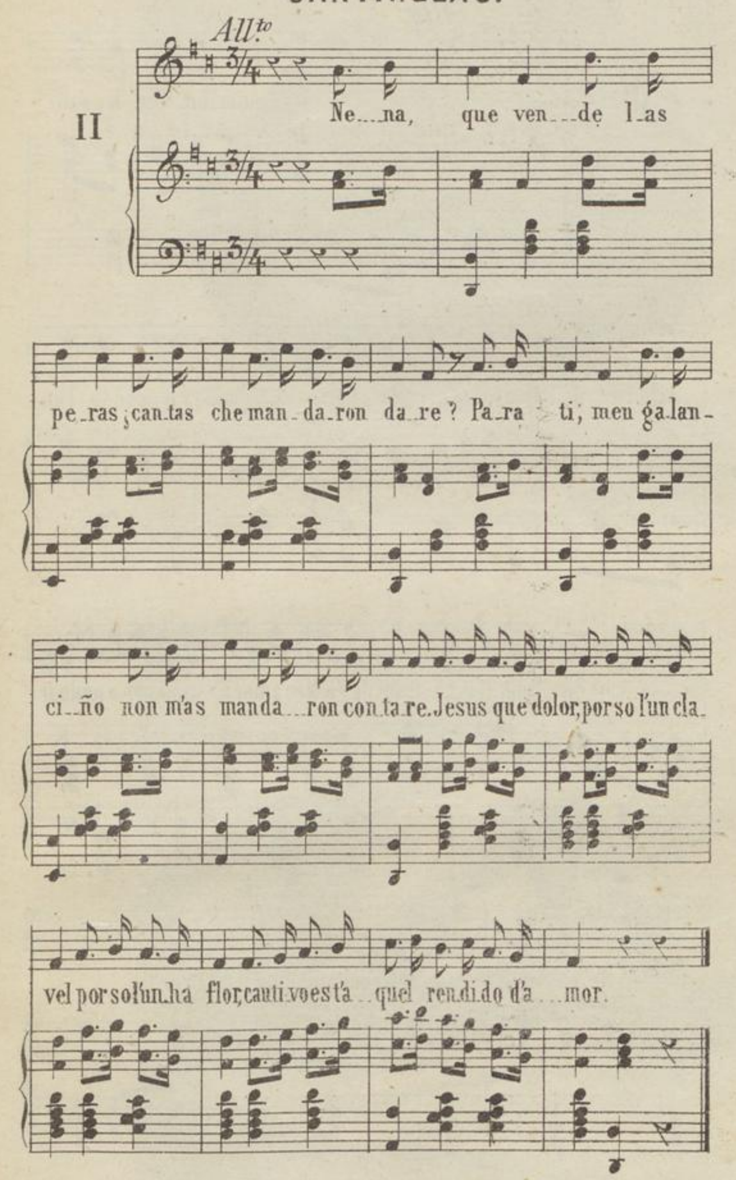
CANTOS POPULARES.

MUIÑEIRA.



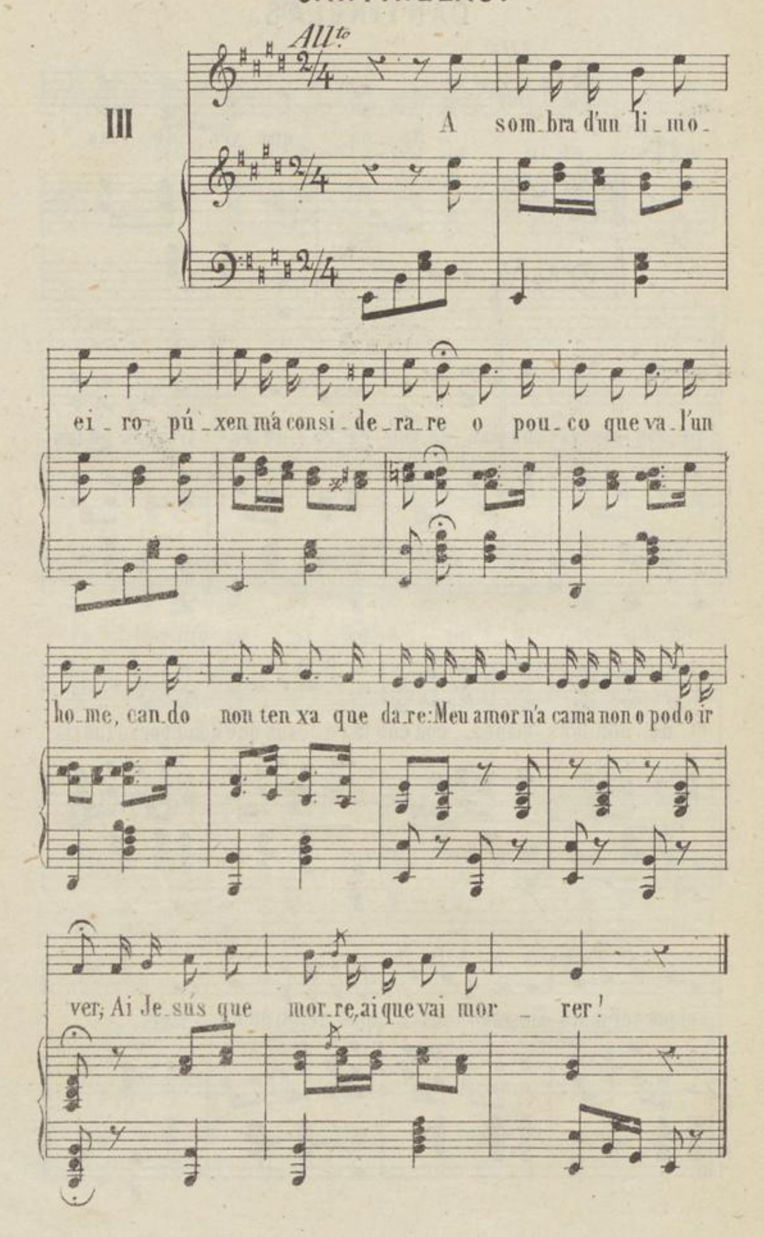
CANTOS POPULARES.

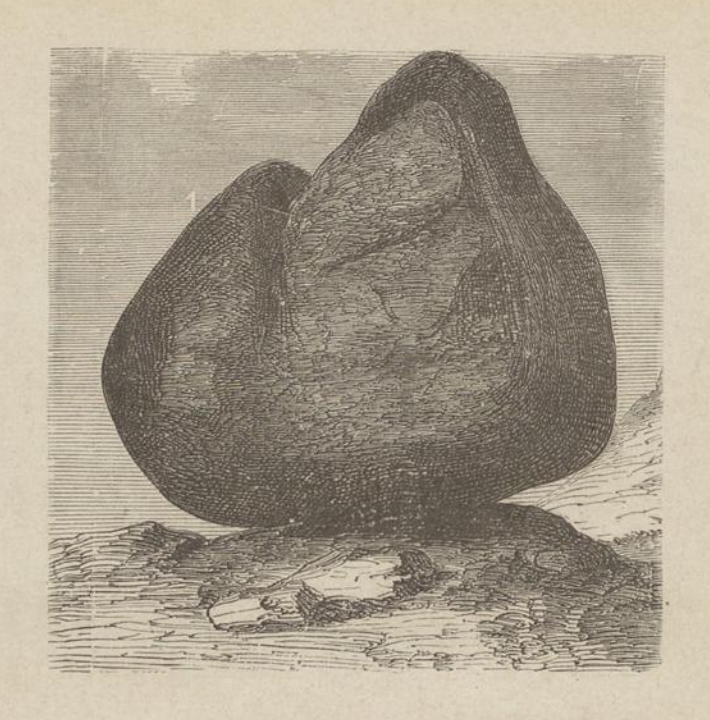
CANTINELAS.

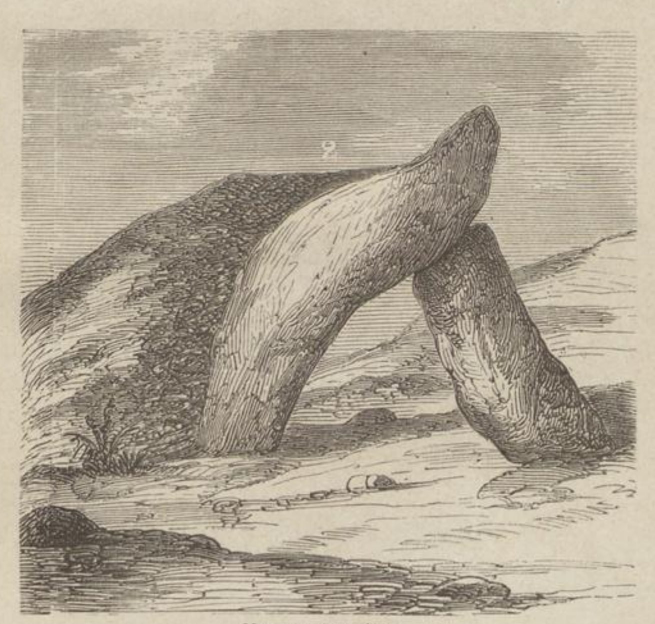


CANTOS POPULARES

CANTINELAS.





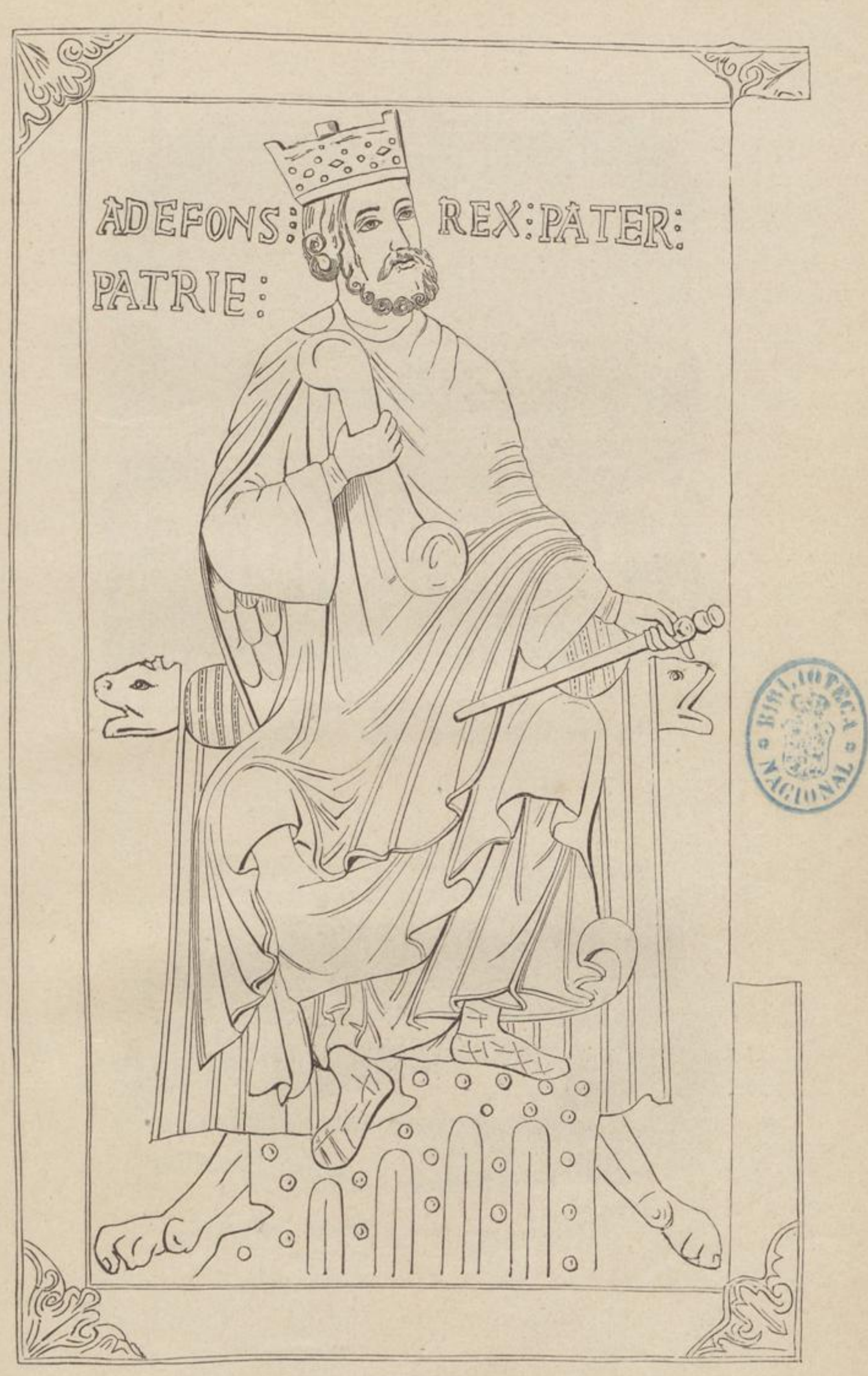


Monumentos celtas.

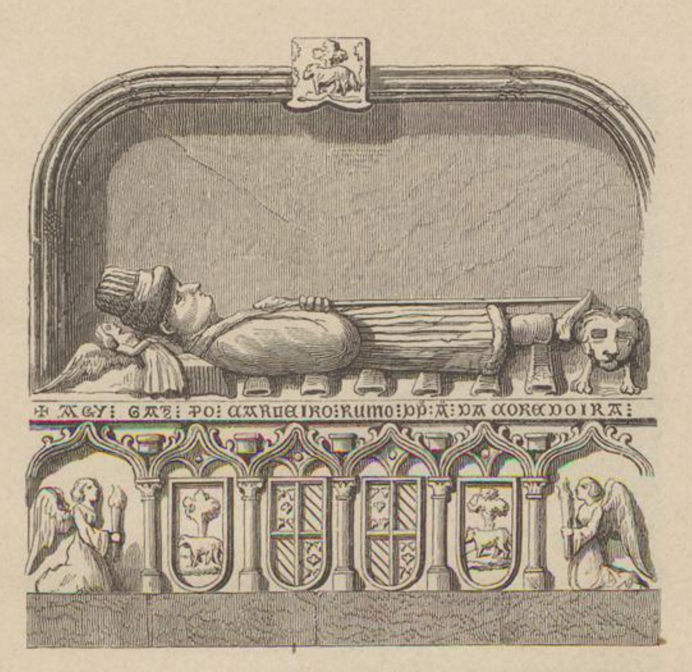
1. Altar natural, denominado vulgarmente *Pena da Croa*.
2. Semi-dolmen.
Existentes en el coto de la *Recadieira*, á dos kilómetros de Mondoñedo

Claustro de la catedral de Santiago.

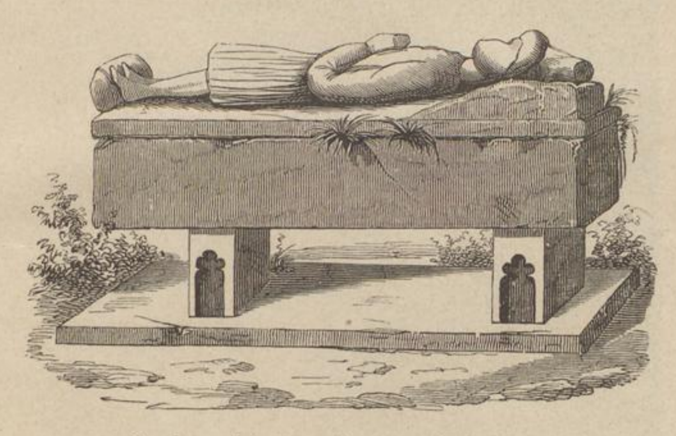
Instrumentos celtas.



ALFONSO III
Miniatura del tumbo A. del archivo de la catedral de Santiago.



Sepulcro de Pedro Carneiro,
en una capilla de la Iglesia de Santa María, en Noya.

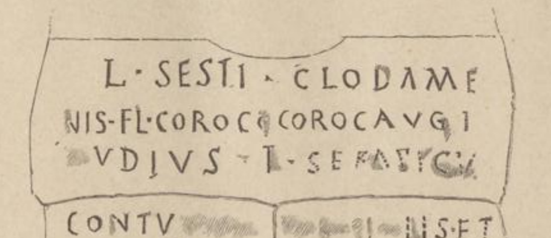


Sepulcro existente en el cementerio de Noya.



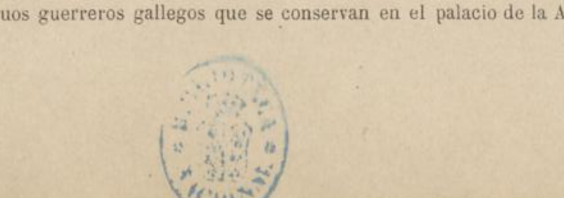
Vista de Santiago.







Estatuas de antiguos guerreros gallegos que se conservan en el palacio de la Ajuda. (Portugal.)





1



2



3

Losas tumulares existentes en la Coruña

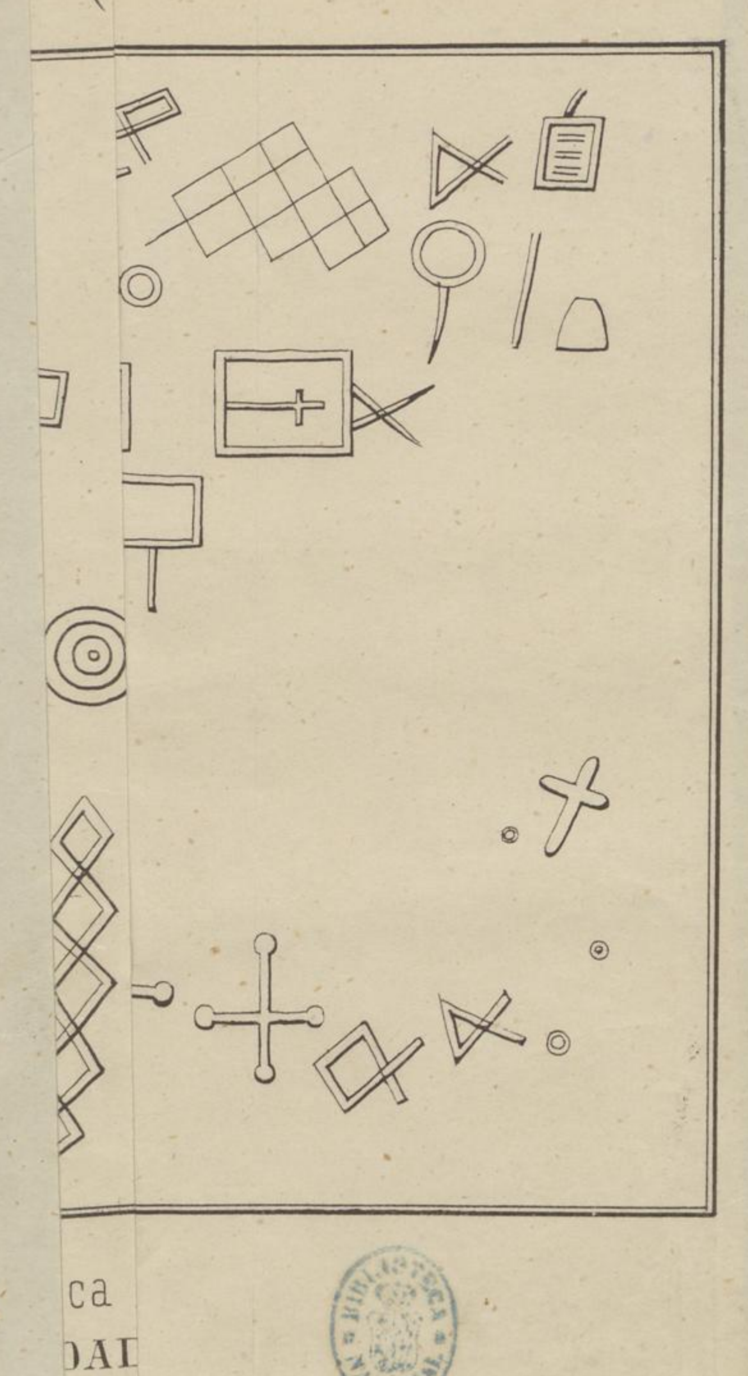


Vista de la torre de Santo Thomé.



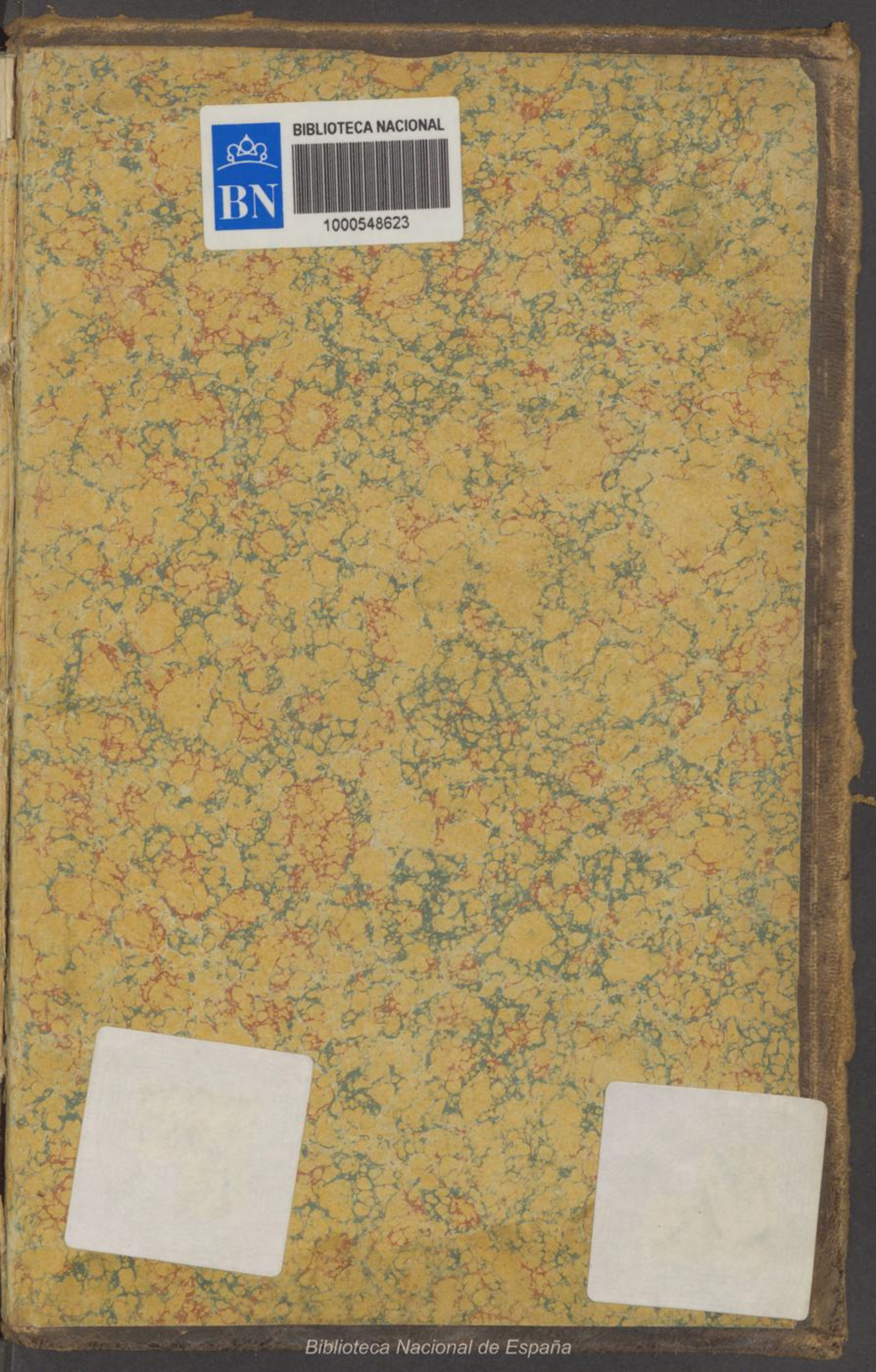


Vista del Castro de Figueiras, á una legua de Santiago.



Signos grabados en una roca natural, existente en el sitio denominado
A Cividade, (S. Jorge de Sacos.)




BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000548623